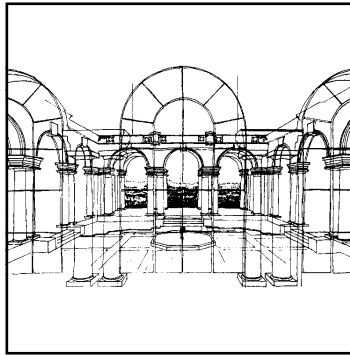


ENTRE
CELTAS E ÍBEROS



CASA DE VELÁZQUEZ

ENTRE Celtas e Íberos. Las poblaciones protohistóricas de las Galias e Hispania / editado por Luis Berrocal-Rangel y Philippe Gardes. — Madrid : Real Academia de la Historia : Casa de Velázquez, 2001. — 248 p. : il. ; 30 cm. — (Bibliotheca Archaeologica Hispana ; 8).

Actas de la Mesa Redonda organizada por la Casa de Velázquez y la Universidad Autónoma de Madrid los días 12 y 13 de enero de 1998.

D.L. M. 4.808-2001.

1. Celtas - Civilización - S. VIII-I a.C. - Congresos y asambleas. 2. Íberos - Civilización - S. VIII-I a.C. - Congresos y asambleas. 3. Antropología cultural y social - Europa - S. VIII-I a.C. - Congresos y asambleas. I. Berrocal-Rangel, Luis. II. Gardes, Philippe. III. Real Academia de la Historia (Madrid). IV. Título. V. Serie.

CDU 930.85 (364) “-08/-01” (063)

930.85 (365) “-08/-01” (063)

39 (4) “-08/-01” (063)

Esta edición forma parte del Programa de colaboración de la REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA con las Fundaciones «BANCO BILBAO-VIZCAYA», «RAMÓN ARECES» y «CAJA MADRID»



FUNDACION BBV



*Fundación
Ramón
Areces*



**CAJA MADRID
FUNDACION**

PERTADA: Plano de las ruinas de Numancia, realizado por D. Manuel Aníbal Álvarez.

© REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA
I.S.B.N.: 84-89512-82-5

© CASA DE VELÁZQUEZ
I.S.B.N.: 84-95555-10-7

Depósito Legal: M. 4.808 - 2001

Fotocomposición e impresión:

TARAVILLA • Mesón de Paños, 6. 28013 Madrid

BIBLIOTHECA ARCHAEOLOGICA HISPANA 8

ENTRE CELTAS E ÍBEROS

LAS POBLACIONES PROTOHISTÓRICAS
DE LAS GALIAS E HISPANIA

por

LUIS BERROCAL-RANGEL

y

PHILIPPE GARDES



REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA
CASA DE VELÁZQUEZ

MADRID

2001

**REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA
COMISIÓN DE ANTIGÜEDADES**

Presidente: Excmo. Sr. D. FERNANDO CHUECA GOITIA
VEcales: Excmos. Sres. D. JOSÉ M.^A BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, D. JOSÉ M. PITA ANDRADE
y D. MARTÍN ALMAGRO-GORBEA

**PUBLICACIONES
DEL
GABINETE DE ANTIGÜEDADES**

BIBLIOTHECA ARCHAEOLOGICA HISPANA

CONSEJO CIENTÍFICO

Presidente:

Prof. Dr. JOSÉ MARÍA BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, de la Real Academia de la Historia

SecretariE y editEr:

Prof. Dr. MARTÍN ALMAGRO-GORBEA, Académico Anticuario de la Real Academia de la Historia

VEcales:

Dr. JOSÉ MARÍA ÁLVAREZ MARTÍNEZ, Académico Correspondiente de la Real Academia de la Historia y Director del Museo Nacional de Arte Romano, Mérida

Dr. MIGUEL BELTRÁN LLORIS, Académico Correspondiente de la Real Academia de la Historia y Director del Museo de Zaragoza

Prof. Dr. MANUEL BENDALA GALÁN, Catedrático de Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid

Prof. Dr. GERMÁN DELIBES DE CASTRO, Catedrático de Prehistoria de la Universidad de Valladolid

Prof. Dr. GUILLERMO FATÁS CABEZA, Académico Correspondiente de la Real Academia de la Historia y Catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Zaragoza

Prof. Dr. FRANCISCO JAVIER FERNÁNDEZ NIETO, Académico Correspondiente de la Real Academia de la Historia y Catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Valencia

Prof. Dr. LUIS A. GARCÍA MORENO, Académico Correspondiente de la Real Academia de la Historia y Catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Alcalá de Henares

Prof. Dr. MAURO HERNÁNDEZ, Catedrático de Prehistoria de la Universidad de Alicante

Prof. Dr. MARC MAIER, Académico Correspondiente de la Real Academia de la Historia y Catedrático de Lengua Latina de la Universidad de Barcelona

Prof. Dr. JOSÉ REMESAL, Académico Correspondiente de la Real Academia de la Historia y Catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Barcelona

Prof. Dr. GONZALO RUIZ ZAPATERO, Catedrático de Prehistoria de la Universidad Complutense de Madrid

Dr. MANUEL SANTONJA, Director del Museo de Salamanca

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
PRESENTACIÓN	9
por M. ^a ROSARIO LUCAS PELLICER y PATRICE CRESSIER	
INTRODUCCIÓN	11
por LUIS BERROCAL-RANGEL y PHILIPPE GARDES, Coords.	
I. DEMOGRAFÍA, TERRITORIALIDAD Y POBLAMIENTO DE LA EUROPA PROTOHISTÓRICA ..	17
MANUEL BENDALA GALÁN	
<i>PrEcesEs de pEblamientE, urbanización y evElución sEcial en Iberia</i>	19
PATRICE BRUN	
<i>Échelles d'intégratiEn pElitique et cEntrôle des mEyens de prEductiEn en EurEpe</i>	29
MARTÍN ALMAGRO-GORBEA	
<i>AprEximaciEnes a la demEgrafía de la Celtiberia</i>	45
JESÚS R. ÁLVAREZ-SANCHÍS / GONZALO RUIZ ZAPATERO	
<i>Cementeris y asentamientEs: Bases para una demEgrafía arqueElógica</i>	61
JAVIER DE HOZ	
<i>Algunas reflexiEnes sEbre frEnteras étnicas y lingüísticas</i>	77
LUIS BERROCAL-RANGEL	
<i>AprEximaciEnes metEdElógicas a la demEgrafía prEtEhistórica</i>	89
II. PROCESOS DE URBANIZACIÓN Y COMPLEJIDAD SOCIAL EN LA EUROPA PROTOHISTÓRICA	107
OLIVIER BUCHSENSCHUTZ	
<i>Habitat et sEciété celtique: la tentatiEn urbaine</i>	109
PHILIPPE GARDES	
<i>Habitat, territEires et évElutiEn sEciale en Aquitaine</i>	115
PATRICE ARCELIN	
<i>TerritEires et habitats dans l'évElutiEn de la Gaule Méditerranéenne</i>	137
JOAN SANMARTÍ / CARMEN BELARTE	
<i>Urbanización y desarrELLE de estructuras estatales en la cEsta de Cataluña</i>	161

	<u>Páginas</u>
HELENA BONET / CONSUELO MATA <i>Organización del territorio y poblamiento en el País Valenciano</i>	175
FRANCISCO BURILLO MOZOTA <i>Etnias y poblamiento en el área ibérica del Valle Medio del Ebro</i>	187
CONCEPCIÓN BLASCO BOSQUED <i>El poblamiento en las cuencias de los ríos Duero y Tago</i>	201
VIRGILIO H. CORREIA <i>O povoamento do Noroeste no 1.º Milénio a de C.</i>	213
CARLOS FABIÃO <i>O povoamento do Sudoeste peninsular: continuidades e rupturas</i>	227

PRESENTACIÓN

El 20 de septiembre de 1995, la Casa de Velázquez y la Universidad Autónoma de Madrid, representadas en las personas de su director D. Joseph Pérez y de su rector D. Raúl Villar, formaron un convenio bilateral cuyo objetivo era el de brindar un marco institucional para la cooperación entre nuestras dos instituciones. De hecho, varias actividades comunes habían sido llevadas a cabo con éxito a lo largo de los años precedentes aunque fue la organización de un encuentro de arqueología romana lo que permitió dar un paso decisivo en esta colaboración. El interés de los resultados obtenidos y la calidad de los lazos establecidos en aquella ocasión entre investigadores y docentes de una y otra institución animaron a sus responsables a dar continuidad a esta positiva experiencia (continuidad mantenida gracias a los sucesivos responsables institucionales). Hasta la fecha han sido cinco los encuentros coorganizados por la Casa de Velázquez y el Departamento de Prehistoria y Arqueología, y otro está previsto para el año 2001. Se publican las actas del tercero en el presente volumen.

Desde el momento mismo en el que surgió el proyecto de encuentro promovido por los Dres. Luis Berrocal Rangel y Philippe Gardes se hizo palpable la voluntad de estos investigadores de no restringir el debate científico al estrecho marco de una disciplina o de un período concreto, o mejor dicho, gracias a la determinación de su reflexión metodológica y a una apertura al conjunto de Europa occidental, de hacerlo accesible a investigadores procedentes de horizontes muy diversos. Uno de los firmantes de estas líneas, medievalista, puede dar fe de lo fructífero de su asistencia a estas jornadas para la interpretación de cuestiones similares planteadas para al-Andalus (nacimiento de un nuevo urbanismo y de un nuevo concepto de organización espacial, fenómenos de aculturación o de resistencia a los nuevos esquemas, etc.). Las mismas observaciones se podrían hacer sin duda para otras épocas y desde otros campos de la historia.

Tal fue sin duda la opinión del Dr. D. Martín Almagro Gorbea cuando propuso que la publicación de las actas fuera resultado de una colaboración entre la Casa de Velázquez y la Real Academia de la Historia. Le agradecemos este gesto de confianza en la validez de unos planteamientos científicos y en la novedad de los resultados logrados.

Las líneas que anteceden, escritas por el Dr. Patrice Cressier, condensan con maestría la larga relación cultural hispano-francesa y los lazos tendidos entre esta Universidad y la Casa de Velázquez.

El Departamento de Prehistoria y Arqueología se beneficia bianualmente de unas Jornadas, acicate para los profesores que, en sana competencia, proponen los temas a debatir y son enriquecimiento disciplinar para nuestros alumnos, que beben directamente del magisterio de tantos y tan bien elegidos investigadores franceses y españoles. Durante unos pocos días, que siempre se hacen cortos pese a la intensidad del contenido y del ritmo, la presencia en la Universidad Autónoma o en la propia sede de la Casa de Velázquez de estos profesionales, adscritos a distintos centros de investigación y magisterio, es una oportunidad única para plantear cuestiones novedosas y transmitir a los alumnos de Tercer Ciclo (Doc-

torado), con la fuerza que da el conocimiento directo de los protagonistas, las innovaciones investigadoras, la grandeza y la miseria de nuestras fuentes arqueológicas, y los titánicos esfuerzos por renovar objetivos y métodos y convertirlas en Historia.

Metafóricamente se puede decir que la Arqueología da Vida a la Muerte, realidad que se cumple sin paliativos en el contenido de este libro, resultado de unas Jornadas dedicadas a la Demografía y al Poblamiento protohistórico. Sus páginas, más que valoraciones cuantitativas de censos o de cifras, insisten en interpretar, explicar y comprender el funcionamiento de la población y su estructura social, las claves en la ocupación del territorio y la marcha demográfica inscrita en los vectores del Espacio y del Tiempo. Por esta razón, la variabilidad de factores que intervienen en los mecanismos de ocupación de un territorio y en el comportamiento demográfico, sea a nivel micro (valoración doméstica o familiar), meso (nivel de asentamiento y estructura social), o macro (valoración cultural y diacrónica de un territorio) bajo diferentes perspectivas, se desgranán en la conjunción de las distintas intervenciones que, obligadamente, permiten a su vez otras valoraciones más allá de las teorías demográficas.

El titánico esfuerzo por renovar los métodos de análisis y por convertir en síntesis logros y dudas queda bien reflejado en la segunda parte de esta obra. Geografía y recursos, la bondad o restricción de la tierra, el clima, técnicas de explotación e intercambio... imponen diferencias regionales y convergencias interregionales. El tendente desarrollo del proceso social, cada vez más complejo, acorta las distancias.

La conclusión, una realidad argumentada, no es inesperada. En la Europa Occidental, los territorios actuales de Francia, Portugal y España —Galia e Hispania de los romanos— están separados aparentemente por la barrera geográfica de los Pirineos y por la divisoria de las aguas, pero a lo largo del tiempo, y mucho menos cuando las comunicaciones y el entretejido social y económico avanzan, ninguno de estos accidentes del relieve ha sido obstáculo insalvable, bien al contrario, en ellos se han aprovechado y abierto otras tantas puertas, que han permitido el fluir constante de los hombres y la permeabilidad de las culturas, renovando y recreando la Historia.

El final de estas líneas sólo puede ser de agradecimiento a quienes hicieron posible, con sus afanes y luchas administrativas y económicas, la realidad del encuentro científico, fugaz como todo hecho oral que sólo permanece en tanto cala en la formación y en la memoria. Los organizadores no cejaron en su empeño y, materializado en letra de imprenta el buen decir de los ponentes, queda para la posteridad este Libro que aún otros tantos esfuerzos de autores, organizadores, patrocinadores y editores. A la Casa de Velázquez, representada en este prólogo por el Dr. Cressier, y a la Real Academia de la Historia, en la persona de su Anticuario Perpetuo Dr. Almagro-Gorbea, sólo resta manifestar, en nombre de la Universidad Autónoma de Madrid, a través de todo el Departamento de Prehistoria y Arqueología, nuestro agradecimiento por tan estrecha colaboración con el ferviente deseo de que siga creciendo y floreciendo nuestra relación. Gaudeamus igitur.

M.^A ROSARIO LUCAS PELLICER
Universidad Autónoma de Madrid

PATRICE CRESSIER
EHEH-Casa de Velázquez

INTRODUCCIÓN

Tras unas décadas de avances incuestionables en la investigación de campo, el conocimiento arqueológico sobre el Período Protohistórico en Europa Occidental va aportando nuevas perspectivas de interpretación que se basan, y a la vez exigen, nuevos planteamientos de actuación metodológica.

Esta situación, resultado lógico de un proceso de maduración científica y de la mayor disponibilidad de medios técnicos y económicos, ha favorecido la aparición de otros enfoques, a menudo soterrados por la Historiografía tradicional europea. Sobre las posibilidades abiertas por el convenio UAM-Casa de Velázquez (Ministère de l'Éducation Nationale, Francia), los editores del presente libro consideramos la conveniencia de realizar una mesa-redonda en la que se debatiesen y definiesen los principales problemas abiertos en la investigación francesa, española y portuguesa, y se propusiesen soluciones a conseguir. Dicho coloquio, con el título de «Entre Celtas e Iberos. Fenómenos demográficos y procesos de urbanización en el Occidente europeo (ss. VIII-I a.C.)», tuvo lugar los días 12 y 13 de enero de 1998 bajo los auspicios del Departamento de Prehistoria y Arqueología de la UAM y de la misma Casa de Velázquez, y de su realización se han derivado las presentes actas, afortunadamente publicadas gracias al mecenazgo de la Real Academia de la Historia y a su Anticuario Perpetuo, Prof. Dr. Martín Almagro-Gorbea.

En Francia, la aplicación de técnicas elaboradas a partir de bases críticas sobre la Nueva Arqueología define gran parte del panorama investigador del momento; en España, desde una integración más profunda con dichas bases, aparecen sugerentes y originales propuestas teóricas; y en Portugal, con desarrollos interpretativos iniciales, se debate sobre la manera de adecuar de dichas interpretaciones al registro arqueológico.

Más allá de los límites de meras tipologías de materiales, pero sobre la base más sólida que puedan aportar, el acceso a tales niveles de análisis supone la realización de un ejercicio de reflexión sobre los resultados primarios obtenidos del tratamiento e interpretación del registro arqueológico. Por todo ello, creemos de interés abordar el análisis de fenómenos de larga duración y extensión, especialmente a través del estudio y definición del desarrollo demográfico y su reflejo en horizontes de poblamiento.

Para que dicho estudio parta de criterios conceptuales homogéneos, en la medida de lo posible, la organización de este encuentro ha considerado, en primera instancia, un acercamiento metodológico hacia los procesos de complejidad poblacional, ya sean de naturaleza demográfica (p.e., crecimiento, renovación generacional, expansión/depresión), ya socioeconómicas (inflación/deflación, distribución/explotación) o culturales (caracterizaciones lingüísticas, estéticas, religiosas, etc.), de forma que desde tales bases metodológicas se facilite un debate coherente e integrado de los horizontes de poblamiento en la Protohistoria de Europa Occidental.

Plantear el estudio de la Demografía prehistórica es, cuando menos, una empresa arriesgada por ser tema de fácil tergiversación, de consideraciones superficiales y, en general, proclive a un cierto rechazo

por parte de la Investigación, que ha llegado a evitarlo, a marginarlo o, lo más frecuente, a olvidarlo en el tratamiento de las poblaciones protohistóricas europeas. Sin duda tales razones explican que sólo tres de las dieciséis ponencias contempladas hayan enfocado su aportación hacia cuestiones demográficas en primer término (en realidad, durante el Coloquio, las ponencias fueron dos, debidas a M. Almagro-Gorbea, G. Ruiz Zapatero y J. Álvarez Sanchís, la primera; y a L. Berrocal-Rangel, la segunda).

En nuestra opinión, esta situación ha sido motivada, al menos, por factores metodológicos intrínsecos a la misma condición y naturaleza científica de la investigación en Prehistoria, con escasa confianza en su capacidad para abordarlo eficazmente y lograr conclusiones objetivables; y con razonable temor a caer en manipulaciones ideológicas; además del inconveniente de arrostrar un, no escaso, riesgo al des- crédito y al fracaso.

Sin embargo, en los últimos tiempos, la necesidad de dar respuestas a diversos temas de la Prehistoria europea, tan importantes como poco claros todavía, y el conocimiento y aplicación de novedosas técnicas pluridisciplinares, han favorecido la realización de generalizaciones, a veces cuestionables y un tanto alarmantes, cuyo desarrollo teórico paralelo no sólo no ha acabado con los seguidores de las explicaciones tradicionales «invasionistas» y «rupturistas» del Cambio social, sino que, por el contrario, han potenciado una corriente interpretativa «continuista» que, por su comodidad (teórica y práctica), es aceptada por un gran número de prehistoriadores. Este continuismo, excesivo en ocasiones, puede conducir a conclusiones tan exacerbadas como las manifestadas por las posturas «invasionistas» más radicales. Y, sin duda, porque ambos planteamientos parten de una visión demográfica reduccionista, la Investigación tiene el deber de analizar, matizar y ponderar sus interpretaciones desde enfoques más eclécticos e integradores. Como principales razones para evitar el «continuismo» interpretativo consideramos la propia naturaleza social, conformada por entes vivos y, por lo mismo, cambiantes, y la magnífica justificación para nefastos intereses de grupo que, el concepto «continuista», brinda en manos de ciertos planteamientos políticos contemporáneos.

De esta manera, las aportaciones de este Coloquio han sido planteadas como serios intentos de crear un cuerpo epistemológico para el estudio de las poblaciones prehistóricas, ofertando diversas vías de aproximación metodológica, ya desde enfoques etnográficos aplicados a la Arqueología (M. Almagro-Gorbea), como desde el análisis demográfico que los modelos antropológicos (L. Berrocal-Rangel) y territoriales (G. Ruiz Zapatero y J. Álvarez Sanchís) pueden facilitar para la comprensión del, muy escaso dato, arqueológico. Otras aportaciones, como la debida a J. de Hoz, pretenden enriquecer dicho proceso mediante líneas de estudio complementarias, como la utilización de la Lingüística como elemento de diferenciación étnica y cultural.

Todas estas propuestas no pretenden recusar unas u otras posturas sin más. Quieren servir para justificar la necesidad de dar una respuesta menos manipulable y, por lo tanto, más coherente con una realidad objetivable. Y tal respuesta sólo parece alcanzable desde un conocimiento más profundo y genérico de los fenómenos demográficos y sociales de las antiguas poblaciones europeas. Es necesario, por tanto, conocer el desarrollo vital de la población para cuestionarse como, este conocimiento, se corresponde a los restos dejados por las sociedades europeas pre- y proto-estatales.

En suma, aprovechando las ideas de G. Ruiz Zapatero sobre la cuestión de las migraciones, la Investigación debería procurar el desarrollo de un cuerpo teórico y metodológico sobre el estudio de las dinámicas demográficas y su reflejo a través de sus restos materiales; el incremento de la cantidad y la calidad del registro arqueológico; y el establecimiento de relaciones sólidas pluridisciplinares encaminadas al conocimiento genérico de la Demografía histórica y de la Sociología de la población. En realidad, sólo las interpretaciones basadas en el conocimiento adecuado de la Antropología, Etnografía, Lingüística, Economía y Arqueología estarán capacitadas para ofrecer avances honestos y evitar manipulaciones del Pasado y del Presente. Se precisa, por ejemplo, tratar de desarrollos poblacionales, en forma de crecimientos y deflaciones, que pueden ir acompañadas de migraciones o de estabilidades demográficas, porque no pueden separarse conceptos que la realidad presenta íntimamente unidos. Pero, para dejar claras las posturas que han promovido este debate, es necesario, previamente, hacer explícitas ciertas premisas, esta vez, en palabras de Jes Martens (1989, 62-63): 1. Ninguna teoría migratoria (o continuista, añadiríamos)

ni concepto étnico puede justificar reivindicación política o histórica, ni derecho étnico alguno. 2. La identificación de pueblos conocidos por la Historia es muy difícil porque las unidades étnicas (o poblaciones) son variables en el tiempo, en el espacio y en sus formas de expresión. 3. Las explicaciones invasionistas, migratorias si se quiere, han sido populares en función de la naturaleza mutable de los sistemas socio-económicos mundiales. (Y los desarrollos continuistas, añadimos, son populares a causa de las pretensiones de inmutabilidad de los mismos sistemas socio-económicos). 4. El cambio, o la suplantación total, de un grupo poblacional por otro es un hecho muy infrecuente, porque lo normal es la mezcla de poblaciones autóctonas y recién llegadas. 5. Los grupos migratorios, o invasores, pueden considerarse militar y políticamente fuertes, pero suelen presentar una manifiesta debilidad cultural. Por tal motivo, muchas de sus invasiones y conquistas dejan escasos y poco significativos restos arqueológicos.

Con estas bases metodológicas se ha procedido a analizar, en profundidad, la naturaleza del poblamiento protohistórico de Europa, como el nacimiento y desarrollo de un proceso de complejidad social que, a partir de la Edad del Bronce, es una dinámica común a gran parte del territorio europeo y, si bien pueden observarse diferentes tipos de dinámicas regionales, las convergencias y sincronismos son igualmente notables.

El estudio de fenómenos de larga duración, tales como la urbanización y la complejidad social, presenta una merma notable en su interés y capacidad científica si no establecen dentro de un sistema cronológico más preciso, elaborado a partir de datos tipo-cronológicos. Esta necesidad de desarrollar un cuerpo de conocimientos cronológicos más sólido y preciso ha reclamada por la mayoría de los participantes, con propuestas de definición de horizontes de poblamiento tanto para la Galia del interior (O. Buchsenschutz), el Midí francés (P. Arcelin), y el Suroeste galo (Ph. Gardes), como para el corazón de la Meseta castellana (C. Blasco), el Valle del Ebro (F. Burillo); el Levante ibérico (H. Bonet y C. Mata), o el País catalán (J. Sanmartí y C. Belarte). En el coloquio se trataron también las problemáticas del Interior andaluz (A. Ruiz Rodríguez) y del ámbito costero colonial del Golfo de Cádiz (D. Ruiz Mata).

De las síntesis dedicadas al análisis de la evolución del hábitat, integradoras de los avances más recientes, se han podido concluir interesantes interpretaciones. Así, la ocupación del suelo durante el Bronce Final se caracterizó por un amplio abanico de pequeños poblados emplazados en llano y sin defensas de importancia, caracterizados por sus construcciones de tierra y madera, y por el amplio rango cronológico en el que se emplazan, desde la Europa Central a la Península Ibérica, pasando por el Midí Francés y Aquitania. La mayoría de los intervinientes ponen estos asentamientos en relación con una economía agrícola dominada por el pastoreo y no del todo sedentaria (J. Sanmartí, C. Blasco, P. Arcelin). Más aún, la existencia de un sistema de hábitats diferente, estable y dominando las alturas, parece hablar de una clara división funcional del trabajo, de actividades ganaderas y actividades metalúrgicas, y de un sistema de intercambios a larga distancia que permite proponer la existencia de un proceso de sedentarización más consolidado en otras zonas, como la Cuenca parisina, Aquitania o el Valle del Ebro (P. Brun, Ph. Gardes).

La arquitectura evolucionó rápidamente a lo largo de la Primera Edad del Hierro, especialmente desde el paso del siglo VI al V a.C. La utilización de la piedra se generalizó en las regiones más apartadas de la franja mediterránea. Esta evolución se acompaña de la aparición de grandes poblados en altura, con numerosas hectáreas de extensión y, frecuentemente, fortificados. En la Europa templada se perfeccionan las técnicas de construcción sobre madera, a la vez que emergen los principales yacimientos arqueológicos (Vix, La Heunenbourg,...). En adelante, estos lugares asumirán el papel de controlar territorios cada vez más vastos.

La tendencia se reafirma con rapidez al inicio de la Segunda Edad del Hierro. Este período se confunde a veces con la consolidación de las principales entidades étnicas, aquellas que se enfrentarán a las legiones romanas entre los siglos III y I a.C. En todo caso, se pueden distinguir diferentes escenarios, según las regiones. En la franja mediterránea, ciertos asentamientos parecen verdaderos núcleos urbanos, por las técnicas de construcción desarrolladas, por el espacio y la definición de barrios con funciones especializadas (P. Arcelin, J. Sanmartí, H. Bonet, A. Ruiz). La influencia itálica es patente a través de la difusión de la domus, sobre todo en la Península Ibérica (F. Burillo). En un nivel inferior, aparecen numerosos emplazamientos rurales de tipo «granja», cada día mejor conocidos sobre todo gracias a las

excavaciones de urgencia recientemente desarrolladas, como por ejemplo en Cataluña. En el dominio continental, las actuaciones de urgencia han facilitado, de igual forma, una importante renovación de nuestros conocimientos sobre el hábitat. Así, unas aglomeraciones importantes, establecidas la mayor de las veces en llano, son emplazadas en la fase de La Tène C. Pero no son los únicos centros de poder, porque otras excavaciones recientes han demostrado la existencia de diferentes asentamientos en llano, como las «granjas aristocráticas» (O. Buchsenschutz). La jerarquización del hábitat se señala de la manera más clara al final del período. Unas auténticas entidades políticas centralizadas, que pueden ser asimiladas a protoestados, o a estados «arcaicos», se conforman en diferentes puntos de la Europa Central, particularmente en el interior de la Galia. Aquellos que se estructuran alrededor de centros de poder, los llamados oppida, revelan los primeros signos de urbanización. Y, a una escala menor, se encuentran oppida secundarios, completando un espacio ocupado por un denso tejido de pequeños establecimientos agrícolas de tipo granja (P. Brun, O. Buchsenschutz).

La problemática de la complejidad social y del proceso de urbanización ha sido objeto de discusión y debate en las diferentes comunicaciones. Para numerosos intervinientes, el término «proto-urbanización» (M. Bendala, J. Sanmartí) podría ser aplicado a la situación observada en los contextos ibéricos a partir del siglo VII (Tartessos), o del VI d. C. (Cataluña). Los argumentos avanzados en apoyo de esta teoría son de diversa entidad: la generalización de la arquitectura en piedra, la regularización de los esquemas de implantación, el desarrollo de la jerarquización social y de los intercambios con las factorías fenicias y griegas (J. Sanmartí). Este punto de vista no es compartido por A. Ruiz y F. Burillo, quienes consideran inapropiada esta terminología. Para ellos, el proceso de complejidad social engranado desde el Bronce Final se debe entender como un fenómeno general, revestido de formas muy diferentes según las regiones donde se manifiesta, sin que deba entenderse como una emulación de las civilizaciones del Mediterráneo Central y Oriental. Su análisis debe partir desde los términos del paso de las sociedades «tribales» de la transición Bronce/Hierro hacia las formas de organización centralizadas, de tipo estatal (sociedades estamentales). En el Valle del Guadalquivir, por ejemplo, la evolución tuvo lugar a lo largo de un período de casi cinco siglos, traducidos en una tendencia hacia la concentración de poblaciones dispersas sobre un número reducido de oppida (a partir del siglo VI a.C.) y, estos mismos, integrados posteriormente en entidades territoriales mucho más amplias (a partir del siglo IV a.C.). A. Ruiz precisa que pudieron sucederse rupturas a lo largo del proceso, sin que por ello se rompa la tendencia general. F. Burillo retoma el debate sobre la importancia de las diferencias entre las sociedades primitivas (gentilicias) y las estatalizadas (estamentales), y sobre ellas se inclina por defender la aparición de la polis en los contextos indígenas celtibéricos. Para ello parte de una constante: la «ciudad» está atestiguada entre los celtiberos desde el siglo III a.C., según las Fuentes escritas greco-latinas, aunque parece que se confunde bajo su nombre y concepto a un grupo étnico y a su territorio colindante, lo que a veces es conocido como una «etnia mononuclear». A lo largo del siglo II a.C., y probablemente a raíz de las Guerras Celtibéricas, se observa una tendencia a la acumulación de entidades étnicas, formando vastos ensamblados políticos, dominados por una ciudad-capital (etnias estatalizadas).

Pero este sistema tocaba a su final y desaparecerá progresivamente, bajo la organización administrativa de la Hispania romana, a lo largo del siglo I a.C.

Estas conclusiones parecen coincidir en parte con las formuladas por P. Brun para el resto de la Europa Céltica, donde se propone un modelo desarrollado en tres fases. El fin de la Edad del Bronce y el inicio del Hierro (1350-530 a.C.) están marcados por una organización de jefaturas sencillas, que constituían una red de pequeñas entidades políticas. Su transformación y desarrollo se fundamenta en la inestabilidad de las redes de intercambio, que no permiten el tiempo suficiente para favorecer la consolidación de los poderes políticos en entidades superiores. En efecto, el paso a la jefatura compleja no parece realizarse más que gracias a la instalación de las factorías fenicias y griegas sobre el litoral del extremo Occidente. Y, éstas, serán en adelante quienes asegurarán un aprovisionamiento regular y harán posible la formación de vastos territorios políticos (530-400). Un período de perturbaciones se abre con el siglo IV, pero sus efectos no se perciben por igual en todas partes. En ciertas regiones, se observa una vuelta a formas de organización de jefaturas sencillas, aunque en otras el sistema acaba por mantenerse. Sea como fuere, a la salida de la «crisis», el panorama ha cambiado radicalmente. Los territorios han ganado en importancia y se organizan en redes de oppida estructurados en torno a un gran asentamiento central.

Entre los ámbitos ibérico y céltico, territorios como Aquitania y el Suroeste de la Península, parecen seguir una evolución paralela (Ph. Gardes, C. Fabião, L. Berrocal-Rangel). Pese a compartir un débil estado de los conocimientos referidos al poblamiento, se subraya en ambas zonas una clara especialización técnica y funcional desde el final de la Edad del Bronce, con vocaciones ganaderas y metalúrgicas claramente compaginadas. Aunque no puede hablarse de residencias principescas, propiamente dichas, en estos territorios se van a emplazar o reforzar a partir del siglo VII y, sobre todo del VI a.C., establecimientos de importancia social y económica, ocupando posiciones dominantes y, a veces, fortificadas, en torno a las que gravitan otros emplazamientos productivos, no menos complejos, testimonios de una verdadera fase de auge agrícola (Ph. Gardes, C. Fabião). Esta evolución se debe entender como una consecuencia más de los intercambios a larga distancia, desde los focos fenicios en el Suroeste peninsular y desde los griegos en Aquitania. Y, reflejo de tal dependencia, el siglo IV a.C. supone en ambos territorios un claro período de crisis, con efectos más o menos perceptibles en sus comarcas —como por ejemplo en los valles del Garona y Guadiana, donde las vías naturales de comunicación son evidentes—, que se traducen en el debilitamiento de los intercambios y en el abandono de sitios tan paradigmáticos de la fase anterior como Cancho Roano. Pero, también en este período de cierta confusión, surgen nuevos emplazamientos cuya complejidad, pese al posible retroceso social, se hace patente como primer signo de estatalización: la aparición generalizada de los oppida, el afianzamiento de la jerarquización social, el posterior desarrollo de la circulación monetaria, etc...

Desde el principio, el debate ha destacado el emplazamiento occidental de las tierras en estudio con referencia al Mediterráneo y al Continente europeo. Pero esta consideración no hace justicia a las tierras más occidentales de Europa, aquellas que, emplazadas en el Finisterrae, configuraron la Gallaecia romana. Su desarrollo, tras la aportación de síntesis de V.H. Correia, no concluye en pautas diferentes, aunque el ritmo vital es claramente divergente del resto, por su modernidad y por su dependencia del elemento invasor romano. No obstante, las investigaciones más recientes buscan aclarar el verdadero papel que, las presencias mediterráneas (cerámicas, fundamentalmente), van descubriendo entre poblaciones, tradicionalmente, consideradas atrasadas en términos de desarrollo social. De ellas, y de la confirmación de otras pautas internas como la construcción de fortificaciones complejas en piedra, dependerá una posible modificación de esta imagen por parte de la investigación venidera.

En suma, esta reunión ha permitido confrontar diferentes aproximaciones metodológicas al proceso de complejidad social en marcha durante el último milenio antes de Jesucristo. Pese a las divergencias de método y a la diversidad de los procesos regionales, los participantes definieron una evolución social continua y global, aunque sometida a ritmos irregulares y alterada por componentes de causa-efecto puntuales, como ocurrirá en el siglo IV a.C.

LUIS BERROCAL-RANGEL / PHILIPPE GARDES (Coords).

I

**DEMOGRAFÍA, TERRITORIALIDAD
Y POBLAMIENTO
EN LA EUROPA PROTOHISTÓRICA**

PROCESOS DE POBLAMIENTO URBANIZACIÓN Y EVOLUCIÓN SOCIAL EN IBERIA: UNA INTRODUCCIÓN

MANUEL BENDALA GALÁN

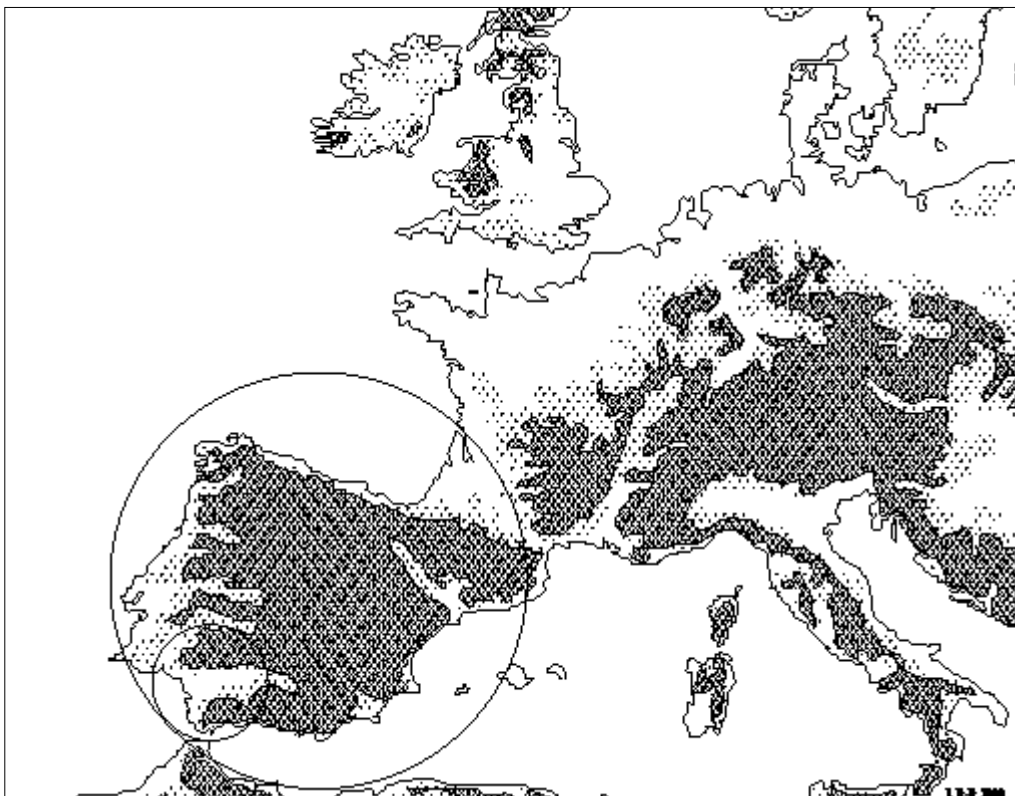
Departamento de Prehistoria y Arqueología, Universidad Autónoma de Madrid

ABSTRACT

The author proposes a general point of view about the roots and evolution of urbanism in Hispania, with the results of recent improvements in Archaeology, both Iberian and Hispano-Celtic ones. He stresses the importance of the Phoenician and Greek settlements and the roll played by the Tartessian culture of southwestern Spain for the development of urban society in Iberian and Turdetanian territories.

RESUMEN

El presente trabajo es una introducción al origen y desarrollo del urbanismo entre las poblaciones prerromanas de la Península Ibérica, destacando las contribuciones recientes de la investigación arqueológica aplicada tanto a los conocimientos sobre las poblaciones ibéricas como hispanocélticas. Se otorga una importancia especial al papel jugado por la presencia fenicia y griega desde sus establecimientos costeros y a la configuración de la cultura tartésica, fundamental en el nacimiento y desarrollo de la sociedad urbana en los territorios iberos y turdetanos.



Hace casi exactamente una docena de años —el 27 de Febrero de 1986, *¡tempus fugit!*— nos reuníamos en esta misma Casa, con el copatrocinio del entonces Ministerio de Cultura, para tratar de los asentamientos ibéricos ante la romanización (AA.VV., 1987). La maduración de los estudios arqueológicos en los años ochenta había dado un gran impulso al conocimiento de la cultura ibérica, después de una década prodigiosa, la de los setenta, entre otras cosas por el regalo de hallazgos espectaculares: la Dama de Baza, el monumento de Pozo Moro, las esculturas de Porcuna. El progreso de la investigación y la fortuna de los hallazgos habían incidido muy particularmente en la posibilidad de abordar una cuestión medular: la determinación del carácter auténtico de la cultura ibérica, el reconocimiento de su nivel urbano, con las consecuencias que ello comporta en la consideración o valoración de todos sus rasgos, de todas sus manifestaciones, sean las «internas», sean las relacionadas con sus nexos con el exterior.

Porque la vida urbana implica muchas cosas, tanto a la hora de entender la organización interna, las relaciones entre los miembros de una misma comunidad, como las que se establecen con otras comunidades, las pertenecientes a la misma órbita cultural o política, y las ajenas a ella, de todo lo cual se derivan rotundas particularidades de la cultura material, en las que se apoyan fundamentalmente nuestros estudios arqueológicos. Es lo que ocurre igualmente con la especial relación con el medio de las sociedades urbanas, su incidencia en el paisaje, en su antropización, en la modelación del mismo que hace de las organizaciones urbanas un paradigma de sociedades demiúrgicas, creadoras, cuando llegan a su madurez, de un cosmos a su medida, que es su principal aspiración y la más contundente manifestación de la verdaderamente nueva especie que Aristóteles denominó *zoon politikón*, el «animal urbano», el «urbanita».

Creo no equivocarme si considero que aquella reunión —en la que participaron muchos de los convocados a esta de ahora—, contribuyó a asentar mejor la valoración de la dimensión urbana de la cultura ibérica, y con ello entender en mejores condiciones el proceso de la romanización, que era objetivo principal del encuentro científico; y se comprueba que las propuestas contenidas en sus actas han sido profusamente incorporadas al debate científico desde entonces de estas cuestiones.

Ojalá que ahora logremos dar otro paso adelante más, un paso que matice y aún supere lo que entonces estábamos en condiciones de afirmar y que abra nuestra mirada a otras cuestiones, como de hecho pretende con su enunciado y con el acercamiento a la problemática diferenciada que puede plantearse, en el ámbito peninsular hispano, entre las culturas ibéricas y las correspondientes a la *Hispania* indoeuropea o céltica.

He tenido el honor de ser invitado a presentar una introducción a nuestro tema, que quisiera cimentar en

la ponencia presentada en el coloquio de 1986 junto con Carmen Fernández Ochoa, Angel Fuentes y Lorenzo Abad (Bendala *et alii*, 1987). El título de esta introducción, tal como reza en la cabecera, me parece, si bien se mira, algo más que excesivo, y ya aviso que apenas superaré el marco de lo que su final sugiere: que se trata de una mera introducción. Entre otras cosas porque no querría repetirme más de la cuenta, y me remito a lo expuesto en el coloquio y en no pocos trabajos coetáneos o posteriores en los que he tratado de estas cuestiones.

Y para entrar ya en materia, nada me parece más oportuno que traer a colación, como punto de partida, un par de pasajes de Estrabón, cuya obra, como el conjunto de la literatura antigua, puede ser remirada con nuevas posibilidades gracias al progreso de la investigación en todos los frentes, entre ellos —y muy señaladamente, por cierto— el que corresponde a la Arqueología.

En el conocido pasaje 3,1,6 de su *Geografía*, dice Estrabón a propósito de los turdetanos: «Estos son los tenidos por más cultos (*sofótatoi*) de entre los iberos, puesto que no sólo utilizan la escritura, sino que de sus antiguos recuerdos tienen también crónicas históricas, poemas y leyes versificadas de seis mil años, según dicen»¹. Sin entrar en polémicas sobre la exactitud de la referencia estraboniana, es claro que con ella está haciendo referencia a la vieja *politeía* de los turdetanos, que arranca con el sustrato tartésico que le es propio, como bien sabemos por multitud de análisis lingüísticos, arqueológicos y, en suma, históricos.

El citado pasaje se prestaría, por sí solo, a una interesante glosa por menudo, en relación, por ejemplo, con la importancia dada a la posesión de escritura, y de una historia mantenida como recuerdo, atesorada sin duda en una tradición oral que hubo de ser ingrediente importantísimo en la fijación por escrito mucho después —en tiempos helenísticos y romanos— de las tradiciones locales conocidas ahora a retazos. Bien se sabe que la historia es un referente imprescindible para las sociedades urbanas (cf. Bendala, 1989: 128), y la escritura una de las consecuencias propias de su desarrollo, una expresión característica de la maduración del mismo.

En cualquier caso, esta vieja *politeía*, que otorga a los turdetanos la primacía en la integración en la vida urbana respecto de los otros pueblos ibéricos, es un fenómeno bien probado arqueológicamente. Sobre la base de precedentes que para todo el ámbito mediterráneo tienen una decisiva fase de progresiva complejización de las estructuras sociales, económicas y políticas en el segundo milenio antes de la Era, en buena parte alentada por el desarrollo y la expansión de la civilización micénica, los pueblos de la Península Ibérica inician su definitiva incorporación a estructuras

¹ Según traducción de M.^a J. Meana y F. Piñero, en Biblioteca Clásica Gredos, 169, Madrid, 1992, p. 42.

organizativas de nivel urbano con el desarrollo de la cultura tartésica en el mediodía de la misma (Bendala, 1989). Sería la base del arraigo y la progresiva expansión de los modelos organizativos urbanos de inspiración fundamentalmente mediterránea al conjunto de la Península, en un proceso relativamente lento, en lo que hace a la totalidad de la misma, y beneficiado, entre otras cosas, por el hecho de constituirse en charnela de conexión entre las activas culturas metalúrgicas del Bronce Atlántico, y los ambiciosos estados coloniales de la órbita mediterránea². El mundo turdetano significa una facies con personalidad y connotaciones propias³ en el proceso de maduración e irradiación de la cultura tartésica en el nuevo e importante capítulo que representan las culturas ibéricas, en las que se suman, respecto de aquélla, los fenómenos de continuidad y los de cambio y renovación con nuevos horizontes.

Sin entrar por menudo en el análisis y la discusión de estos hechos —bien asentados en el estado actual de los conocimientos, aunque con bastantes facetas problemáticas, por ejemplo, la determinación de la génesis misma de la cultura tartésica—, es una realidad que la maduración de las culturas del Bronce del mediodía hispano durante el segundo milenio confluyó con la llegada de las primeras oleadas hasta el extremo occidental del mediterráneo de los efectos de la «*economie-monde*», dicho en los conocidos términos braudelianos, agitada por las grandes culturas urbanas desde el otro extremo del Mediterráneo⁴. Las conexiones con el Mediterráneo oriental, propuestas desde hace tiempo y muy debatidas, cobraron cuerpo científico definitivo con el hallazgo de cerámicas micénicas en Montoro (Córdoba), en pleno hinterland tartésico.

Tartessos significó la puesta en marcha de una estructura urbana a partir del mediodía hispano desde una etapa precolonial, en un proceso de rápida maduración que, si se quiere y como en todos los casos, arranca de estadios que pueden considerarse —o denominarse— «protourbanos», una etapa inicial que suele caracterizarse por la modestia o el escaso desarrollo de los aspectos urbanísticos y arquitectónicos. Es lo que corresponde a la facies del Bronce Reciente Tartésico, que a mí me gusta llamar desde hace algún tiempo «período geométrico», según una propuesta cargada de significación⁵, por cuanto sugiere, como pretende, cone-

xiones con el ámbito mediterráneo y egeo o griego («geométrico») en etapas anteriores a las colonizaciones históricas; es una propuesta debatida y debatible precisamente por esas implicaciones, que a otros especialistas le ha parecido también oportuna y significativa⁶.

La extraordinaria importancia de Tartessos se explica cuando se la contempla situada en el extremo occidental del primer círculo de la «*economie-monde*» mediterránea, o en la transición entre el primero y el segundo círculos (Brun, 1987:185). Tartessos se anticipa cronológicamente en el desempeño del papel intermediario que en los siglos del arcaísmo maduro y del clasicismo tendrán las culturas célticas del centro de Europa en las relaciones entre el mundo mediterráneo y la Europa interior y atlántica. Los ingredientes atlánticos, presentes en lo tartésico e integrados en algunas de sus manifestaciones culturales más propias y características —por ejemplo en el armamento o en las famosas producciones de orfebrería, en costumbres y en determinadas prácticas rituales, etc.— son consecuencia de ese papel intermediario, y son importantes aunque no sean, en mi opinión, los determinantes de la cultura tartésica, como proponen algunos investigadores.

En Tartessos es lo esencial esa integración en la «*economie-monde*» mediterránea, con sus múltiples consecuencias en el terreno cultural e incluso en el puramente étnico (limitadamente y sin que haya que suponer, como es lógico, la dependencia del poblamiento de la integración en la *koiné* cultural, organizativa o económica que la incorporación a los «círculos» comportaba). Incluso el perfil legendario de Tartessos no es otra cosa que la expresión de su excepcionalidad, de la precocidad de esa integración, y de ocupar en ella un lugar tan extremo, tan lejano, y a la vez tan cargado de consecuencias, no sólo para la propia evolución, sino para la de las grandes culturas que lideraban el orden social y económico que dio lugar a la creación de esos grandes círculos culturales. Porque, como bien se sabe, tampoco se entiende el desarrollo de las culturas orientales —fundamentalmente la fenicia y la griega— sin contar con su actividad colonial, sin su proyección a este extremo del mundo entonces conocido, ni en las realidades económicas, ni en cuestiones más sutiles y complejas, pertenecientes al mundo de las mentalidades y las formas de vida⁷.

Pero me interesa sobremanera hacer hincapié en lo que habría de significar la aparición de este antiguo y extremo foco de vida urbana en el mediodía peninsular como catalizador de una nueva y peculiar dinámica interna y externa en las diferentes culturas de la

² Se dispone de numerosa doctrina sobre el particular, con puntos de vista diversos, en obras colectivas recientes y significativas del estado de la cuestión, editadas por M.^a E. Aubet (1989), D. Ruiz Mata (1995) y C. Aranegui (2000).

³ Una discusión reciente sobre la cuestión, en: J. Fernández Jurado, P. Rufete y C. García Sanz, ed., 1997.

⁴ No hace falta advertir que sigo en ésto propuestas derivadas de una provechosa lectura de las fecundas ideas de F. Braudel, y su aplicación a los fenómenos de la Protohistoria europea realizada recientemente por investigadores como nuestro compañero en esta mesa redonda, Patrice Brun (1987).

⁵ Un tratamiento relativamente reciente de la cuestión, con detenimiento particular en los problemas de la indicada denominación, en: Bendala, 1995, p. 259.

⁶ Como, entre otros, M. Almagro-Gorbea, 1996, p. 38; una denominación y unas razones a las que ya apuntaba J. de M. Carriazo a raíz del descubrimiento del tesoro de El Carambolo y de las hermosas cerámicas decoradas con diseños geométricos halladas en la excavación del yacimiento (cf. Carriazo, 1970, pp. 33 ss.)

⁷ Una reflexión personal, en Bendala, 2000, *passim*, y fundamentalmente los capítulos 1 a 3, pp. 17-151.

Península desde entonces. La vida urbana, aparte de sus expresiones más o menos impactantes —como el desarrollo de formas artísticas de gran poder de sugestión, la creación de poderosas formulaciones ideológicas y religiosas, acompañadas de complejas expresiones rituales, que proporcionan imprescindibles medios de cohesión social a colectivos cada vez mayores; y tantas otras cosas— tiene una de sus facetas más importantes en que se convierten en focos de agitación y aceleración del ritmo histórico, de los procesos culturales, con un acúmulo enorme de consecuencias para la vida interna de la propia sociedad urbana y para su entorno, por lo demás cada vez más vasto, más extenso.

La vida urbana significa importantes incrementos demográficos y, por tanto, necesidades crecientes de materias primas, tanto para la cubrición de las propias necesidades como para la obtención de excedentes con vistas al comercio. Las apetencias y necesidades nuevas se encadenan, con una imparable dinámica que hace cambiar la condición propia de las sociedades que protagonizan las nuevas formas de vida, pero que también condicionan y, a la postre, transforman la de las gentes de su entorno. Adquieren éstas, sin en principio haber dado pasos que signifiquen una mudanza de sus hábitos culturales, una decisiva y nueva condición: la de «estar» en la periferia de un organismo urbano; o, dicho quizá más exactamente, la de «ser» su periferia, porque este hecho cambiará profundamente su propia existencia, en cuanto que quedarán envueltos en una dinámica nueva que también los condicionará irremediamente.

Una de las tareas más sugestivas, desde el punto de vista cultural e histórico, es analizar el tipo de relaciones que se establece en un territorio determinado, escenario de unas también determinadas culturas, cuando por procesos de desarrollo desigual, unas comunidades alcanzan niveles organizativos complejos de tipo estatal o urbano, y se diferencian y despegan de las que, en su vecindad, no han alcanzado esos niveles. La relación entre las estructuras urbanas y su periferia da lugar a fricciones que determinan «calentamientos» de los procesos culturales e históricos con importantes consecuencias para los agentes de ambas orillas de la divisoria organizativa y cultural.

Las entidades urbanas tienden a la expansión, desarrollan sistemas de colonización, de control directo o indirecto de territorios cada vez más amplios para atender a sus crecientes necesidades. Tanto para lograr sus objetivos como para defender sus logros frente a los demás, desarrollan formas de poder y de coerción que hace progresivamente acusada la dimensión militar o guerrera de las sociedades desarrolladas, con consecuencias básicas en la organización interna, derivada de la importancia de la guerra, de la fuerza, para la supervivencia de la comunidad y el ejercicio del proyecto emprendido. La asunción por los individuos y grupos dominantes del papel de dirigentes de la

guerra, se traslada a la propia estructuración social, a la acumulación de poderes y privilegios que son constitutivos a las jerarquizadas sociedades urbanas. Si en relación con culturas mediterráneas mejor conocidas, como la griega, se comprueba una jerarquización social basada en las capacidades militar y de acaparamiento de bienes —la tierra fundamentalmente—, ambas íntimamente entrelazadas, en el ámbito cultural que ahora nos interesa se observa esa misma exaltación del carácter guerrero de los dirigentes, de los ocupantes del más alto estrato en la jerarquía social tartésica, en las renombradas estelas de guerreros. No ha de extrañar que la parca proyección artística de los primeros tartesios concentre sus esfuerzos en la mostración de una poderosa casta militar, receptora de una compleja ritualidad y de un simbolismo que la investigación va aclarando con creciente éxito⁸.

Los pueblos de la periferia sufren el impacto de las ambiciones de los desarrollados organismos urbanos —a la búsqueda de tierras, de riquezas, de mano de obra sometida o esclava—, en los que pueden encontrar también un horizonte de progreso, sea por integración en su propia estructura en la medida en que ello sea posible en cada caso —por desplazamientos, equiparación cultural, etc.—, sea por la vía de las razzias, un medio rápido y eficaz de hacerse con los bienes excedentarios y acumulados por las comunidades desarrolladas, una actividad de larga solera en todos los encuentros desiguales de los estados y sus periferias, bien atestiguada en el caso hispano, hasta el punto de constituir uno de los temas estrella de nuestra historiografía⁹.

El desarrollo, pues, de una organización urbana en un territorio determinado, que inicialmente no engloba ni implica a todas las sociedades o culturas existentes en él, determina formas de relación sintetizables en la idea de una dinámica en equilibrio inestable, que se erige en catalizador principal de la evolución del conjunto de las sociedades implicadas, de una manera o de otra, en la nueva situación. La tendencia natural —o «cultural», que supone, en cuanto tal, un artificio a cuya particular naturaleza hay que adscribir la orientación en la dirección propia a que se refiere esa apelación a lo «natural» o «lógico»— será buscar un equilibrio estable por integración de todos, con los matices o las diferencias insalvables que proceda, en las mismas formas de organización cultural.

En *Hispania*, la coexistencia y la colisión, por tanto, de formas de vida urbanas y no urbanas se inicia definitivamente en los tiempos tartésicos y, tras un largo y complicado proceso, vivido a lomos de las indicadas relaciones de equilibrio inestable, llegará a un equilibrio estable con Augusto. El *Sebastós Kaisar*

⁸ La bibliografía sobre el particular, como bien se sabe, es amplísima, y me limitaré aquí a remitir a mis propias y más recientes consideraciones —Bendala, 2000, pp. 66-82—, con la bibliografía indicativa incluida en el libro de referencia.

⁹ Recuérdense los trabajos pioneros de A. García y Bellido (p.e., 1945).

—como escribía Estrabón— se presenta precisamente como instaurador del nuevo equilibrio entre pueblos hispanos, acabando con los últimos reductos, en tierras de Cantabria, de roces entre ciudades y zonas «civilizadas» y sus vecinos «bárbaros», dados a la práctica ya tradicional del bandidaje (Estr. 3,3,8).

En el origen de este proceso, la cultura tartésica muestra desde sus etapas iniciales la comentada capacidad de irradiación de los organismos urbanos, arqueológicamente detectable en la singular expansión de las estelas de guerreros o de sus productos más característicos, como las cerámicas bruñidas y otros elementos. Sorprende en ésto la fuerte penetración en el interior peninsular, por el camino de occidente que cuajará en la famosa «Vía de la Plata» y, desde aquí y por diversas rutas, hacia la Meseta, sin olvidar la influencia en el sudeste y el levante hispanos a través, entre otras vías, de la que remontaba el curso del río Guadalquivir y se consolidaría como la más ilustre arteria de la España antigua, la *Vía Heraklea*, después *Vía Augusta*. La búsqueda de metales —el estaño, la plata, el oro—, de mano de obra, de tierras que cultivar, están en el origen de una expansión que se revela para su época como verdaderamente asombrosa, otra de las facetas extraordinarias de Tartessos, y una manifestación bien a la mano de la comentada vitalidad de las sociedades estatales y urbanas.

La expansión tartésica hacia la alta Andalucía, sudeste y levante en fases maduras de su evolución puso las bases del personal desarrollo de las culturas ibéricas¹⁰ y cerró los dos brazos de la tenaza o la pinza que incorporó definitivamente el ámbito hispano a la citada «*economie-monde*»: el fenicio y el griego. De la precocidad y la fuerza de ese proceso expansivo del mundo tartésico hacia la alta Andalucía y el sudeste, y de su importancia en la configuración también precoz de la cultura ibérica, se tienen abundantes testimonios, entre los que habría que contar, para la fase madura de la época orientalizante, un monumento tan extraordinario, problemático y excepcional como el mausoleo de Pozo Moro. Muy conocido, y muy debatidas las claves de su significación y de su ubicación ambiental y cronológica —en lo que no cabe entrar ahora— quizá tengamos en él la más contundente expresión de la necesidad de dotarse, cómo y en cuánto era posible, de poderosos signos de prestigio con los que expresar y asegurar su poder las cada vez más asentadas jerarquías urbanas que el mundo tartésico orientalizante representaba. Por los circuitos comerciales y culturales establecidos en el marco de la economía-mundo mediterránea circularían apresurada e intensamente, acuciados por la demanda incesante de las minorías aristocráticas que iban configurándose casi

clónicamente por todos los rincones del Mediterráneo, los conocidos bienes culturales de un comercio y una producción que, por aprovechamiento inmediato de la eficacia como bienes de prestigio puesta de manifiesto en las culturas de oriente que hacían de vanguardia del nuevo orden mundial, eran trasladadas y copiadas a todas partes. Así se forjaron las conocidas *koinés* culturales, muy penetrantes y homogéneas desde la importantísima «orientalizante», de la que fueron agentes principales los fenicios y que, como no hace falta argumentar, significan mucho más que una mera sintonía en las modas y las costumbres.

Eran en ese proceso fundamentales los préstamos tecnológicos, que en materia de ingeniería o urbanística tienen manifestaciones tan antiguas y señaladas como el muro de aterramiento del cabezo de San Pedro de Huelva, construido en fecha seguramente no posterior a los comienzos del siglo VIII a.C. (Ruiz Mata *et alii*, 1981). Y para enlazar con el ejemplo traído a colación de Pozo Moro, uno de los vehículos de transmisión de los componentes de las *koinés* culturales, sobre todo en realidades propias de las llamadas «artes mayores», hubieron de ser los «talleres peregrinos». La aparición de una plástica mayor orientalizante al servicio de las maduras aristocracias centromediterráneas y, en la misma trayectoria, las tartésicas, hubieron de deber mucho a talleres siríacos expertos en la talla de la piedra, que por caminos no fáciles de precisar, pero sí de entender, pudieron trabajar al servicio de dirigentes con intereses conectados por los hilos de la tan mencionada *economie-monde*. A ellos ha de adjudicarse la aparición de esculturas de sabor orientalizante y siríaco en Etruria hacia la segunda mitad del siglo VII a.C., o en la propia Tartessos en fechas cercanas, con su expresión en el problemático mausoleo albacetense, para todo lo cual hay que ir definitivamente descartando la hipótesis tradicional que suponía el paso a la escultura mayor mediante una simple ampliación de escala de los prototipos menudos en marfil, bronce u otros soportes allegados por el intenso comercio de entonces¹¹.

En cualquier caso, el gran desarrollo del mundo tartésico orientalizante y su expansión peninsular, desde el punto de vista interno, el impacto colonial de fenicios y púnicos y el de los griegos en su particular escala, determinaron un proceso de maduración y diferenciación de las culturas urbanas en el mediodía y el levante hispanos, que tuvo en el siglo VI a.C. una fase clara de inflexión, de adopción de nuevos rumbos. El protagonismo de lo tartésico y su más o menos generalizada homogeneidad dará paso a procesos diferenciados por un cambio de coyuntura que tiene su más acusada expresión precisamente en la crisis de Tartessos, que manifestándose a la postre como una verdadera crisis de crecimiento, tendrá como resulta-

¹⁰ Su estudio en los últimos años ha revolucionado el conocimiento de las mismas y generado una ingente literatura científica. Me limitaré a citar los estudios de conjunto de Ruiz y Molinos (1993) y los trabajos reunidos en dos obras recientes editadas por Aranegui (1998) y Aranegui, Mohen y Rouillard (1998).

¹¹ Un comentario personal sobre la cuestión, en Bendala, 1994, pp. 88-90. En el mismo lugar, Chapa (1994).

do el afianzamiento de las personales culturas ibéricas, con todo lo que tienen de común y de diferente.

Es una realidad bien conocida, que cabría comentar aquí trayendo a colación, en función de nuestros objetivos, algunos factores o elementos determinantes de carácter cultural y étnico. Sin entrar en muchos matices étnicos, tan difíciles de determinar¹², podría decirse que la alta Andalucía y el sudeste configuraron su evolución cultural sobre una base poblacional de vieja tradición prehistórica, con una evolución diferenciada que iría cristalizando en las etnias o pueblos, más o menos claramente diferenciados, de los que dan noticia —bastante imprecisa casi siempre— los textos antiguos¹³; hubieron de darse aportes de la Hispania interior —en el flujo alimentado por la dinámica en equilibrio inestable mencionada poco más arriba—, y seguramente procedentes también de la región nuclear tartésica y de origen mediterráneo por diversas vías, con algún peso el feniciopúnico, de lo que se tienen expresivos indicios en las fuentes literarias que han venido prácticamente a corroborar las investigaciones arqueológicas recientes¹⁴; y elementos griegos, incorporados en cantidades poco significativas numéricamente, pero mucho culturalmente, a asentamientos ibéricos¹⁵. En lo que hace a la cultura, está bien comprobado el influjo tartésico orientalizante, el directamente orientalizante vehiculado por fenicios y púnicos, ingredientes griegos en importancia creciente, y contenidos menos

significativos, ante el empuje cultural de todo lo anterior, de la España indoeuropea o céltica.

Hacia el norte, todavía en el marco costero levantino y ascendiendo hacia el valle del Ebro y las tierras de la actual Cataluña, se debilitan los aportes fenicios, sobre todo los étnicos, aunque tengan algún relieve los culturales, y aumentan los griegos, por la consabida presencia colonial de los focenses en *Emporion* y *Rhode*; su limitado peso numérico tiene como contrapartida una gran influencia cultural, especialmente sensible en la franja costera. El sustrato poblacional corresponde en términos generales al ámbito de lo ibérico, aunque con rasgos propios por una mayor incidencia o presencia de gentes correspondientes al mundo europeo o continental, asociadas tradicionalmente a los llamados «campos de urnas»¹⁶.

En el ámbito tartésico, que a partir de ahora —desde la raya del siglo VI a.C.— puede denominarse más propiamente turdetano, se producen fenómenos de gran complejidad cultural y también en lo relativo al poblamiento. El sustrato tartésico, arraigaría también en la tradición prehistórica, con un notable incremento generalizado desde el Calcolítico, como consecuencia de la maduración de las sociedades agrarias. La definitiva configuración de Tartessos pudo significar —es una de tantas cuestiones polémicas y discutidas hasta el cansancio— la llegada de gentes foráneas, a las que cabe atribuir un papel de estimulante principal en la consolidación de las evolucionadas formas de su organización social, económica y política. Pudieron ser de raigambre indoeuropea y tener tanto origen mediterráneo como continental o atlántico, según hipótesis bien conocidas y muy debatidas en las recientes publicaciones y reuniones científicas sobre Tartessos, en las que he tenido ocasión de argumentar mi creencia acerca de la preeminencia de las vinculaciones mediterráneas¹⁷. Pero no querría abrir demasiados frentes en la polémica científica.

Sí parecen bastante probados dos fenómenos importantes en relación con la evolución del poblamiento y las tendencias culturales en la región nuclear del mundo tartésico y sus inmediaciones. En primer lugar una fuerte penetración de fenicios y púnicos en el interior, en los territorios que fueron inicialmente tartésicos. Aparte de la importante presencia de fenicios y púnicos en una amplia franja costera con apoyo fundamental en las conocidas y numerosas colonias y factorías, se va comprobando arqueológicamente una importante presencia de «colonias» de fenicios en o junto a asentamientos tartésicos¹⁸, como en el caso de Carmo (Carmona, Sevilla), donde se percibe una

¹² Algunos aspectos básicos, deducidos del estudio de los etnónimos, antropónimos y topónimos y del estudio de las lenguas y las escrituras paleohispánicas, han sido tratados abundantemente por los especialistas, con obras entre las que cabe destacar las de Untermann (1965 y 1993) y Albertos Firmat (1983). Una aproximación general a los pueblos antiguos de Hispania, teniendo en cuenta todos las fuentes de información, se tiene en la obra colectiva editada por M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero (1993), sin olvidar los estudios clásicos de Caro Baroja (1946/1976).

¹³ Para una consideración actualizada de los conceptos de etnia y grupos culturales, y una aproximación a los pueblos de las regiones indicadas, puede acudirse a los artículos de A. Ruiz, M. Pastor, J. Carrasco y J. A. Pachón, A. González Prats y L. Abad, en M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero, ed., 1993, pp. 101-166.

¹⁴ En la *Ora Marítima* de Avieno se dice que los fenicios fueron los primeros habitantes de la región del Segura o de la costa levantina de forma más general: *Ista Phoenices prius loca incolebant* (O.M. 459-460). Es quizá una referencia a que ellos debieron de ser los primeros habitantes «extranjeros» de la zona, anteriores a los griegos que también colonizarían estas costas, como se ha subrayado recientemente (en J. Mangas y D. Plácido, ed., 1994, pp.125-128). La arqueología, a los datos sobre la presencia de una cultura orientalizante de influencia fenicia en yacimientos como Vinarragel (Castellón), Los Saladares (Orihuela, Alicante) o Peña Negra de Crevillente (Alicante), ha venido a sumar el hallazgo de un importante asentamiento amurallado, que se tiene por fenicio, bajo la rábita de Guardamar del Segura (Alicante), en el lugar también conocido como La Fonteta (cf.: González Prats, 1991 y 1999; Azuar *et alii*, 1998)

¹⁵ Algo que se intuye por la caracterización de numerosas manifestaciones de la cultura ibérica, entre ellas su arte mayor, o la concepción y la trama de un yacimiento tan adscrito a fórmulas urbanística griegas como el recientemente excavado en La Pícola (Santa Pola, Alicante: Moret *et alii*, 1996), pero que se hace patente por fenómenos de convivencia que están en la base de la adaptación de la escritura grecojonía a la lengua ibérica, como hicieron los contestanos en los siglos V y IV a.C. (cf. de Hoz, 1987 y 2000), y puede tener una prueba directa en la alusión a griegos emporitanos establecidos en una ciudad ibérica de nombre *Saiganthe* —que debe de ser Sagunto—, según reza en una carta comercial de fines del VI a.C. hallada en Ampurias (Sanmartí y Santiago, 1988).

¹⁶ Remito a los trabajos de J. L. Maya y J. Barberá, J. Padró y E. Sanmartí, F. Burillo y G. Fatás, en M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero (ed.), 1993, pp. 167-223.

¹⁷ Es un debate imposible de reproducir en estas páginas, para lo que remito a las publicaciones editadas por Aubet (1989) y Ruiz Mata (1995).

¹⁸ Hace ya algunos años que González Wagner y Alvar (1989) propusieron la existencia de una colonización agrícola fenicia.

sólida presencia cohesionada en torno a un lugar sacro que ha proporcionado importantes vestigios, sobre todo extraordinarios recipientes orientalizantes de gran significado religioso (Belén *et alii*, 1997).

Esta presencia fenicia hubo de suponer un revulsivo cultural de primer orden en la evolución de los asentamientos tartésicos en todos los sentidos, con una trascendencia en la configuración del poblamiento que alcanza a la determinación del origen o la caracterización definitiva de ciudades tan importantes como la misma *Spal* (la *Hispalis* romana, Sevilla), lo que explicaría, entre otras cosas, la existencia de topónimos vinculables a la tradición fenicia, como el mismo de *Spal* (Pellicer, 1997; Belén y Escacena, 1997). Es un flujo que debió de acrecentarse con la crisis de Tartessos y la consolidación de la presencia púnica en el mediodía, y afirmarse definitivamente con la conquista de los Barca¹⁹. Es una cuestión ampliamente tratada, que corrobora o anticipa un conocido pasaje de Estrabón, que afirma taxativamente que los turdetanos «llegaron a estar tan completamente sometidos a los púnicos que la mayor parte de las ciudades de la Turdetania y de los lugares cercanos están hoy habitadas por ellos» (Estr. 3,2,13).

Al peso cultural y poblacional de los púnicos ha de atribuirse el apartamiento del mundo turdetano del resto de las culturas ibéricas, las particularidades de una personalidad cultural que no sigue los derroteros que aquellas siguieron en sus costumbres funerarias, en el uso —o desuso— de la escultura y otras formas de expresión artística, como la misma alfarería, en tantas cosas que tienen una capacidad singular de expresar adscripciones culturales, como ocurre con el armamento²⁰. Es, por otra parte, el peso en la determinación de un sustrato cultural que dará todavía poderosas señales de vida en plena época romana, como tuvo ocasión de subrayar hace años en el estudio de la necrópolis de Carmona y se ha seguido comprobando en numerosos estudios posteriores, propios y ajenos²¹.

El segundo de los fenómenos importantes a los que me refería es el gran impacto céltico, étnico y cultural, experimentado por la misma región tartésica, particularmente en su sector occidental, que tuvo entre sus principales consecuencias la configuración de la Beturia Céltica, centrada en la mesopotamia que se-

para el Guadiana del Guadalquivir (Berrocal-Rangel, 1998), y manifestaciones tan expresivas como la existencia de una ciudad junto al Guadalquivir de nombre *Celti* (en Peñaflor, Sevilla).

En los últimos años se ha prestado a esta cuestión una gran atención, y se ha progresado extraordinariamente en el alumbramiento de su realidad cultural e histórica. Algunos de los convocados a este encuentro científico se cuentan entre los principales agitadores de esta beneficiosa oleada de estudios, algo que me exime de entrar con detenimiento en una cuestión que otros pueden evocar con mayor competencia. Sólo comentaré cómo hace tiempo, las raíces del celtismo meridional eran buscadas ya en la vieja Tartessos, y prestigiosos investigadores, como mi maestro Antonio Blanco, creían ver una manifestación de la «infiltración de gentes del norte» en la tosca cerámica a mano, con decoración de cordones y digitaciones, que se constataban como muy comunes en los contextos orientalizantes tartésicos (Blanco *et alii*, 1969). Hace tiempo que, en relación con este fenómeno, vengo pensando y escribiendo que la penetración céltica en el suroeste fue una de tantas consecuencias de la crisis de la cultura tartésica a partir del siglo VI. La presión ejercida de antiguo, desde la formación misma de la famosa civilización, fruto de la dinámica en equilibrio inestable propia de los contactos desiguales de que se habló más arriba, se contuvo o se absorbió sin mayores repercusiones en tiempos de bonanza, pero la crisis agrietó el dique que la contenía, y adquirió redoblados bríos —desde el siglo V a.C.— una penetración que cambiaría en no mucho tiempo el panorama étnico y cultural de un amplio sector de lo que fueron las comarcas occidentales del mundo tartésico, nucleado en torno a la Beturia descrita por Plinio.

La dinámica cultural de la zona hasta entonces quedó modificada en bastantes extremos, lo que se comprueba en los cambios en la cultura material, en el modelo de poblamiento, en el signo de las actividades económicas²². Esta realidad, en fin, viene a conectar con el segundo pasaje de Estrabón de que hablaba para tomarlos como punto de partida de mis reflexiones. Dice el geógrafo griego, en 3.2.15, tras tratar significativamente de la prosperidad tartésica, lo siguiente:

«Con la prosperidad del país les vino a los turdetanos la civilización y la organización política —τὸ ημερόν και τὸ πολιτικόν—; y, debido a la vecindad, o, como ha dicho Polibio, por el parentesco, también a los celtas, aunque en menor medida, porque la mayoría viven en un sistema de aldeas».

¹⁹ Remito a una amplio tratamiento de la cuestión por mi parte, en Bendala, 1994b y 1999.

²⁰ Si la falcata sirve de símbolo de la cultura ibérica, su práctica inexistencia en la Turdetania es una expresión de su personal decantación cultural, que en este terreno tiene su explicación por el uso aquí, entre otras armas registradas arqueológicamente, de las flechas de arponcillo de tradición púnica. Se dispone para el caso del espléndido estudio de Quesada, 1997.

²¹ Recordaré, sin ser exhaustivo, mi trabajo de 1976 y el reciente de conjunto de López Castro (1995). Las cecas púnicas del mediodía hispano y su significado han sido una de las preocupaciones y líneas de interés desveladas en buena medida por M.^a P. García-Bellido, quien advierte, a través del estudio de las monedas, que el flujo de gentes púnicas siguió siendo importante en época del dominio romano (p.e., 1993 y 1999; y puede también consultarse el estudio de conjunto de Alfaro, 1998)

²² Sería muy largo, e innecesario, hacer relación pormenorizada de estas manifestaciones, y bastaría a título de mera evocación mencionar la presencia de cerámicas a mano, con impresiones y característicos sistemas de decoración que se apartan de lo tartésico-turdetano; el predominio de un hábitat de pequeñas aglomeraciones; el predominio de la ganadería en el ámbito de las actividades económicas. Es lo que ponen de relieve estudios arqueológicos recientes que, también a título de ejemplo, pueden representar: Rodríguez Díaz, 1990; Berrocal, 1992 y 1994.

Estos fenómenos de vecindad, de parentesco, de diferenciación organizativa son abordados por la investigación con creciente éxito, de lo que seguro será una prueba más de progreso en la misma dirección esta reunión. Se tiene bien comprobado que, entre otras cosas, con diferencias y tempos peculiares, el mundo céltico o, en general, la cultura castreña del interior, fue abriéndose paso por los caminos que conducían a las formas más complejas de las sociedades estatales y urbanas, primeramente arraigadas en el mundo meridional y mediterráneo. Va agotándose el contenido razonable de esta introducción y, también por razones de reparto de tareas y de competencias como he dicho poco antes, parece inapropiado reunir aquí las ideas elaboradas por quienes han ido dibujando en los años últimos el panorama de un interesante proceso de acercamiento de una periferia interior y atlántica de límites imprecisables hacia los modelos estatales y la aparición de oppida que sustituyen o se superponen a la organización tradicional de estas tierras en pequeños y casi autárquicos castros²³. La investigación va poniendo de relieve elementos del parentesco cultural que sugiere el mismo Estrabón, a menudo oculto por una tradición historiográfica alimentada por autores antiguos que, en función de las necesidades ideológicas de Roma, alimentó una visión «bárbarizada» de pueblos y regiones porque convenía a los propósitos de enaltecer el papel «civilizador» de los nuevos dueños del mundo. Pero la arqueología, y los mismos textos antiguos críticamente examinados, dejan ver que, por ejemplo, el mundo que abanderaba un Viriato no estaba tan al margen de la vida civilizaba de sus vecinos, ni se oponía a Roma por puro bandolerismo, ni estaba impulsado por el primitivo espíritu saqueador de una cultura de rústicos pastores (cf.: García Moreno, 1989). Los miles de soldados de sus ejércitos y su misma capacidad militar, las *civitates* de las que aquéllos procedían, los detalles de su famosa boda con la hija de Astolpas, los fastuosos funerales que honraron su muerte, pintan más bien la imagen de un jefe o un régulo de la *Beturia*, rebelde frente al poder de Roma en la misma trayectoria que representó la sublevación del 197 a.C. de ciudades púnicas (como *Malaca* y *Sexi*), o fuertemente punicizadas (*Carmo* y *Bardo*), y de la misma *Beturia*, también inserta, con otra gradación, en la misma órbita.

Sería igualmente interesante para los propósitos de esta introducción recordar el muy novedoso panorama que ofrece la actual Portugal, igualmente iluminada por una extraordinaria oleada de fructífera investigación. Su vertiente atlántica se presenta ya, más que como una periferia distinta y distante respecto de las tierras incorporadas de antiguo al ámbito de la ciudad de inspiración mediterránea, como uno de sus horizontes más propios de precoz expansión, hasta el punto de

aparecer a nuestros ojos a la manera de uno de los brazos de la tenaza de la acción progresivamente homogeneizadora de una civilización orientada por la vanguardia mediterránea. Sobre la base del activo y personal Bronce Atlántico, las relaciones con Tartessos y, sobre todo, la oleada orientalizante batió fuertemente sus costas y afectó profundamente a las comarcas próximas a ellas. La investigación arqueológica de los procesos culturales de la casi totalidad de la región costera portuguesa y un amplio hinterland —sobre todo en el mediodía—, un territorio que puede extenderse al menos desde el mediodía hasta el Mondego, a la altura de la célebre *Conimbriga*, demuestra una temprana incorporación a la órbita meridional y mediterránea, en lo que jugó un papel importante una presencia fenicia mucho más notable de lo que no hace mucho se sospechaba²⁴. Una incidencia esperable en el mediodía, se hace sin embargo sorprendente, por lo acusada, en la región de Lisboa y la desembocadura del Tajo, con un proceso que arranca de episodios antiguos y cobra carta de naturaleza a partir del siglo VII a.C.²⁵; y lo es aún más en territorios más septentrionales en una oleada que llega con fuerza a la citada *Conimbriga* y su región, muy influida en su curso histórico por una posible presencia directa de fenicios en la desembocadura del Mondego, en Santa Olaia (Correia, 1993). Esta incorporación al mundo meridional o mediterráneo tiene su reflejo o su demostración en la serie de ciudades portuguesas que *Ptolomeo* (2,5,1-7) incluyó entre las turdetanas, que llegan hasta la región de Lisboa —*Balsa* (Tavira), *Ossonoba* (Faro), *Myrtilis* (Mértola), *Pax Iulia* (Beja), *Salacia* (Alcácer do Sal) y *Caitobrix* (Setúbal)—, o la existencia de ciudades con sufijo en *-ipo*, de solera tartésico/turdetana, como la propia *Olisipo* (Lisboa) o la más septentrional de *Collippo* (en S. Sebastião de Freixo, junto a Leiria), sin olvidar la conocida existencia de unos *turduli veteres* en esta misma región, al sur del Duero.

En este marco se desenvolverán procesos evolutivos que van acercando los sistemas políticos y económicos de zonas que fueron afectando a la generalidad de los territorios peninsulares, acentuando los intercambios culturales y la movilidad de sus agentes, y caminando en una dirección, en definitiva, que la conquista romana y la «romanización» no vendrían sino a incentivar y, con todos los matices que son de suponer, a ultimar. De todo ello se hablará con provecho en esta reunión, a la que pretende servir esta introducción que cierro ya con dos ideas finales que enlazan con lo sostenido en el coloquio de 1986.

²³ M. Almagro-Gorbea, en un espléndido trabajo de síntesis reciente (1995), reúne lo principal de esta ideas, con amplia bibliografía.

²⁴ Una visión general del fenómeno puede verse en los trabajos reunidos en el monográfico sobre *Os fenicios no território português*, de la revista *Estudos Orientais* (vol. IV), Lisboa 1993.

²⁵ Debió entonces de fundarse la factoría fenicia de Abul, en Alcácer do Sal, y tener una gran repercusión en los asentamientos en torno a la desembocadura del Tajo, incluida la propia *Olisipo* (Lisboa), cuya región quedó en conjunto teñida por sus vinculaciones con el mundo mediterráneo: cf. Cardoso, 1995.

— Asentada la idea de la existencia de formas complejas y variadas de organización urbana en la Protohistoria hispana, es preciso insistir en la importancia de la conexión entre ciudad y territorio y la valoración de los asentamientos desde una perspectiva más general. La pregunta habitual, ante la problemática que plantea determinado asentamiento, suele ser si se trata o no de una ciudad; pero debería ser si pertenece o no a una estructura urbana y, en caso afirmativo, qué papel juega en ella: centro principal, secundario... Porque muchas escalas son posibles y necesarias en la estructuración urbana de un territorio. Suele ser frecuente que conozcamos mejor asentamientos menores, porque no han sido apoyos continuos de la organización urbana de su territorio, que los principales por su continua remodelación en un proceso histórico en el que participan más duradera e intensamente²⁶.

— Se está caminando firmemente en la caracterización del modelo de urbanismo y de urbanística de cada ámbito cultural, pero se hace preciso insistir en esta línea de indagación, que deberá aprovechar la positiva renovación en los métodos y en los planteamientos teóricos que orientan la investigación moderna. Todo nos emplaza en la esperanzadora situación de sentirnos cada vez más capaces de hacer, de hacernos, las preguntas adecuadas.

BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV., 1987: *Los asentamientos ibéricos ante la romanización* (27-28 Febrero, 1986), Ministerio de Cultura, Casa de Velázquez, Madrid.
- ALBERTOS FIRMAT, M.^a L., 1983: «Onomastique personnelle indigène de la Péninsule Ibérique sous la domination romaine», *Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt* II, 29,2, Berlín, pp. 853-892.
- ALFARO ASÍNS, C., 1998: «Las emisiones feno-púnicas», en C. Alfaro *et alii*, *Historia monetaria de Hispania antigua*, Madrid, 50-115.
- ALMAGRO-GORBEA, M., 1995: «El urbanismo en la Hispania 'céltica': castros y oppida del centro y occidente de la Península Ibérica», en M. Almagro-Gorbea y A. M.^a Martín, ed., *Castros y oppida en Extremadura*, Complutum, 4, Universidad Complutense, Madrid, pp. 13-75.
- ALMAGRO-GORBEA, M., 1996: *Ideología y poder en Tartessos y el mundo ibérico*, Real Academia de la Historia, Madrid.
- ALMAGRO-GORBEA, M. y RUIZ ZAPATERO, G. (ed.), 1993: *Paleoetnología de la Península Ibérica* (1992), Complutum, 2-3, 1992, Universidad Complutense de Madrid.
- ARANEGUI, C., ed., 1998: *Los Iberos, Príncipes de Occidente. Estructuras de poder en la sociedad ibérica*, Actas del Congreso internacional, Barcelona (1998).
- ARANEGUI, C. (ed.), 2000: *Argantonio, Rey de Tartessos*, Catálogo de la Exposición, s.l.e.
- ARANEGUI, C., MOHEN, J. P. y ROUILLARD, P., ed., 1998: *Los Iberos, Príncipes de Occidente*, Catálogo de la exposición presentada en París, Barcelona y Bonn, Barcelona.
- AUBET, M.^a E. (ed.), 1989: *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*, Sabadell.
- AZUAR, R., ROUILLARD, P., GAILLEDROT, E., MORET, P., SALA SELLES, F. Y BADIE, A., 1998: «El asentamiento orientalizante e ibérico antiguo de «La Rábida», Guardamar del Segura (Alicante). Avance de las excavaciones 1996-1998», *Trabajos de Prehistoria*, 55, pp. 111-126.
- BELÉN, M. y ESCACENA, J. L., 1997: «Testimonios religiosos de la presencia fenicia en Andalucía occidental», *Spal* 6, 1997, pp. 103-131.
- BELÉN, M., ANGLADA, R., ESCACENA, J. L., JIMÉNEZ, A., LINEROS, R. y RODRÍGUEZ, I., 1997: *Arqueología en Carmona (Sevilla). Excavaciones en la Casa-Palacio del Marqués de Saltillo*, Sevilla.
- BENDALA, M., 1976: *La necrópolis romana de Carmona (Sevilla)*, Sevilla.
- BENDALA, M., 1989: «La génesis de la estructura urbana en la España antigua», *CuPAUAM*, 16, pp. 127-147.
- BENDALA, M., 1994: «Reflexiones sobre la Dama de Elche», *Revista de Estudios Ibéricos (REIb.)*, 1, pp. 85-105.
- BENDALA, M., 1994b: «El influjo cartaginés en el interior de Andalucía», Cartago, Gadir, Ebusus y la influencia púnica en los territorios hispanos, VIII *Jornadas de Arqueología fenicio-púnica* (Ibiza, 1993), Ibiza, 59-74.
- BENDALA, M., 1995: «Componentes de la cultura tartésica», en D. Ruiz Mata, ed., 1995, pp. 255-264.
- BENDALA, M., 1998: «La ciudad entre los iberos, espacio de poder», en C. Aranegui, ed., pp. 25-34.
- BENDALA, M., 1999: «Panorama arqueológico de la Hispania púnica a partir de la época bárquida», en M.^a P. García-Bellido y L. Callegarin, ed., 1999 (en prensa).
- BENDALA, M., 2000: *Tartesios, iberos y celtas. Pueblos, culturas y colonizadores de la Hispania antigua*, Madrid.
- BENDALA, M., FERNÁNDEZ OCHOA, C., FUENTES, A. y ABAD, L., 1987: «Aproximación al urbanismo prerromano y a los fenómenos de transición y de potenciación tras la conquista», en AA.VV., 1987, pp. 121-140.
- BERROCAL-RANGEL, L., 1992: *Los pueblos célticos del suroeste de la Península Ibérica*, Complutum 2, Universidad Complutense, Madrid.
- BERROCAL-RANGEL, L., 1994: *El altar prerromano de Capote. Ensayo etno-arqueológico de un ritual céltico en el suroeste peninsular*, Universidad Autónoma de Madrid.

²⁶ Es lo que ocurre en la misma cultura ibérica. Cf. Bendala, 1998.

- BERROCAL-RANGEL, L., 1998: *La Baeturia. Un territorio prerromano en la baja Extremadura*, Badajoz.
- BLANCO, A., LUZÓN, J. M.^a y RUIZ MATA, D., 1969: «Panorama tartésico en Andalucía occidental», *Tartessos y sus problemas*. V Symposium internacional de Prehistoria Peninsular (Jerez, 1968), Barcelona, pp. 119-162.
- BRUN, P., 1987: *Princes et princesses de la Celtique. Le premier âge du Fer en Europe, 850-450 av. J.-C.*, Paris.
- CABRERA, P. y SÁNCHEZ, C. Ed., 2000: *Los griegos en España. Tras las huellas de Heracles*, Madrid.
- CARDOSO, J. L., 1995: «O Bronze Final e a Idade do Ferro na região de Lisboa: um ensaio», *Conimbriga*, 34, pp. 37-74.
- CARO BAROJA, J., 1946: *Los pueblos de España*, Barcelona (reed., 1976).
- CARRIAZO, J. de M., 1970: *El tesoro y las primeras excavaciones de El Carambolo (Camas, Sevilla)*, Excavaciones Arqueológicas en España, 68, Madrid.
- CORREIA, V. H., 1993: «Os materiais pré-romanos de Conimbriga e a presença fenicia no baixo vale do Mondego», *Os fenicios no territorio português*, Estudos Orientais, IV, pp. 229-283.
- CHAPA BRUNET, T., 1994: «Algunas reflexiones sobre el origen de la escultura ibérica», *Revista de Estudios Ibéricos* (REIb.), 1, pp. 43-59.
- FERNÁNDEZ JURADO, J., RUFETE TOMICO, P. y GARCÍA SANZ, C. (ed.), 1997: *La Andalucía ibero-turdetana (siglos VI-IV a.C.)*, (Jornada celebradas en La Rábida, 1994), Huelva Arqueológica XIV, Huelva.
- GARCÍA Y BELLIDO, A., 1945: «Bandas y guerrillas en las luchas con Roma», *Hispania*, V, pp. 547-604.
- GARCÍA Y BELLIDO, M.^a P., 1993: «Las cecas liiofenicias», *Numismática Hispano-Púnica. Estado actual de la investigación*. VII Jornada de Arqueología Fenicio-Púnica (Ibiza, 1992), Eivissa, pp. 97-146.
- GARCÍA Y BELLIDO, M.^a P., 1999: «Las explotaciones mineras y la moneda púnica de la Bética», en M.^a P. García-Bellido y L. Callegarin, ed., 1999 (en prensa).
- GARCÍA Y BELLIDO, M.^a P. y CALLEGARIN, L. ed., 1999: *La moneda púnica en Hispania y en el Occidente Mediterráneo*, Casa de Velázquez-C.S.I.C., Madrid (en prensa).
- GARCÍA MORENO, L., 1989: «La Hispania anterior a nuestra era: Verdad, ficción y prejuicio en la historiografía antigua y moderna», *Actas del VII Congreso Español de Estudios Clásicos*, Madrid, vol. III, pp. 17-43.
- GONZÁLEZ PRATS, A., 1991: «La presencia fenicia en el Levante Peninsular y su influencia en las comunidades indígenas», I-IV *Jornadas de Arqueología fenicio-púnica* (Ibiza, 1985-89), Eivissa, 109-118.
- GONZÁLEZ PRATS, A., 1999: *La Fonteta, 1996-1998. El emporio fenicio de la desembocadura del río Segura*, Alicante.
- GONZÁLEZ WAGNER, C. y ALVAR, J., 1989: «Fenicios en Occidente: la colonización agrícola», *Rivista di Studi Fenici*, 17, pp. 61-102.
- DE HOZ, J., 1987: «La escritura greco-ibérica», *Actas del IV Coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas* (Vitoria, 1985), Vitoria/Gasteiz, pp. 285-298.
- DE HOZ, J., 2000: «Epigrafía griega de occidente y escritura greco-ibérica», en P. Cabrera y C. Sánchez, ed., 2000, pp. 165-175.
- LÓPEZ CASTRO, J. L., 1995: *Hispania poena. Los fenicios en la Hispania romana*, Barcelona.
- MORET, P.; ROUILLARD, P.; SÁNCHEZ, M.^a J.; SILLIÈRES, P.; BADIE, A. 1996: «La Picola (Santa Pola): un asentamiento fortificado de los siglos V y IV a.C. en el litoral alicantino», *Actas del XXIII Cong. Nac. de Arqueología*, Elche (1995), vol. I, 401-406.
- PELLICER, M., 1997: «El nacimiento de Sevilla», *Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría* 25, pp. 232-254.
- QUESADA SANZ, F., 1997: *El armamento ibérico. Estudio tipológico, geográfico, funcional, social y simbólico de las armas en la Cultura Ibérica (siglos VI-I a.C.)*, Monographies Instrumentum 3/1, Montagnac.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A., 1990: «Continuidad y ruptura cultural durante la Segunda Edad del Hierro en Extremadura», *La cultura tartésica y Extremadura*, Cuadernos Emeritenses, 2, Mérida, pp. 127-162.
- RUIZ MATA, D., BLÁZQUEZ, J. M.^a y MARTÍN DE LA CRUZ, J. C., 1981: «Excavaciones en el cabezo de San Pedro (Huelva). Campaña de 1978», *Huelva Arqueológica*, V, pp. 149-316.
- RUIZ MATA, D. (ed.), 1995: *Tartessos, 25 años después*. Actas del Congreso conmemorativo del V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular, Jerez (1993).
- SANMARTÍ, E. y SANTIAGO, R., 1988: «La lettre grecque d'Emporion et son contexte archéologique», *Revue Archéologique de la Narbonnaise*, 21, pp. 3-17.
- UNTERMANN, J., 1965: *Elementos de un atlas antropológico de la Hispania antigua*, B.P.H. VII, Madrid.
- UNTERMANN, J., 1993: «Los etnónimos de la Hispania antigua y las lenguas prerromanas de la Península Ibérica», en M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero (ed.), 1993, pp. 19-33.

ÉCHELLES D'INTÉGRATION POLITIQUE ET CONTRÔLE DES MOYENS DE PRODUCTION EN EUROPE AU COURS DU I^{ER} MILLÉNAIRE AV. J.-C.

PATRICE BRUN
CNRS, Nanterre

ABSTRACT

The author compares different systems of social organization, during the first millenium B.C., mainly in north-alpine Celtic zone and in Iberia. He will first attempt the characterization of the levels of control over the means of production, then correlate political complexity and control over economic resources. The evolution of social division in protohistoric Europe points towards the utmost importance of a dialectical relationship between subsistence economy and prestige economy. This last one seems to drive social dynamics towards more social differentiation and increasing inequality. These traits however remain unstable and subject to frequent disruptions. Political entities will endure only when and if the social elite attains control over part of the means of production. If not, the inherent instability in long distance trade leads to political desintegration. Nevertheless, each short-lived attempt, and lasting contacts with more developped societies stimulate the search for innovation and fosters the emergence, sooner or later, of technical and organizational ways to obtain the means of production required to consolidate more complex political entities (traduction de D. Hamard que je remercie).

RÉSUMÉ

Le propos est de comparer les formes d'organisations sociales détectables au I^{er} millénaire av. J.-C., en Europe, surtout en Celtique nord-alpine et en Ibérie. Après avoir tenté de repérer le niveau de contrôle des moyens de production, je vérifierai la corrélation entre le niveau de complexité politique et le degré de contrôle des ressources économiques. L'évolution de la division sociale en Europe protohistorique suggère l'importance déterminante d'une dialectique de l'économie de subsistance et de l'économie d'échange ou de prestige. La seconde semble bien exercer une stimulation de la dynamique sociale en accentuant la différenciation et les inégalités, mais ces caractéristiques demeurent instables, sujettes à de fréquentes remises en cause. Les unités politiques ne s'inscrivent dans la durée, dans une relative stabilité que si les élites sociales parviennent à contrôler une partie des moyens de production. Ailleurs, l'instabilité inhérente au commerce lointain provoque la désintégration politique. Il s'avère pourtant que chaque tentative éphémère et les contacts entretenus avec des sociétés plus développées stimulent la recherche, l'innovation et favorisent la découverte de solutions techniques et organisationnelles, offrant, tôt ou tard, les moyens de production nécessaires à la consolidation de formations politiques plus complexes.



De nombreuses données permettent aujourd'hui d'esquisser les formes d'organisations sociales du I^{er} millénaire av. J.-C., en Europe, surtout en Celtique nord-alpine et en Ibérie. Après avoir tenté de repérer le niveau de contrôle des moyens de production, je vérifierai la corrélation entre le niveau de complexité politique et le degré de contrôle des ressources économiques. Nous verrons que la corrélation ne va pas de soi et que sa variabilité suggère des hypothèses permettant d'expliquer certaine modalité du changement social, en particulier l'urbanisation, et d'en approcher les causes.

1. LE CADRE MÉTHODOLOGIQUE ET THÉORIQUE

Le principal outil employé pour définir l'échelle et le niveau d'intégration, c'est-à-dire la taille et la hiérarchie interne des territoires politiquement autonomes, est l'étude des *settlement patterns*. Ces réseaux de sites contemporains reflètent, dans leurs diverses configurations, le degré de complexité des sociétés sans écriture. Ils représentent aussi l'un des meilleurs indices d'évaluation de la démographie, parce qu'ils permettent de savoir si les échantillons toujours restreints connus par la fouille d'établissements ou de cimetières sont vraiment représentatifs. Les programmes d'échelle micro-régionale, seuls aptes à offrir des résultats de cet ordre, restent toutefois peu nombreux ou trop peu avancés, car ils sont coûteux en temps et en moyens humains et financiers. Cela oblige à raisonner sur des données très incomplètes et dispersées, d'où le caractère relativement spéculatif de la construction. Les risques de commettre des erreurs grossières se trouvent toutefois limités par la taille énorme de l'aire étudiée et ainsi le nombre élevé et la diversité des informations croisées. Le fait de travailler jusqu'à une échelle continentale présente l'intérêt supplémentaire et crucial de pouvoir saisir les indices d'échanges trans-régionaux, parfois sur de très longues distances.

Le concept braudélien d'économie-monde (Braudel 1979) est utilisé pour décrire une zone économiquement autonome, organisée en trois sous-ensembles hiérarchisés globalement concentriques et formant système. On le confond souvent, à tort, avec un système du type centre/périphérie. La notion de système centre/périphérie a été élaborée, sous sa forme actuelle, par les économistes du sous-développement. Elle exprime une relation dissymétrique entre un sous-ensemble central, exploiteur et une autre éloigné, dominé. Un malentendu majeur, entretenu surtout dans le milieu anglophone, vient en effet de l'utilisation de cette terminologie à propos de n'importe quelle disposition auréolaire. D'autres modèles existent pourtant, en particulier ceux d'économie-monde ou système-monde, qui constituent des outils théoriques précieux pour rendre compte des relations entre sociétés de niveaux de développement inégaux, mais dénuées du caractère d'exploitation, au

sens marxiste du terme. Il convient aussi d'insister sur la polysémie potentielle des représentations auréolaires. Ces dernières peuvent figurer une «tombée de la distance» après avoir défini des ondes jugées plus significatives que d'autres pour le sujet traité. Elles peuvent représenter des zones fonctionnellement emboîtées, comme dans le paysage de von Thünen. Elles peuvent enfin correspondre aux étapes d'un phénomène de développement spatio-temporel. Ces trois significations sont parfois combinées. De tels modèles peuvent s'appliquer à diverses échelles. La plus locale est celle du village de von Thünen au sein de son aire d'approvisionnement direct. À un niveau plus régional, on trouve le réseau hiérarchisé d'établissement; ici, des déformations deviennent importantes, causées par les irrégularités naturelles. À des échelles supra-régionales, continentales et au - delà, existent des systèmes auréolaires de grande envergure, appelés économies-mondes ou systèmes-mondes.

Bien que très critiquées, les typologies sociales néo-évolutionnistes sont utilisées ici sans vergogne. Des versions récentes (Lapierre 1977, Johnson, Earle 1987), plus détaillées que celles de Fried (1960) ou de Service (1962) se prêtent en effet assez bien à la documentation archéologique. Remarquons d'ailleurs qu'il n'existe pas, même chez les plus critiques à leur égard (Hodder 1992), de travaux de synthèse qui en fasse longtemps l'économie, tant serait fastidieuse la répétition de longues périphrases décrivant le mode d'organisation des sociétés protohistoriques à divers niveaux de complexité. Il devrait aller de soi qu'il ne faut pas comprendre ces catégories comme les paliers immuables d'une ascension sociale unilinéaire vers un progrès toujours plus grand. Des sociétés sont revenues à des formes d'organisation plus simples, d'autres ont ignorés certaines catégories typologiques. Il semble, de plus, nécessaire, bien que déplorable, de devoir aujourd'hui encore préciser que l'adoption d'une complexité sociale accrue ne représente pas nécessairement un progrès social; elle a même souvent correspondu à une régression des conditions de vie de la majorité de la population. Il convient toutefois d'insister sur la longue gradation des formes d'organisation politique. Cette remarque s'oppose aux formes de présentation courantes des sociétés qui les regroupent en deux, au plus quatre, catégories. Les bipartitions distinguent les sociétés sans État et celles à État (Fortes, Evans-Pritchard 1940); les néo-évolutionnistes américains rangent les sociétés sur quatre paliers successifs (Fried 1960, Service 1962); mais les deux principaux schémas proposés se trouvent décalés l'un par rapport à l'autre, ce qui trahit leur imperfection. J.-W. Lapierre (1977) a procédé au classement d'un large échantillon de sociétés à travers le monde, à l'aide de deux variables politiques: le mode de régulation de la coopération et de la compétition sociale et le degré de spécialisation et de différenciation du pouvoir. Il propose, au total, neuf degrés d'organisation politique. Cette

typologie, qui est actuellement la plus détaillée, sera utilisée ici pour décrire la nature du pouvoir politique dans les sociétés celtiques nord-alpines.

L'approche de l'échelle et du niveau d'intégration, à l'aide de ces outils typologiques doit être complétée par une enquête sur les bases et la nature du pouvoir politique. Derrière la grande diversité des sociétés humaines, se discernent des tendances générales, au premier rang desquelles la croissance corrélative du niveau d'intégration politique et du degré de contrôle exercé sur les ressources. Cette observation laisse penser qu'un certain état de l'économie est nécessaire pour qu'un certain type d'organisation politique s'établisse. Nous essaierons, par conséquent, d'identifier les catégories de ressources sur lesquelles les potentats ont pu exercer leur contrôle afin de maintenir et reproduire leur position sociale.

Notons encore que la posture théorique tenue ici ne se classe dans aucun des trois courants habituellement distingués :

1. L'archéologie historico-culturelle consistant à repérer des entités stylistiques à connotation ethnique et à interpréter les changements en termes de diffusion et de migration.

2. La *New Archaeology* (dite ensuite processualiste) soucieuse de quantifier les données, insistant sur les contraintes environnementales, cherchant des systèmes et des tendances lourdes.

3. L'archéologie post-processualiste avec son goût pour la diversité, le mouvement constant, le relativisme et son insistance sur les aspects symboliques et religieux.

Des perspectives fécondes existent dans ces trois courants qu'il paraît pertinent d'envisager comme cumulatifs, le suivant corrigeant certains excès du précédent (la conception rigide des tiroirs typo-chronologiques, le scientisme hypothético-déductif, la dilution des catégories analytiques et le relativisme absolu), et non comme une suite de renversements paradigmatiques. Les catégories sont nécessaires à toute démarche scientifique, mais elles sont analytiques. Cela signifie qu'il ne faut pas les réifier. D'autre part, la variété du social est une évidence première: tout comme il n'existe évidemment pas deux individus rigoureusement identiques, il n'y a *a fortiori* pas deux communautés humaines, ni deux événements historiques identiques. Pourtant, au-delà de ces différences primordiales et pour peu que l'on dispose d'un recul temporel suffisant, on discerne des analogies entre certaines situations, des tendances lourdes vers certaines configurations, des sortes d'états attracteurs d'une haute probabilité. Cela suggère que l'histoire n'est pas totalement aléatoire, ou le jouet d'une supposée fantaisie divine.

L'étude réalisée selon cette approche pragmatique permet de proposer un panorama général en quatre temps, à l'échelle de l'Europe « barbare » ou proto-

historique durant le I^{er} millénaire av. J.-C.: le temps des chefferies fondées sur le contrôle des moyens de production, qui commencent d'être travaillées par l'économie-monde orientale, après les âges sombres de la Grèce ; le temps, dans la zone intermédiaire, des chefferies complexes financées par les échanges extérieurs; les temps des désintégrations politiques en Europe tempérée; le temps des États naissants financés en nature et en richesses externes, dans la zone intermédiaire, et des chefferies complexes dans la périphérie plus lointaine. Ces trois volets représentent trois piliers de l'accentuation et de la généralisation de la division sociale en Europe.

2. UNE STABILISATION DES CHEFFERIES (1350-530 AV. J.-C.)

Il semble bien que pendant l'âge du Bronze, le pouvoir repose, au plus haut niveau, sur le contrôle des biens échangés sur de longues distances; en particulier sur le cuivre, puis l'étain, ces métaux dont l'alliage produit le bronze et qui représentent la part encore visible de loin la plus volumineuse de ces échanges (alors même que cette matière première est recyclable). À partir du Bronze final, les chefferies simples semblent constituer la trame majeure des sociétés européennes. Des tombes très riches apparaissent, surtout entre Bavière et Slovaquie. Les plus luxueuses renferment des pièces de services à boisson métalliques. Lointain écho de leurs homologues caucasiens, leur caractère cérémoniel et leur lien avec le char sont éclatants dans le chariot porteur d'un chaudron ou d'une situle des tombes de Milavce (*tumulus* C1), Hart a. d. Alz, Acholshausen et peut-être Ockov. Les ensembles les plus fournis possèdent de l'armement, parfois défensif. La majorité, même les plus anciennes, sont des incinérations, déposées ou non dans un vase. Une concentration de tombes à vaisselles métalliques du Bronze D existe aussi dans le Mecklembourg, de Peckatel à Weitendorf (Kytlicová 1988), sorte de relais entre la Bohême et le Danemark où se situe la fameuse tombe de Skallerup.

À cette époque, les objets en bronze sont de plus en plus abondants et variés. Armes, parures et outils se multiplient et se diversifient. Les récipients en bronze, qui représentent une de ces nouveautés, deviennent un symbole évident de pouvoir. Ces vaisselles sont en effet présentes de préférence dans les ensembles funéraires comportant, de façon plus ou moins complète, l'association: arme défensive, épée, poignard, rasoir et lance; c'est-à-dire dans les sépultures masculines les plus riches (Brun 1992). Elles témoignent ainsi de l'importance des banquets offerts par les potentats dans un système fondé sur le prestige; il faut donner le plus généreusement possible pour maintenir son rang, voire le relever. La valeur sociale et économique du bronze s'exprime aussi dans les divers

types de dépôts qui constituent presque une caractéristique de cette période. Quelle qu'en soit la fonction: réserve de produits finis et/ou de fragments à refondre, dépôt votif personnel ou collectif, dépôt sacrificiel en rivière, ils traduisent l'importance cruciale que ce matériau a acquis pour la reproduction sociale (Brun 1993).

Ce ne sont pas les producteurs directs du cuivre et de l'étain qui tirent le plus de profit de ce secteur économique. C'est non seulement sur les voies de communication, mais aussi dans les zones tampons entre complexes culturels différents que le bronze sert de base à la dynamique sociale la plus active. Les ressources agricoles ne semblent pas avoir circulé sur de plus longues distances qu'auparavant. Les données disponibles indiquent la pratique d'une économie de subsistance peu spécialisée. Les capacités d'ensilage n'excèdent pas les besoins d'une consommation locale, compte tenu d'une certaine marge de sécurité (Brun, Pion 1992). La viande sur pied présente moins de difficultés de transport et de conservation. Là encore cependant, l'étude des rejets fauniques ne plaide pas pour la pratique d'élevages particulièrement spécialisés (Ménier 1984). La production vivrière ne semble donc pas avoir servi de base à l'accentuation des inégalités.

Nous détectons des indices de l'existence d'une échelle d'intégration dépassant 30 km de rayon. Il est difficile de déterminer la nature de cet hypothétique niveau de pouvoir politique. Rien ne permet encore de voir, dans ces tombes détentrices de symboles spécifiques, les marqueurs de centres territoriaux stables. Peut-être ne s'agit-il que de tentatives éphémères, comme au Bronze ancien, voire d'établissements qui ne jouent un rôle de centre que lors de formations confédérales, par exemple à vocation guerrière, comme au Bronze moyen. Pour le deuxième niveau d'intégration en revanche, l'espace à gérer demeure suffisamment réduit pour qu'un pouvoir central conserve une relative stabilité. C'est toutefois la logique seule qui incite à admettre ce deuxième niveau pour l'ensemble du domaine nord-alpin. Pour le niveau 3, il convient d'être encore plus circonspect dans l'état actuel des connaissances.

Le pouvoir politique du Bronze final ne semble pas très différent de ce qu'il était au Bronze ancien. Il présente aussi des indices de spécialisation et de hiérarchisation. Le pouvoir spécialisé et hiérarchisé correspond au sixième degré de la typologie de J.-W. Lapierre (1977) Sur son tableau montrant la bonne corrélation entre le degré d'organisation politique et le nombre d'habitants par unité politique maximale, le sixième degré correspond à des sociétés de 1000 à 10000 personnes. Nos propres estimations démographiques, réalisées à partir de la densité des sites, donnent une fourchette correspondante: de 7400 à 10000 habitants pour le troisième niveau d'intégration. Nous constatons, par ailleurs, la présence, dans les tombes les plus riches, d'indices d'un pouvoir religieux: il

s'agit des volumineux services à boisson en bronze qui évoquent la consommation collective, lors de festins ostentatoires, de breuvages alcoolisés et surtout qui, dans plusieurs cas, trônaient sur un chariot spécial. Ce dispositif doit probablement être rapproché des chars solaires comme celui de Trundholm (Brondsted 1962, Pare 1987).

Au début du Bronze final, la dynamique de l'économie-monde aurait pu, en s'intensifiant, accélérer le processus d'intégration politique, mais la civilisation mycénienne décline au XII^e s. av. J.-C., en même temps que les actives cités du Proche-Orient et d'Égypte subissent des troubles sévères. Le système est en crise, victime, semble-t-il de sa croissance rapide. Des groupes, vraisemblablement originaires de zones périphériques sollicitées par l'économie-monde, en déstabilisent les centres. Le système se met en sommeil pour quelques siècles. En Grèce, peut-être en Italie du Nord, la complexité sociale faiblit. Les chefferies simples sont alors, comme ailleurs, le type d'organisation sociale le plus courant. Cette fragmentation est d'autant plus perceptible qu'elle est artificiellement accentuée par une généralisation de pratiques funéraires plus sobres, dont l'incinération.

Les sépulcres exceptionnels disparaissent dans les régions nordiques du XII^e au IX^e s. av. J.-C., en même temps que se produit un tassement socio-économique en Grèce et en Italie. Cette coïncidence invite à établir un lien causal. Pourtant, des tombes riches, à armes et/ou à vaisselle métallique, continuent d'être installées pendant cette période. Il convient par conséquent de nuancer le propos. Les échanges transcontinentaux semblent certes marquer le pas, mais les échanges intra et interrégionaux demeurent très actifs. À cette échelle moyenne, la position centrale du complexe culturel nord-alpin en Europe constitue un avantage précieux.

À partir du X^e s. av. J.-C., de nouvelles techniques déterminantes se répandent. Elles confèrent une autonomie économique accrue à ces communautés fixées plus durablement sur leur finage. Le fer, le perfectionnement des techniques de tissage, l'intensification de la production saline, ou la spécialisation de l'élevage permettent, de plus, aux chefs d'accroître leur emprise sur les moyens de production locaux, en tant qu'intermédiaires privilégiés dans les échanges avec les autres communautés, surtout à longue distance. C'est d'ailleurs en partie sur ces nouvelles bases que l'économie-monde redevient active au VIII^e s. av. J.-C. Quelques entités politiques, comme celles d'Eubée ou d'Attique, qui semblent avoir conservé un niveau de différenciation social élevé, pendant les «âges sombres» —évoquant les chefferies complexes de la nomenclature utilisée— reprennent un rôle important, à côté des cités phéniciennes. Plus souple et libérale que les organisations étatiques précédentes, la cité-État maritime devient le vecteur privilégié du système transcontinental. L'Italie villanovienne, dont les très nombreux points communs avec les régions nord-alpines trahissent un

intense trafic transalpin, devient un relais important du système. C'est aussi le cas des communautés de Vénétie et de Carniole qui jouent un rôle d'intermédiaire entre les cités méditerranéennes et le nord de l'Europe sur les voies est-alpines.

Aux IX^e et VIII^e s. av. J.-C., les nomades installés sur le pourtour de la Mer Noire exercent une forte pression sur les États d'Assyrie et d'Ourartou. La péjoration climatique qui sévit alors explique en partie ces turbulences. Il convient d'ajouter que les royaumes du bassin supérieur du Tigre et de l'Euphrate prennent ces redoutables guerriers à cheval à leur service, afin de se doter d'un avantage militaire sur les États concurrents. Il s'agit là d'une autre forme d'élargissement pour une économie-monde qui se réactive. Les populations steppiques occupent une large bande de terre qui dessine une accolade sur toute la périphérie septentrionale des États asiatiques, de la Chine à l'Europe centrale, et avec lesquels elles entretiennent des liens de complémentarité systémique, où alternent rapports commerciaux et prédateurs.

De même, la demande méditerranéenne permet à des chefs locaux de gagner en richesse et en pouvoir. Les manifestations ostentatoires visibles dans les monuments funéraires s'alignent le long des principales voies de communication, en particulier, mais pas seulement, dans le sens nord-sud. Là encore, il s'agit souvent de tombes à vaisselle en bronze: Hostomice ou Nynice en Tchéquie, Stillfried en Basse-Autriche, Steinkirchen en Bavière, ou Gevelingshausen en Allemagne du nord (Kytlicová 1988). Cependant, les variations dans l'intensité des échanges transeuropéens ne semblent pas affecter les formations sociales de cette époque. La chefferie simple reste la structure d'intégration politique la plus courante.

L'Histoire antique offre en nombre des exemples où l'ostentation, en particulier funéraire, fait office d'instrument de légitimation, ou de renforcement d'un pouvoir naissant ou chancelant. Par conséquent, les impressionnants sépulcres, sur lesquels notre perception repose en grande partie pour cette période, signalent probablement des moments de difficulté socio-politique; par exemple lors de fondations ou de querelles de succession dynastiques. Il faut davantage pour envisager le passage à un niveau supérieur de différenciation sociale. À densité démographique à peu près équivalente, il faut un agrandissement du territoire intégré sous un unique pouvoir. Or, la documentation disponible ne suggère pas la formation d'entités excédant une taille qui nécessite des vassaux ou des gouverneurs; c'est-à-dire où les frontières se trouvent à plus d'une journée de marche, plus de 25 à 30 km du siège du pouvoir en terrain peu accidenté. Le cas de Seddin se révèle très significatif. Dans cette zone du Mecklembourg, une concentration de tombes riches plus serrée qu'auparavant est datée des périodes V et VI de Montelius. Parmi celles-ci, H. Wüstemann (1974) isole les quatre groupes riches: Seddin, Triglitz, Kemnitz

et Stralendorf. Il propose d'inclure dans un même territoire Triglitz et Kemnitz, pour des raisons chronologiques. Les unités ainsi mises en évidence mesurent au mieux une quinzaine de kilomètres de rayon. Ces tentatives de renforcement du pouvoir paraissent, par conséquent, rester dépendantes du commerce lointain. De plus, rien n'indique une croissance réelle de l'échelle d'intégration et la réplication de telles formations sur de vastes zones avant la fin du VI^e s. av. J.-C., c'est-à-dire avant l'établissement et la consolidation de comptoirs grecs.

Avec le début du premier âge du Fer, le deuxième niveau d'intégration gagne en stabilité. Très nombreuses sont les communautés territoriales qui fortifient le siège du pouvoir central. Plusieurs exemples montrent, de surcroît, qu'une petite nécropole tumulaire renfermant les défunts de l'élite sociale s'étend non loin de cette fortification (Brun 1988). La plupart des zones de concentration de tombes à épée en fer: le cours supérieur de l'Ain, la haute Seine, la Lorraine ou le Jura souabe se trouvent à proximité immédiate de gisements de fer exploités à l'époque historique (Brun 1995). Il est ainsi tentant de voir dans le contrôle de cette nouvelle matière première métallique un instrument de la stabilisation du pouvoir. Dans la logique de la période précédente, cette nouvelle ressource sert d'abord à produire des insignes de prestige: épées, parures, pièces de char ou de vaisselle. Rappelons que le fer n'est pas la seule innovation qui se généralise alors. Le sel commence d'être exploité sur une grande échelle et les nouveaux métiers à tisser à quatre barres de lisse permettent de réaliser de luxueuses étoffes. C'est, ainsi, une nouvelle donne des bases économiques du pouvoir qui s'opère alors. Beaucoup plus de leaders de communautés peuvent disposer d'une base locale pour se procurer des biens de prestige et ainsi se créer une large «clientèle». La compétition inter-communautaire ne peut que s'intensifier, nécessitant une meilleure organisation économique et militaire. La stabilité locale serait aussi confortée par l'adoption de nouvelles pratiques culturelles. L'introduction de la féverolle (*vicia faba L.*) (Jäger, Lozeck 1982) autoriserait en effet une rotation des cultures sur la même parcelle en prolongeant la fertilité du sol.

À la fin du deuxième millénaire av. J.-C., la participation de la péninsule ibérique à de vastes réseaux d'échanges devient évidente. Les bronzes caractéristiques du complexe atlantique se trouvent répartis dans toute sa moitié nord-ouest (Coffyn 1985). Les régions du nord-est reçoivent une influence issue du Languedoc, qui s'exprime dans les bronzes, la poterie et jusque dans les pratiques funéraires, d'où son nom de culture des Champs d'Urnes (Ruiz Zapatero 1985). Un troisième courant, enfin, prend peu à peu de l'importance. Il vient de la Méditerranée orientale. Il se marque d'abord dans les stèles de l'Alentejo, du Tage à la moyenne vallée du Guadalquivir, mais de façon plus impressionnante encore dans la tombe de Roça do Casal

do Meio (Spindler, Ferreira 1973). Ces éléments exotiques montrent l'impact des échanges entre des orientaux intéressés par les métaux locaux et les élites indigènes. Ils se distribuent sur la périphérie des petits territoires politiques, c'est-à-dire dans les aires de conflits possibles (Ruiz-Gálvez Priego, Galán Domingo 1991) et annoncent l'installation de comptoirs phéniciens au VIII^e s. av. J.-C. (Gras *et al.* 1989).

À partir du X^e s. av. J.-C., les établissements fortifiés réapparaissent en nombre, la quantité d'objets en bronze devient beaucoup plus importante, quel que soit le contexte (Almagro-Gorbea 1988, Ruiz-Gálvez Priego 1987) et les formes d'expression religieuse se multiplient. Le dépôt de Baiões, au Portugal, est à cet égard exemplaire avec ses trois chariots miniatures fragmentés, ses coupelles, ses crochets à viande, et ses bracelets en bronze; notons aussi la diversité des influences qui s'y mêlent : méditerranéenne, atlantique et nord-alpine (Silva *et al.* 1984). Après la fondation du comptoir phénicien de Cadix, d'autres s'échelonnent de Malaga à l'Atlantique (Gras *et al.* 1989). On constate alors une rapide diffusion de nouveautés: l'écriture, le fer, le tour de potier, des espèces animales exotiques —la poule, l'âne et le chat— et un mode de vie quasi urbain, dans la région du bas-Guadalquivir.

Ce processus s'est même produit deux fois de suite dans la péninsule ibérique. Celle-ci a d'abord accueilli des établissements phéniciens, dont le plus important fut Cadix, dès la seconde moitié du VIII^e siècle av. J.-C. et a connu le début d'une phase orientalisante vers 700 av. J.-C. De profonds changements ont alors affecté de large pans de la vie sociale: adoption du tour de potier, d'une architecture élaborée, domestique et publique, et d'une organisation quasi-urbaine (Almagro-Gorbea, Ruiz Zapatero 1992).

La documentation funéraire laisse penser qu'un troisième niveau d'intégration peut exister autour de centres distants d'une centaine de kilomètres. Les concentrations d'épées s'avèrent toutefois très relatives. Il s'agit de zones d'une vingtaine de kilomètres de diamètre. Cela pourrait signifier que le processus d'intégration est en cours, non encore cristallisé. Ainsi, dans le prolongement logique de la période antérieure, la société continue d'être travaillée par de fortes tendances à la complexification sociale. Des nouveautés économiques semblent permettre de stabiliser le deuxième niveau d'intégration. La forme du pouvoir politique ne change pas dans l'immédiat; il s'agit toujours d'un pouvoir spécialisé et hiérarchisé. L'éventualité d'un troisième niveau n'est pas exclue, mais sous la forme temporaire déjà entrevue, ou sous une forme inachevée.

3. UNE ÉMERGENCE DE CHEFFERIES COMPLEXES (530-400 av. J.-C.)

C'est chose faite dans la seconde moitié du VI^e siècle av. J.-C. Toutefois, les résidences princières ne

se sont pas épanouies à l'endroit exact de ces concentrations, mais après un transfert des principales manifestations de pouvoir depuis les zones hautes, riches en fer, jusqu'à des zones basses; généralement sur un relief remarquable, comme une butte-témoin, dominant une large vallée où les communications étaient plus faciles. Tout comme les secteurs dominants du début du premier âge du Fer, les centres princiers présentent des intervalles de 100 km en moyenne. Le fait que la corrélation spatiale entre les zones de concentration d'épées et les résidences princières ne soit pas stricte et que le transfert se soit produit des hautes terres vers les basses terres, invite à envisager un changement de la base économique: au niveau d'intégration le plus élevé, la richesse économique tendrait, autour de 500 av. J.-C., à reposer davantage sur le contrôle des échanges à longue distance.

Le dispositif des noeuds subalternes de pouvoir s'avère non seulement concentrique, mais aussi radial. Leurs manifestations archéologiques sont en effet plus fréquentes sur certains rayons du système; très probablement parce qu'ils jalonnent les principales voies de communication. Les gisements locaux de matières premières convoitées commandent aussi la localisation de certains noeuds du réseau. Il s'agit d'une évidence en Franche-Comté où le centre politique lui-même, Salins-les-Bains, et son satellite le plus connu, Montmorot, sont implantés à proximité de ces résurgences d'eaux salées à l'aplomb des bancs de sel gemme du Trias et du Lias.

Plusieurs indices accréditent la fonction redistributrice des centres princiers (Brun 1987). Il y a lieu, dès lors, de voir dans ces principautés des entités politiquement autonomes, centralisées et gouvernées par des dynasties aristocratiques. Cette image correspond assez bien avec celle des sociétés du septième degré de J.-W. Lapierre (1977); un pouvoir individualisé: celui du prince, et «très différencié», impliquant que ce dernier dispose du monopole de l'usage légitime de la violence. Comment se traduit pour notre propos l'existence d'une force publique de coercition physique? Par l'armement qui domine au VI^e et au début du Ve siècle av. J.-C. Pendant cette période, en effet, la grande épée cède la place au poignard dans les tombes les plus riches et la lance signale de nombreuses tombes d'homme au mobilier par ailleurs plus ordinaire. Cela correspond très vraisemblablement, de la part de sociétés entretenant des contacts privilégiés avec le monde grec, à l'adoption du mode de combat hoplitique. Cet emprunt suppose une réforme profonde de la pratique et de la puissance guerrière, mais aussi de l'organisation de la société. La guerre s'apparentait auparavant à une série de duels mettant aux prises surtout les aristocrates. De héros escrimeur, le chef devient alors le coordinateur d'une troupe uniformément armée et qui manoeuvre collectivement sur le terrain. Les chefs se trouvent eux-mêmes hiérarchisés sous l'autorité du souverain. Ils ne sont plus des cham-

pions, mais des officiers. L'officier porteur du poignard et ses soldats armés de lances constituent une force militaire redoutable et, sans doute possible, une force de police non moins efficace. Le lien entre le politique et le religieux, moins discernable au début du premier âge du Fer, redevient perceptible à la fin de cette période à travers un sanctuaire récemment découvert au pied du Mont-Lassois, tout près de la tombe princière de Vix.

Le pouvoir des «princes» tient, avec une grande probabilité, au contrôle qu'ils exercent sur les échanges avec les cités phocéennes et étrusques. Dans le courant du Ve siècle av. J.-C., ce rôle d'intermédiaire semble se transférer vers la communauté du Tessin d'une part et vers des communautés situées à la périphérie nord-ouest de la zone tenue par les principautés d'autre part: celles du Hunsrück-Eifel, de l'Aisne-Marne et du Berry. Cette concurrence a vraisemblablement déstabilisé les «princes» dont le pouvoir demeurerait très fragile pour les mêmes raisons que celles que nous évoquions pour l'âge du Bronze, c'est-à-dire une trop grande dépendance vis-à-vis de l'extérieur.

Dans la mesure où elles se sont emparées du monopole des échanges avec les civilisations méditerranéennes, les nouvelles zones où sont attestées des sites à importations auraient logiquement dû être le théâtre d'un phénomène analogue à celui des principautés. Hormis à Bourges, ce n'est pourtant pas le cas. Dès le début du IV^e siècle av. J.-C., en effet, des groupes celtes, organisés sous l'autorité de chefs issus de leur aristocratie, se sont installés nombreux en Italie du nord. Le contact direct et durable avec les civilisations latine et étrusque a incité les groupes celtes à adopter en les adaptant, non seulement un nouveau mode d'expression artistique, le «vocabulaire» de ce qui devint le fameux art celtique, mais aussi, assez vite apparemment, une organisation territoriale de type urbain (Peyre 1979). L'expansion celtique s'est aussi effectuée vers l'ouest et vers l'est. Dans le cœur traditionnel de la Celtique, la dynamique expansionniste a eu pour résultat un retour à une forme de pouvoir politique moins accentuée. Il semble qu'un pouvoir seulement spécialisé et hiérarchisé ait réapparu. Celle-ci devait être assez comparable à ce qu'elle était durant l'étape initiale du premier âge du Fer.

Alors seulement —si l'on excepte la civilisation tartessienne où le phénomène a démarré vers 700 av. J.-C., en raison de l'installation précoce des comptoirs phéniciens— émergent, sans ambiguïté, d'un bout à l'autre du continent des chefferies complexes. Dans tous les cas, elles apparaissent moins d'un siècle après la fondation de comptoirs commerciaux phéniciens ou grecs. Les importations méditerranéennes deviennent plus régulières et confèrent un grand prestige aux chefs indigènes qui en monopolisent l'usage et la distribution. Ces chefferies complexes se mettent toutes en place dans le dernier tiers du VI^e s. av. J.-C., à la suite de la deuxième vague de colonisation grecque autour

de 600 av. J.-C., sauf en Thrace où la présence d'une administration perse retarde quelque peu le processus (Brun 1996).

Dans la péninsule ibérique, les Grecs forment le second grand courant méditerranéen. Ils s'installent à Huelva et à Ampurias au début du VI^e s. av. J.-C. Ce dernier établissement reste toutefois le seul comptoir permanent dans la péninsule. C'est par lui que la céramique grecque pénètre l'est et le sud ibériques, mais surtout l'Andalousie, le sud-est et le Levante (Rouillard 1991). Dans cette zone, où prend naissance la culture ibérique, les marqueurs de pouvoir se révèlent eux aussi plus nombreux qu'ailleurs: les parures en or (Nicolini 1990), les monuments sculptés (Almagro-Gorbea 1983) et les sites fortifiés de grande taille (Ruiz, Molinos 1993). Plusieurs niveaux hiérarchiques sont perceptibles à travers les sépultures (Almagro-Gorbea 1983). Ampurias fut un comptoir grec permanent sans territoire propre, le seul comptoir permanent attesté en Espagne; d'autres établissements commerciaux sont évoqués par les textes antiques, mais on suppose qu'il s'agissait de simple têtes de pont temporaires, sortes de *ports of trade* selon la conception de K. Polanyi (1957). Le comptoir d'Alonis, peut-être situé au cap de Santa Pola au sud d'Alicante, devait être de ce type. Cela pourrait expliquer que très près de la côte se soit développé là un phénomène princier sur une surface de 200 x 150 km environ. Les recherches sur l'habitat confirment les indices funéraires de complexification avec le dense réseau d'agglomérations fortifiées de plus de 10 ha (Almagro-Gorbea, Ruiz Zapatero 1992).

Des États semblent se former dans les deux régions où des principautés sont apparues. L'usage de l'écriture et l'existence de plusieurs niveaux d'investissement dans le funéraire le suggèrent. Les sites fortifiés ne sont pourtant distants que de 10 à 15 km en moyenne. Une analyse spatiale détaillée, conduite à partir d'une hiérarchie de ces établissements et des tombes riches, permettrait de préciser la question fondamentale de l'échelle d'intégration.

Dans la zone tartessienne cette organisation politique dure peu, un siècle et demi tout au plus, et s'effondre tandis que le trafic phénicien se trouve perturbé en amont et que menacent les communautés de l'intérieur ibérique (Almagro-Gorbea, Ruiz Zapatero 1992). Les tombes très riches disparaissent à la fin du VI^e s. av. J.-C., mais les villes, comme *Carmo*, *Hasta Regia* ou *Castulo*, qui peuvent atteindre 50 ha, poursuivent leur existence à la tête d'un petit territoire indépendant jusqu'à la fin du III^e s. av. J.-C.; date à laquelle elles deviennent partie intégrante de l'empire carthaginois. Des États archaïques semblent avoir émergé vers le milieu du V^e s. av. J.-C. dans le *Levante*, autour des cités d'*Hemeroskopaion*, près d'Alicante, et de Sagonte, où un alphabet de style ionien est adopté (Ruiz, Molinos 1993).

Pour l'Ibérie, la fonction de fournisseur de métaux est soulignée par tous les auteurs antiques, dont Hé-

rodote pour qui le royaume de Tartessos, lui-même riche en argent, draine aussi des métaux venus du lointain arrière-pays. La moitié occidentale de la péninsule ibérique est très riche en métaux, dont l'étain aux gisements si parcimonieusement distribués en Europe et de ce fait très recherché pour la production de bronze.

Au royaume de Tartessos, les plus riches tombes connues sont celles d'Almuñecar, La Joya, Niebla, Carmona et Setefilla; pièces d'importation et orfèvrerie ostentatoires ont aussi été découvertes dans les restes de palais ou de temples comme à Cancho Roano. Pour le *Levante* espagnol, M. Almagro Gorbea (1983) propose une hiérarchisation de sépultures avec des tombes royales ou monarchiques, et des tombes princières ou aristocratiques dominant toutes les autres au sein desquelles toutefois l'éventail de richesse s'avère encore très ouvert. Les tombes les plus ostentatoires étaient surmontées d'un monument funéraire en pierres appareillées et sculptées. Elles contenaient de la vaisselle en céramique attique. Plus nombreuses là aussi que dans le reste de la péninsule ibérique, les parures personnelles sont pourtant relativement rares (Nicolini 1990); probablement à cause du rite de l'incinération qui retient toujours une partie, sinon la totalité, des objets portés par le défunt.

Au IV^e s. av. J.-C., les tombes sculptées de tradition tartessienne des souverains ibères, comme celle de Pozo Moro, sont remplacées par des monuments à l'iconographie héroïque, comme dans l'*heroon* de Porcuna (Chapa Brunet 1985). Ce nouveau mode d'expression sanctionne la prise de pouvoir d'une aristocratie guerrière dans un paysage politique plus morcelé en apparence. Tout se passe comme s'il se produisait là un tassement du niveau d'intégration et un resserrement concomitant de l'échelle d'intégration. Il s'agirait d'un phénomène analogue à ce qui se produit à peu près au même moment en Celtique nord-alpine. Des États tendent à réapparaître au III^e s. av. J.-C.; c'est chose faite à la fin du siècle à Sagonte au moins, ville qui, sous l'autorité de magistrats élus et d'un sénat aristocratique, affronte Hannibal (Ruiz, Molinos 1993).

Dans l'intérieur de la péninsule, les cimetières du VI^e s. av. J.-C. montrent l'existence d'une hiérarchie stable dominée par des hommes en armes. Ces formations politiques s'articulent sur les *castros*, petites fortifications qui semblent être l'une des caractéristiques de la culture celtibère. Ces régions constituent un réservoir de mercenaires pour les Tartessiens comme pour les Ibères.

Rappelons que les chefferies complexes apparaissent souvent à 100 ou 200 kilomètres des comptoirs permanents, sur d'importantes voies de communication terrestres et fluviales. La distance peut être supérieure si des comptoirs intermédiaires existent: peut-être Alonis dans le *Levante* espagnol, très probablement Arles et Lyon en France. Les objets méditerranéens, destinés dès le départ à ces lointains clients, deviennent les marqueurs d'un statut social dominant. Ils

figurent en particulier dans les tombeaux les plus volumineux au mobilier le plus diversifié. Le prestigieux défunt appartient indifféremment à l'un ou l'autre sexe.

Il existe dans ces unités politiques une hiérarchie à l'intérieur même des tombes riches. Cela suppose l'existence d'au moins trois niveaux d'intégration; d'autant que des distances assez régulières séparent ces tombes ou groupes de tombes. Là où l'habitat est connu, les sites les plus riches sont associés aux tombes correspondantes. Tout cela indique que le niveau d'intégration possède au moins un échelon supplémentaire et que l'échelle d'intégration s'élargit, à la faveur des contacts avec les cités-États.

Par delà leurs différences, de la péninsule ibérique au Kouban, les chefferies complexes se conforment à la logique d'une économie-monde: la demande des cités-États permet une complexification sociale dans les régions intermédiaires, sur la base des échanges à longue distance. Cette complexification affecte tous les secteurs de la société, mais surtout l'économique pour produire ou obtenir les biens demandés par les méditerranéens. Ces modifications conduisent au renforcement de la division sociale. Il est bien entendu possible que la société ne puisse, ou ne veuille pas suivre un tel processus et choisisse la segmentation, c'est-à-dire la désintégration politique. On constate une réaction de ce type en Illyrie et en Celtique, mais l'émigration se dirige vers les centres de l'économie-monde. Ainsi le principe d'attraction des centres joue là encore, bien que sous une autre forme. Il occasionne d'ailleurs la désintégration temporaire d'autres chefferies complexes ou États naissants.

Les zones où apparaissent les chefferies complexes n'étaient pas occupées auparavant par des chefferies plus développées qu'ailleurs. Les objets méditerranéens n'ont, par conséquent, pas été captés en plus grand nombre par les formations sociales devenues plus puissantes pour d'autres raisons. C'est la demande des cités-États, autrement dit l'ouverture d'un nouveau et vaste bassin de consommation, qui crée un système assez intégré pour briser les autonomies économiques locales. Elle provoque une modification endogène, dans le sens de la complexification, des organisations socio-politiques qui y étaient prêtes depuis les IX^e-VIII^e s. av. J.-C.

On observe une corrélation chronologique entre l'émergence des chefferies complexes et le repli sur elles-mêmes des sociétés du nord-ouest européen. Presque aucun objet méditerranéen ne dépasse les régions nord-alpines. L'impression de déclin est d'ailleurs amplifiée par des codes sociaux qui restreignent le faste funéraire; au moins pour ce qui laisse des traces matérielles durables. Ce constat paraît contredire la notion d'économie-monde, pour laquelle la montée en puissance d'intermédiaires autour des Alpes doit en effet relayer, relancer les échanges, plus loin vers le nord. La contradiction s'estompe toutefois si l'on observe la documentation d'une façon plus attentive.

L'interposition des grandes chefferies de Celtique centre-occidentale coupe les voies d'échange qui lient la Méditerranée à la mer du Nord et à la Baltique, ou plus exactement organise le trafic sur des bases différentes, plus hiérarchisées. Les biens de prestige méditerranéens ne cheminent plus de proche en proche, de chef en chef, tout au long des principales voies de communication; transportés de façon plus planifiée et encadrée, ils sont contrôlés, sélectionnés, thésaurisés, étalés à leur arrivée par les souverains qui les exploitent dans leur stratégie de pouvoir. Ceux-là les diffusent peu parmi leurs subordonnés; pas davantage, bien sûr, parmi les chefs plus éloignés sur lesquels ils repercutent la demande méditerranéenne.

Les vases attiques, les *oenochos* ou les *stamnoi* étrusques sont exceptionnels en Europe du nord-ouest. En revanche, les cistes à cordons, ou les situles, fabriquées sur les piémonts sud des Alpes —voire copiées sur le Rhin moyen— et par conséquent d'une moindre valeur sociale locale, sont offerts aux petits chefs septentrionaux. Ces vaisselles cérémonielles se révèlent même présentes dans plusieurs tombes localisées sur le cours moyen de la Meuse, jusqu'à proximité du delta rhénan, et surtout sur la basse Weser, dans la région de Brême. D'autres existent dans la région de Seddin et le long de l'Oder et de la Neisse. Plus loin, les découvertes de biens importés deviennent très rares, que ce soit dans la vallée de la Tamise ou en Scandinavie (Kimmig 1983, Stary 1993, 1995). Tout se passe comme si le système était en cours de structuration; des petits intermédiaires tendant à se développer sur une troisième auréole d'une économie-monde au plein sens du terme, c'est-à-dire hiérarchisée en paliers interdépendants.

De 400 à 250 av. J.-C. environ, l'évolution des sociétés d'Europe tempérée humide diverge de celle des sociétés vivant dans des conditions environnementales méditerranéennes. Tandis que les premières reviennent à des formes d'organisation du type des chefferies simples, les secondes conservent le niveau de complexité atteint à la faveur des contacts avec les cités-États, voire adoptent la forme étatique. Cette constatation attire l'attention sur l'importance des conditions économiques locales dans le processus de division sociale.

À côté de l'indéniable stimulus produit par la demande des sociétés plus différenciées, la capacité vivrière permet ou non d'entretenir un cadre socio-politique complexe. On sait que la polyculture méditerranéenne confère cette capacité depuis la fin du III^e millénaire av. J.-C. Il semble bien que les techniques agricoles, pratiquées jusqu'au III^e s. av. J.-C. en Europe tempérée humide, ne permettent pas, en revanche, de subvenir longtemps aux besoins d'un pesant appareil de gouvernement et d'agglomérations humaines où l'on pratique surtout des activités secondaires et tertiaires.

L'attraction des centres urbains qui animent l'économie-monde continue toutefois de s'exercer sur la

périphérie tempérée. Lorsque les tensions sociales locales se résolvent par la fission des unités les plus complexes, les migrants ne cherchent pas seulement des terres riches, faciles à disputer à leurs occupants; ils cherchent aussi et surtout à s'approcher des zones urbanisées, à la fois plus peuplées et mieux organisées au plan militaire. L'esprit d'aventure se révèle primordial; la gloire, la fortune rapide, la satisfaction des désirs plus ou moins conscients et imaginaires motivent les jeunes chefs et leur suite.

Ce faisant, ils «grippent» le système économique, détruisent pour un temps certains de ses centres, mais ne l'immobilisent pas, comme cela s'était produit du XII^e au VIII^e s. av. J.-C. Les centres de l'économie-monde sont en effet multiples par nature; assez nombreux désormais pour que le réseau supporte des attaques sur quelques-uns. Mieux, les élites des États menacés tentent souvent d'utiliser cette force armée en la canalisant vers leurs concurrents. Du IV^e au II^e s. av. J.-C., l'économie-monde cahote, mais fonctionne, bien qu'à une échelle réduite.

L'Europe nord-occidentale subit, elle aussi cette crise. Les importations méridionales y deviennent rarissimes; les productions nord-alpines elles-mêmes y sont moins fréquentes dans un premier temps. Il reste pourtant difficile de savoir si les régimes politiques locaux perdent en complexité, adoptant, par exemple, un pouvoir différencié certes, mais fractionné, dans un cadre non pas villageois, mais clanique. Les données archéologiques, très déficitaires en cimetières et en établissements fouillés sur de grandes surfaces, nous laissent fort dépourvus. L'économie de subsistance gagne toutefois beaucoup en autonomie et renforce son emprise sur la nature. Ces périodes pionnières nécessitent des solidarités avant que les nouvelles terres produisent assez. Ces solidarités peuvent bien entendu être et rester de nature familiale, mais les moyens de production à mettre en action, un outillage en fer et des bêtes de trait, induisent l'investissement d'au moins une famille étendue, voire de clans. De ce fait, des chefferies simples ont fort bien pu se maintenir, même s'il n'était plus dans l'attribution des chefs d'entretenir des alliances lointaines dans le cadre d'une économie d'échange plus ouverte. Des alliances avec des communautés plus proches devaient, d'autant plus, être nouées qu'une pression s'exerçait sur la terre, entraînant une redéfinition des fonctions des diverses parcelles et, par conséquent, des droits d'usage. Que ces arbitrages ou ces jugements, que l'organisation militaire en cas de rapports de force violents, aient été assurés par un conseil et/ou un chef ne signifie donc pas le retour à un pouvoir dilué, loin s'en faut. En toute probabilité —et les nombreux *hillforts* britanniques plaident dans ce sens—, le maillage politique se compose, dans ces régions périphériques aussi, de petites chefferies au pouvoir concentré et spécialisé incarné dans un conseil d'aînés ou un chef.

4. UNE ACCENTUATION DU GRADIENT DE COMPLEXITÉ (400-250 av. J.-C.)

Les turbulents mouvements de population ne pouvaient toutefois aboutir qu'à désorganiser les réseaux d'échanges traditionnels. En effet, avec l'occupation d'une grande partie de l'Italie septentrionale, les échanges se sont limités à la sphère intra-celtique. L'expansion des Celtes s'est achevée dans la seconde moitié du III^e siècle av. J.-C. C'est alors qu'à côté des caractéristiques anciennes toujours majoritaires, des nouveautés sont apparues. Les trois éléments nouveaux les plus visibles sont l'adoption de la monnaie (Polenz 1982, Scheers, 1977), la réapparition du rite de l'incinération et la création de nouveaux sanctuaires (Brunaux 1986, Brunaux, Rapin 1988). Il ne s'agissait encore que de prémices. La monnaie, qui demeurait rare et conservait sa forte valeur métallique intrinsèque, ne circulait pas autrement que les autres biens de prestige. La transformation du rite funéraire invite, par sa progressivité, à expliquer les nouveautés autrement que par le recours à un mouvement de population rapide et massif. Les nouveaux sanctuaires, dont certains semblent installés aux frontières, pourraient signifier le besoin, pour les communautés territoriales, d'exprimer plus fortement leur assise territoriale et, corrélativement, leur identité. Le changement fut effectif au II^e siècle av. J.-C. Parallèlement, Rome avait pris le contrôle du pourtour du bassin occidental de la Méditerranée. La future capitale impériale était ainsi devenue le centre d'un vaste système économique qui se ranimait en intégrant l'hinterland européen de plus en plus loin vers le nord (Brun 1994).

Les IV^e et III^e s. av. J.-C. apparaissent comme une importante période transitoire. À partir du III^e s. av. J.-C., des États impériaux tentent d'annexer la péninsule ibérique. La tentative inachevée des Carthaginois est suivie de l'entreprise victorieuse de Rome, malgré de farouches résistances. La romanisation contribue à la réduction des différences de formes d'organisation sociales d'une région à l'autre. Le gradient de complexité, qui suivait une pente descendante accentuée du sud-est au nord-ouest jusqu'à l'intégration impériale, s'atténue beaucoup.

Nous observons, ici, comme dans les autres régions que la demande extérieure ne suffit pas pour qu'apparaissent, et surtout durent, des entités politiques complexes. Il fallait de surcroît le potentiel agricole des zones de climat méditerranéen pour subvenir aux besoins vivriers d'une population nombreuse et agglomérée, pour partie, dans des centres de type urbain.

Des migrations se déclenchent encore avec une ampleur et une fréquence suffisantes pour entretenir une grande instabilité en Europe tempérée humide et steppique. Les indices de reprise d'un processus d'intégration politique se perçoivent d'abord dans le domaine religieux avec l'apparition de sanctuaires qui

constituent de surcroît les marqueurs de territoires supra-locaux. Un outillage agricole en fer, plus varié, se répand dans toute cette zone, suggérant une intensification de la production. Cette tendance est confirmée au siècle suivant par le développement spectaculaire des systèmes de fossés de drainage et surtout de délimitation des aires d'activité agro-pastorales. De gros villages se forment aussi, dont certains se fortifient assez vite, sur place ou après un court transfert.

5. UNE REPRISE GÉNÉRALISÉE DE LA DIVISION SOCIALE (250 à 25 av. J.-C.)

La monnaie fiduciaire constitue la nouveauté la plus visible de cette période. Elle servait principalement au commerce interne de chaque unité politique autonome. Il ne faut pas oublier que cet instrument économique suppose une organisation politique disposant de moyens de contrôle de la masse monétaire mise en circulation, de contrôle des changes aux frontières et de contrôle de l'authenticité du numéraire (Babelon 1970). C'est là le principal argument pour voir de véritables États dans les cités gauloises que César a rencontrées lors de sa conquête. Il faut y ajouter les résultats des études réalisées sur l'écriture. On recense de plus en plus d'inscriptions celtiques transcrites en alphabet grec le long du couloir rhodanien jusqu'à la Bourgogne. On a identifié des stylets et des cadres en bronze de tablettes en bois probablement enduites de cire à l'origine, jusqu'en Bohême (Waldhauser 1981). On se souvient de l'évocation par César des tablettes contenant la liste nominative des émigrants helvètes (B.G. I, 29). Seuls les druides auraient utilisé l'écriture pour tenir des comptes et des registres publics et privés. Une véritable administration transparaît ainsi, tenue par les détenteurs de la légitimité religieuse. Ceux-là géraient, en particulier, les traités et les contrats (Goudineau 1989, Lejeune 1985). Il n'est pas indifférent de noter ici un début de découplage du pouvoir politique et du pouvoir religieux; il semble que ce ne soit plus alors la même personne qui incarne ces deux faces du pouvoir. La division et la hiérarchisation des tâches affectaient bien tous les secteurs de la société. La spécialisation des tâches s'est accentuée fortement; en particulier dans les agglomérations. Beaucoup plus d'individus pratiquaient l'artisanat et le commerce à plein temps. Bien entendu, la majorité écrasante restait cependant la catégorie des paysans qui produisaient les surplus nécessaires à l'approvisionnement des citadins.

Il est évident qu'a émergé à cette époque un appareil spécialisé de gouvernement. Pour un tel pouvoir politique clairement institutionnalisé et que l'on peut en effet qualifier d'étatique, J.-W. Lapiere distingue deux degrés: un huitième degré où le pouvoir est exercé par des réseaux de clientèle et un neuvième degré où c'est une administration qui l'exerce. L'ouvra-

ge de César relatant la guerre des Gaules se révèle explicite sur la forme du pouvoir politique chez les Celtes. Les États gaulois qu'il a conquis de gré ou de force étaient gouvernés par des réseaux de clientèle. Toutefois, les conflits internes émaillaient la vie des familles dirigeantes, tandis qu'un embryon d'administration se mettait en place, sous l'autorité de druides, pour assurer la stabilité des institutions (Goudineau, 1990). Nous pouvons dès lors penser que le pouvoir politique se situait dans une phase de transition entre ces deux formes. Ce sont principalement les sociétés des huitième et neuvième degrés qui dépassent un effectif de 100000 habitants.

Les entités politiques ainsi stabilisées empruntent aux civilisations méditerranéennes l'usage de leurs monnaies —jusqu'à leurs modèles iconographiques— et leur alphabet pour rédiger des documents juridiques, administratifs et politiques. L'État émerge là, doté d'une petite administration, contrôlée par un clergé. L'adoption d'instruments aussi abstraits que l'écriture et la monnaie présupposent des relations économiques et culturelles fréquentes. Les émigrés installés sur les franges des États —travaillant parfois à leur solde— ont sans doute transmis vers le cœur du continent des objets et des renseignements sur les sociétés plus développées. Tout aussi déterminants ont été les marchands italiens, vecteurs de croissance pour l'économie-monde. La demande méditerranéenne, plus précisément les moyens utilisés pour la satisfaire et qui bénéficient surtout aux élites, conduit une nouvelle fois à la formation d'unités politiques de grande taille ; en particulier à quelque distance des centres-moteurs, là où les chefs locaux, nécessaires pour relayer cette demande vers les producteurs de leur propre région ou vers des partenaires plus éloignés, y trouvent un intérêt propre.

Pour répondre à une pression sur les ressources, il faut produire plus, c'est-à-dire accroître la surface des terres mises en culture et/ou innover dans les pratiques agricoles et dans l'outillage. Pour la période traitée ici, c'est la façon dont les hommes ont aménagé leur espace qui traduit le mieux l'ampleur des changements qui affectent les pratiques agricoles. Les paysages portent encore aujourd'hui les scarifications de cette véritable mutation agricole. Notons que ces multiples systèmes de fossés n'impliquent pas seulement une rationalisation pour l'intensification de la production, mais révèlent aussi le souci d'une matérialisation plus poussée des droits d'usage, voire de propriété de la terre; souci logique dans une situation de pression démographique.

Dans les zones bien explorées, les schémas de distribution des établissements indiquent une hausse du nombre de sites et une différenciation fonctionnelle et hiérarchique de ces sites. Ainsi, la densité de population croît dans les campagnes, et la démographie augmente même assez pour former des sites agglomérés plus peuplés que jamais auparavant en Europe non

méditerranéenne. Ce phénomène nécessite une agriculture apte à nourrir la partie non agricole de la population. Nous avons vu que les indices d'une forte intensification de la production ont commencé d'apparaître un peu plus tôt. L'approvisionnement en vivres des habitants des bourgs implique aussi une infrastructure de transport d'un niveau suffisant. Les textes latins insistent sur la qualité des véhicules gaulois. Ces derniers impliquent des voies carrossables.

Les bourgs ont été occupés plus ou moins longtemps, puis ont été, soit fortifiés sur place, le plus souvent en bord de rivière, soit transférés sur une hauteur voisine et fortifiés. Ces deux processus ont donné naissance aux *oppida*. Le second s'avère de beaucoup le plus fréquent. Il ne semble pas nécessaire de voir dans le transfert sur une hauteur la conséquence d'une catastrophe archéologiquement indécélable. Nous pouvons considérer plus simplement ce phénomène comme un moyen de renforcer la cohésion sociale et le contrôle politique dans une période de changement, donc de forte instabilité. Le rempart de l'*oppidum* possédait souvent, en effet, une piètre valeur militaire: il était très long; il dévalait et remontait les pentes; son parement ne résistait pas longtemps aux machines de guerre. La taille et l'indéniable qualité esthétique de ces remparts, surtout de leurs portes monumentales, constituaient surtout une manifestation de prestige et de pouvoir: cet important ouvrage témoignait de la capacité de mobilisation et d'organisation d'une main-d'œuvre nombreuse qui, symétriquement, renforçait dans cette réalisation collective son sentiment d'appartenance à l'unité sociale et politique. Ces remparts servaient probablement aussi à délimiter un espace à l'intérieur duquel le pouvoir politique garantissait la sécurité et la régularité des échanges.

Par comparaison avec les villes méditerranéennes de la même époque, les *oppida* étaient des agglomérations peu denses. À Manching, en dehors de la zone centrale où la lecture des plans est rendue difficile par les superpositions de traces d'occupation, nous comptons dix habitations par hectare. Si une seule famille nucléaire habitait chaque maison, nous pouvons estimer la population totale à 5000 personnes environ, car 100 ha étaient réellement occupés sur les 200 qu'entourait le rempart. Une estimation réalisée sur la base de la viande consommée a donné des chiffres équivalents: 3400 à 5100 personnes (Boessneck *et al.* 1971). Cette densité relativement faible était, pourtant, beaucoup plus forte et permanente que toutes les concentrations qui avaient pu être réunies auparavant. Il en a résulté une croissance forte et rapide du nombre des interactions entre individus et entre groupes. Conséquences inévitables: la quantité et la variété des informations reçues par chacun se sont fortement accrues. Comme l'a rappelé G. Johnson (1982), cela crée de l'anxiété et des difficultés organisationnelles en raison de la capacité limitée de traitement de l'information.

La société est ainsi devenue beaucoup plus opaque, car plus personne ne percevait immédiatement la configuration de l'ensemble (Van der Leeuw 1981). La solution la plus couramment adoptée pour remédier à ce type de problème est la hiérarchisation des organes de traitement de l'information. Il se trouve cependant que la communication interne d'une société se dégrade lorsque le nombre de niveaux hiérarchiques devient trop grand, car l'information baisse en qualité et en quantité à chaque transmission de niveau à niveau. Ces deux contraintes constituent des limites extrêmement contraignantes pour la gestion politique d'une société. Pour desserrer ces contraintes, il convient d'innover en matière de communication et de traitement des données. Il ne fait guère de doute que l'écriture a été, dans tous les États naissants, cette innovation nécessaire. Elle est venue parachever le renforcement des moyens de gouvernement.

Période de forte croissance démographique et de fission difficile, la fin du second âge du Fer a très logiquement été marquée par la réapparition d'un troisième niveau d'intégration dont les centres, les *oppida*-capitales, respectaient des intervalles de 65 km en moyenne et subordonnaient des centres secondaires distants respectivement de 10 à 30 km (Buchsenschutz 1984, Collis 1984). En Gaule centrale, existaient des entités politiques plus vastes encore. Celles-ci semblent bien avoir possédé quatre niveaux d'intégration avec une échelle dépassant les 20000 km². Ces entités politiques sont celles que César a nommées *civitates*. Il s'agissait selon le conquérant d'unités territoriales centralisées et politiquement autonomes. Quelques exceptions près, la capitale était l'enceinte fortifiée la plus vaste du territoire. Pour plusieurs d'entre ces *oppida*, nous sommes sûr que l'on y fabriquait la monnaie (Gruel 1989). Celle-ci servait principalement au commerce interne de chaque unité politique autonome. Cet instrument économique suppose une organisation politique disposant de moyens d'en garantir la valeur. Il est évident qu'a émergé à cette époque un appareil spécialisé de gouvernement.

Le territoire a aussi quelque chose à voir avec la guerre. La menace guerrière exige, certes, que la communauté conserve la maîtrise de son territoire, ce qui implique l'exclusion de l'autre, le différent, l'étranger. Mais, en plus de se protéger physiquement, l'exclusion de l'autre permet à la communauté d'affirmer son identité en se différenciant et cette affirmation peut aller jusqu'à la guerre d'agression. Cette double fonction du territoire: différenciation vis-à-vis de l'extérieur et renforcement de l'identité collective à l'intérieur, est particulièrement importante en période de changement d'échelle d'intégration. Incorporer dans la même unité politique des communautés différentes nécessite, en effet, l'intégration idéologique de ces différences, car la force ne suffit pas à maintenir durablement l'amalgame. C'est l'ensemble du système de valeurs qui se trouve modifié et la nouvelle norme sociale doit être

intériorisée par les membres de l'entité en gestation pour qu'il y ait consensus. Cela est traditionnellement réalisé au cours de cérémonies religieuses collectives (Balandier 1967).

La création de temples implique un clergé. Il s'agit d'un pas supplémentaire sur la voie de la spécialisation. Pour la première fois peut-être dans la zone étudiée, s'est produit un découplage du pouvoir politique et du pouvoir religieux. Il est très probable que jusqu'à cette date ces deux pouvoirs étaient détenus par la même personne ou le même groupe restreint de personnes. Le premier service que les élites rendent à leur société —du moins celle-ci le croit-elle— semble bien, en effet, avoir été le plus souvent d'ordre magico-religieux; il s'agit de contrôler rituellement la fertilité et la communication avec les ancêtres et avec les dieux (Godelier 1984). Le découplage reste cependant très relatif puisque la haute administration est assurée par des prêtres. Ainsi, loin de voir dans ce phénomène un affaiblissement du pouvoir, il convient d'y voir un développement du personnel dont dispose le pouvoir pour s'exercer. Ce corps de prêtres diffuse le message de légitimation du pouvoir et les nécessaires adaptations du système de valeur dans une société dont l'échelle d'intégration et le mode d'organisation politiques changent.

Au total, la documentation archéologique suggère la réaction en chaîne suivante : d'abord se modifient des éléments du domaine idéologique afin d'adapter le système de valeur, ensuite l'économie est marquée par une intensification de la production, enfin le champ du politique change dans le sens d'un renforcement des moyens de gouvernement. Cependant, dès qu'il est affecté par le changement, chaque sous-système rétroagit sur ses homologues, ce qui produit une chaîne d'effets cumulatifs.

L'État et la ville apparaissent comme des éléments consubstantiels. Une difficulté vient de ce que nous manquons, en archéologie, d'une définition satisfaisante de la ville. Là comme ailleurs, le sens commun, lourd des clichés de l'antiquité méditerranéenne et du Moyen Âge ouest-européen, brouille la perspective. De ce point de vue, ce que l'on appelle un *oppidum* en Europe tempérée humide ne correspond significativement que d'assez loin à une ville. Or ces agglomérations rompent avec une longue tradition d'habitat dispersé où n'émergent, ça et là, de temps en temps, que des établissements fortifiés de taille plutôt réduite, ou des établissements ouverts un peu plus grands que de simples hameaux. Or, comme les gros *oppida* se développent en même temps que d'autres nouveautés (monnaie, écriture) annonciatrices, dans de nombreux cas, d'une complexification sociale de type étatique, il paraît légitime de questionner avec davantage d'exigence le concept de ville.

Il se trouve que les géographes eux-mêmes ont beaucoup approfondi leur réflexion sur ce thème. La définition que proposent certains d'entre eux (Pumain

et al. 1989, Sanders 1992) est plus générale et, par conséquent, plus opératoire pour des champs chronoculturels variés et, en particulier, éloignés de l'archétype européen actuel. Nous les suivrons pour penser qu'une ville est une agglomération permanente de populations et d'activités destinées à favoriser le développement local et régional des relations sociales. Au niveau local un tel site valorise la proximité en matière de contrôle politique, d'efficacité économique, de contact culturel, de reproduction sociale, etc., en permettant des économies dites justement «d'agglomération». Au niveau régional et au delà, une ville valorise une situation dans un réseau, c'est-à-dire une position relative dans une hiérarchie complexe de fonctions productives, sociales, territoriales et jusque dans l'espace des représentations mentales collectives.

Sur cette base, les critères archéologiques pertinents sont le nombre d'habitants, la variété des activités et la hiérarchie fonctionnelle locale des établissements d'une part, et, en outre, la distance, les indices de relations économiques, politiques, idéologiques avec les autres agglomérations, ainsi que les caractéristiques de situation géographique par rapport aux voies de communication, aux sources de matières premières, c'est-à-dire à tout ce qui contribue à la densification sociale.

L'évolution de la division sociale en Europe protohistorique suggère l'importance déterminante d'une dialectique de l'économie de subsistance et de l'économie d'échange ou de prestige. La seconde semble bien exercer une stimulation de la dynamique sociale en accentuant la différenciation et les inégalités, mais ces caractéristiques demeurent instables, sujettes à de fréquentes remises en cause. Tout au long de la période couverte ici, la division sociale s'opère d'abord sur cette base. Les formes d'organisation les plus différenciées dépendent de leur intégration à des réseaux d'échanges animés par des sociétés encore plus complexes. Mais ces unités politiques ne s'inscrivent dans la durée, dans une relative stabilité que si les élites sociales parviennent à contrôler une partie des moyens de production, c'est-à-dire les ressources qui sont nécessaires à l'entretien matériel de l'appareil de gouvernement: pour la subsistance, l'équipement et le prestige du chef, de sa suite, du clergé, de la force armée, de l'administration, etc.

Cette dialectique à effet décalé a beaucoup gêné la compréhension. Elle explique en partie le mauvais ajustement et les apparentes contradictions entre les typologies sociales proposées depuis un demi-siècle. Ainsi, les sociétés de rang les plus simples de M. Fried (1960) se classent-elles encore parmi les organisations tribales d'E. Service (1962, 1975). J.-W. Lapierre (1977) et la plupart des auteurs actuels suivent plutôt Fried que Service sur ce point. Ils considèrent même ce changement comme crucial. Pour A. Johnson et T. Earle (1987), il s'agit du plus déterminant après l'adoption d'un mode de vie sédentaire en groupes unissant plusieurs familles. Ce deuxième changement majeur n'est,

pour eux, suivi que d'une simple croissance quantitative et un peu mécanique de la complexification. E. Service réservait le terme de chefferie à des unités politiques déjà complexes, c'est-à-dire dotées de plusieurs niveaux d'intégration, dans la terminologie de Johnson et Earle. Ni Service, ni ces deux derniers n'ont retenu le changement de degré proposé par Fried entre ses sociétés de rang et ses sociétés stratifiées et qui sanctionne, selon lui, l'apparition de véritables classes sociales. Lapierre tient compte de cette distinction, tout en lui accordant moins d'importance. Pour lui, on passerait là de ces chefferies fédérées de façon plus ou moins claire et durable, dont les récits antiques et ceux d'explorateurs modernes sont pleins, à des unités au pouvoir individualisé et nettement différencié, d'aspect pyramidale; très proches en cela des États archaïques. Ce sont en particulier ces formations qui ont été appelées ici des principautés ou des chefferies complexes.

Les données archéologiques suggèrent que les chefferies simples ne se stabilisent peu à peu qu'à partir du Bronze moyen, évoquant, selon les moments et les régions, des tentatives de fédération liées, là encore, aux échanges à longue distance; tentatives par conséquent temporaires. Les progrès de l'économie-monde suscitent l'émergence de principautés ou chefferies complexes de la fin du VI^e à la fin du V^e s. av. J.-C. Ce niveau de division sociale ne se maintient, ou ne s'accroît en adoptant une forme d'organisation étatique, que là où les moyens de production sont de nature à fournir aux souverains de quoi financer leur politique. Ailleurs, l'instabilité inhérente au commerce lointain provoque la désintégration, c'est-à-dire la disparition des niveaux d'intégration les plus élevés. Il s'avère pourtant que chaque tentative éphémère et les contacts entretenus avec des sociétés plus développées stimulent la recherche, l'innovation et favorise la découverte de solutions techniques et organisationnelles offrant, tôt ou tard, les moyens de production nécessaires à la consolidation de formations politiques plus complexes.

6. BIBLIOGRAPHIE

- ALMAGRO GORBEA, M. 1983. «Pozo Moro. El Monumento orientalizante, su contexto socio-cultural y sus paralelos en la arquitectura funeraria ibérica.» *Madriditer Mitteilungen*, 24, 191-287.
- ALMAGRO GORBEA, M. 1988. «Société et commerce méditerranéen dans la péninsule ibérique aux VII^e-V^e siècles.» in: *Les princes celtes et la Méditerranée*, Paris: La Documentation Française, 71-80.
- ALMAGRO GORBEA, M., RUIZ ZAPATERO, G. 1992. «Paleoetnología de la Península Ibérica. Reflexiones y perspectivas de futuro.» in ALMAGRO GORBEA, M., RUIZ ZAPATERO, G. (eds) *Paleoetnología de la Península Ibérica*, Complutum 2-3, Madrid: Edit. Complutense, 469-499.

- BABELON, J. 1970. *La numismatique antique*. Paris: Presses Universitaires de France.
- BALANDIER, G. 1967. *Anthropologie politique*. Paris: Presses Universitaires de France.
- BOESSNECK (von de Driesch), J. A., MEYER-LEMPENAU, U., WECHSLER (von Ohlen), E. 1971. *Die Tierknochenfunde aus dem Oppidum von Manching*. Die Ausgrabungen in Manching, 6, Wiesbaden: Franz Steiner.
- BRAUDEL, F. 1979. *Civilisation matérielle, Économie et Capitalisme, XV-XVIII^e siècle*. Paris: Armand Colin.
- BRONSTED, J. 1962. *Nordische Vorzeit*, 2, Bronzezeit in Danemark. Neumünster.
- BRUN, P. 1988. «L'entité Rhin-Suisse-France orientale: nature et signification.» in BRUN, P., MORDANT, C. (dir.) - *Le Groupe Rhin-Suisse-France orientale et la notion de Civilisation des Champs d'Urnes*. Actes du Colloque international de Nemours, mars 1986, Nemours: A.P.R.A.I.F., 599-618.
- BRUN, P. 1992. «L'influence grecque sur la société celtique non méditerranéenne.» in *Marseille grecque et la Gaule*, Collection Études Massaliètes, 3, 389-399.
- BRUN, P., PION, P. 1992. «L'organisation de l'espace dans la vallée de l'Aisne pendant l'Âge du Bronze.» in *L'habitat et l'occupation du sol à l'Âge du Bronze*, Actes du Colloque international de Lons-le-Saulnier, du 15 au 19 mai 1990, Paris: C.T.H.S., 117-127.
- BRUN, P. 1993. «East-west relations in the Paris Basin during the Late Bronze Age.» in SCARRE, C., HEALY, F. (ed.) *Trade and exchange in Prehistoric Europe* - International conference of the Prehistoric Society, 10-12 avril 1992, Proceedings of the Prehistoric Society. Oxford: Oxbow Books, 171-182.
- BRUN, P. 1994. «From Hallstatt to La Tène period in the perspective of the «Mediterranean world economy»». in KRISTIANSEN, K., JENSEN, J. (ed.) *Europe in the first millenium B.C.*, Sheffield: Collis Publications, 57-66
- BRUN, P. 1995. «Oppida and social 'complexification' in France.» in HILL, J. D., CUMBERPATCH, C. G. (eds) - *Different Iron Ages: Studies on the Iron Age in Temperate Europe*, BAR IS 602, Oxford: 121-128.
- BRUN, P. 1996. «Contacts entre colons et indigènes au milieu du Ier millénaire av. J.-C. en Europe.» *Journal of European Archaeology*, 3.2, 1995 autumn, 113-123.
- BRUNAUX, J.-L. 1986. *Les Gaulois. Sanctuaires et rites*. Paris: Errance.
- BRUNAUX, J.-L., RAPIN, A. 1988. *Gournay II, boucliers et lances, dépôts et trophées*. Paris: Revue Archéologique de Picardie & Errance.
- BUCHSENSCHUTZ, O. 1984. *Structures d'habitat et fortifications de l'âge du Fer en Europe tempérée*. Mémoires de la Société Préhistorique Française, 18, Paris: Société Préhistorique Française.
- CHAPA BRUNET, T. 1985. *La Escultura ibérica zoomorfa*. Madrid: Ministerio de Cultura.
- COFFYN, A. 1985. *Le Bronze final atlantique dans la péninsule ibérique*. Paris: De Boccard.
- COLLIS, J. 1984. *Oppida, Earliest Towns North of the Alps*, Sheffield: University of Sheffield.
- FORTES, M., EVANS-PRITCHARD, E. E. [1940] 1962. *African Political Systems*. Londres: Oxford University Press (Trad. fr. 1964. *Systèmes politiques africains*. Paris: Presses Universitaires de France).
- FRIED, M. 1960. «On the Evolution and Social Stratification and the State.» in DIAMOND, S. (ed.) *Culture in History*. New York: Columbia University Press.
- GODELIER, M. 1984. *L'idéal et le matériel*. Paris: Fayard.
- GOUDINEAU, C. 1989. «L'apparition de l'écriture en Gaule.» in MOHEN, J.-P. (dir.) *Le Temps de la Préhistoire*, 1, Paris: Société Préhistorique Française, 236-238.
- GOUDINEAU, C. 1990. *César et la Gaule*. Paris: Errance.
- GRAS, M., ROUILLARD, P., TEIXIDOR, J. 1989. *L'univers phénicien*. Paris: Arthaud.
- HODDER, I. 1992. *Theory and practice in archaeology*. Londres et New York: Routledge.
- JÄGER, K. D., LOZEK, V. 1982. «Environmental conditions and land cultivation during the Urnfield Bronze Age in Central Europe.» in HARDING, A. (ed.) *Climatic Change in Later Prehistory*. Edinburgh: EUP, 162-178.
- JOHNSON, G. A. 1982. «Organizational Structure and Scalar Stress.» in RENFREW, C., ROWLANDS, M. J., SEGRAVES, B. A. (eds) *Theory and Explanation in Archaeology*. New York, Londres: Academic Press, 389-422.
- JOHNSON, A. W., EARLE, T. 1987. *The Evolution of Human Societies*. Stanford: Stanford University Press.
- KIMMIG, W. 1983. «Die griechische Kolonisation im westlichen Mittelmeergebiet und ihre Wirkung auf die Landschaften des westlichen Mitteleuropa.» *Jahrbuch des Römisch-Germanischen Zentralmuseums Mainz*, 30, 5-78.
- KYTLICOV, O. 1988. «Socialni struktura kulture popelnicovych poli (Zur sozialen Struktur der Urnenfelderkultur).» *Památky Archeologické*, LXXIX, 342-389.
- LAPIERRE, J.-W. 1977. *Vivre sans État: Essai sur le pouvoir politique et l'innovation sociale*. Paris: Seuil.
- LEJEUNE, M. 1985. «Textes gallo-grecs.» *Recueil des inscriptions gauloises*, 1, XLVe supplément à Gallia, Paris: CNRS Éditions.
- MÉNIEL, P. 1984. «Contribution à l'histoire de l'élevage en Picardie.» *Revue Archéologique de Picardie*, numéro spécial, Amiens: Revue Archéologique de Picardie.
- NICOLINI, G. 1990. *Techniques des ors antiques. La bijouterie ibérique du VI^e au IV^e siècle*. 2 vol. Paris: Picard.
- PARE, C. 1987. «Der Zeremonialwagen der Urnenfelderzeit: seine Entstehung, Form und Verbreitung.» in *Vierrädrige Wagen der Hallstattzeit, Untersuchun-*

- gen zu *Geschichte und Technik*, Mainz: Verlag des Römisch-Germanisches Zentralmuseum.
- PEYRE, C. 1979. *La Cisalpine gauloise du III^e au I^{er} siècle avant J.-C.* Paris: Presses de l'École Normale Supérieure.
- POLANYI, K. 1957. «The economy as instituted process.» in POLANYI, K., ARENSBERG, C., PEARSON, H. (eds) *Trade and Market in the Early Empire, Economies in History and Theory*. New York: Free Press, p. 243-270 (Trad. fr. 1975. *Les systèmes économiques dans l'histoire et dans la théorie*. Paris: Larousse).
- POLENZ, H. 1982. «Münzen in latènezeitlichen Gräbern Mitteleuropas aus der Zeit zwischen 300 und 50 vor Christi Geburt.» *Bayerische Vorgeschichtsblätter*, 47, 28-222.
- PUMAIN, D., SANDERS, L., SAINT-JULIEN, T. 1989. *Villes et auto-organisation*. Paris: Economica.
- ROUILLARD, P. 1991. *Les Grecs et la péninsule ibérique du VIII^e au IV^e siècle avant Jésus-Christ*. Paris: Centre Pierre Paris/de Boccard.
- RUIZ, A., MOLINOS, M. 1993. *Los Iberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico*. Barcelona: Crítica.
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M. 1987. «Bronce Atlántico y cultura del Bronce Atlántico en la Península Ibérica.» *Trabajos de Prehistoria*, 49, 251-264.
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M., GALÁN DOMINGO, E. 1991. «Las estelas del suroeste como hitos de vías ganaderas y rutas comerciales.» *Trabajos de Prehistoria*, 48, 257-273.
- RUIZ ZAPATERO, G. 1985. *Los Campos de Urnas del NE de la Península Ibérica*. Colección Tesis Doctorales, 83/85, Madrid: Universidad Complutense.
- SANDERS, L. 1992. *Système de Villes et Synergétique*. Paris: Anthropos-Economica.
- SCHEERS, S. 1977. *Traité de numismatique celtique II: La Gaule Belgique*. Paris.
- SERVICE, E. R. 1962. *Primitive Social Organization. An Evolutionary Perspective*. New York: Random House.
- SERVICE, E. R. 1975. *Origins of the State and Civilization. The process of Cultural Evolution*. New York: Norton and Company.
- SILVA, A. C. F., SILVA, C., LOPES, A. B. 1984. «Depósito de fundidor do final da idade do Bronze do Castro da Senhora da Guia (Baioes, S. Pedro do Sul, Viseu).» *Lucerna - Homenagem a D. Domingos Pinho Brandao*, Porto, 73-110.
- SPINDLER, K., FERREIRA, O. V. 1973. «Der spätbronzezeitliche Kupperbau von der Roça do Casal do Meio in Portugal.» *Madriider Mitteilungen*, 14, 60-108.
- STARY, P. F. 1993. «Der Mittelgebirgsraum als Transit- und Vermittlungszone hallstatt- und Latènezeitlicher Kulturelemente aus Mitteleuropa ins westliche Ostseegebiet.» in *Die ältere Eisenzeit im Mittelgebirgsraum, Bericht der Römisch-Germanischen Kommission*, 74, Mayence: Philipp von Zabern, 537-564.
- STARY, P. F. 1995. «Italic and etruscan imports in the Baltic Sea area and in the British isles during the pre-roman Iron Age: analogies, differences and backgrounds.» in SWADDLING, J., WALKER, S., ROBERTS, P. (eds) *Italy in Europe: economic relations 700 BC - AD 50*, Occasional Paper 97, Londres: British Museum Press, 93-106.
- VAN DER LEEUW, S. 1981. «Information flows, flow structures and the explanation of change in Archaeology.» in VAN DER LEEUW, S. (ed.) *Archaeological Approaches to the Study of Complexity*, Amsterdam: I.P.P. (Cingula VI), 230-329.
- WALDHAUSER, J. 1981. «Organisation de l'habitat celtique en Bohème du Hallstatt final à La Tène III: enquête sur la région celtique du cours moyen du fleuve Bilina.» in BUCHSENSCHUTZ, O. (dir.) *Les structures d'habitat à l'âge du Fer en Europe tempérée*. Paris: Maison Sciences de l'Homme: 142-146.
- WÜSTEMANN, H. 1974. «Zur Sozialstruktur im Seddiner Kulturgebiet.» *Zeitschrift für Archäologie*, 8, 67-107.

APROXIMACIONES A LA DEMOGRAFÍA DE LA CELTIBERIA

MARTÍN ALMAGRO-GORBEA

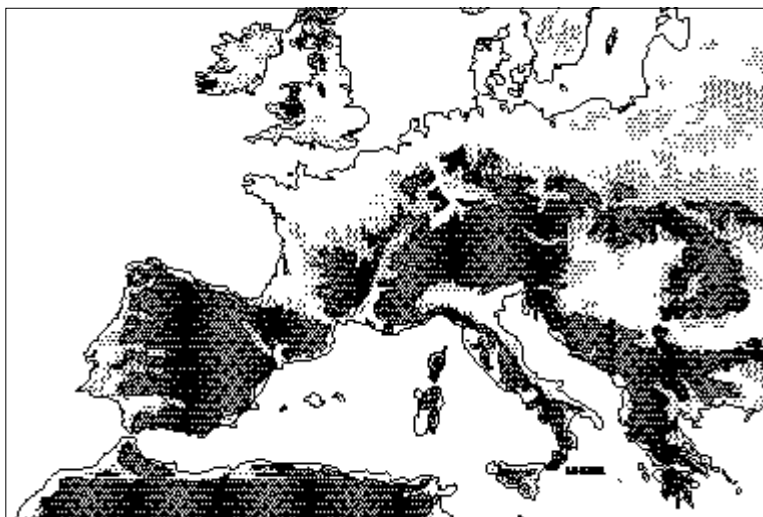
Departamento de Prehistoria, Universidad Complutense de Madrid

ABSTRACT

The demographic analysis of the Celtiberian is a hard question. To solve it we have analysed the ethnoarchaeological data and we have contrasted it with archaeological data, as the surface of the known Celtiberian civitates and oppida. We have contrasted the results with the few informations transmitted by classical historians and geographers, as the numbers of warriors in Celtiberian armies and the extension of the populi and civitates of Celtiberia after Plinius and Ptolomeus. As conclusion of the analysis, we can consider that Celtiberia, extended about 45.000 km² had a theoretical demographic density of about 5/6 h./km² in mountain areas, but could reach 8/10 h./km² in the best areas, as river valleys and peripheral plains. These results allow us a calculation of the total Celtiberian population between 250.000 h. and about 350.000/450.000 h., a bigger and more logical number. The first demographic anlysis of the Celtiberia offers a interesanting information and very useful for further studies on Archaeology and Ancient History and Geography, and also to better understand the territorial and urban planning, the demography and the sociology of the Celtiberians.

RESUMEN

Para abordar en el difícil problema de la demografía de la Celtiberia se ha procedido a analizar la información etnoarqueológica, confrontándola con los datos arqueológicos, como el tamaño de los oppida celtibéricos, y las escasas informaciones sobre este tema que ofrecen las fuentes escrital, como el tamaño de los ejércitos y el de los populi y civitates ubicados en ella según Plinio y Ptolomeo. Como resultado, cabe considerar que la Celtiberia, que tendría unos 45.000 km² de superficie, ofrecería una densidad media teórica de 5/6 h./km² en áreas montañosas, pudiendo alcanzar hasta 8/10 h./km² en las zonas más favorables, como los valles fluviales y las llanuras periféricas. Estos datos permiten calcular la población total de la Celtiberia entre un mínimo de 250.000 h. y una cifra más aceptable bastante superior, en torno a 350./450.000 h. Aunque los datos obtenidos en este primer análisis demográficos de la Celtiberia proporcionan una información de gran interés, deben considerarse todavía preliminares, si bien pueden ser utilizados como punto de partida para estudios más profundos de Arquelogía, Historia y Geografía antiguas, así como de Urbanística, Demografía y Sociología, que permitirán irlos precisando en el futuro.



1. INTRODUCCIÓN

Uno de los aspectos peor conocidos del mundo celta de la Península Ibérica es el de su demografía. En fechas recientes, se han iniciado algunas aproximaciones en estudios puntuales de necrópolis, pero se echa en falta una visión de conjunto, pues incluso las obras recientes de síntesis eluden el problema por falta de estudios previos.

Sin embargo, estos estudios pueden verse muy favorecidos por los recientes análisis sobre el tamaño (Almagro-Gorbea y Dávila 1995) y organización de la población en la Celtiberia (Almagro Gorbea 1994: id. 1995), así como el análisis territorial de la zona NW. de la Serranía de Albarracín, que ha proporcionado una interesante aproximación a la estructura de esta parte de la Celtiberia (Collado 1990) al permitir identificar la organización territorial y la estructura del poblamiento característicos de estas duras regiones montañosas (Almagro-Gorbea 1995), que corresponden al área meridional de la Cultura Celtibérica (Lorrio 1997; id. 1999), posibilitando, en su conjunto, nuevas vías de análisis.

En efecto, estos nuevos datos pueden considerarse suficientemente válidos, ya que los datos arqueológicos se pueden contrastar con la rica información etnológica que aporta la estructura geográfica humana de esas regiones montañosas, tan valiosa para profundizar en campos prácticamente inéditos de los estudios célticos peninsulares y hasta ahora casi nunca utilizados a pesar de su gran interés (Almagro 1977; Almagro-Gorbea 1995). Entre estos análisis, cabe la posibilidad de realizar una aproximación demográfica, como la que se ofrece en esta oportunidad, aunque ésta deba considerarse como una primera experiencia metodológica para abrir nuevos caminos a la investigación, más que como un resultado definitivo.

2. HIPÓTESIS DE TRABAJO: TERRITORIO, POBLACIÓN Y DEMOGRAFÍA

El primer hecho significativo que se puede resaltar en estas áreas es el tipo de asentamiento. El análisis territorial de la zona NW. de la Serranía de Albarracín ha proporcionado una primera e interesante aproximación a la estructura territorial de esta parte de la Celtiberia (Collado 1990), al permitir identificar la organización territorial y del poblamiento característicos de estas regiones montañosas de la Cultura Celtibérica (Almagro-Gorbea 1995).

Estos nuevos datos, que pueden considerarse suficientemente seguros desde el punto de vista arqueológico, como se ha señalado ofrecen el interés adicional de poder ser utilizados para contrastar la rica información etnológica que aporta la estructura geográfica humana de esas montañosas regiones, tan valiosa para profundizar en campos hasta ahora prácticamente in-

éditos de los estudios célticos peninsulares y no utilizados a pesar de su gran interés.

Pero, tal vez, el hecho más significativo sea que, puesto que se conoce la estructura y distribución territorial, la ubicación, las dimensiones y el urbanismo de estos poblados prerromanos, se puede, en consecuencia, abordar un estudio paleoetnológico basado en su comparación con los poblados actuales, con los que ofrecen notables analogías en todos esos aspectos.

En efecto, en estas sierras es casi sistemática la correlación de los actuales pueblos serranos, que han tenido carácter de aldea hasta el siglo XIX, con los poblados celtibéricos, por ocupar unos y otros un ámbito territorial prácticamente equivalente, hecho que también ha sido señalado en algunos castros del Norte de Soria (Romero 1991: 486).

Esta coincidencia territorial entre unos y otros poblados es muy significativa y se explica por la necesidad de aprovechamiento del mismo territorio y medio ambiente en una zona de recursos poco diversificados y escasos (Calvo 1973), lo que, en consecuencia, determina y explica la idéntica distribución territorial y situación de los poblados desde época celtibérica y, en consecuencia, idénticas formas de vida que, a su vez, ha determinado las similitudes que ofrecen la situación y características de los poblados desde época celtibérica.

La ubicación de éstos corresponde generalmente, por no decir casi siempre, al borde de hoyas o depresiones del terreno de origen morfológico. Por ejemplo, en las Sierras de Albarracín y de Cuenca, como en las Parameras de Molina, es frecuente que hayan sido originadas por formaciones geológicas de margas o arcillas del Keuper disueltas o erosionadas por la erosión fluvial, que ha resaltado el carácter cárstico del entorno rocoso (Riba 1959; Peña *et alii* 1984: 49s.), quedando los fondos de valle ocupados por suelos buenos pero que presentaban para la agricultura problemas de falta de drenaje (Estébanez 1974: 72), lo que disminuye su rendimiento agrícola pero los hacía particularmente idóneos por su frescura y humedad como pastizales de verano.

Por norma general (Collado 1990: 103s.), la población de estas tierras se concentra en pequeñas poblaciones fortificadas de tipo «castro» que encerraban un núcleo de viviendas relativamente reducido. Por ejemplo, se puede calcular que el castro de San Cristóbal del Jabalón tendría unas 20 viviendas, contando los cimientos aún perfectamente visibles (Almagro-Gorbea 1995). Un tamaño más o menos parecido parecen ofrecer la mayor parte de los asentamientos, salvo El Castillo de Frías, para el que Collado (1990: 103) ha indicado unas 7 Ha, lo que le otorgarían carácter de población central, aunque este hecho exige una confirmación arqueológica de su estructura interna.

Pero el hecho más significativo de este poblamiento prerromano es que, tal como se ha indicado, el conocimiento de su distribución territorial y ubicación,

estructura urbana y tamaño de los poblados permite abordar un interesante análisis paleoetnológico, basado en sus semejanzas con los poblados actuales. Esta semejanza puede considerarse como un «paralelismo cerrado», explicable por la interacción entre tradición cultural y constreñimiento impuesto por el medio ambiente, lo que explica la larga perduración de las mismas formas culturales, hecho que permite una aproximación demográfica con una base suficientemente objetiva.

En consecuencia, la hipótesis de partida supone que muchos de los elementos culturales conservados en estas zonas, al depender en gran medida del medio ambiente (Galindo 1954: 132; Calvo 1973), son resultado de una larga y eficaz adaptación cultural y, por tanto, son de gran antigüedad, habiéndose mantenido por su perfecta adecuación al medio ambiente, por la falta de alternativas a su dependencia del medio físico y por el evidente aislamiento cultural de estas zonas, ciertamente acentuado a causa de su alejamiento de las áreas más dinámicas desde un punto de vista cultural, así como de las grandes vías de comunicación. Por ello, cabe suponer que dichas regiones ofrecen un contexto socio-económico semejante al de la Cultura Celtibérica (Almagro 1977: 61) y, en consecuencia, permiten abordar un análisis paleodemográfico contrastando los datos que ofrecen los hallazgos arqueológicos y los análisis paleoetnológicos, supliéndose de este modo la falta de referencias escritas en la Antigüedad sobre estos temas.

3. *Pars pro toto*: LAS SERRANÍAS DE ALBARRACÍN Y CUENCA (CELTIBERIA MERIDIONAL) Y EL SEÑORÍO DE MOLINA (CELTIBERIA CENTRAL)

La estructura económica de la Sierra de Albarracín, y lo mismo cabría señalar para la de Cuenca, las Parameras de Molina o las Serranías de Soria, evidencia que se trata de tierras pobres²⁷, aunque su peculiar sistema de propiedad comunal (Almagro-Gorbea 1995) impidiera la indigencia extrema. Esta pobreza de medios, estrechamente relacionada con la dureza de vida, hace suponer que, por lógica, sean tierras de escasa potencia demográfica, con continuas crisis de medios de subsistencia y, en consecuencia, con procesos automáticos de carácter casi reflejo de supervivencia, muchos de ellos inconscientes a nivel colectivo, desde la sobriedad en el alimento y el matrimonio tardío con escasa progenie hasta la emigración y la guerra (Almagro-Gorbea 1995).

Pero para abordar una aproximación demográfica a la población celtibérica de estas regiones es preciso

basarse en la estructura del territorio y la citada relación medioambiental entre los castros y los actuales pueblos serranos. A juzgar por los datos arqueológicos, el número y tamaño de los poblados prerromanos no parece haber sido muy inferior a la de época medieval, si se compara el número de castros celtibéricos (Collado 1990: 129) con las aldeas medievales precedentes de poblados actuales de la Comunidad de Albarracín (Galindo 1954: 138; Almagro-Gorbea 1994: fig. 4), lo que también permiten analizar su estructuración territorial y socio-política.

La Sierra de Albarracín ofrece en la actualidad un continuo decrecer de su población a partir del siglo XIX, tras un aparente máximo a partir de los siglos XVII-XVIII (Asso 1789: 205), que cabe relacionar con el auge de la ganadería trashumante potenciada por la Mesta (Klein 1920; García 1990). Este cuadro histórico permite suponer que las cifras alcanzadas entre estas dos oscilaciones máximas pueden considerarse como un parámetro o referencia máxima para calcular la potencialidad demográfica en la Edad Media y, por extrapolación, igualmente, en la Edad del Hierro.

A inicios del siglo XIX Antillón (1824: 130 s.) señala que la Provincia de Cuenca ofrecía una densidad de 311 individuos por legua cuadrada, que debe considerarse como referencia máxima para la Serranía, mientras que para el Reino de Aragón da una cifra muy superior, de 534 individuos, lo que es lógico por abarcar tierras mucho más feraces y pobladas, que ofrecían, en consecuencia, ese 58% más de densidad. La citada densidad señalada de 311 h/legua² supondría, aproximadamente para el Corregimiento de Albarracín, que abarcaba unas 35 leguas² cuadradas de 20 al grado, unos 10.885 habitantes, lo que supone una densidad de unos 10 h/km².

Según los cálculos de F. Galindo (1954: 138) la población entre 1900 y 1950 descendió de 15.000 a 13000 habitantes, con una densidad que oscilaba, según las áreas, de 15 a 3 h./km², siendo la media en 1950 de 10,9 h./km², aunque en la actualidad la población de la Sierra apenas alcance 3 h./km² por haberse desertizado todavía más en estos últimos años (Almagro-Gorbea 1995). La misma tendencia indica J.M. Rubio (1984: 131 s.) para la población de la comarca de Albarracín, en la que, sin contar Gea ni Tormón, la población descendió de 12200 habitantes en 1877 a 11573 en 1950. Pero la emigración masiva a partir de los años 1960 ha diezmando posteriormente aún más la población serrana, que sólo era de 4850 habitantes en 1981, casi todos ellos mayores de edad, proceso aún más acentuado en estos últimos años²⁸, hasta que recientemente se ha estabilizado en gran medida gracias al turismo.

²⁷ Un reflejo de este hecho debe considerarse el que el Obispo de Albarracín únicamente tenía 34 pilas, siendo el de menor número de España a excepción del de Cádiz, que sólo tenía 16 (Antillón 1824: 154); sus rentas eran también las más reducidas, sólo 6000 ducados según Juan Boterio o 3000, según Maríneo Sículo (Powello 1629: 359-362).

²⁸ Por esta causa, la población relativa ha pasado de 9,1 h/km² en 1877 a 8,6 h/km² en 1950 y a 3,6 h/km² en 1981, lo que supone una despoblación de más del 60%, aunque cabe suponerla en general de más del 80% en la actualidad, habiendo llegado en algunos pueblos, que han quedado totalmente despoblados, al 100%.

Además, las cifras de población reflejan un crecimiento demográfico a partir de la Edad Media, que alcanza en la Ciudad de Albarracín un 380% a mediados del siglo XIX respecto a fines del siglo XV.

Este máximo histórico supone 7,15 h/km², mientras que el mínimo de la Edad Media se puede calcular entre 1/2 y 1/3 de dicha cifra, lo que supondría un mínimo de 2 a 3 h/km². Parecidos resultados se obtienen si el cálculo se efectúa sobre el máximo histórico de vecinos correspondiente al siglo XVIII, en el que se superan los 2200. Tal cifra pudo suponer entre 11500 y 13200 habitantes, lo que representa una densidad de 9 a 10 h/km². Si el mismo cálculo se realiza sobre el número de vecinos a fines de la Edad Media, la cifra resultante sería de 3 a 4 h/km², apenas superior al momento de desertización actual.

Si comparamos estos datos con los de la Serranía de Cuenca se observa un fenómeno muy parecido, pues en ésta la densidad no sobrepasaba desde hace ya 25 años los 6h/km² (Estébanez 1974: 206 y mapas 3-6), debiendo considerarse actualmente menor. En efecto, en la Serranía de Cuenca se daba un predominio casi absoluto de pueblos de menos de 500 habitantes, por lo que Estébanez (1974: 218) ya hace años señalaba que «no es extraño que en un plazo breve de tiempo estén llamados a su total desaparición» (*ib.*, 1974: 220). Este hecho se acentuaba por encima de los 1000 m.s.n.m., donde la densidad, en 1974, era de 5,9 h/km², con un tamaño medio de los términos municipales de unos 65 km² (*ib.*, 1974: 222), por lo que la densidad h/km² variaba según las comarcas (Cuadro 1).

	MUNICIPIOS	HABITANTES	KM ²	H/KM ²
Cuenca	23	36.543	1887	19,3
Cañete	23	12.389	1191	10,4
Landete	27	23.886	2214	10,7
Priego	58	32.132	2143	14,9
TOTAL	131	105.081	7435	14,1

CUADRO 1.—*Demografía de las comarcas de la Serranía de Cuenca (según Estébanez 1974).*

También cabe analizar el fenómeno de evolución demográfica, algo diferente, que ofrece el Señorío de Molina, lindante por el Norte con las Serranías de Albarracín y Cuenca.

Según Pérez Fuertes (1983: 141 s.), la población del Señorío de Molina, de unos 3.000 km² de superficie, descendió de unos 40.000 habitantes calculados para el siglo XVI, a 20.000 a fines del XVIII. Según Navarro (1982: 643 s.), en 1797 serían 29.107 habitantes que descienden a 14.388 en 1812 tras la Guerra de la Independencia, que castigó mucho estas tierras, pero que recuperaron su población apenas una generación después, ya que, en 1835, alcanzan de nuevo 24.877 habitantes y, en 1842, 36.218, máximo explicable quizás como consecuencia de las roturaciones producidas tras la desamortización (*ib.*, 154 s.). En todo caso, esta gran capacidad de recuperación debe tenerse en cuenta igualmente para comprender la rápida recuperación demográfica de las Guerras Celtibéricas.

En consecuencia, la densidad de estas tierras oscila entre un máximo de 14 h/km² en el siglo XVI, hasta los mínimos de 6,6 h/km² en el siglo XVIII y los 4,7 h/km² tras la Guerra de la Independencia, pero oscilando normalmente también en torno a los 10 h/km², aunque con diferencias internas, especialmente apreciable en la disminución en las tierras más altas y la concentración en los valles y tierras más propicias para la agricultura.

Los datos señalados resultan básicamente coincidentes en las tres áreas analizadas, por lo que pueden

considerarse, en consecuencia, como una constante demográfica de todas las altas tierras situadas por encima de los 900/1000 m.s.n.m. que pueden considerarse, con bastante aproximación, como el territorio nuclear de la Celtiberia (Almagro-Gorbea 1993: 124; Lorrio 1997: 52 s.). En consecuencia, parece que resulta viable poder extrapolar a la Edad del Hierro estas cifras sin grandes distorsiones, lo que permite efectuar una aproximación a la densidad de la población prerromana. En efecto, la población de dichas tierras durante la Edad del Hierro hay que suponer que sería algo superior a la correspondiente a la Edad Media y a la despoblación reciente, de unos 3 a 4 h/km², pero inferior a la de la Edad Moderna, ca. 7/10 h/km², por lo que, prudentemente, *la densidad demográfica de la Celtiberia se puede situar en torno a unos 5 ó 6 h./km².*

El análisis pormenorizado de los datos demográficos referentes a la Sierra de Albarracín, cuya extensión no alcanza los 1500 km², permite realizar otras observaciones de interés para comprender mejor la estructura socio-demográfica de la población celtibérica.

La población hasta el siglo XIX seguía concentrada en pequeñas aldeas, equivalentes a los castros o «aldeas fortificadas» de época prerromana: Gea, por ejemplo, tenía 101 vecinos en 1495, 40 en 1650 (tras la expulsión de los moriscos que le afectó sensiblemente) y 205 en 1842. Albarracín, la «Ciudad» por antonomasia, que representa el centro organizador y rec-

<i>PUEBLOS</i> *	<i>HABITANTES</i> 1991	<i>KM²</i>	<i>VECINOS</i> s. XVIII	<i>HABITANTES</i> 1842	<i>VECINOS</i> 1842	<i>QUINTOS 1842</i> 18/24 AÑOS
Albarracín	1065	456,5	300	1530	382	83
Alobras				349	90	17
Bezas	30	26		118	18	33
Bronchales	475	59,6	135	383	96	11
Calomarde	105	26,7	60	360	90	77
El Cuervo*				405	99	69
Frías	206	50,7	175	678	170	69
Gea*				321	205	18
Griegos	142	31,7	45	190	47	33
Guadalaviar	304	28,2	45	411	102	50
Jabaloyas	121	61,7	250	680	170	8
Monterde	87	45,1	85	386	94	28
Moscardón	73	27	96	500	125	25
Noguera	172	47,6	85	293	73	38
Orihuela	627	71,4	170	752	188	18
Peracense*				200	50	19
Pozondón	101	67,7	80	332	84	26
Ródenas	103	44,9	55	335	84	17
Royuela	246	32,6	33	286	72	20
Saldón	53	28,1	74	254	64	57
Terriente	205	48	250	797	199	5
Toril+Masegoso	50	30,9		169	42	36
Tormón*				140	44	19
Torres	190	28,2	73	538	134	33
Tramacastilla1	44	24,9	70	222	71	18
Valdecuenca	49	18,8	50	174	43	36
El Vallecillo	25	21,6		362	88	18
Villar Cobo	239	53,9	130	440	110	17
TOTAL 1842				10725	2064	898
Vecinos s. XVIII		3496	> 2261			
Pueblos de la Comunidad en 1842				9310	1576	825
Pueblos no de la Comunidad en 1842				1415	488	73
TOTAL 1991				4858	(1332)	

Los pueblos de la Sierra señalados con asterisco (*) no pertenecen actualmente a la Comunidad de Albarracín. Las diferencias observables se deben a las variaciones sufridas en el número de pueblos, aldeas o lugares de la Comunidad, que eran 17 en el siglo XVII, 18 en el itinerario de Labaña y 22 en el siglo XVIII según Madoz (1846).

CUADRO 2.—*La población de la Serranía de Albarracín con los habitantes actuales, vecinos en el siglo XVIII y habitantes, vecinos y «quintos» en 1842, según Madoz, 1846.*

tor del territorio de su Comunidad (Mantecón 1924) y que juega un papel equivalente en sus funciones al del *oppidum* o ciudad-estado en época celtibérica, sólo contaba con 99 vecinos en 1495, 300, en 1650 y 382 en 1842, fecha en que ese número correspondía a 1530 habitantes (Cuadro 2).

Es interesante observar este escaso número de vecinos, a pesar de que ejercía la función de capital política y administrativa de todo el territorio de su Comunidad, que incluía unas 20 aldeas y unos 2300 vecinos en el siglo XVIII, lo que supone una media de

c. 100 vecinos por aldea (Asso 1798), una población perfectamente atribuible a un *oppidum* de tamaño pequeño (Almagro-Gorbea - Dávila 1995).

Sin embargo, de acuerdo con su organización social tradicional, hay que diferenciar entre «hogares» o «vecinos», esto es, entre el número de casas o cabezas de familia y el de habitantes, pues supone una diferencia socio-política tradicional muy importante, que seguramente procede de la Antigüedad (Almagro-Gorbea 1995: 440 s.) y que ha sido operativa en todos los aspectos de la vida social popular hasta nuestros

días, siendo un elemento esencial para cualquier cálculo de población.

La Serranía de Albarracín tenía en 1842 unos 2064 vecinos y 10725 habitantes en total, número que sería de 9310 y 1576, respectivamente, si se consideran sólo los pueblos pertenecientes a la Comunidad. Estas cifras indican una proporción habitante/vecino de 4,0 en Albarracín, frente a 5,29 en el conjunto de la Sierra y 6,0 en la Comunidad. Tal diferencia parece responder a características «urbanas» de la Ciudad frente a las aldeas, por lo que cabe suponer una proporción original de 5 a 6 personas por hogar. *Este dato es de gran interés para precisar los estadígrafos basados en multiplicar el número de casas por una cifra teórica de sus habitantes, ya que permite una aproximación objetiva para reconstruir el número de habitantes de los poblados celtibéricos.*

En este mismo aspecto, también resulta interesante tener en cuenta las tablas de «quintos» de la población de la Comunidad de Albarracín, ya que permiten conocer el número de «mozos» o población masculina de 18 a 24 años capaz de ser movilizadas para la guerra. Estos eran 825 en 1842 (Madoz 1946), representando, aproximadamente, un 9% del total de la población de 9310 personas y 0,5 por hogar. Si estas cifras se relacionan con la población de toda la Serranía, que tenía 10725 habitantes y 2064 vecinos, los 898 mozos, suponen un 8,3% del total, con una proporción de 0,4 mozos por hogar.

Estos datos pueden considerarse como un índice de la fuerza demográfica real de este tipo de población, esto es, de su capacidad de trabajo y crecimiento, ya una vez descontada la mortalidad infantil, aunque el citado crecimiento se vería mermado, de hecho, por pestes, guerras y emigración, como evidencia la brutal caída de población en Molina de Aragón con la Guerra de Independencia, prácticamente reducida en un 50%, aunque una generación más tarde, en 1835, ya se había prácticamente recuperado hasta alcanzar de nuevo su máxima capacidad, lo que evidencia una capacidad de desarrollo demográfico muy superior al habitual, indicando que,

en circunstancias normales, éste se vería frenado de hecho por motivos culturales (*vid. supra*).

La natalidad de la Sierra de Albarracín superaba el 40 0/00 y la mortalidad, con fuerte mortandad infantil, en torno al 34 0/00 (Rubio 1984: 186). Malnutrición, guerras, hambres, epidemias, etc. (Bielza 1988: 12) explican, junto a la alta tasa de mortandad peripuerperal y de mortalidad infantil, la escasa esperanza de vida, seguramente inferior a 30 años al nacer, pudiéndose calcular que más del 70% moría antes de los 40 años.

Estos datos también pueden extrapolarse sin dificultad a la Edad del Hierro, permitiendo aproximarse indirectamente a la capacidad de movilización «guerrera» real de la población prerromana de la Sierra, que probablemente debió estar organizada en bandas o fratrías de estructura «pregentilicia» (Almagro-Gorbea 1994). Según estos datos, el número de *iuvenes* (Ciprés 1990; id. 1993) o jóvenes guerreros de la Serranía de Albarracín se podría calcular en torno al millar, cifra que, probablemente, sería ligeramente más elevada en la de Cuenca y en el Señorío de Molina.

A este respecto, también es interesante comparar la estructura de la población de Teruel en 1877 y las tablas de edad obtenidas de algunas necrópolis analizadas, como las de la ciudad celtibérico-romana de Segóbriga, de la ibérica de Pozo Moro y de la celtibérica de La Yunta (Cuadro 3), a pesar de las diferencias en la obtención de los datos y en la calidad de la muestra, pues, por ejemplo, los resultados de La Yunta parecen algo anómalos.

Si las cifras del cuadro n.º 3 se resumen en grupos de edad, siempre en %, permiten constatar la escasa representación del grupo de más de 40 años (Cuadro 4).

4. LA POBLACIÓN DE LA CELTIBERIA

Más difícil resulta ya extrapolar estos datos a otras áreas de la Celtiberia para lograr una visión de conjunto más amplia y válida desde el punto de vista de la demografía histórica.

POBLACIÓN / EDAD	>1	1/10	11/20	21/30	31/40	41/50	51/60	61/70	71/80	>80
Teruel ¹	3,2	23,4	17,1	14,2	13,3	11,0	9,2	5,9	1,6	0,2
La Yunta ²	0,0	7,5	4,5	9,0	25,3	31,3	13,4	6,0	0,0	0,0
Segóbriga ³	0,0	26,3	21,0	21,0	21,0	0,0	5,3	0,0	0,0	5,3
Pozo Moro ⁴	2,3	21,4	4,7	4,7	38,1	19,5	9,5	0,0	0,0	0,0

1 = Estructura, en %, de la población por edades, en Teruel en 1877 (Rubio 1984: 211).

2 = Mortalidad por edades, en %, de la necrópolis celtibérica de La Yunta, Guadalajara (García Huerta 1990: 120).

3 = Mortalidad por edades, en %, de las tumbas con edad indicada de la necrópolis celtibérico-romana de Segóbriga, Cuenca (Almagro-Gorbea 1985)

4 = Mortalidad por edades, en %, de la necrópolis ibérica de Pozo Moro, Albacete (Almagro-Gorbea 1986: 487).

CUADRO 3.—Estructura por edades de la población de Teruel en 1877 y de algunas necrópolis de la Edad del Hierro.

GRUPOS DE EDAD (AÑOS DE EDAD)	JÓVENES <20	ADULTOS 20-40	VIEJOS >40
Teruel	44	28	28
La Yunta	12	34	51?!
Segóbriga	47	42	11
Pozo Moro	28	43	29

CUADRO 4.—Estructura por grupos de edad de las poblaciones de la figura anterior.

En primer lugar, cabe plantearse calcular una aproximación a la población del territorio de la antigua Celtiberia. Para ello, en primer problema es determinar su extensión geográfica, lo que sólo puede hacerse de forma aproximada, pues los límites no son muy precisos, especialmente hacia la Carpetania y en la Celtiberia Meridional (Lorrio 1997: 33 s.; Burillo 1998: 19s.). Por ello, desde hace años hemos considerado como límite aproximado las altas tierras del Sistema Ibérico y del Este de la Meseta situadas por encima de los 1.000 m.s.n.m. (Almagro-Gorbea 1993: 124), con la excepción de la cuenca del Ebro, donde el límite puede considerarse este río y la depresión del Jiloca (Untermann 1996; Lorrio 1997: 56; Burillo 1998). Aunque desde un punto de vista político este criterio puede parecer poco exacto, dado el desconocimiento de los límites de las ciudades antiguas y, en muchos casos, incluso de la situación de éstas, este criterio sí que permite una aproximación objetiva suficientemente válida desde el punto de vista etno-cultural.

El área superficial comprendida en dicho territorio es de unos 45.000 km². Si dicha extensión se multiplica por la densidad calculada, en torno a unos 5/6 h./km², la población resultante oscilaría entre 225.000 y 270.000

habitantes (Cuadro 5), por lo que, si se desea una cifra media aproximada por redondeo, se puede suponer como mejor hipótesis de trabajo que *la población de la Celtiberia sería de unos 250.000 habitantes*.

Tal cifra debe considerarse mínima, pues está calculada en las zonas más montañosas y despobladas de estos territorios, tanto en la Antigüedad como en fechas posteriores (*vid. supra*). En efecto, si tenemos en cuenta la ubicación y distribución de las principales ciudades de la Celtiberia (Asensio 1995; Almagro-Gorbea y Dávila 1995; Burillo: 210 s.), resulta evidente que éstas tienden siempre a situarse en las zonas más abiertas y bajas, en relación con los principales valles fluviales y las vías de comunicación, lo que hace suponer que sus territorios debieron estar más poblados y ofrecer mayor densidad. Por ello, parece lógico suponer que la densidad real de los territorios de dichas ciudades celtibéricas debería situarse en torno a los 8 h./km² alcanzando, incluso, los 10 h./km² en las zonas más favorecidas (Cuadro 5), como los valles del Jalón y del Ebro, lo que supondría una población teórica superior a los 350.000 habitantes, aunque, según los parámetros aquí calculados, muy difícilmente superarían los 450.000 o 500.000 habitantes en total.

<i>Celtiberia</i> ¹	45.000 km ²	225.000	5 h/km ²
<i>Celtiberia</i> ²	45.000 km ²	270.000	6 h/km ²
<i>Celtiberia</i> ³	45.000 km ²	450.000	10 h/km ²
<i>Celtiberia</i> ⁴	45.000 km ²	585.000	13 h/km ²

CUADRO 5.—Población calculada para la Celtiberia según distintos métodos (1, cálculo mínimo bajo (5 h/km²); 2, cálculo mínimo elevado (6 h/km²); 3, cálculo máximo (10 h/km²); 4, según el promedio de los *conventi* de la *Gallaecia* (1, 2 y 3, según datos extrapolados de la Celtiberia meridional, 4, según Plinio (Cuadro 6).

También debe tenerse en cuenta que la cifra calculada de 250.000 habitantes y 5/6 h./km² resulta algo baja si se compra con las que ofrece Plinio (3,4,28) para las áreas del Noroeste, aunque también es evidente que dichas cifras corresponden ya a plena etapa de romanización. En efecto, en el *Conventum Astu-*

rum, de unos 20.400 km², sus 240.000 personas suponen unos 11,75 h/km², las 160.000 personas libres del *Conventus Lucensis*, de 11.900 km², supondrían 13,44 h/km² y aún más elevadas son las cifras del *Conventus Bracaraugustanus*, cuyos 285.000 personas en 20300 km² suponían 14 h/km² (Cuadro 6).

<i>Conventum Asturum</i>	20.400 km ²	240.000	11,75 h/km ²
<i>Conventus Lucensis</i>	11.900 km ²	160.000	13,44 h/km ²
<i>Conventus Bracaraugustanus</i>	20.300 km ²	285.000	14 h/km ²
Promedio <i>Gallaecia</i>	52.600 km ²	685.000	13 h/km ²

CUADRO 6.—Población que ofrece Plinio (3,4,28) para los *conventus* de la *Gallaecia*.

5. DEMOGRAFÍA Y FUERZA GUERRERA

Las cifras de población calculadas para la Celtiberia permiten también hacer un cálculo aproximado de su capacidad de movilización guerrera. Este cálculo, basado en la semejanza teórica en la composición del «hogar» en época prerromana y en el antiguo régimen (*vid. supra* y Cuadro 2) permite, indirectamente, comprobar la validez de los datos anteriormente citados. Los «mozos» que formarían la *iuventus* (Ciprés, 1990) suponían el 8 ó 9% de la población, lo que indicaría que la *iuventus* del territorio celtibérico ofrecería un mínimo de 18.000 y un máximo de 50.000 *iuvenes* dispuestos a empuñar las armas. Estas cifras pueden parecer bajas, pero no lo son tanto si se tiene en cuenta que, en caso de guerra generalizada, a la *iuventus* se sumarían otras generaciones hasta movilizarse toda la población útil, lo que teóricamente permitiría con facilidad duplicar e, incluso, triplicar dicha fuerza, aunque también sea lógico suponer que, dada la fragmentación política del mundo celtibérico, su sistema de organización clientelar (Almagro-Gorbea, 1997) y la táctica habitual romana de utilizar fuerzas indígenas como tropas auxiliares (Balil, 1956; García Bellido, 1961; Rodán 1974: 23 s.), estas cifras teóricas nunca se alcanzarían de hecho.

En este sentido, es interesante cotejar el resultado de dicho cálculo con las cifras que ofrecen las fuentes escritas sobre los ejércitos más numerosos que se enfrentaron a Roma, en los que, además, se utilizan términos como *andrôn* o *hebedón*, que denominan a los varones en edad militar, lo que hace suponer una movilización total.

Por ejemplo, cabe citar que 20.000 celtíberos asediaron *Carabis* el 188 a.C. (Ap., *Ib.* 43) y que 20.000 infantes y 5000 jinetes formaban el ejército de Caro, que reunía a arévacos y segedenses (*id.*, 45). Otro ejército celtibérico de tamaño conocido es el de más 17.000 hombres con 400 caballeros que acudió en auxilio de *Contrebia* (Liv. 44,33). Más datos también interesantes ofrece el ataque de Lúculo a *Cauca* el 151 a.C.: en los combates iniciales murieron 3000 soldados y, tras entregarse la ciudad, Lúculo mató a otros 20.000 *hebedón* (hombres en edad militar) o *andrôn* (Ap., *Ib.* 52) que estaban en la población y que cabe suponer sería el total de la misma más la de su territorio. Igualmente, es bien sabido que Numancia tenía 8.000 soldados el 142 a.C. (*id.*, 76).

La importancia numérica de estos ejércitos celtibéricos se puede confirmar por el número de bajas. L. Manlio Acidino mató cerca de *Calagurris* a 12.000 hombres e hizo más de 2.000 prisioneros. C. Calpurnio y L. Quinctio, el 186 a.C., derrotaron a un ejército de 35.000 hombres, aunque tuvieron 5.600 bajas (Liv. 39,30) y el 182 a.C., los celtíberos reunieron hasta 35.000 hombres, cifra hasta entonces nunca alcanzada, según recoge expresamente Livio (40,30: *quantum numquam ferme antea*), siendo derrotados en *Contrebia*

por Q. Fulvio Flaco, muriendo 12.000 y siendo hechos prisioneros más de 5.000. En el 180 a.C., Fulvio Flaco mató a 17.000 y capturó 4.257 prisioneros. En Numancia, 4.000 romanos y 3 elefantes mueren en el ataque de Nobilior el 153 a.C. (Ap., *Ib.* 46), aunque perecieron también 2.000 numantinos, que casi sería un 25% de su población guerrera. El 137 a.C., 30.000 romanos de Hostilio Mancino fueron vencidos por 4.000 celtíberos (Liv., *per.* 55), el 50% de la misma. Menos de fiar son las cifras sobre el episodio de la derrota de Hostilio Mancino que da Floro (*epit.* 2,18,2), según el cual 4.000 numantinos se enfrentaron a 40.000 romanos, o la referencia a 4.000 *iuvenes* numantinos que se lanzaron contra 20.000 romanos, matándoles para cortarles la mano derecha a fin de lograr desposar una princesa de gran belleza (*Vir. ill.* 59). Más concreta es la referencia a la existencia de 400 *iuvenes* en *Lutia*, a los que Escipión impuso como represalia cortarles las manos por haber querido auxiliar a la sitiada Numancia (Ap., *Ib.* 93).

Como elemento comparativo, cabe señalar que datos similares ofrecen las Guerras Lusitanas. P. Junio Bruto, el 189 a.C., mató 18.000 lusitanos e hizo 2.300 prisioneros, L. Aemilio Paulo mató, según Plutarco (*Aem. Paul.* 4,3), 30.000 hombres, C. Atinio, en *Asta*, mató otros 6.000 el 188 a.C., mientras que César mató a Mummio 9.000 soldados (Ap., *Ib.* 56). Viriato se enfrentó con 6.000 hombres contra las dos legiones de Fabio Máximo Serviliano el 141 a.C., formadas por 18.000 infantes y 1.600 jinetes (Ap., *Ib.* 67), dando muerte a 3.000 romanos, mientras que los lusitanos Curio y Apuleyo le atacaron con 10.000 hombres, que fueron hechos prisioneros.

En consecuencia, los anales sobre los grandes enfrentamientos militares en tiempos de la conquista de Roma parecen acordes con los que se deduce de extrapolar a la Cultura Celtibérica los datos conocidos sobre la estructura del territorio y la composición en época medieval y moderna de las tierras de la Celtiberia meridional, deducidos del análisis etnoarqueológico realizado. Estas cifras parecen confirman que los grandes ejércitos celtibéricos oscilaban entre 15.000 y 30.000 hombres, pues ni siquiera los más numerosos nunca superaron los 35.000 guerreros, cantidad acorde con la población calculada basándose en el análisis de la densidad de habitantes del territorio (véase epígrafe anterior) y dada su falta de estructuras superiores a las de ciudad-estado.

6. DEMOGRAFÍA DE LOS *OPPIDA* CELTIBÉRICOS

El cálculo de la población de los *oppida* celtibéricos puede hacerse a partir de los datos obtenidos de la Etnoarqueología o de la información que ofrecen las fuentes escritas.

Basándose en la Etnoarqueología, como el tamaño medio de una casa se ha calculado en unos 50

m² con una proporción media de 5 a 6 personas por «hogar», dado que los *oppida* celtibéricos no sobrepasan las 30 Ha. y que su tamaño medio se puede considerar en unas 15 (14,4 ± 7,5) Ha., de las que aproximadamente sólo un 60 % estarían ocupadas por viviendas, se obtiene una densidad media teórica de c. 70/80 h/Ha., que supone una población teórica por *oppidum* de 1050/1200 h., que podría llegar a doblarse, esto es, a alcanzar c. 3000 h. en las poblaciones más importantes.

También el análisis del tamaño de las poblaciones consideradas como ciudades u *oppida* de la Hispania «Céltica» (Almagro-Gorbea y Dávila 1995), a pesar de las limitaciones que ofrece, proporciona una importante información para el estudio demográfico. De 100 poblaciones prerromanas conocidas, sólo 4 superan las 50 Ha., 14 oscilan entre 50 y 25 Ha., 51, entre 25 y 10 Ha. y 23, entre 10 y 5, mientras que sólo podrían considerarse como *oppida* (Almagro-Gorbea 1994) muy escasos núcleos de menos de 5 Ha. (Cuadros 7 y 8).

HA	>50	50/25	25/10	<10	<5	TOTAL	X	±	MAX
Lusitanos			3	10	3	16	6,9	3	13
Oretanos		1?	4	1		6	15,7	8,5	33?
Olcades			2			2	12,5	2,5	15
Carpetanos	1	4	2			7	34	17,5	68
Celtíberos		2	12	6		20	14,4	7,5	32
Vacceos	2	4	6	2		14	29,1	27	110
Vettonos	1	2	6			9	25,5	14	>60
Galaicos			5	1	1	7	14,6	7	21
Astures		1?	2	1		4	20,2	13	40?
Cantabros			2	1		3	13,2	5	20
Vascones, etc.			7	1	2	10	11,1	5	18,5
TOTAL	4	14	51	23	6	98	18²⁹	8	110

CUADRO 7.—Tamaño de los *oppida* celtibéricos de superficie conocida en las diversas áreas etno-culturales de la Hispania «Céltica» (según Almagro-Gorbea y Dávila 1995).

	PLINIO			PTOLOMEO		
	CITADAS	CONOCIDAS	%	CITADAS	CONOCIDAS	%
Beturia Céltica	8	1	12,5			
Beturia Túrdula	6	2	33			
Lusitanos	5	1	20	30	3	10
Oretanos				14	2	14
Carpetanos				18	2	11
Convento Cartaginense	10 (20)	5	50			
Convento Caesaragustano	16 (25)	6	37,5			
Celtíberos			18	6	33	
Pelendones	1	1	100	3	0	0
Arevacos	6	4	67	10	4	40
Vacceos	4	3	75	20	5	25
Vettonos				11	3	27
Cantabros	1	1	100	8	2	25
Túrmogos, etc.	4	0	0	26	0	0
Vascones				15	3	20
Gallaecia, astures						
TOTAL	61	24	39	173	30	17

CUADRO 8.—*Oppida* de superficie conocida citados por Plinio y Ptolomeo (Almagro-Gorbea y Dávila 1995).

²⁹ Es la media de las 11 medias calculadas, pues no parece oportuno calcular la media de los tamaños de los *oppida* ya que el número de éstos varía mucho de unas áreas a otras.

El conjunto de las poblaciones célticas de la Península Ibérica, ofrece un tamaño medio de 18 a 20 Ha., que puede considerarse el tamaño habitual de los *oppida* o «poblaciones centrales». Además, prácticamente la mitad de las poblaciones de tipo *oppidum* de superficie conocida ofrecen entre 10 y 25 Ha.

El siguiente rango de tamaño, de 10 a 5 Ha., que debe ser aún más frecuente aunque proporcionalmente sean peor conocidos, confirma la escasa superficie y escasa potencia demográfica de las poblaciones prerromanas de las áreas célticas de la Península Ibérica. Por el contrario, sólo se han inventariado 14 *oppida* de 25 a 50 Ha., todos ellos ciudades de relevancia localizadas especialmente en las grandes llanuras sedimentarias de la Meseta, de las que 4 corresponden a los Carpetanos, 4 a los Vacceos, 2 a los Celtiberos y 2 a los Vettones. Estas cifras contrastan con otras áreas de la Hispania Céltica, en la que no parece haber existido poblaciones prerromanas de más de 25 Ha., como en el Suroeste o entre los pueblos del Norte de Hispania, donde prácticamente ninguna población supera las 20 Ha. (Almagro-Gorbea 1994: 41 s.; Almagro-Gorbea y Dávila 1995: 213, 222, tabla 2). Por último, se debe observar que en toda la Hispania «Céltica», sólo se conocen 4 poblaciones de más de 50 Ha., 1 carpetana (*Complutum*), 1 (*Pallantia*) o 2 (La Peña de Tordesillas) vacceas y 1 vettona (Ulaca), pero sólo 2, *Pallantia* y, quizás *Complutum*, parecen superar ligeramente las 100 Ha. (Almagro-Gorbea y Dávila 1995: 212, 224). Este tamaño máximo, en consecuencia, debe considerarse el atribuible a las capitales etno-políticas, pues todas ellas corresponden a un único caso por etnia.

Por otra parte, es evidente que no existen en la Hispania Céltica los enormes *oppida* que alcanzan en Centroeuropa varios cientos de hectáreas (Audouze - Buchsenschutz 1989: 308), pero la superficie media de los *oppida* hispanos puede compararse a la de otras áreas célticas (Audouze - Buchsenschutz 1989: 308; Ralston 1992: 156), siendo los grandes *oppida* célticos hispanos más extensos que las mayores ciudades ibéricas, como *Carmo*, *Castulo* o *Hasta Regia*, que oscilan entre 40-50 Ha. (Almagro-Gorbea 1988: 24 s.), aunque sus diferencias urbanísticas impiden utilizar el tamaño para hacer comparaciones demográficas entre unos y otros.

En la Celtiberia, las 20 poblaciones cuya superficie se ha podido documentar ofrecen un tamaño medio de $14,4 \pm 7,5$ Ha. (Cuadro 7), que puede redondearse en algo menos de 15 Ha., tamaño próximo al de las poblaciones ibéricas con las que cabe relacionar su urbanismo, relativamente denso y con calles bien trazadas. Es interesante que las poblaciones mejor conocidas de la Celtiberia no superaban las 30 Ha., hecho que las diferencia de los grandes *oppida* vacceos y carpetanos. Las principales ciudades, entre las que se incluyen algunas tan famosas como *Uxama*, *Termes* o *Bilbilis*, oscilan entre 30-20 Ha, aunque *Numantia* ni siquiera alcanza las 10 Ha según los últimos trabajos

(Jimeno y Tabernero 1996). De este tamaño se conocen 6 poblaciones, casi la mitad de las de superficie conocida, por lo que pueden considerarse como el tamaño standard de una capital de territorio o ciudad-estado importante (Burillo 1998: 292 s.). También eran frecuentes las ciudades que tienen entre 15 y 10 Ha., pues se documentan 5 casos: *Segeda*, *Contrebia Belaisca*, *Contrebia Leucade* y *Segobriga*, y, en torno a las 10 Ha., cabe citar, además de ésta última, *Arcobriga*, *Numantia*, *Ercavica* y *Valeria*, que deben considerarse como pequeñas ciudades de la Celtiberia, aunque existen también algunos *oppida* de menor tamaño, que apenas superan las 5 Ha., característicos de territorios ganaderos de zonas serranas, en los que estos pequeñas poblaciones desempeñarían el papel de «lugar central» (Cuadro 9).

Partiendo de estos datos y del número de 5 a 6 personas por hogar que indican los estudio etno-arqueológicos (*vid. supra*), se puede llegar a obtener ciertos datos demográficos de interés, aunque todavía se conoce muy mal la estructura interna de las ciudades celtibéricas.

En Numancia, Jimeno y Tabernero (1996: 429, f. 8-9), basándose en los restos de época romana, mejor conocidos, han calculado que las casas tendrían ca. 100 m², confirmando la observación de Taracena (1941: 71) de que superaban los 50 m², aunque esta última cifra parece más ajustada a la que ofrecen la mayor parte de los castros y *oppida* celtibéricos, donde oscilan entre 20 y 50 m² (Lorrio 1997: 96 s.).

En la Numancia romana, se ha calculado que la superficie ocupada por casas representa un 60% (Jimeno y Tabernero 1996: 429), lo que permite calcular 648 casas de 100 m². Si se extrapolan estas cifras a la Numancia celtibérica, el 60% de las aproximadamente 8 Ha que ocupaba, suponen 48.000 m², que corresponderían a 480 casas de 100 m². Esta cifra, sin embargo, parece algo baja, pues si se calcula que las casas tuvieran 50 m², la cifra se doblaría, alcanzándose unas 960 casas. Si se supone un índice de 5 a 6 personas por casa u «hogar», el resultado sería, en el primer caso, un mínimo de 2.400/2.880 habitantes, que parece algo bajo, y un máximo de 4.800/5.760 habitantes, quizás algo alto pero más ajustado a la realidad.

Estos cálculos permiten, a su vez, calcular la densidad media teórica del núcleo habitado de un *oppidum*, que oscilaría entre 300 y 720 personas, lo que constituye un abanico excesivamente amplio. Pero dada la densa estructura urbanística de castros y *oppida* celtibéricos, cabe considerar que un promedio teórico de unos 500 h/Ha habitada es una cifra aceptable que no parece estar muy alejada de la realidad.

Este parámetro puede, a su vez, extrapolarse al tamaño medio de los *oppida* conocidos en la Celtiberia, calculado en algo menos de 15 Ha (*vid. supra*), con un máximo que no parece superar mucho las 30 Ha (Almagro-Gorbea - Dávila 1995). Estas cifras, supondría un promedio de unos 7.500 habitantes en dichos

[60]	[Segontia Lanca], Langa de Duero SO (Fatás et alii (eds.) 1993: 208).
[30] ¹	Uxama Argaela , Burgo de Osma SO (Fatás et alii (eds.) 1993: 250).
21	Termes SO (Taracena 1954: 238).
[20] ²	Segovia SG (Zamora 1976: l. 1).
20 ³	Ocilis SO (Taracena 1926: f. 1).
[18]	Clunia prerromana (Alto del Cuervo) BU (Palol 1978: f. p. 12).
>15	Secaisa Z (Schulten 1933: 374).
15 ⁴	[Bilbilis] Z (Beltrán 1987: 19; Asensio 1995: 308).
13,5	Contrebia Leucade LO (Hernández Vera 1982: 119).
12,5	La Caridad TE (Vicente et alii 1991).
12	Contrebia Belaisca Z (Burillo 1976: 9).
12	Villavieja de Muño, BU (Fatás et alii (eds.) 1993: 246).
10,5	Segobriga CU (Almagro-Gorbea - Lorrio 1989: 177).
10	Poyo del Cid TE (Burillo 1980: 156).
9-5	Ercavica CU (Valiente 1987: 242).
8	Valeria CU (Sánchez Lafuente 1985: f.1).
7,75 ⁵	Arcobriga Z (Beltrán 1987: l. 49).
7,6 ⁶	Numantia SO (Jimeno et alii 1990: 19).
7,4	Castellar de Frías TE (Collado 1990: 18).
6	Los Villares, Ventosa de la Sierra SO (Romero 1991: 447).
5	Luzón GU (A. Lorrio, comunicación personal).

1) Aunque la ciudad romana ocupa unas 70 Ha., el *oppidum* prerromano sería más semejante al bajoimperial, de unas 25 a 30 Ha. (García Merino 1989: f.8). 2) La muela que ocupa la ciudad es de unas 70 Ha., pero cerámica celtibérica sólo aparecen en la parte oriental, de unas 20 Ha. de superficie. 3) El recinto amurallado del *oppidum* en la planta de Taracena publicada por Pfanner (1990: f. 24) es de ca. 17,5 Ha., pero la planta de M.J. Borobio et alii (1989: 101) ofrece sólo 8,3 Ha. 4) Para la ciudad romana, Martín Bueno (1975: 204) indica unas 30 Ha. y M. Beltrán (1987: 19), 21 Ha., que parecen más exactas, pero la prerromana, situada en Valdeherrera, sólo ofrece unas 9 Ha. (Asensio 1995: 308). 5) La población romana extramuros alcanza 14 Ha. (Beltrán 1987: 19, l. 49). 6) A este tamaño de la ciudad hipodámica (Taracena 1941: 71; *contra*, Jimeno - Taberner 1996: 418), se debe añadir el terreno comprendido dentro de los terraplenes defensivos (Schulten 1931, plano 2 y 3), cuya superficie calculó Schulten en 93 Ha., Almagro y Dávila 1995: 230, n. 8), en 32 y Jimeno y Taberner (1996: 431), en sólo 12 Ha. En todo caso, no parece superar las 15 Ha, lo que contrasta con los 24 estadios de perímetro indicados por Apiano (*Iber.* 90), unos 4400 m., que supondrían unas 150 Ha. (Taracena 1954: 233 s.), cifra evidentemente exagerada.

CUADRO 9.—Oppida celtibéricos de superficie conocida (según Almagro-Gorbea y Dávila 1995s).

oppida, con un máximo próximo a los 15.000. Tales cifras resultan aparentemente algo elevadas, pero parecen ajustarse a los escasos datos que ofrecen las fuentes (*vid. supra*).

En efecto, *Cauca*, que contenía 20.000 hombres según Apiano (*Ib.* 52), ofrece casi 20 Ha en total, 15 Ha. en su núcleo habitado de Los Azafranales y 3,3 Ha. habitadas y separadas por un foso en «La Cuesta del Mercado», que ocupa una meseta de 37,6 Ha. (Blanco García 1988: 22), lo que supone una proporción de ca. 1000 «hombres»/Ha. Esta cifra resulta el doble de la teóricamente calculada según el tamaño de las casas (*vid. supra*), pero se explicaría si se considera que el *oppidum* era el lugar de refugio de todos los habitantes del territorio en caso de guerra. Igualmente, Numancia tenía 4.000 *iuvenes* según Floro (1,34) y 8.000 jinetes e infantes según Apiano (*Ib.* 76), lo que supone de 500 a 1.000 «hombres»/Ha., cifra semejante a la señalada en *Cauca* y en circunstancias de guerra parecidas. Si de nuevo recurrimos a los datos obtenidos de la Etno-arqueología, los 4.000 *iuvenes* que según Floro había en Numancia, supondrían una población ligeramente 10 veces superior, lo que representaría unos

5.000 habitantes, cifra que coincide con la máxima calculada según el número teórico de casas, de 4.800/5.760.

A su vez, *Numantia* y sus aliados y *Segeda* y los suyos, que se deben considerar como dos de las ciudades-estado u *oppida* más poderosas de la Celtiberia, el 153 a.C. movilizaron conjuntamente un ejército mandado por Caro de 20.000 infantes y 5.000 jinetes (Ap., *Ib.* 45). *Segeda* o *Secaisa* (Schulten 1933: 374; Burillo y Ostalé 1984; Asensio 1995: 101 s. y 240 s.) ofrece más de 15 Ha. y pretendía construir una muralla de 40 estadios, unos 7.100 m., que supondrían el doble de los 20 estadios que, según Polibio (10,10,1), ofrecía la de Cartago Nova, que encerrarían unas 80 Ha. (Almagro-Gorbea 1988: 24), y casi el doble de los 24 estadios indicados por Apiano para Numancia (*Ib.* 90), unos 4.440 m., que, según Taracena (1954: 233 s.), supondrían unas 150 Ha. Pero, en todo caso, los 25.000 hombres del ejército de Caro resultan adecuados a las fuerzas de Numancia conocidas por otras fuentes, pues si esta ciudad, con 8 Ha., tenía 8.000 guerreros, *Segeda*, con 15 Ha., pudo tener unos 15.000, lo que viene a coincidir con la cifra indicada por las fuentes.

En resumen, los datos que ofrece el tamaño de las poblaciones conocidas contrastados con los que proporciona la Etno-arqueología y las fuentes escritas, permiten considerar como teóricamente válido un promedio de 500 h/Ha según el tamaño de las casas y de 1.000 guerreros/Ha en caso de asedio, cuando cabe suponer la presencia de aliados y de la población del territorio dentro de las ciudades.

Estos datos, pueden, a su vez, extrapolarse al conjunto de las ciudades u *oppida* situadas en todo el territorio, aunque las fuentes resultan muy parciales y aún mal conocidas, pues muchas de las antiguas poblaciones todavía no están localizadas (Almagro-Gorbea - Dávila 1995).

De las 18 ciudades citadas por Ptolomeo de los Celtíberos (II,6,57), solamente se conoce el tamaño seguro de 4, *Bilbilis*, *Arcobriga*, *Ercavica* y *Segobriga*, y, muy inciertamente, de *Valeria* y *Consabura*, que se debe atribuir a los Carpetanos, lo que supone apenas un 30%. De las 10 de los Arévacos (Ptolomeo, II,6,55), sólo 4 son de tamaño conocido, *Termes*, *Uxama Argaela*, *Numantia* y *Segovia*, lo que supone un 40%. De las 16 poblaciones que cabría considerar como célticas citadas por Plinio en el convento Caesaraugustano (N.H. III,4,24), a penas se conoce el tamaño de un 30%: *Bilbilis*, con dudas *Calagurris*, *Complutum*, *Arcobriga* y *Ercavica*, ya que se desconoce los de *Turiasso*, *Cascantum*, *Graccurris*, *Bursao*, *Nertobriga*, etc. A su vez, en el convento de *Cartago Nova* la proporción es del 50%, ya que de 10 poblaciones citadas, se conoce el área de *Valeria*, *Consabura*, *Oretum*, *Segobriga* y *Tolatum*, pero se desconocen *Libisosa*, *Alaba*, *Laminium*, *Mentesa*, etc. Igualmente, de las poblaciones que cita en el convento cluniense (N.H. III,4,26), se conoce la superficie aproximada de *Numantia*, única atribuida a los Pelendones y, de las 6 de los Arévacos, se conoce muy mal el tamaño de *Uxama*, *Segovia* y *Clunia* prerromana y mejor el de *Termes*, mientras que se desconoce el de *Segontia* y *Nova Augusta* (Plinio, N.H. III,4,27), lo que supone un 66 %.

Aún teniendo en cuenta la endeblez de estos datos, se pueden contrastar con el territorio geográfico definido como Celtiberia, calculado en unos 45.000 km². Ptolomeo en dicho territorio señala 3 ciudades desconocidas de los Pelendones (2,6,53), 10 de los Arévacos (id., 55) y 18 de los celtíberos (id. 57), más 1 de los lobetanos (id., 59), lo que supone unas 42 ciudades. Por su parte, entre los pueblos celtibéricos de dicho territorio que cita Plinio (III,4,24-27), cabe considerar 12 del convento Cesaraugustano, 2 del Cartaginense, más 4 pueblos pelendones y 6 ciudades arévacos, lo que supone un total de 24 unidades territoriales identificadas.

Si los 45.000 km² calculados para el área celtibérica se dividen entre las 42 ciudades que Ptolomeo identifica para la misma, se obtendría que su territorio medio sería de 1.071 km². Este tamaño parece reducido, pero puede compararse perfectamente con el de las comu-

nidades de «Ciudad y aldeas» medievales, como los 1.332 km² de Albarracín o los 3000 km² de Molina de Aragón, por lo que es totalmente verosímil. En consecuencia, estos 42 territorios de *oppida* con un tamaño promedio teórico de 1.100 km² y con una densidad calculada por lo bajo en torno a unos 5/6 h/km², tendrían una población resultante mínima de 5.500 a 6.600 habitantes, aunque pudieran alcanzar los 10.000 si se considera una densidad mayor, de hasta 10 h/km².

Si los mismos 45.000 km² calculados para el área celtibérica se dividen por los más inciertos 24 territorios de ciudades y pueblos identificados en Plinio, aunque este dato sea bastante más impreciso, el territorio promedio resultante supondría 1.875 km². En consecuencia, según la densidad baja calculada de unos 5/6 h./km² (Cuadro 5), se puede suponer que cada territorio tendría de 9.375 a 11.250 habitantes, cifras más elevadas que las calculadas por el procedimiento anterior, pero que podrían considerarse válidas para las poblaciones mayores, ya que entran perfectamente dentro de las que ofrecen las comunidades de «Ciudad y aldeas» en el Antiguo Régimen. Si el mismo cálculo se efectúa con una densidad de ca. 10 h/km², la población resultante alcanzaría los 18000 habitantes por territorio, cifra todavía más alta pero que tampoco se aleja de la que indican algunas fuentes escritas, como los 20000 guerreros muertos en la toma de *Cauca* (Ap., *Ib.* 52).

A su vez, si este cálculo se hace basándose en el tamaño medio teórico de 15 Ha por *oppidum*, si este dato se multiplica por los 500 h/Ha. que se ha calculado como densidad media para el interior de un *oppidum* (vid. *supra*), el resultado sería unos 7.500 habitantes teóricos por *oppidum*, lo que tampoco queda muy alejado, aunque pueda parecer igualmente algo elevado. A su vez, este promedio, multiplicado por las 42 unidades territoriales señaladas, supondrían unos 315.000 habitantes, cifra acorde con la calculada etnográficamente y que, si se divide por un promedio de 0,9 del total de la población para calcular la *iuventus*, supondría unos 31.500 guerreros, cifra acorde con los mayores ejércitos citados por las fuentes (Liv. 39,30; 40,30; etc.).

Si el mismo cálculo basado en un tamaño medio teórico de 15 Ha y 500 h/Ha., que supone unos 7.500 habitantes teóricos por *oppidum*, se multiplica por los 24 territorios de ciudades que indica Plinio, se obtiene una cifra de unos 180.000 habitantes, que queda ya más alejada de las que se deducen por otras vías. Sin embargo, si los 250.000 habitantes teóricos mínimos deducidos para todo el territorio de la Celtiberia se dividen por los citados 24 territorios que indica Plinio, resulta una población de 10.400 habitantes, cifra que, aunque puede también parecer elevada, cuadra perfectamente con las que ofrecen las comunidades de «Ciudad y aldeas» en el Antiguo Régimen, y que se elevaría aún más si se calcula sobre medias de c. 10 h/km², pues en tal caso daría unos 450.000 habitantes

para el total de la Celtiberia y 18.750 como promedio para el territorio de las ciudades.

7. CONCLUSIONES (Cuadro 10)

Como recapitulación de todos estos cálculos realizados para aproximarse al difícil problema de la demografía de la Celtiberia, se ha partido de las informaciones etnoarqueológicas, confrontadas con los datos

arqueológicos, especialmente en lo que se refiere al tamaño de los *oppida* de los últimos siglos a.C., y los más escasos que ofrecen las fuentes escritas.

Este primer análisis demográfico de la Celtiberia, a pesar de sus limitaciones, resulta bastante coherente entre los distintos métodos de aproximación realizados, por lo que puede considerarse válido para proporcionar una información esencial para ulteriores estudios de Arqueología, Historia y Geografía antiguas, así como de urbanística, demografía y sociología.

Superficie de la Celtiberia:	45000 km ² .
Comunidad de Albarracín:	1330 km ² .
Comunidad de Molina de Aragón:	3000 km ² .
Densidad teórica en área montañosa:	5/ 6 h./km ² .
Densidad teórica en áreas favorables:	ca. 8/10 h./km ² .
Tamaño medio de una casa celtibérica:	50 m ²
Proporción de personas por «hogar» o familia:	5 a 6 h/f.
Proporción de «quintos» en el total de la población:	8/9 %
Proporción de «quintos» por hogar:	0,5.

Población mínima de la Celtiberia (5/6 h./km ²):	ca. 250.000 h.
Población máxima de la Celtiberia (8/10 h./km ²):	ca. 350/450.000 h.
Tamaño máximo de un <i>oppidum</i> celtibérico:	ca. 30 Ha.
Tamaño medio de un <i>oppidum</i> celtibérico:	ca. 15 (14,4±7,5) Ha.
Área de un <i>oppidum</i> celtibérico ocupada por viviendas:	ca. 60 % = 10,6 Ha
Número de casas de 50 m ² de un <i>oppidum</i> celtibérico:	200 (212).
Número de habitantes de un <i>oppidum</i> celtibérico:	200 × 5/6 h/f = 1000/1200 h.
Densidad media teórica de un <i>oppidum</i> celtibérico ¹ :	1000/1200 h: 15 Ha = 70/80 h/Ha.

Proporción de los <i>oppida</i> citados por Plinio y Ptolomeo:	30/66 %.
Número teórico de <i>oppida</i> / territorios según Plinio:	24.
Número teórico de <i>oppida</i> / territorios según Ptolomeo:	42.

Población máxima de un <i>oppidum</i> según las fuentes:	<i>Cauca</i> , 20000 guerreros
Población media teórica de un <i>oppidum</i> celtibérico ² :	7500 h.
Población máxima teórica de un <i>oppidum</i> celtibérico ² :	ca. 15000.
Densidad media teórica de un <i>oppidum</i> celtibérico ² :	ca.500 h/Ha.
Proporción de guerreros/Ha ² :	ca.1000
Ejército máximo celtibérico:	35000 guerreros

Datos de Ptolomeo:

Territorio medio:	1071 km ² .
Población teórica mínima de un territorio (5/6 h./km ²):	5500/6600 h.
Población teórica máxima de un territorio (10 h./km ²):	10000 h.

Datos de Plinio:

Territorio medio:	1875 km ² .
Población teórica mínima de un territorio (5/6 h./km ²):	9375/ 1250 h.
Población teórica máxima de un territorio (10 h./km ²):	18000 h.

Población de 7500 h./territorio en 24 territorios:	180000 h.
Población de 7500 h./territorio en 42 territorios:	315000 h.
Población de un territorio en los 24 territorios de Plinio con 6 h/km ² :	10400 h.
Población de un territorio en los 24 territorios de Plinio con 10 h/km ² :	18750 h.

1) Según los cálculos precedentes. 2) Según los datos obtenidos de las fuentes escritas, en caso de asedio

La Celtiberia, con unos 45.000 km² de superficie, ofrecería una densidad media teórica de unas 5/6 h./km² en áreas montañosas, pero que podría alcanzar ca. 8/10 h./km² en las zonas más favorables, como los valles fluviales. Partiendo de estos datos, la población de la Celtiberia se puede calcular en un mínimo de 250.000 h., aunque, probablemente, la cifra sería bastante superior, en torno a 350/450.000 h.

Como el tamaño medio de una casa es de unos 50 m² con una proporción media de 5 a 6 personas por «hogar», dado que los *oppida* celtibéricos no sobrepasan las 30 Ha. y que su tamaño medio se puede considerar ca. 15 (14,4±7,5) Ha. de las que aproximadamente sólo ca. un 60 % estaban ocupadas por viviendas, se obtiene una densidad media teórica de ca. 70/80 h./Ha., lo que supone una población teórica por *oppidum* de 1.050/1.200 h., que podría llegar a doblarse, esto es, a alcanzar ca. 3000 h. en las poblaciones más importantes.

Estos datos parecen acordes con las escasas referencias que ofrecen las fuentes escritas, pues *Cauca*, con 18 Ha., tenía 20.000 guerreros, lo que supone una proporción de ca. 1.000 guerreros/Ha en caso de asedio, lo que parece adecuarse al 0,5 «quintos» o *iuvenes* por hogar deducidos de la Etnoarqueología, que supondrían un 8 ó 9 % de la población total. Estas cifras parecen confirmarse por las referencias históricas sobre el tamaño de los ejércitos celtibéricos más numerosos, que alcanzaban, pero no superaban, los 35.000 guerreros.

Finalmente, cabe también contrastar los datos que ofrecen Plinio y Ptolomeo de los *populi* o *civitates* ubicados en los 45.000 km² de la Celtiberia, a pesar de que sólo son conocidos, respectivamente, entre un 30 y un 66% de los mismos, pues de los datos de Plinio sólo es posible identificar unas 24 unidades territoriales de *populi* o *civitates* y, de los de Ptolomeo, unas 42.

En consecuencia, según los datos de Ptolomeo, el territorio medio de estas unidades sería de 1.071 km², con una población teórica mínima de 5.500 a 6.600 h. y máxima de 10000 h., según se calcule 5/6 o 10 h./km². A su vez, según los datos de Plinio, el territorio medio sería de 1.875 km², con una población teórica mínima de 10.000 h. o 18.000 h., según se calcule una densidad de 5/6 o 10 h./km². Pero, por otra parte, estas cifras se pueden comparar con los 7.500 h./*oppidum* calculados según la extensión y el número decasas, lo que daría en los 24 territorios plinianos 180.000 h. y en los 42 de Ptolomeo unos 315.000 h. Si se parte de estas cifras totales, cabría calcular la población de un *oppidum* en los 24 territorios de Plinio a base de 5/6 h./km² en 10.400 h. y la de los 24 territorios de Plinio con 10 h./km² en 18.750.

Para concluir, sólo queda señalar que, aunque el cálculo de estos datos demográficos resulta todavía impreciso, los resultados parecen coherentes y aceptables, al menos como hipótesis de trabajo para futuras investigaciones. En consecuencia, estos datos deben consi-

derarse, más que como resultados definitivos, como un punto de reflexión, de discusión y de partida hacia estudios más profundos, que deberán basarse en una información de mejor calidad.

Y la última reflexión es que resulta cada día más urgente que se analice y publique el tamaño y número de los asentamientos en los estudios territoriales de conjunto que se van realizando. Esta indicación puede parecer superflua por obvia, pero la mayor dificultad en la actualidad para este tipo de estudios de tanto interés estriba en que los datos manejables son en muchos casos inexistentes o casi inservibles por no tener en cuenta un dato tan sencillo y fácil de determinar como el tamaño de las poblaciones, lo que dificulta e invalida este tipo de estudios, ya que, sorprendentemente, los pocos hoy día existentes resultan de hecho prácticamente inválidos para este tipo de análisis a pesar de su gran interés.

8. APÉNDICE

Ya escrito este trabajo, ha sido publicada una importante obra sobre los Vettones que aporta los primeros análisis serios sobre demografía de la Hispania Céltica (Álvarez Sanchís 1999: 306), que, en consecuencia, sirve para contrastar los resultados aquí obtenidos para la Celtiberia.

En Las Cogotas (Ávila), la necrópolis ha proporcionado 1.613 tumbas, que según la conocida fórmula de Wells (1984), P (tamaño comunidad viva) = D (n.º de sepulturas) · e (esperanza de vida) / t (tiempo), se obtendría para P un valor entre 165 y 225 h, que se redondea entre 200/225 h. Además, se usa el valor de 4/5 miembros por familia y se compara con las 40/50 casas calculadas en la 15 Ha del yacimiento, lo que da unas cifras bastante coincidentes, 160 a 250 h, que supondrían entre 10,6 y 16 h/Ha amurallada.

Estas cifras pueden considerarse relativamente válidas, pero discrepan muy sensiblemente en los valores calculados para la densidad y tamaño de población de los *oppida*, ya que resultan entre 10 y 30 veces superiores. El motivo puede estar en que en nuestro trabajo, basándose en datos etnológicos, la familia se ha considerado algo más numerosa, de 5/6 individuos por familia u hogar, y la población del *oppidum* se ha obtenido de datos indicados por las fuentes en momentos en que éste servía como refugio de todo el territorio, lo que hace dichas cifras mucho más elevadas.

Así se comprende mejor que Mesas de Miranda (Chamartín de la Sierra, Ávila) ofrezca 19 Ha fortificadas en los recintos contemporáneos a la necrópolis con 2.230 sepulturas, que permiten calcular una población de 225/335 h., que se redondea en 300/375 suponiendo un 10% de pérdidas, pero sin tener en cuenta que no todo el mundo tuvo por qué estar enterrados en los cementerios, al menos, en los conocidos. Dicha cifra no resulta de todos modos muy ale-

jada de la que darían si dichas cifras se dividen por las 19 Ha del recinto, lo que da como resultado de 16 a 20 h/Ha.

A su vez, en El Raso de Candeleda (Ávila), otro importante castro vetton de 15 a 20 Ha (Almagro-Gorbea 1995: 213), Fernando Fernández (1986: 949 s.) ha calculado una población de unos 3.000 h., deducidos de unas 600 casas de 125 m² y 5 personas por familia. Dicha cifra es considerada excesiva por Alvarez (1999: 306), quien considera que debería ser semejante a la de Mesas de Miranda, esto es, unos 400/500 h. Este autor, finalmente, también calcula la población de Ulaca, gran *oppidum* de 60/70 Ha con 250 casas identificadas, que hacen suponer unos 1.000 h. (id., fig. 136). A base de estos cálculos, se ha establecido para el Valle del Amblés una población total de 5.000 h, con 5/6 h/km², a fines de la Edad del Hierro, cifra que resulta coherente con la aquí calculada para los territorios de la Celtiberia, tanto según los análisis paleoetnológicos como según las informaciones de Plinio y Ptolomeo (*vid. supra*). Igualmente, para la zona de Yelbes/Huebra, en Salamanca, con poblados menores, ya de tipo «castro», como los de Las Merchanas y Yecha, en torno a 5 Ha. y menos, dicho autor calcula 2.000/3.000 h (Álvarez 1999: 306-308), cifras que serían aceptables para zonas montañosas.

9. BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO, M. 1977. «Las tierras de Teruel, antes de la reconquista cristiana.» *Teruel* 57-58: 35-61.
- ALMAGRO-GORBEA, M. 1985. «Segóbriga. Una ciudad celtibérica romanizada.» *Historia* 16, 109: 119-128.
- ALMAGRO-GORBEA, M. 1986. «Aportación preliminar a la Paleodemografía Ibérica.» *Homenaje al Prof. Antonio Beltrán*. Zaragoza: 477-493.
- ALMAGRO-GORBEA, M. 1988. «El área superficial de las poblaciones ibéricas.» *Coloquio sobre Los asentamientos ibéricos ante la romanización*. Madrid, 1986: 21-34.
- ALMAGRO-GORBEA, M. 1993. «Los celtas en la Península Ibérica: origen y personalidad cultural», en M. Almagro-Gorbea - G. Ruiz Zapatero (eds.), *Los Celtas: Hispania y Europa*. Madrid: 121-173.
- ALMAGRO-GORBEA, M. 1994. «El urbanismo en la Hispania Céltica: castros y oppida en la Península Ibérica.» M. Almagro-Gorbea - A. M.^a Martín (eds.). *Castros y oppida de Extremadura. (Complutum Extra 4)*. Madrid.
- ALMAGRO-GORBEA, M. 1995. «Aproximación paleoetnológica a la Celtiberia meridional: Las serranías de Albarracín y Cuenca.» *El poblamiento celtibérico (III Simposio sobre los celtíberos. Daroca, 1991)*. Zaragoza: 433-446.
- ALMAGRO-GORBEA, M. 1997. «Guerra y sociedad en la Hispania céltica.» Catálogo de la exposición *Historia de la Guerra en España*. Madrid: 207-221.
- ALMAGRO-GORBEA, M. - LORRIO, A. 1989. *Segóbriga III. La Muralla Norte y la Puerta Principal*. Cuenca.
- ALMAGRO-GORBEA, M. - DÁVILA, A. 1995. «El área superficial en las poblaciones de la Hispania «Céltica».» *Complutum* 6: 209-233.
- ÁLVAREZ SANCHÍS, J. 1999. *Los Vettones (Bibliotheca Archaeologica Hispana 1)*. Madrid.
- ANTILLÓN, I. DE, 1824. *Elementos de la geografía astronómica, natural y política de España y Portugal* (3.^a ed.). Madrid.
- ASENSIO, J. A. 1995. *La ciudad en el mundo prerromano en Aragón*. Zaragoza.
- ASSO, J. de 1798. *Historia de la Economía Política de Aragón*. Zaragoza. (reed. por Casas Torres 1947).
- AUDOUBE, F. - BUCHSENSCHUTZ, O. 1989. *Villes, villages et campagnes de l'Europe celtique*. Paris.
- BALIL, A. 1956. «Un factor difusor de la romanización: las tropas hispánicas al servicio de Roma (siglos III-I a. de J.C.)», *Emerita* 24: 108-134.
- BELTRÁN LLORIS, M. (ed.) 1987. *Arcobriga (Monreal de Ariza, Zaragoza)*. Zaragoza.
- BIELZA, V. 1988. *La población en la provincia de Teruel. (Cartillas Turolenses 13)*. Teruel.
- BLANCO GARCÍA, J. F. 1988. *Moneda y circulación monetaria en Coca*. Madrid.
- BOROBIO, M. J. et alii, 1989. «Arqueología Urbana: Medinaceli.» *Diez años de Arqueología Soriana*. Soria: 97-106.
- BURILLO, F. 1976. «Avance al estudio del yacimiento de San Esteban del Poyo de Mio Cid.» *Symposium de Ciudades Augusteas II*. Zaragoza: 7-14.
- BURILLO, F. 1980. *El valle medio del Ebro en época ibérica*. Zaragoza.
- BURILLO, F. y OSTALÉ, M. 1984. «Sobre la situación de las ciudades celtibéricas Bílbilis y Segeda.» *Kalathos* 3-4: 287-304.
- BURILLO, F., 1998: *Los Celtíberos. Etnias y estados*. Barcelona.
- CALVO, J. L. 1973. «Geografía humana y económica de la Sierra de Albarracín.» *Teruel* 49-50: 33-66.
- CIPRÉS, P. 1990. «Sobre la organización social de los Celtíberos: la *ivventus*.» *Veleia* 7: 173-187.
- CIPRÉS, P. 1993. *Guerra y sociedad en la Hispania indoeuropea*. Vitoria.
- COLLADO, O. 1990. *Introducción al poblamiento de época ibérica en el Noroeste de la Sierra de Albarracín*. Teruel.
- ESTÉBANEZ, J. 1974. *Cuenca. Estudio geográfico*. Madrid.
- FATÁS, G. et alii (ed.) 1993. *Tabula Imperii Romani. Hoja K-30: Caesaraugusta-Clunia*. Madrid.
- GALINDO, F. 1954. «La cabaña ideal de la Sierra de Albarracín.» *Teruel* 11: 111-164, 12: 5-61.
- GARCÍA, P. 1990. *La Mesta*. Madrid.
- GARCÍA BELLIDO, A. 1963. «Los auxiliares hispánicos en los ejércitos de ocupación (200 al 30 antes de J.C.)», *Emerita* 31: 213-226.
- GARCÍA HUERTA, R. 1990. «Antropología de una necrópolis de incineración en la Meseta.» *Los celtas*

- en la Península Ibérica. (Revista Arqueología, Extra):* 120-122.
- GARCÍA MERINO, C. 1989. «Uxama Argaela: el yacimiento y su historia.» *Diez años de Arqueología Soriana*. Soria: 87-96.
- HERNÁNDEZ VERA, J. A. 1982. *Las ruinas de Inestrillas. Estudio arqueológico*. Logroño.
- JIMENO, A. - TABERNERO, C. 1996. «Origen de Numancia y su evolución urbana.» *Homenaje al Prof. M. Fernández-Miranda (Complutum Extra 6,1)*. Madrid: 415-432.
- JIMENO, A. et alii 1990. *Numancia. Guía del yacimiento*. Soria.
- KLEIN, J. 1920. *The Mesta. A Study in Spanish Economic History, 1275-1836*. Cambridge-London (Trad. Madrid, 1985).
- LORRIO, A. 1997. *Los Celtíberos (Complutum Extra 7)*. Madrid.
- LORRIO, A. 1999. «Iberos y Celtíberos en el noreste de la Meseta Sur: Evolución cultural y delimitación del territorio meridional de la Celtiberia», en M.A. Valero (ed.), *Ias. Jornadas de Arqueología Ibérica en Castilla-La Mancha*, Iiesta: 103-127.
- MADOZ, P. 1946 (reed.). «Albarracín.» *Diccionario geográfico-estadístico...* Madrid: 297-305.
- MANTECÓN, J. I. 1924. *La comunidad de Santa María de Albarracín. Contribución al estudio de la Historia del régimen municipal español* (Tesis Doctoral de la Universidad de Zaragoza). Zaragoza, 1923-1924.
- MARTÍN BUENO, M. 1975. *Bilibilis. Estudio histórico-arqueológico*. Zaragoza.
- NAVARRO, A. 1982. *La comarca de Molina de Aragón. Estudio geográfico*. Madrid.
- PALOL, P. de, 1978. *Guía de Clunia* (4.ª ed). Valladolid.
- PEÑA, J. L. et alii 1984. *Geomorfología de la Provincia de Teruel*. Teruel.
- PÉREZ FUENTES, P. 1983. *Síntesis histórico-política y socio-económica del Señorío y Tierra de Molina*. Guadalajara.
- PFANNER, M. 1990. «Modelle römischer Stadtentwicklung am Beispiel Hispaniens und der westlichen Provinzen.» W. Trillmich - P. Zanker *Stadtbild und Ideologie*. München: 59-116.
- RALSTON, I. B. M. 1992. *Les enclaves fortifiées du Limousin (DAF 36)*. Paris.
- RODRÍGUEZ ALMEIDA, E. 1981. *Avila Romana*. Avila.
- RIBA, O. 1959. *Estudio Geológico de la Sierra de Albarrracín*. Teruel.
- ROMERO, F. 1991. *Los Castros de la Edad del Hierro en el Norte de la Provincia de Soria*. Valladolid.
- RUBIO, J. M. 1984. «Análisis geodemográfico de las comarcas turolenses.» *Teruel* 72: 119-224.
- SÁNCHEZ-LAFUENTE, J. 1985. *Comercio de cerámicas romanas en Valeria*. Cuenca.
- SCHULTEN, A. 1914-1931. *Numantia I-IV*. München.
- SCHULTEN, A. 1933. «Segeda.» *Homenagem a Martins Sarmento*: 373-375.
- TARACENA, B. 1926. *Excavaciones en Ocilis. (Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades 82)*. Madrid.
- TARACENA, B. 1941. *Carta Arqueológica de España. Soria*. Madrid.
- TARACENA, B. 1954. «Los pueblos celtibéricos.» R. Menéndez Pidal (ed.). *Historia de España I-3*. Madrid: 195-299.
- UNTERMANN, J. 1996. «La frontera entre las lenguas ibérica y celtibérica en las provincias actuales de Zaragoza y Teruel.», *Homenaje a Purificación Atrián*, Teruel: 177-189.
- VALIENTE, S. 1987. *La II.ª Edad del Hierro en el Valle Medio del Tajo* (Tesis Doctoral mecanografiada de la Universidad Autónoma de Madrid). Madrid.
- VICENTE, J. D. et alii 1991. La Caridad (Caminreal, Teruel). *La casa urbana hispanorromana*. Zaragoza: 81-129.
- WELLS, P. S. 1984. *Farms, villages and Cities. Commerce and Urban Origins in Late Prehistoric Europe*, Ithaca.
- ZAMORA, A. 1976. *Segovia celtibérica*. Segovia.

CEMENTERIOS Y ASENTAMIENTOS: BASES PARA UNA DEMOGRAFÍA ARQUEOLÓGICA DE LA MESETA EN LA EDAD DEL HIERRO

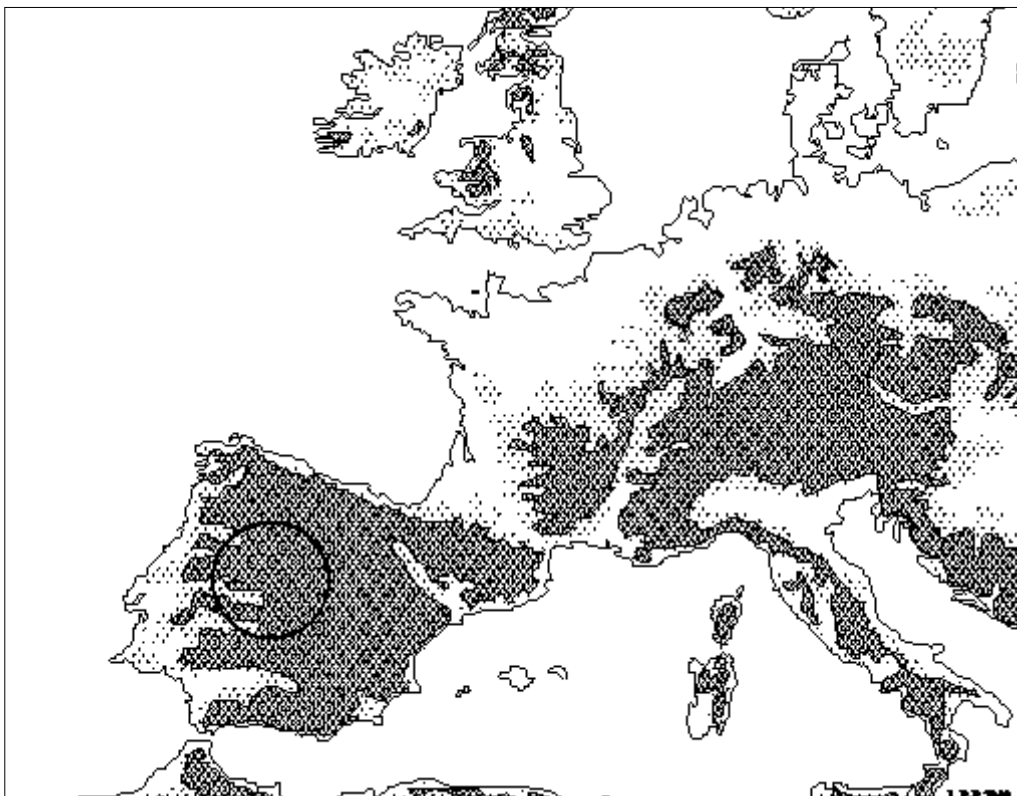
JESÚS R. ÁLVAREZ-SANCHÍS / GONZALO RUIZ ZAPATERO
Departamento de Prehistoria, Universidad Complutense de Madrid

ABSTRACT

This paper sets out the demography of Iron Age cemeteries in central Spain and their relationship with the size of the settlements. The archaeological evidence indicates some contracts in population estimations, examining two of the most important Celtic regions in Iberian that emerged in the Iron Age: Vettonia and Celtiberia.

RESUMEN

Este trabajo aborda, desde una perspectiva arqueológica, la demografía de las necrópolis de la Edad del Hierro de la Meseta y su relación con la superficie conocida de algunos castros y oppida. Los grupos más cualificados para este tipo de análisis se han organizado en tres grandes áreas geográficas: (1) el área vettona, con las cuencas del Amblés, Yeltes/Huebra y Tajo; (2) el área celtibérica, centrada en el Alto Tajo-Alto Jalón, y (3) el área celtibérica del Alto Duero. La estimación del tamaño de las comunidades prerromanas ofrece contrastes significativos entre regiones e implica otros aspectos de orden social y económico.



1. INTRODUCCIÓN

La construcción de inferencias sobre el tamaño, el crecimiento y la distribución regional de poblaciones prehistóricas es el objetivo básico de una «demografía prehistórica» (Cook 1972) o una «arqueología demográfica» (Hassan 1979 y 1981). Para la primera cuestión, la estimación de figuras de poblaciones prehistóricas a partir de los datos arqueológicos, se han empleado diversos métodos, ampliamente presentados y discutidos en la disciplina (Petersen 1975; Welinder 1979; Hassan 1981; Kolb 1985; Howels 1986; Guinea Bueno 1987; Ammerman 1989; Djindjian 1991). La mayoría de estos métodos están basados en uno o más de los siguientes tipos de datos arqueológicos o etnohistóricos: (1) restos antropológicos y otros restos de enterramientos, (2) estructuras y objetos relacionados con la preparación, almacenaje y consumo de comida, (3) restos alimenticios, (4) superficie de basureros o densidades de artefactos, p.e. cerámicas, (5) superficie de estructuras arquitectónicas y relación espacios techados/abiertos, y (6) estimaciones del tamaño medio de los «hogares». Es evidente que algunos de estos datos permiten estimaciones más fiables que otros (p.e. el tamaño de las unidades de habitación y su número es mucho más seguro que la simple superficie del asentamiento) pero, lamentablemente, el empleo de uno u otro tipo de datos no depende de la decisión del investigador sino que estamos obligados a elegir en función de la naturaleza de la evidencia arqueológica disponible para cada caso y situación. Desde luego lo ideal sería poder tener diferentes tipos de datos que permitieran contrastaciones entre ellos, y recientemente se reclama una aproximación multidisciplinar como manera de conseguir estimaciones más fiables (Paine 1997). Pero lo habitual es que sólo podamos contar con algún tipo de dato, además de parcial y sesgado. Por ello la aproximación a la paleodemografía ha sido considerada generalmente con gran escepticismo por parte de los propios arqueólogos. En todo caso, desde los años 80 la demografía arqueológica ha sido un campo de estudio en continua expansión (Guinea Bueno 1987).

A pesar de lo inseguro de las estimaciones y las dificultades objetivas, en el seno de la arqueología procesual estadounidense de los años 60 y 70 se empezó a trabajar por conseguir unos valores, unas figuras, que más allá de su imprecisión permitieran discutir los tamaños de las poblaciones prehistóricas. Podemos abandonar el tema por su extrema dificultad o podemos intentar desarrollar métodos para acercarnos, razonable y razonadamente, a las dimensiones de las poblaciones pretéritas. Siempre hemos creído que más vale discutir razonablemente, explicitando los procedimientos, unas figuras de población que puedan ser criticadas y reelaboradas, que afirmar simplemente que es una cuestión de la que, arqueológicamente, nada podemos decir. Esta convicción, y no la de que

las figuras que aquí se proponen sean correctas, es la que nos ha guiado en este estudio. Y, sobre todo, nos ha estimulado la necesidad de discutir y sugerir aproximaciones para toda una serie de cuestiones que giran alrededor de la demografía antigua.

2. APROXIMACIONES A LA DEMOGRAFÍA DE LA MESETA EN LA EDAD DEL HIERRO

Para realizar estimaciones demográficas de la Edad del Hierro de la Meseta existen básicamente cuatro categorías de datos:

- (1) El tamaño de los asentamientos, ya que a partir de su superficie se pueden realizar inferencias sobre el número de habitantes, y a través de prospecciones intensivas de cobertura total construir figuras estimativas de tamaños de poblaciones regionales.
- (2) Los cementerios, puesto que a partir del número de enterramientos y calculando el tiempo de uso de la necrópolis, se pueden obtener estimaciones del tamaño de las comunidades vivas.
- (3) Las referencias contenidas en las fuentes clásicas, aunque sesgadas y exageradas en ocasiones, proporcionan un acercamiento a realidades concretas de cifras de las poblaciones indígenas.
- (4) La información de carácter etnohistórico, que analizando la demografía de otros períodos históricos, ayuda a reconstruir las dinámicas demográficas en tiempos largos.

Existen no obstante una larga serie de problemas a la hora de manejar las cuatro categorías de datos mencionados. Un rápido análisis, considerando la situación general de cada tipo de evidencia, nos dará una idea acerca de las dificultades objetivas en este intento de aproximación demográfica a la Edad del Hierro de la Meseta. Veamos cuáles son los principales escollos en cada caso:

(1) *Los asentamientos*.—Aunque existen buenos estudios sobre la superficie de los *oppida* y los poblados del Hierro meseteño (Almagro-Gorbea y Dávila 1995) no es menos cierto que tenemos algunos problemas. El primero, que en muchos casos no se han medido con precisión las superficies, o simplemente no se han calculado; en otras ocasiones encontramos valores muy diferentes según distintos autores. Es cierto que no resulta fácil determinar la superficie real ocupada, o que es prácticamente imposible determinar la dinámica de la superficie de un asentamiento a lo largo de distintas épocas. El segundo problema importante es que aún teniendo las superficies, la falta de excavaciones extensivas hace inviable reconocer la trama de estructuras de habitación o casas y, en consecuencia, calcular la relación entre la población y el tamaño total

del sitio. Desde el trabajo seminal de Naroll (1962), en el que a través de un estudio comparativo de casos etnográficos se estableció una relación constante entre el número de habitantes y la superficie de residencia (1 habitante por cada 10 m²), se han intentado buscar fórmulas que permitieran cálculos demográficos jugando con la sola variable de la superficie de residencia (Le Blanc 1971; Casselberry 1974; Wiessner 1974; Read 1978; Roche 1983; Brown 1987; Schreiber y Kintigh 1996). Más tarde se intentó sacar partido de los datos etnográficos para iluminar los arqueológicos (Kolb 1985; Howels 1986; Sumner 1989). El ideal es poder encontrar un determinado tipo de asentamiento con características comunes en una región que permita inferencias de población a partir de una unidad de superficie (Postgate 1994). Pero aquí surgen los problemas para el caso de la Edad del Hierro de la Meseta, ya que al tener poco conocimiento de la anatomía residencial de los asentamientos —y al tener, al mismo tiempo, indicios de que las densidades de estructuras de habitación varían de unas áreas a otras— no es posible adjudicar valores uniformes de población por unidad de superficie. Por otro lado, nos faltan proyectos de prospección que incluyan entre sus objetivos explícitos las estimaciones de poblaciones a nivel regional, al estilo de lo que se está haciendo en otras áreas, como en Grecia (Bintliff 1997).

(2) *Los cementerios.*—La posibilidad de estimar la demografía de las comunidades a partir de los enterramientos de las necrópolis ha empezado a considerarse recientemente (Neustupny 1983a y 1983b; Masset y Parzysz 1985; Morris 1987; Piasecki 1990; Ruiz Zapatero y Chapa 1990: 362-64). La realidad es que para que sean viables estos cálculos se necesitan una serie de requisitos que no siempre se pueden cumplir. Así, volviendo a nuestro caso de estudio, al no disponer de datos cualificados de los individuos enterrados (edad y sexo) no podemos construir tablas de vida con el método de Halley sobre el registro antropológico (Neustupny 1983b). En consecuencia, estamos limitados a intentar cálculos de poblaciones vivas que han originado los cementerios. Y ello con unas asunciones previas como bien ha recogido Wells (1981: 97-98): (a) que el cementerio fuera usado sólo por una comunidad y que esa comunidad no empleara otro al mismo tiempo, (b) que todos los individuos fueran enterrados en el cementerio, (c) que se hayan excavado todas las tumbas existentes, (d) que se conozca el tiempo de funcionamiento del cementerio, (e) que la población se mantuviese más o menos estable a lo largo de ese tiempo y (f) que sepamos, al menos aproximadamente, la esperanza de vida media. Con todos esos datos controlados se puede aplicar entonces la fórmula de Acsádi y Neméskeri (1970):

$$P = \frac{D \cdot e}{t} + K$$

donde:

P es el tamaño medio de la población de la comunidad viva.

D es el número total de muertos en el cementerio.

e es la esperanza de vida media al nacer.

t es el número de años de uso del cementerio.

K es un factor de corrección (p. e. 10%-20% de la fracción).

Tradicionalmente, la dificultad de cumplir mínimamente los requisitos citados más arriba ha hecho que los arqueólogos hayan desconfiado de la posibilidad de elaborar estimaciones demográficas a partir de los enterramientos (Alekhshin 1983: 145). A pesar de las dificultades, y siempre que no se pretenda manejar datos matemáticos exactos sino aproximaciones razonables y razonadas, se pueden obtener figuras tentativas pero orientadoras (Ruiz Zapatero y Chapa 1990: 363). Para la obtención de figuras flexibles se pueden dar diferentes valores al número total de muertos y a los años de duración del cementerio (Dent 1982: 452-53).

(3) *Las referencias de las fuentes clásicas.*—En los textos de la conquista romana de la Meseta existen una serie de menciones concretas al tamaño de los ejércitos indígenas, por un lado, y a las bajas y muertes causadas por los romanos, por otro, que proporcionan una especie de «fotografías» parciales de algunos aspectos de la demografía de las sociedades meseteñas. Mas allá de la crónica de cifras de guerreros y de pérdidas de vidas (Solana 1998) —difícil de aceptar al pie de la letra— una lectura atenta de las fuentes escritas puede descubrir datos demográficos relevantes como la capacidad guerrera de las distintas comunidades y *populi*, esto es, la posibilidad de armar guerreros que debe reflejar el tamaño total de los grupos implicados, y la capacidad de recuperación poblacional tras enfrentamientos bélicos de gran escala (Almagro-Gorbea, en prensa).

(4) *La información etnohistórica.*—El estudio de ciertas regiones de la Celtiberia, como el NO. de la Serranía de Albarracín (Collado 1990), ha permitido identificar la organización territorial y la estructura de poblamiento de estas comarcas, y plantear continuidades/discontinuidades entre el pasado celtibérico y el presente (Almagro-Gorbea 1995). En este caso, los datos históricos se pueden utilizar como una especie de filtro de control entre la demografía inferida a partir de los asentamientos y cementerios de la Edad del Hierro y la demografía de los núcleos de población contemporáneos. Lo ideal sería poder establecer una curva de efectivos demográficos desde el final de la Prehistoria a la actualidad, lo que nos permitiría un mejor control de la relación entre patrones de poblamiento y población total.

3. CEMENTERIOS Y ASENTAMIENTOS

En este trabajo nos vamos a centrar en las estimaciones demográficas de las necrópolis vettonas y celtibéricas y su contraste con la superficie conocida de algunos asentamientos, como procedimiento arqueológico para explorar las dimensiones de las comunidades mesetañas de la Edad del Hierro. Los cementerios más cualificados para este tipo de análisis se han organizado en tres grandes áreas:

- (1) El área vettona, con las cuencas del Amblés, Yeltes/Huebra y Tajo.
- (2) El área celtibérica, centrada en el Alto Tajo-Alto Jalón.
- (3) El área celtibérica del Alto Duero.

(1) *Valles de Amblés, Yeltes/Huebra y Tajo.*—Una primera aproximación a la demografía de los cementerios vettones y su comparación con los castros y *oppida* correspondientes ha sido realizada recientemente por uno de nosotros (Álvarez-Sanchís 1999: 306-308), asumiendo que las excavaciones de algunas necrópolis fueron bastante exhaustivas y que, razonablemen-

te, por tanto, contamos con una cifra de tumbas muy aproximada a los enterramientos reales de la Edad del Hierro. Los contextos funerarios más relevantes son los cementerios abulenses de Las Cogotas y La Osera.

• Las Cogotas (Cardenosa): esta necrópolis, excavada por Cabré (1932), ha sido reestudiada por Kurtz (1987) y nosotros hemos avanzado una estimación de su demografía (Ruiz Zapatero y Álvarez-Sanchís 1995; véase también Álvarez-Sanchís 1999). Si partimos del total de tumbas excavadas (1.613) y asumimos un valor de 30 años como esperanza de vida media de la época (*vid.* Hernández y Galán 1996: 97-100) y diferentes valores al tiempo de uso del cementerio —300, 250 y 200 años— pues no resulta fácil de precisar (Kurtz 1987: 278), la aplicación de la fórmula de Acsádi y Neméskeri, concediendo a K un valor de un 10% de pérdidas de enterramientos, proporciona 177, 212 y 265 habitantes según los tres valores de tiempo de utilización del área funeraria. La figura podría acercarse a los 300 habitantes si empleamos un factor corrector del 20%. A la vista de lo cual, parece razonable concluir que el cementerio debe reflejar una comunidad que debió oscilar entre los 200 y 300 habitantes, con un valor medio de poco más de 250 individuos (Fig. 1).

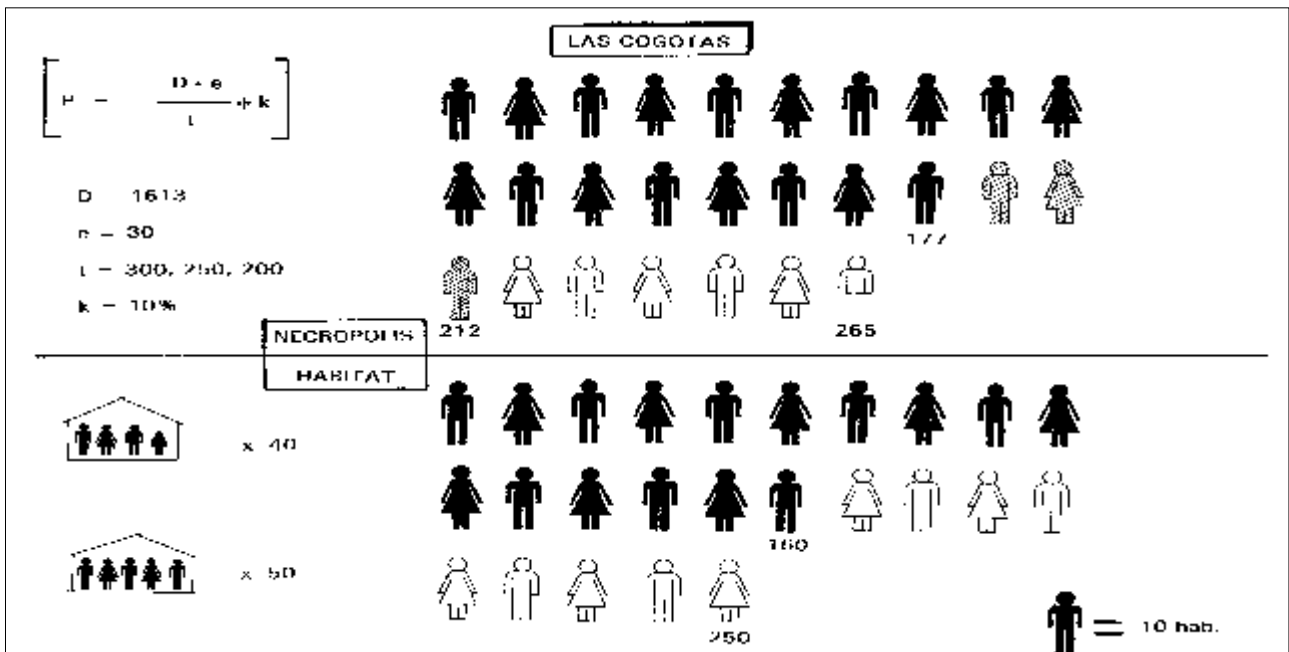


FIGURA 1.—Estimaciones demográficas de la comunidad de Las Cogotas

Arriba, la necrópolis (figuras en negro cifra mínima de habitantes con 300 años de duración del cementerio, figuras rayadas cifra con 250 años y figuras en blanco con 200 años) y abajo, el oppidum (figuras en negro cifra mínima considerando 40 casas y 4 hab./vivienda y figuras en blanco cifra considerando 50 casas con 5 hab./vivienda).

Si, empleando las figuras de la necrópolis, aceptamos que las casas de Las Cogotas eran unifamiliares y asumimos una familia nuclear de 4 ó 5 miembros (Fig. 2), ello implicaría un número aproximado de 40 ó 50 casas; esto es entre 160 y 250 habitantes. Es cierto que del poblado, con un recinto amurallado de unas 15 Ha., no conocemos su organización interna, pero si podemos hacer algunos cálculos. Por una lado, las

18 viviendas excavadas por Cabré (1930: 20) en la acrópolis, por otro la superficie no edificable (fuertes desniveles y afloramientos de granito), en tercer lugar la distribución aislada de algunas casas en la parte alta, y, finalmente, la escasa densidad de estructuras en los sondeos modernos que realizamos en el segundo recinto. De esta manera, la cifra de alrededor de medio centenar de casas o poco más resulta

bastante plausible y resulta difícil pensar en un número superior. Es cierto, no obstante, que las estimaciones no pueden controlar toda la superficie habitada y que el propio Cabré alude a algunas viviendas excavadas fuera de las murallas lo que hace criticable las figuras propuestas (Fernández-Posse 1998: 188 ss.). Con todo, queremos insistir en que la información disponible permite, en Las Cogotas, aceptar que el tamaño de la comunidad deducido a partir del cementerio se corresponde bien con los indicios de ocupación del poblado. Se trataría así de utilizar la estimación demográfica de la necrópolis para contrastarla con la posible en el asentamiento.

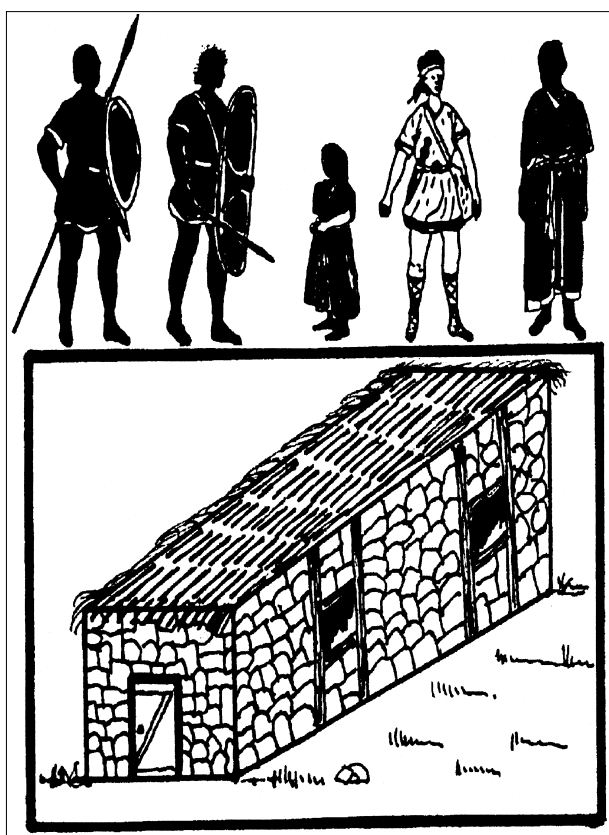


FIGURA 2.—Estimación de 4/5 habitantes por hogar en las casas de la Edad del Hierro meseteño (parece plausible teniendo en cuenta la superficie y organización interna de las mismas).

• La Osera (Chamartín de la Sierra): la necrópolis del castro de La Mesa de Miranda (Cabré *et al.* 1950) entregó 2.230 tumbas y aplicando la fórmula con los mismos baremos que en Las Cogotas los valores de la población serían de 225, 247 y 269 habitantes, según los distintos usos del cementerio y sin factor corrector. Las cifras serían de 270, 297 y 324 hab. asumiendo unas pérdidas del 10% de los enterramientos, y de 335, 368 y 401 hab. si asumimos un valor corrector del 20%. Así, la necrópolis de La Osera podría estar reflejando una comunidad de entre algo menos de 300 y 400 hab., con un valor medio de 325/335 hab. (Fig. 3).

Como apenas tenemos indicios de estructuras de habitación en el poblado, lo único que podemos hacer es suponer que la relación comunidad enterrada / comunidad viva es también asumible. Si hacemos eso y tenemos en cuenta que únicamente los dos primeros recintos del *oppidum* —19 de las 30 Ha. que abarca el asentamiento— estaban en uso cuando se utilizó la necrópolis, pues es bien conocido que el tercero invade esta última, entonces cabría esperar alrededor de unas 65-75 casas para albergar la población del asentamiento.

Si calculamos sobre las estimaciones demográficas de Las Cogotas y La Mesa de Miranda la densidad de población por unidad de superficie, obtenemos alrededor de 15 hab./Ha. en el primer caso, y cerca de 20 hab./Ha. en el segundo (Fig. 4). El hecho de que

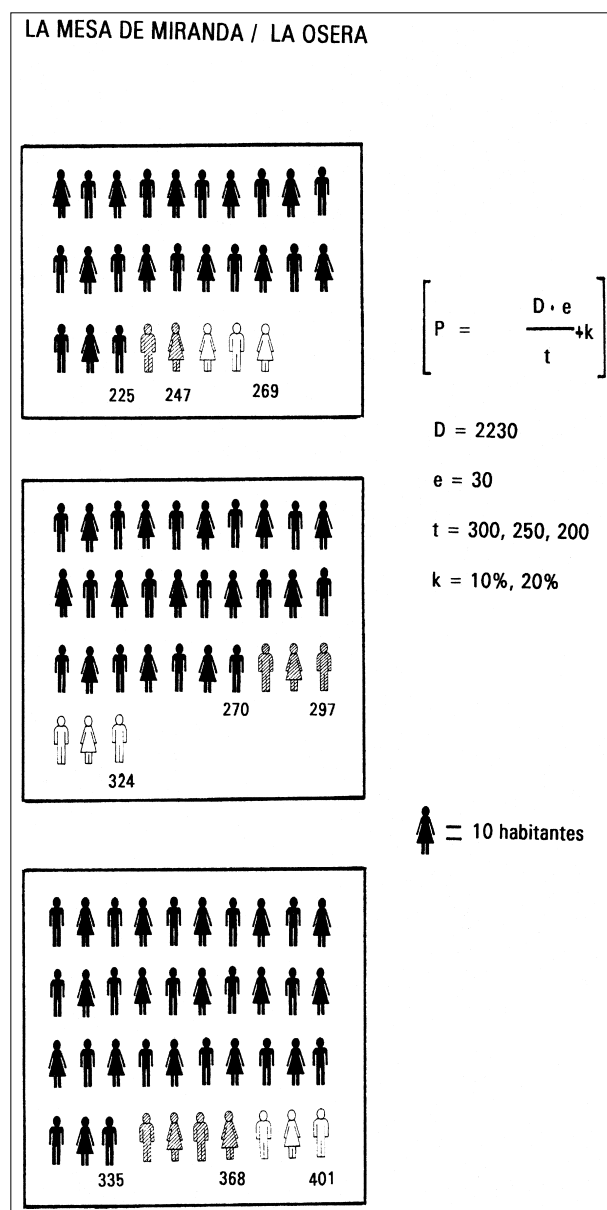


FIGURA 3.—Estimaciones demográficas del cementerio de La Osera.

a) sin factor corrector, figuras negras con 300 años de duración, figuras rayadas con 250 años y figuras blancas con 200 años; b) con factor corrector de un 10% y c) con factor corrector de un 20%.

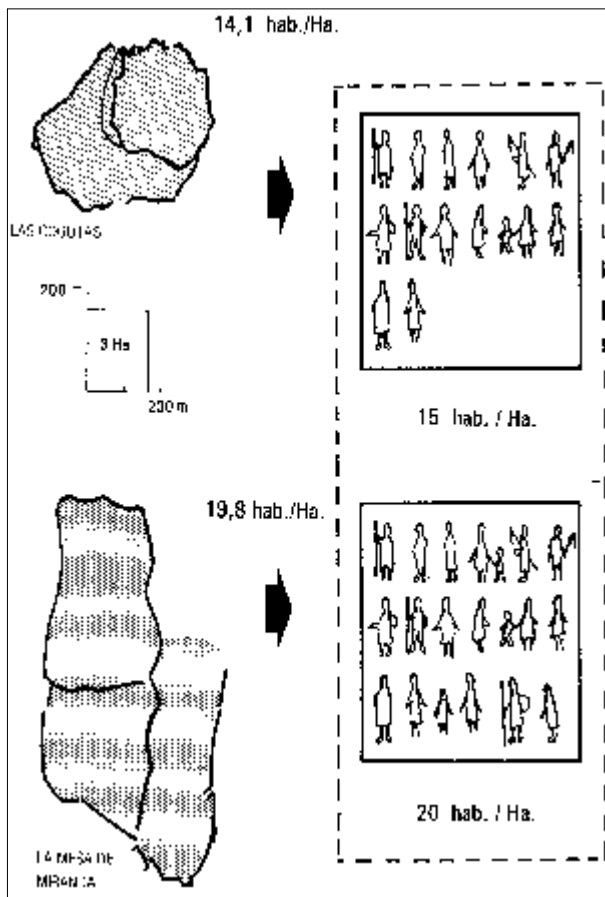


FIGURA 4.—Densidad de habitantes/Hectárea en los oppida vettones de Las Cogotas y La Mesa de Miranda.

sobre la base de los enterramientos tengamos los tamaños de población de cada comunidad y que resulten comparables los valores de densidad de población por Ha. ocupada, sugiere la existencia de una posible relación constante entre el espacio intramuros y el censo total de población.

En otros casos contamos sólo con la superficie y una aproximación sobre las estructuras de habitación, como en el *oppidum* de Ulaca, o con una pequeña parte excavada de la necrópolis, como sucede en los poblados de El Raso de Candeleda y Villasviejas del Tamuja. Ulaca (Alvarez-Sanchís 1999: 139 ss.; Ruiz Zapatero y Alvarez-Sanchís 1999) tiene una superficie de más de 70 Ha., lo que equivale a decir entre cuatro y cinco veces más grande que Las Cogotas y el doble de La Mesa de Miranda. Aplicando los valores de densidad de habitantes por Ha. anteriores resultarían unas figuras de entre 1.050 y 1.400 habitantes. Estas cifras se ajustan bastante bien a las 250 estructuras documentadas en la superficie del poblado tras una intensa prospección (Ruiz Zapatero y Alvarez-Sanchís 1999). La posibilidad de que algunas estructuras no sean viviendas se podría compensar con la desaparición o la no identificación de todos los restos arquitectónicos. Todo ello no impide admitir un mayor volumen de población eventual, por razones defensivas en los momentos de inestabilidad social o conflictos bélicos, hasta

casi doblar la población residente (2.000-2.500 hab.), especialmente si tenemos en cuenta los amplios espacios interiores del poblado sin evidencias de ocupación. ¿Acaso esta eventualidad pudo ser contemplada a la hora de elegir el emplazamiento y delimitar el espacio protegido? El poblado de El Raso, al otro lado del Sistema Central, se extiende sobre una superficie de unas 20 Ha. (Fernández Gómez 1986: 10) y podría interpretarse de manera análoga que su población estuviera entre los 400 y 500 habitantes. Aunque también hay que reconocer que al tratarse de un poblado ocupado en las postrimerías de la conquista podría encubrir una población mayor. En cualquier caso la estimación de Fernández Gómez (1986: 949-50) en torno a unos tres millares de personas, teniendo en cuenta las viviendas excavadas y considerando que la mitad del poblado estuviese dedicado a construcciones privadas, resulta excesiva en nuestra opinión. En la necrópolis se llevan exhumadas algo más de un centenar de tumbas (Fernández Gómez 1997), que sólo deben corresponder a una parte de la población enterrada.

El interés de correlacionar el registro de las necrópolis con el de los asentamientos también podría tener un valor aproximativo a nivel regional. Así, si estimamos poblaciones de entre 200 y 800 habitantes para los otros tres núcleos de cierta entidad en el Valle de Amblés —castros de Ojos Albos, Sanchorreja y la propia Ávila— y suponemos una población extramuros, en granjas y alquerías, no muy diferente de la que habitaba los poblados fortificados, tendríamos en total para el valle (ca. 900 km²) una población absoluta de unos 5.000 ó 6.000 habitantes. Eso supondría una densidad de 5-6 hab./Km² para la región a finales de la Edad del Hierro, dejando claro que se trataría de una comarca fuertemente poblada, que en absoluto refleja el valor medio del poblamiento de la época a escala suprarregional. Al lado existirían áreas muy débilmente pobladas cuando no prácticamente deshabitadas. La diversidad de densidad de poblamiento en la Edad del Hierro deberá ser muy tenida en cuenta en futuros estudios demográficos.

Otro poblado con cementerio asociado es Villasviejas del Tamuja (Botija). El castro tiene una superficie de 6,7 Ha. En la necrópolis «céltica», El Romazal I, se han excavado hasta ahora 272 tumbas (Hernández y Galán 1996) y lógicamente los datos hay que considerarlos parciales. De las 272 tumbas, 80 tienen ajuar (ca. 30%) y considerando sólo estas últimas aproximadamente la mitad son de guerrero. El cementerio se ha fechado entre el siglo II a.C. y mediados del I a.C. Considerando una duración del cementerio entre 100 y 150 años, con un factor corrector del 10%, la población estaría entre 60 y 90 habitantes, que serían 65-100 si aplicamos un factor del 20%. Considerando los valores de los poblados abulenses —entre 15 y 20 hab. por Ha.— Villasviejas tendría entre 100 y 140 habitantes. En cualquier caso, las estimaciones

sobre la necrópolis deben considerarse parciales pues, como se ha indicado, no está excavada en su totalidad. La estimación de Martín Hernández (en Hernández *et al.* 1989: 156-158) para el poblado en torno a unas 500 casas y unos 2.500 habitantes resulta a todas luces excesiva, si consideramos las viviendas excavadas conocidas, la superficie del poblado, e incluso si suponemos que toda la superficie estuvo dedicada a viviendas.

Por último, puede pensarse conjeturalmente que los castros salmantinos concentrados en torno a los ríos Yeltes-Huebra (Yecla la Vieja, Picón de la Mora, Castillo de Saldeana, Saldañuela, Los Castillos, Las Merchanas), así como el territorio inmediato, arrojaran una población absoluta en torno a los 2.000-4.000 habitantes. Apoyarían esta suposición las dimensiones más pequeñas de estos poblados y la escasa —en algunas ocasiones— superficie útil para el caserío: Las Merchanas y Yecla se aproximan a las 5 Ha., mientras la muralla del Picón de la Mora cerraba algo más de 1 Ha. (Maluquer 1968: 102; Martín Valls 1971: 130 y 1982: fig. 1), cifras pequeñas si las comparamos con otros centros de la provincia a fines de la Edad del Hierro, como Salamanca con cerca de 20 Ha. (Martín Valls *et al.* 1991: 155; Almagro-Gorbea y Dávila 1995: 213) o los propios abulenses. De todas maneras, la extraordinaria magnitud de las fortificaciones, la existencia de barrios extramuros en alguno de ellos (Martín Valls 1971: 131) y la especificidad del modelo de ocupación, al socaire de la riqueza minera de la zona, plantea difíciles problemas de cálculo.

(2) *Celtiberia: Alto Tajo-Alto Jalón*.—El número de enterramientos en las necrópolis celtibéricas es muy variable. Algunos cementerios como Aguilar de Anguita alcanzaron las 5.000 tumbas y otros como La Mercadera, excavado en su totalidad, no superaban el centenar. En algunas necrópolis del Alto Duero no parece que se enterrase a toda la población, según se desprende de las características de los ajuares de Atienza o La Mercadera, donde el porcentaje de sepulturas con armas es muy elevado y no parangonable con los cementerios «normales». Aunque estamos lejos de comprender la significación demográfica profunda de los dos tipos de cementerios: los «normales» con un pequeño porcentaje de tumbas con armas y los que incluyen numerosos equipos armamentísticos.

Veamos los cementerios celtibéricos más representativos que permiten algunos cálculos teóricos a partir del número de sepulturas (para la distribución de la riqueza y la cronología en general, véase Lorrio 1997: 134 ss. y 261 ss.).

- Aguilar de Anguita: se exhumaron alrededor de 5.000 tumbas, que en realidad corresponden a dos necrópolis separadas por poco más de un kilómetro (Aguilera 1911: tomo III): la de La Carretera, excavada en su totalidad habiendo proporcionado 422 tumbas, y la de del Altillo que entregó unos 4.550 enterramientos.

Las dos necrópolis excavadas por Cerralbo ocupaban una superficie de 11.821 m² (Aguilera 1916: 10), es decir 0,42 tumbas por m². De las 3.446 tumbas excavadas hasta el año 1912, 34 poseían ajuares ricos (0,98%), unas 200 eran de riqueza media (5,8%) y el resto pobres o sin ajuar (93,2%). La cronología de la necrópolis, sin gran precisión, debe colocarse entre los siglos V al II a.C. La mayor parte de los ajuares ricos de la necrópolis se relacionan con la fase de esplendor del cementerio (s. V-IV a.C.) y una parte considerable de las tumbas con ajuares escasos y pobres pertenecerían a la fase final (s. III-II a.C.). Hay restos de un posible poblado en uno de los cerros de alrededor y bajo el pueblo actual, en la vega, aunque se desconocen los materiales (Lorrio 1997: 284).

La demografía de Aguilar de Anguita, considerando valores fijos el número de tumbas (5.000), una esperanza de vida al nacer de 30 años, una duración para la necrópolis estimada entre un máximo de 400 años (inicios del siglo V a.C. hasta finales del siglo II a.C.) y un mínimo de 300 años y un factor corrector del 20%, se puede estimar de 450 a 600 individuos. Si utilizamos un factor corrector del 10%, la población resultante estaría entre los 410 y 550 habitantes.

Si analizamos los datos por separado, considerando dos necrópolis independientes, la de La Carretera (422 tumbas) y la del Altillo (aprox. 4.550 tumbas), la estimación media de población queda como sigue: para La Carretera, de 40 a 50 habitantes con un factor corrector del 20%, y de 35 a 45 con un factor corrector del 10%. La necrópolis del Altillo sugiere una población media de 400 a 535 habitantes, con un factor del 20%, y de 370 a 490 con un factor corrector del 10%.

- Luzaga: en este cementerio se localizaron aproximadamente unas 2.000 tumbas (Aguilera 1911: tomo IV y 1916). Se asocia al poblado de El Castejón, identificado con la ciudad de *Lutia*, de 5,5 Ha. La cronología de la necrópolis: fines del siglo IV o inicios del III hasta el I a.C.

La demografía de Luzaga, considerando valores fijos el número de tumbas (2.000), una esperanza de vida al nacer de 30 años, una duración para la necrópolis estimada entre un máximo de 350 años (segunda mitad del siglo IV a.C. hasta finales del siglo I a.C.) y un mínimo de 250 años y un factor corrector del 20%, estaría entre 205 y 290 individuos. Si utilizamos un factor corrector del 10%, la población resultante estaría entonces entre los 190 y 265 habitantes.

- Riba de Saelices: aquí se exhumaron 103 enterramientos (0,4 tumbas por m²), de los que sólo dos poseían cinco o más objetos entre sus ajuares (1,9%). La mayor parte de las tumbas (83,5%) tienen uno o dos elementos. Se excavaron un total de 257 m², aunque los diferentes sectores de la necrópolis abarcaban 80 × 28 m., es decir 2.240 m², no habiéndose delimitado la necrópolis en ninguno de sus lados. Según Cuadrado (1968: 9), la necrópolis ocuparía aproximada-

mente 5.000 m² de extensión. Cronología aproximada: entre inicios del siglo III y siglos II-I a.C.

Si asumimos una densidad de tumbas similar al global recuperado en 2.240 m², podríamos estimar entonces en unas 230 el cómputo total de sepulturas para una superficie de 5.000 m². Con estos datos, la demografía de la necrópolis de Riba de Saelices quedaría, considerando valores fijos el número teórico de tumbas (230), una esperanza de vida al nacer de 30 años, una duración para la necrópolis estimada entre un máximo de 275 años y un mínimo de 200 años y un factor corrector del 20%, con una población media de 30 a 40 individuos. Si utilizamos un factor corrector del 10%, la población resultante estaría entonces entre los 25 y 35 habitantes.

- La Yunta: se localizaron 206 tumbas aunque sólo se han publicado 83 conjuntos cerrados (ver Lorrio 1997: 133, nota 10 y 136; García Huerta y Antona 1992 y 1995). De los conjuntos publicados, sólo 7 (8,4%) ofrecen más de cinco objetos en sus ajuares (Lorrio 1997: 316-318). Sobre la necrópolis se eleva un castro muy pequeño pero que no se ha excavado. Su cronología debe situarse entre finales del s. IV y s. II a.C. (García Huerta y Antona 1995: 66). No es seguro que se haya excavado en su totalidad.

La población media de la necrópolis de La Yunta, considerando valores fijos el número de tumbas (206), una esperanza de vida al nacer de 30 años, una duración para la necrópolis estimada entre un máximo de 225 años y un mínimo de 150 años y un factor corrector del 20%, sería de 35 a 50 individuos. Si utilizamos un factor corrector del 10%, la población resultante estaría entonces entre los 30 y 45 habitantes.

- Almaluez: se hallaron 322 tumbas. Según señala Taracena (1941: 33) el cementerio fue excavado de manera exhaustiva. Los diarios inéditos (1933-34) han permitido reconstruir la composición de 82 enterramientos, de los cuales 78 (95%) tenían menos de cinco elementos por tumba. El hallazgo de sepulturas con armas se reduce a 11 conjuntos, dos de ellos de gran riqueza. Cronología aproximada: siglos VI y V a.C.

La población de la necrópolis de Almaluez, considerando valores fijos el número de tumbas (322), una esperanza de vida al nacer de 30 años, una duración para la necrópolis estimada entre un máximo de 225 años y un mínimo de 150 años y un factor corrector del 20%, estaría entre 50 y 80 individuos. Si utilizamos un factor corrector del 10%, la población resultante estaría entonces entre los 45 y 70 habitantes.

- Arcóbriga (Monreal de Ariza): se hallaron unos 300 enterramientos (Aguilera 1911: tomos IV y V). El cementerio se encuentra junto al *oppidum* de *Arcobriga*, 7,75 Ha. (ciudad romana). Cronología: segunda mitad del s. IV-II a.C.

La demografía de la necrópolis, considerando valores fijos el número de tumbas (300), una esperanza de vida al nacer de 30 años, una duración para el cementerio estimado entre un máximo de 250 años y

un mínimo de 175 años y un factor corrector del 20%, se situaría entre 45 y 65 individuos. Si utilizamos un factor corrector del 10%, la población media resultante estaría entonces entre los 40 y 60 habitantes.

- Alpanseque: se documentaron unos 300 enterramientos (Cabré 1917; Cabré y Morán 1975). La cronología aproximada del cementerio debe situarse entre los siglos VI y V a.C.

La población de Alpanseque, considerando valores fijos el número de tumbas (300), una esperanza de vida al nacer de 30 años, una duración para la necrópolis estimada entre un máximo de 225 años y un mínimo de 150 años y un factor corrector del 20%, se situaría entre 50 y 75 individuos. Si utilizamos un factor corrector del 10%, la población resultante estaría entonces entre los 45 y 65 habitantes.

(3) *Alto Duero.*

- La Mercadera: el espacio funerario tiene alrededor de 1.500 m² de extensión (Lorrio 1990: 39). Fue excavada en su totalidad por Taracena (1932), habiéndose documentado 100 tumbas (0,07 tumbas por m²). Desde el punto de vista de los ajuares, éstos se distribuían de la siguiente manera: 44 tumbas de guerrero (con armas), 31 tumbas con adorno y 25 tumbas con ajuar poco significativo. El análisis de riqueza de la necrópolis ofrece un pequeño número de tumbas con más de cinco elementos (10% de las tumbas), que además se corresponde a sepulturas con armas. Taracena prospectó la zona y no encontró ningún asentamiento asociado al cementerio.

La población de La Mercadera, a partir de la fórmula de Acsádi y Neméskeri, tomando como valores fijos el número de tumbas (100), una esperanza de vida al nacer de 30 años, una duración para la necrópolis estimada entre un máximo de 300 años (primer cuarto del siglo VI a.C. al primer cuarto del siglo III a.C.) y un mínimo de 150 años y un factor corrector del 20%, ha sido calculada por Lorrio (1997: 49-50) entre 12 y 24 individuos. Con todo, es probable que la mayor parte de la población se concentrara a lo largo del siglo IV a.C., que es cuando se observa un incremento considerable en la riqueza de las tumbas. El cálculo estimado de habitantes debe relacionarse con un pequeño asentamiento de unas pocas familias. En cualquier caso no hay que olvidar el carácter «militar» del cementerio y la relativa riqueza de las tumbas, con sólo un 18% sin ajuar.

- Gormaz: el cementerio tiene unos 2.750 m² de extensión (Zapatero 1968: 69). Se excavaron en La Requiñada unas 1.200 tumbas (0,41 tumbas por m²), habiéndose localizado 180 estelas y 710 urnas (véase Lorrio 1997: 117, nota 3). La primera campaña de Morenas de Tejada proporcionó 1.125 enterramientos, a los que hay que añadir 8 más procedentes de la segunda (Zapatero 1968: 66 ss.). Morenas de Tejada (1916a) habla de tumbas de varón guerrero, de mujer y de niño; no hay referencias cuantitativas sobre cada

grupo aunque señala que las tumbas son «generalmente» de guerrero, siendo más minoritarias las otras. Su excavador recogió más de 40 espadas, lo que supondría que algo más del 3% de las tumbas tendría espada o puñal. Se desconoce la composición de la mayor parte de los ajuares, habiéndose logrado identificar 46 ajuares con armas. La cronología aproximada de la necrópolis estaría entre finales del siglo V y el III-II a.C.

La demografía de La Requijada de Gormaz, considerando valores fijos el número de tumbas (1.200), una esperanza de vida al nacer de 30 años, una duración para la necrópolis estimada entre un máximo de 300 años (segunda mitad del siglo V a.C. hasta primera mitad del siglo II a.C.) y un mínimo de 200 años y un factor corrector del 20%, oscilaría entre los 145 y 215 individuos. Si utilizamos un factor corrector del 10%, la población resultante estaría entonces entre los 135 y 200 habitantes. En todo caso estas estimaciones son mínimas, ya que el cementerio no se excavó en su totalidad pues faltaba «una cuarta parte del perímetro que señalé como el de la necrópolis de La Requijada, y además quedaron sin explorar los enterramientos que cubre la carretera...» (Zapatero 1968: 72). Si aumentamos teóricamente en un cuarto el número de enterramientos —1600 tumbas para toda la necrópolis—, las cifras resultantes sugieren una población media de 200 a 290 individuos con un factor de corrección del 20%, y entre los 175 y 265 habitantes con un factor de corrección del 10%.

• Osma: se excavaron más de 800 tumbas. El cementerio estaba alterado por las labores agrícolas y, como señala García Merino (1973: 39), no fue excavado en su totalidad. Se documentaron 70 espadas y puñales, lo que supondría entre un 4,4% y un 8,75% de tumbas (es frecuente en una misma tumba la asociación de espada y puñal). Según su excavador la necrópolis «es poco pródiga en adornos de mujer, tanto que podríamos considerarla como de un eminente carácter guerrero» (Morenas de Tejada 1916b: 608). Se desconoce la composición de la mayor parte de los ajuares, habiéndose logrado identificar 40 ajuares «militares». Cerca se localiza el *oppidum* de *Uxama Argaela*, con unas 30 Ha. de superficie conocida para la ciudad en época romana. Con todo, la necrópolis más inmediata es la de Fuentelaraña, de la que no se conserva ninguna tumba o dato. La necrópolis de Osma está más alejada, a 1,5 km del *oppidum*. La cronología aproximada de la necrópolis: siglos III y II-I a.C.

La población de Osma, considerando valores fijos el número de tumbas (800), una esperanza de vida al nacer de 30 años, una duración para la necrópolis estimada entre un máximo de 300 años y un mínimo de 200 años y un factor corrector del 20%, oscilaría entre 100 y 145 individuos. Si utilizamos un factor corrector del 10%, la población resultante estaría entonces entre los 90 y 135 habitantes.

• Quintanas de Gormaz: Morenas de Tejada señala más de 800 tumbas descubiertas y los materiales

que la componían: 30 espadas, lanzas, tijeras, cuchillos, fibulas y adornos de bronce (Zapatero 1968: 73). Según Lorrio (1997: 143), aun si se aceptaran como aproximadas las noticias que se refieren a las tumbas y espadas documentadas, no sería factible calcular la proporción de enterramientos con tal arma, pues resulta frecuente la presencia de espada y puñal en una misma tumba. Con todo, pensamos que un cálculo aproximativo sí se podría hacer teniendo en cuenta este margen, y que supondría entre un 1,87% y un 3,75% de las tumbas. La cronología del cementerio se sitúa entre los siglos IV y I a.C.

La población de Quintanas de Gormaz, considerando valores fijos el número de tumbas (800), una esperanza de vida al nacer de 30 años, una duración para la necrópolis estimada entre un máximo de 400 años (último cuarto del siglo V a.C. hasta último cuarto del siglo I a.C.) y un mínimo de 300 años y un factor corrector del 20%, sería entre 75 y 100 individuos. Si utilizamos un factor corrector del 10%, la población resultante estaría entre los 65 y 90 habitantes.

• Numancia: la necrópolis ocupaba una superficie de unos 10.000 m² y ha proporcionado, hasta ahora, 156 tumbas (Jimeno 1996: 58). El *oppidum* del 133 a.C. abarca unas 7,6 Ha. a las que habría que añadir un máximo de otras 4 Ha. si se incluyen las líneas defensivas. Cronología de la necrópolis: siglo II a.C., hasta la destrucción del 133 a.C. Cronología de la ciudad para la etapa prerromana: siglos II y I a.C.

Para la demografía de la ciudad se conocen varias referencias en las fuentes clásicas. Floro, Livio y Orosio atribuyen a Numancia para los años 143 y 133 a.C., 4.000 combatientes, lo que lleva a suponer una población aproximada de 16.000 habitantes; Apiano dice que contaba con 8.000 soldados antes de la guerra y Veleyo afirma que la ciudad nunca armó a más de 10.000 (Schulten 1957). La población militar de Numancia en tiempo normal sería de unos 2.000 guerreros (o unos 8.000 habitantes) según Schulten (1914-31, 1945), quien se refiere a los guerreros de la comarca y no sólo de la ciudad. Taracena (1941:71) llega a esa misma conclusión sobre la base de calcular unos 100 m² por vivienda familiar para una ciudad de 22 Ha. de extensión.

Jimeno y Tabernero (1996: 429-431) han estimado recientemente el número de habitantes de la ciudad a partir de los datos aportados por la planta de época imperial romana, con unas 10,7 Ha. de superficie total, de las que 6,48 Ha. corresponden a la superficie habitada. Ello proporciona unas 648 casas de 100 m², que multiplicado por cuatro ocupantes, arroja una cifra de dos millares y medio de habitantes. Restando los espacios urbanos de uso no doméstico, la cifra estaría en torno a los dos millares. La ciudad celtibérica del 133 a.C. dispondría de menor ocupación y unas casas más pequeñas (80 m²). Si se estima una superficie habitada de 4,35 Ha. sobre las 7,2 totales, los cálculos proporcionan cifras en torno a los 1.500 habitantes o incluso menos, lo que no impide

admitir un volumen mayor de población en los momentos de conflicto militar.

• Carratiermes (Montejo de Tiermes): la necrópolis ha entregado cerca de 700 tumbas (Argente y Díaz 1995: 160). Es muy difícil por ahora estimar la superficie de la ocupación antigua celtibérica de Tiermes ya que las 21 Ha. conocidas corresponden a la ciudad romana. Cronología del cementerio: siglos VI-I a.C. (también romano del siglo I d.C.).

La población de Carratiermes, considerando valores fijos el número de tumbas (aprox. 700), una esperanza de vida al nacer de 30 años, una duración para

la necrópolis estimada entre un máximo de 600 años y un mínimo de 450 años y un factor corrector del 20%, sugiere una población media de 45 a 60 individuos. Si utilizamos un factor corrector del 10%, la población resultante estaría entonces entre los 40 y 50 habitantes. Población muy escasa, que a todas luces refleja el carácter parcial de la excavación y, probablemente, la existencia de otros cementerios.

En conclusión, y a pesar de todos los problemas que rodean a las estimaciones demográficas a partir de los cementerios celtibéricos, parece que pueden reconocerse distintos tamaños de comunidades (Fig. 5):

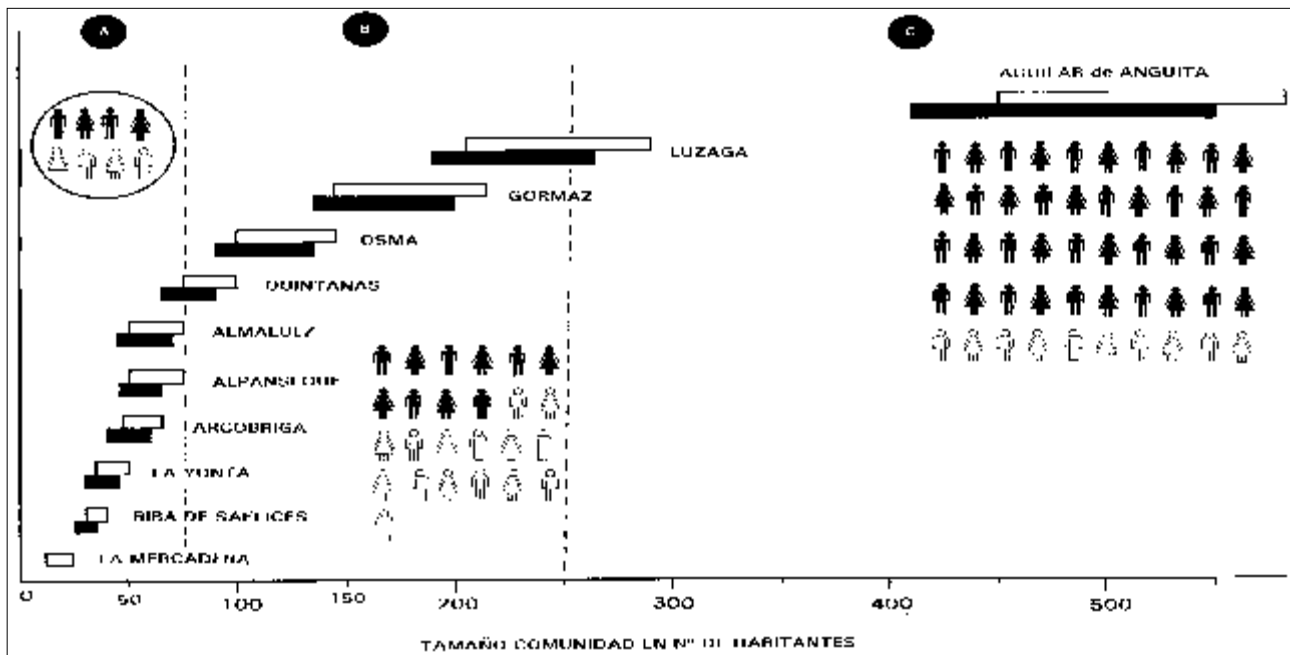


FIGURA 5.—Estimaciones demográficas de los cementerios celtibéricos (en negro con factor corrector del 10% y en blanco del 20%).

a) Comunidades muy pequeñas, caso de La Mercadera, Riba de Saelices, La Yunta, Arcóbriga, Alpanseque, Almaluz y Quintanas, que contarían entre poco más de 25-30 hab. y no llegarían probablemente al centenar de almas. Idealmente estaríamos hablando de alquerías con 5 ó 6 casas y pequeñas aldeas con un máximo de 20-25 hogares. Se trataría con toda seguridad del tipo de núcleo más numeroso y que constituiría buena parte del tejido de la población rural.

b) Comunidades de tamaño mediano, como Osma, Gormaz y Luzaga, que apuntan a cifras de entre 100 y algo menos de 300 habitantes. Poblaciones que sugieren asentamientos con un número de viviendas que podría situarse entre las 20-25 y las 60-75.

c) Comunidades grandes, caso de Aguilar de Anguita, con una población de entre 400 y 600 personas, que teóricamente ocuparía poblados con entre 80-100 casas y 120-150 casas. El caso de grandes ciudades de época tardía, como Numancia o Tiermes, rebasaría ampliamente estas cifras para llegar a reunir unos pocos millares de habitantes. Cabe sospechar que en

estos grandes núcleos urbanos ya no se mantuviese el concepto de una sólo necrópolis para toda la comunidad.

La idea de apurar las posibilidades que ofrecen los cementerios celtibéricos para cálculos de tamaños de población tiene, como hemos visto, sus problemas, pero pensamos que el cruce de estimaciones demográficas de necrópolis con estimaciones de los propios asentamientos puede ser una manera de contrastar los valores y avanzar en este difícil terreno de la demografía arqueológica.

4. A MODO DE BALANCE PROVISIONAL: MIRANDO AL FUTURO.

El análisis realizado, además de las estimaciones propuestas, sugiere una serie de líneas de trabajo para profundizar en investigaciones futuras:

1) Parece que existen una serie de diferencias entre las características demográficas del área occiden-

tal de la Meseta, el mundo vetton, y el área oriental, el mundo celtibérico. En primer lugar, en cuanto a los tamaños de las comunidades que originaron los cementerios, así en el área vettona las necrópolis reflejan comunidades de entre poco más de medio centenar de habitantes y tres o cuatro centenares, sin llegar a rebasar el medio millar. Mientras que en el área celtibérica la variabilidad de tamaños parece más acusada y así encontramos cementerios que deben corresponder a pequeñas comunidades de unas pocas familias, 20-25 personas, y en el otro extremo grandes necrópolis que fueron utilizadas por comunidades de hasta 600 individuos.

En segundo lugar, si comparamos los tamaños de comunidades a partir de los cementerios y las superficies de los asentamientos asociados encontramos diferencias muy significativas. En el caso vetton la densidad de habitantes por Ha. es aparentemente muy baja, ya vimos como los valores de Las Cogotas y La Mesa de Miranda eran de 15 y 20 Hab./ Ha. y figuras no muy alejadas de estas parecen convenir a los *oppida*

y castros del Oeste de la Meseta, mientras que en el grupo celtibérico la densidad de habitantes por Ha. es bastante superior, si tomamos el ejemplo de Numancia en el 133 a.C. de alrededor de 208 hab./Ha. Los modelos internos de hábitat del mundo vetton y celtibérico son también diferentes (Álvarez-Sanchís 1997) y mientras en el primero prevalecen las viviendas exentas, aisladas y dispersas dentro del asentamiento, en el segundo la ocupación es muy densa con viviendas en manzanas y en torno a ejes de calles, como resultado de las influencias del mundo ibérico. Por último, y como consecuencia del diferente modelo de organización interna del espacio en los hábitats, en el ámbito vetton los espacios públicos o comunales son grandes y parecen representar hasta más del 50% total de espacio encerrado, mientras el área estrictamente residencial es bastante más reducida. Por contra, en el mundo celtibérico sucede justo lo contrario y el espacio residencial dentro de los asentamientos ocupa más extensión que los espacios públicos o simplemente no-habitacionales (Fig. 6). Todo ello nos está indicando

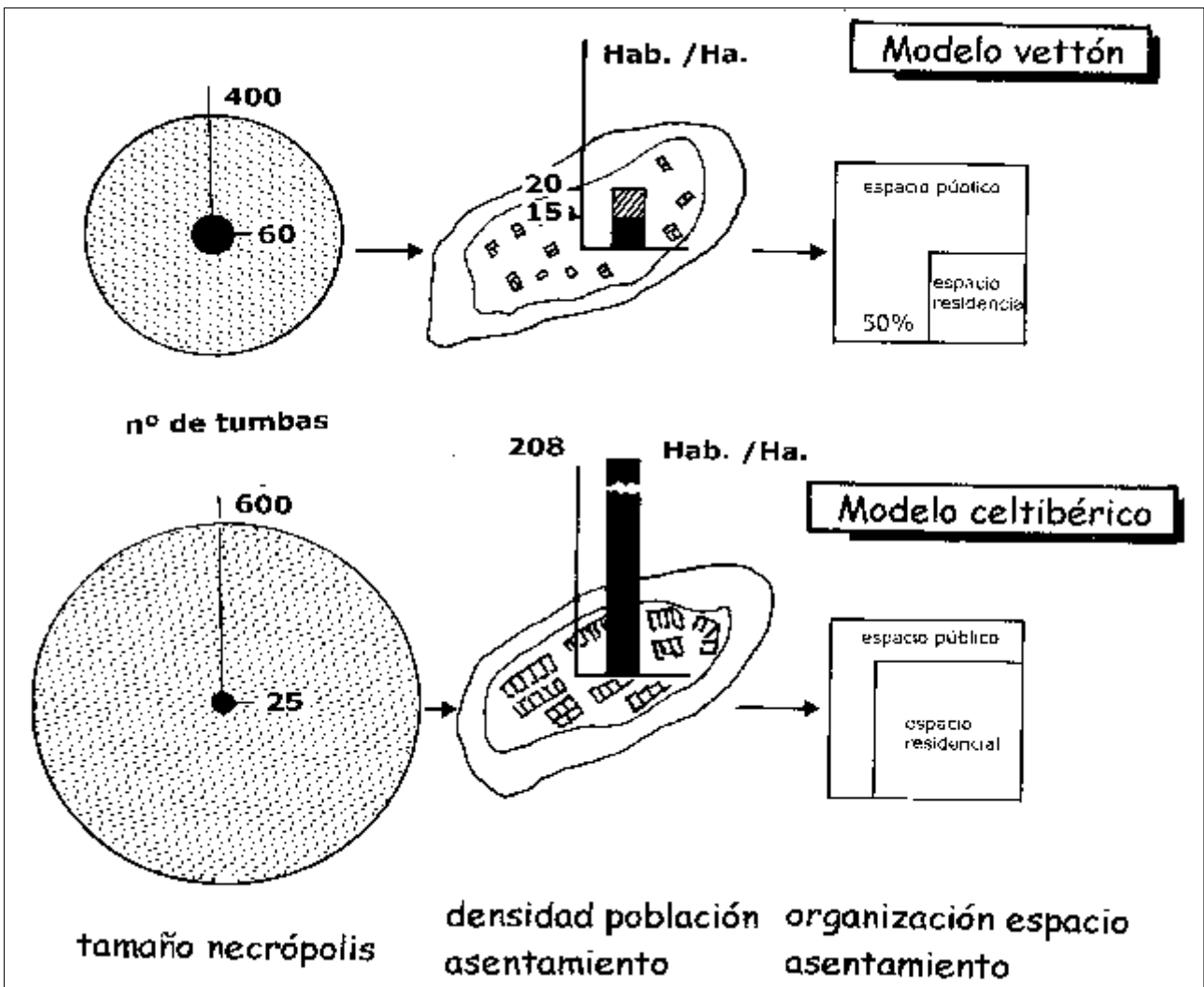


FIGURA 6.—Comparación entre los tamaños de los cementerios, la densidad de habitación de los asentamientos y la organización de su espacio interno en el mundo vetton y el mundo celtibérico (datos de Las Cogotas, La Mesa de Miranda, y Numancia).

que por detrás de la demografía de los grupos prerromanos hay otros aspectos importantes implicados, como la organización social, la economía básica de subsistencia, las tradiciones culturales, etc. De hecho el número exacto de habitantes no es en sí mismo de gran interés, pero en el intento de llegar a una estimación más segura es evidente que tenemos que afrontar otras cuestiones como, por ejemplo, los tamaños y composición de los hogares, la gama de actividades y densidad de habitación en cada estructura y el modelo habitacional de los asentamientos, entre otros (Postgate 1994: 64) que revisten mucha mayor importancia. En cualquier caso, en los asentamientos habrá que prestar atención a tres parámetros relacionados: a) la superficie total de los sitios, b) el porcentaje ocupado por las estructuras estrictamente de habitación y c) la correlación entre la superficie de las casas y el número de habitantes por vivienda. Y habrá que tener en cuenta que los emplazamientos de carácter «militar», citados en algunas ocasiones para la Edad del Hierro, ofrecen unos parámetros demográficos diferentes, que se em-

piezan a explorar mediante analogías de establecimientos militares más recientes (Kardulias 1992).

2) La hipótesis que aquí hemos intentado desarrollar, la estimación del tamaño de comunidades de la Edad del Hierro de la Meseta a partir de los cementerios más «completos» y su contrastación con los asentamientos asociados, requiere, primero, mejorar la calidad de los datos de las necrópolis: precisando más sus duraciones, su carácter «integral», esto es, asegurándonos de que contienen todos los enterramientos reales del pasado, la esperanza de vida media de los individuos cremados y, por último, garantizando que no hubo fórmulas de enterramiento alternativo que sesguen la representatividad de los cementerios. Y en segundo lugar, conseguir también datos más cualificados de los lugares de habitación, es decir, precisando superficies totales, áreas residenciales y mejorando nuestro conocimiento de la organización interna de los asentamientos a través de excavaciones en área.

A estas limitaciones hay que añadir otras dificultades para explorar la demografía en los asentamientos:

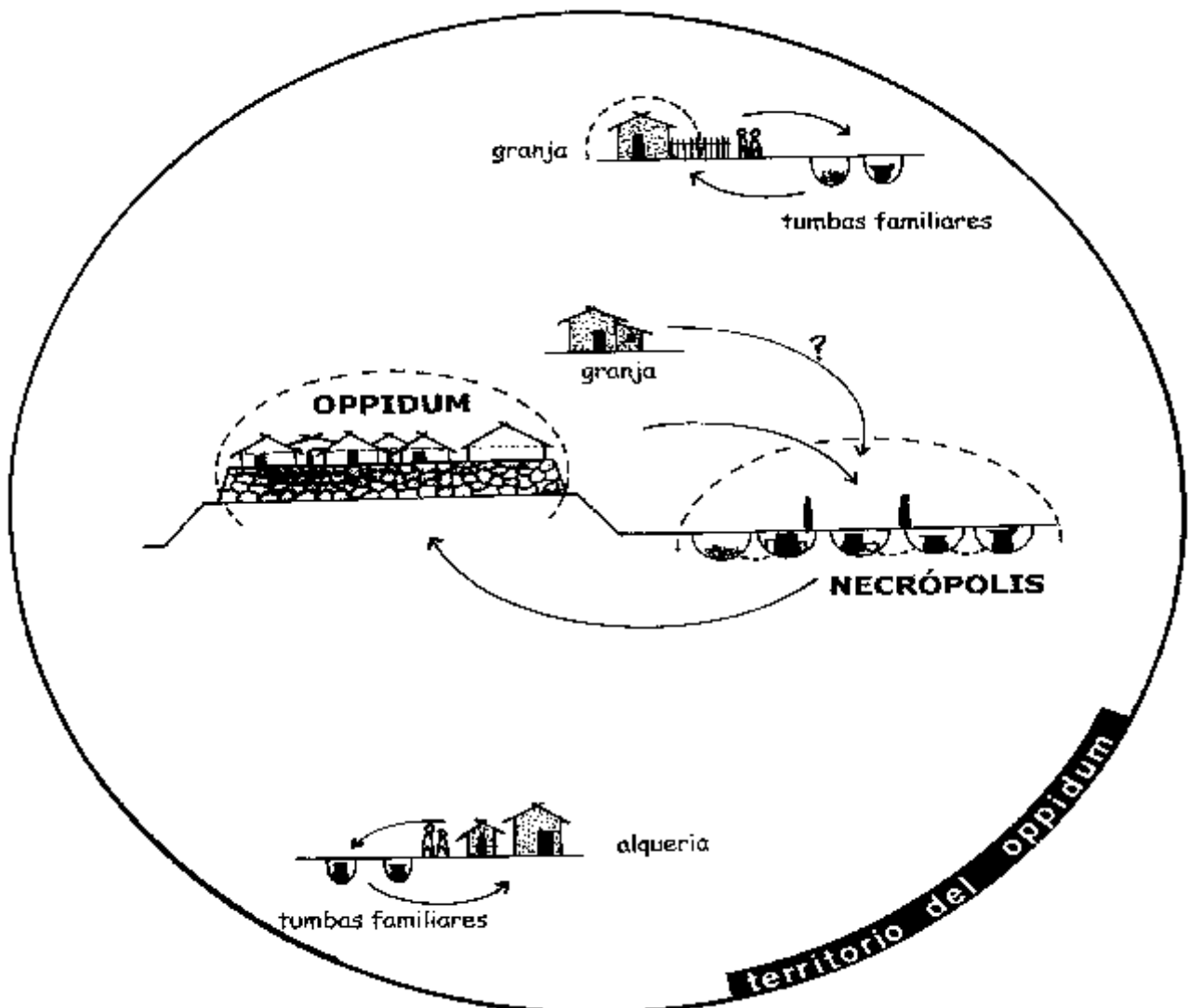


FIGURA 7.—Posibles unidades de asentamiento y funerarias en el territorio controlado por un oppidum, y diferentes visibilidades en el registro arqueológico.

a) la duración de las ocupaciones, b) la movilidad dentro del propio asentamiento, c) la diferente ocupación de diferentes zonas del asentamiento a lo largo del tiempo, d) la reconstrucción y continua modificación del área residencial, con ampliaciones/reducciones de las estructuras de habitación, e) los inevitables procesos de alteración natural y cultural que enmascaran la realidad habitacional de los asentamientos (Curet 1998: 363), y por último la grave dificultad de establecer en una misma fase constructiva la efectiva ocupación de todas las estructuras habitacionales identificadas, el «problema de la contemporaneidad» (Schacht 1984), ya que como sucede en la actualidad en muchos pueblos y aldeas de la Meseta Norte, en cada momento pudieron existir numerosas viviendas deshabitadas.

3) Si queremos tener mayor seguridad en las figuras de población estimadas a partir del registro arqueológico, será absolutamente necesario realizar prospecciones intensivas en los territorios de los grandes sitios y en los paisajes culturales de la Edad del Hierro (Bukowski 1990). El modelo de patrón de poblamiento también parece que tiene rasgos diferentes en las áreas vettona, vaccea y celtibérica. Y sobre todo en muchos casos, como el vetón, son los grandes centros fortificados los que han atraído la atención pero conocemos muy mal la trama de poblamiento comarcal, con núcleos menores (Álvarez-Sanchís 1999: 117). Y, desde luego, desconocemos si pequeñas granjas y explotaciones rurales próximas a los *oppida* enterraron a sus difuntos en los cementerios de aquéllos o bien formaron pequeños panteones familiares que resultarían, por lo reducido del número de tumbas, bastante difíciles de descubrir. En algunos casos tenemos indicios de estas alquerías y pequeños establecimientos pero no de sus tumbas, y en muchos casos tal vez haya que pensar que unas y otras, granjas y explotaciones rurales y agrupaciones de tumbas familiares, son invisibles por la falta de prospecciones intensivas (Fig. 7). La exploración de lo que pudieron ser los territorios reales de los *oppida* se nos antoja una de las necesidades más perentorias de la investigación protohistórica de la Meseta, y desde luego crucial si queremos avanzar en el tema de la demografía de la Edad del Hierro. La diversidad y variabilidad de patrones de poblamiento parece ser importante entre distintas áreas culturales de la Meseta durante la Edad del Hierro, pero nos resultan bastante desconocidos. La obtención de figuras demográficas regionales para la Edad del Hierro meseteña, manejando datos de las prospecciones existentes y de las cartas arqueológicas puede ser bastante plausible y perfectamente comparable a las estimaciones de época romana, periodo en el que se ha estimado una población de 4,13 millones de habitantes para toda Hispania, con 1 millón de habitantes en centros urbanos y poco más de 3 millones de población rural (Carreras 1996). Para la Celtiberia, la cifra ofrecida en su día por Schulten (1914: 231 ss.) y Wattenberg (1960: 155) de alrededor de 350.000 habitantes ha sido

avalada por el análisis, mucho más completo y con nuevos argumentos, de Almagro-Gorbea (en prensa). Sólo los proyectos de prospección intensiva permitirán obtener figuras a escala comarcal y regional, y después esas estimaciones se podrán ir comparando con las figuras generales de la Celtiberia o de otras áreas peninsulares.

5. BIBLIOGRAFÍA

- ACSÁDI, G y NEMESKERI, J. (1970): *History of Human Life Span and Mortality*. Budapest.
- AGUILERA, E. de, Marqués de Cerralbo (1911): *Páginas de la Historia Patria por mis excavaciones arqueológicas*. Vols. III (Aguilar de Anguita), IV (Diversas necrópolis ibéricas) y V (Arcóbriga romana). Obra inédita.
- AGUILERA, E. de, Marqués de Cerralbo (1916): *Las necrópolis ibéricas*. Madrid.
- ALEKSHIN, V. A. (1983): Burial Customs as an Archaeological Source. *Current Anthropology*, 24 (2): 137-149.
- ALMAGRO-GORBEA, M. (1995): Aproximación paleo-etnológica a la Celtiberia meridional: las serranías de Albarracín y Cuenca. En F. Burillo (coord.), *Poblamiento Celtibérico. III Simposio sobre los Celtiberos*. Institución Fernando el Católico. Zaragoza: 433-446.
- ALMAGRO-GORBEA, M. (en prensa): Aproximaciones a la demografía de la Celtiberia.
- ALMAGRO-GORBEA, M. y DÁVILA, A. (1995): El área superficial en las poblaciones de la Hispania «Céltica». *Complutum*, 6: 209-233.
- ÁLVAREZ-SANCHÍS, J. R. (1997): Hábitat y Territorio: La Tentación Urbana. *Complutum*, 8: 371-374.
- ÁLVAREZ-SANCHÍS, J. R. (1999): *Los Vettones*. Bibliotheca Archaeologica Hispana, 1. R. Academia Historia, Madrid.
- AMMERMAN, A. J. (1989): Population Studies and Archaeologist. *Norwegian Archaeological Review*, 22 (2): 65-87.
- ARGENTE, J. L. y DÍAZ, A. (1995): *Tiermes. Guía del Yacimiento y Museo*. Junta de Castilla y León, Soria.
- BINTLIFF, J. (1997): Regional Survey, Demography, and the Rise of Complex Societies in the Ancient Aegean: Core-Periphery, Neo-Malthusian, and Other Interpretative Models. *Journal of Field Archaeology*, 24 (1): 1-38.
- BROWN, B. McC. (1987): Population Estimation from Floor Area: A Restudy of «Naroll's Constant». *Behavior Science Research*, 22 (1-4): 1-49.
- BUKOWSKI, Z. (1990): Zum Stan der demographischen und siedlungsgeschichtlichen Forschung zur Lausitzer Kultur im Stromgebiet von Oder und Weichsel. *Acta Prehistorica et Archaeologica*, 22: 85-119.
- CABRÉ, J. (1917): *Catálogo Monumental de la Provincia de Soria*, tomos III y IV. Obra inédita.

- CABRÉ, J. (1930): *Excavaciones en Las Cogotas. Cardenosa (Avila). I. El Castro*. Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, 110. Madrid.
- CABRÉ, J. (1932): *Excavaciones en Las Cogotas. Cardenosa (Avila). II. La Necrópolis*. Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, 120. Madrid.
- CABRÉ, J.; CABRÉ, M.^a E. y MOLINERO, A. (1950): *El Castro y la Necrópolis del Hierro Céltico de Charnartín de La Sierra (Ávila)*. Acta Arqueológica Hispánica, V. Madrid.
- CABRÉ, M. E. y MORÁN, J. A. (1975): Dos tumbas datables de la necrópolis de Alpanseque (Soria). *Archivo de Prehistoria Levantina*, XV: 123-137.
- CARRERAS, C. (1996): Una nueva perspectiva para el estudio demográfico de la Hispania Romana. *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, LXII: 95-122.
- CASSELBERRY, S. E. (1974): Further refinement of formulae for determining population from floor area. *World Archaeology*, 6: 117-122.
- COLLADO, O. (1990): *Introducción al poblamiento de época ibérica en el Noroeste de la Sierra de Albaracín*. Teruel.
- COOK, S. F. (1972): *Prehistoric Demography*. Addison-Wesley Module in Anthropology, 16.
- CUADRADO, E. (1968): Excavaciones en la necrópolis celtibérica de Riba de Saelices (Guadalajara). *Excavaciones Arqueológicas en España*, 60. Madrid.
- CURET, L. A. (1998): New formulae for estimating prehistoric populations for lowland South America and the Caribbean. *Antiquity*, 72: 359-375.
- DENT, J. S. (1982): Cemeteries and Settlements Patterns of the Iron Age on the Yorkshire Wolds. *Proceedings of Prehistoric Society*, 48: 437-457.
- DIJINDJIAN, F. (1991): *Méthodes pour l'Archéologie*. Armand Collin, Paris.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F. (1986): *Excavaciones Arqueológicas en el Raso de Candeleda (I-II)*. Institución Gran Duque de Alba. Ávila.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F. (1997): *La Necrópolis de la Edad del Hierro de «El Raso» (Candeleda. Avila). «Las Guijas, B»*. Arqueología en Castilla y León, Memorias 4. Junta de Castilla y León. Zamora.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M.^a D. (1998): *La investigación protohistórica en la Meseta y Galicia*. Síntesis, Madrid.
- GARCÍA HUERTA, R. y ANTONA, V. (1992): *La necrópolis celtibérica de la Yunta (Guadalajara). Campañas de 1984-1987*. Villarrobledo, Albacete.
- GARCÍA HUERTA, R. y ANTONA, V. (1992): La necrópolis celtibérica de la Yunta. En R. de Balbín, J. Valiente y M.T. Mussat (coords.), *Arqueología en Guadalajara*. Toledo: 55-70.
- GARCÍA MERINO, C. (1973): Evolución del poblamiento en Gormaz (Soria) desde la Edad del Hierro a la Edad Media. *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 39: 31-79.
- GUINEA BUENO, M. (1987): Demografía arqueológica: un campo de estudio en expansión. *Anthropos, Suplementos 1, Miscelánea Temática*: 88-97.
- HASSAN, F. A. (1979): Demography and Archaeology. *Annual Review of Anthropology*, 8: 137-160.
- HASSAN, F. A. (1981): *Demographic Archaeology*. Academic Press, Nueva York.
- HERNÁNDEZ, F. y GALÁN, E. (1996): *La necrópolis de «El Mercadillo» (Botija, Cáceres)*. Extremadura Arqueológica VI, Cáceres.
- HERNÁNDEZ, F.; RODRÍGUEZ, M. D. y SÁNCHEZ, M. A. (1989): *Excavaciones en el Castro de Villasviejas del Tamuja (Botija, Cáceres)*. Editora Regional de Extremadura. Mérida.
- HOWELS, N. (1986): Demographic anthropology. *Annual Review of Anthropology*, 15: 219-246.
- JIMENO, A. (1996): Numancia: Relación necrópolis-poblado. *Archivo Español de Arqueología*, 69: 57-76.
- JIMENO, A. y TABERNERO, C. (1996): Origen de Numancia y su evolución urbana. En M.^a A. Querol y T. Chapa (eds.), *Homenaje al Profesor Manuel Fernández Miranda*. Complutum Extra, 6 (I): 415-432.
- KARDULIAS, N. (1992): Estimating Population at Ancient Military Sites: the Use of Historical and Contemporary Analogy. *American Antiquity*, 57 (2): 276-287.
- KOLB, Ch. C. (1985): Demographic Estimates in Archaeology: Contributions from Ethnoarchaeology on Mesoamerican Peasants. *Current Anthropology*, 26: 581-599.
- KURTZ, W. S. (1987): *La necrópolis de Las Cogotas. Volumen I: Ajuares. Revisión de los materiales de la necrópolis de la Segunda Edad del Hierro en la Cuenca del Duero (España)*. British Archaeological Reports, Int. Series, 344. Oxford.
- LE BLANC, S. (1971): An Addition to Naroll's Suggested Floor Area and Settlement Population Relationship. *American Antiquity*, 36 (2): 210-212.
- LORRIO, A. (1990): La Mercadera (Soria): organización social y distribución de la riqueza en una necrópolis celtibérica. En F. Burillo (coord.), *Necrópolis Celtibéricas*. II Simposio sobre los Celtíberos. Institución Fernando el Católico: 39-50. Zaragoza.
- LORRIO, A. (1997): *Los Celtíberos*. Complutum Extra 7. Universidad de Alicante - Universidad Complutense de Madrid. Alicante.
- MALUQUER, J. (1968): Excavaciones arqueológicas en el castro de «Las Merchanas» (Lumbrales, Salamanca). *Pyrenae*, 4: 101-128.
- MARTÍN VALLS, R. (1971): El castro del Picón de la Mora (Salamanca). *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, XXXVII: 125-144.
- MARTÍN VALLS, R. (1982): La necrópolis del castro de Yecla de Yeltes. Datos arqueológicos y epigráficos para su estudio. *Zephyrus*, XXXIV-XXXV: 181-201.

- MARTÍN VALLS, R.; BENET, N. y MACARRO, C. (1991): Arqueología de Salamanca. En M. Santonja (coord.), *Del Paleolítico a la Historia*. Museo de Salamanca: 137-163.
- MASSET, C. y PARZYSZ, B. (1985): Démographie des cimetières? Incertidumbre statistique des estimateurs en paléodémographie. *L'Homme*, 94: 147-154.
- MORENAS DE TEJADA, G. (1916a): Hallazgos arqueológicos en España. La necrópolis ibérica de Gormaz. *Por esos mundos*, enero: 169-175.
- MORENAS DE TEJADA, G. (1916b): Divulgaciones arqueológicas. Las ruinas de Uxama. *Por esos mundos*, octubre: 605-610.
- MORRIS, Y. (1987): *Burial and Ancient Society. The Rise of the Greek city-state*. C.U.P. Cambridge.
- NAROLL, R. (1962): Floor area and settlement population. *American Antiquity*, 27 (4): 587-589.
- NEUSTUPNY, E. (1983a): *Demographie pravekých pohrebist*. Praga.
- NEUSTUPNY, E. (1983b): The Demography of Prehistoric Cemeteries. *Památky Archeologické*, LXXIV: 7-34.
- PAINE, R. R. (1997): The need for a multidisciplinary approach to prehistoric demography. En R.R. Paine (Ed.) *Integrating archaeological demography: multidisciplinary approaches to prehistoric population*. Carbondale (IL), Southern Illinois University at Carbondale, Center for Archaeological Investigations. Occasional Paper, 24: 1-18.
- PETERSEN, W. (1975): A Demographer's View of Prehistoric Demography. *Current Anthropology*, 16: 227-245.
- PIASECKI, E. (1990): Cmentarzyska w Aspekcie Demograficznym. Cemeteries in their demographic aspect. *Przegląd Archeologiczny*, 37: 5-51.
- POSTGATE, N. (1994): How Many Sumerians per Hectare ?- Probing the Anatomy of an Early City. *Cambridge Archaeological Journal*, 4 (1): 47-65.
- READ, D. W. (1978): Towards a formal theory of population size and area of habitation. *Current Anthropology*, 19 (2): 312-317.
- ROCHE, C. D. de (1983): Population Estimates from Settlement Area and Number of Residences. *Journal of Field Archaeology*, 10 (2): 187-192.
- RUIZ ZAPATERO, G. y ÁLVAREZ-SANCHÍS, J. R. (1995): Las Cogotas: Oppida and the Roots of Urbanism in the Spanish Meseta. En B. Cunliffe y S.J. Keay (eds.), *Social Complexity and the Development of Towns in Iberia: from the Copper Age to the second century AD*. Proceedings of the British Academy, vol. 86. London: 209-236.
- RUIZ ZAPATERO, G. y ÁLVAREZ-SANCHÍS, J. (1999): Ulaca, la «Pompeya» vettona. *Revista de Arqueología*, 216: 36-47.
- RUIZ ZAPATERO, G. y CHAPA BRUNET, T. (1990): La Arqueología de la muerte: perspectivas teórico-metodológicas. En F. Burillo (coord.) *Necrópolis Celtibéricas*. II Simposio sobre Los Celtíberos. Institución Fernando El Católico, Zaragoza: 357-372.
- SCHACHT, R. M. (1984): The contemporary problem. *American Antiquity*, 49 (4): 678-695.
- SCHREIBER, K. J. y KINTIGH, K. W. (1996): A test of the relationship between site size and population. *American Antiquity*, 61: 573-580.
- SCHULTEN, A. (1914-1927-1929-1931): *Numantia. Die Ergebnisse der Ausgrabungen 1905-1912*. 4 vols. München.
- SCHULTEN, A. (1945): *Historia de Numancia*. Ed. Barna, Barcelona.
- SCHULTEN, A. (1957): *Las guerras de 154-72 a. de J.C.* Fontes Hispaniae Antiquae, fasc. IV. Universidad de Barcelona, Bosch, Barcelona.
- SOLANA, J. M. (1998): Ensayo demográfico de los años 155/133 a.C. según datos de las fuentes escritas. En J. Mangas (ed.), *Italia e Hispania en la Crisis de la República Romana*. Actas del III Congreso Hispano-Italiano (Toledo 1993). Madrid: 9-32.
- SUMNER, W.M. (1989): Population and Settlement Area: An Example from Iran. *American Anthropologist*, 91: 631-641.
- TARACENA, B. (1932): *Excavaciones en la provincia de Soria*. Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, 119. Madrid.
- TARACENA, B. (1941): *Carta Arqueológica de España*. Soria. Madrid. CSIC. Instituto Diego Velázquez.
- WATTENBERG, F. (1960): Los problemas de la Cultura Celtibérica. *I Symposium de Prehistoria de la Península Ibérica (Septiembre 1959)*. Pamplona: 151-177.
- WELINDER, S. (1979): *Prehistoric Demography*. Lund, Acta Archaeologica Lundensia. Series in 8 Minore, n.º 8.
- WELLS, P. S. (1981): *The Emergence of an Iron Age Economy. The Mecklenburg grave groups from Hallstatt and Sticna*. Mass. Cambridge.
- WIESSNER, P. (1974): A Functional Estimator of Population from Floor Area. *American Antiquity*, 39 (2): 343-350.
- ZAPATERO, J. M. (1968): Un adelantado de la exploración arqueológica soriana. Ricardo Morenas de Tejada. *Celtiberia*, 35: 57-86.

ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE FRONTERAS ÉTNICAS Y LINGÜÍSTICAS³⁰

JAVIER DE HOZ BRAVO

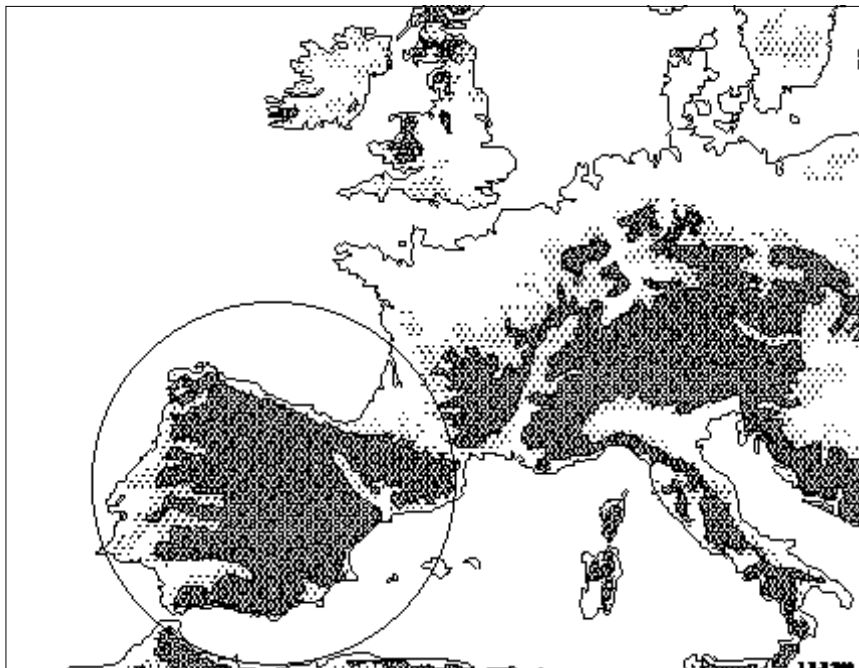
Departamento de Griego, Universidad Complutense de Madrid

ABSTRACT

Some Hispanic frontier problems —the Iberian language in the Mediterranean shore, Iberian and Celtiberian, the Indo-European languages of Hispania— allow us to consider the complexity and some of the varieties of the <frontier> concept. The explicative models derived from Modern History and frequently applied in the last years to archaeological and historical questions of the ancient world are inadequate, because of the important social, economic and technological differences between both worlds. In fact the major explicative consideration for the study of any frontier case is the character of each of the societies in contact.

RESUMEN

El estudio de algunos casos de frontera lingüística en Hispania —las fronteras internas del Levante ibérico, lengua ibérica y lengua celtibérica, articulación interna de la Hispania indoeuropea— nos lleva a constatar la complejidad del concepto de frontera y las diferentes formas en que puede realizarse. Los modelos derivados de situaciones modernas, cuya aplicación al mundo antiguo se ha puesto de moda desde hace algún tiempo, resultan poco adecuados dadas las fuertes diferencias sociales, económicas y técnicas que separan los casos para los que se crearon esos modelos de las situaciones del mundo antiguo a los que son aplicados. En última instancia el elemento decisivo para definir y explicar una frontera es el carácter de cada una de las sociedades a través de ella en contacto.



³⁰ Este trabajo se realizó dentro del proyecto PB96-0615, financiado por la SEUIYD. En la redacción final me he limitado a añadir notas y precisar algunos detalles, manteniendo el enfoque un tanto informal de la presentación en la mesa redonda original.

Los organizadores de la mesa redonda me han pedido algunas reflexiones sobre fronteras étnicas y lingüísticas, y ello me obliga inevitablemente a abordar dos grupos de problemas, a) cuántos y cuáles son los tipos de frontera a considerar en el contexto que aquí nos ocupa, es decir la primera de las cuestiones de fondo, y b) qué relación existe entre las fronteras lingüísticas y las étnicas, y entre ambas y los límites de las culturas arqueológicas o agregados geográficos de artefactos materiales y formas de ocupación. Es ésta la segunda de las cuestiones de fondo y a la vez, dada nuestra dependencia casi total del registro arqueológico, la cuestión de método básica. Por supuesto, la escasez y lo inadecuado de los datos de que disponemos excluyen que pueda llegar a conclusiones sólidas sobre esas cuestiones, pero al menos intentaré definir las con claridad y aportar luz a algunos problemas concretos de entidad no excesiva.

La cuestión de las fronteras está inevitablemente presente en todos los estudios históricos por la obvia importancia que los contactos y los conflictos entre culturas y comunidades tienen para el historiador, y el mundo antiguo no ha sido una excepción, incluso dejando a un lado casos particularmente llamativos y con una tradición propia, como la que se da en las investigaciones sobre el *limes* romano o incluso sus diversas zonas regionales, o en el terreno de los contactos entre comunidades ciudadanas y grupos nómadas en el Oriente próximo, pero en los últimos veinte o treinta años la cuestión parece haberse planteado de una forma más consciente y explícita. En lo que se refiere a la periferia griega, esta nueva actitud arranca probablemente del coloquio de Tarento de 1967 sobre la ciudad y su territorio, en el que fue planteada brevemente pero agudamente por Lepore³¹, y ha tenido su última manifestación de nuevo en Tarento, hace pocos meses, en el coloquio sobre límites y fronteras en el helenismo de Occidente. En lo que se refiere a celtas e íberos me limito a recordar la continua presencia del tema en el coloquio sobre paleoetnología de la Península Ibérica (Almagro-Gorbea, M. & Ruiz Zapatero, G., eds.: 1993), o el volumen dedicado a la cuestión en *Arqueología Espacial* en 1989³². No hay que olvidar por otra parte la atención prestada en los últimos años a los problemas de centro y periferia, que obviamente están muy relacionados con los de fronteras.

«Frontera» por supuesto es un término que puede significar cosas bastante diferentes³³. La primera acep-

ción, y también la que nos crea menos problemas, implica una línea a un lado de la cual encontramos ciertos comportamientos, por ejemplo el uso de una lengua, y al otro lado comportamientos diferentes. No representa una grave complicación el que la línea no sea en realidad línea sino una franja más o menos extensa en la que ambos comportamientos se mezclan en mayor o menor grado, y de momento prescindiré del problema.

Puesto que tratamos de celtas e íberos empezaré por intentar aplicar a la lengua ibérica esta primera noción simple de frontera, partiendo a la vez del presupuesto de que, aunque no es necesario que una frontera lingüística coincida con una frontera étnica, en la práctica es ésta la situación más frecuente, y pueden establecerse hipótesis de trabajo a partir de esa presunción; por el contrario, aunque la frontera étnica coincide en muchos casos con una frontera lingüística, no hay motivos suficientes para utilizar esa presunción como punto de partida en el planteamiento de una investigación³⁴.

El mapa n.º 1 recoge los lugares en los que han aparecido inscripciones ibéricas de fecha con seguridad anterior a la presencia romana en la Península. Al primer golpe de vista cualquier persona mínimamente familiarizada con cuestiones de geografía lingüística declarará que la frontera que se deduce del mapa es absolutamente inverosímil como frontera de una lengua hablada.

Obviamente estamos ante una frontera arqueológica, la del registro material de soportes de una escritura no perecederos, y éste debe ser el punto de partida, asumido de forma explícita y con toda claridad, sobre el que construyamos para deducir otras clases de frontera.

No voy a repetir los argumentos sobre la cuestión que ya he presentado en otras ocasiones (de Hoz, 1993, 1994 y 1995); me limito a resumir mis conclusiones. El ibérico es probablemente una lengua vehicular, tanto en su uso escrito como incluso en el oral, utilizada por gentes dedicadas al comercio en un amplio espacio que superaría con creces el del uso familiar de la lengua; podemos incluir en el territorio propiamente ibérico desde el punto de vista lingüístico lo que fuentes de época romana denominarán Contestania (Llobregat, 1972; Iniesta, 1989, 329-34; Ruiz y Molinos, 1993, 254), es decir, *grosso modo* y sin entrar de momento en el complicado problema de los límites reales, la región entre el Júcar y el Segura, pero no sabemos cuáles eran los límites de la lengua y en qué medida coincidían con o superaban los de la Contestania. Insisto sin embargo en que es impensable que esos límites, al menos al norte, coincidiesen con los de la epigrafía ibérica, y ante la necesidad de contar con un término que permita distinguir entre los íberos como

³¹ Lepore, E.: 1968: «Per una fenomenologia», 55 y sobre todo n.19 en p. 66.

³² *Fronteras*, 1989.

³³ Prescindo en gran medida de problemas teóricos; bibliografía reciente en Ruiz, A. & Molinos, M.: 1989: «Fronteras». Material útil en varios de los artículos de Hutchinson, J. & Smith, A. D. eds.: 1996: *Ethnicity*. Un trabajo de síntesis del autor de algunos libros clásicos sobre el tema: Latimore, O.: 1955: «The frontier». Más específicamente sobre el mundo antiguo: Sordi, M. ed.: 1987: *Il confine*, y algunos de los artículos en *Forme di contatto*: 1983. Una impresión general sobre algunas de las preocupaciones de la sociología actual en relación con el tema: Hannerz, U.: 1997: «Frontières».

³⁴ Los primitivos yapigios por ejemplo desarrollaron, manteniendo en lo esencial una misma lengua, tres etnias diferentes, daunios, peucetios y mesapios; en general vid. de Julii, E.: 1988: *Gli Iapigi* 1988.



- | | | |
|--------------|-----------------|-----------------------------|
| 1. Ensérune | 6. Peña del Mor | 11. Sidamunt |
| 2. Pech Maho | 7. Orleyl | 12. Coimbra del B. Ancho. |
| 3. Pontós | 8. Abengibre | 13. Crevillente (¿ibérica?) |
| 4. Ampurias | 9. Mogente | 14. Verdolay |
| 5. Ullastret | 10. Alcoy | 15. Cástulo |

FIGURA 1.—Inscripciones ibéricas anteriores al siglo II a.C.

conjunto de etnias que participan de una cultura común aunque con ciertos rasgos peculiares, y los íberos como hablantes de lengua ibérica, me permito introducir el término, útil si no afortunado, de «eteoíberos» para designar a estos últimos³⁵.

De lo dicho se deduce que debe existir una o más fronteras lingüísticas que en dirección aproximadamente Este-Oeste cortan el territorio en que encontramos la epigrafía ibérica prerromana, pero nuestra información no nos permite acceder directamente a ellas, ya que se trata en lo esencial de información arqueológica que no se relaciona directamente con la lengua sino a través de la epigrafía. Todo lo más podemos observar indicios de una lengua indígena no ibérica en Ullastret y en Pech Maho y Ensérune (Untermann, 1969; 1979 y 1992; Correa, 1993; de Hoz: 1995, 284-5.), pero entre

la desembocadura del Ebro y la del Júcar carecemos de cualquier clase de información.

En cuanto a la frontera interior de la lengua ibérica, el territorio epigráfico se aleja de la costa por el Júcar hasta Abengibre, y por el Segura hasta Mula. Luego encontramos un vacío hasta la alta Andalucía en la que en Cástulo tenemos una inscripción al parecer ibérica, y en Porcuna otra de lengua no identificable (MLH H.12.1), pero la epigrafía posterior del lugar, en particular los nombres de los magistrados de la ceca de Obulco, parece indicar que en la ciudad no se hablaba ibérico aunque quizá se daba una cierta influencia de esa lengua. Si en Cástulo sí se hablase ibérico, lo que de momento no se puede demostrar pero no es imposible, tendríamos una frontera bien definida que puede coincidir con otras divisorias culturales que han sido subrayados en los últimos años³⁶.

³⁵ Dependiendo por supuesto de denominaciones ya totalmente consagradas, y que remontan en último término a la antigüedad, como «eteocretenses» o «eteochipriotas».

³⁶ de Hoz, J.: 1989: «El desarrollo», 563; Ruiz, A., Molinos, M. & Choclán, C.: 1978: «Los pueblos»; 1987: «El poblamiento», 242, 247,

Al norte del Júcar no sabemos si se hablaba ibérico, pero en todo caso sí podemos plantearnos la interpretación de la frontera epigráfica ya señalada, y la existencia de diversas clases de frontera, las fronteras étnicas que pueden ser también lingüísticas, y varias divisorias en la cultura material. Limitándome de momento al problema epigráfico, caben varias explicaciones de la presencia de inscripciones ibéricas en territorio de lengua no ibérica.

Como ya he dicho considero el ibérico lengua vehicular de la zona, es decir la lengua utilizada para la comunicación interétnica por gentes pertenecientes a comunidades de lenguas diferentes, pero aunque una lengua vehicular puede desarrollarse en un territorio con una presencia limitada de sus propios hablantes, esa presencia es de esperar al menos en un cierto grado. En el caso del ibérico, si su extensión se ha debido al comercio, según he intentado demostrar en otras ocasiones y como es frecuente en el desarrollo de lenguas vehiculares, podemos contar con dos posibilidades, la presencia ocasional de mercaderes ibéricos en zonas donde no se hablaba la lengua, y el establecimiento de colonias consentidas por las poblaciones locales, de entidad y autonomía que pueden ser muy variables y que de momento no podemos calibrar.

La presencia ocasional podría dar lugar, por razones totalmente aleatorias, a la aparición de algún testimonio escrito igualmente ocasional; de entre los cartografiados en el mapa n.º 1, el más occidental, un grafito de Sidamunt (MLH D.7.1)³⁷, es el que con menos dudas podemos considerar en este grupo. En cuanto a los pequeños asentamientos comerciales, por el momento no creo que estemos en condiciones de hacer propuestas concretas, porque los que surgen como candidatos obvios, Ullastret o Ensérune por ejemplo, pueden testimoniar quizá una tercera alternativa que me parece necesario tomar en consideración.

Es probable en efecto que al menos en Languedoc y el Ampurdán la presencia ibérica ya antes del siglo II haya tomado la forma de minorías instaladas que han podido ir más allá de la mera comunidad de mercaderes extranjeros. Es posible que se haya creado un estrato integrado dentro de la sociedad local pero diferenciado no sólo socialmente sino también étnicamente al estar constituido por íberos en sentido estricto, eteoíberos, lo que daría lugar a una frontera étnica y lingüística que, tomando en préstamo un término de la dialectología, podríamos llamar «vertical», es decir una frontera que no se da en el espacio, entre territorios lingüísticos y/o étnicos, sino en el cuerpo social, entre grupos bien definidos, que habitan el mismo territorio, que incluso conviven en los mismos con-

cretos espacios locales, pero que se diferencian no sólo como grupos económicos, de poder o de actividad, sino también como grupos étnicos o lingüísticos.

Las distintas posibles formas de presencia eteoibérica en el espacio de otros grupos étnicos implican por supuesto una forma de comunicación, una lengua en la que relacionarse, y aunque naturalmente ésta ha podido variar según los casos, me atrevo a suponer, dado el peso de la documentación epigráfica, que en la generalidad de las ocasiones fue el ibérico, y que lo fue no sólo para eteoíberos y otras etnias, sino también para la comunicación entre éstas al margen de sus relaciones con el grupo eteoibérico.

En el último periodo de la epigrafía ibérica, que corresponde a los dos últimos siglos a.C. y por lo tanto ya a la presencia romana en *Hispania*, la situación se hace aparentemente más clara (mapa n.º 2). La epigrafía ibérica se extiende por el valle del Ebro hasta Botorrita (*Contrebia Belaisca*, MLH A.75.1, K.1) y Zaragoza (Salluia, A.24)³⁸, mientras que la epigrafía celtibérica, toda ella de esas mismas fechas, se aproxima al Ebro en Botorrita, *Nertobriga* (A.50) y Borja (A.48), y penetra hacia el este hasta Belgio (A.47), Azuara (K.21) y Albalate (K.2). Parte de esta información es exclusivamente numismática, y esto plantea un problema ya que, aparte la inseguridad en la identificación de algunas cecas, las leyendas monetales de una comunidad pueden no estar en su propia lengua sino en la que por razones diversas tenga un mayor prestigio o mayores ventajas para el intercambio en la zona. Botorrita en todo caso es con seguridad celtibérica, pero junto a su rica epigrafía en esa lengua ha proporcionado, aparte algunos grafitos dudosos, una fusayola con texto claramente ibérico (K.1.6)³⁹; Albalate por el contrario parece quedar dentro del territorio epigráficamente ibérico, aunque ha proporcionado un grafito celtibérico.

Nos encontramos pues ante una situación que en principio podríamos considerar no problemática; existe una línea divisoria definida entre ibérico y celtibérico, pero como es esperable en cualquier frontera, existe también un cierto grado de permeabilidad que explica sin dificultades la presencia de algún texto ibérico en territorio celtibérico y viceversa.

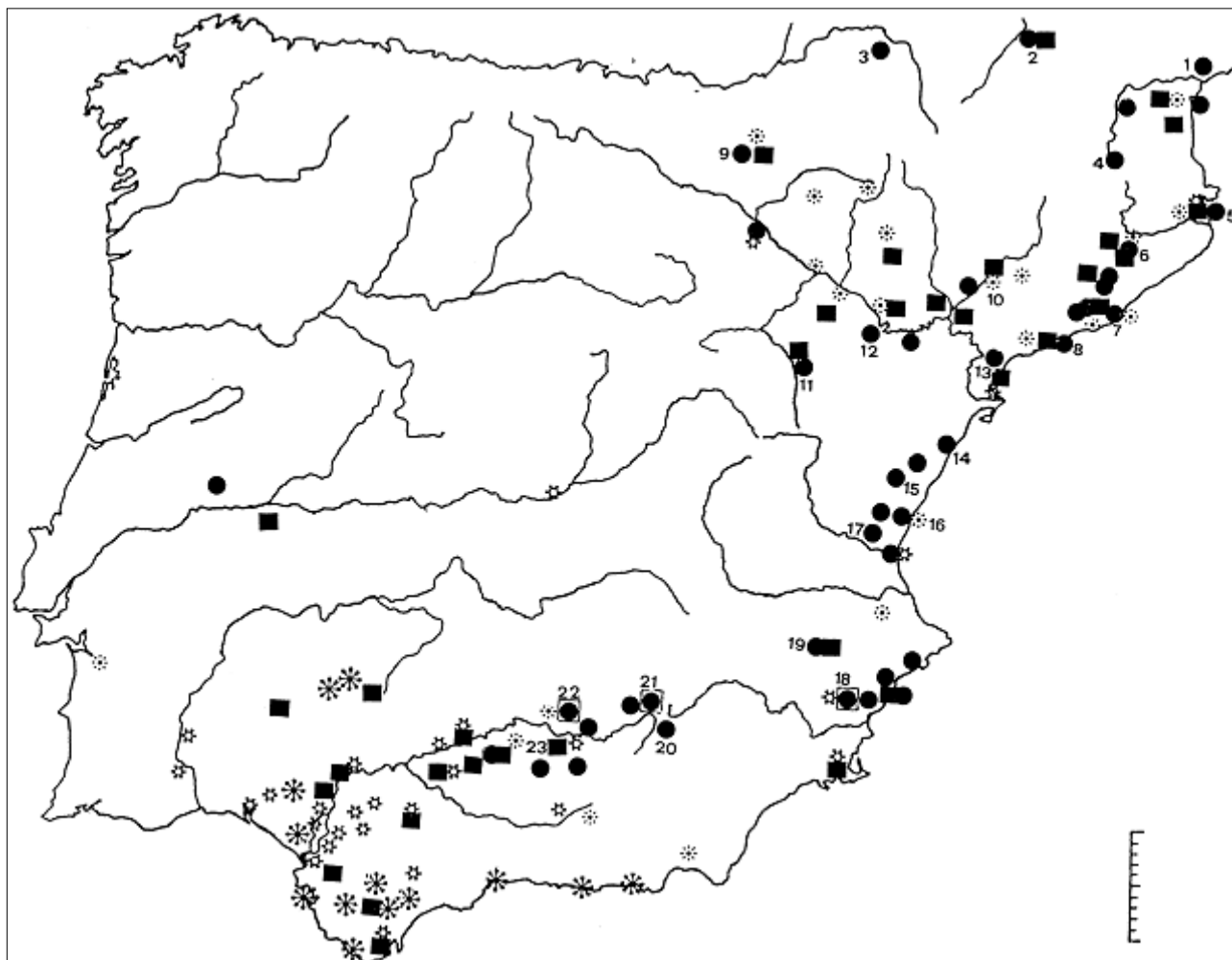
Sin embargo las cosas no son tan sencillas. Si antes de la llegada de los romanos no había ningún motivo para pensar que el ibérico fuese lengua coloquial en el bajo Ebro, tampoco lo hay ahora para pensar que lo sea más al oeste. De hecho Azaila nos proporciona algunos indicios de la presencia en el lugar de gentes con nombres no ibéricos (Untermann, 1979, 59-60.),

249-51. Desde el punto de vista arqueológico la situación es sin embargo más complicada, porque a la frontera entre Cástulo y Obulco/Porcuna hay que añadir la frontera entre ambas y la Campiña.

³⁷ Debo a la tesis doctoral de J. Rodríguez Ramos el haber conocido la fecha temprana de la pieza. Un avance de la tesis en Rodríguez Ramos, J.: 1997: «Primeras».

³⁸ El grafito de Valdespartera (K.20.1) podría ser celtibérico. Caso especial son las inscripciones de Caminreal (E.7.1 = K.5.3) y Andelos (K.28.1), que pertenecen probablemente al modelo de lengua profesional utilizada en el territorio en el que otra lengua es dominante en la mayor parte de los usos, y no sólo coloquiales. Sobre la interpretación de estas inscripciones vid. en último lugar, con la bibliografía anterior, de Hoz: en prensa «Hacia».

³⁹ Naturalmente hay que recordar también la presencia de varios NNP ibéricos en el gran bronce onomástico (K.1.3).



- | | | |
|---------------------|-----------------------|---------------------------|
| 1. Ensérune | 9. Andelos | 17. Liria |
| 2. Vieille Toulouse | 10. Lérida | 18. Elche |
| 3. Aubagnac | 11. Caminreal | 19. Cerro de los Santos |
| 4. S. Feliú de Llo | 12. Azaila | 20. Santiago de la Espada |
| 5. Ampurias | 13. Tivissa | 21. Santistean |
| 6. Tona | 14. Alcalá de Chivert | 22. Cástulo |
| 7. Badalona | 15. Bechí | 23. Oulco |
| 8. Tarragona | 16. Sagunto | |

- | | |
|--|---------------|
| Inscripciones ibéricas y meridionales: | ● |
| Inscripciones indígenas en escritura latina: | □ |
| Inscripciones latinas republicanas: | ■ |
| Cecas ibéricas y meridionales: | * (snowflake) |
| Cecas latinas: | ⊗ |
| Cecas púnicas: | * (asterisk) |

FIGURA 2.—Inscripciones ibéricas de época romana y algunas otras inscripciones contemporáneas.

y en el bronce romano de Contrebia el representante de la supuestamente ibérica Salluia lleva un nombre probablemente vascón, sin duda no ibérico (Fatas, 1980, 95-96; Gorrochategui, 1987, 443). No es éste el lugar para tratar en detalle el problema de la epigrafía ibérica del valle del Ebro y de la masiva presencia de onomástica ibérica entre los miembros de la turma salluitana, pero creo que debemos contar de nuevo con la expansión de una lengua vehicular, en este caso avanzando junto con los ejércitos romanos y sus necesidades de aprovisionamientos «mediterráneos», con

la instalación de pequeños grupos privilegiados de lengua ibérica y con la aculturación onomástica de estamentos indígenas no ibéricos, en buena medida también privilegiados ⁴⁰.

Si esta hipótesis es cierta, la frontera clara que tenemos es la del progreso de la lengua vehicular ibérica escrita y posiblemente oral, es decir la línea en la que se detiene su avance, y esa línea puede tener signifi-

⁴⁰ Otra visión de la frontera entre celtibérico e ibérico en Untermann: 1996: «La frontera».

cados diversos. Es sin duda una frontera sociológica, el límite de una determinada comunidad social que no ha aceptado la mera presencia de la innovación llegada de fuera sino que ha adoptado la escritura ibérica a sus propias necesidades y ha mantenido su propia lengua (de Hoz, 1993, 22-24; 1999, 454-456). La hipótesis más económica es que estemos precisamente ante una frontera lingüística; al este se hablaba una lengua o lenguas que desconocemos, al oeste se hablaba celtibérico, y la organización social de los celtíberos resultaba menos permeable que la de los pueblos más orientales. No sería imposible que estuviésemos ante una frontera interior dentro del mundo de lengua celtibérica, y que al este de la línea de máximo avance del ibérico hubiese también hablantes de celtibérico, pero ésta es una hipótesis más costosa, que mientras no cuente con indicios explícitos a su favor debe ser rechazada. Otra cosa es si se hablaban lenguas indoeuropeas, incluso célticas, al este de la línea, lo que es tan posible como que se tratase de lenguas no indoeuropeas, pero incluso suponiendo que en fechas anteriores hubiese existido un continuo lingüístico céltico a un lado y otro de la frontera que ahora consideramos, creo que esa frontera había llegado a adquirir una consistencia muy significativa; podría tratarse tal vez de una mera divisoria dialectal, no lingüística, pero en ese caso estaría probablemente reforzada por un sentimiento de etnicidad; los celtas al oeste de la divisoria se sentirían miembros de una comunidad que se extendía hacia la meseta, y las fronteras meramente dialectales pueden ser sentidas como auténticas barreras lingüísticas cuando se suma una frontera étnica.

Más al oeste la ausencia de epigrafía hace aún más difícil delimitar fronteras lingüísticas y étnicas; hay un caso notorio de interpretación discrepante en lo que se refiere a la lengua, el problema de lusitano y lenguas célticas⁴¹, y una línea de demarcación generalmente admitida, la que contrapone una *Hispania* indoeuropea y una *Hispania* no indoeuropea, cada una caracterizada por una particular toponimia⁴². Sin embargo la polémica, desde el punto de vista que ahora es el nuestro, se diluye bastante, y en contrapartida esa línea generalmente admitida me parece muy problemática.

Es cierto que existen dos posturas en la clasificación lingüística del lusitano, la de Untermann que lo considera adscribible al grupo céltico, y la de quienes lo interpretamos como una lengua indoeuropea occidental autónoma. Pero si esta diferencia de opinión es importante en lo que se refiere al origen de lusitano y celtibérico, no lo es tanto en lo que se refiere a las fronteras entre ambas lenguas porque todo

el mundo está de acuerdo en que a la llegada de los romanos, cuando comienza nuestra información sobre el celtibérico, existía una diferencia étnica y lingüística clara entre lusitanos y celtíberos. El problema esencial es que no tenemos datos sobre los límites occidentales de la lengua celtibérica, ya que es perfectamente posible que etnias como los vacceos hayan hablado celtibérico sin por ello adoptar la escritura, de la misma forma que, a pesar de contar con un poblamiento al que podemos atribuir un cierto desarrollo urbano, no han sentido interés por adoptar la acuñación de moneda (García-Bellido, 1997, 224-227; 1998, 179-187). Si Untermann estuviese en lo cierto en su interpretación del lusitano, el problema se haría aún mucho más complejo porque podría existir una gradación dialectal continua entre el valle del Ebro y las Beiras portuguesas.

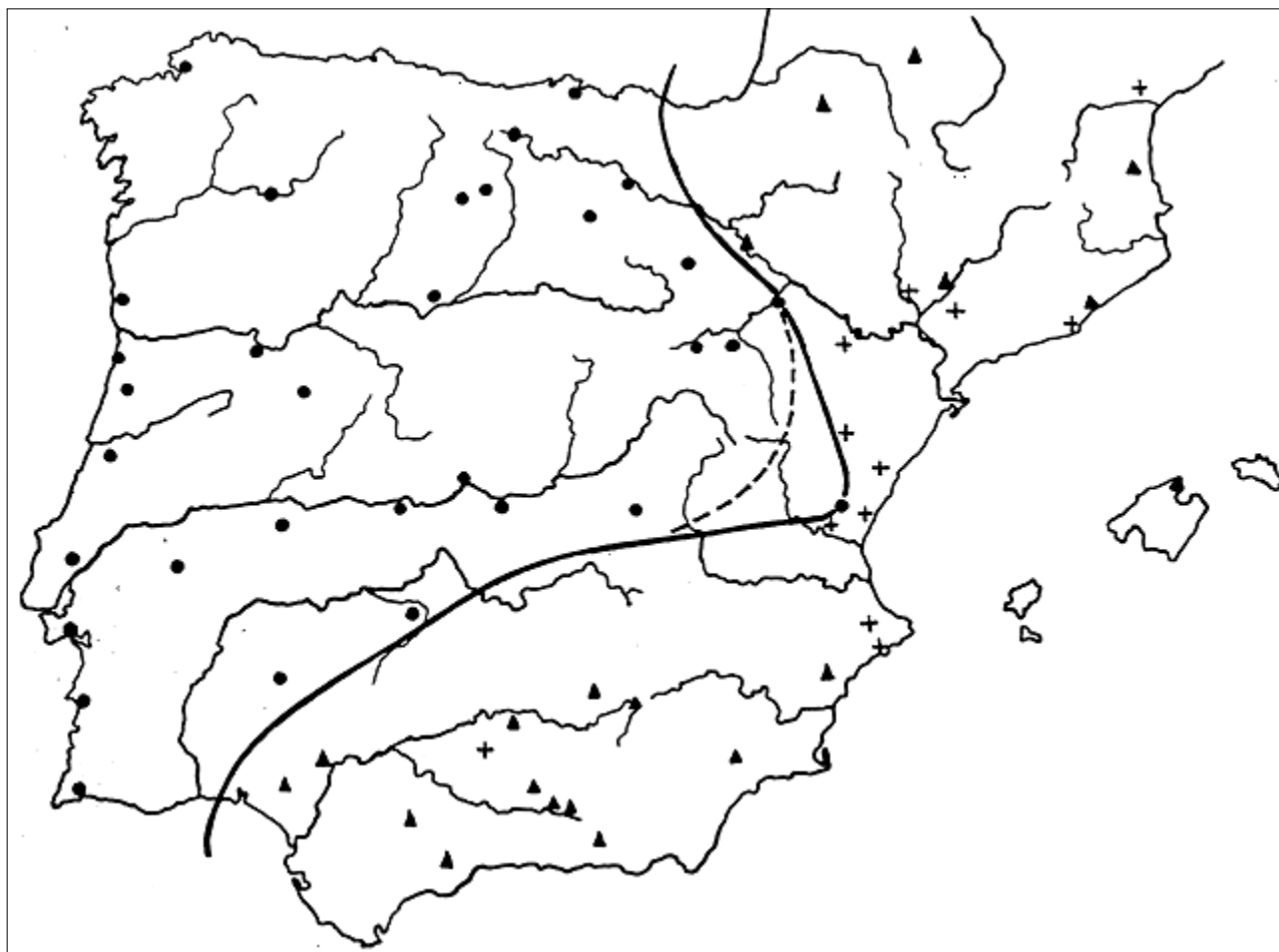
En cuanto a la línea de demarcación de la *Hispania* indoeuropea y preindoeuropea (mapa n.º 3), basada en la contraposición de topónimos propiamente célticos, no simplemente indoeuropeos, en *-briga*, e ibéricos en *ilti*, si tiene un valor indudable como reflejo de una situación que la presencia romana ha fijado momentáneamente⁴³, hasta que la latinización ha acabado con ella, es preciso matizarla en varios sentidos, porque no es sino un momento en el desarrollo de un proceso histórico y refleja distintas fases de ese proceso, y porque la aparente homogeneidad del espacio lingüístico definido por una cierta formación toponímica es más aparente que real (de Hoz, 1995, 12-18).

Insisto aquí en lo que ya he desarrollado en ocasiones anteriores. El mapa de los topónimos en *-briga* (mapa n.º 4) es en realidad una combinación de espacios diversos, uno, nuclear probablemente, que corresponde a la Celtiberia y a su extensión occidental, otro que no es sino una línea de penetración siguiendo el Tajo y que posiblemente está relacionado con los claros testimonios célticos que encontramos en territorio lusitano, y dos zonas de concentración, una en el noroeste, relacionable con los *celtici* que las fuentes mencionan en la zona (de Hoz, 1997; 1994, 105-108 y 115-118), y otra a ambos lados del Guadiana cuando su curso desciende de norte a sur, que engloba a los *celtici* de la Beturia y a los de Portugal (García Iglesias, 1971; Berrocal, 1992; 1994 y 1995; García-Bellido, 1995; de Hoz, 1993, 359-360; 1995, 591-594; y en prensa). Es interesante la existencia de algunos casos aislados, incluso en la Beturia túrdula, como lo es el que algunas ciudades andaluzas reconocidas como «célticas» por las fuentes queden fuera de los dos espacios propiamente definidos como tales, el de la

⁴¹ Trabajos significativos a favor de la comunidad de lengua de celtíberos y lusitanos: Untermann: 1987: «Lusitanisch»; 1996: «La onomástica», 113; en contra: Schmidt, K. H.: 1985: «A Contribution»; Gorrochategui, J.: 1987: «En torno»; Villar, F.: 1994: «Los antropónimos».

⁴² Línea definida por Untermann desde 1961: *Sprachräume*, mapas 2-4, y reiterada en numerosas ocasiones. Vid. el mapa completo de topónimos en *-briga* en Albertos, M.ª L.: 1990: «Los topónimos», 145.

⁴³ Incluso desde este punto de vista habría que matizar varios aspectos. El ángulo sudoeste queda en realidad fuera del territorio de los topónimos en *-briga*, excepto por un único y discutido testimonio. Por otra parte la *Hispania* no indoeuropea no es en gran parte sino la *Hispania* en la que se han extendido el ibérico como lengua vehicular y la influencia mediterránea, facilitando una latinización más rápida de los grupos privilegiados, lo que no excluye que en el siglo II a.C. las lenguas vernáculas de algunas comunidades fuesen indoeuropeas.



Topónimos en *-briga*
 Topónimos en *ili-, ilti-*
ilti-, iltu- en la epigrafía ibérica.

●
 ▲
 +

FIGURA 3.—Las Hispanias indoeuropea y no indoeuropea según J. Untermann: 1961.

Beturia y el gaditano, en el que incidentalmente no hay ningún nombre en *-briga*.

En realidad estamos en presencia de una expansión de gentes celtas que sólo en contados casos podemos delimitar y fechar, uno de cuyos testimonios, no el único ni necesario como demuestra la céltica gaditana, son los topónimos en *-briga*, a menudo, como muestran las líneas en el mapa, repetición de otros previamente existentes. La expansión de la que hablamos ha producido fronteras del tipo más convencional, como en el caso de la Beturia, pero en otros casos ha dado origen a lo que podríamos llamar fronteras discontinuas, cuando en un espacio étnico como el de la Beturia túrdula, el lusitano o el de los turdetanos al sur del Guadalquivir, han aparecido asentamientos célticos desperdigados como islas, manteniendo a veces un topónimo precéltico e introduciendo en otras un nuevo nombre, frecuentemente en *-briga* aunque no necesariamente, como muestra el caso de Segovia⁴⁴. Nace

así una imbricación de etnias que no es frecuente tomar en consideración en el estudio del Mediterráneo antiguo, pero que se impone a la atención del historiador en otros mundos, por ejemplo en el Africa subsahariana.

Hasta aquí nos hemos encontrado con situaciones diversas, que ahora, habiéndolas descrito rudimentariamente, podemos intentar sistematizar. Hemos encontrado lo que podríamos llamar fronteras horizontales, fronteras verticales y fronteras discontinuas, hemos encontrado fronteras más estáticas y más móviles, fronteras-divisorias y zonas fronterizas de fusión, fronteras lingüísticas y fronteras étnicas que en general coincidían, fronteras arqueológicas que se comportan como las fronteras dialectales más que como las lingüísticas, pero que a pesar de esa flexibilidad a veces difícilmente pueden ser coordinadas con las fronteras étnicas.

En la bibliografía reciente el tema de la frontera aparece como he dicho con frecuencia, y arrastra sin duda unas connotaciones de prestigio; la palabra «frontera», o mejor la expresión «frontier-history», es un caso típico de esos términos cuyo uso parece automática-

⁴⁴ Bell. Alex. 57.6; a la localización de Tovar, A.: 1974: *Iberische*, 114-5 se debe preferir la de CIL II 2 5.

mente indicar que el trabajo en que se emplea es metodológicamente serio y está al día en lo que se refiere a los problemas esenciales. Sin embargo por razones obvias es poco frecuente que el estudio del mundo antiguo pueda tratar del tema con un mínimo de concreción; nuestro campo padece siempre, incluso en las situaciones más favorables, de una desesperante limitación de datos, y la información limitada de que disponemos suele concentrarse en las zonas nucleares de las diversas culturas; las acrópolis de Atenas o Tebas son generosas con el arqueólogo, la imprecisa línea que separaba el Atica de Beocia lo es mucho menos. Nuestra información sólo despegas en los mundos fronterizos, aparte casos excepcionales y azarosos, cuando por razones políticas, es decir algo que puede ser totalmente ajeno a la lengua o a la etnia, los propios antiguos han querido marcar material y deliberadamente un espacio fronterizo, sea por ejemplo a través de los santuarios griegos en los límites o de las construcciones militares que puntúan el *limes* romano.

Esa inadecuada información puede provocar fácilmente espejismos, podemos sentirnos tentados de rellenar la imagen de la que apenas si tenemos un par de trazos deshilvanados trasladando el dibujo tomado de otra parcela de la historia o dando por real un mero modelo teórico. Por ejemplo, se ha invocado bastante a propósito de las fronteras del mundo clásico el libro de Turner sobre la frontera americana, que por supuesto, como toda gran construcción historiográfica, puede proporcionarnos vigorosos estímulos, pero eso no puede cegarnos a las radicales diferencias que existían entre el caso estudiado por Turner y los que a nosotros nos ocupan. Para Turner lo esencial de la frontera fue su capacidad para crear algo nuevo, el carácter americano, y merece la pena recoger una cita algo larga que pone de manifiesto claramente esa idea: «La frontera es la línea de americanización más rápida y efectiva. La tierra virgen domina al colono. Este llega vestido a la europea, viaja a la europea y europeas son su manera de pensar y las herramientas que utiliza. La tierra virgen le saca del coche de ferrocarril y le mete en la canoa de abedul. Le quita los vestidos de la civilización y le hace ponerse la zamarra del cazador y los mocasines. Le hace vivir en la cabaña de troncos de los cherokees y de los iroqueses y construir en torno a ella una empalizada india. No pasa mucho tiempo sin que el colono siembre maíz y sin que labre la tierra con un palo aguzado; lanza el grito de guerra y arranca el cuero cabelludo en el más puro y ortodoxo estilo indio. En una palabra, el medio ambiente de la frontera resulta al principio demasiado duro para el hombre blanco. Este debe aceptar las condiciones que le impone si no quiere perecer y por lo tanto se instala en los calveros indios y sigue las pistas indias. Poco a poco va transformando la tierra salvaje, pero el resultado no es la vieja Europa, ni sencillamente el desarrollo del germen germánico ni un caso de reversión a la antigua marca germánica.

El hecho es que surge un nuevo producto que es americano» (1960, 23). No sé cuánto hay de exageración en las palabras de Turner ni hasta que punto los historiadores actuales de los Estados Unidos modificarían sus afirmaciones⁴⁵, pero lo cierto es que la imagen que nos da contiene datos obviamente correctos y a la vez no es en absoluto trasladable al mundo antiguo, incluso cuando se trata de fronteras creadas por emigración, que son obviamente las que se prestarían a la comparación con el modelo de Turner.

Las claves de la diferencia son varias, pero la más significativa está posiblemente en la frase «el medio ambiente de la frontera resulta al principio demasiado duro». En general no es ese el caso en el mundo del que nos ocupamos; los hábitos de vida que imponía al colono griego o al emigrante celta el territorio ganado no eran en muchos casos demasiado diferentes de los que traía consigo, lo que significa que no necesitaba transformar su estructura social para adaptarse a las nuevas circunstancias. Y es precisamente en esa estructura social, o mejor dicho en las estructuras sociales puestas en contacto a través de una frontera, donde está el problema fundamental que nos ocupa⁴⁶. En lo que se refiere a la lengua es difícil poder llegar a conclusiones en ese sentido, porque en el mundo antiguo rara vez contamos con información suficiente, pero la escritura sí puede en ciertos casos permitirnos entrever cómo su uso ha sido condicionado por una frontera.

Volvamos a los ejemplos ya manejados. Las escrituras paleohispánicas son todas el resultado de un contacto; los hablantes de ibérico en concreto han desarrollado sus tres escrituras a través del contacto con otras gentes hispánicas mal definidas o con griegos. El caso de la escritura greco-ibérica se escapa un tanto del problema de las fronteras, ya que sin duda pertenece a ese espacio sui generis de las factorías comerciales o los barrios de metecos que, por muy importante que sea desde el punto de vista de las relaciones culturales, difícilmente podemos incluir en los fenómenos de frontera si no es forzando al extremo una metáfora —aunque *vid. infra* sobre la frontera de los traficantes—. Pero las otras dos variantes de escritura ibérica, la meridional y la levantina, han nacido probablemente por contacto a través de una o dos fronteras que por ahora no podemos determinar (de Hoz, 1993, 22-23). En todo caso en esa frontera o fronteras se han encontrado dos sociedades, una conocedora de la escritura, otra, la ibérica inicial, desconocedora, pero ambas con grupos minoritarios implicados en actividades en las que tenía sentido introducir la escritura como un utillaje práctico y poner en marcha el esfuerzo social necesario para asegurar su transmisión de una generación a otra.

⁴⁵ La traducción española citada lleva un prólogo de G. Céspedes (pp. 9-15) donde pueden encontrarse algunas referencias a la cuestión.

⁴⁶ «...frontiers are of social, not geographic origin» (Lattimore, O.: 1955: «The frontier», 108).

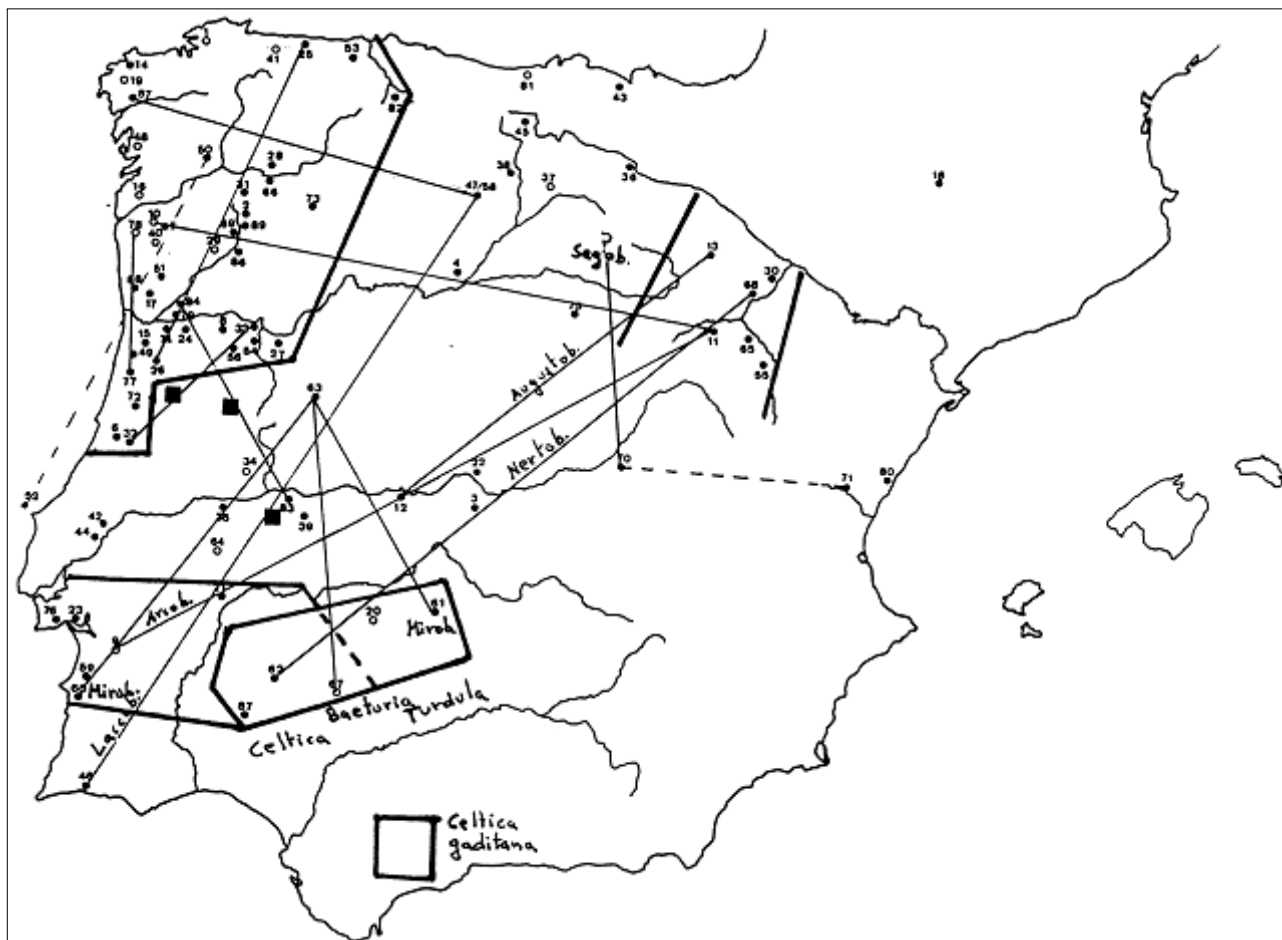


FIGURA 4.—Los topónimos en -briga (según M.ª L. Albertos: 1990) de acuerdo con su distribución en zonas, y los territorios atribuidos a los celtici por las fuentes.

Los círculos negros indican localización segura o muy probable; las siluetas, localización hipotética. Las líneas gruesas delimitan esquemáticamente zonas étnicas; el N.O. no debe considerarse sin embargo zona céltica en su conjunto, sino territorio en el que existen enclaves célticos. Las líneas finas unen topónimos homónimos. Los cuadrados negros corresponden a las inscripciones lusitanas.

Por el contrario, los íberos en sentido estricto, los hablantes de ibérico y creadores de las tres escrituras ibéricas, han mantenido contactos de frontera con otros grupos, gentes del interior o de la costa al norte del Júcar, sin que podamos determinar sus límites precisos, entre los que, por razones sociales y económicas, no se ha sentido la conveniencia de adoptar la escritura ibérica. En el caso de Languedoc y el Ampurdán, si como hemos planteado previamente llegó a producirse una integración de los íberos en la estratigrafía social como grupo a la vez étnico y social, se produjo una frontera vertical en la que el contacto de los íberos con otros estamentos privilegiados sí dió lugar a que éstos adoptasen la escritura, pero curiosamente no adaptándola a su propia lengua sino recibéndola junto con la lengua vehicular ibérica como un paquete inseparable, hasta el punto de que, si no fuese por los nombres no ibéricos de los autores de algunas inscripciones en lengua y escritura ibéricas, no podríamos detectar el préstamo. Obviamente el factor bási-

co ha sido una vez más social; la sociedad local tenía características que hacían posible la adopción de la escritura, pero se daban condiciones en el juego de mutuas relaciones entre íberos y locales que han llevado a éstos a adoptar también la lengua ibérica como lengua escrita.

Pero no basta con considerar la frontera vertical junto a la horizontal; existen fenómenos relacionados con la existencia de una frontera que van más allá de ella misma, y que pueden ser decisivos desde el punto de vista de las relaciones interétnicas. Y aquí sí que podemos utilizar sin forzar los hechos un concepto tomado de Turner, el de frontera de los mercaderes. Turner en efecto distinguía en un proceso cronológico distintos momentos en la creación de una frontera, de los que el primero corresponde a la frontera de los traficantes (1960, 28-29).

La frontera de los mercaderes sería, y aquí intento sistematizar lo que Turner no sistematizó, un espacio cultural en el que se mueven con cierta frecuen-

cia e intensidad mercaderes que pertenecen a otra u otras culturas y traen consigo productos de esa cultura o culturas capaces de provocar un cierto impacto social en su nuevo ambiente. Desde el punto de vista de la Hispania prerromana el fenómeno se suele considerar en relación con griegos y púnicos exclusivamente, pero creo que sin duda ha existido una frontera del comerciante eteoiibérico, y que el desarrollo del ibérico como lengua vehicular ha debido recibir en buena medida su impulso en esa frontera.

Por otra parte un fenómeno de ese tipo podría tal vez haber jugado un papel en el caso de la formación de una de las dos variantes de escritura celtibérica, aunque la hipótesis no me parece particularmente probable. Lo cierto es que los celtíberos han adoptado el semialfabeto ibérico levantino en dos ocasiones distintas, dando lugar a una variedad oriental, la de Contrebia Belaisca por ejemplo, y otra occidental, atestiguada por ejemplo en Luzaga y Numancia⁴⁷. La adopción de la escritura oriental se explica sin problemas a través de esa frontera a la que ya me he referido, y que nace de la expansión del ibérico como lengua escritura vehicular hacia el interior del valle del Ebro. Se trataría de unas circunstancias más o menos paralelas a las que explican la aparición de la escritura ibérica meridional.

Pero la escritura celtibérica occidental plantea un problema no resuelto aún. Su origen debe estar, si consideramos la hipótesis más económica, en el área sudeste del mundo celtibérico, de donde se habría extendido en dirección oeste y noroeste, pero no está claro que en esa zona, a diferencia de lo que ocurre en el valle del Ebro, se haya llegado a establecer una frontera definida entre la epigrafía ibérica y la celtibérica, a pesar de la convivencia en Peñalba de Villastar de inscripciones en ambas lenguas, ya que en este caso las inscripciones ibéricas están en escritura levantina mientras que las celtibéricas, sin duda posteriores, están en alfabeto latino. Más que hablar de frontera lineal, en este caso debemos subrayar el papel de los altos valles del Júcar, Cabriel y Turia como caminos de tráfico mercantil (Lorrio, 1999).

La ausencia de escritura prerromana más a occidente nos impide valorar otras fronteras desde ese punto de vista, pero todavía podemos aprovechar otros datos lingüísticos, los de la onomástica. Ya me he referido a los NNP no ibéricos en inscripciones ibéricas como testimonio de la utilización de la lengua ibérica por gentes de otras etnias, y en contrapartida he podido aludir a la expansión de la onomástica ibérica en zonas en que no creo que se hablase ibérico como

lengua familiar. Es cierto que en general es imposible decidir, ante un NP ibérico en territorio que supongo no eteoiibérico, si se trata del testimonio de un préstamo onomástico o de la presencia de un genuino hablante de ibérico, pero hay casos que parecen de interpretación más evidente, y así ocurre en particular con la onomástica de la turma salluitana.

Como es sabido, ese repertorio de los nombres de los jinetes premiados con la ciudadanía romana y de sus padres constituye la base de nuestro conocimiento de la onomástica ibérica, y sus elementos, en su mayor parte, encuentran en efecto paralelos en la epigrafía ibérica más antigua, en las diversas zonas en que ésta está atestiguada⁴⁸. Por otra parte algunos de los NNP son claramente no ibéricos, por ejemplo los de los ilerdenses ya latinizados, testimonio evidente de cómo estos jinetes, miembros sin duda del grupo privilegiado en sus respectivas comunidades, han podido adoptar nombres ajenos a su propia tradición lingüística, y es esto precisamente lo que creo ocurre con los portadores de NNP ibéricos⁴⁹.

Un fenómeno similar se da en el territorio occidental indoeuropeizado; no puedo entrar aquí en detalle en las muy variadas situaciones que encontramos en las diversas regiones ni en la existencia de repertorios locales, propios de áreas específicas, o en los indicios que nos permiten en algunos casos comprobar cómo en fechas tardías se han producido movimientos reducidos de gentes que han llevado ciertos NNP propios de una zona a otra. Pero por encima de estos aspectos parciales hay un fenómeno general a la onomástica indígena del área indoeuropea atestiguada en la epigrafía latina, y es la existencia de un repertorio común, cuyos elementos podemos encontrarlos indistintamente en cualquier región de la Hispania indoeuropea (de Hoz, 1988, 196-201). Es difícil pronunciarse sobre el origen del fenómeno que puede estar ligado a la romanización incipiente o reflejar la capacidad de influencia y la tendencia expansiva de los celtíberos, y quizá también de los lusitanos, en las fechas inmediatamente anteriores y contemporáneas a la conquista romana, pero en todo caso se trata de un testimonio claro de cómo las fronteras étnicas no han sido barreras sino más bien zonas de ósmosis a través de las que ciertos aspectos sociales, por ejemplo rasgos lingüísticos y en particular ese elemento de la lengua particularmente condicionado por los valores sociales que es la onomástica, han podido infiltrarse siempre que a un lado y otro de la frontera existían comunidades con una desigual capacidad de penetración y resistencia.

⁴⁷ En último lugar, Rodríguez Ramos: 1997: «Sobre». El rasgo diferencial más llamativo, la diferencia de los signos nasales, fue descubierto independientemente por Michelena, L.: 1956: (Reseña), p. 373 de *Lengua e historia*, y Schmoll, U.: 1960: «Die iberischen». Para la caracterización general de los dos sistemas desde un punto de vista paleográfico amplio vid. de Hoz, J. & Michelena, L.: 1974: *La inscripción*, 111-4; de Hoz, J.: 1983: «Origine», 33-6; 1986: «La epigrafía», 51-5.

⁴⁸ Sobre la inscripción (CIL I 709): Criniti, N.: 1970: *L'epigrafe...* Los NNP están estudiados, con el resto de los NNP ibéricos, en Untermann, MLH III 1, § 7.

⁴⁹ No es probable sin embargo que los NNP ibéricos en el gran bronce de Botorrita (K.1.3) respondan a las mismas motivaciones: Beltrán, F., de Hoz, J. & Untermann, J.: 1996: *El tercer*, 102, 201; Untermann: 1998: «Puplipor», 646.

BIBLIOGRAFÍA

- ACTAS del II *Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica* (Tübingen, 1976): 1979: Salamanca.
- ACTAS del III *Coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas* (Lisboa, 1980): 1985: Salamanca.
- ACTAS del IV *Coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas* (Vitoria, 1985): 1987: Vitoria/Gasteiz = *Studia Paleohispanica*, Veleia 2-3.
- ACTAS del V *Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica* (Colonia 1989) = *Lengua y cultura en la Hispania prerromana*: 1993: Salamanca.
- ACTAS VII. 1999: *Pueblos, lenguas y escrituras en la Hispania prerromana*. Actas del VII coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas, F. Villar & F. Beltrán eds., Salamanca.
- ALBERTOS, M.^a L.: 1990: «Los topónimos en -briga en Hispania», *Veleia* 7, 131-46.
- ALMAGRO-GORBEA, M. & MARTÍN, A. M.^a: 1994: *Castros y oppida en Extremadura*, Madrid.
- ALMAGRO-GORBEA, M. & RUIZ ZAPATERO, G., eds.: 1993: *Paleoetnología de la Península Ibérica*, Madrid (= *Complutum* 2-3, 1992).
- AUBET, M.^a E., ed.: 1989: *Tartessos*, Barcelona.
- BELTRÁN, F., DE HOZ, J. & UNTERMANN, J.: 1996: *El tercer bronce de Botorríta (Contrebia Belaisca)*, Zaragoza.
- BERROCAL-RANGEL, L.: 1992: *Los pueblos célticos del Suroeste de la Península Ibérica*, Madrid.
- 1994: «Oppida y castros de la Beturia céltica», Almagro-Gorbea, M. & Martín, A. M.^a, *Castros*, 189-241.
- 1995: «La Beturia: Definición y caracterización de un territorio prerromano», Velázquez, A. & Enríquez, J. J. eds., *Celtas y túrdulos*, 151-204.
- CABRERA, P., OLMOS, R. & SANMARTÍ, E., Coordinadores: 1994: *Iberos y griegos: lecturas desde la diversidad I-II*, Huelva (Huelva arqueológica XIII 1 y 2).
- LA CITTÀ E IL SUO TERRITORIO: 1968: Atti del settimo convegno di studi sulla Magna Grecia. Taranto 1967, Napoli.
- CORREA, J. A.: 1993: «Antropónimos galos y ligures en inscripciones ibéricas», *Studia palaeohispanica*, J. Untermann, 101-16.
- CRINITI, N.: 1970: *L'epigrafe di Ausculum de Gn. Pompeo Strabone*, Milano.
- FATÁS, G.: 1980: *Contrebia Belaisca (Botorríta, Zaragoza) II. Tabula Contrebiensis*. Monografías Arqueológicas 23. Zaragoza.
- FORME DI CONTATTO E PROCESSI DI TRASFORMAZIONE NELLA SOCIETÀ ANTICHE: 1983: Pisa & Roma.
- FRONTERAS: 1989: *Arqueología espacial* 13, Teruel.
- GARCÍA-BELLIDO, M.^a P.: 1995: «Célticos y púnicos en la Beturia según sus documentos monetales», Velázquez, A. & Enríquez, J. J. eds., *Celtas y túrdulos*, 255-92.
- 1997: «Coinage and ethnicity in Celtic Spain», *ZCP* 49-50, 219-42.
- 1998: «Los ámbitos de uso y la función de la moneda en la Hispania republicana», Mangas, J. ed., *Italia e Hispania*, 177-202.
- GARCÍA IGLESIAS, L.: 1971: «La Beturia, un problema geográfico de la Hispania antigua», *AEspA* 44, 86-108.
- GORROCHATÉGUI, J.: 1987: «En torno a la clasificación del lusitano», Actas del IV *Coloquio*, 77-91.
- 1987: «Situación lingüística de Navarra y alrededores en la antigüedad a partir de fuentes epigráficas», *Primer Congreso Navarra* 2, 435-45.
- HANNERZ, U.: 1997: «Frontières», *RISS* 154, 597-609.
- DE HOZ, J.: 1983: «Origine ed evoluzione delle scritture ispaniche», *AIWN* 3, 27-61.
- 1986: «La epigrafía celtibérica», *Reunión sobre epigrafía*, 43-102.
- 1988: «Hispano-celtic and Celtiberian», G. W. MacLennan ed., *Proceedings*, 191-207.
- 1989: «El desarrollo de la escritura y las lenguas de la zona meridional», M. E. Aubet ed., *Tartessos*, 523-87.
- 1993: «La lengua y la escritura ibéricas, y las lenguas de los íberos», Actas del V *Coloquio*, 635-66.
- 1993: «Las sociedades paleohispánicas del área no indoeuropea y la escritura», *AEspA* 66, 3-29.
- 1993: «Testimonios lingüísticos relativos al problema céltico en la Península Ibérica», M. Almagro ed., *Los celtas*, 357-407.
- 1994: «Castellum Aviliobris. Los celtas del extremo occidente continental», *Indogermanica et Caucasica*, 348-62.
- 1994: «Griegos e íberos. Testimonios epigráficos de una cooperación mercantil», Cabrera, P., Olmos R. & Sanmartí, E., Coordinadores, *Iberos II*, 243-71.
- 1995: «El poblamiento antiguo de los Pirineos desde el punto de vista lingüístico», *Muntanyes i població*, 271-99.
- 1995: «Escrituras en contacto: ibérica y latina», *Roma y el nacimiento*, 57-84.
- 1995: «Áreas lingüísticas y lenguas vehiculares en el Mediterráneo occidental», *L'Italia e il Mediterraneo*, 11-44.
- 1995: «Tartésio, fenicio y céltico, 25 años después», *Tartessos 25 años después*, 591-607.
- 1997: «Lingua e etnicidade na Galicia antiga», *Galicia fai dous mil anos. O feito diferencial galego*. I Historia 1, Santiago de Compostela, 101-40.
- 1999: «Los metales inscritos en el mundo griego y periférico y los documentos celtibéricos en bronce», *Actas VII*, 433-70.
- en prensa (1999): «From Ptolemy to the ethnical and linguistic reality. The case of southern Spain and Portugal».
- en prensa: «Hacia una tipología de la lengua ibérica», *Actas del VIII Coloquio de lenguas y culturas hispánicas prerromanas*, Salamanca.

- DE HOZ, J. & MICHELENA, L.: 1974: *La inscripción celtibérica de Botorrita*. Salamanca.
- HUTCHINSON, J. & SMITH, A. D. eds.: 1996: *Ethnicity*, Oxford.
- INDOGERMANICA ET CAUCASICA. FESTSCHRIFT FÜR KARL HORST SCHMIDT ZUM 65. GEBURSTAG: 1994: Herausgegeben von R. Bielmeier und R. Stempel, Berlin-New York.
- INIESTA, A.: 1989: «Pueblos del cuadrante sudoriental de la Península Ibérica», A. Montenegro et alii, *Historia de España* 2, 318-45.
- L'ITALIA E IL MEDITERRANEO ANTICO: 1995: *Atti Convegno Società Italiana di Glottologia*. A cura di A. Landi, Pisa.
- DE JULIIS, E.: 1988: *Gli Iapigi. Storia e civiltà della Puglia preromana*, Milano.
- LATTIMORE, O.: 1955: «The frontier in history», X *Congresso Internazionale di Scienze Storiche*. Relazioni I, 103-38.
- LEPORE, E.: 1968: «Per una fenomenologia storica del rapporto città-territorio in Magna Grecia», *La città e il suo territorio*, 29-62 (cit. por 1989: Colonie, 47-70).
- 1989: *Colonie greche dell'occidente antico*, Roma.
- LLOBREGAT, E.: 1972, *Contestania Iberica*, Alicante.
- LORRIO, A. J.: 1999: «Elementos para la delimitación de la Celtiberia meridional», *Actas* VII, 257-67.
- MACLENNAN, G. W., ed.: 1988: *Proceedings of the First North American Congress of Celtic Studies*, Ottawa.
- MANGAS, J. ed.: 1998: *Italia e Hispania en la crisis de la República*. Actas del III Congreso Hispano-Italiano (Toledo, 20-24 de septiembre de 1993), Madrid.
- MICHELENA, L.: 1956: (Reseña a) M. Lejeune, Celtiberica, *BRSVAP* 12, 233-5 (= Lengua e historia, 371-3).
- 1985: *Lengua e historia*, Madrid.
- MLH = Untermann, 1975..., *Monumenta*.
- MUNTANYES I POBLACIÓ. EL PASSAT DELS PIRINEUS DES D'UNA PERSPECTIVA MULTIDISCIPLINÀRIA: 1995: Bertranpetit i Vives, eds, Andorra.
- RODRÍGUEZ RAMOS, J.: 1997: «Primeras observaciones para una datación paleográfica de la escritura ibérica», *AEspA* 70, 13-30.
- 1997: «Sobre el origen de la escritura celtibérica», *Kalathos* 16, 189-97.
- ROMA Y EL NACIMIENTO DE LA CULTURA EPIGRÁFICA EN OCCIDENTE: 1995: F. Beltrán editor, Zaragoza.
- RUIZ, A. & MOLINOS, M.: 1989: «Fronteras: Un caso del siglo VI a.n.e.», *Fronteras*, 121-35.
- 1993: *Los Iberos*, Barcelona.
- SCHMIDT, K. H.: 1985: «A Contribution to the Identification of Lusitanian», *Actas del III Coloquio*, 319-41.
- SCHMOLL, U.: 1960: «Die iberischen und keltiberischen Nasalzeichen», *KZ* 76, 280-295.
- SORDI, M. ed.: 1987: *Il confine nel mondo classico*, Milano.
- TOVAR, A.: 1974: *Iberische Landeskunde. I Baetica*, Baden-Baden.
- TURNER, F. J.: 1960: *La frontera en la historia americana*, Madrid.
- UNTERMANN, J.: 1961: *Sprachräume und Sprachbewegungen im vorrömischen Hispanien*, Wiesbaden (traducción portuguesa en *RGuim* 77, 1962, española en *APL* 10, 1963).
- 1969: «Lengua ibérica y lengua gala en la Galia Narbonensis», *APL* 12, 99-161.
- 1975/1980/1990/1997: *Monumenta Linguarum hispanicarum. I. Die Münzlegenden. II. Inschriften in iberischer Schrift aus Südfrankreich. III. Die iberischen Inschriften aus Spanien. IV. Die tartessischen, keltiberischen und lusitanischen Inschriften*, Wiesbaden.
- 1979: «Eigennamen auf iberischen Inschriften», *Actas II Coloquio*, 41-67.
- 1987: «Lusitanisch, Keltiberisch, Keltisch», *Actas del IV Coloquio*, 57-76.
- 1992 (= 1993): «Quelle langue parlait-on dans l'Hérault pendant l'antiquité?», *RAN* 25, 19-27.
- 1996: «La onomástica celtibérica», *Estudios de lenguas y epigrafía antiguas* 2, 109-56.
- 1996: «La frontera entre las lenguas ibérica y celtibérica en las provincias actuales de Zaragoza y Teruel», *Homenaje a Purificación Atrián*, Teruel.
- 1998: «Puplipor. Römische Sklavennamen in Contrebia Belaesca», *Veröff. Joachim Jungius-Ges. Wiss. Hamburg* 87, 645-54.
- 1999: «La aportación lingüística de los antropónimos del «bronce de Botorrita III»», *Actas* VII, 635-49.
- VELÁZQUEZ, A. & ENRÍQUEZ, J. J. eds.: 1995: *Celtas y túrdulos: la Beturia*, Mérida.
- VILLAR, F.: 1994: «Los antropónimos en pent-, pint-, el ordinal «quinto» y las lenguas indoeuropeas de la Península Ibérica», *Indogermanica et Caucasica*, 234-64.

APROXIMACIONES METODOLÓGICAS A LA DEMOGRAFÍA PROTOHISTÓRICA: EL SIGLO IV a. C. EN EL SUROESTE

LUIS BERROCAL-RANGEL

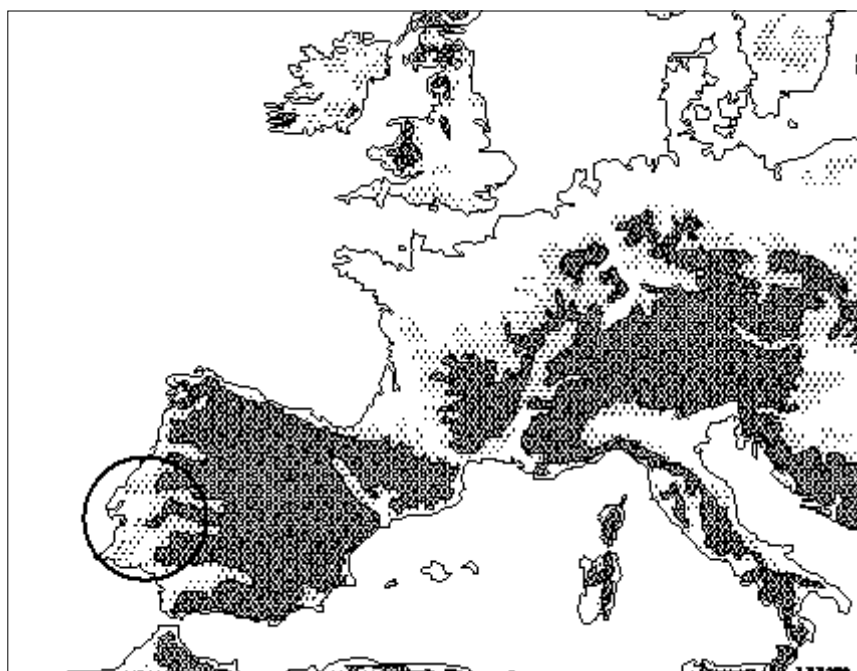
Departamento de Prehistoria y Arqueología, Universidad Autónoma de Madrid

ABSTRACT

The development of demographic behavioural patterns, and of strategies consolidated by stable relationships and rules, has allowed the definition of 'demographic systems', arguably well tested and proved among human populations. In this paper, the author tries to test these models and strategies against the background of a prehistoric people (itself under the stimulus provided by the arrival of different foreign elements), in order to understand its structure and working patterns. These patterns should be tested not only by the definition of archaeological, linguistic and socio-economic change, but also by the definition of social normative customs (such as bilocal residential regimes, communal social structures) that can be detected in the territories occupied by Celtic peoples in Southwestern Iberia, specially since the end of the 5th century BC.

RESUMEN

El desarrollo de patrones de comportamiento demográfico, y de estrategias consolidadas por relaciones y reglas estables en el tiempo, ha permitido a la definición de sistemas demográficos, relativamente bien comprobados y documentados entre las poblaciones humanas. El autor de este trabajo propone aplicar dichos modelos y estrategias, en lo posible, para comprender el funcionamiento de una población protohistórica estimulada por diferentes aportes externos. Dicho «funcionamiento» sería comprobable mediante la definición de los cambios arqueológicos, lingüísticos, socioeconómicos, y, especialmente, de los contextos de normas y costumbres sociales favorables (regímenes residencias bilocales, estructuras gentilicias...), que se detectan en el territorio ocupado por los pueblos Célticos del Suroeste peninsular, especialmente significativos desde finales del siglo V a.C.



1. INTRODUCCIÓN: ALGUNOS PLANTEAMIENTOS DEMOGRÁFICOS

La Demografía, como disciplina científica, se fundamenta en un cuerpo de epistemológico, de naturaleza cualitativa y metodológica, apoyado y corroborado por otro empírico, de naturaleza cuantitativa y estadística⁵⁰.

Del segundo, más asequible y accesible, la investigación prehistórica puede aportar muy poco, nada según los planteamientos más radicales (Petersen, 1975), aunque algunos ensayos se han realizado, con conclusiones más o menos polémicas, sobre bases paleoantropológicas, paleopatológicas territoriales y genéticas. De ellos, M. Almagro-Gorbea, G. Ruiz Zapatero y J. R. Álvarez Sanchís presentan un serio intento en este mismo Coloquio.

En justicia, es preciso mencionar estos trabajos de interés, alguno realizado ya de forma premonitoria hace una década, como el estudio de M. Almagro-Gorbea sobre «Paleodemografía ibérica» (1986), y otros muy recientes, como el incluido por F. Hernández y E. Galán en su estudio sobre las necrópolis de Villasviejas del Tamuja —especialmente El Mercadillo—, con consideraciones verdaderamente interesantes (1996, 91 ss.). Como sus propios autores indican, son ensayos que ponen de manifiesto los graves problemas de la Investigación en este campo, problemas que impiden considerar sus conclusiones estadísticas como algo más que bases provisionales de estudios cuantitativos, centrados en la definición de algunos comportamientos demográficos concretos (p.e., grupos de edad, sexo, mortalidad, y poco más). Al fin y al cabo, están realizados fundamentalmente sobre identificaciones de enterramientos de cremación, con las limitaciones y dificultades que tales análisis, por métodos comparativos de naturaleza física, manifiestan al trabajar con restos tan antiguos (especialmente los procedentes de las viejas excavaciones de necrópolis).

Así es factible afirmar que no se dispone de técnicas totalmente fiables y acreditadas para la identificación de tales comportamientos⁵¹ y que, las que parecen serlo a través del estudio del ADN, tienen una mínima incidencia en los estudios protohistóricos por el momento: las bases de análisis se obtienen de la identificación de género y edad de restos cremados, y posteriormente agrupados, y se realizan sobre individuos que han sido elegidos para su enterramiento por diferentes criterios sociales, rituales y étnicos, que no pueden considerarse reflejo integral, o suficientemente representativo, de la sociedad del entorno —demasiadas limitaciones previas—. Por ello, sus resultados

suelen ser cuantitativamente muy limitados, no superando bases de población compuestas por varias decenas de individuos o, en los casos más excepcionales, algunos millares (p.e., en las necrópolis de El Romazal I o La Yunta, por referir dos excavaciones actuales, frente a otros trabajos recientes, realizados sobre intervenciones antiguas, como La Osera, Las Cogotas, Aguilar de Anguita, o Carratiermes: Hernández y Galán, 1996; Martín Hernández, 1997; García Huerta, 1991; Álvarez Sanchís, 1995; Lorrio, 1997).

Una vía alternativa, o complementaria, es la valoración cuantitativa de las poblaciones en función del espacio ocupado en sus poblados, mediante aproximaciones más conjeturables pero también más interesantes para la interpretación del registro arqueológico (Hasam, 1981; Petersen, 1975). Una aportación reciente, que demuestra las posibilidades abiertas por esta vía, es el excelente trabajo publicado por F. Gracia *et al.* (1996) y, en esa línea, se inscribe buena parte del trabajo de Álvarez Sanchís y Ruiz Zapatero incluido en estas Actas.

Pero, ante los limitados rendimientos de este conocimiento cuantitativo, la Investigación suele recordar insuficientemente las implicaciones cualitativas de naturaleza demográfica, desarrolladas desde los planteamientos dieciochescos de Thomas R. Malthus y Adam Smith⁵² a los actuales de Alfred Sauvy (1984) y Carlo Livi-Bacci (1999). Sólo cuando el análisis de los fenómenos históricos destaca una clara y creciente discordancia entre unas y otras aproximaciones científicas sobre una realidad pasada concreta, se han tratado de utilizar positivamente conceptos y modelos demográficos teóricos, aunque siempre de forma singular en la Investigación peninsular. Así, por ejemplo, la creciente falta de armonía entre la Lingüística y la Arqueología en la década de los años «setenta», en referencia a la naturaleza y el origen de las poblaciones hispano-célticas, motivó diversos trabajos en esta línea, como los realizados por Gonzalo Ruiz Zapatero (1983, 1985).

Y, sin embargo, la base teórica de la Demografía está formada por un cuerpo de conocimientos que, fundamentalmente, la configuran como disciplina científica y alejan el tratamiento del dato demográfico de un análisis meramente técnico y cuantitativo al servicio de la Economía o de la Sociología, o del simple trabajo de campo de la Estadística (Keyfitz, 1985).

Dos premisas fundamentan la Ciencia demográfica, básicas para cualquier consideración posterior: que las capacidades o posibilidades de crecimiento de la naturaleza humana son fijas y, en esencia, no presentan variaciones de una época a otra, o de un grupo a otro; y que las manifestaciones concretas de esta capacidad varían en función del ambiente, de las con-

⁵⁰ Enumerar, en un trabajo como éste, una lista de manuales y trabajos genéricos sobre Demografía sería, cuando menos, presuntuoso. Valga citar algunos de los estudios que hemos utilizado: George (1979), Henry (1972 y 1983); Legina (1989); Livi-Bacci (1989 y 1999); Pressat, (1977 y 1987); Tapinos (1990); Vellin (1995); Vinuesa, ed. (1997); etc.

⁵¹ Pese a los loables y respetables trabajos de investigadores como Reverte Comas (1990).

⁵² Obras clásicas como *El primer ensayo sobre la población* (1979, Alianza edt. Madrid) de Malthus; *La riqueza de las naciones* (1958, FCE México) de Adam Smith siguen siendo referencias de primera línea en cualquier ensayo genérico sobre Demografía.

TABLA N.º 1		DEMOGRAFÍA	
DINÁMICAS	DESARROLLOS	↔	PROCESOS
	Endógenos	(Continuismo)	Estabilidad
EXPANSIVAS	Inflacionistas		➤ Concentración
	Exógenos	(Rupturismo)	➤ Intensificación
	Exógenos	(Rupturismo)	➤ Expansión
DEPRESIVAS	Deflacionistas		Movilidad
	Endógenos	(Continuismo)	Movilidad
			➤ Abandono
			➤ Depresión
			➤ Diezmo
			Estabilidad

TABLA N.º 2		NUCLEACIÓN	
1. NUCLEACIÓN	➤ hábitat urbano		<i>civitates</i> (sinecismo: igualdad)
	➤ hábitat agrupado		<i>oppida</i> (asociación hábitat disperso)

TABLA N.º 3		MIGRACIÓN	
2. MIGRACIÓN	➤ Presencia masiva		<i>Invasión</i>
	➤ Presencia estacional		<i>Contacto comercial/explo.</i>
	➤ Presencia esporádica		<i>Incursión</i>

diciones de vida y de las costumbres sociales (Livi Bacci, 1999, 10).

Por tanto, las transformaciones demográficas reflejan la oposición entre el contexto ambiental, y sus recursos, y los elementos elegibles, sociales y culturales, según comportamientos sociales individuales, familiares o colectivos. En función de estas premisas, y en relación con sus condicionantes, los demógrafos suelen desarrollar patrones teóricos de comportamientos según reglas y relaciones estables en el tiempo, en estrecha vinculación con las estrategias de conservación y crecimiento biológico, bien conocidas por los prehistoriadores (p.e., especies de selección «K» y «r»: Gamble, 1990, 115 ss.).

Sobre estas bases, la Investigación en Prehistoria podría plantear una vía de estudio que implique tres grados de actuación:

1. La utilización de las aplicaciones cualitativas y conceptuales como series de regímenes y estrategias, desarrolladas por la Demografía para el conocimiento de las poblaciones, actuales o pasadas.

2. El aprovechamiento, en la medida adecuada, de los estudios territoriales realizados sobre comportamientos demográficos entre sociedades de «tecnología simple» y estructuras pre-estatales o preclásicas no europeas, a fin de definir y contrastar regímenes y sistemas.

3. El incremento de los conocimientos cuantitativos sobre tales sociedades europeas del Pasado.

En esta línea, la Demografía Histórica analiza los diferentes desarrollos dinámicos, adscribibles según tendencia, causalidad y naturaleza a toda población humana hasta configurar distintos fenómenos demográficos con fuertes componentes territoriales: «concentraciones»,

«dispersiones», «migraciones», etc. (Livi-Bacci, 1999 y 1988, pero también Henry, 1983, por ejemplo). Así, las dinámicas demográficas refieren aquellos fenómenos sociales definidos por las tendencias, expansivas (inflacionistas o demográficamente en alza) o depresivas (deflacionistas o en baja); así como por las causalidades, endógenas o exógenas, y por las diferentes naturalezas continuistas y rupturistas de las poblaciones humanas.

De sus combinaciones, lógicas e interdependientes, y no casuales, pueden definirse los diferentes sistemas demográficos, de los que difícilmente se habla en la Investigación prehistórica, porque exigen el conocimiento de comportamientos e indicadores (v.g., generación inicial, grado de supervivencia, índice de migración o tasas de nupcialidad y fecundidad), que son normalmente inaprensibles para la Arqueología, incluso proyectadas a épocas recientes.

Si embargo sí suele hablarse de dinámicas demográficas, concretadas en términos procesuales como «intensificación» o «densidad», o como «concentración» o «dispersión» de la población. Y se confunden con los efectos tangibles de dichas dinámicas, fenómenos demográficos como la nucleación, la migración, el poblamiento o la colonización del territorio (Tablas 1-3).

La importancia de esta terminología está en consonancia con la definición de sus contenidos porque, en Prehistoria, es frecuente aludir a diferentes fenómenos indistintamente entre sí (como poblamiento y colonización) e, incluso, a alguna de las dinámicas o procesos que los producen (expansión y migración), sin constatar que, a menudo, una misma dinámica es motor de diferentes fenómenos.

Así, siguiendo a Hudson, R. Bradley (1978, 21) comprende la dispersión del poblamiento como la consecuencia directa de todo crecimiento lineal o lateral del territorio ocupado por una población. Dicho crecimiento puede producir, o no, migración o desplazamiento de parte de tal o cual población si, como consecuencia del fenómeno expansivo, los nuevos recursos y tierras terminan no resultando rentables desde el núcleo poblacional original, tal como ha sido comprobado numerosas veces en la historia de la Europa medieval.

La nucleación y el sinecismo, como potenciación de ciertos enclaves mediante el abandono de otros y el crecimiento interno, son fenómenos a menudo aplicados a las interpretaciones de las dinámicas finales de la Protohistoria: por ejemplo, el nacimiento de los *oppida* en Centroeuropa y la Meseta, estudiado, entre otros, por Cunliffe y Rowley (1976); Collis (1984); Audouze y Buchenschutz (1989); o por Almagro-Gorbea (1994); en la Hispania del Guadalquivir (Ruiz Rodríguez y Molinos, 1993); del Ebro (Burillo, 1998); o del Valle del Duero, donde el tránsito de los poblados de la facies «Soto» hacia los «celtiberizados del siglo IV» es defendido por Germán Delibes y Fernando Romero con el abandono de algunos poblados y la potenciación de otros (1991-1992, 254-255; Romero Carnicero *et alii*, 1993). Por el contrario, un proceso paralelo, pero de sentido opuesto, como la «descentralización» poblacional de grandes núcleos en pequeños asentamientos periféricos, es mucho peor conocido, bien por su rareza, como por su difícil constatación arqueológica (un fenómeno que sólo se constata en las sociedades industrializadas actuales).

Sobre los primeros, la nucleación puede ser detectada por síntomas y evidencias, como las recogidas por R. Bradley en su *The Prehistoric Settlement of Great Britain* (1978, 21-22):

- a) El incremento de las áreas habitadas de poblados existentes, generalmente de las emplazadas en posiciones de «enclave central».
- b) La aparición, o crecimiento, de los recintos defensivos o agro-pecuarios de dichos poblados.
- c) La densificación o compartimentación de las estructuras constructivas internas.
- d) El abandono simultáneo de poblados menores o similares de los entornos.

Mucho más aludida y tratada, incluso monotemáticamente (Rouse, 1986; Osborne, 1991), la migración no es, por ello, el fenómeno mejor conocido. Esta paradoja viene marcada por la importancia y la versatilidad de los conceptos «espacio» y «tiempo», los criterios más utilizados para la definición de las migraciones y que, en su medida, implican alguna forma de compartimentación del territorio y de la comunidad humana. Por ello, el análisis de las migraciones adquiere un interés especial en Arqueología, pese a tratarse de un

concepto confuso, mal definido incluso en Demografía, donde se favorece el concepto de movimiento poblacional que implica cambio de residencia habitual, con muchos matices (Vinuesa *et alii*, 1997, 128 ss.).

Porque, como fenómeno derivado de un proceso expansivo, la migración responde a diferentes escalas cuantitativas, de manera que es posible hablar indistintamente de una migración masiva e intrusiva, en forma de «invasión», como de otra esporádica, y no menos intrusiva, en forma de incursiones, con unos límites dependientes de la frecuencia que adquieran las segundas y de los efectos genéricos de las primeras. Sin embargo, la variedad referida no suele definirse más que conceptualmente, a través del análisis de modelos espaciales, relativamente alejados de la Demografía cuantitativa por su incapacidad de considerar atributos tan importantes como la edad de los migrantes (Vinuesa *et alii*, 1997, 169). Por ello han proliferado las aproximaciones espaciales, desarrolladas desde conceptos geofísicos a partir del éxito de la Teoría Gravitacional de Ravestein (1885). En ésta, se valora el espacio como el factor decisivo en toda migración, inversamente proporcional a la importancia del flujo migratorio. A mayor distancia, menor flujo, una premisa reforzada actualmente con el concepto de potencial gravitatorio [$M_{ij} = K \cdot P_i \cdot P_j \cdot d_{ij}^{-b}$; $\forall b < 0$, $M = n.º$ migrantes en poblaciones P a una distancia d], pero matizado desde la maximización de la entropía migratoria que ha permitido establecer métodos indirectos tendentes a la reconstrucción de matrices de flujos con datos incompletos (Vinuesa *et alii*, 1997, 172-174).

Cualitativamente cualquier migración puede alterar notablemente los sistemas socio-económicos de las poblaciones receptoras. O puede diluirse, y asimilarse, sin dejar indicios de su presencia, sin que ello tenga directa relación con la cantidad de personas o con la frecuencia de los desplazamientos. Sólo tal constatación, fácilmente comprobable por los ejemplos conocidos a través de la Historia, debería bastar como llamada de atención ante la complejidad de un fenómeno tan aludido. Una transformación acumulativa, a través de periódicos contactos motivados por prácticas como la trashumancia-transterminancia; o una invasión histórica, definida por el desplazamiento de poblaciones alóctonas que dominan políticamente pero no se imponen culturalmente, son ejemplos de efectos bien conocidos y no por ello, aparentemente, contradictorios con sus causas.

Así valoraba Haury (1958) los cambios arqueológicos que permitirían detectar la llegada de poblaciones prehistóricas foráneas: la aparición de elementos culturales sin precedentes en el territorio; el nacimiento de formas y estilos novedosos; la definición de focos externos en correspondencia con dichos elementos; y la concordancia en tiempo y forma de todo ellos en ambos territorios; etc. (tabla 4) El planteamiento puede parecer correcto, pero no responde a la única demostración arqueológica de una penetración masiva, porque

existen otros fenómenos más aproximados como la tras-humancia con ovinos que se supone como base económica principal de las poblaciones de Cogotas I (Delibes y Romero, 1991-1992; Sacristán *et alii*, 1995; Sierra y San Miguel, 1995).

Por ello, otros autores se han aproximado más a la definición de migraciones masivas, concretando mejor sus efectos más extendidos y genéricos. Desde el caso, ya clásico, de la supuesta invasión belga de la *Britannia* pre-cesarina, denostada y rechazada (no por el planteamiento teórico que servía de base sino por la inconsistencia cronológica de algunos de los supuestos elementos contemporáneos, como las tumbas de tipo «Aylesford-Swarling»), a ejemplos peninsulares como la propuesta de Romero Carnicero (1984) para definir la llegada de pobladores proto-arévaco/vacceos al Duero, con una base arqueológica más consistente que su inspirador F. Wattenberg; o de G. Ruiz Zapatero para los grupos de CU en el Ebro (1985 y 1995); y de J. Arenas (1997) en la Paramera molinesa, diversos autores han prestado un mayor énfasis en el estudio integral de las transformaciones, dando un valor especial a los patrones y estrategias del poblamiento (tablas 5 y 6).

Así, para Ruiz Zapatero, los cambios que apoyan la llegada de poblaciones, portadoras de las características que definirán el Hierro I en el Valle del Ebro, se comprenden por el éxito de un «Modelo socio-económico expansivo», traído por las nuevas gentes pero también asimilado por las poblaciones vecinas (1995, 34 y ss):

- a) Una nueva base subsistencial, cerealística y ganadera.
- b) Una nueva organización social, gentilicia.
- c) Un nuevo ritual y ergología funeraria (cremación).
- d) Nuevas tecnologías (en metalurgia, agricultura).
- e) Nuevas cerámicas y metales de tipos centro-europeos
- f) Nuevos poblados y nuevos sistemas defensivos.

Es básico destacar que estas seis características remiten directamente a las dos grandes fuerzas demográficas citadas por Livi-Bacci: las restrictivas, representadas por los recursos del Entorno (a, d, e, f), y las culturales, presentadas por los comportamientos (b y c). Sobre los primeros, es palpable una lenta capacidad de cambio, al menos referida al tiempo durante el que se explica el comportamiento demográfico, una generación o, todo lo más, los límites de la vida humana (Livi-Bacci, 1999, 11). De ahí la importancia de la aplicación eficaz de la otra fuerza, las nuevas tecnologías y estrategias de explotación. Una tercera medida, necesaria, es la aceptación de conductas sociales flexibles, adaptables a nuevos condicionantes medio-ambientales.

Frente a lo sintetizado, el estudio de las dinámicas depresivas a través de sus restos materiales es mucho más limitado, sin duda porque conducen a un

resultado final que implica la ausencia de vida. No obstante, no es difícil acudir a las interpretaciones tradicionales de fenómenos históricos, como las despo-laciones altomedievales de la Meseta Norte, o etnográficos, como el ejemplo contemporáneo, descrito por Almagro-Gorbea (1995) para la actual población de la Sierra de Albarracín, que conlleva el «genocidio cultural» moderno.

3. EL SIGLO IV A. C. EN EL SUROESTE

Con las discrepancias inicialmente denunciadas, la Investigación protohistórica va lentamente aclarando el proceso de transformación y poblamiento del Suroeste peninsular, que se revela de formación especialmente compleja⁵³.

Sobre una base de constatación bien conocida, claramente fechada en pleno siglo I d. C., la población prerromana de este territorio es presentada por griegos y romanos con una serie de características culturales muy claras y definidas (Tabla n.º 7). Estas características, cuya reiteración en diversas fuentes no deja lugar a dudas sobre su consideración de consolidada apreciación étnica, pueden sintetizarse en los siguientes puntos (Berrocal-Rangel, 1992, 27-71):

1. El gentilicio de «Célticos», debido a un origen alóctono, celtibérico.
2. El uso de una lengua específica, céltica o presumiblemente céltica.
3. La utilización de costumbres características, de claro origen celtibérico.
4. El poblamiento estructurado en «aldeas», y no de ciudades, con topónimos célticos.
5. La creencia en divinidades y sus manifestaciones en rituales de similar origen.

No es necesario puntualizar la importancia que tienen estas apreciaciones, tan recurrentes como concluyentes: la lengua, las costumbres, las creencias, y la relación con el territorio, son los baremos más sólidos para la confirmación de una comunidad étnica. Por lo mismo, no debería asombrar que, tanto la Arqueología como la Epigrafía, vayan confirmando, incluso puntualmente, la veracidad de la mayoría de estas descripciones.

Otra cuestión es esperar que, de estas disciplinas como de otras que les complementen, surjan respuestas tan simples como esta apreciación étnica greco-latina podría sugerir. Y no sólo porque la Arqueología protohistórica está, en su nivel de desarrollo actual, lejos de poder satisfacer unos mínimos requisitos⁵⁴, o por-

⁵³ Sirvan como referencia algunas de obras genéricas más recientes: Almagro-Gorbea, 1977; Almagro-Gorbea y Martín Bravo, eds., 1994; Fabião, 1989; Celestino *et alii*, 1991-1992; Correia, 1995; Velázquez y Enríquez, eds., 1995; Rodríguez Díaz, ed., 1998; Berrocal-Rangel, 1992 y 1998; etc.

⁵⁴ Por ejemplo, prácticamente se carece de excavaciones de poblados abiertos en extensión (nominalmente, los yacimientos excavados y

TABLA N.º 4	HAURY, E. (1958)
PRUEBAS E INDICIOS ARQUEOLÓGICOS: MIGRACIONES EN NORTEAMÉRICA	
4.1. La aparición de nuevos elementos culturales sin precedentes en el territorio. 4.2. El nacimiento de formas y estilos novedosos como elementos intrusos. 4.3. La definición de focos externos en correspondencia con dichos elementos. 4.4. La concordancia en tiempo y forma de dichos elementos en ambos territorios.	

TABLA N.º 5	RODWELL, W. (1978)
PRUEBAS E INDICIOS ARQUEOLÓGICOS: INVASIONES BELGAS DE BRITANNIA	
5.1. Extensión de piezas metálicas de boato de origen continental. 5.2. Nacimiento de la amonedación indígena. 5.3. Constatación de un ritual funerario de tipo continental: grupo «Aylesford-Swarling». 5.4. Adopción de sistemas defensivos galos de tipo «Fécamp». 5.5. Nacimiento de los <i>oppida</i> . 5.6. Colonización de tierras con suelos más pesados.	

TABLA N.º 6	RUIZ ZAPATERO, G. (1985-1995)
PRUEBAS E INDICIOS ARQUEOLÓGICOS: C.U. DEL NORDESTE PENINSULAR	
6.1. Nueva base subsistencial, cerealística y ganadera. 6.2. Nueva organización social, probablemente de naturaleza gentilicia. 6.3. Nuevo ritual y ergología funeraria (cremación). 6.4. Nuevo desarrollo tecnológico (metalurgia, agricultura). 6.5. Nuevos materiales cerámicos y metálicos de aspecto centroeuropeo. 6.6. Nuevos poblados y nuevos sistemas defensivos.	

que la Epigrafía responde en su práctica totalidad a un fenómeno romano y tardío que, *per se*, supone tal intrusión en la ideología indígena que, sólo por eso, debería considerarse poco adecuada para el estudio de las poblaciones célticas del Suroeste, sino porque carecemos de los criterios y baremos válidos para juzgar, desde una óptica helenocéntrica y estatalizada, la realidad social y cultural de poblaciones pre-estatales como las referidas.

Lo contrario es confundir, como a menudo hacemos, una interpretación «civilizada» con una realidad bárbara; un auténtico nivel émico romano del siglo I d. C., con la misma realidad indígena, a todas luces, mucho más compleja (Veit, 1989, 42 ss.; Kurtz, 1995, 24 ss., esp. 27-29).

Por lo tanto, el panorama descrito por los autores greco-latinos es, primero, «una interpretación» y, después, «una interpretación claramente fechada entre el siglo II a.C. y el II d. C.». En ella, se describe una población asentada y definida, precisamente, por sus orígenes alóctonos, que la identifican del resto de sus vecinos. Es decir, aparentemente, presentan el mejor resultado de una migración masiva protohistórica, capaz de imponer una lengua, unas creencias y unas costumbres.

publicados con algo más que algunos sondeos y actuaciones de urgencia se limitan a Capote, Mesas do Castelinho, Fernão Vaz, Los Castillejos, Miróbriga, Villasviejas y poco más...), porque hablar de necrópolis no supone, tampoco, ningún avance mayor: Medellín, El Peñascón, La Mecadera y El Romazal,...).

Si obviásemos la consideración inicial, tal descripción se representa como un ejemplo ideal para el análisis demográfico, que no podría ser más completo ni, sus causantes, los pueblos celtibéricos en movimiento hacia el Occidente atlántico, más explícitos. Y sin embargo, las excavaciones abiertas, tanto en El Alentejo portugués como en la Baja Extremadura, no revelan tal presencia celtibérica o, al menos, se documenta con evidente dificultad (Berrocal-Rangel, 1995; Lorrio, 1997, 67).

La complejidad de la respuesta a tan, aparentemente, intrigante constatación no debería sorprender tras las consideraciones expresadas sobre las migraciones y otros procesos expansivos demográficos. Adelantándola en síntesis, defendemos una propuesta elaborada desde los planteamientos metodológicos desarrollados por Almagro-Gorbea y Ruiz Zapatero (1991-1992, 469 y ss.; Almagro-Gorbea, 1992) para la comprensión de la problemática hispano-céltica: un complejo fenómeno de formación de las poblaciones sudoccidentales denominadas «célticas» a través de una sucesión de fases con transformaciones endógenas acumulativas, potenciadas por la llegada ocasional, bien de pequeños grupos bien de elementos de la elite, que a lo largo de la Edad del Bronce y del Hierro llegarán a personalizar un panorama étnico del que, los romanos, sólo describirían sus últimas relaciones simbólicas y significativas, las celtibéricas (Tabla n.º 8).

Por ello, hemos propuesto el siguiente proceso diacrónico (Berrocal-Rangel, 1995 y 1998, 87-131):

TABLA N.º 7	BERROCAL-RANGEL, L. (1992)
BASES TEXTUALES PARA LA IDENTIFICACIÓN DE LOS <i>KELTIKOI</i> / <i>CELTICI</i> (según Estrabón y Plinio, fundamentalmente)	
7.1. Uso del gentilicio de «Célticos», debido a un origen alóctono, celtibérico. 7.2. Uso de una lengua específica, céltica o presumiblemente céltica. 7.3. Uso de costumbres específicas, de similar origen celtibérico. 7.4. Ocupación de «aldeas», y no ciudades, con topónimos célticos. 7.5. Creencias en divinidades y manifestaciones en rituales de similar origen.	

TABLA N.º 8	BERROCAL-RANGEL, L. (1995)
PROPUESTA DE «CELTIZACIÓN» DEL SUROESTE PENINSULAR	
8.1. Calcolítico - Bronce Antiguo: <i>Proceso acumulativo endógeno:</i> transformación paulatina de elites emergentes. 8.2. Bronce Final: <i>Proceso acumulativo endógeno:</i> generalización de contactos exteriores. 8.3. Hierro I - Período Orientalizante: <i>Proceso acumulativo mixto:</i> ampliación de las relaciones externas. 8.4. Hierro II (ss. V - III a.C.): <i>Proceso acumulativo exógeno:</i> aportes demográficos en grupos pequeños. 8.5. Hierro II (ss. II - I a.C.): <i>Proceso acumulativo mixto:</i> aportes demográficos selectivos (elites celtibéricas).	

TABLA N.º 9	BERROCAL-RANGEL, L. (1992); CORREIA, V. H. (1995)
TRANSFORMACIONES GENERALES: POBLACIONES DEL SUROESTE (450-300 A.C.)	
9.1. Transformaciones del sistema de poblamiento y de los tipos de poblados. Proceso endógeno o exógeno. 9.2. Cambio en las estrategias de explotación de los recursos locales y foráneos. Proceso endógeno o exógeno. 9.3. Cambios en los rituales específicos de enterramiento. Proceso endógeno y exógeno. 9.4. Adopción o renovación de una estructura social gentilicia y paritaria. Proceso endógeno o exógeno. 9.5. Cambios en elementos culturales de gran trascendencia: Escritura y Moneda. Proceso endógeno y exógeno. 9.6. Nuevos tipos cerámicos y técnicas decorativas sin precedentes locales. Proceso exógeno. 9.7. Tipos metálicos con usos específicos en el Suroeste y/o singulares (placas). Proceso exógeno. 9.8. Implantación de una lengua hispanocelta, probablemente celtibérica. Proceso exógeno.	

1. Transformación paulatina de las elites emergentes desde el Campaniforme al Bronce Final, con la adopción por vías de contacto selectivo de elementos simbólicos meseteños e intereuropeos. Probable inicio de un proceso de «indoeuropeización» de la mano del desarrollo de las explotaciones ganaderas y mineras.

2. Generalización de las estructuras sociales jerarquizadas en torno a jefes que asumen un modelo simbólico «internacional», cuyo reflejo ideológico se plasma en las estelas y cuyo aspecto formal acabará reforzándose por los préstamos derivados de los crecientes contactos mediterráneos. Probable consolidación del proceso de «indoeuropeización» con la misma base.

3. Ampliación de las relaciones externas en número de contactos y extensión contactada, adquiriendo las

elites elementos tangibles de procedencia colonial, y admitiendo, entre ellas, componentes de raigambre no peninsular. Probable continuidad del proceso de indoeuropeización soterrado bajo materiales simbólicos orientales y el contacto relacionado con el control del paso de los recursos mineros del Noroeste. Ss. VII-VI a.C.

4. Potenciación demográfica con la asimilación de pequeños, pero trascendentes, grupos meseteños de probable origen «vacceo»? (Ss. V-III a.C.), probables causantes de la generalización de la lengua celta en el gran parte del territorio del Suroeste.

5. Asimilación de nuevos elementos demográficos, estos de naturaleza muy selectiva, en forma de elites, militares o no, que responden a los procesos expansivos celtibéricos y a su integración entre las tropas de Conquista romana. Dichos elementos serían los responsa-

bles de los topónimos celtibéricos y de la tradición de origen aludida, pero no creemos que puedan considerarse factores de la imposición lingüística, de las creencias o de las costumbres (al menos tan generalizadas como se les atribuye).

El desarrollo de esta propuesta compagina, por tanto, largos períodos de procesos transformadores endógenos con contactos externos, más o menos esporádicos, y con dos aportaciones exógenas, necesarias para poder explicar el panorama descrito por Plinio y Estrabón y ratificado por la Toponimia. Estos aportes se detectan, con mayor facilidad, en torno a los siglos IV y II a.C., y son de diferente naturaleza porque, si a lo largo del siglo IV es posible rastrear una entidad demográfica mayor, a partir del II a.C. los aportes externos sólo estarían definidos por elementos de elite, no menos trascendentes en el panorama étnico descrito al final.

Los procesos endógenos referidos tendrían, como desarrollo básico, una dinámica expansiva continuista que, aparentemente, alcanzó rápidamente un cierto grado de estabilidad. Sólo con él se comprende el continuismo, que es nota imperante en el poblamiento y en la ergología de las poblaciones del Suroeste desde el Bronce Final y a lo largo del llamado Período Orientalizante (Celestino *et alii*, 1991-1992; Rodríguez Díaz, 1994 y 1998, 284-285).

De sus consecuencias, la complejidad social alcanza conocidas manifestaciones monumentalizadas en territorios favorecidos por posiciones geo-estratégicas destacadas y estimuladas por aportes exógenos de raigambre colonial y mediterránea. Son los casos de la Cuenca Media del Guadiana, donde la presencia de tumbas orientalizantes se compagina con el tardío surgimiento de un sistema de complejos monumentales que no pueden tener otro origen que los estímulos ideológicos y económicos procedentes de las colonias fenicias (Almagro-Gorbea, 1996, 65-69; Jiménez Ávila, 1997, 155; Celestino, 1996). Es, también, el caso diferente de los poblados agrícolas de pequeña extensión de los ríos Mira y Cobres, en los límites entre el Baixo Alentejo y el Algarve, donde se fusionan las tradiciones funerarias del Bronce Final con los elementos orientalizados hasta alcanzar una complejidad social de la que las losas inscritas (Beirão, 1986; Beirão y Correia, 1991; Correia, 1993 y 1995); pero, sobretudo, son las presencias coloniales de pequeños asentamientos costeros como Abul (Mayet y Silva, 1992; Correia, 1995) su mejor testimonio.

De la trascendencia de tales aportes y de las transformaciones endógenas que estimularon, poco o nada se refleja en la émica visión greco-latina⁵⁵. Gran parte de este mundo mediterráneo sucumbe, según las interpretaciones tradicionales, tras la caída de Tartessos, pero

también su presencia se define cada vez más con cierta selección de espacio y tiempo, no afectando amplias regiones y comarcas interiores que o bien mantuvieron las pautas sociales y poblacionales propias del Bronce Final o bien soportaban una baja densidad demográfica, una clara despoblación prehistórica. De los primeros casos surgen las propuestas sugeridas por los arqueólogos portugueses, quienes en los registros de los yacimientos alentejanos del interior (Vaíamonte, Mesas do Castelhinho, Castelhinhos da Serra,...) no constatan una clara presencia orientalizante ni comprueban los efectos de ninguna crisis o discontinuidad del siglo IV a.C. (Arruda *et alii*, 1995; Correia, 1997; Fabião, 1998). De los segundos, se desarrolla la reciente interpretación de A. Pérez Macías, en cierto sentido, complementaria con lo que proponemos en este trabajo⁵⁶.

Los procesos exógenos de procedencia septentrional, por el contrario, fueron los causantes de la mayor repercusión demográfica en dicha visión greco-latina. Y esta concepción, independientemente de las presencias costeras mediterráneas, orientales o peninsulares, inciden en la raigambre celtibérica de las poblaciones del Interior.

Por ello, a través del contexto arqueológico, y siempre apoyados en un profundo estudio ecológico, hemos considerado la llegada selectiva de grupos de población meseteña desde finales del siglo V a.C. a finales del IV y, quizá, a lo largo del III a.C. (Berrocal-Rangel, 1992).

Toda esta propuesta tiene, como base de apoyo, el análisis de las siguientes transformaciones e innovaciones, deducibles del panorama arqueológico del Sudoeste (tabla n.º 9):

1. TRANSFORMACIÓN DEL SISTEMA Y DE LOS TIPOS DE POBLAMIENTO: El siglo V a.C. supone, en las comarcas de las cuencas del Guadiana y Sado, el abandono de ciertos hábitats característicos y la aparición de otros no menos novedosos (p.e., Cancho Roano, El Castañuelo), síntomas de un proceso generalizado de transformación del poblamiento, manifestado en:

1.1. El aumento cuantitativo de los emplazamientos a partir del siglo IV, hasta alcanzar una *ratio* cercana a 1:3 respecto a los poblados conocidos en el siglo III a. C. Esta *ratio* se incrementa en las comarcas mejor conocidas (Elvas y Évora, en Portugal, y el Ardila, en España), aunque el proceso tiene excepciones como en Almodôvar - Castro Verde. El incremento parece mantenerse hasta principios del siglo I a.C., cuando se constata una nueva etapa de abandono y fundación de

⁵⁵ Porque la consideración étnica de turdetanas que hace C. Ptolomeo sobre ciertas ciudades del Suroeste sólo podría mantenerse como una generalización del concepto de la provincia Bética, o como referencias reales a las poblaciones de origen mediterráneo implantadas desde siglos atrás en los centros costeros, Mértola, Alcácer, Santerém,...

⁵⁶ El sugerente trabajo de Pérez Macías (1996 [1998]) fue publicado meses después de realizarse este coloquio. Dado su interés y su relación con la propuesta que realizamos a cerca del bajo nivel demográfico de grandes zonas del Suroeste que posibilitó un rápido crecimiento de las poblaciones septentrionales emigradas desde finales del siglo V a.C., hemos considerado su inclusión en nuestro texto, cerrado en esencia a finales de 1997. Un tratamiento similar hemos dado a otro trabajo excepcional, la tesis doctoral de C. Fabião (1998 [1999]).

poblados (Berrocal-Rangel, 1992, 215 ss y 274 y 1994-b, 230).

1.2. Cambios en los emplazamientos y en los tipos de poblados, en relación con las estructuras internas y con sus entornos inmediatos.

1.2.1. La desaparición de tipos de asentamientos característicos de comarcas concretas, generalmente asociados a las influencias orientales y a la complejidad emergente de las elites: Cancho Roano, La Mata, Torrejón de Abajo o El Turuñuelo de Mérida, por no citar los bien conocidos poblados portugueses de Fernão Vaz o Neves - Corvo (Celestino, 1996; Jiménez Ávila, 1997; Rodríguez Díaz, 1994; Beirão, 1986; Beirão y Correia, 1991; Correia, 1995, 242-244 y 1996).

1.2.2. El mantenimiento de importantes ocupaciones de «lugar central», castros o citanias en altura que ya son habitadas durante la Edad del Bronce y que seguirán siendo los principales referentes de la trama poblacional del Suroeste, establecida en función del control de los principales vados y cruces: Medellín, Badajoz, Segovia, Vaiamonte, etc. (Berrocal-Rangel, 1992, 273 y 1994-a; Rodríguez Díaz, 1994; Correia, 1997; Arruda et alii, 1995).

1.2.3. La continuidad de un poblamiento complementario del anterior, también desde el Bronce, y cuyas diferencias son cuantitativas (superficies de 1 ha.), y cualitativas (puntos de paso intermedios de las mismas vías): Alange, El Risco, Aliseda, Castelinho da Serra, La Martela, etc. (ibidem).

1.2.4. La aparición de un hábitat de ribero generalizado, característico del «sistema castreño», que no lo es tanto por la búsqueda de emplazamientos en inaccesibles alturas como por su cercanía a horcajos de ríos y arroyos, y por su relación con pequeñas áreas de aluvión y con el paso de vías de interés secundario. Son los casos bien conocidos de Capote, Mesa dos Catelinhos, C.V. Degebe, C.V. de Montenovo, Cuncos, etc. (Berrocal-Rangel, 1992, 216 ss.; Fabião y Guerra, 1991).

1.3. La constatación de nuevos esquemas de organización interna, que llegan a desarrollar tramas internas de «espacio o calle central», como se conocen en Pedrão y Capote, aunque es patente la carencia de datos ante la falta de excavaciones abiertas en extensión.

1.4. El surgimiento de nuevas infraestructuras, especialmente relacionadas con las técnicas y estrategias de defensa, con murallas de piedra, o de piedra y madera como ha comprobado V. H. Correia en poblados como C. V. de Montenovo (1995, 253), torres, fosos, y hasta algunos ejemplos de piedras hincadas, son conocidos a partir de estos momentos (Berrocal-Rangel, 1992; Lorrio, 1997).

2. CAMBIO EN LAS ESTRATEGIAS DE EXPLOTACIÓN DE LOS RECURSOS LOCALES: La relación de los poblados con los recursos de sus entornos inmediatos demuestra que, en la elección de sus emplazamientos, no será tan importante la cercanía a vías principales y que se

incrementará la variedad, cantidad y calidad de los recursos, en el sentido de:

2.1. La intensificación del control de las vías de comunicación secundarias, posiblemente relacionadas con el tránsito de minerales y, sobre todo, con el paso de ganados (Rodríguez Díaz, 1994-b, 111 ss; Berrocal-Rangel, 1994-b, 226-227).

2.2. El desarrollo de las explotaciones agrarias, favorecidas por la mejora tecnológica que la Siderurgia supone a partir de estos momentos, con hoces, podones, paletas e instrumental de hierro y la generalización de los molinos rotatorios (Berrocal-Rangel, 1992, 148ss; 191).

2.3. La proliferación de las explotaciones mineras y metalúrgicas, a escala familiar. Como consecuencia de ello, no se observan importantes concentraciones de riquezas sino la extensión generalizada de dichas actividades, mejoradas con nuevos recursos técnicos (hornos de reducción, fraguas, escorias de sangrado) - (Berrocal-Rangel, 1992, 191-192; Gómez Ramos, 1996, 148-149).

2.4. La potenciación de tipos de poblados «multifuncionales», aquellos que por su ergología o emplazamiento no manifiestan una relación concreta con los recursos de sus entornos.

3. TRANSFORMACIONES EN LOS RITUALES DE ENTERRAMIENTO: pese a la escasez de necrópolis prerromanas conocidas (+ 10% de los poblados), su presencia sirve, al menos, para reconocer tres realidades:

3.1. La progresiva desaparición de las necrópolis del Hierro I en el Bajo Alentejo, transformadas en las denominadas de tipo «PI», y bien conocidas por los trabajos de Beirão (1986) y Correia (1993).

3.2. Una escasa, pero clara, aparición de necrópolis de morfología y ajueres meseteños, como las de Elvas, Herdades das Casas o La Pepina, y posiblemente Alcácer do Sal, similares a las apuntadas en El Romazal I y II de Villasviejas de Tamuja, aunque con cronologías dispersas entre el siglo IV (Alcácer, Pepina), III (Casas, Atafona) y I a.C. (Elvas) - (Berrocal-Rangel, 1992, 201-204; Silva y Gomes, 1992, 175-176).

3.3. Y una ausencia generalizada de necrópolis, en consonancia con una realidad bien constatada para los períodos de la Prehistoria reciente de gran parte de la Vertiente atlántica europea, y polémicamente interpretada por la investigación especializada en ello (Torbrügge, 1971; Bradley, 1990 ss, esp. 102; Belén y Escacena, 1995, 108 ss.).

4. TRANSFORMACIONES EN LAS DINÁMICAS SOCIALES Y RITUALES: es difícil afirmar algo sobre la composición social de estas poblaciones, aunque es aceptado que el paso al siglo IV supone el éxito de los sistemas basados en la personalidad de los grupos de guerreros, frente a un régimen anterior más centralizado, principesco y cuasi monárquico, como ha plan-

teado Almagro-Gorbea (1996) para la Península y Brun para la Galia (1995 y 1987).

En tal sentido, se admite una clara relación con:

4.1. La desaparición de los régulos orientalizados y de la estructura social en trayectoria pre-clasista, con el abandono de sus residencias principescas (Cancho Roano, Neves?, Torrejón), de sus tumbas en túmulo (Medellín, Atafona, Toriñuelo), y de sus elementos de boato oriental.

4.2. La imposición o fortalecimiento de una estructura social gentilicia y paritaria (rituales de Capote, Garvão, Vaiamonte), en la que los valores guerreros y de grupos de edad parecen consolidarse como dirigentes de las poblaciones, siempre sin especiales muestras de boato, con la notable excepción de las sugerentes y singulares placas áureas de La Martela, Serradilla, Bombarral...

5. TRANSFORMACIÓN DE ELEMENTOS CULTURALES: ESCRITURA Y MONEDA: dos indicios de especial interés:

5.1. La desaparición del uso de la llamada *Escritura del SW* (Beirão, 1986; Correia, 1996), que estaría relacionada no tanto con el agotamiento de un ritual funerario muy concreto donde básicamente se usa (porque marginalmente perdura en recipientes cerámicos durante el siglo IV e incluso reaparece en las monedas del siglo II a.C. en la cosmopolita *Salacia* -Beirão y Gomes, 1985), sino con su inadecuación o su inoperancia ante las necesidades de un nuevo sistema social.

5.2. En el mismo sentido debe considerarse la apreciación realizada por García-Bellido sobre la ausencia de amonedación indígena en el territorio céltico de la Beturia, ausencia aplicable al Alentejo (*Myrtilis* y *Salacia* son cecas en emplazamientos cosmopolitas). Su propuesta de una economía «premonetal» basada en el patrón oro es coherente con el panorama social, y coincide con el territorio vacceo (1995, 266 y 1998, 179 ss.).

6. APARICIÓN DE NUEVOS TIPOS CERÁMICOS: en consonancia con la singularidad de las placas aludidas, el éxito generalizado de unos tipos y unas decoraciones cerámicas por gran parte del Alentejo y toda la Baja Extremadura Occidental, desde las últimas producciones áticas hasta la Romanización, ha servido como exponente principal de este cambio cultural:

6.1. Los tipos cerámicos modelados, con clara entidad numérica en ambientes rituales, domésticos y funerarios, y abundancia de decoraciones elaboradas con técnicas de relieve sobre hombros especialmente remarcados. Sus paralelos formales apuntan a contextos del Hierro antiguo meseteños, recogiendo tradiciones decorativas de Cogotas I y CU que, en el Suroeste, carecen de precedentes (Rodríguez Díaz y Berrocal, 1988; Rodríguez Díaz, 1991, 41-48; Berrocal-Rangel, 1994-c, 75-169).

6.2. Los recipientes calados, quemadores de bases cónicas, polípodas, o prismáticas, documentados en ámbitos rituales y domésticos, y con escasos paralelos

peninsulares. Su aparición en los rituales masivos de Capote y Garvão y su clara correspondencia con los *foculi* itálicos, portadores del fuego «doméstico», es un dato importante a considerar para una estructura gentilicia (Almagro-Gorbea y Berrocal-Rangel, 1997, 581).

6.3. La abundancia de cerámicas realizadas a torno y decoradas con estampillados, grandes matrices geométricas a las que se van añadiendo otras pequeñas de variadísima morfología (incluyendo motivos figurativos), siguiendo inspiraciones itálicas, que influyen para un éxito postrero de las cerámicas de pastas negras, pulidas o bruñidas (Berrocal-Rangel, 1992 y 1994-c, 113; Hernández Carretero, 1996).

6.4. La escasez relativa de cerámicas modeladas a torno y, que inciden en patrones decorativos muy simples: bandas, onduladas y semicírculos concéntricos realizados con pigmentos vinosos de mala calidad (Rodríguez Díaz, 1991, 51-61).

7. APARICIÓN DE NUEVOS TIPOS METÁLICOS: En este caso no se trata tanto de la definición de piezas características, con excepción de las placas de orfebrería, como de observar posibles pautas de uso específicas, entre las que se consideran:

7.1. La abundancia de fíbulas halladas en poblados (Berrocal-Rangel, 1992, 129-139), fíbulas que durante los siglos V y IV corresponden claramente a esquemas anulares hispánicos, a menudo con adornos y modificaciones particulares, de aspecto continental, como demuestran los ejemplares procedentes de Alcácer do Sal y Miróbriga (Ponte, 1979 y 1985).

7.2. La profusión de espadas cortas y puñales de antenas atrofiadas, claramente dominantes en número y sucedidos por puñales biglobulares, y alguna espada de hoja recta, de origen celtibérico (Berrocal-Rangel, 1992, 154 ss.; Silva y Gomes, 1992, 176).

7.3. Y, en tal sentido, la presencia tardía de elementos armamentísticos y de boato celtibérico y celto-itálico, que han servido para apoyar la llegada de elites de este origen en la segunda mitad del siglo II a.C. (Berrocal-Rangel, 1995 y 1998) y, especialmente, con los primeros conflictos sertorianos (Fabião, 1996, 53 y 65).

8. IMPLANTACIÓN DE UNA LENGUA INDOEUROPEA, PRESUMIBLEMENTE HISPANOCELTA: en realidad este punto sólo tiene cierta defensa en testimonios, indicios y ausencias, escasas, pero significativas (Domínguez de la Concha, 1995, 115-128; Berrocal-Rangel, 1992, 28-72), entre las que destacamos:

8.1. Si Plinio informa del uso representativo de una lengua céltica en el siglo I d. C., que coincidiría con el gentilicio de estos pueblos, ésta debería responder a un aporte poblacional importante y no excesivamente antiguo. En tal caso, la Arqueología apoya un aporte como tal, sólo, entre los siglos V y III a. C.

8.2. Si la Toponimia conocida por las fuentes, y refrendada por la Epigrafía, muestra una estrecha re-

lación con una hidronimia, teonimia y antroponimia de clara adscripción indoeuropea, entonces, aunque dicha toponimia fuese efecto de la imposición de las tardías elites celtibéricas, parece ilógico su mantenimiento en un substrato lingüístico previo que no fuese, al menos, afín.

Por ello creemos, siguiendo a De Hoz, que nuestros «célticos» debieron hablar una lengua celta (1992, 10), si no fuera celtibérica.

4. CONCLUSIONES

De las ocho transformaciones estudiadas, unas claramente comprobadas, otras en proceso, y unas terceras sugeridas con solidez, sólo la 3.^a, que documenta cementerios y tumbas de adscripción meseteña, autóctona en todo caso, dispersas y emplazadas a lo largo de tres siglos; la 6.^a, referida a la aparición de una estética, estilo si se quiere, en una producción cerámica sin precedentes en los substratos anteriores locales; y la 8.^a, referida a la implantación de una lengua extendida y étnicamente representativa, apoyarán con claridad una dinámica exógena.

Porque, en realidad, el resto de transformaciones puede comprenderse desde una trayectoria de evolución de las poblaciones locales. Dicha «evolución» sería favorecida por:

1. El cambio de las elites a compás de los manifestados el Occidente peninsular. Con ello se impone una estructura social menos piramidal, que vuelve a sus raíces gentilicias, y a un sistema político menos centralizado.

2. La adopción de nuevas mejoras tecnológicas, como la extensión de la siderurgia y del uso del molino de rueda, que implicarán no sólo la transformación generalizada de las estrategias de explotación de los recursos, sino también la modificación en los tipos de asentamientos y su aumento cuantitativo.

3. El incremento de la inestabilidad social, causante de la adopción de elementos defensivos y de la generalización de armas personales.

4. La asimilación de un modelo, del tipo «Socioeconómico expansivo» de Ruiz Zapatero, que favorece el aumento demográfico y la mejor explotación del Entorno.

De suma importancia es que, pese a diferentes posibilidades como éstas últimas, no encontramos razones endógenas para explicar las primeras y, sin embargo, la aceptación de un aporte demográfico externo, lento y selectivo, desde las últimas décadas del siglo V a.C., permite comprender con facilidad todas las transformaciones expresadas (con todo, tal consideración no deja de tener una fuerte carga de subjetividad, y pueden alegarse posturas eclécticas, como la presentada por C. Fabião para la publicación de estas Actas).

Ello no significa que el aporte fuera masivo, ni afectara de forma similar a todo el territorio, ni que

emplazamientos singulares con fuerte tradición mediterránea anterior, como *Salacia* y *Myrtilis*, no mantengan estas tradiciones meridionales (en la línea de lo propuesto por Pérez Macías en su reciente trabajo sobre los Célticos -1996). Significa que la personalidad cultural, y probablemente étnica, que reflejan materiales arqueológicos e informaciones clásicas se comprende mejor con una cierta presencia externa que con aludidas causalidades, a veces poco creíbles, exclusivamente endógenas.

Pero además, pueden contemplarse otra serie de apoyos, complementarios, que abundan en la conveniencia de considerar este tipo de interpretación migratoria, sobre todo si no se opta por posturas evolucionistas radicalmente unilineales:

5. La aparición de nuevos asentamientos podría ser considerada como efecto de una intensificación del poblamiento autóctono previo, al menos el derivado de los tipos de poblados que permanecen. Sin embargo, Bradley (1978, 20-22) incide en que, cuando se produce un fenómeno de fundación de poblados por expansión interna, previamente, se detectan signos de intensificación demográfica en los asentamientos viejos (compartimentación del espacio interno, extensión de murallas y recintos, etc.). En el Suroeste, estos indicios están comprobados durante el siglo II a.C., no en el V a.C. Por otra parte, Hudson (1969), en su análisis sobre diferentes procesos de colonización histórica, recuerda que la llegada de poblaciones colonizadoras muestra reiteradamente dos fases de poblamiento:

- 5.1. Una primera, de implantación, en la que los nuevos asentamientos buscan las condiciones de emplazamiento más favorables para defensa y sus intereses, no siendo posible observar pautas normalizadas comparativas. Es el caso de pequeños poblados como El Castañuelo y Atafona, ocupaciones esporádicas y no duraderas, fechadas a lo largo del siglo IV a.C. (Del Amo, 1978, 327).

- 5.2. Una segunda fase, de desarrollo, en la que los poblados asentados entran en creciente competencia provocando la regularidad de sus patrones como respuestas especializadas a la explotación de sus recursos. Son los casos reconocidos de Capote, Mesa do Castelinho, Degebe, Montenovo, Cuncos y tantos otros poblados de ribera con un mismo patrón de emplazamiento, y un desarrollo a partir de inicios del siglo IV, según las escasas y tardías importaciones griegas (Arruda, 1996, 49-50; Berrocal-Rangel, 1992, 94-95 y fig. 11).

6. La aparición, y generalización, del castro de ribero recuerda en estructura interna a otros poblados contemporáneos no sólo por el incremento de sus defensas sino por el aprovechamiento de una pequeña «vega» o tierra de aluvión cercana al castro (Mesas do Castelinho, Castelo Velho do Monte Novo,...). Es posible que, además, se localicen cerramientos exteriores de uso ganadero, a semejanza del «patrón vacceo» de Sacristán y San Miguel (1995).

7. Sobre el cambio en las estrategias de explotación es evidente el incremento del aprovechamiento extensivo de los recursos, continuando con el control de las vías de comunicación, no sólo por el beneficio de las explotaciones de los recursos del NO., sino por otros, ya tradicionales, como las explotaciones de pastos para ganados trashumantes o transterminantes. Que en el Duero parece confirmarse esta actividad es mantenido por investigadores como Sierra Vigil y San Miguel (1995) en función de la clara relación espacial entre los poblados vacceos y las cañadas medievales, la misma relación espacial e histórica que los unen a las tierras del Suroeste: Reales Cañadas Soriana Occidental, Leonesa Occidental, etc. (Berroca-Rangel, 1994-b, 226 y fig. 18).

8. Por último, sobre el cambio probable en las dinámicas de complejidad social, favoreciendo estructuras gentilicias de naturaleza paritaria, la Antropología aporta puntos de esclarecimiento, aunque exijan un cierto grado de asunción y fantasía. Así, al analizar las sociedades ganaderas trashumantes, M. Harris (1987, 294 y 298-299) revaloriza su facilidad para la movilidad; para el desarrollo de actividades complementarias como el pillaje y la guerra; para la adopción de estructuras gentilicias y, entre estas, para los esquemas matrilineales-matrilocales que se manifiestan como más eficaces a la hora de mantener la cohesión social de grupos con tal dedicación dispersa. Estos grupos, además, presentan un alto desarrollo de paz social intertribal, porque sus clanes y fratrias se conforman con elementos masculinos sin relación parental consanguíneo.

Entre los ejemplos mejor conocidos, y ya usados para explicaciones paralelas por autores como Almagro-Gorbea o el mismo J. de Hoz en este coloquio, los pueblos hurones e iroqueses presentan un modelo especialmente interesante para comprender cómo pudieron funcionar nuestras sociedades meseteñas. Los iroqueses fueron famosos por su beligerancia externa y su tranquilidad interna, fruto de la confederación de tribus/naciones que los regían. Esta confederación era gobernada por un consejo de 50 sachem encargados de «mantener la paz intertribal, representar las tribus en el exterior y coordinar la guerra contra extranjeros»⁵⁷. Es realmente interesante el proceso de elección de cada *sachem*, que revela no sólo una sociedad paritaria, sino la importancia de las mujeres del poblado: cuando muere un *sachem*,

la mujer jefa del linaje, tras consulta con el resto de ancianas, propone como candidato, siempre, a un hombre del mismo linaje, que es ratificado por el Consejo del Linaje —todas las mujeres con hijos—, antes de presentarse a instancias superiores (caudillos de fratrias y consejo de *sachems*). La jefa de linaje es, también, la encargada de amonestar al *sachem*, en público, en caso de conducta irregular y la responsable de proponer su deposición, en caso de reiteración. Los *sachem*, por último, eran los responsables de cuidar el «fuego sagrado» y las «monedas» de la Unión, bandas tejidas y ricamente decoradas, símbolos emblemáticos de la etnia iroquesa (Tooker, 1978, 424-426; Taylor, 1992, 231).

Con una base social similar, no extraña el poder social manifestado por las joyas femeninas del Bronce Final (Almagro-Gorbea, 1977; Berrocal-Rangel, 1987, 91-92; Celestino, 1990, 53; Galán 1993, 41-42), o por necrópolis prerromanas como El Mercadillo de Villasviejas del Tamuja, con una cuasi exclusiva presencia femenina entre los, en ella, enterrados⁵⁸ (Hernández y Galán, 1996, 96-97 y 101 y, en el mismo, Reverte Comas, 1996, 135 ss.).

5. ADDENDA: EL RÉGIMEN DEMOGRÁFICO TRADICIONAL: ¿CUÁNTO SE NECESITA PARA POBLAR?

El desarrollo de patrones de comportamiento demográfico, de estrategias consolidadas por relaciones y reglas estables en el tiempo, ha conducido a la definición de sistemas demográficos, y de patrones de comportamiento, relativamente bien comprobados y documentados entre las poblaciones humanas.

Entre dichos sistemas, el llamado Régimen Natural refleja la posición más cercana a las estrategias de supervivencia y crecimiento biológico ya aludidas y refiere, con un cierto grado de utopía, un sistema definido por una escasa limitación voluntaria de la natalidad, por una lucha ineficaz contra la mortalidad, y por el aumento de la población en función de su eficacia en asegurar la subsistencia.

Todo ello viene resaltado, en primera instancia, por la relación de reproductividad; por el número relativo de descendientes por generación y, en concreto, de hijas por generación de madres; y por su relación con el grado de crecimiento de esa población (Livi-Bacci, 1999, 96 ss.). En suma, poblaciones con un fuerte Índice de Potencialidad demográfica, que, para la Hispania céltica, podría establecerse entre las mujeres de 15 a 30 años [$I_p = (Pf_{15-19} / Pf_{20-25}) \times 100$]⁵⁹, según una esperanza de vida a los 15, de 24 años, deducida de las escasas necrópolis prerromana analizadas (Hernández y Galán, 1996, 98-99).

⁵⁷ La Confederación iroquesa, «los pueblos de la casa común», como ellos mismos se denominaban, se regía por tres principios básicos: el valor del derecho del individuo que, con el consenso de la Comunidad, justificaba toda acción individual y propia; la importancia de la distribución equitativa de los recursos; y la Naturaleza como entidad máxima donde se integra el hombre y a la que no se puede explotar ni poseer. Creada por el profeta *Deganawida*, bajo el símbolo de un gran picea cuyas ramas eran las cinco tribus principales, «La Casa común» se fundó en el año de 1570 a causa del estado de guerra constante, para establecer la paz interna y fortalecerse frente a los intrusos, redundando en su éxito el mantenimiento, como eje central, de la estructura clánica tradicional, que le confirió un alto grado de estabilidad y de unidad (Tooker, 1978, 426-428).

⁵⁸ Los autores, no obstante, consideran las posibilidades que se deducen de una cierta mayor facilidad técnica para la identificación de restos femeninos: p. 96.

⁵⁹ El concepto es denostado actualmente por los demógrafos, sin duda por su excesiva carga utópica. Sin embargo, desde una visión más

Sauvy (1984) destacó la importancia de las mejoras técnicas que, en dicho estado «natural», serían un exponente principal para facilitar un importante aumento de población, sostenido hacia una Tasa de población máxima que, en realidad, no se alcanza nunca (*Ley de Rendimientos Decrecientes*: poblaciones maltusianas).

Cercano a tal concepto, pero con mayor credibilidad histórica, el *Régimen Tradicional* ofrece los siguientes indicadores:

Tasas de Natalidad entre 45‰ y 55‰.

Tasas de Mortalidad entre 30‰ y 40‰.

Tasas de Incremento entre 20‰ y 30‰.

Tasas de mortalidad infantil (-1 año) entre 350/450‰.

Tasas de mortalidad en guerra o desplazamiento+40‰.

En estas circunstancias, la «velocidad de renovación anual» se establece cercana al 35‰, lo que supone la duplicación del grupo cada 25 años, aunque los ejemplos demográficos comprobados en este sistema oscilan entre 24 y 35 años.

En la Europa del Antiguo Régimen, la tasa de crecimiento era mucho más lenta, del orden del 3‰, lo que conllevaba una duplicación de la población cada 300 años en condiciones favorables y desfavorables equivalentes. En tal sentido, J. Vallin (1995, 65ss.) considera que, aunque los medios de subsistencia crecieron mucho, tanto más lo hizo el incremento poblacional, de forma que siempre, éste, quedó supeditado a los primeros y que, tal dependencia, implicó un régimen débil e inestable, con fases de crecimiento y fases de estancamiento claramente diferenciadas. Tal inestabilidad, vista a largo plazo (+ 1000/2000 d.C.), ofrece un período de duplicación largo (+ 300 años), que impide considerarlo como parámetro comparativo para escalas menores en tiempo y espacio.

La comparación es, por ello mismo, insostenible, como lo es negar la existencia de fases favorables del *Régimen Tradicional* que, con tasas del 25‰, se han comprobado en algunas poblaciones «primitivas» y en otras europeas modernas, en tales condiciones de crecimiento⁶⁰.

Un caso bien conocido es el referido a los colonos franceses del San Lorenzo, Canadá, de quienes descienden directamente la gran mayoría de los más de 6 millones de francófonos canadienses actuales, siendo no más de 15.000 los asentados a mediados del siglo XVIII (de los que poco más de 5.000 fundaron familias estables: Charbonneau *et alii*, 1987). Este es

pectacular caso se interpreta porque los «colonizadores suelen engendrar colonizadores, ya que es un hecho común en todo el Mundo que los nuevos colonos funden grandes familias» (Aubin, 1966). En tal sentido, Livi-Bacci supone un régimen inicial para estos colonos que le permitiría duplicar su población en el plazo de 30 años aproximados (1999, 97).

En suma, esta definición se aproxima a un desarrollo genérico que incluiría momentos de máximo crecimiento como los aludidos y otros de estancamiento, o incluso retroceso (es tópico referirse a los efectos de pandemias como la peste sobre la sociedad europea). Es, por lo tanto, un patrón demográfico factible en ciertos desarrollos de la Europa prerromana, un paradigma de sistema de elevada presión demográfica, con una tasa de supervivencia baja, pero compensada, y superada, por una alta nupcialidad; una fuerte fecundidad; y, sobre todo, una organización social que favorezca la revalorización de la estructura familiar (como por ejemplo, una sociedad gentilicia o clánica).

Si suponemos una disposición moderada dentro de dicho *Régimen demográfico tradicional*, con una duplicación media de pequeños grupos humanos cada 33 años, es posible comprender la diferencia formal entre asentamientos como El Castañuelo, de menos de 1 ha. y con capacidad de albergar no más de un centenar de personas, y castros como Capote, con 3 hectáreas y capacidad para medio millar de habitantes. Es decir, un asentamiento esporádico como El Castañuelo, hacia el 400 a.C., podría generar población suficiente para crecer, interna y externamente, muy considerablemente o, mejor, para permitir, hacia el 330 a.C., la fundación de nuevos poblados, cada uno con +500 habitantes y un desarrollo del espacio complejo intramuros, como El Castrejón de Capote o Los Castillejos de Fuente de Cantos (según aproximaciones basadas en ensayos más completos: Casselberry, 1974).

Para ello, los índices demográficos deberían reflejar unas poblaciones relativamente sanas, con una esperanza de vida al nacer similar a las registradas en el Régimen tradicional, y una relativamente alta tasa de nupcialidad y fertilidad. Así parece deducirse de la comparativa realizada por Hernández y Galán (1996, 96 ss.), con las numerosas reservas que hacen los Autores, en la que el término medio de esperanza de vida al nacer [e0] alcanza los 31 años, una cifra que equipararía las tablas de vida que la sustenta con la deducida en la Inglaterra del siglo XVII, con 32 años tanto entre los pares como entre el resto de la población, o con la resultante del estudio de las familias reinantes europeas en el siglo XVI (34 años) y XVII (30,9), datos ambos bien contrastados y que son escasamente superiores a los conocidos en poblaciones medievales anteriores a los estragos de la gran peste del siglo XIV. En España, no se alcanzan los 31 años de e0 hasta la década iniciada en 1880 (Livi-Bacci, 1999, 62-63 y 139; Peller, 1965).

coherente con la Etnografía primitiva y con las regularidades que, en Demografía, se demuestran vigentes hasta la Europa del Medioevo, se prefiere hablar de «Régimen Demográfico Tradicional».

⁶⁰ Es decir, el *Régimen Tradicional* expansivo sólo puede entenderse dentro de procesos concretos, cronológicamente y geográficamente muy delimitados —dos o, a lo sumo, tres generaciones y en ámbitos geográficos específicos—. El ejemplo de los colonos franceses del Canadá, analizado a continuación, debe entenderse referido a las primeras generaciones, porque el desarrollo actual es, lógicamente, consecuencia de la Transición y del Régimen industrial contemporáneo.

De la misma manera, no es menos trascendente que estos grupos compartiesen normas y costumbres que favoreciesen unas tasas de nupcialidad y natalidad muy alta, un tema muy importante que a menudo es obviado o infravalorado. En tal sentido, los demógrafos son unánimes al considerar que sólo en un sistema de *Régimen residencia bilocal, o ambilocal*, fundamentalmente de carácter matrilocal, y en menor medida en uno patrilocal, se consiguen respuestas eficaces en tales crecimientos⁶¹. Y, por lo mismo, se explican las diferencias de los módulos de viviendas fácilmente detectadas entre El Castañuelo del 400 a.C., con una estructura de estancias agrupadas y abiertas a pequeños patios comunes, y el Castrejón de Capote del 150 a.C., con módulos de viviendas adosados y dispuesto a lo largo de longuilícuas calles y plazas (Berrocal-Rangel, 1992, 180 y figs. 37.2-3 y 49). La comprobada compartimentación del espacio en la fase posterior «Capote 2» nos inclina a suponer la adopción de un régimen neolocal derivado de la presencia de los primeros romanos en este poblado.

Y, con todo ello, de haberse producido un período con tal crecimiento poblacional, no es factible suponer que se mantuviese ni durante más de dos o tres generaciones, ni en territorios muy extensos, quizá lo justo para comprender que, la expansión del siglo IV a.C., en ciertas comarcas del Suroeste (cuencas del Ardila, del Degebe, del Cobre, del Caia-Sorraia) fue un evento, demográfica y arqueológicamente, posible.

* * *

Queremos expresar nuestro agradecimiento a Dr. Rafael Caso Amador por sus útiles indicaciones sobre Demografía Histórica.

6. BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO-GORBEA, M., 1977: *El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura.*, BPH, XIV, Madrid.
- 1986: «Aportación a la Paleodemografía Ibérica.», *Homenaje al Dr. A. Beltrán*, 477-493, Zaragoza.
- 1995: «Aproximación paleoetnológica a la Celtiberia Meridional: las Serranías de Albarracín y Cuenca», en *Poblamiento celtibérico* (Burillo, ed.), 433-446.
- 1996: *Ideología y poder en Tartessos y el Mundo Ibérico.*, R. Academica Historia, Madrid.
- ALMAGRO-GORBEA, M.; BERROCAL-RANGEL, L., 1997: «Entre íberos y celtas: sobre santuarios comunales urbanos y rituales gentilicios en Hispania», *Espacios y lugares culturales en el Mundo ibérico*, Quad. Preh. Arq. Cast., 18, 567-588.
- ALMAGRO-GORBEA, M.; BRAVO MARTÍN, A. M., eds., 1994: *Castros y oppida en Extremadura*, Extra Complutum, IV, Madrid: Especialmente el artículo de Almagro-Gorbea «El urbanismo de la Hispania céltica».
- ÁLVAREZ SANCHÍS, J., 1995: «Las Cogotas: Oppida and the roots of urbanism in the Spanish Meseta», *Social Complexity and the Development of towns in Iberia* (Cunliffe y Keay, eds.), PBA, 86, 209-235.
- AMMERMAN, A. J.; CALALLI-SFORZA, L. L., 1984: *The Neolithic Transition and Genetics of Populations in Europe.*, Princenton U.P.
- ARENAS, J., 1997: «La génesis de la Cultura celtibérica», *Celtas y Celtíberos. Realidad o Leyenda.*, 114-136, Madrid.
- ARRUDA, A. M.; GUERRA, A.; FABIÃO, C., 1995: «O que é a II.ª Idade do Ferro no Sul de Portugal?», *Trabalhos de Antropologia e Etnologia*, XXXV-2, 1.º CAP, 1993, vol. IV), 237-257.
- AUBIN, H., 1966: «German Colonisation Eastwards.», *The Cambridge Economic History of Europe*, I, Cambridge U.P.
- AUDOUBE, F.; BUCHENSUTSZ, O., 1989: *Villes, villages et campagnes de l' Europe Céltique*, Paris.
- BEIRÃO, C. M., 1986: *Une Civilisation Protohistorique du Sud du Portugal (1.º Âge du Fer)*. De Boccard, París.
- BEIRÃO, C. M.; CORREIA, V. H., 1991: «A cronologia do povoado de Fernão Vaz» *Conimbriga*, 30, 5-11.
- BEIRÃO, C. M.; GOMES, M. V., 1985: «Grafitos da Idade do Ferro do Centro e Sul de Portugal.», III *CLyCPaleo* (Salamanca), 465-502.
- BELÉN, M.; ESCACENA, J. L., 1995: «Acerca del Horizonte de la Ría de Huelva. Consideraciones sobre el final de la Edad del Bronce en el Suroeste Ibérico.» *Ritos de Paso y Puntos de Paso. La Ría de Huelva en el Mundo del Bronce Final Europeo* (Ruiz-Gálvez, ed.), *Complutum Extra*, 5, 85-114.
- BERROCAL-RANGEL, L. 1987: «El Antropomorfo de Bodonal (Badajoz).», *Arqueología*, 16, 83-94, Porto.
- 1992: *Los Pueblos Célticos del Suroeste de la Península Ibérica*. Extra Complutum, 2, Madrid.
- 1994-a: «El oppidum de Badajoz. Ocupaciones protohistóricas en la Alcazaba», *Castros y Oppida en Extremadura* (Almagro-Gorbea y Martín Bravo, ed.), *Computum Extra*, 4, 143-188.
- 1994-b: «Oppida y castros de la Beturia Céltica», *Castros y Oppida en Extremadura* (Almagro-Gorbea y Martín Bravo, ed.), *Computum Extra*, 4, 189-242.
- 1994-c: *El Altar prerromano de Capote. Ensayo etno-arqueológico de un ritual céltico en el Suroeste peninsular*. UAMadrid. 450 pp.
- 1995: «Etnogénesis y territorio: jefaturas, estatalización y moneda entre los pueblos betúricos.» en *La Moneda Hispánica. Ciudad y Territorio*, García-

⁶¹ El costo de crear una nueva familia fue, desde siempre, uno de las principales causas para el retraso en la edad del matrimonio y la disminución de la nupcialidad. La manera más fácil y extendida para rebajar dicho costo era adoptar un régimen residencial bilocal o ambilocal, de manera que la nueva familia se integraba en las de sus congéneres, sin tener que afrontar la construcción de un nuevo hogar. Cuando la necesidad o las costumbres imponían tal caso, suele ser toda la comunidad la encargada de edificar la nueva vivienda (Harris, 1987, 291 ss; Livi-Bacci, 1999, 103 ss.).

- Bellido y Centeno, eds., 117-128, *Anejos AespA*, XIV, Madrid.
- 1998: *La Beturia, un territorio prerromano en la Baja Extremadura*, Arte y Arqueología, 20, Badajoz.
- BRADLEY, R., 1978: *The Prehistoric Settlement of Great Britain*, Routledge & Kegan, London.
- BRADLEY, R., 1990: *The Passage of Arms*. Cambridge U.P.
- BRUN, P., 1987: *Princes et Princesses de la Celtique*, Paris.
- 1995: «Contacts entre colons et indigènes au milieu du Ier. Millénaire av. J.-C. en Europe.», *JEA*, 3.2., 113-124.
- CALAFELL, F.; BERTRANPETIT, J., 1993: «The Genetic History of the Iberian Peninsula: a Simulation», *Current Anthropology*, 34, 735-745.
- CASSELBERRY, S.E., 1974: «Further refinement of formulae for determining population from floor area», *World Archaeology*, 6, 116-122.
- CAVALLI-SFORZA, L. L.; PIAZZA, A.; MENOZZI, P., 1993: *History and Geography of Human Genes*, Princeton U.P.
- CELESTINO, S., 1990: «Las estelas decoradas del Suroeste peninsular», *La Cultura tartésica y Extremadura*, Cuadernos Emeritenses, 2, 45-62.
- ed., 1996: *El Palacio-Santuario de Cancho Roano. V-VI-VII. Los sectores Oeste, Sur y Este*, Pub. Museo de Badajoz, 3, Badajoz.
- CELESTINO, ENRÍQUEZ y RODRÍGUEZ DÍAZ, 1991-1992: «Paleoetnología del área extremeña», en *Paleoetnología de la Península Ibérica*, Almagro-Gorbea, M.; Ruiz Zapatero, G., eds., Complutum, 2-3, 311-328, Madrid.
- CHABORNNEAU, H., *et alii*, 1987: *Naissance d'une population*, INED - P.U.Montreal.
- CHISHOLM, M., 1968: *Rural Settlement and Land Use*, Hutchinson, London.
- COLLIS, J., 1989 (1984): *La Edad del Hierro en Europa*, Labor, Barcelona.
- CORREIA, V. H., 1993: «As necrópoles da Idade do Ferro do Sul de Portugal: Arquitectura e rituais», I CAP (Porto, 1993), *Trabalhos de Antropologia e Etnologia*, XXXIII (3-4), 351-370.
- 1995: «The Iron Age in South and Central Portugal and the Emergence of Urban Centres.», en *Social Complexity and the Development of Towns in Iberia* (Cunliffe y Keay, eds), PBA, 86, 237-262.
- 1996-a: «Os povoados da 1 Idade do Ferro do Sul de Portugal.», *De Ulisses a Viriato* (Alarcao, ed.), 82-87, Inst. Português de Museus, Lisboa.
- 1996-b: *A Epigrafia da Idade do Ferro do Sudoeste da P. Ibérica*. Patrimonium/Arqueología, 1, Etnos, Porto.
- 1997: «Um modelo historiográfico para a Idade do Ferro do Sul de Portugal e a sua Arqueología», *Trabalhos de Antropologia e Etnologia*, XXXVII (3-4), 41-85.
- CUNLIFFE, B. W.; ROWLEY, R. T., eds., 1976: *Oppida in Barbarian Europe*, BAR, Oxford.
- DELIBES, G.; ROMERO, F., 1991-1992: «El último milenio a.C. en la Cuenca del Duero. Reflexiones sobre la secuencia cultural.», en *Paleoetnología de la Península Ibérica*, Almagro-Gorbea, M.; Ruiz Zapatero, G., eds., Complutum, 2-3, 233-258. Madrid.
- DOMÍNGUEZ DE LA CONCHA, A., 1995: «Áreas onomásticas del SO peninsular.», *Ritos de Paso y Puntos de Paso. La Ría de Huelva en el Mundo del Bronce Final Europeo* (Ruiz-Gálvez, ed.), Complutum Extra, 5, 115-128.
- FABIÃO, C., 1989: «O Passado Proto-histórico e Romano.», *História de Portugal. Antes de Portugal*, Mattoso, ded., 79-301, Estampa, Lisboa.
- 1996: «O Povoado Fortificado da Cabeça de Vaimonte (Monforte).», *A Cidade*, 11 (nova série), 35-84.
- 1998: *O Mundo Indígena e a sua Romanização na área céltica do território hoje português*. Disertação de doutoramento, Universidade de Lisboa.
- FABIÃO, C.; GUERRA, A., 1991: «O povoado fortificado de Mesas do Castelhinho, Almodôvar», *IV Jornadas Arq. Ass. Arqueólogos Portugueses* (Lisboa, 1991), 305-320.
- GALÁN DOMINGO, E., 1993: *Estelas, paisaje, y territorio en el Bronce Final del Suroeste de la Península Ibérica*. Extra Complutum, 3, Madrid.
- GARCÍA-BELLIDO, M. P., 1995: «Célticos y púnicos en la Beturia según sus documentos monetales.», *Celtas y túrdulos: la Beturia* (Velázquez y Enríque, eds.), Cuadernos Emeritenses, 9, 255-292.
- GARCÍA-BELLIDO, M. P., 1998 (1993): «Los ámbitos de uso y la función de la moneda en la Hispania Republicana.», *Italia e Hispania en la Crisis de la República Romana* (Mangas, ed.), 177-207, Madrid.
- GARCÍA HUERTA, R., 1991: «Antropología de una necrópolis de incineración en la Meseta.», *Los Celtas en la Península Ibérica*, Extra R. de Arqueología, 120-122, Madrid.
- GÓMEZ RAMOS, P. 1996: «Análisis de escorias férreas: nuevas aportaciones al conocimiento de la Siderurgia prerromana en España», *TP*, 53-2, 145-155.
- GORGE, P., 1979: *Población y Poblamiento*, Barcelona.
- GRACIA, F.; MUNILLA, G.; GARCÍA, E.; PLAYA, R. M.; MURIEL, S., 1996: «Demografía y superficie de poblamiento en los asentamientos ibéricos del NE. Peninsular.», *Hom. Fernández Miranda*, Complutum Extra, 6 (II), 177-191.
- HARRYS, M. 1987 (1985): *Introducción a la Antropología general*. Alianza U.T., Madrid.
- HAURY, 1958: «Evidence at point of Pines for a Prehistoric migration from Northern Arizona», *Migrations in New World Culture History* (Thompson, ed.), Social Science Bull. Arizona U., 27, 1-6.
- HASSAM, F. A., 1981: *Demographic Archaeology*. Academic Press, New York & London.
- HENRY, L., 1972: *Démographie: analyse et modèles*. Larousse, Paris.

- 1983: *Manual de Demografía Histórica*. Barcelona.
- HERNÁNDEZ CARRETERO, A.M., 1996: Estudio de las relaciones culturales durante la II Edad del Hierro en la Cuenca Media del Guadiana: la Cerámica Gris., FUNDICOT-EXTREMADURA, Cáceres.
- HERNÁNDEZ, F.; GALÁN, E., 1996: «Los Restos Óseos y la Demografía», en Hernández y Galán, *La necrópolis de El Mercadillo (Botija, Cáceres)*, 91-126.
- HOZ, J. de, 1992: «The Celts of the Iberian Peninsula.», *Zeitschrift für Celtische Philologie*, 45, 1-37.
- HUDSON, J. C., 1969: «A location theory for rural settlement», *Annals Assoc. American Geographers*, 59, 365-381.
- JIMÉNEZ ÁVILA, J., 1997: «Cancho Roano y los complejos monumentales post-orientalizantes del Guadiana», *Complutum*, 8, 141-159.
- KURTZ, W. S., 1995: «Lo Céltico en el contexto de la arqueología europea» *Celtas y túrdulos: la Beturia* (Velázquez y Enríquez, ed.), 9-48.
- KEYFITZ, N., 1985: *Applied Mathematical Demography*.
- LEGINA, J., 1989: *Fundamentos de Demografía*. Madrid.
- LIVI-BACCI, M., 1999: *Historia de la población europea*, Crítica, Barcelona.
- LORRIO ALVARADO, A. J., 1997: *Los Celtiberos*. Extra Complutum 7, Madrid.
- MAYET, F.; SILVA, C. T., 1992: «Abul: um estabelecimento orientalizante do século VII a.C. no baixo vale do Sado», *Setúbal Arqueológica*, 9-10, 315-333.
- MARTENS, J. 1989: «The Vandals: myths and facts about a Germanic tribe of the first half of the 1st millennium AD», *Archaeological Approaches to Cultural Identity* (Shennan, S. ed.), One World Archaeology, 10, 57-66.
- MARTÍN HERNÁNDEZ, M., 1989: «Aproximación demográfica al castro de Villasviejas del Tamuja», En Hernández, F. *et alii*, *Excavaciones en el castro de Villasviejas del Tamuja*, 115-158, Salamanca.
- OSBORNE, R., 1991: «The potential mobility of Human Populations.», *Oxford Journal of Archaeology*, 10 (2), 231-252.
- OVERBEEK, J., 1984: *Historia de las Teorías Demográficas*, FCE, México.
- PELLER, S., 1965: «Births and Deaths among Europe's Ruling Families since 1500.», *Population in History* (Glass y Eversley, eds.), Arnold, London.
- PÉREZ MACÍAS, A. J., 1996: «La transición a la Edad del Hierro en el Suroeste Peninsular: el problema de los Celtici», *SPAL*, 5: 101-114.
- PETERSEN, W., 1975: «A Demographer's View of Prehistoric Demography», *Current Anthropology*, 16 (2), 227-245.
- PONTE, S. da, 1979: «As fíbulas de Miróbriga», *Setúbal Arqueológica*, 5, 195-203.
- PONTE, S. da 1985: «Algumas fíbulas de Alcácer do Sal.», *OArqP*, ser. IV-3, 137-153.
- PRESSAT, R., 1977: *Introducción a la Demografía*, Barcelona.
- RAVESTEIN, E. G., 1985: «The Laws of migration», *Journal of the Royal Statistical Society*, 48, 167-235.
- REVERTE COMA, J. M., 1990: «Posibilidades de estudio antropológico y paleopatológico de las cremaciones», *Necrópolis Celtibéricas*, 339-355, Zaragoza.
- RITCHIE, A., 1971: «Settlement archaeology -methods and problems», *The Iron Age and its Hill Forts* (Hill, D.; Jenson, M., eds.): 91-95, Southampton Univ. Arch. Society.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A. 1994: «El Valle Medio del Guadiana, espacio de frontera en la Protohistoria del Suroeste (I)», *Sagvntvm*, 27, 107-124.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A. ed., 1991: *La Ermita de Belén (Zafra, Badajoz)*. Campaña 1987, ERE, Mérida.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A. ed., 1998: *Extremadura Protohistórica: Paleoambiente, Economía y Poblamiento*, UEX, Cáceres.
- RODRÍGUEZ SUMAZA, C., 1994: *Ciclos demográficos. Una perspectiva socioeconómica*. Universidad de Valladolid.
- ROMERO CARNICERO, F., 1984: *La Edad del Hierro en la serranía soriana: los castros*, *Studia Archaeologica*, 75, Valladolid.
- ROMERO CARNICERO, F. *et alii*, eds., 1993: *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la Cuenca Media del Duero*. Publicaciones Junta de Castilla y León, Valladolid.
- ROUSE, I., 1986: *Migrations in Prehistory. Inferring Population Movement from Cultural Remains*, Yale UP, Ann Arbor.
- RUIZ RODRÍGUEZ, A.; MOLINOS, M., 1993: *Los Iberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico*, Crítica Arqueología, Barcelona.
- RUIZ ZAPATERO, G., 1983: «Modelos teóricos de invasiones/migraciones en Arqueología prehistórica.», *Información Arqueológica*, 41, 147-157.
- RUIZ ZAPATERO, G., 1985: *Los Campos de urnas del NE de la Península Ibérica*. Madrid.
- RUIZ ZAPATERO, G., 1995: «El substrato de la Celtiberia Citerior. El problema de las invasiones», *Poblamiento celtibérico* (Burillo, ed.), 25-40
- SACRISTÁN, J. D., 1995: «Reflexiones en torno al modelo del poblamiento de época celtibérica en la Cuenca Media del Duero», *Poblamiento celtibérico* (Burillo, ed.), 369-372.
- SACRISTÁN, J. D. *et alii*, 1995: «El poblamiento de época celtibérica en la Cuenca Media del Duero», *Poblamiento celtibérico* (Burillo, ed.), 337-368.
- SAN MIGUEL, L. C., 1995: «Civitas y secundarización de la producción: ¿las dos claves de la interpretación del modelo del poblamiento vacceo?», *Poblamiento celtibérico*, 373-380.
- SAUVY, A., 1976: *Elementos de Demographie*. PUF, París.
- SAUVY, A., 1984 (14.^a ed.): *La population: sa mesure, ses mouvements, ses lois*. París

- SIERRA, J. M.; SAN MIGUEL, L. C. 1995: «Las cañadas como medio de comunicación entre los asentamientos», *Poblamiento celtibérico* (Burillo, ed.), 389-398.
- SILVA, A. C. F.; GOMES, M. V., 1992: *Proto-História de Portugal.*, Universidade Aberta, Lisboa.
- TAPINOS, G.-PH., 1990: *Elementos de Demografía.*, Espasa Calpe, Madrid.
- TAYLOR, C.F., 1992: «El Nordeste», Los nativos americanos. *El Pueblo indígena de Norteamérica* (Taylor, ed.), 224-249, LIBSA, Madrid.
- TOOKER, E., 1978: «The League of the Iroquois: Its History, Politics, and Ritual», *Northeast. Handbook of North Americans Indians*, XV (Trigger, ed.), 418-441, Smithsonian Inst. Washintong D.C.
- TORBRÜGGE, W., 1971: «Vor- und frugeschichtliche Flussfunde», *Bercht der Römisch-Germanischen Kommission*, 51, 1-146.
- VALLIN, J., 1995: *La Demografía.* Alianza Edit. Madrid.
- VEIT, U., 1989: «Ethnic concepts in German prehistory: a case study on the relationship between cultural identity and archaeological objectivity», en *Archaeological Approaches to Cultural Identity* (Shennan ed.), 57-66.
- VELÁZQUEZ, A.; ENRÍQUEZ, J. J., eds., 1995: *Celtas y Túrdulos: la Beturia.* Cuadernos Emeritenses, 9, Mérida.
- VINUESA, J. (ed.), 1997: *Demografía. Análisis y proyecciones.* Síntesis, Madrid.

II

PROCESOS DE URBANIZACIÓN Y COMPLEJIDAD SOCIAL EN LA EUROPA PROTOHISTÓRICA

HABITAT ET SOCIÉTÉ CELTIQUE: LA TENTATION URBAINE

OLIVIER BUCHSENSCHUTZ

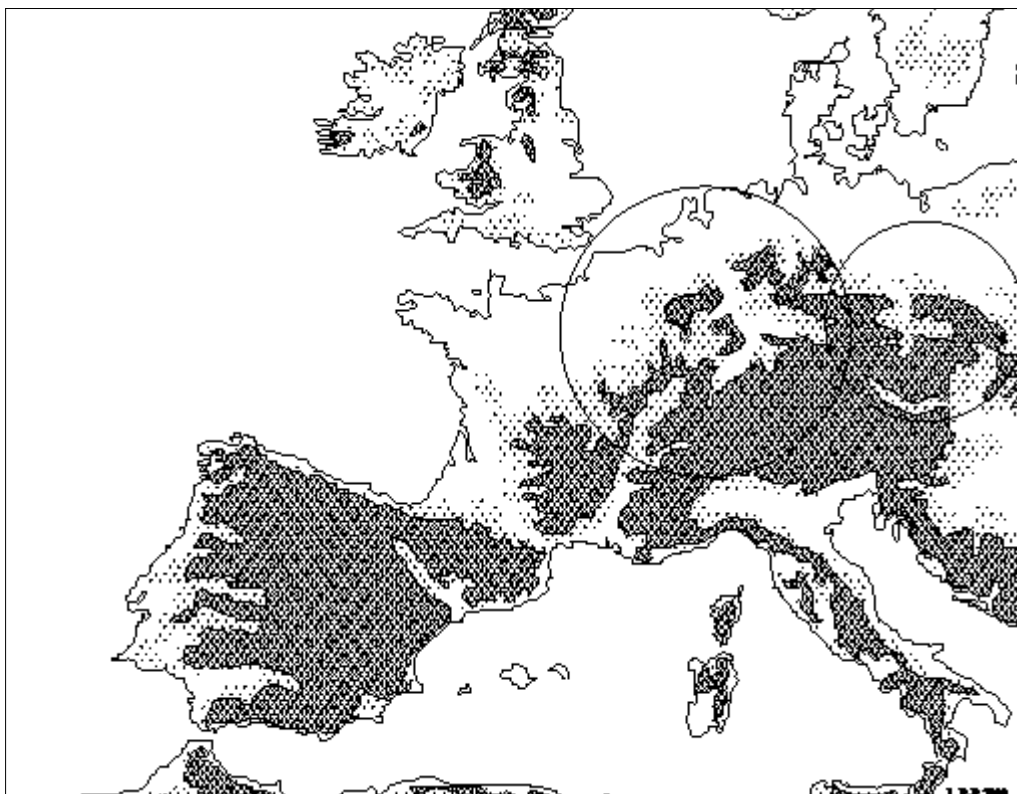
Archéologies d'Orient et d'Occident, CNRS, Paris

ABSTRACT

In this piece, we would like to stress some of the distinctive characteristics of protohistoric cultures north of the Alps, and have deliberately avoided discussion of those aspects of them which would support contrary viewpoints. In effect, all our mental models, whether explicit or implicit, modern or traditional, lead us to consider the change from a dispersed rural settlement pattern to a centralised, urban-based one as indicative of progress for any given society. Whilst the societies under examination here seem to have been essentially rural, that did not stop them developing a distinctive civilisation.

RÉSUMÉ

Nous voudrions insister dans ce texte sur certaines caractéristiques originales des cultures protohistoriques de l'Europe nord-alpine, en laissant délibérément de côté les éléments qui pourraient alimenter l'antithèse de cette position. En effet tous nos modèles mentaux, explicites ou implicites, modernes ou traditionnels, nous poussent à considérer qu'un groupe culturel progresse quand il passe d'un habitat dispersé à un habitat urbain centralisateur. Les sociétés en question apparaissent comme des sociétés essentiellement rurales, ce qui ne les empêche pas de développer une civilisation originale.



1. INTRODUCTION

Nous voudrions insister dans ce texte sur certaines caractéristiques originales des cultures protohistoriques de l'Europe nord-alpine, en laissant délibérément de côté les éléments qui pourraient alimenter l'antithèse de cette position, parce que ce sont eux qui ont été le plus développés par les historiens. En effet tous nos modèles mentaux, explicites ou implicites, modernes ou traditionnels, nous poussent à considérer qu'un groupe culturel progresse quand il passe d'un habitat dispersé à un habitat urbain centralisateur.

Nous garderons à ce texte une forme résumée, parce que ces idées ont déjà été développées dans d'autres articles facilement accessibles (Buchenschutz 1990, 1997).

2. UNE SOCIÉTÉ ORIGINALE ET MAL CONNUE

2.1. Avec les Celtes, et plus généralement les sociétés de l'âge du Fer en Europe tempérée, nous avons affaire à des populations essentiellement rurales —et qui vont d'ailleurs le rester majoritairement jusqu'à la révolution industrielle—. Par exemple, dans la langue celtique, il n'y a pas de mot pour désigner la «ville». Pendant tout l'âge du Fer, les agglomérations restent exceptionnelles et, avant les derniers siècles de l'indépendance, ne remplissent pas les fonctions qu'on attribue à une ville. Il faut donc analyser ces sociétés telles qu'elles sont, essentiellement rurales, sans les classer dans une étape soi-disant «pré-urbaine».

2.2. Comme ces sociétés n'ont pas éprouvé le besoin d'écrire pour raconter elles-mêmes leur histoire, alors qu'elles connaissent l'écriture pour certaines depuis le 5^{ème} s. avant J.-C., toutes nos considérations sur leur organisation sociale et leur idéologie en général restent hypothétiques, parce que les sources utilisées sont indirectes et difficiles à interpréter. De larges pans de leur organisation sociale ou politique restent ignorés. On peut déplorer cette situation, mais il ne faut pas là encore en tirer des conclusions trop hâtives sur le degré de «civilisation» de ces sociétés.

2.3. Les protohistoriens qui analysent ces périodes doivent tenir compte aussi bien de modèles anthropologiques généraux que des données archéologiques et des textes historiques grecs, latins, ou celtiques tardifs. Toutes ces sources, toutes ces approches, sont fortement limitées par leurs lacunes documentaires et leurs préjugés idéologiques. Nous sommes condamnés à comparer des données parfois très précises, parfois très lacunaires, pour retrouver les caractères originaux des cultures celtiques, en évitant des généralités banales comme des reconstructions trop hypothétiques.

3. LA TENTATION URBAINE

3.1. Les tentations de l'historien: nous avons tous cherché un jour à démontrer l'influence des sociétés urbaines méditerranéennes sur ces sociétés plus septentrionales, et à mettre en avant les «progrès» des Celtes en direction de l'urbanisation (cf. les titres des chapitres de notre ouvrage, Audouze et Buchenschutz 1989: «Un monde villageois», «Du village à la ville»). Il faut abandonner cette attitude parce qu'elle correspond plus à notre vision des choses qu'à celle des populations de l'âge du Fer. Comme l'ont souligné Peyre (1979) ou Vitali (1996), les Celtes en Italie manifestent une certaine indifférence vis-à-vis des villes préexistantes.

3.2. Les tentatives urbaines des Celtes: «tentatives» n'est peut-être pas ici le bon mot. Mais on peut mettre en évidence le développement d'agglomérations qui présentent certains caractères «urbains». Ce phénomène reste marginal dans le temps et dans l'espace, même si le développement d'*oppida* de hauteur à La Tène D (vers 120 av. J.-C.) dans toute l'Europe nord-alpine atteint une ampleur sans précédents, et présente, lui, les caractères essentiels d'un urbanisme. Il ne touche qu'une frange limitée, mais très active, de la population.

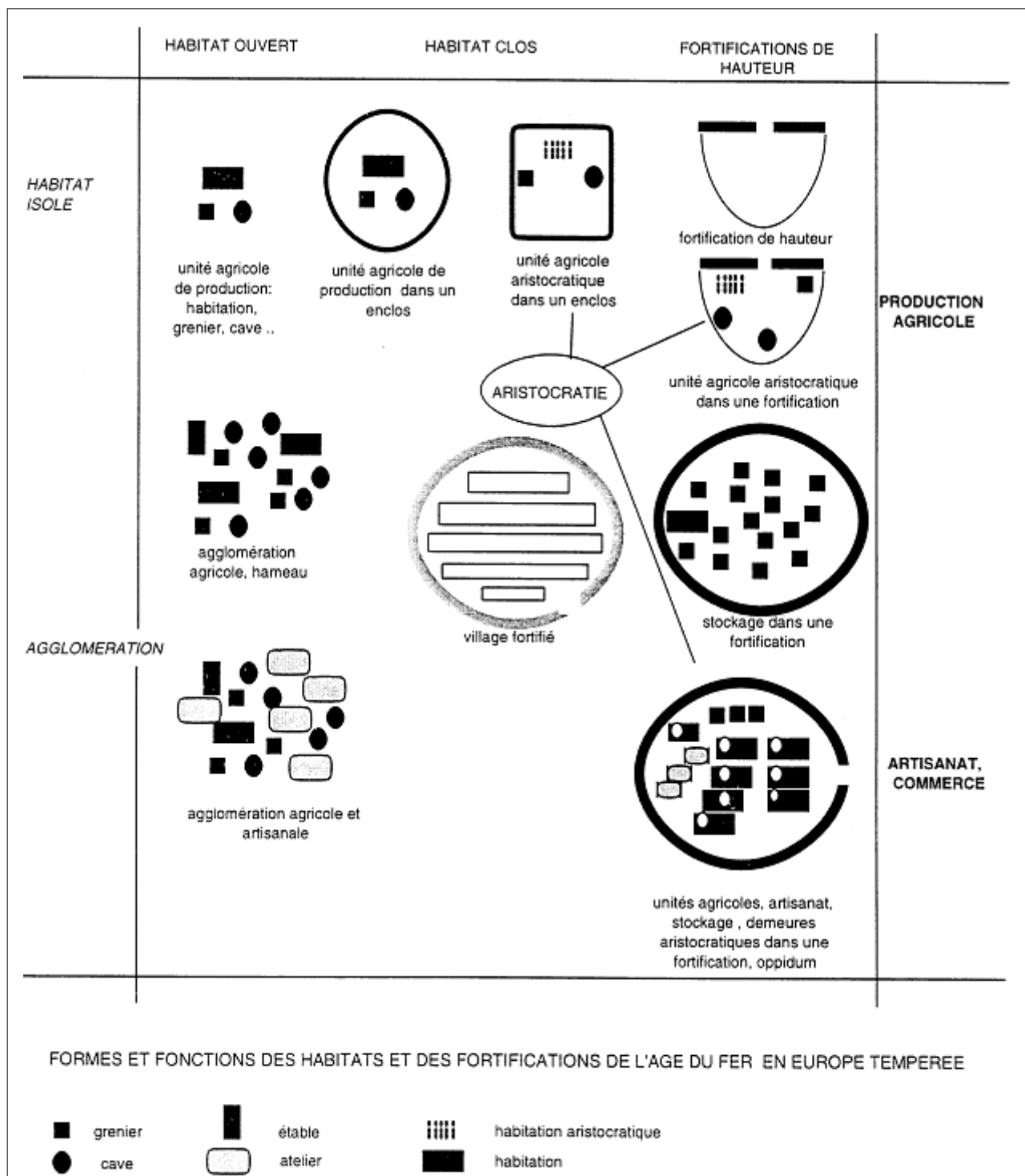
4. CARACTÈRES ET FONCTIONS DES AGGLOMÉRATIONS DE L'ÂGE DU FER.

4.1. Rappel des principales formes de l'habitat celtique (Fig. 1).

L'habitat le plus courant est composé de fermes isolées dans la campagne (Meniel, Buchenschutz, 1994). Les fortifications de hauteur sont de grande taille et souvent impressionnantes. Elles sont cependant rarement occupées par un habitat permanent. On a souvent tendance à les considérer comme des habitats, voire comme des «places centrales» dans les modèles. Pourtant, sauf de brillantes exceptions, elles révèlent à la fouille peu de traces d'occupation permanente. Nous ne sous-estimons pas leur importance, elles constituent même un élément caractéristique de nombreux groupes culturels de ces régions. Mais leur fonction exacte (lieu de réunion, de marché, de culte, de fête?) n'est pas identifiable par l'archéologie.

4.2. Le groupe de Biskupin: planification et défense.

Au 6^{ème} et 5^{ème} s., un groupe d'habitats fortifiés de bord de lac se développe en Pologne du nord-ouest dans la culture lusacienne (Kostrzewski, 1950). Un maximum de maisons identiques sont serrées dans un espace restreint mais bien défendu par un rempart. Le réseau des rues est limité à sa plus simple expression, puisqu'il ne comporte aucune transversale entre des îlots très allongés. Aucune place publique n'est ménagée dans cette catégorie d'agglomérations. Les activités non



agricoles —pêche, artisanat, tissage etc.—, peu abondantes, sont réparties au hasard dans les maisons, aucun quartier spécialisé ne se dégage. La planification et le regroupement des habitants dans un même lieu défendu par une fortification collective participent de l'urbanisation, mais ce ne sont pas à notre avis des éléments suffisants pour parler de villes.

4.3. Les habitats fortifiés aristocratiques du Hallstatt final au nord-ouest des Alpes.

Une élite sociale, liée aux aristocraties italiques et étrusques, regroupe sur des habitats de hauteur sa

«cour» ses artisans. La Heuneburg (Bade-Wurtemberg) en est l'exemple le plus spectaculaire (Gersbach, 1995, 1996). Ici l'artisanat spécialisé, les importations, la qualité architecturale des maisons et des fortifications, distinguent l'habitat de la campagne environnante. Mais tout suggère une société très hiérarchisée, groupée autour d'un homme ou d'une famille puissante, plutôt qu'une organisation démocratique et commerçante.

4.4. Diversité régionale: Dans certaines régions, des fortifications de hauteur peuvent accueillir un habitat permanent, un homme puissant avec son entourage, ou

le stockage des provisions de la campagne environnante. On peut citer les cas de l'Altburg-Bundenbach (Hunsrück) (Schindler, 1977), de Danebury (Hampshire) (Cunliffe, 1983), ou encore de Paule (Côtes d'Armor), en cours de fouille par Y. Menez, dont la fonction évolue dans le temps. Nous avons sélectionné, sur notre schéma, les catégories de site les plus simples, et les plus caractéristiques de certaines périodes, sans tenir compte des zones où les Celtes sont en contact permanent avec les cultures méditerranéennes.

4.5. Des agglomérations non fortifiées, en plaine, se forment à La Tène C2 (2ème s. avant J.-C.) Elles regroupent des artisans et des commerçants, c'est leur fonction qui les distingue des agglomérations précédentes. Elles peuvent couvrir jusqu'à 10 hectares, elles ne sont généralement pas fortifiées, elles se dressent sur des carrefours dans le plat pays. Aucun plan n'a présidé à leur implantation, les fosses et les rares maisons dont le plan est lisible sont distribuées dans le plus grand désordre. L'artisanat spécialisé est très présent, particulièrement celui des métaux. Le commerce est attesté par des monnaies, souvent fabriquées sur place. Les amphores, en assez grand nombre, montrent que les échanges avec le midi ont pris un grand essor. Les principaux sites qui appartiennent à cette catégorie sont les Pichelots sur la commune des Alleuds (Maine-et-Loire) (Gruet, 1981), Levroux (Indre) (Buchsenschutz, 1990), Bâle-Usine à Gaz (Berger, Furger, 1981), Hochstetten (Bade-Wurtemberg) (Stork, 1981), Berching-Pollanten (Bavière), Fischer *et al.*, 1977, et Schäfer A., sous presse).

4.6. Ce que nous appelons *oppida* au nord des Alpes désigne des habitats qui reprennent la tradition des anciennes fortifications de hauteur, en les agrandissant considérablement et en les entourant complètement d'un rempart percé de portes monumentales (Buchsenschutz 1990). Les surfaces atteignent fréquemment 20 hectares, parfois 100 à 200 hectares. On peut identifier des voies, et même des îlots, dans l'habitat; mais, jusqu'à la conquête, les maisons dans leur enclos ressemblent plus aux fermes contemporaines qu'à un habitat urbain. Les *oppida* réunissent les fonctions agricoles, artisanales et commerçantes. On peut distinguer des quartiers d'artisans, des maisons en bois, bientôt en pierre et suivant un modèle méditerranéen pour les habitants les plus riches. Ils constituent une urbanisation à part entière, influencée par le modèle méditerranéen, mais distinct de ce dernier qui se développe plus tard et qui prend une forme différente.

4.7. Les villes gallo-romaines: Même si César qualifie ces *oppida* du terme d'*urbs*, ils disparaissent après la conquête au profit des premières villes romaines, qui abandonnent les hauteurs pour développer en plaine un modèle idéologiquement et techniquement étranger au monde celtique, mais qui fascine les populations. Les constructions en pierre, les places publiques, la gestion de l'eau (aqueducs), etc., les distingue nettement des *oppida*. Pour quatre siècles, une grande partie

du monde celtique adhère alors totalement au modèle romain.

5. CONCLUSION

L'évolution de l'habitat celtique n'est pas orientée systématiquement vers l'agglomération et l'urbanisation à la mode méditerranéenne. Les *oppida* développent, pour une période de 80 ans environ, un modèle d'urbanisation original et adapté à la culture celtique. L'extraordinaire succès du modèle romain pendant cinq siècles ne doit pas faire oublier qu'ensuite tout le Haut Moyen Âge se passe de villes. Il faut donc examiner l'organisation de l'habitat et, en conséquence, de la société celtique, en laissant de côté les modèles qui supposent une évolution du «pré-urbain» vers «l'urbain». C'était déjà la vision d'un Strabon, par exemple quand il décrit l'Espagne de son temps. Une analyse des sociétés protohistoriques pour elles-mêmes serait certainement plus riche d'enseignements.

6. BIBLIOGRAPHIE

- BERGER, L., FURGER-GUNTI, A. 1981: «Les sites de l'Usine à Gaz et de la colline de la Cathédrale à Bâle» in BUCHSENSCHUTZ, O. (éd.) *Les Structures d'Habitat à l'Âge du Fer en Europe Tempérée. L'Évolution de l'Habitat en Berry*; Paris, Maison des Sciences de l'Homme, 172-186.
- BUCHSENSCHUTZ, O., AUDOUZE, F., 1989: *Villes, villages, et campagnes de l'Europe celtique*, Hachette, Bibliothèque d'archéologie, 362. *idem*, 1991, *Towns, Villages and Countryside of Celtic Europe*, Batsford, Londres, (traduction de Hachette, 1989).
- BUCHSENSCHUTZ, O., 1997: «Analyse spatiale des habitats de l'Âge du Fer à partir des structures construites», in: éd. AUXIETTE, G. *et al.*, *Espaces physiques, espaces sociaux dans l'analyse interne des sites du Néolithiques à l'âge du Fer*, Actes du 119^e Congrès National des Sociétés Historiques et Scientifiques, Amiens, 1994, Paris, 45-56.
- BUCHSENSCHUTZ, O., 1990: «Urbanisme et oppida», *Actes du 14^e colloque de l'AFEAF, Quimper, Revue Archéologique de l'Ouest*, (suppl. 3), 191-194.
- BUCHSENSCHUTZ, O., MENIEL, P., éd., 1994: *Les installations agricoles de l'Âge du Fer en Ile-de-France*, P.E.N.S., Paris, 300 p.
- CUNLIFFE, B., 1983: *Danebury, Anatomy of an Iron Age Hill Fort*, Batsford, London.
- FISCHER, T., RIECKHOFF-PAULI, S., SPINDLER, K., 1984: «Grabungen in der spätkeltischen Siedlung im Sulztal bei Berching-Pollanten», *Germania*, 62, 311-363.
- GERSBACH, E., 1995: *Baubefunde der Perioden IVc-IVa der Heuneburg*, *Römisch-Germanische Forschungen* 53, 1995, XV, 383.

- GERSBACH, E., 1996: *Baubefunde der Perioden IIIb-Ia der Heuneburg*, Römisch-Germanische Forschungen 56, Ph. von Zabern, Mainz, X, 180.
- GRUET, R., 1981: *Les Pichelots, site angevin de la Tène III*, Bulletin PROLOG 1, Levroux.
- KOSTRZEWSKI, J. 1950: *Compte-rendu des fouilles de Biskupin 1938-39 et 1946-48*, Poznan, 373.
- PEYRE, Ch., 1979: *La Cisalpine gauloise du IIIe au Ie s. avt J.-C.*, Presses de l'École Normale Supérieure, Paris, 148.
- SCHINDLER, R., 1977: *Die Altburg von Bundenbach, eine befestigte Höhensiedlung des 2/I. Jahrhunderts v. Chr. im Hunsrück*, Trierer Grabungen und Forschungen, 10, Mainz.
- STORK, I., 1981: «Le site de La Tène 2 et 3 de Breisach-Hochstetten», in BUCHSENSCHUTZ, O. (éd.) *Les Structures d'Habitat à l'Âge du Fer en Europe Tempérée. L'Évolution de l'Habitat en Berry*; Paris, Maison des Sciences de l'Homme, 167-171.
- VITALI, D., 1996: «Celtas cisalpins, Celtas transalpins: quelques réflexions sur le rôle de l'Italie du nord dans l'origine des *oppida*», *La préhistoire au quotidien*, Mélanges P. Bonenfant, Grenoble, 323-345.

HABITAT, TERRITOIRES ET ÉVOLUTION SOCIALE EN AQUITAINE DURANT LE DERNIER MILLÉNAIRE av. J.-C.

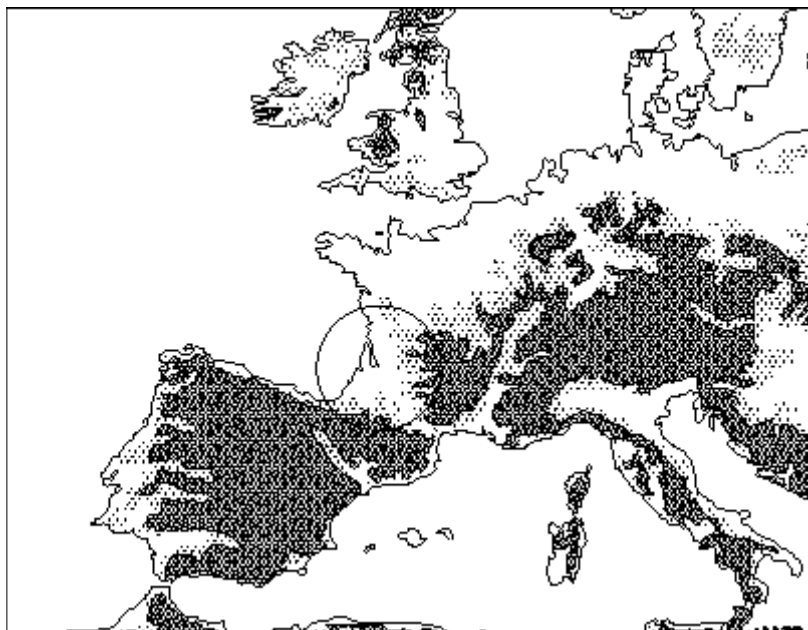
PHILIPPE GARDES
Casa de Velázquez, Madrid

ABSTRACT

In the Aquitan area the investigations about settlement sites was very slight. However, it is possible to present a synthesis of data. The Bronze/Iron Age transition answer to a development of slack net of agrarians communities. The household seem to compose the economic basis and the kinship relations limite the work exploitation and the social diferenciation. The sixth century sanction not only a growth of internal exchange but the opening of international traffic of prestige goods. But, this phenomenon was not concretize by the emergence of aristocratic system. The final Iron Age sign a continuity with an affirmation of the territory structuration tendency, in relation with the progressive control of the productors and the social specialization of work. In fine, the Iron Age correpond with a low process of social complexification, withch the fondamentale contradiction between social relations and productive forces is the motor, contradiction that not was surmount before the second century.

RÉSUMÉ

Malgré l'ampleur des lacunes, et en particulier la faiblesse des recherches sur l'habitat, il est possible de dresser un tableau général de l'Âge du Fer en Aquitaine. La transition Bronze/Fer est marquée par la fixation de communautés agricoles, organisées en un lâche semis. La maisonnée semble constituer l'unité économique de base et les rapports de parenté limiter l'exploitation et la différenciation sociale. Le VIèmes voit se développer les échanges internes mais aussi un trafic limité de biens de prestige avec la Méditerranée. Cependant, ce phénomène ne semble pas se concrétiser par l'émergence d'une élite de type aristocratique. Le second Âge du Fer s'inscrit dans la continuité avec une affirmation de la tendance à la structuration des territoires, liée à un contrôle progressif des producteurs, et à la spécialisation sociale du travail. Au bilan, on peut parler d'un lent processus de complexification sociale, avec en toile de fond une contradiction entre des rapports sociaux traditionnels et des forces productives en pleine mutation, contradiction qui ne commence à être surmontée qu'à partir du IIèmes.



Depuis une vingtaine d'années, le thème de l'habitat est revenu sur le devant de la scène dans les problématiques de recherche en Protohistoire, avec l'apparition de nouveaux questionnements dans les régions déjà en pointe dans ce domaine (Midi méditerranéen, nord de la France) et un bouleversement des connaissances dans d'autres zones autrefois délaissées, comme l'ouest ou le centre de la France. De nombreux colloques ont bien montré l'enjeu que représentait cette thématique pour la compréhension des sociétés préhistoriques. Or cette lame de fond n'a pas encore atteint l'Aquitaine qui reste fidèle à une tradition de recherche largement orientée sur le fait funéraire. Il n'est pas ici le lieu de dénier l'intérêt, au demeurant indiscutable, des recherches sur les nécropoles tumulaires. On se doit simplement de remarquer que la polarisation de l'activité archéologique autour de ce thème, en générant sa propre dynamique accumulative, a agi comme principal mécanisme d'exclusion des autres champs de la recherche.

Cette situation de déséquilibre documentaire explique qu'aucun modèle d'évolution socio-économique satisfaisant n'ait pu être opposé aux interprétations traditionnelles, associant de manière plus ou moins implicite nécropoles tumulaires et sociétés de pasteurs transhumants. Quelques recherches récentes permettent tout de même d'espérer un inversement progressif de la tendance. En attendant, une première synthèse, utilisant au mieux les données de terrain, peut déjà être tentée. Nous chercherons ici à faire ressortir les moteurs de l'évolution socio-économique, à travers une analyse critique de la documentation disponible.

1. L'ARTICULATION BRONZE/FER (900-600 AV. J.-C.) - (Carte 1)

Durant cette phase, malgré une certaine homogénéité régionale, plusieurs aires culturelles semblent se dessiner. Ainsi, la frange est, et en particulier le Toulousain présente des affinités avec les groupes languedociens type «Mailhac I». Cette parenté se manifeste également dans l'ensemble de la région à des degrés divers, à travers la céramique. Cependant, les productions métalliques permettent de mieux cerner des aires d'influence, l'une languedocienne, l'autre atlantique avec des zones-tampons intermédiaires comme le Gers (Cantet, 1991; Gardes, 1991; Beyneix, 1997).

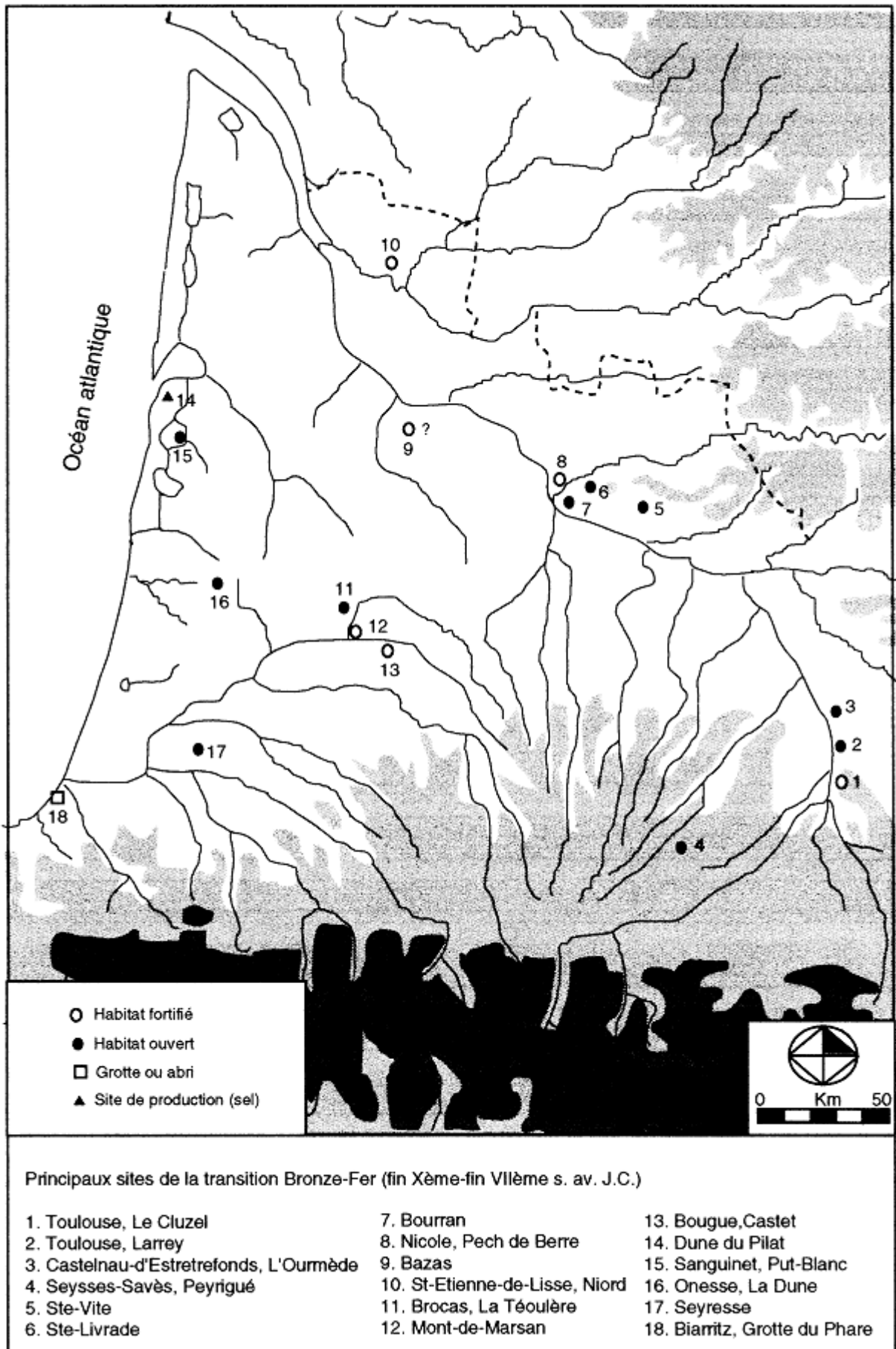
La plupart des habitats de la transition Bronze-Fer se sont implantés sur des sites vierges mais dans des zones déjà occupées antérieurement. Les sites de hauteur forment un contingent important face aux sites de basse vallée ou de plaine. Mais cette disproportion pourrait simplement refléter un état des recherches. En effet, depuis quelques années plusieurs petits sites de zones ouvertes sont apparus à la faveur de fouilles de sauvetage ou de prospections. De même la problématique du phénomène de «perchement» a été largement

renouvelée. Traditionnellement expliqué par un état d'insécurité consécutif aux invasions des Champs d'Urnes, on y reconnaît plus volontiers aujourd'hui le résultat d'un processus de développement en grande partie autonome.

Des exemples comme le Marsan montrent qu'une nouvelle organisation du territoire émerge au Bronze final. On observe en particulier l'occupation de positions hautes, quelquefois fortifiées. Ces sites semblent assumer un rôle prédominant dans l'occupation du sol, rôle stratégique certes mais aussi de contrôle et de redistribution de la production comme en témoigne la fréquence des pièces liées au traitement des céréales (meules, broyeurs...). Les autres occurrences rencontrées en plaine et dans les zones de basse vallée suggèrent tout de même l'existence d'un lâche tissu de petits établissements, tournés vers la production agricole. Les terrasses alluviales sont tout particulièrement recherchées comme en témoigne les habitats de l'Ourmède (Castelnaud-d'Estretfonds, Haute-Garonne), Toulouse-Larrey ou Goute (Seysses-Savès, Gers) et les structures isolées, à l'origine probablement associées à un habitat, comme Ste-Livrade (Lot-et-Garonne).

Les structures fossoyées auraient pu correspondre dans certains cas à des silos à l'image de celle de Ste-Vite (Lot-et-Garonne). Le remplissage de cette fosse a donné une masse de graines carbonisées, étudiées par Ph. Marival (1994, p. 30-32). L'échantillon est caractérisé par la très forte proportion d'orge à grains vêtus suivi de loin par différents types de blé (blé dur, amidonnier et engrain). Le millet est également signalé. Ce cortège est typique de la fin de l'Âge du Bronze dans bon nombre de régions occidentales. L'exploitation massive de l'orge à grains vêtus s'explique en particulier par ses nombreuses qualités par rapport à l'épeautre par exemple: croissance sur sols pauvres, meilleure résistance à des conditions de stockage rudimentaires, fonctions alimentaires multiples (complément pour le bétail, boissons alcoolisées...). Les caractéristiques de ces sites, à savoir leur situation souvent en zone inondable et leur architecture, sont de bons arguments en faveur à la fois d'une occupation courte et d'une situation de dépendance par rapport aux sites de hauteur, souvent occupés sur la longue durée.

Le phénomène de «concentration» de l'activité métallurgique qui s'observe par exemple dans la vallée de l'Èbre n'est pas encore aussi bien identifié dans la région (Roux, 1990; Gardes, 1996, 416-418). Cela tient en partie à la déficience des recherches mais aussi probablement à l'éloignement des zones d'occupation dense, comme la vallée de la Garonne, par rapport aux sources d'approvisionnement. Néanmoins, le Bronze final III coïncide dans la région avec l'apogée du Bronze atlantique (Coffyn, 1985). En témoigne indirectement, la présence constante d'objets métalliques sur les sites d'habitats. En outre, la fréquence des dépôts atteint alors son point culminant en particulier autour de l'estuaire girondin, mais les régions plus au sud ont



CARTE 1.—Principaux sites de la transition Bronze-Fer.

également donné des ensembles importants. La découverte dans ces contextes de rebuts et de produits usagés pourraient souligner la pénurie en matières premières et la prééminence d'une stratégie de récupération/refonte (Roux, 1990). L'introduction du fer à l'extrême fin de cette phase s'effectue semble-t-il en douceur avec des objets destinés dans un premier temps à des contextes funéraires (St-Vincent de Tyrosse).

Un autre produit est exploité depuis la fin du Bronze moyen en Aquitaine: le sel. À Salies-de-Béarn, l'activité saunière se poursuit au Bronze final alors que les premiers signes d'exploitation se manifestent sur le littoral atlantique (Dune du Pilat, Gironde) (Saule, 1982; Dautant *et alii*, 1982). Le sel revêt une importance fondamentale en particulier pour l'activité pastorale. Il s'agit d'un produit utilisé à des fins multiples par les bergers (rassemblement des troupeaux, etc.) mais surtout indispensable à la confection de produits laitiers tels que le fromage (affinage, etc.). Or, nous savons que la fin de l'Âge du Bronze correspond à une période d'intense activité pastorale matérialisée par la conquête de nouveaux espaces en montagne (cromlechs) et le développement des défrichements en différents points des Pyrénées (études de D. Galop en Ariège). Il est donc tentant de mettre en relation ces deux phénomènes et de postuler une spécialisation de l'élevage autour de la transhumance dès cette époque (Gardès, 1995). Malheureusement les données faunistiques font encore cruellement défaut sur le versant nord des Pyrénées.

Ce début de spécialisation du travail va de pair avec le développement des échanges à longue distance. Indéniables dès la fin du Bronze ancien, les relations avec les régions atlantiques semblent se maintenir et même s'intensifier à la charnière Bronze/Fer. En témoignent, la diffusion d'éléments métalliques caractéristiques du groupe de Vénat et de la Péninsule ibérique. Mais il faut surtout noter une plus grande ouverture à l'est, ouverture marquée par la présence de quelques pièces métalliques mais aussi et surtout par l'adoption d'une partie du registre céramique du groupe R.S.F.O. (Coffyn, 1988; Gardès, 1991).

Dans le domaine funéraire, on voit surgir et se généraliser le rite de l'incinération. Cette innovation puise en fait ses racines à la fin du Néolithique et commence à se codifier sur différentes nécropoles (plateaux landais, Ger) dès le Bronze ancien/moyen dans la région (Roux, 1990; Gardès, 1996). Dès cette phase, le rassemblement des restes incinérés dans une urne est attestée. La filiation est également assurée en ce qui concerne l'aménagement des sépultures par le maintien des enveloppes tumulaires, du moins dans les piémonts, et de certains types de structures tels que les coffres. Les changements les plus importants affectent surtout les urnes elles-mêmes dont la typologie change radicalement. Il faut donc plutôt envisager les changements apparus au Bronze final en termes de généralisation de pratiques antérieures que d'inva-

sions, et ce même si le développement économique indéniable durant cette période a pu logiquement entraîner un accroissement des échanges.

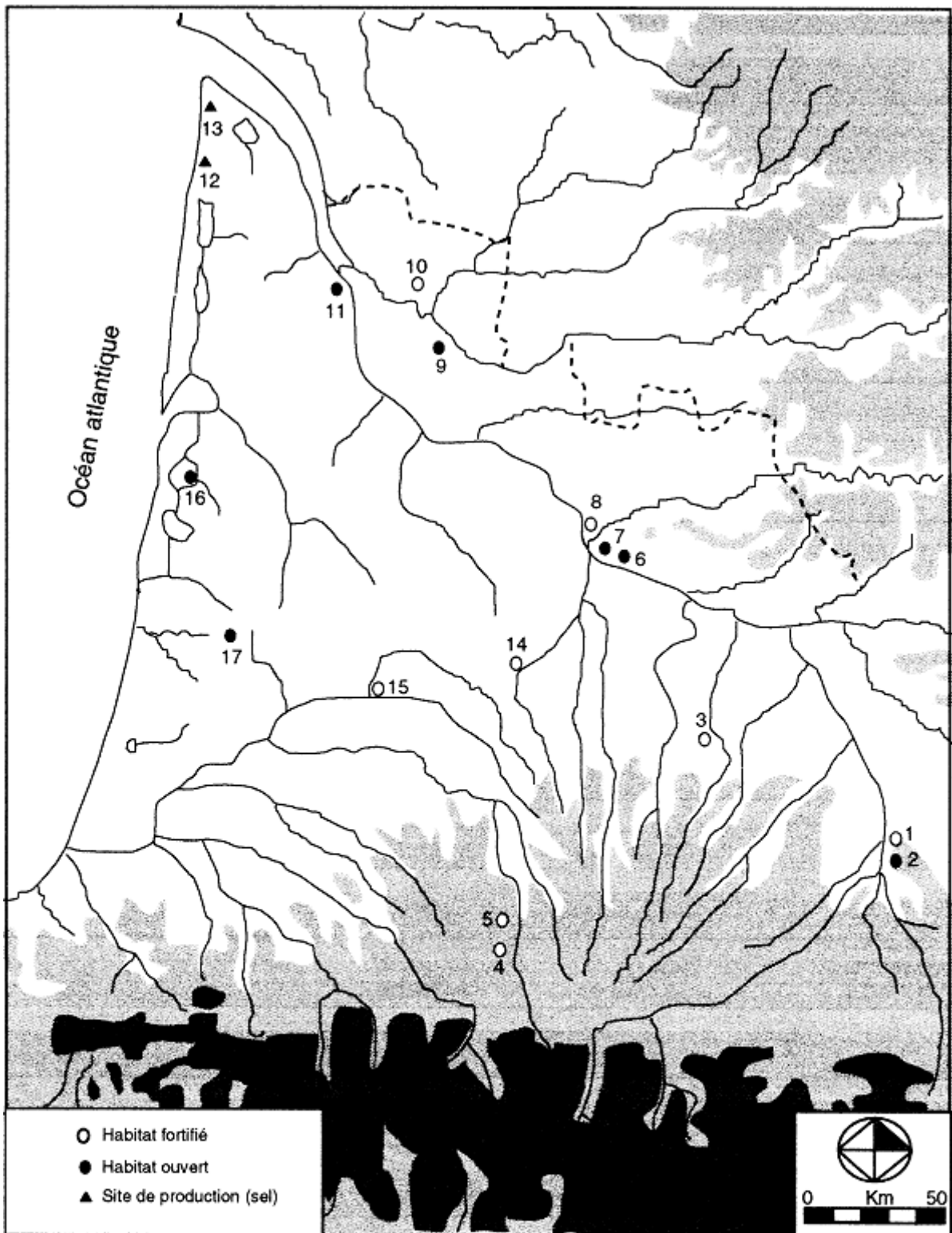
L'ensemble de ces données permet d'entrevoir de petites communautés agricoles sédentaires, formant un tissu assez lâche. Si aucun signe de différenciation sociale ne ressort de l'étude des tombes, il n'en reste pas moins que l'occupation du sol et, en particulier, la présence d'habitats et de nécropoles bien établis, ainsi que les indices de spécialisation du travail suggèrent l'existence d'une organisation de type chefferie simple. À partir de là, deux hypothèses peuvent expliquer l'impression d'isomorphie sociale qui ressort de l'étude des tombes. Le pouvoir pourrait ainsi appartenir à des leaders impliqués dans une compétition pour le prestige et reposer sur des capacités à échanger et à redistribuer. La redistribution empêcherait l'accumulation individuelle et donc le pouvoir de se fixer durablement. Dans l'autre hypothèse, l'autorité serait exercée par des chefs de famille, chargés de la gestion du bien commun et représentant le clan ou le lignage dans les échanges. Les rapports de parenté joueraient ici comme principal mécanisme de limitation du pouvoir. Le faible volume des biens mis en jeu et la rareté des biens de prestige antérieurs au VII^e s., dans la région, font actuellement plutôt pencher la balance vers la seconde hypothèse.

2. SURPLUS AGRICOLES ET DYNAMIQUE DES ÉCHANGES (625-475/450 av. J.-C.) - (Carte 2)

La culture matérielle de cette phase est marquée par une relative homogénéité, et ce même si l'étude des ensembles funéraires permet de distinguer différents sous-groupes (pyréneo-landais, girondin, garonnais) (Mohen, 1980).

Cette phase sanctionne également une nouvelle étape dans les stratégies d'occupation du sol avec l'émergence de nouveaux sites, dont bon nombre fonctionneront en continu jusqu'à l'époque romaine. La ligne de démarcation entre sites de hauteur et de plaine tend à s'estomper avec l'apparition d'habitats groupés dans des zones ouvertes, en particulier sur les terrasses alluviales de la moyenne Garonne. Il semble que les habitats de plaine apparus durant cette phase entretiennent une relation de dépendance avec des sites de hauteur souvent fortifiés; il en va ainsi semble-t-il dans le cas du Pech-de-Berre (Nicole, Lot-et-Garonne) avec les sites de Montamat (Tonneins, Lot-et-Garonne) et Chastel (Aiguillon, Lot-et-Garonne) et du Cluzel (Toulouse, Haute-Garonne) avec les habitats du plateau d'Estarac.

Les rares habitats fouillés en extension présentent des caractéristiques récurrentes. Ceux-ci témoignent d'une organisation élémentaire de l'espace. À Montamat deux groupes de bâtiments alignés cotoient des espaces dédiées aux activités artisanales (forge, structures



Principaux sites du 1er Age du Fer (fin VIIème-milieu Vème s. av. J.C.)

- | | | |
|---------------------------|--------------------------------|---------------------------------------|
| 1. Toulouse, Le Cluzel | 7. Tonneins, Montamat | 13. Grayan/L'Hôpital, La Lède du Gurg |
| 2. Toulouse, Estarac | 8. Nicole, Pech de Berre | 14. Sos |
| 3. Roquelaure, La Sioutat | 9. Vayres, Le Château | 15. Mont-de-Marsan |
| 4. Lagarde, Castet-Crabé | 10. Saint-Etienne-Lisse, Niord | 16. Sanguinet, Le Put-Blanc |
| 5. St-Lézer | 11. Bordeaux | 17. Onesse, La Dune |
| 6. Aiguillon, Chastel | 12. Soulac, L'Amélie | |

CARTE 2.—Principaux sites du premier Âge du Fer.

de grillage de céréales) (Dautant, Daynac, 1994). Les structures d'habitat adoptent en général un plan rectangulaire assez régulier (15 à 20 m²). Les techniques de construction font appel essentiellement à la terre et au bois définissant une superstructure sur poteaux plantés habillée de torchis. Un toit probablement à deux versants à Montamat devait être recouvert de chaume. Des foyers, en général sur plaque d'argile, se trouvent à l'intérieur des habitations ou dans les environs immédiats.

L'économie présente une forte orientation agricole particulièrement notable sur les différents sites de la moyenne vallée de la Garonne. D'abord, plusieurs structures excavées de Montamat correspondent à de véritables silos. Sur ce même site a été mis en évidence un grenier aérien sur poteaux plantés. Enfin, certains bâtiments recelaient des récipients de stockage et une structure de grillage des céréales. Plusieurs installations identifiées à Chastel sont également en relation avec les activités dérivées de l'agriculture. Ainsi, l'effondrement d'une cabane suite à un incendie a permis de conserver dans des conditions optimales différents aménagements, dont: des vases contenant des semences, deux foyers en cloche, associés l'un à une coupole fixe, l'autre à une coupole amovible, des plaques-foyers qui ont pu servir au grillage des céréales... Sur les deux sites, des échantillons de graines carbonisées ont été prélevés. D'après les résultats de l'analyse carpologique, on peut considérer l'économie agricole dominée par les céréales: épeautre, orge à grains vêtus et millet, et les légumineuses: fève et pois. Le fait nouveau réside surtout dans ces deux espèces qui ont du contribuer à équilibrer l'alimentation. Des renseignements complémentaires concernent également les pratiques culturelles. La découverte de lots de semences d'une seule variété dans deux contextes clos permet de conclure à une séparation stricte des types de cultures dans les champs. La découverte de quelques graines de fèves mélangées à l'épeautre dans un cas peut même laisser penser que ces deux espèces ont été cultivées successivement sur une même parcelle; trahissant ce faisant la pratique d'une probable rotation annuelle des terres agricoles. Ceci n'est pas pour nous surprendre puisque ce système est déjà en vigueur dans une bonne partie de l'Europe depuis la fin de l'Âge du Bronze (Wells, 1984, p. 46; Brun et Mordant, 1986, p. 40).

Si ces sites sont clairement impliqués dans la production agricole, on y remarque cependant des indices de spécialisation autour de la production métallique. C'est ainsi que plusieurs habitats de plaine ont livré différentes structures métallurgiques: fours-foyers associés dans l'espace à des concentrations de scories de fer ou de gouttes de bronze, moules de terre cuite pour fibules (dont une de type Mohen 2111) à Chastel, anneaux et épingles, et loupe de forge de fer de 2,5 kg dans le cas de Montamat (Dautant, 1985). La production pouvaient couvrir ici des besoins locaux ou

s'intégrer dans des circuits d'échange. Ces caractéristiques, mais aussi la situation des sites dans la vallée de la Garonne et dans une zone de confluence importante, rappelle des caractéristiques observées sur d'autres sites continentaux comme Bragny (Flouest, 1993).

Le développement de la métallurgie du fer se note également dans le piémont pyrénéen, en particulier à travers les ensembles de mobiliers funéraires. On observe à la fois une augmentation notable et une diversification typologique des pièces dans les tombes. D'autres arguments comme la production spécifique de fibules et des traces d'exploitation indiquent que les ressources locales sont désormais largement mises à profit.

À ces attributions de production, s'ajoutent également des aptitudes à l'échange. Ainsi, l'homogénéité des productions métalliques régionales reflète probablement un renforcement des réseaux d'échange internes. De plus, certains indices suggèrent une ouverture aux zones limitrophes, surtout le Languedoc et la Péninsule ibérique. On doit en particulier insister sur la parenté formelle de certaines pièces métalliques des deux côtés des Pyrénées: épées à antennes, agrafes à double crochets, couteaux à dos coudé... Mais également, les relations avec le monde grec occidental, même si elles semblent indirectes, sont attestées durant cette phase à la fois dans le Toulousain (Le Cluzel) et la moyenne vallée de la Garonne (Montamat, Chastel à Aiguillon et Pech-de-Berre à Nicole, Lot-et-Garonne) (Seguier, Vidal, 1993; Beyneix, Piot, 1997). Même si les matériels exogènes sont encore quantitativement limités, ils suggèrent déjà une certaine stabilité des réseaux d'échange, dont témoigne la diversité des productions découvertes au Cluzel et à Montamat. Ces quelques pièces révèlent également deux faits marquants: les capacités des groupes locaux à dégager des excédents et l'existence d'une élite capable d'assurer l'écoulement des biens.

Ces données sont encore trop éparées pour asseoir un modèle de développement à l'échelle régionale. Toutefois, si l'on suit la théorie des économies-monde définie par Braudel et formalisée pour l'Âge du Fer en Europe tempérée par P. Brun, on observe que le début de la spécialisation artisanale et le développement des contacts avec la Méditerranée concordent dans le temps. Rapprocher ce phénomène de celui des «résidences princières» serait tout de même hasardeux, étant donné la faible intensité du trafic. On remarquera tout de même que, comme dans la région de comparaison, les sites du Cluzel à Toulouse, et de Pech-de-Berre à Nicole fonctionnent à la fois comme centres de commandement mais probablement aussi, si on situe les établissements de production avoisinant dans leur orbite, comme des sites de consommation et de redistribution.

Mais, différence de taille, cet embryon d'économie de prestige ne semble pas encore se traduire dans la tombe. La continuité s'exprime à travers les rites fu-

néraires avec des sépultures sous tumulus dans le piémont et en fosse dans la vallée de la Garonne, bien que cette distinction relève peut-être de conditions de conservation différentes (Giraud, 1994). Néanmoins, les quelques rares sépultures à épée identifiées jusqu'à présent témoignent d'une certaine forme de différenciation sociale (Caylus, Tarn-et-Garonne). En dehors du domaine funéraire, plusieurs arguments vont également dans ce sens. D'abord, les territoires économiques apparaissent beaucoup plus structurés qu'auparavant. En témoignent les sites de hauteur de la vallée de la Garonne, installés dans des zones à fort potentiel agricole et sur de grands axes de circulation naturels. Ces sites étaient donc susceptibles de drainer les excédents de production et de les réinvestir, directement ou indirectement, dans les circuits d'échange. D'autres phénomènes sont à considérer comme l'accentuation de la division technique du travail, perceptible à travers l'exploitation de matières premières, comme le fer ou le sel, et la production artisanale notamment du métal. Il s'agit donc de sociétés relativement complexes où la division en groupes, non plus exclusivement familiaux, est déjà en germe. Mais la nature du pouvoir ne semble pas changer fondamentalement par rapport à la phase antérieure. C'est plutôt l'élargissement de la parentèle et l'accroissement de la production agricole et secondairement artisanale qui a dû contribuer à entretenir la compétition entre lignages et au-delà à affermir le pouvoir des chefs lignagers. Ce processus de complexification sociale, en germe durant la phase antérieure, va se poursuivre au début du second Âge du Fer.

3. CRISE ET MUTATION: LE DÉBUT DU DEUXIÈME ÂGE DU FER (450-200 av. J.-C.) - (Carte 3).

Cette période présente tous les symptômes d'un moment de transition entre un monde encore fortement ancré dans le premier Âge du Fer et les premiers signes de développement du second Âge du Fer. Sur le plan culturel, la dichotomie entre la vallée de la Garonne et les piémonts pyrénéens semble se creuser comme conséquence de l'installation de petits groupes d'ascendance celtique dans les régions situées au nord du fleuve.

Dans le domaine de l'habitat, la situation la plus fréquente est le maintien de l'occupation du moins sur les sites d'envergure, déjà en activité durant la période précédente. Toutefois, on remarque à la fois l'apparition de nouvelles implantations qui deviendront les centres politiques de plusieurs peuples (Bordeaux et peut-être St-Lézer) et la disparition, difficile à expliquer, de sites d'importance comme Pech-de-Berre. Le faible nombre de sites ouverts jusqu'à présent recensés pourrait s'expliquer par un repli généralisé de l'occupation vers des positions hautes. Mais la possibilité d'une non représentativité de l'échantillon reste pos-

sible. Si l'on raisonne à partir des régions les mieux étudiées, comme la zone de confluence Garonne-Lot, on remarque tout de même des indices de changements importants comme l'abandon du site principal du Pech-de-Berre et le dépérissement de son probable satellite de Montamat, alors que l'occupation se maintient sur le site de Chastel.

L'habitat connaît une période d'évolution avec la définition de structures quadrangulaires sur solins de pierre et élévation combinant une ossature de poteaux ancrés et un revêtement de torchis (Ste-Florence, Gironde, Chastel). Au Cluzel, c'est un mur en terre banchée qui fait office de solin. Des structures secondaires sont associées à ces habitations: plaques-foyers, fours domestiques à sole fixe ou amovible, fosses, etc.

Ces deux derniers sites ont livré des témoins de l'activité agricole. Une des fosses repérées à Montamat contenait en particulier un petit lot de graines dont l'analyse a permis d'identifier une majorité de fèves et quelques taxons de millet. À Chastel se sont deux morceaux de pain/galette carbonisés qui ont été mis au jour. Néanmoins, ces indices sont trop peu probants pour pouvoir en tirer des informations d'ordre paléo-économique.

En outre, désormais peu de sites témoignent d'une activité métallurgique locale. Toujours à Chastel et Montamat, le travail du métal est seulement attesté par la présence de creusets à parois fines, de grandes dimensions. On observe parallèlement dans la vallée de la Garonne une raréfaction des produits d'importation au Cluzel et une disparition totale dans l'Agenais. Les conséquences de ce ralentissement des échanges avec la Méditerranée paraissent cependant moins tragiques qu'en Europe moyenne (Brun, 1993; Demoule, 1993). En effet, en Aquitaine, ce trafic n'a jamais concerné qu'un nombre limité de pièces et ne semble pas avoir agi comme facteur de cristallisation des élites.

Ce phénomène coïncide néanmoins avec d'autres transformations surtout perceptibles à partir de la fin du IV^e et du début du III^e s. av. J.-C. Ainsi, les nécropoles de la vallée de la Garonne sont progressivement abandonnées, que ce soit dans le Toulousain, le Néracais ou la région d'Arcachon (Mohen, 1980). La culture matérielle enregistre un certain nombre de changements importants. On doit tout d'abord souligner l'apparition d'un faciès de céramique totalement nouveau, d'ascendance incontestablement celtique, sur des sites d'habitat comme Les Grandes Vignes II (Ste-Florence, Gironde), Le Pétreau (Abzac, Gironde) et dans une moindre mesure Bordeaux. Excepté des vases ovoïdes en céramique grossière, la plupart de la production a été réalisée au tour. Elle comprend en particulier des jattes carénées à col en bec de cygne, des vases ovoïdes décorés de baguettes à la base du col et des décors peints en rouge. L'introduction simultanée de ces pièces caractéristiques, du tour de potier et du four à alandier (Les Grandes Vignes II) permet d'écarter a priori l'hypothèse d'un simple échange

culturel. Il semble bien au contraire que ces indices témoignent de l'installation de groupes celtiques dans le nord de l'Aquitaine, dès cette époque. D'autres arguments abondent dans ce sens, comme la découverte de tombes de type laténien (Lafrançaise à Léognan, Gironde) et d'éléments de parure isolés dont l'origine centre-européenne ne fait guère de doute (Boudet, 1994, p. 58-60). À l'image des Volques Tectosages, de la région de Toulouse, il est possible que les peuples d'origine celtique des bords de Garonne mentionnés par César se soient fixés à la fin du IV^e et surtout au III^e s., (Szabo, 1997, p. 320), expliquant au moins partiellement les perturbations observées dans le registre archéologique. La rupture culturelle semble dès lors consommée avec l'Aquitaine méridionale, semble-t-il peu touchée par ce phénomène.

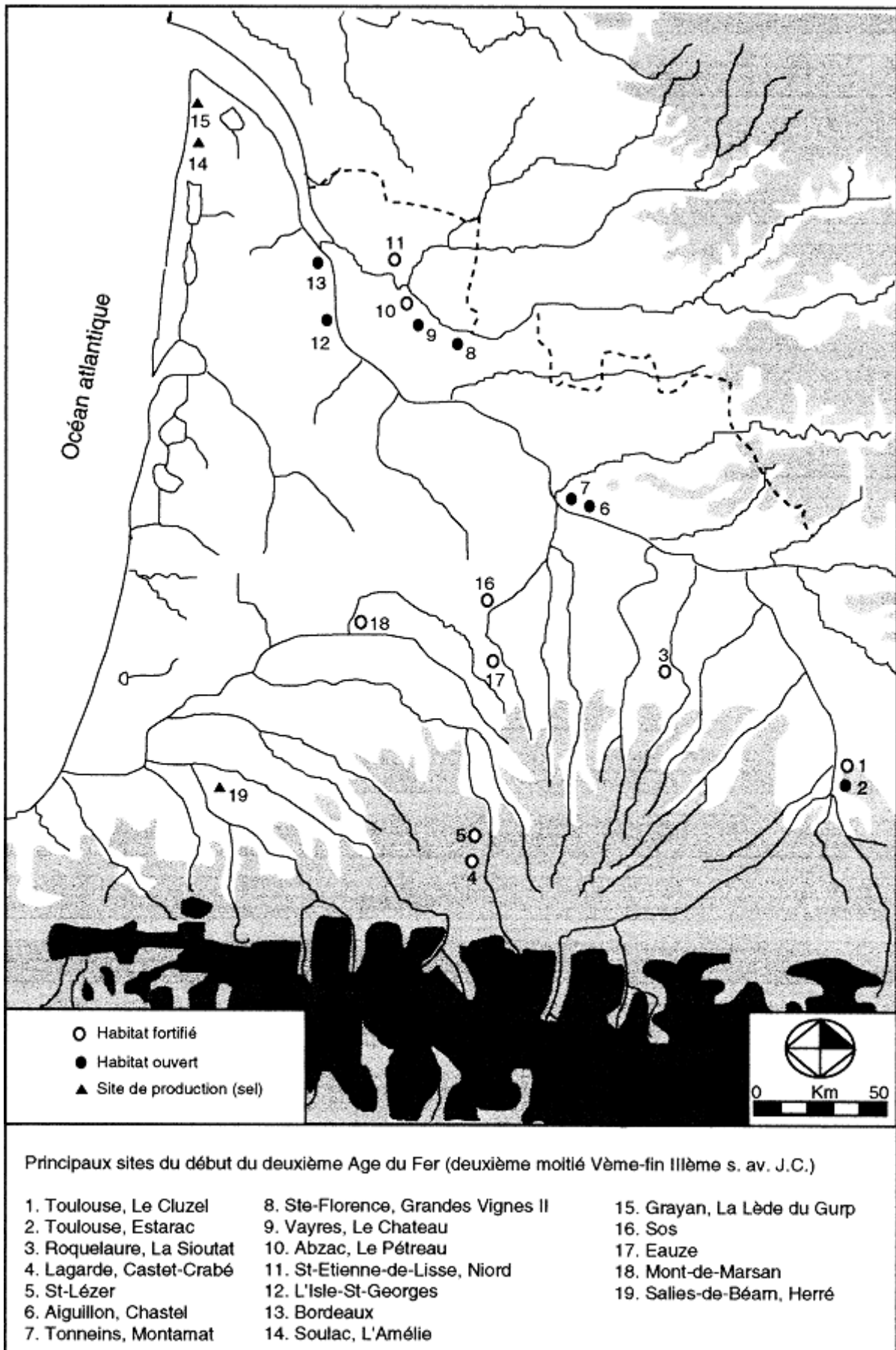
Dans les piémonts pyrénéens, en effet, on observe à la fois une continuité sur le plan structurel et des changements qualitatifs dont la portée réelle reste encore hors d'atteinte. Les principaux habitats et nécropoles tumulaires sont toujours en activité et ne semblent avoir été abandonnées que progressivement à partir du III^e s. Un des phénomènes marquants, durant la période qui s'étend du V^e au III^e s. est l'apparition de grosses structures tumulaires renfermant des sépultures multiples. Certaines ont accueilli plus de cent sépultures à incinération (Aubagnan, Ibos), souvent concentrées en surface. On retrouve sous des formes différentes de tels groupements de tombes dans d'autres zones d'Europe tempérée, où elles ont été quelquefois interprétées comme le résultat d'une «résurgence» du pouvoir familial (Brun, 1993; Demoule, 1993). Or, en Aquitaine, d'autres indices soulignent au contraire un certain renforcement de l'autorité centrale. En premier lieu, il convient de souligner que des biais idéologiques ont pu présider au dépôt des défunts. L'exemple classique du nivellement social suggéré par les tombes médiévales de l'Europe occidentale ou du monde musulman montre assez les limites d'une interprétation directe du registre archéologique. De même que des critères semblent conditionner l'accès au dolmen dans les sociétés néolithiques (Masset, 1993), les sépultures «collectives» de cette phase peuvent en fait cacher une forte stratification sociale, même si celle-ci peut être encore limitée par le poids des rapports de parenté —qui de toute façon semble être une des constantes de la Protohistoire européenne— (Daubigney, 1993).

En poussant plus loin l'analyse, on se rend également compte que derrière une apparence trompeuse, la différenciation sociale apparaît clairement. Ainsi, au contraire de la période précédente, où la standardisation des rites et la redondance des mobiliers associés apparaissent assez fortes, cette phase voit se développer tout une gamme de situations différentes. Pour ne retenir que deux réalités extrêmes, on remarque que certaines tombes sont dépourvues de mobiliers d'accompagnement alors que d'autres présentent une grande

abondance d'objets, souvent de prestige. Une étude spécifique des associations reste à faire mais d'ores et déjà quelques constantes sont discernables. En dehors de sépultures très probablement féminines, on reconnaît en particulier des tombes de guerrier ou au moins liées à un statut militaire avec la définition de «panoplies». Par exemple, une des sépultures du tumulus d'Avezac-Prat comprenait en dehors de l'urne funéraire et d'un plat-couvercle, deux vases d'accompagnement, deux longues lances, une pique ou talon de lance, une épée à antennes et un torque à tampons en bronze. On pourrait multiplier les exemples similaires: Barzun, P2, sépultures 13 et 14 (avec mors de cheval), Ger X, sépulture 2, Ger Z, sépulture 3, Truc du Bourdiou, sépulture 18, Pujaut, sépulture H1 et H3 (Fig. 1).

L'illustration la plus claire de cet affermissement des pouvoirs individuels est représentée par deux sépultures qualifiées d'«aristocratiques» du Tumulus III de Vielle-Tursan (Landes) (Roux, Coffyn, 1987). L'une, masculine, comprenait en particulier des fragments d'une cotte de maille en fer, un bouton de casque décoré, des fragments de paragnides décorés, une fibule à pied rabattu sur l'arc et des fragments d'argent appartenant à deux phiales historiées d'origine ibérique, et l'autre, supposée féminine, des fibules, fusaioles, torques, anneaux de jambe, diadème décorée, fragments de bronze laminé avec décor en volute... La richesse de ces sépultures et en particulier la présence d'articles de prestige, en provenance d'Europe celtique et de la Péninsule ibérique, suffit ici à considérer les défunts comme des membres éminents du groupe.

Ces données nous incite à la plus grande prudence à l'heure d'aborder la délicate question sociale. Plusieurs arguments montrent que le processus de complexification sociale enclenché à la fin de l'Âge du Bronze se poursuit durant cette phase. La coexistence de nombreuses tombes à armes dans de gros tumulus élevés à cet effet, tout autant que la fréquence et la standardisation des pièces à connotation militaire, évoquent un système de représentation collective où la fonction du guerrier revêt une importance nouvelle. Cette exaltation des valeurs guerrières s'explique probablement par des nécessités de défense du territoire communautaire mais aussi et surtout par une volonté de légitimer des rapports sociaux fondamentalement inégalitaires. Cependant le pouvoir ne semble pas se réduire à cette dimension militaire. En effet, ces élites tirent probablement toujours une partie de leurs prérogatives de leur statut de représentant du groupe dans les échanges, échanges qui marquent le pas avec le monde grec mais se maintiennent, et même s'intensifient avec la Celtique et surtout le Languedoc et la Péninsule ibérique. Le pouvoir semble donc progressivement se cimenter autour de chefs charismatiques, entourés d'individus portant les armes et appartenant ou non à leur parentèle. Ce système constituerait alors une possible préfiguration de l'institution des *soldurii*



CARTE 3.—Principaux sites du début du deuxième Âge du Fer.

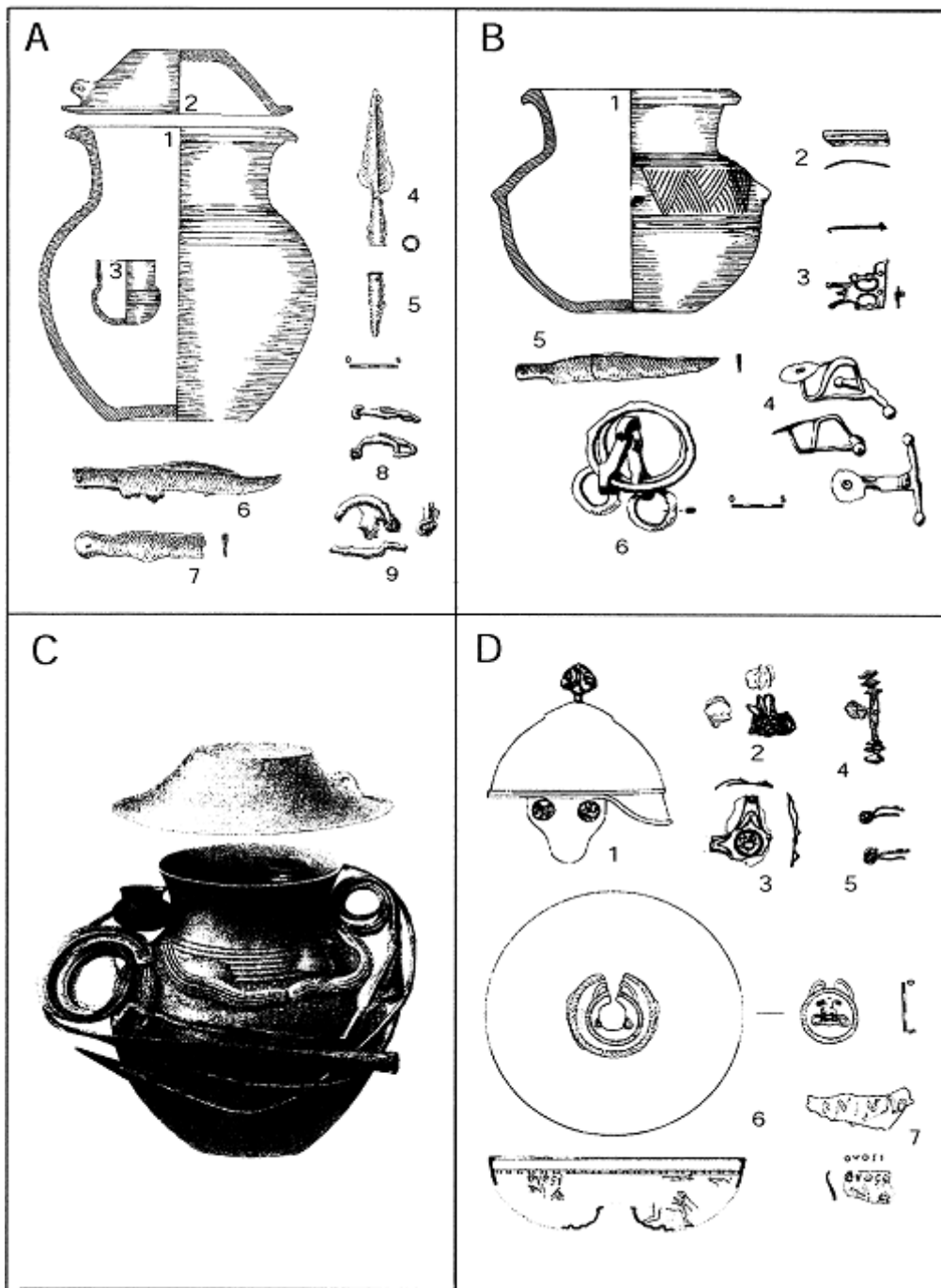


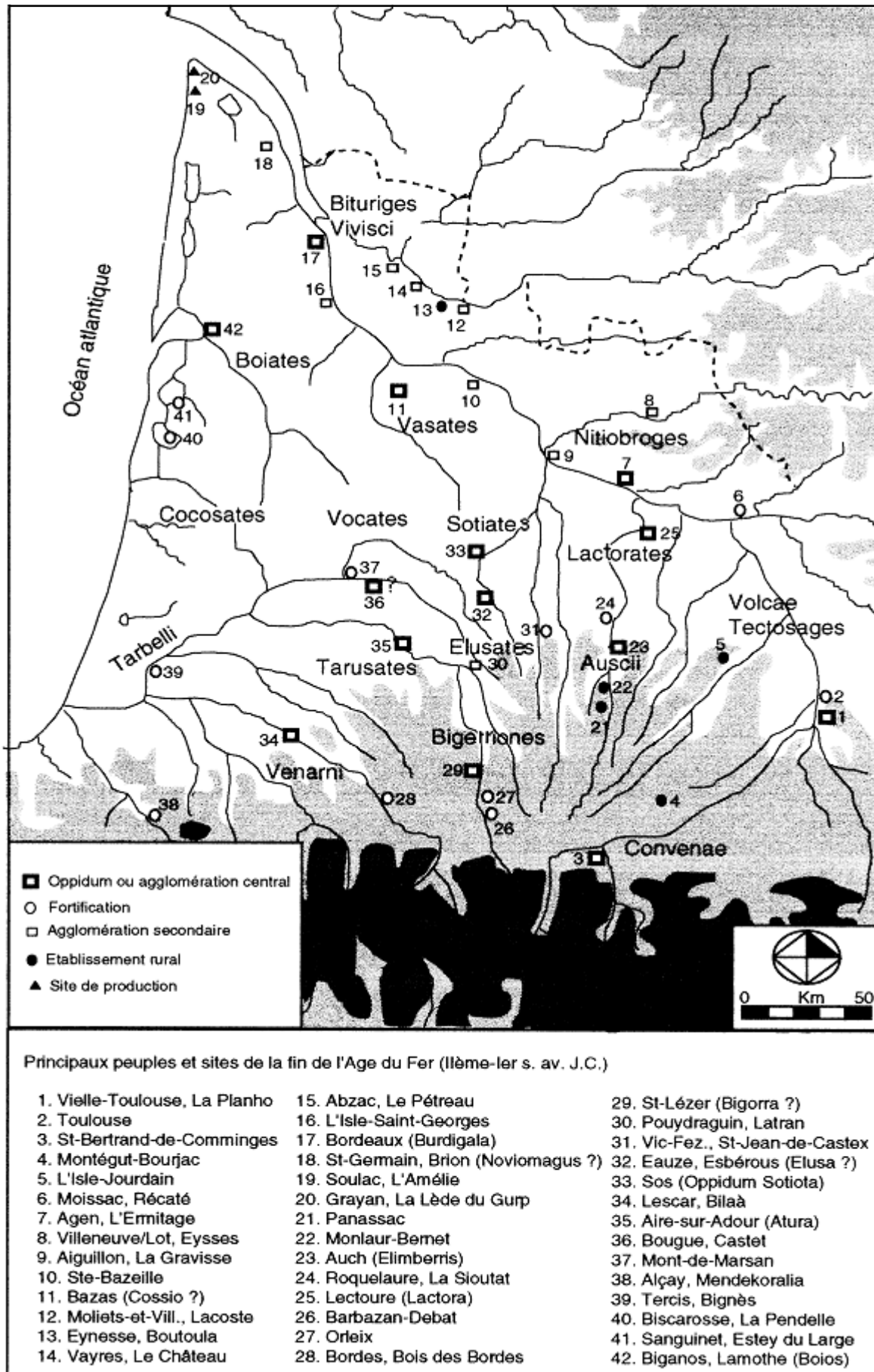
FIGURE 1.—Sépultures «privilegiées» du début du deuxième Âge du Fer: 1. Barzun, T.2, sép.13, 2. Barzun T.2, sép. 14, 3. Avezac-Prat, 4. Aubagnan, sépulture centrale (d'après Boudet, 1994; Gardes, 1999b).

décrite quelques siècles plus tard par César à propos des Sotiates (César, *Bellum Gallicum*, III, 21).

4. LA FIN DE L'ÂGE DU FER (200-50 av. J.-C.) - (Carte 4).

La fin de l'Âge du Fer marque la consécration de la partition culturelle de l'Aquitaine en une zone d'occupation celtique ou celtisée et une aire encore dominée par le substrat aquitain (Gardes, 1999b).

Au nord de la Garonne, des sites importants semblent s'ériger en capitales de vastes entités politiques (Volques Tectosages en Languedoc, Nitiobroges en Moyenne Garonne et Bituriges Vivisques dans la zone de l'estuaire girondin). Même si les systèmes de fortification renvoient à une tradition locale, ces nouvelles implantations se rattachent clairement aux *oppida* celtiques tant par leur extension que par leurs attributions. Ils apparaissent à partir du II^e s. av. J.-C. au moment où se développent les relations commerciales avec le monde romain. Le volume des échanges



CARTE 4.—Principaux peuples et sites de la fin de l'Âge du Fer.

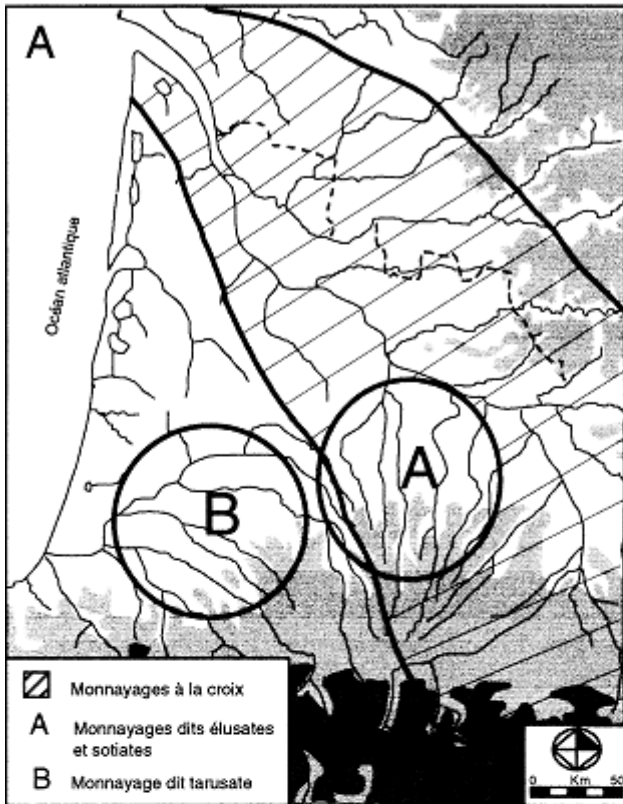
s'accroît rapidement comme en témoigne l'abondance des amphores sur les trois principaux habitats de la région. Ces conteneurs peuvent être estimés à plusieurs dizaines de milliers à Vieille-Toulouse et Toulouse et à au moins plusieurs milliers à Agen et Bordeaux. L'alignement des frappes monétaires locales sur le denier romain souligne, s'il en était besoin, l'implication des peuples de la vallée de la Garonne dans la zone d'influence économique italique. D'ailleurs, si les Volques sont intégrés à la *Provincia* dès sa création, certains peuples indépendants entretiennent des relations diplomatiques avec Rome comme les Nitiobroges, dont un des édiles, Ollovido, est même fait ami du peuple romain par le Sénat dans les années 100-80 av. J.-C. Les peuples celtiques des bords de la Garonne forment donc un glacis, un pôle de stabilité sur lequel peut s'appuyer l'impérialisme romain pour développer ses activités commerciales, et dont il se servira pour satisfaire ses velléités expansionnistes sur le reste de l'Aquitaine. C'est du moins ce que l'on peut déduire de l'attitude de Crassus, dépêché par César pour conquérir l'Aquitaine, qui arrivé sur les bords de la Garonne, recrute des troupes auxiliaires et convoque individuellement des légionnaires à Toulouse et Narbonne (César, *B.G.* III 20). Ces préparatifs n'auraient pu être envisagés sans la neutralité bienveillante, voire l'assentiment des autorités locales.

Reprenant probablement sur ce point l'oeuvre de Posidonios, composée dans les années 100 av. J.C., César attribue aux Aquitains la région située entre Garonne et Pyrénées. Leur territoire apparaît comme une mosaïque de peuples, dont le nombre oscille entre onze au minimum chez César et une vingtaine d'après la liste de Plinie. Néanmoins, les sources écrites, la numismatique et les données archéologiques permettent de distinguer trois grandes aires géo-culturelles (Gardes, 1999b): le Gers et ses marges (Sotiates, Elusates, Oscidates, Lactorates, Auscii), le bassin de l'Adour (Tarbelles, Tarusates, Cocosates, Begerri, Beneharni) et les Pyrénées (Lassuni, Camponi, Sybillates, Onesii) (Fig. 2, A-D). Les différents chef-lieux identifiés correspondent le plus souvent à des sites occupés au moins depuis le début du second Âge du Fer (Sos, Eauze, St-Lézer, Bazas) et présentent des systèmes de fortification également hérités de la phase antérieure et une extension réduite (de 3 à 20 ha). Ces sites sont également ouverts au commerce italique mais seul le vin semble avoir été largement diffusé, contrairement à la vaisselle fine (campanienne, céramique claire récente) ignorée ou faiblement représentée. L'originalité de la céramique domestique doit également être soulignée avec des formes typiques comme les pots à encolure bien marquée, les urnes à rebord plat interne ou les écuelles carénées. À noter également que dans certaines zones, la technique du tour de potier ne s'imposera que très tard, après la Conquête (Rechin, 1987; Gardes, 1990b) (Fig. 2, B).

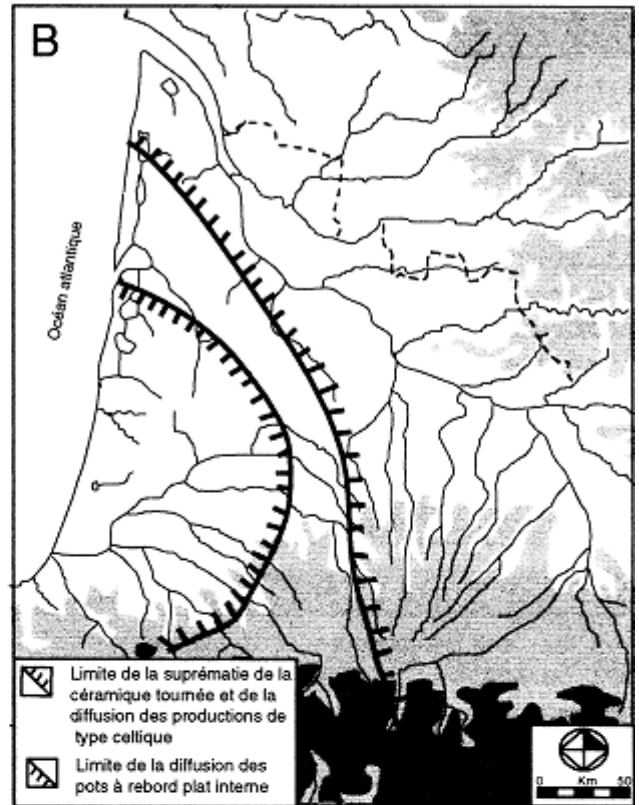
Globalement, l'agriculture se développe considérablement durant cette phase. Cette évolution se traduit

concrètement par la multiplication des établissements de plaine, implantés dans des zones fertiles (basses terrasses alluviales, zones de terreforts). On remarque également un perfectionnement de l'outillage avec l'apparition de pièces de fer servant au travail du bois: cognées, herminettes, forces mais également d'autres directement liées aux activités de moissonnage: faucilles et serpettes, ces dernières étant réservées semble-t-il à la viticulture (Marinval, 1994, p. 50). L'utilisation de bêtes de somme dans les tâches agricoles est également attestée par la découverte de mors (Lacoste à Moliets-et-Villemartin, Gironde) et d'éléments de joug (L'Ermitage à Agen). On peut penser que cet outillage spécialisé est lié à une mise en culture intensive. Les espèces les plus courantes d'après les études menées à L'Ermitage semblent être le blé dur, amidonnier et l'orge à grains vêtus. La fève continue également à être produite (Bigné à Tercis, Landes). La diversification des types de cultures avec l'apparition d'arbres fruitiers (prunier et figuier) souligne indirectement l'ampleur de l'expansion agricole. De même, les pépins de raisins découverts dans différents contextes posent le problème de l'existence d'une viticulture indigène. Il semble aujourd'hui que celle-ci soit prouvée à la fois par la présence régulière de pépins mais aussi par le type de serpette utilisé durant cette phase (L'Ermitage à Agen). Plus spectaculaires apparaissent les vestiges fossiles de La Lède du Gurg (Grayan-et-l'Hôpital, Gironde): limites de parcelles quadrangulaires, champs avec traces de labours croisés, abri de bois. L'ensemble de ces données montrent qu'un processus d'expansion agricole est enclenché dès le milieu du II^e s. On peut dès lors supposer que la production atteint un niveau suffisant pour satisfaire aux besoins d'un groupe stable de non producteurs (artisans, prêtres, etc.).

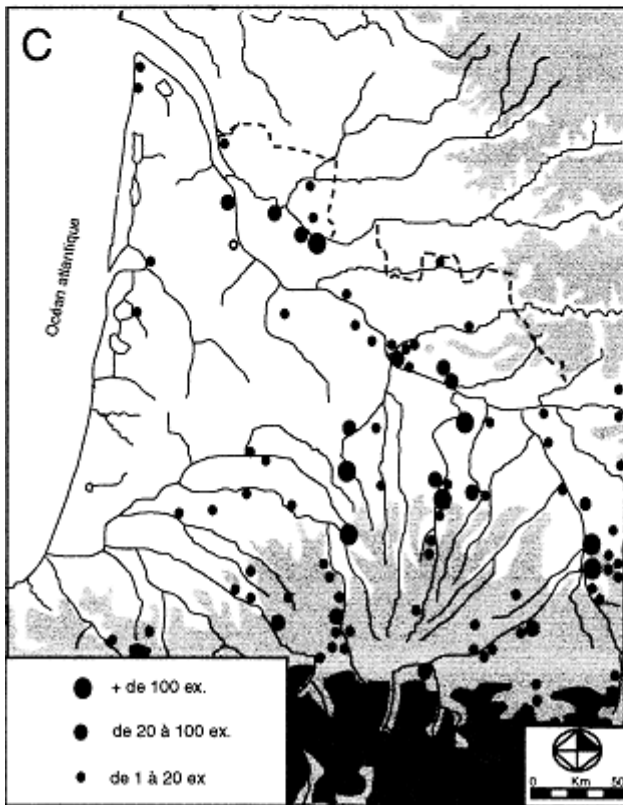
Parallèlement et en étroite relation, on observe l'apparition d'habitats de grande extension, souvent fortifiés, qui semblent dès lors assumer un rôle de centre politique (Fig. 3). Ces caractéristiques suggèrent à la fois un renforcement de l'autorité centrale et l'émergence d'un processus d'urbanisation. De multiples motivations semblent avoir guidé le choix des implantations: impératifs militaires, politiques et économiques. La fortification de reliefs naturels suggère certes une dimension défensive clairement affichée mais aussi une volonté de contrôle du territoire. En témoigne le choix de sites nettement dominants, offrant un large point de vue sur les zones environnantes. Lorsqu'il est possible de remonter des limites de paroisses médiévales vers les cadres administratifs préexistants, on se rend également compte que les chefs-lieux de cité indigène devaient en occuper soit le centre géographique (Auch, Lectoure), soit un de ses points névralgiques comme dans le cas d'Agen (Fages, Maurin, 1991). Mais le choix s'est également porté sur des sites ouverts. L'orientation commerciale de ces établissements semble primer comme le suggère la situation d'Auch dans la



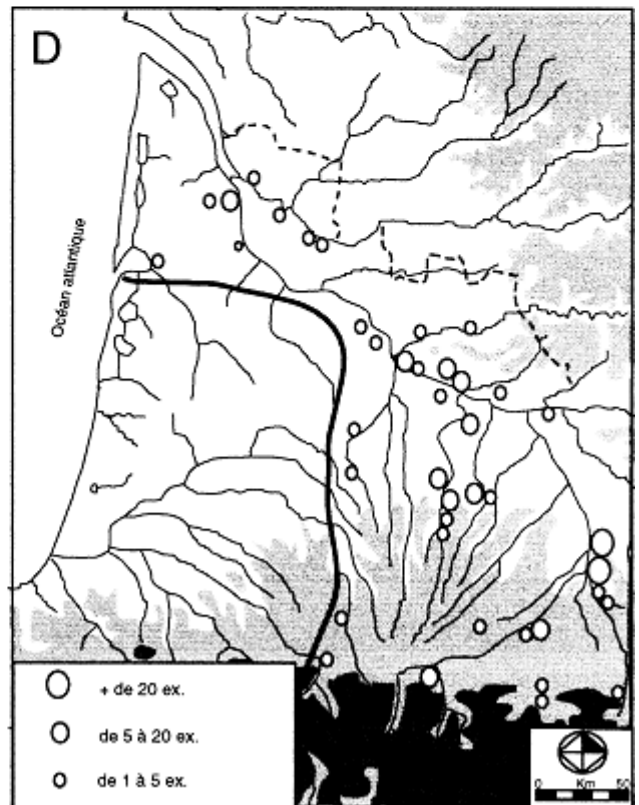
Principales zones monétaires



Céramique domestique



Diffusion des amphores vinaires italiennes(en NMI)



Diffusion de la céramique à vernis noir (en NMI)

FIGURE 2.—Cartes de diffusion des céramiques et monnaies représentatives de la fin de l'Âge du Fer.

vallée du Gers et en lisière de la Narbonnaise et de Bordeaux, plaque-tournante naturelle dans les échanges le long de la Garonne. Le qualificatif d'*emporium* qui lui est décerné après la conquête par Strabon souligne assez les attributions commerciales de ce site.

En dehors du rôle tenu par les chefs-lieux, nous ne savons pas grand chose de l'organisation du territoire lui-même. Il semble toutefois qu'un réseau d'établissements secondaires s'intercale entre les centres de commandement et les simples fermes. Ceux-ci sont de deux types. Il s'agit d'abord de fortifications, dont le rôle défensif se doublait probablement d'une fonction de contrôle des exploitations agricoles (St-Jean-de-Castex à Vic, La Ciutat à Roquelaure, Gers, etc.). Des agglomérations de plaine sont également connues. Les tâches agricoles semblent revêtir encore ici une certaine importance alors que parallèlement un artisanat spécialisé se développe nettement. Ainsi, les indices de travail du métal sont fréquents sur ce type de sites. À Lacoste ce sont les vestiges d'une probable forge qui sont apparus à la fouille. Sa production pourrait s'identifier avec les nombreux objets découverts sur le site, essentiellement des outils agricoles et des armes. Le même constat peut être fait à propos du site de Vayres. Le travail du bronze et du verre est également bien attesté avec d'abondants vestiges de l'outil de production à Lacoste. Enfin, des fours de potiers sont fréquemment signalés (Lacoste, Lagravisse à Aiguillon Lagruère à Ste-Bazeille, Lot-et-Garonne, etc.). Le statut du potier pourrait désormais se rapprocher de celui des autres artisans spécialisés étant donné que la généralisation du tour et des fours de technologie complexe suppose des compétences particulières. Le regroupement des fours à la périphérie des habitats, s'il s'explique par les nuisances que peut occasionner cette activité, s'explique probablement aussi par la création de véritables officines, dont la production ne couvre plus seulement les besoins locaux, comme dans le cas de Lagravisse. C'est d'ailleurs probablement à partir d'une telle situation que s'est développé l'atelier gallo-romain de Montans.

Enfin, au bas de l'échelle, des sites de taille inférieure peuvent être assimilés à de petites unités de production agricole. Il s'agit d'établissements peu étendus, en général inférieurs à un ha., situés en plaine, sur des replats de terrasses ou de coteaux et livrant un mobilier (meules, mortiers, etc.) et/ou des structures caractéristiques (silos) (Lac d'Agès à Monségur, Landes, Barbazan-Debat, Hautes-Pyrénées, St-Sauvy, En Merle, Notaire à Ansan, Carné à L'Isle-Bouzon, L'Isle-Jourdain, Touget, Gers, Montégut-Bourjac, Haute-Garonne, Monlaur-Bernet, Gers). Ces implantations correspondent exclusivement semble-t-il à des installations en terrain vierge. L'occupation sur ces sites se perpétue souvent jusqu'en pleine époque romaine et, on peut même considérer que certains d'entre eux ont donné naissance à de véritables *villae*.

D'autres sites encore insuffisamment étudiés pourraient correspondre à des campements temporaires liés à l'activité pastorale. C'est du moins ce que suggère le site d'Hastingues où plusieurs structures ont été découvertes disséminées sur plus de 2500 m². (Riune-Lacabe, Tison, 1990) Il s'agit en l'occurrence d'une cabane circulaire, de plusieurs fosses et de foyers extérieurs. Les caractéristiques de cette structure d'habitat évoquent une superstructure légère (tente, etc.).

Ce processus de structuration du territoire est probablement à mettre en rapport avec l'intégration de plus en plus effective des sociétés occidentales dans l'économie-monde méditerranéenne (Fig. 3, C-D). Après une première étape que l'on peut qualifier d'exploration, utilisant les canaux traditionnels en vigueur au premier Âge du Fer, en particulier pour la circulation des importations grecques, succède une phase de consolidation et d'expansion dans la deuxième moitié du II^e s. av. J.-C. Celle-ci coïncide avec la conquête de la frange sud-est de la Gaule, qui suppose désormais un contact commercial direct. De ce point de vue l'intégration de Toulouse à la Narbonnaise revêt une grande importance, puisque cette agglomération passe d'un statut de tête de pont secondaire du commerce méditerranéen dans la vallée de la Garonne, à un rôle de plaque-tournante. Ce choix a probablement été dicté plus par des impératifs commerciaux que politiques comme le suggère la dynamisation consécutive du trafic à la fin du II^e s. av. J.C. Au-delà, ce rapprochement a pour conséquence immédiate la diffusion massive du vin italien et dans une moindre mesure de la vaisselle fine dans l'ensemble de l'Aquitaine, à travers la Garonne et ses affluents.

Compte-tenu du silence des sources, le problème des biens indigènes circulant en sens inverse ne peut être abordé qu'à travers un faisceau de présomptions et le secours de la documentation archéologique. La plupart des auteurs ont jusqu'à présent mis l'accent sur la circulation des matières premières et des biens alimentaires. Comme pour le premier Âge du Fer, il semble aujourd'hui hors de doute que les métaux aient constitué un des principaux enjeux des échanges aux II^e s. et I^{er} s. av. J.C. Le fer et le cuivre des Pyrénées, l'or du Massif central et l'étain de Bretagne ont dû transiter, sous forme de lingots (Golfech, Tarn-et-Garonne, La Ciutat à Roquelaure), par l'axe Aude-Garonne, mais aussi par les passes pyrénéennes. Le rôle du sel doit probablement être aujourd'hui réévalué. En effet, son exploitation apparaît comme une des principales activités économiques sur le littoral et dans une partie des Pyrénées. Des recherches récentes menées dans la zone de l'estuaire de la Gironde ont ainsi montré l'abondance des installations saunières de la fin de l'Âge du Fer (Coquillas, 1991, 1992). La place des céréales ne doit pas non plus être négligée même si le problème de leur conservation a dû limiter la portée des transactions. L'ensemble de ces productions non transformées —et nous aurions pu renchériser avec la

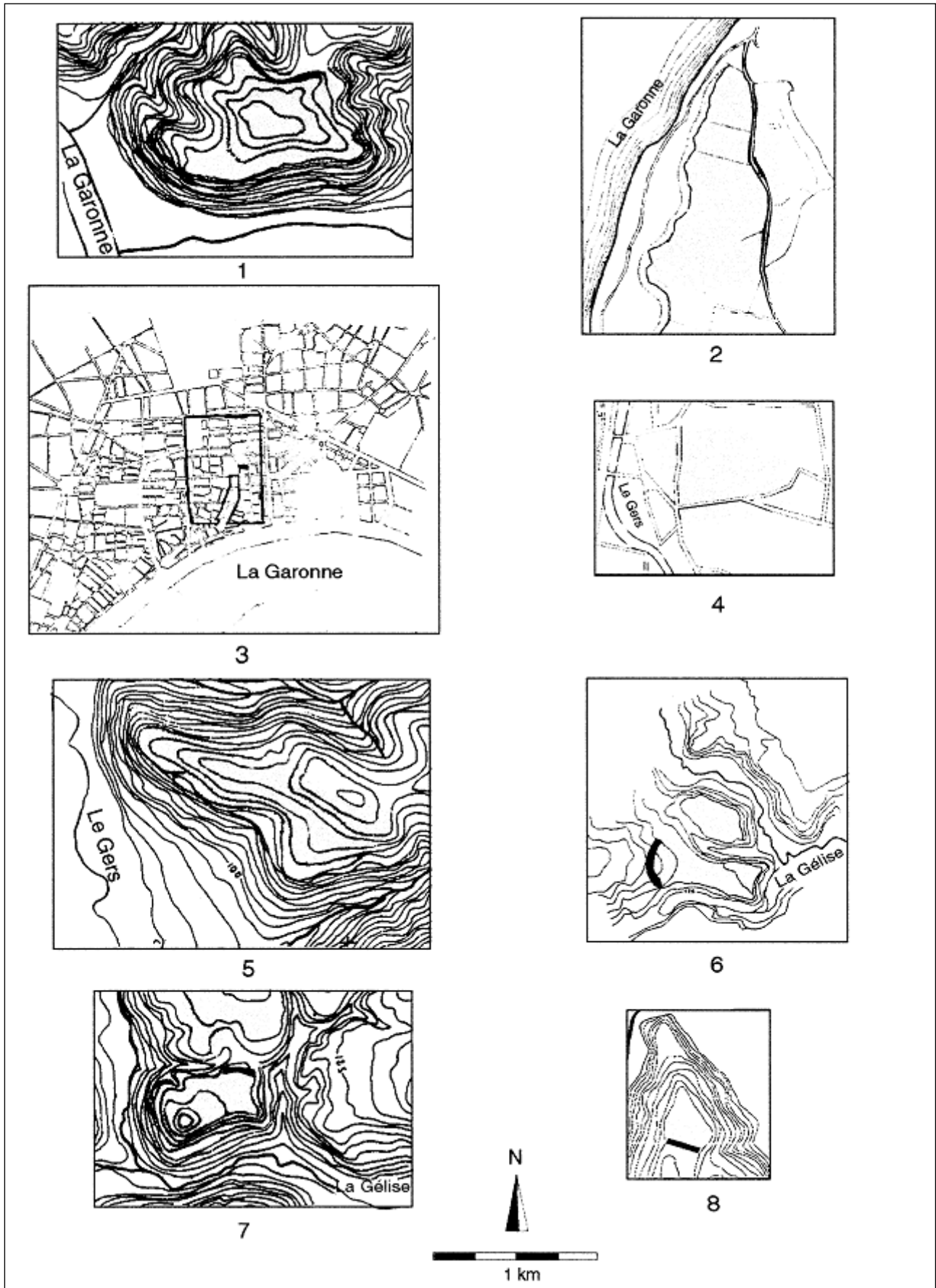


FIGURE 3.—Agglomérations et oppida principaux de la fin de l'Âge du Fer: 1. Agen, 2. Toulouse, 3. Bordeaux, 4. Auch, 5. Lectoure, 6. Eauze, 7. Sos, 8. Aire/Adour (d'après Boudet, 1994; Gardes, 1999b).

circulation des esclaves— évoquent le modèle classique du commerce de type colonial. Mais cette vision relève au moins partiellement du lieu commun. En effet, il y a fort à parier que, la division et la spécialisation du travail aidant, d'autres produits, manufacturés eux-là, aient fait l'objet d'échanges à longue distance (céramiques, bijoux, cuirs, lainages, produits laitiers, etc.).

Les modalités concrètes de l'échange restent en grande partie inconnues. Le système du don, prédominant semble-t-il durant les phases antérieures, semble désormais en perte de vitesse, miné de l'intérieur par la dissolution des rapports sociaux traditionnels et le développement de la propriété privée. Mais le numéraire ne semble pas éclipser totalement les formes d'échange ancestrales comme le laisse supposer l'exemple des puits funéraires de la vallée de la Garonne (Vidal, 1988; Boudet, 1996). Ces structures, désormais bien connues, renfermant en général un mobilier abondant parmi lequel les pièces ou les biens importés, à forte connotation sociale (vin, vaisselle fine), forment un contingent important. Au-delà de leur destination effective, funéraire et/ou cultuelle, il est clair qu'ils traduisent avant tout la dilapidation de biens de prestige et semblent bien correspondre à une forme paroxystique du système du don, apparu comme conséquence des bouleversements socio-économiques de l'époque. L'absence, à notre connaissance, de monnaies dans ces contextes conforte indirectement ce point de vue. Il semble donc que les deux systèmes d'échange coexistent pendant un temps, ce qui loin de constituer un cas aberrant, est bien attesté par des exemples ethnologiques (Godelier, 1996, p. 230-231). Quant au monnayage, il ne semble servir, au moins dans un premier temps, que dans le cadre d'un échange restreint, probablement contrôlé par les élites. La fin du II^e s. marque un tournant avec l'alignement des espèces monétaires sur le denier romain. L'objectif apparaît clair: faciliter les échanges d'un bout à l'autre de l'Isthme gaulois. Cette mesure autoritaire a donc du être prise en étroite relation avec l'administration provinciale romaine et s'expliquer, en partie, par les contraintes liées au recouvrement des taxes. Les émissions locales ne disparaissent pas pour autant mais semblent désormais réservées à un usage interne (Fig. 2,A).

Au-delà, la généralisation de la monnaie implique une mutation dans la conception du pouvoir à l'échelle locale. En effet, la circulation d'espèces monétaires suppose l'existence d'instances capables de contrôler et de garantir la valeur d'échange des émissions. Elles sont d'autant plus nécessaires en fin de période qu'apparaissent les premiers potins de bronze ou de cuivre dont le cours est indépendant de la valeur du métal (Gruel, 1989, p. 147-151). Cette transformation fondamentale située par les numismates selon les régions à l'aube ou aux lendemains de la conquête semble en fait remonter plus haut dans le temps au moins en Gaule celtique. Le doute est encore permis en Aqu-

taine où le monnayage de bronze, à quelques exceptions près (Sos), n'est pas encore très bien connu. Néanmoins dans tous les cas, derrière ces obligations se profile un indéniable appareil administratif dont l'importance est encore difficile à mesurer dans la région.

Ce développement de l'économie monétaire n'est que la traduction directe d'une mutation des rapports sociaux de production. L'augmentation puis l'explosion du trafic sur l'axe Aude-Garonne souligne en effet la nécessité de dégager un surproduit stable afin de soutenir l'échange. On a vu que les techniques et la production agricoles connaissent un développement remarquable. L'apparition de champs cloturés (La Lède du Gulp) évoque également une privatisation progressive tout autant qu'un plus grand encadrement de l'espace rural. On ne sait quel type de rapport les paysans entretiennent avec leur moyen de production, à savoir la terre. Mais toutes les conditions sont réunies pour qu'un surproduit puisse être prélevé par les autorités locales, sous forme de redevances ou d'impôts (B.G., VI, 13). Un nouveau rapport de dépendance se manifeste également au grand jour à travers l'institution des *soldurii*⁶² décrite par César au sujet des Sotiates (B.G., III, 21). Un des notables de la cité, Adietuanos, entretient en effet une suite de 600 hommes en armes entièrement acquis à sa cause. À l'exemple de l'*ambactus* gaulois, la formation de ce type de clientèles témoigne du développement de rapports de dépendance personnels à un niveau encore jamais atteint (B.G., II, 1 et VI, 15). Cette évolution trahit une dissolution des rapports de parenté dans des rapports sociaux plus complexes, qui dépassent désormais le cadre du lignage.

L'exemple d'Adietuanos illustre la montée en puissance d'un pouvoir personnel, qui au-delà du statut précaire du chef de guerre, cherche désormais à s'inscrire dans la durée et se pose donc comme une alternative aux structures communautaires traditionnelles («Sénat» ou assemblée représentant les principaux clans et lignages)⁶³. L'ascension de ces «hommes nouveaux» peut s'expliquer de différentes façons. Notons, tout d'abord, qu'ils exercent une autorité militaire, certes traditionnelle dans ce type de société, mais probablement exacerbée par le contexte de la Guerre des Gaules. La présence à leurs côtés d'une garde rapprochée n'est pas non plus pour nous surprendre; cette pratique est attestée chez les Celtes depuis au moins le III^e s. En revanche, l'entretien d'une clientèle nombreuse suppose d'importants moyens financiers. D'où proviennent ces ressources? Une hypothèse qui demande à être vérifiée est que ces individus, représentants du groupe,

⁶² R. Arambourou a opportunément rapproché ce terme du basque *zold*, l'obligé, le débiteur.

⁶³ D'après les sources, au moins deux autres chefs aquitains ont porté le titre de roi avant la conquête: Teutomatos chez les Nitiobroges (B.G., VII, 44) et Contoniatos chez les Lactorates (si l'on accepte la correction d'Iontoras en Lactoras) (Diodore de Sicile, *Bibl. Historique*, XXXIV-XXXV, 36).

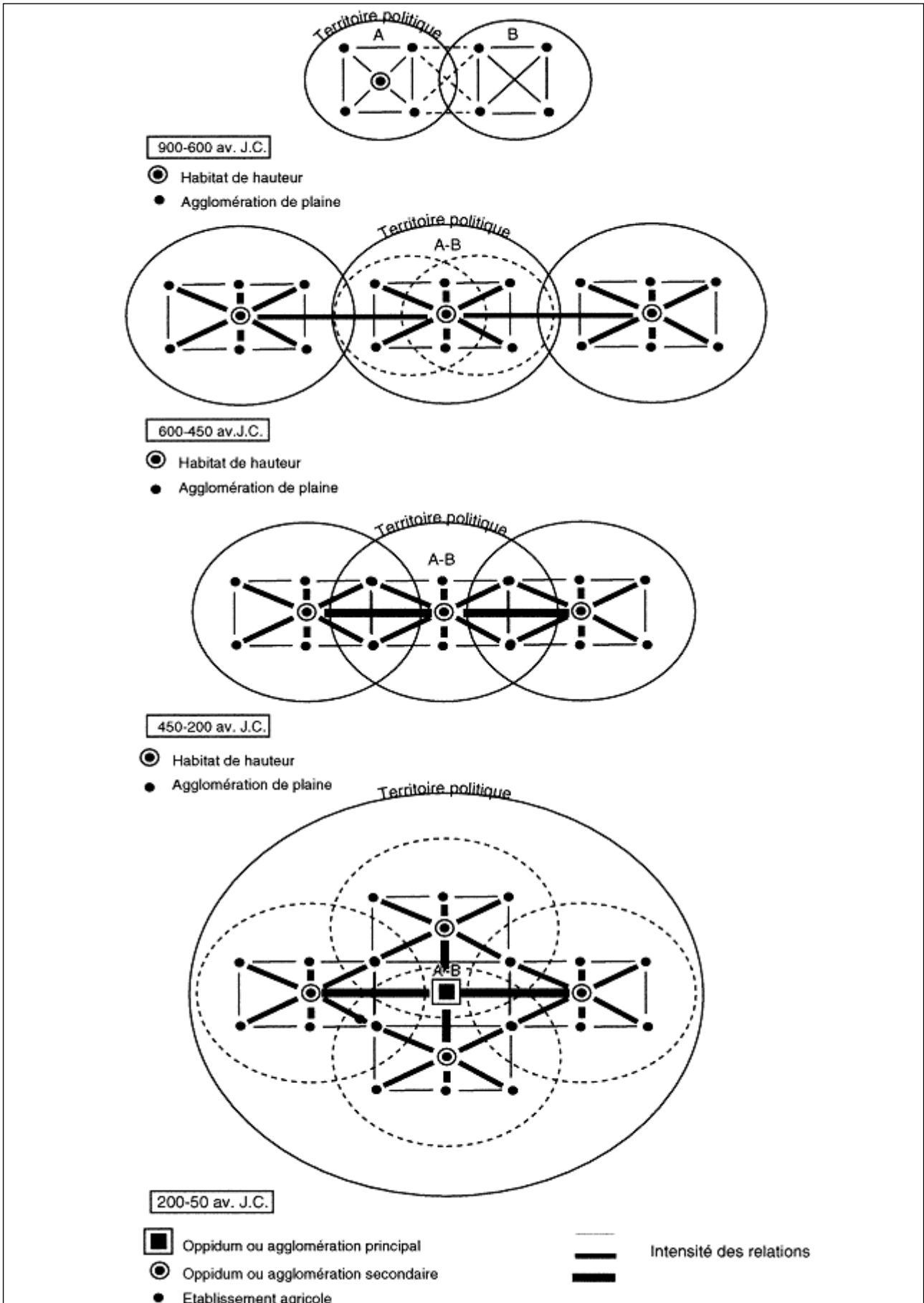


FIGURE 4.—Modèle théorique d'évolution des territoires politiques en Aquitaine intérieure.

se soient enrichis en détournant à leur profit une partie des revenus générés par le commerce sur l'axe Aude-Garonne⁶⁴. Ce système de clientèle, fondé sur un rapport de dépendance personnel noué en dehors des rapports de parenté, a donc probablement contribué à affermir le pouvoir de potentats locaux, versés dans les affaires, et à fragiliser les institutions traditionnelles. L'accession au titre de roi d'Adietuanos⁶⁵, à l'image d'autres vergobrets gaulois après la conquête, marque l'aboutissement de ce processus.

À l'arrière de ces transformations se pose le problème de l'émergence de l'État. Des arguments convergents semblent étayer la thèse d'une antériorité du phénomène par rapport à la conquête au moins pour l'Europe tempérée (Brun, 1993; Cunliffe, 1993, p. 108-113). En Aquitaine, les peuples celtiques de la vallée de la Garonne semblent déjà touchés par cette évolution. Plus au sud, la situation est moins claire, même si la généralisation de la monnaie, l'accélération de la division du travail et le début de l'urbanisation indiquent que le processus est au moins enclenché. Pourtant d'autres arguments amènent à nuancer la portée de la mutation. L'Aquitaine intérieure est, comme nous l'avons vu, divisée en une multitude de peuples de plus ou moins grande envergure, parmi lesquels aucun ne semble exercer un véritable rôle hégémonique. Seuls quelques uns sortent du lot par leurs faits d'armes, de possibles relations privilégiées avec Rome ou l'importance de leur monnayage (Sotiates, Lactorates et Tarbelles). En outre, la référence systématique à des peuples et non à des cités par César dans son récit de l'expédition d'Aquitaine *Bellum Gallicum* (III, 20-27) pourrait laisser croire que l'ethnie constitue le principal pilier de l'organisation politique. Toutefois, il convient de rester prudent. Le nom de certains peuples à terminaison en -ates semble formé à partir d'un toponyme, bien souvent celui d'une agglomération (Boios, Lactora, Elusa, etc.) qui deviendra ensuite un *vicus* important ou un chef-lieu de cité au moment de la réforme augustéenne. Il y a là de quoi s'interroger sur le véritable statut de ces établissements et se demander si, à l'image de la zone celtibérique par exemple (Burillo *et alii*, 1995, 252), un système de cités-État n'a pas pu développer en Aquitaine à la fin de l'Âge du Fer. Un autre passage de César qui parle des «cités d'Aquitaine» inciterait à le penser. Mais les données archéologiques sont encore trop peu étoffées pour valider cette hypothèse. Au bilan, la trajectoire empruntée apparaît tout à fait originale par rapport au vaste mouvement de structuration politique que connaît la Gaule centrale aux II^e et I^{er} s. av. J.C. (Nash, 1978).

⁶⁴ Certains ont même sauté le pas et accédé au trône ou renforcé leur autorité grâce à une alliance nouée avec Rome: c'est le cas d'Ollovico, chez les Nitiobroges, et de Contoniatos chez les Lactorates.

⁶⁵ Une importante série monétaire portant au droit la légende *REX. ADIETVANVS* et à l'avvers *SOTIO.TA* se rapporte très vraisemblablement à ce personnage.

5. DISCUSSION-CONCLUSION

Malgré les importantes lacunes de la documentation, on voit que les contours de l'évolution socio-économique à l'Âge du Fer commencent à se dessiner.

Durant tout le dernier millénaire av. J.-C., les territoires politiques tendent à s'étendre, parallèlement à la formation des principales entités ethniques, attestées par César au milieu du I^{er} s. av. J.-C. (Fig. 4). La fin de l'Âge du Bronze semble caractérisée par la mise en place d'un lâche réseau d'établissements de plaine, plus rarement de hauteur. Ces sites peuvent être assimilés à de petits villages impliqués dans une économie encore relativement fermée. Les sites de hauteur semblent gagner en importance à partir de la fin du VII^e s. et dominer de petites unités territoriales (vallées ou micro-régions). Si les données nous manquent pour caractériser la situation au début du deuxième Âge du Fer, le renforcement des relations interethniques n'en apparaît pas moins patent à travers le mobilier funéraire. On doit également noter qu'en Aquitaine intérieure, la plupart des sites fortifiés, qui deviendront plus tard chefs-lieux de peuples, sont déjà occupés (Esbérous à Eauze, Sos, St-Lézer). Ces deux arguments suffisent à écarter toute idée de rupture dans l'évolution de l'occupation du sol. La nouvelle organisation politique des II^e et I^{er} s. av. J.-C. semble donc, au moins partiellement, se mettre en place à partir de pôles déjà existants. Cette phase sanctionne l'apparition d'ensembles politiques de grande extension, couvrant plusieurs vallées ou bassins-versants, et organisés à partir d'un embryon de système centralisé: *oppida* ou agglomération principale, fortifications ou agglomérations secondaires et établissements agricoles. On peut émettre l'hypothèse que ce phénomène de concentration se réalise en partie au détriment de petits peuples, connus grâce à la liste de Pline (Duvall, 1955). Le processus se poursuit ensuite avec une série de regroupements probablement suscités par la réforme administrative augustéenne. Ainsi, les Cocosates et plusieurs peuples pyrénéens sont rattachés aux Tarbelles, la cité des Tarusates s'étend semble-t-il vers le nord aux zones occupées par les Vocates et les Latusates (?) (Gardes, 1999b), les Bituriges se voient désormais flanqués des Vasates et des Boiates, enfin, comme l'atteste une inscription du I^{er} s., les Sotiates passent sous la tutelle de la cité des Elusates. Seuls, en fait, les peuples de l'est, sûrement organisés sur un modèle de cité-État, semblent maintenir leur assiette originelle (Ausci, Lactorates).

L'évolution des systèmes d'occupation du sol ne constitue que la partie apparente d'un mouvement plus profond qui touche l'ensemble de la sphère sociale.

Traditionnellement, les changements sociaux perceptibles à partir du VI^e s. ont été mis en relation avec l'impact des échanges à longue distance. Et il est vrai

que certains produits, comme les métaux ont du circuler très tôt sur l'axe Aude-Garonne. Mais, contrairement à l'Europe celtique (Brun, 1988; Wells, 1984), le VI^{ème} s. ne correspond pas à une forte poussée des relations internationales. Quelques pièces d'importation d'origine grecque sont tout de même à signaler et la concordance dans le temps de ce trafic avec les débuts d'un artisanat local pourrait laisser penser à une évolution avortée vers une économie de prestige. L'absence de manifestations ostentatoires, propres à un pouvoir autocratique, et, au contraire, l'impression de nivellement social qui ressort de l'étude des tombes nous oblige, pour le moment, à écarter cette hypothèse. En réalité, les relations avec le monde méditerranéen ne se développent véritablement qu'à partir du II^{ème} s. av. J.-C. Et ce phénomène prend un relief particulier dans un contexte social indigène alors en pleine effervescence.

À notre avis, le faible développement de la hiérarchisation s'explique surtout par le poids des rapports de parenté. Le concept anthropologique de «mode de production lignager» nous paraît, dans ce contexte, parfaitement opérant (Testart, 1985, 238-247; Gardes, 1996, 206-235). Dans ce mode, la maisonnée constitue l'unité économique de base. Les rapports sociaux reposent essentiellement sur la relation entre aînés et cadets. Les premiers gèrent le bien commun et représentent le groupe. Les seconds dégagent, par leur travail, le surproduit nécessaire aux échanges. Cette répartition des tâches est en apparence équitable. Elle masque en réalité une exploitation des cadets, qui produisent les surplus, par les aînés, qui ne produisent rien. Mais cette exploitation est limitée par les rapports de parenté qu'entretiennent les parties. Ces rapports sociaux inégalitaires constituent la base du système qui, avec l'élargissement de la base économique de l'exploitation renforcent par un effet mécanique les capacités d'échange et de redistribution, et donc le pouvoir des chefs (Salhins, 1976, 185). La contradiction entre des rapports sociaux traditionnels, marqués par une exploitation limitée, et des forces productives soumises à des changements importants est probablement une des clefs pour comprendre l'évolution sociale de l'Âge du Fer aquitain.

Tout au long de la Protohistoire, les pouvoirs fondés sur la représentation semblent primer. Mais à partir du VI^{ème} s., l'intensification de la production agricole, liée à une plus grande structuration des territoires, et l'élargissement progressif de l'assiette de l'exploitation permet de dégager un surproduit stable, contribuant lui-même, par le jeu des échanges, à l'affermissement du pouvoir des chefs. Le point d'inflexion de cette évolution pourrait être situé dans le courant des IV^{ème} et III^{ème} s. avec la possible apparition de rapports de dépendance personnels de type clientélaire, noués en dehors de la parentèle. C'est ce que pourrait illustrer les tumulus à sépultures multiples des piémonts pyrénéens. Ce système n'est pourtant attesté de manière incontestable qu'à la fin du II^{ème} siècle

en Gaule interne et, sous une forme exacerbée, au I^{er} s. en Aquitaine. La transition vers une économie monétaire a dû accélérer le processus et rendre ses effets irréversibles.

6. BIBLIOGRAPHIE

- AUDOUBE, F.; BUCHSENCHUTZ, O. 1989: *Villes, villages et campagnes de l'Europe celtique*, Hachette, Paris, 384 p.
- BARRAUD *et alii*, 1988: «Le site de «La France»: origines et évolution urbaine de Bordeaux antique», *Aquitania*, 6, 3-59.
- BACH; GARDES, P. 1999: «Du nouveau sur Auch/Elimberris. La fouille de sauvetage du chemin de Cougeron», *Bull. de l'Assoc. Française d'Ét. de l'Âge du Fer*, 9, 34-37.
- BEYNEIX, A. 1997: *L'Âge du Bronze en pays de moyenne Garonne*, Ed. Monique Mergoïl, Montagnac.
- BEYNEIX, A.; PIOT, 1997: «Mobiliers grecs et de tradition grecque dans la vallée de la Garonne et ses abords pendant les Âges du Fer (du VI^{ème} au I^{er} s. avant J.-C.)», *Aquitania*, 1995, 33-73.
- BOST, J. P. 1982: «Spécificité des villes et effets de l'urbanisme dans l'Aquitaine augustéenne», *Villes et campagnes de l'Empire romain*, Actes du colloque d'Aix-en-Provence (1979), 59-68.
- BOST, J. P. 1985: «P. Crassus... in Aquitaniam profisci iubet»: *les chemins de Crassus en 56 avant Jésus-Christ*, *R.E.A.*, 88, 1988, 21-39.
- BOUDET, R. 1986: «Aspects du peuplement autour de l'estuaire girondin au I^{er} s. av. notre Ère d'après les sources littéraires et la documentation archéologique», *Aquitania*, suppl. 1, 11-35.
- BOUDET, R. 1987: *L'Âge du Fer récent dans la partie méridionale de l'estuaire girondin (du V^{ème} au I^{er} siècle avant notre Ère)*, Ed. Vesunna, Périgueux.
- BOUDET, R. 1990: «Numismatique et organisation du territoire du sud-ouest de la Gaule à la fin de l'Âge du Fer: une première esquisse», *Revue Archéologique de l'Ouest*, Suppl. 3, 169-190.
- BOUDET, R. 1994: «Le III^{ème} s. avant notre Ère dans le sud-ouest de la France: état des recherches», *Actes du IX^{ème} Congrès international d'études celtiques (Études Celtiques, XVIII-1991)*, Paris, 47-63.
- BOUDET, R. 1996: *Rituels celtes d'Aquitaine*, Ed. Errance, Paris, 123 p.
- BOUDET, R. et COLL, 1994: «Les agglomérations protohistoriques en France sud-occidentale: quelques réflexions», *L'Âge du Fer en Europe sud-occidentale, Actes du XVI^{ème} colloque de l'AFEAF*, Agen (1992), *Aquitania*, XII, 55-94.
- BRUN, P. 1987: *Princes et princesses de la Celtique, Le premier Âge du Fer (850-450 av. J.-C.)*, Ed. Errance, 217 p.
- BRUN, P. 1993: «La complexification sociale en Europe moyenne pendant l'Âge du Fer: essai de

- modélisation» *Fonctionnement social de l'Âge du Fer, opérateurs & hypothèses pour la France, Actes du colloque de Lons-le-Saunier* (1990), 275-290.
- BRUN, P.; MORDANT, Cl., 1986: *1000 ans av. J.C. en Europe «barbare»*, catalogue d'exposition, Musée de Préhistoire d'Ile-de-France, 62 p.
- BUCHSENSCHUTZ, O. 1984: *Structures d'habitats et fortifications en France septentrionale*, M.S.P.F., 18, 248 p.
- BUCHSENSCHUTZ, O.; COLIN, A., 1990: «Contribution des habitats de la Gaule chevelue à la chronologie de La Tène finale», *Gaule interne et Gaule méditerranéenne. Confrontations chronologiques, Actes de la table-ronde de Valbonne* (1986), CNRS, Paris, 303-306.
- BURILLO, F. et alii, 1995: «El poblamiento celtibérico en el valle medio del Ebro y sistema ibérico», in BURILLO, F. (éd.), *Poblamiento celtibérico*, Saragossa, 245-264.
- CANTET, J. P. 1988: «Les céramiques protohistoriques de la Ciutat à Roquelaure (Gers)», *Actes de la Neuvième Journée des Archéologues Gersois*, 4-16.
- CANTET, J. P. 1991: *L'Âge du Bronze en Gascogne gersoise*, Ed. Vesunna, Périgueux, 239 p.
- CHAUCHAT, Cl. 1984: «La Grotte du Phare à Biarritz: Premiers résultats», *B.S.P.F.*, 81, 343-354.
- CHOPINET, Ch. 1908: «Étude sur les camps préhistoriques des Landes et du Béarn», *Revue de Comminges*, 30-56.
- COFFYN, A. 1985: *Le Bronze atlantique*, Centre Pierre Paris, Bordeaux.
- COFFYN, A. 1988: «La collection Schmitt au musée de Mont-de-Marsan», *Actes du XXXIX^e Congrès de la F.H.S.O.*, Dax, 29-36.
- COQUEREL, R.; VIE, R., 1979: «Les castrametations protohistoriques dans les Hautes-Pyrénées», *Tarbes et la Bigorre*, Fédération des sociétés académiques Languedoc-Pyrénées-Gascogne, 23-46
- COQUILLAS, D., 1991: «Braud-et-Saint-Louis, Fréneau-Aubeterre», *Bilan Scientifique di S.R.A. Aquitaine*, 53-54
- COQUILLAS, D., 1992: «Canton de Saint-Ciers-sur-Gironde, le Marais», *Bilan Scientifique du S.R.A. Aquitaine*, 68-69.
- COLIN, A. 1991: *La chronologie des oppida en France non méditerranéenne*, Thèse nouveau régime, Université de Paris I, Vol. I: texte, 333 p.
- CUNLIFFE, B. 1993: *La Gaule et ses voisins. Le grand commerce méditerranéen.*, Picard, Paris, 253 p.
- DAUBIGNEY, A. 1993: «Moteurs et rythme de la différenciation sociale en France du VI^e au I^{er} siècle av. n.èr», *Fonctionnement social de l'Âge du Fer, opérateurs & hypothèses pour la France, Actes du colloque de Lons-le-Saunier* (1990), 291-300.
- DAUTANT, A., 1984: «La stratigraphie de l'habitat protohistorique de Chastel à Aiguillon (Lot-et-Garonne)», *Actes du Congrès de la Société Préhistorique Française* (Cahors-Montauban), 90-96.
- DAUTANT, A., 1985: «L'artisanat du bronze et du fer à l'Age du Fer en Lot-et-Garonne», *Rev. archéo. du Centre et du Centre-Est*, sup. 6, 253-262
- DAUTANT, A., 1994: «L'habitat protohistorique de Chastel», in *Vingt ans d'archéologie en Moyenne Garonne*, Agen, 22-23.
- DAUTANT, A. et alii, 1982: «Découvertes protohistoriques à la Dune du Pilat», *Bull. de la Soc. Hist. et Archéo. d'Arcachon*, 33, 26-31
- DAUTANT, A.; DAYNAC, M., 1994: «L'habitat protohistorique de Montamat», in *Vingt ans d'archéologie en Moyenne Garonne*, Agen, 48-49.
- DUVAL, P.M. 1955: «Les peuples aquitains d'après la liste de Pline», *Revue de Philologie*, 213-227.
- FAGES, B.; MAURIN, L. 1991: *Inscriptions Latines d'Aquitaine, I. Les Nitiobroges*, I.R.A.M., Bordeaux.
- FLOUEST, J.-L. 1992: «Activités métallurgiques et commerce avec le monde méditerranéen à Bragny (Saône-et-Loire)», *Fonctionnement social de l'Age du Fer, opérateurs & hypothèses pour la France, Actes du colloque de Lons-le-Saunier* (1990), 1993, 21-31.
- GARDES, Ph., 1989: «L'habitat protohistorique dans les Landes. Bilan et perspectives», *Rev. d'AUREA*, 1, 16-26.
- GARDES, Ph. 1990^a: *Structures d'habitat de plein air du Bronze final au deuxième Âge du Fer entre Garonne et Èbre*. Mémoire DEA, Université de Bordeaux III, 110 p.
- GARDES, Ph. 1990^b: «La céramique du deuxième Âge du Fer du Musée de Plein Air à Mont-de-Marsan», *Congrès de la S.F.E.C.A.G., Mandeure-Mathay* (1990), 213-218.
- GARDES, Ph. 1991: «Le Bronze final dans les Landes: bilan et perspectives, Le Bronze Atlantique», *Actes du colloque de Beynac* (1990), 183-192.
- GARDES, Ph. 1995: «La problématique de la transhumance protohistorique. L'exemple des Pyrénées occidentales», *Aspectos del pastoreo en la Península ibérica. Una perspectiva diacrónica*, Table-ronde de la Casa de Velázquez, 1995, sous presse.
- GARDES, Ph. 1996: *Premiers agriculteurs et pasteurs dans les piémonts pyrénéens occidentaux: le Néolithique et l'Âge du Bronze entre Garonne et Ebre*, Thèse nouveau régime, Université de Bordeaux III, t. 1, texte: 534 p., t. 2, Illus: 235 p., t. 3, Inventaire: 123 p.
- GARDES, Ph. 1999^a: «L'oppidum d'Esbérus, à Eauze (Gers). Bilan des recherches 1996-1997», *Actes de la XXV^e Journée des Archéologues Gersois, Gimont* (1998), 35-70.
- GARDES, Ph. 1999^b: «Le peuplement de l'Aquitaine aux deux derniers siècles avant notre Ere», *Pour une confrontation des sources écrites, numismatiques et archéologiques*, sous presse.
- GAUDEUL, F. 1986: «Les enceintes de type protohistorique des Pyrénées - Atlantiques», *Archéologie en Aquitaine*, 5, 163-174.

- GIRAUD, J. P. 1994: «Les sépultures en plaine de l'Aquitaine: tumulus et tombes plates, L'Âge du Fer en Europe sud-occidentale», *Actes du XVIème colloque de l'AFEAF, Agen (1992), Aquitania*, XII, 125-138.
- GODELIER, M. 1984: *L'idéal et le matériel. Pensée, économies, sociétés*, Fayard, Paris, 348 p.
- GODELIER, M. 1996: *L'énigme du don*, Fayard, Paris, 315 p.
- GRUEL, K. 1989: *La monnaie chez les Gaulois*, Ed. Errance, 179 p.
- LAMBERT, P. 1991: «Un sondage archéologique sur l'oppidum de Sos (Lot-et-Garonne)», *Actes de la Douzième Journée des Archéologues Gersois*, 21-40.
- LEQUEMENT, R. et alii, 1985: *L'occupation du sol au second Âge du Fer sur la bordure sud-ouest du Massif central*, Rapport d'A.T.P., Toulouse.
- MARINVAL, P. 1994: «Économie végétale aux Ages du Bronze et du Fer en France du sud-ouest», *L'Âge du Fer en Europe sud-occidentale, Actes du XVIème colloque de l'AFEAF, Agen (1992), Aquitania*, XVII, 27-54.
- MASSET, Cl., 1993: *Les dolmens. Sociétés néolithiques et pratiques funéraires*, Paris, 180 p.
- MASSIE, J. L. 1965: *Les camps et les mottes dans le département des Basses-Pyrénées. Contribution à l'inventaire des éléments de fortification d'après l'archéologie et la toponymie*, Pau.
- MEILLASSOUX, Cl. 1975: *Femmes, greniers et capitaux*, Maspéro, Paris, 251 p.
- MOHEN, J.-P. 1979: «La présence celtique de La Tène dans le sud-ouest de l'Europe: indices archéologiques», *Les mouvements celtiques du Vème au Ier s. av. notre Ere*, Paris, 29-48.
- MOHEN, J.-P., 1980: *L'Âge du Fer en Aquitaine*, M.S.P.F., 14, 339 p.
- NASH, P. 1978: «Territory and state in Central Gaul», in GREEN, D., HASSELGROVE, C. et SPRIGGS, M. éd., *Social Organization and Settlement*, Oxford, 455-475.
- RECHIN, F. 1987: «Les céramiques de l'oppidum de Bordes (Pyrénées-Atlantiques), fin IIè-Ier s. av. J.C.», *Aquitania*, 5, 203-211.
- RIUNE-LACABE, S.; TISON, S. 1990: «De l'Âge du Fer au Ier s. ap. J.-C.: vestiges d'habitats à Hastinges (Landes), fouille de sauvetage sur le tracé de l'auto-route A64», *Aquitania*, VIII, 187-228.
- ROMAN, Y. 1983: *De Narbonne à Bordeaux: un axe économique au Ier s. av. J.C.*, Presses Universitaires de Lyon, Lyon.
- ROMAN, Y. 1994: «Les Celtes, les sources antiques et la Garonne», *L'Âge du Fer en Europe sud-occidentale, Actes du XVIème colloque de l'AFEAF, Agen (1992), Aquitania*, XII, 214-219.
- ROUX, D., 1986: «Enceintes protohistoriques du département des Landes. Bilan des connaissances», *Archéologie en Aquitaine*, 5, 1986, 151-155.
- ROUX, D., 1990: *Protohistoire des piémonts pyrénéens occidentaux. Le Bronze final et les phases anciennes du premier Âge du Fer entre Garonne et Ebre*, Thèse nouveau régime université de Bordeaux III, 337 p.
- ROUX, D.; COFFYN, A. 1987: «Le tumulus n.º 3 de la Lande Mesplède à Vielle dans les Landes», *Actes du XXXVIIème Congrès de la Fédération Historique du Sud-ouest (Pau, 1985)*, 35-42.
- SALHINS, M. 1976: *Âge de pierre, âge d'abondance*, NRF, Gallimard, Paris, 409 p.
- SAULE, M. 1982: «La fabrication du sel et la céramique de l'âge du bronze à Salies-de-Béarn», *L'âge des métaux en Béarn, cahiers du GAPO*, 2, 57-62.
- SCHAAD, D.; VIDAL, M. 1992: «Origines et développement urbain des cités de Saint-Bertrand-de-Comminges, d'Auch et d'Eauze», *Villes et agglomérations antiques dans le sud-ouest de la Gaule, Actes du colloque de Bordeaux (1990)*, 211-221.
- SEGUIER, J. M.; VIDAL, M. 1993: «Les rapports commerciaux le long de l'axe Aude-Garonne aux Ages du Fer», *Marseille grecque et la Gaule, Actes du colloque de Marseille (1992), Études Massaliètes*, 3, 432-444.
- SZABO, M. 1997: «Les Celtes et leurs mouvements au IIIème s. av. J.C.», *Cat. d'exposition: Les Celtes, Venise (1991)*, Stock, Paris, 315-328.
- TESTART, A. 1985: *Le communisme primitif. I. Économie et idéologie*, Éditions de la Maison des Sciences de l'Homme, Paris, 544 p.
- VIDAL, M. 1988: «La romanisation de la région toulousaine», catalogue de l'exposition: «*Palladia Toulousa*», 3-10.
- WELLS, P. 1984: *Farms, villages and Cities. Commerce and urban origins in Late Prehistoric Europe*, Cornell University Press, 248 p.

TERRITOIRES ET HABITATS DANS L'ÉVOLUTION DES SOCIÉTÉS CELTIQUES DE LA GAULE MÉDITERRANÉENNE

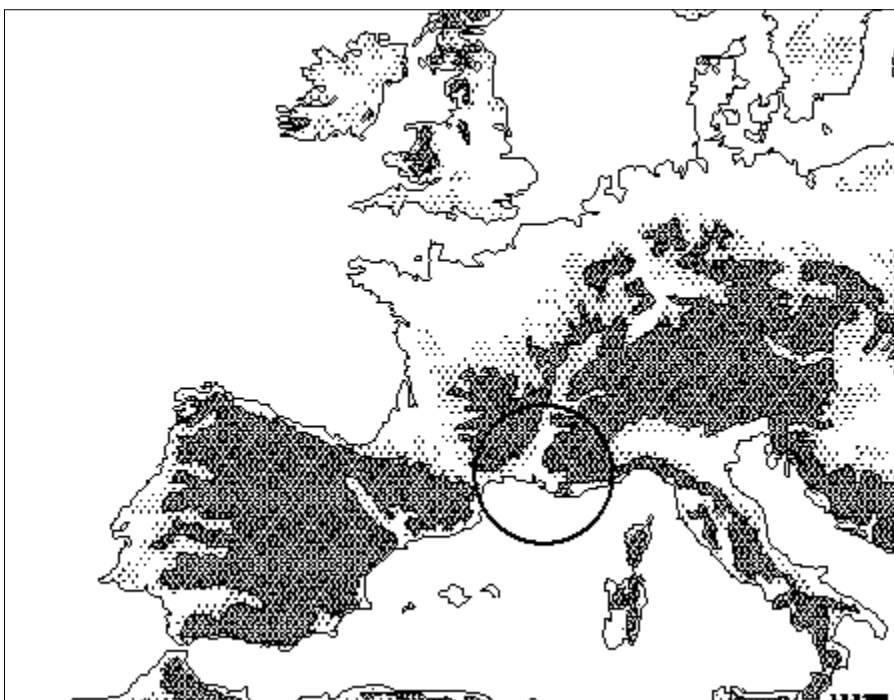
PATRICE ARCELIN
CNRS, Aix-en-Provence

ABSTRACT

For the Mediterranean area of the Gaul, this synthesis data tries to approach to the complexity of the Iron Age settlement and the fiability of theirs sources, the different ways of evolution and the changes in local social characters, during the concerned centuries, from the Vth to the IIInd BC. Beside the well-known hillfort settlements, this paper strengths the rules which were played by open habitats (villages, farms, hills,...) and looks for defining nobility residences in theirs manifolds. At the end, there is a picture of a dynamic, but with a strong rural character, society of the peoples of Iron Age at Southern Gaul.

RÉSUMÉ

Pour la façade méditerranéenne de la Gaule durant l'âge du Fer, cette approche générale essaye de montrer la complexité du problème et les faiblesses de ses sources documentaires, les évolutions et les dissemblances régionales au fil des siècles concernés. Il s'en dégage quelques caractères forts, dont les fluctuations périodiques sont révélatrices des comportements sociaux du V^e au I^{er} s. av. J.-C. Si l'habitat groupé et fortifié est sans conteste une constante bien lisible du paysage, il n'en est pas le seul point majeur, ni forcément le centre de toute organisation sociale et politique. Cette étude insiste sur l'existence permanente d'un habitat dispersé (villages, hameaux et fermes) et propose de caractériser les résidences de la classe aristocratique sur leurs domaines de rapport. C'est en définitive une image dynamique mais très rurale de la société que nous renvoie l'étude des habitats de l'âge du Fer du Midi gaulois.



1. APPROCHES NOUVELLES D'UNE RÉGION COMPOSITE

Cet intitulé très laconique recouvre en fait une réflexion sur les rapports des territoires d'exploitation et de parcours des populations protohistoriques du Midi méditerranéen en regard d'un phénomène sensible dans cette région, celui des habitats groupés et de leur place grandissante au cours de la période envisagée. Bien que l'habitat de plein air n'ait jamais disparu à l'âge du Bronze, les regroupements d'habitations se multiplient assez rapidement à partir de l'extrême fin de la Préhistoire récente et durant le premier âge du Fer, tant en plaine ou versant qu'en position de hauteur (Arcelin, 1989 a et b, 460; Dedet, 1989a, 456; Py, 1993, 49-51). Le phénomène ira en s'amplifiant durant la Protohistoire, au profit presque exclusif, a-t-on cru pendant longtemps, des seuls sites de hauteur (Dedet 1989b, 474; Arcelin 1989c, 477; Py, 1993, 158-159). L'intensification des rassemblements en villages et hameaux est indiscutablement l'un des caractères culturels de l'évolution des modes de l'habitat sur la frange méridionale de la Gaule, dans la mouvance générale des transformations qui interviennent alors en Europe continentale (Audouze, Buchenschutz, 1989, 233-237). En plein premier âge du Fer, à partir du second quart du VI^e s. av. J.-C., autour de la jeune colonie grecque de Marseille, et plus généralement à la fin du siècle et au suivant, une des spécificités de l'habitat du Midi gaulois réside dans la compaction des structures bâties et des espaces ouverts intermédiaires sur un minimum de superficie, celle-ci ceinturée par une fortification. Du VI^e au début du IV^e s. av. J.-C., cette tendance à la protection des individus, de leurs réserves alimentaires et de leurs capacités productives, s'accompagne d'une transformation des techniques de construction, de la région de Marseille et du littoral vers l'intérieur des terres mais selon une progression discontinue (Dedet, 1985, 18; 1987, 175-183; Chazelles-Gazzal, 1997, 49-57). À la fin du premier âge du Fer comme au début du second, les récents bilans ont par ailleurs bien souligné l'existence de différences régionales constatées dans les rythmes mais également dans la nature des transformations qui interviennent tant au plan de la structuration des habitats que de la complexité des unités domestiques et des espaces ouverts intermédiaires qui les composent (Dedet, 1987, 10-38; Py, 1993, 153-171; Chazelles, 1999). Globalement, les édifications sur poteaux porteurs et parois de torchis sur clayonnage vont peu ou prou céder la place aux murs porteurs en terre sur solin de pierres sèches, transformation conceptuelle indispensable à la concentration maximale des habitats familiaux et à l'usage rationnel des parois mitoyennes (Arcelin, Tréziny, 1990, 27; Arcelin, 1990, 62-64). Dans la basse vallée du Rhône, après les enseignements du site de Gailhan dans le Gard pour le V^e s. av. J.-C. (Dedet, 1987; 1990), la fouille en cours du site de Tamaris à Martigues fournit de nouvelles informations sur les étapes technolo-

giques et planimétriques de cette transition durant la première moitié du VI^e s., de l'édification sur poteaux porteurs aux constructions accolées en dur, légèrement séparées par des espaces de drainage ou aux parois partagées (Duval, 1998a, 138-143; 1998b, 94). Les fortifications de ce site comme celles de l'Île sur la même commune, des Baou de Saint-Marcel à Marseille, des Mayans à Septèmes ou de Saint-Blaise à Saint-Mitre-les-Remparts (entre 600 et 450 av. J.-C.), pour ne prendre que des exemples de proximité, sont également en pierres sèches et terre, avec courtine et bastions, éventuellement soulignées d'un fossé sec (Arcelin, Dedet, 1985, 13; Tréziny, 1990; 1993, 34). La rationalisation spatiale de ces habitats concentrés, aux pièces de modeste superficie distribuées le long de ruelles étroites, comme l'absence d'espaces ouverts de quelque importance dans l'aire protégée, est une des caractéristiques des agglomérations groupées de la Provence occidentale et du Languedoc oriental jusqu'au II^e s. av. J.-C. (Arcelin, 1992a, 313-319; Py, 1993, 169-178; Garcia, 1995; Arcelin, 1999b, 441-442; Arcelin à paraître b). À la monotonie des formes de l'habitat et de ses petites unités domestiques en Provence occidentale (Chabot, 1983, 46-58; Arcelin, 1984, 195-197; 1987, 70-81; Chausserie-Laprée, Nin, Domallain, 1984, 45-51; Chausserie-Laprée, Nin, 1990, 36-47), à l'évolution à peine plus diversifiée de la rive droite du Rhône jusqu'au milieu du II^e s. (Michelozzi, 1982, 83-85; Py, 1982, 112-114; Garcia, 1996a; Py, 1996; Chazelles, 1999, 486-491), au morcellement des regroupements communautaires, permanents ou temporaires, de la Provence orientale (Reymondon, 1983; Bérato *et al.*, 1995, 49-50; Brétaudeau, 1996), l'architecture du Languedoc occidental et du Roussillon apporte une autre image des comportements sociaux qu'elle recouvre, plus complexes et diversifiés dès la fin du premier âge du Fer (Py, 1993, 162-168; Chazelles 1999, 483-486). Les recherches récentes ou en cours du Cros à Caunes-Minervois dans l'Aude (Gascó 1994; 1998), de Béziers (Ugolini *et al.*, 1991, 142-145; Olive, 1997; Olive, Ugolini, 1997, 88-112), de Montlaurès près de Narbonne (Chazelles, 1995; 1997) ou du Port à Salses dans les Pyrénées-Orientales (Ugolini 1998; Ugolini, Pezin, Mazières, Olive, à paraître) commencent à rendre compte de la nature de ces évolutions différenciées, renouvelant les connaissances anciennes et partielles d'Ensérune, Peyriac-de-Mer, Pech Maho, Mailhac, La Lagaste ou encore de Carsac dans la vallée de l'Aude (Py, 1993, 162-169). La précocité et la morphologie évoluée de l'enceinte du Cros vers 650 av. J.-C. contrastent avec l'occupation très partielle de l'espace intérieur, aux constructions légères. Au V^e s., la largeur exceptionnelle d'une rue de Béziers et l'architecture à pièces multiples qui la borde pourraient être justifiée par la forte relation ambiante au monde méditerranéen. À même époque, le maintien à Montlaurès d'espaces ouverts intermédiaires aux constructions domestiques et à leurs dépendances, souligne l'exis-

tence toujours très forte des prérogatives familiales en regard des contraintes de la communauté constituée. Contemporaine, avec ses 200 m², la placette du Port à Salses, en extrémité d'une voie axiale, montre à l'inverse la constitution d'un petit groupe social très structuré dans un environnement extérieur difficile, à l'image de certains petits villages fortifiés du monde ibérique péninsulaire (Moret, 1996, 353-473).

À partir de quelques exemples pris dans la basse vallée du Rhône au second âge du Fer, nous avons récemment rappelé non seulement le maintien mais également la répétitivité du processus de rationalisation planifiée élaboré antérieurement dans la gestion de l'espace interne des agglomérations fortifiées (Arcelin, à paraître *b*). En effet, par delà le développement et la légère complexification des espaces familiaux, voire les besoins volumétriques indispensables aux structures artisanales, on relève surtout la persistance des modes d'agencement de l'espace fortifié, tant collectifs que familiaux. L'absence de vastes aires ouvertes y est remarquable. Au II^e s., les cas bien connus de Nages dans le Gard (Py, 1990, 746-756) et d'Entremont dans les Bouches-du-Rhône (Arcelin, 1987) illustrent de manière emblématique la maturation de pratiques planimétriques et architecturales élaborées au cours des siècles antérieurs. Bien sûr, au sein d'habitats anciens comme celui de Lattes, agglomération portuaire qui s'est alors considérablement amplifiée, apparaît un plus large éventail de structures bâties et de nouvelles formes, à cour et pièces multiples spécialisées. Ces dernières résultent des besoins d'une élite inévitablement impliquée dans un monde méditerranéen en rapide transformation (Garcia, 1996a et b; Py, 1996; Chazelles, 1999, 488-490). Mais, à de rares exceptions près, l'ordonnement *intra muros* des éléments constitutifs de l'habitat groupé protohistorique du Midi méditerranéen, dans leur approche planimétrique, architecturale mais également et surtout sociologique, ne montre pas avant la conquête romaine les éléments constitutifs d'une trame urbaine autre que dans son aspect régularisateur. Ces «bourgs», «villages» et «hameaux» de l'âge du Fer, qu'essayent aujourd'hui de dégager les analyses de «classes» dans l'inventaire des territoires, ne laissent pas entrevoir de réelles diversités dans la spécificité sociale des quartiers, ni l'émergence en leur sein d'une expression monumentale des pouvoirs religieux et politiques avec la manifestation étendue des concepts essentiels de privé et de public. L'enceinte et ses expressions parfois monumentales, constituent souvent la seule manifestation architecturale collective d'ampleur, et leur signification valorisante doit être considérée avec prudence quant à ses réels bénéficiaires. D'une manière générale, l'agglomération protohistorique du second âge du Fer, quelles que soient son importance et sa dynamique économique ou commerciale, demeure un regroupement d'habitations aux caractères ruraux très accusés, intimement lié à son environnement, partie intégrante des territoires voisins

de production et d'exploitation. Ils peuvent très certainement pour les communautés territoriales en constituer les pôles économiques, les lieux privilégiés de l'artisanat et les centres de l'échange. De ce point de vue, le seul témoignage des contrats commerciaux de Pech Maho ne laisse planer aucun doute sur l'implication d'une part de ses résidents dans ce type d'activité (Lejeune, Pouilloux, Solier, 1988, 56-69). Mais, comme nous le verrons plus loin, les agglomérations majeures que l'on qualifiera plus volontiers de «bourgs» ou de «villages» que de «villes» ou de «proto-villes», ne sont certainement pas les seuls lieux décisionnels de la vie politique et économique des communautés établies sur un territoire.

Dans le Midi méditerranéen, la dynamique du phénomène de groupement des «habitats» (appellation prise ici dans sa plus large acception, non connotative: Nuninger, Raynaud, 1998, 10), comme la diversité de l'évolution régionale de leurs composantes du premier au second âge du Fer, déterminent deux orientations de réflexion. Leur examen nous paraît aujourd'hui fondamental pour tenter de percevoir avec plus d'acuité les fonctions probables de ces agglomérations, et par là même de restituer avec plus de pertinence leur place dans l'organisation des territoires au sein desquels elles s'insèrent.

La première interrogation touche à la nature et à l'intensité de l'occupation des sols entre ces localités fortifiées, comme à la stabilité des implantations reconnues au cours de la Protohistoire (habitats et/ou aménagements agricoles). Cette approche de la vie des territoires n'est pas nouvelle en soi, mais l'enrichissement assez récent et désormais croissant de l'information en ce domaine, comme le développement de la réflexion méthodologique qui doit l'accompagner, permettent aujourd'hui une meilleure perception de leur complexité structurelle et de leurs transformations jusqu'au début de la romanisation. La seconde réflexion touche aux formes des pouvoirs qui président à cette lente mais réelle sédentarisation, puis à sa consolidation par une meilleure maîtrise de l'environnement agropastoral et l'exploitation régulée de ses potentialités économiques. Elle conduit à s'interroger sur les caractères archéologiques et historiques retenus pour tenter de définir et de hiérarchiser notre perception de l'occupation territoriale, de sa nature et des liens de dépendance qui en constituent l'armature. Par exemple de savoir si le cœur de ces dispositifs structurels est forcément et uniquement l'agglomération la plus vaste reconnue, ou bien si les relations entre habitats relève plutôt de rapports politico-économiques multivariés autrement plus complexes qu'il peut paraître en première lecture des données archéologiques. C'est un questionnement incontournable pour tenter de cerner moins intuitivement les modes de gestion des territoires et leurs fluctuations dans le temps; il a été soulevé pour d'autres régions de la Gaule celtique, comme les vallées de l'Aisne (Pion *et al.*, 1990; Gransar *et al.*, 1999)

ou de l'Oise (Pinard *et al.*, 1999). Il l'est déjà pour l'Antiquité classique et tardive du Midi (Leveau, 1993, 257-269), et la question commence à être posée pour la période qui nous concerne (Nuninger, Raynaud, 1998; Mauné *et al.*, 1998, 32-38).

2. L'OCCUPATION DES TERRITOIRES, UNE INTERROGATION OUVERTE

Les recherches de ces dernières années, si elles n'ont pas forcément apporté de réponses directes aux problèmes posés, ont cependant fortement enrichi la base documentaire disponible en ce qui concerne l'occupation des sols entre les habitats groupés connus, fréquemment perchés et fortifiés. Jusque dans les années 80, ces derniers avaient monopolisé l'essentiel des investigations touchant à l'habitat protohistorique méridional (Fiches, 1987, 220-221). Au début des années 90, le recensement des opérations archéologiques réalisé pour l'ensemble de la Gaule montrait toujours dans le Midi la très forte dominante des programmes de recherche sur les agglomérations de l'âge du Fer, au détriment des structures dispersées ou de faible ampleur (*La recherche archéologique en France*, 1997, 216-218). Ce sont pour l'essentiel les interventions d'archéologie préventive, à l'occasion de grandes opérations nationales (autoroutes, gazoduc, lignes TGV, fouilles péri-urbaines), qui ont favorisé l'exploration extensive de larges étendues de plaine ou de coteaux, ouvrant ainsi la recherche méridionale à une perception plus concrète des modes de l'occupation des sols. Plusieurs programmes régionaux et micro-régionaux de prospections systématiques viennent renforcer et compléter les données interrégionales des transects précédents (dans la vallée de l'Argens, Var; la basse vallée du Verdon dans les Alpes-de-Haute-Provence; la basse vallée de l'Arc et le pourtour de l'Étang de Berre, le secteur occidental et méridional des Alpilles, la petite Crau et la Montagne dans les Bouches-du-Rhône; la région de Beaucaire-Nîmes, dans le Gard; les alentours de l'Étang de Thau et du site de Montlaurès dans l'Hérault; les régions de Mailhac et de Narbonne dans l'Aude).

La découverte de structures à vocation domestique, agro-pastorale ou d'éléments de réseau viaire entre les habitats groupés, n'est cependant pas en soi une nouveauté. D'autres modes d'occupation des territoires étaient déjà bien perçus au premier âge du Fer dans la continuité des habitudes de mobilité et de dispersion de la Préhistoire récente (par exemple, Arcelin, 1976, 671; Dedet, Py, 1976, 25-26; Passelac, 1983). À la fréquentation en baisse des grottes et abris sous-roche répond une multiplication des sites de plein air au début de l'âge du Fer, du littoral aux implantations de hauteur (par exemple Michelozzi, Py, 1980; Dedet, 1982; Arcelin, 1989d, 65; Bats, 1989, 171-173 et 181-183; Py, 1990, 609-619; Bérato *et al.*, 1995, 70-71).

On perçoit mieux aujourd'hui que la dispersion en petites communautés reste un mode majeur de l'occupation des sols durant tout le premier âge du Fer, une source incontestable de richesses issues de l'exploitation de l'ensemble des potentialités des territoires, mais pour une grande part encore essentiellement agro-pastorale. Cette occupation, souvent assez constante au plan démographique de la fin du Bronze au début du Fer (ainsi en Vaucluse, vers Mormoiron ou dans la vallée du Calavon; Buisson-Catil, 1991; Bellet, Marchesi dir., 1990, 31-33; autour de la Sainte-Victoire, dans les Bouches-du-Rhône, D'Anna, Leveau, Mocci, 1992, 282-284; Jorda, Mocci, 1997, 224-227), peut en certains secteurs sensibles s'accroître fortement à la fin du VI^e et au V^e s. Il s'agirait alors d'une très probable réponse aux besoins accrus de la productivité, facteur indispensable à la pratique de l'échange (Arcelin, 1992a, 309-311; Raynaud, 1997; Nuninger, Raynaud, 1998, 23; Trément, 1999, 117). C'est dans cette évolution des populations méridionales que les courants culturels du monde celtique, dynamisés près du littoral et dans la basse vallée du Rhône par le négoce phocéén (Nickels, 1983; Bats, 1992; 1998), ou ibéro-punique dans la vallée de l'Aude et le Roussillon littoral (Chazelles éd., 1993; Gailledrat, 1997), constitueront les ferments de leur développement économique comme de leur structuration politique et culturelle concomitante. En fait, dès la seconde moitié du VI^e s., les formes de l'habitat, tant groupé qu'isolé, restituent l'image d'une société méridionale diversifiée, aux articulations que l'on entrevoit désormais bien plus complexes qu'on ne pouvait l'estimer il y a seulement deux décennies.

En laissant de côté la question des probables ou possibles implantations coloniales phocéennes en milieu indigène dès 540-530 av. J.-C. (à Arles: Arcelin, 1995; aux alentours de Marseille: Arcelin 1986, 54-58; près d'Agde: Nickels, 1989), on jugera d'abord du large éventail des agglomérations ibéro-celtes du premier âge du Fer, du Port à Salses, de Pech Maho à Sigean, du Plan de la Tour à Gailhan, de l'Île, de Tamaris et de l'Arquet à Martigues (sites de 0,3 à 2 ha de superficie; Py, 1993, 141, fig. 27) aux vastes étendues de Béziers (20 à 30 ha; Olive, 1995) ou de Nîmes (15 à 25 ha au V^e s.: Monteil, 1999, 312), en passant par les intermédiaires de 5 à 10 ha comme à Mailhac dans l'Aude (Le Cayla et le Traversant; Louis, Taffanel, 1955; Py, 1993, 95, fig. 16; Gailledrat, Poupet, Boisson, à paraître), Lattes dans l'Hérault (au V^e s.; Py, 1988, 120; Py, Garcia, 1993, 14 et 33), Le Marduel dans le Gard (Py, 1993, fig. 16), Avignon dans le Vaucluse (Gagnière, Granier, 1979, 38-40; Cartron, Doray, 1992, 31-33) ou encore Saint-Blaise dans les Bouches-du-Rhône (Bouloumié, 1992, 12). Si les interrogations sur les probables relations hiérarchiques existant au plan régional entre habitats groupés n'ont guère progressé ces dernières années, c'est que la clé essentielle d'accès à une hypothétique réponse réside dans l'appréhension

plus complète de l'ensemble des informations territoriales comme cela a été tenté, nous l'avons vu, en divers secteurs du Midi. De même, ce sont les fluctuations de l'intensité des implantations reconnues et de leur nature estimée qui peuvent laisser envisager une appréhension plus affinée des rapports de complémentarité et de dépendance liant les habitats groupés et les structures bâties dispersés sur un territoire circonscrit (Nuninger, Raynaud, 1998). Bien d'autres facteurs de compréhension que ceux issus des seuls sites dits «d'habitat» doivent être considérés dans une telle démarche: ceux de l'environnement et de l'organisation agraire, des aménagements de terrasses, de drainage ou de rétention (Ginouès *et al.*, 1990, 389-394; Monteil, Poupet, Sauvage, 1990; Brun, 1990; Arthuis, Ambert, 1997, 360; Berger *et al.*, 1997, 173-176), des mines et carrières (Bessac, 1986, 181-182; 1996; Reille, 1998; 1999), de l'implantation des nécropoles (par exemple celles au pied des Caisses à Mouriès, récemment fouillées; Gateau, Gazenbeek dir., 1999, 216-219) et des sépultures isolées, souvent très significatives (Fiches, 1989; Arcelin, 1999b, 446-447) ou encore des sanctuaires ruraux, funéraires ou domaniaux (Fiches, 1989; Arcelin, Dedet, Schwaller, 1992, 206-209; Dedet, Mahieu, Sauvage, 1997; Dedet, Sauvage, 1998; Arcelin, à paraître a). On mesure mieux l'importance des voies de circulation dont certains tronçons sont attestés dès la fin du premier âge du Fer, comme à Marguerittes dans le Gard (Py, Vignaud, 1998) ou à Flassans-sur-Issole dans le Var (Bérato *et al.*, 2000), pressentis également à proximité du Célessou à Fontès dans l'Hérault (Mauné, 1999), à date plus récente (II^e s.), près de l'agglomération du Baou-Roux dans les Bouches-du-Rhône (Boissinot, 1994), de la périphérie de *Glanon* et des Caisses à Mouriès dans les Alpilles (Gateau, Gazenbeek dir., 1999, 216-217, 254-255) et de Nîmes (Monteil, 1999, 445-449). Le tracé mythique de la voie hérakléenne, avant le bornage romain de la fin du II^e s., est un des repères symboliques de cette circulation terrestre des populations du Midi (Castellvi *et al.*, 1997, 16; Monteil, 1999, 449-456).

La multiplication des habitats groupés au premier âge du Fer, fortifiés et structurés au plan spatial, est un phénomène qui plonge ses racines dans une occupation des sols bien plus diversifiée et aux implantations dispersées. Bien d'autres installations, plus modestes, souvent édifiées sur poteaux porteurs et parois de torchis, en milieu ouvert ou peu protégées, rendent compte de la dispersion de petits groupes humains, voire simplement d'une seule cellule familiale sur les territoires intermédiaires. Des alentours de 600 à la fin du V^e s. av. J.-C., on peut prendre pour exemples les vestiges de petites exploitations reconnues par prospection ou partiellement fouillées dans la vallée du Bourdic, à Collorgues près d'Uzès (Dedet, Goury, 1987-1988), au pied du Bois des Lens à la Jasse de Roque (Bessac, Bonnaud, Py, 1979, 77), dans la basse vallée de l'Hérault autour de l'*oppidum* du Célessou (Feugère, Mauné,

1995; Mauné, 1998b) et au nord, vers Mourèze dans le chaos rocheux des Courtinals (Garcia, Orliac, 1990), plus à l'ouest, au nord de Béziers, vers Aspiran, Servian et Pouzolles (Espérou, Roques, 1988; Espérou *et al.*, 1995; Pezin, 1998, 133), dans la vallée de l'Aude (Barthès, Bocquenet, Rancoule, 1995, 111-115), avec l'habitat de Buzerens à Bram vers l'Ouest (Carozza *et al.*, 1998, 135-155); dans la plaine méridionale du Roussillon (Kotarba, Pezin, 1998, 170-172), en plusieurs secteurs languedocien du tracé du gazoduc «Artère du Midi» (Barthès, 1995; Pizzo, Chartrain, Kotarba éd., 1998, 3, 12, 22 à 25), sur les rives des étangs de Thau (Bermond, Pellecier, 1997, 66-67; Bermond, 1998; et prospections subaquatiques de Fr. Leroy en cours), de Vic (Raynaud, 1998, 174), de Mauguio dans l'Hérault (Py, 1985a; 1985b), de Vaccarès (Arnaud-Fassetta, Landuré, 1997, 289-290) ou de Berre dans les Bouches-du-Rhône (Trément, 1996, 103-105), autour des Alpilles et de la Montagnette (Arcelin, 1999a, 64), dans les îles côtières de Provence, ainsi sur la plage du Liserot dans celle du Levant (Borréani *et al.*, 1992, 397), enfin dans les vallées de l'Huveaune près de Marseille (Féraud, 1986), de l'Argens dans le Var (Bérato, Magnin *et al.*, 1989; Fiches *et al.*, 1995, 222-226) ou la région des Maures et de l'Estérel (Bérato *et al.*, 1995, 60-61) (fig. 1). Comme les bords de mer, les zones lagunaires, les plaines et les coteaux précédents, les secteurs plus élevés et montagneux sont également fréquentés et exploités comme le montrent les recensements dans les Corbières et la Montagne d'Alaric (Solier, 1992, 383-385; Gascó, 1996, 429-430; 1997, 561-562), ceux des Alpes de Haute-Provence, sur le plateau de Valensole près des basses gorges du Verdon (Garcia, Mocci, 1998), des Alpilles, au Mont-Valence à Fontvieille (Arcelin, Brémond, 1977), du sommet de la chaîne de l'Etoile (Arcelin, Arcelin-Pradelle, 1982) et dans le Garlaban près de Marseille (Bouloumié, 1986) ou, dans le Var voisin, sur les pentes du mont Aurélien à Pourrières (Bérato, Borréani, Laurier, 1994).

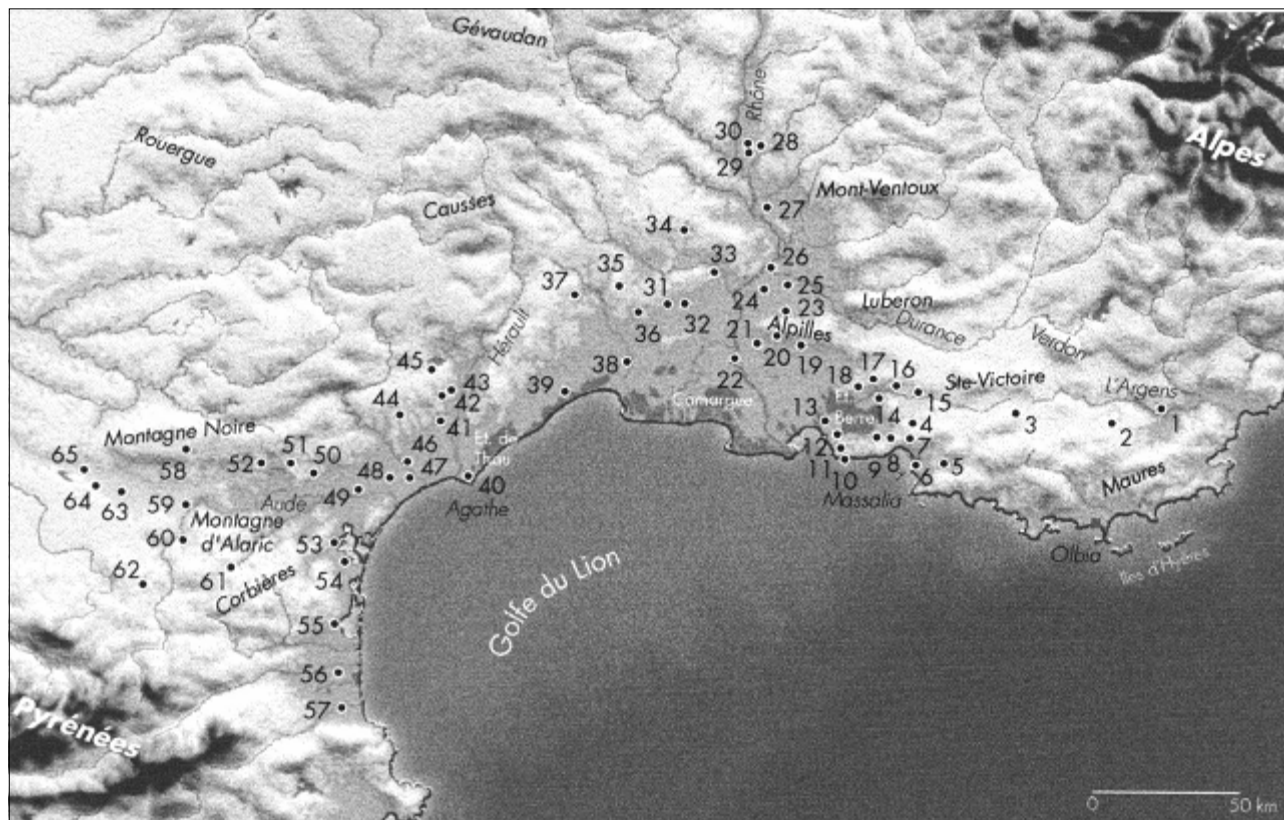
Tout en mesurant les difficultés d'une interprétation pratique ou technique, et au-delà sociologique, du caractère archéologique des structures dispersées observées sur les territoires (Brun, 1999, 340-341), nous pouvons essayer de dégager quelques-uns des traits saillants perceptibles dans la nature de l'occupation des sols des régions du Midi.

La grande variété constatée dans les superficies des habitats perchés et fortifiés de la fin du premier âge du Fer (Arcelin, Dedet, 1985, 27-28), comme dans celles des implantations contemporaines de plaine (telles l'île de Martigues et Lattes, soit 0,5 à 6-8 ha pour la seconde) va de pair désormais avec l'abandon de quelques concepts rigides qui ont longtemps orienté la vision des protohistoriens méridionaux. Hormis la nature des interrogations épistémologiques et taphonomiques sur le sens heuristique du contenu des vestiges du bâti analysé (Boissinot, 1995b), nous retiendrons ici celles touchant à la signification du groupement des ha-

bitats, aires parfois densément occupées, protégées par une enceinte, et dont la rationalisation de l'espace architectural intérieur en dur marquerait, pour certains, l'amorce d'un courant évolutif vers la forme urbaine de l'époque romaine; avec, en corollaire, une vision assez passive des territoires alentour, lieu des activités agro-pastorales traditionnelles et de ce fait, un milieu secondaire et dépendant des agglomérations nouvelles, simples sources d'exploitation et facteurs d'enrichissement de ces dernières.

Si l'analyse de leur contenu au premier âge du Fer et de leur devenir ultérieur ne peut que souligner les caractères culturellement dynamiques des habitats structurés dans l'éventail des formes de l'occupation des sols, leur signification politique présumée (avec l'existence d'un pouvoir gestionnaire et donc contraignant) et leur poids économique (par l'amplification de l'artisanat et des échanges avec le courant méditerranéen) (Py, 1990, 96-105; Bats, 1992, 268-273; Arcelin, 1992a, 308-319), on ne saurait pourtant les traduire comme les prémices de la ville, l'image d'entités proto-urbaines sur les territoires. Bien entendu les évolutions différenciées dans la structuration des habitats groupés de la façade méditerranéenne (ainsi entre la basse vallée du Rhône et le Languedoc occidental; Py, 1993, 93-122; Chazelles, 1999), montrent bien que la réponse ne peut être simple et unitaire, et que les processus de maturation déterminent bien des nuances qui se maintiendront avec insistance jusqu'au début de la romanisation. Autour d'exemples du VI^e au début du II^e s. av. J.-C., pris essentiellement dans la basse vallée du Rhône et à proximité, nous avons souligné le fait que l'agglomération protohistorique de cette région ne révèle dans sa conception aucun des éléments structurels et architecturaux révélateurs d'une communauté complexe et diversifiée socialement, aux caractères politiques marqués ou propres à des rassemblements culturels collectifs, autant de facteurs consécutif à l'émergence des notions d'aménagements publics et d'espaces privés (Arcelin, 1992a, 313-316). Villages et bourgades de la fin du premier âge du Fer et du début du second, à l'image de l'ensemble du monde celtique continental, demeurent fondamentalement imbriqués et interdépendants de leurs territoires de production: ils en constituent une composante importante majeure, mais une seulement. Cette continuité organique «agglomération-territoire» apparaît clairement à l'évocation de la nature et de la dispersion des lieux culturels (Arcelin, Dedet, Schwaller, 1992, 184-188; Arcelin, à paraître a), comme dans l'absence de vastes espaces ouverts à l'intérieur de la plupart des enceintes impliquant *a contrario* le report des lieux communautaires vers l'extérieur. On constate enfin dans ces mêmes regroupements humains, l'absence perceptible de certaines de leurs composantes sociales pourtant attestées par les textes anciens, en particulier celle majeure de l'aristocratie ou des élites (Arcelin, à paraître b; Arcelin, Rapin, Willaume, à paraître). Nous y reviendrons.

La question des habitats aux IV^e et III^e s. av. J.-C. relève d'une même problématique. Jusqu'à ces dernières années, la très grande modestie des documents répertoriés hors des agglomérations, a conduit à considérer que la première partie du second âge du Fer était celle de la concentration des forces productives en agglomérations, perchés et fortifiés. Le phénomène est certainement d'autant plus accentué que les traceurs chronologiques disponibles pour cette période sont souvent peu loquaces et précis (peu d'importations méditerranéennes entre 350 et 225 av. J.-C.). D'ailleurs, avec l'amélioration des connaissances céramologiques, les bilans récents sont plus nuancés qu'auparavant. En partant d'approches plus fines au niveau de la région, ils tendent désormais à souligner des comportements diversifiés dans l'implantation des familles et des regroupements (Mauné, 1998a, 6; 1998b, 69). Comme ailleurs en Gaule (Pion *et al.*, 1990, 253-254), l'hypothèse d'une déprise globale suite à une récession démographique a été avancée pour rendre compte de la régression des implantations au cours de ces deux siècles en regard de celles de la fin du premier âge du Fer, phénomène par ailleurs associé dans la basse vallée du Rhône à une rapide transformation des structures de productivité (par exemple, Passelac, 1994, 109, vers Carcassonne-Castelnaudary; Barthès, Bocquenet, Rancoule, 1995, 119-121; Chazelles-Gazzal, 1998, 128 pour les alentours de Montlaurès et la basse vallée de l'Aude en général; Bermond, 1998, 37-38 pour la bordure de l'étang de Thau; Dedet, 1982, 194 pour les garrigues du Languedoc oriental; Trément, 1999, 126-130 pour la bordure sud-ouest de l'étang de Berre; Verdin, 1996, 117-118 pour la basse vallée de l'Arc; Leveau *et al.*, 1992, 72 pour le massif de la Sainte-Victoire; Bérato, Dugas *et al.*, 1990; Bérato *et al.*, 1995, 71 pour le centre du Var). Le bilan des récentes enquêtes sur la Vaunage pour cette période va davantage dans le sens d'une concentration des forces productives en agglomération perchée et fortifiée de moyenne importance (telle Nages) ou en vaste bourgade à Nîmes, mais alors en bas de pente et en plaine (Py, 1990, 150-152; Nuninger, Raynaud, 1998, 23; Monteil, 1999, 312-317). La persistance comme la structuration architecturale de plusieurs habitats groupés du Languedoc occidental et du Roussillon (*Illiberis* à Elne, *Ruscino*, Pech Maho, le Moulin de Peyriac-de-Mer, Ensérune, Mourrel-Ferrat, le Cayla de Mailhac, Montfo; Pezin, 1993, 54; Chazelles, 1993, 59; Ugolini, 1993, 62) confirmeraient la part de réalité d'un tel cycle évolutif, point de vue conforté par les silences apparents dont il a été fait état précédemment pour les implantations dispersées. Pourtant, l'analyse de la distribution spatiale et chronologique des sites de la moyenne vallée de l'Hérault (Garcia, 1993, 107-116, fig. 42) montre une stabilité du nombre des habitats de hauteur (les deux tiers des sites alors repérés) et surtout —aux dépens des refuges troglodytiques—, le maintien des implantations non perchées, voire même une légère



1: Taradeau, Le Fort et alentour (83); 2: Flassans-sur-Issolle, Le Petit Campdumy (83); 3: Pourrières, Mont Aurélien (83); 4: Bouc-Bel-Air, Le Baou Roux (13); 5: Marseille, Les Baou de Saint-Marcel (13); 6: Marseille, Massalia (13); 7: Septèmes, Les Mayans (13); 8: Les Pennes-Mirabeau, Teste-Nègre et La Cloche (13); 9: Marignane, Notre-Dame de Pitié (13); 10: Martigues, Tamaris et l'Arquet (13); 11: Martigues, Saint-Pierre (13); 12: Martigues, l'Île (13); 13: Saint-Mitre-les-Remparts, Saint-Blaise (13); 14: Velaux, Roquepertuse (13); 15: Aix-en-Provence, Entremont (13); 16: Eguilles, Pierredon (13); 17: Lançon-de-Provence, Coudounèu (13); 18: Lançon-de-Provence, Constantine (13); 19: Mouriès, Les Caisses et Servannes (13); 20: Les Baux-de-Provence, plateau et Trémaïe (13); 21: Fontvieille, Le Castellet et alentour (13); 22: Arles, Arelate (13); 23: Saint-Rémy-de-Provence, Glanon et alentour (13); 24: Graveson, Mourre Pela et La Roque (13); 25: Noves, Le Puech (13); 26: Avignon, Le Rocher des Doms et alentour (84); 27: Orange, Sainte-Eutrope et rue Saint-Clément (84); 28: Bollène, Le Barry (84); 29: Mondragon, Les Brassières-nord (84); 30: Lapalud, Les Contrats (84); 31: Nîmes, agglomération et alentour (30); 32: Marguerittes, Peyrouse (30); 33: Saint-Bonnet-du-Gard, Le Marduel (30); 34: Collorgues, Saint-Martin (30); 35: Montpezat, Le Bois des Lens (30); 36: Nages et Solorgues, Les Castels (30); 37: Gailhan, Le Plan de la Tour (30); 38: Villetelle, Ambrussum et Les Sablas (34); 39: Lattes, Saint-Sauveur (34); 40: Adges, Agathe (34); 41: Pézenas, Saint-Siméon (34); 42: Fontès, Le Célessou et alentour (34); 43: Aspiran et Paulhan, sites voisins de La Bernat 2, du chemin de Paulhan 2, et du Mas de Pascal (34); 44: Magalas, Montfo (34); 45: Mourèze, Les Courtinals (34); 46: Béziers, Besara (?) (34); 47: Sauvian, Casse-Diables (34); 48: Nissan-lès-Ensérune, plateau (34); 49: Narbonne, Montlaurès et alentour (11); 50: Mailhac, Le Cayla, Le Traversant et Las Condaminos (11); 51: Olonzac, Mourrel-Ferrat (34); 52: Caunes-Minervois, Le Cros (11); 53: Peyriac-de-Mer, Le Moulin (11); 54: Sigean, Pech Maho (11); 55: Salses, le Port (66); 56: Perpignan, Château-Roussillon/Ruscino (66); 57: Elne, Illiberis (66); 58: Lastours, Lacombe (11); 59: Carcassonne, Carsac (11); 60: Pomas et Roufiac d'Aude, La Lagaste (11); 61: Talairan, Champ de l'Argent (11); 62: Bourriège, Le Carla et alentour (11); 63: Bram, Buzerens (11); 64: Fendeille et Villeneuve-la-Comptal, Co de Roque et En David (11); 65: Castelnaudary (région de —, 11).

FIGURE 1.—Carte de la façade méditerranéenne du Midi de la France avec l'indication des sites mentionnés dans cette présentation des modes de l'habitat, entre 650 et 100 av. J.-C. [par commune, lieu-dit et (numéro du département)].

augmentation de leur importance par rapport à l'état de la fin du premier âge du Fer (mais réserves de Feugère, Mauné, 1995, 98 et 101). Autour de l'agglomération de Nîmes, les investigations montrent l'existence de structures agricoles en plaine durant les IV^e et III^e s. (Vidal, Pomarède, Sauvage, 1996, 59). Mais ces dernières sont considérées dans la perspective d'une forte emprise territoriale de l'habitat groupé principal (Monteil, 1999, 462). La Provence occidentale apporte une information également nuancée sur les modes de l'habitat de cette époque, montrant dans ces phéno-

mènes de fluctuation territoriale la part importante des contraintes politiques et économiques autant que celles de nature environnementale. D'abord à partir des données de l'arrière-pays de Marseille où les plus grands habitats perchés et fortifiés des VI^e et V^e s. sont désertés ou en fort recul (Saint-Blaise, Saint Marcel, le Baou-Roux, etc.), sans doute sous la pression croissante de la colonie grecque; ils laissent place à une dispersion de l'habitat en implantations de moyenne et surtout de petite importance: L'Île à Martigues, Notre-Dame de Pitié à Marignane, Teste-Nègre aux Pennes-Mirabeau,

Pierredon à Eguilles, etc. (0,2 à 0,5 ha: Arcelin, 1986, 59-62; Verdin, 1999b, 55-56). Celui de Saint-Pierre à Martigues est un des plus vastes de cette région (1 à 1,5 ha: Chausserie-Laprée, 1998). Ce mode de dispersion des communautés auparavant regroupées dans de vastes habitats perchés et fortifiés se retrouve nettement autour de la chaîne des Alpilles: aux IV^e et III^e s., la présence sur les territoires se lit sous la forme de fermes isolés, hameaux ou villages, pas ou peu fortifiés, implantés essentiellement en plaine, à flanc de coteaux ou sur de légères éminences (Arcelin, 1999a, 67-68). Dans la genèse de ce phénomène de dispersion, la question du rôle joué par l'agglomération hellénisée voisine d'Arles reste posée.

Notre connaissance actuelle du second âge du Fer en ce qui concerne les implantations dispersées n'est guère plus avancée, du moins avant la seconde moitié du II^e s., période où s'amorce une large interrogation sur la structuration des sols pour l'époque romaine (Favory, Fiches dir., 1994; Chouquer dir., 1996; 1997; Favory, Van der Leeuw dir., 1998). Pourtant, par opposition à l'apparente récession démographique des deux siècles antérieurs, le II^e s. av. J.-C. transparait, au fil de l'évolution des inventaires récents, comme le moment d'une forte emprise sur les territoires avec une implication accrue dans leur structuration et leur exploitation. L'agglomération perchée et fréquemment fortifiée est sans conteste et davantage qu'à la fin du premier âge du Fer, le caractère dominant des modes de l'habitat jusqu'à la conquête romaine, et même sous l'Empire. En basse Provence occidentale où cette forme de la vie sociale s'était amoindrie antérieurement au profit de rassemblements plus modestes, de fermes et de hameaux, la première moitié du II^e s. voit la renaissance (Saint-Blaise, Le Baou-Roux, Les Caisses de Mouriès), l'agrandissement (Pierredon, L'Île de Martigues) ou la formation (Constantine, Entremont) d'assez vastes bourgades de 2 à 7 ha à côté du maintien d'autres plus modestes (La Cloche). Dans l'ensemble du Midi, certaines d'entre elles sont très valorisées sur les territoires par la qualité de leur organisation planimétrique et la conception monumentale des enceintes dotées parfois d'une tour majeure. D'autres, près d'importantes voies de communication du Languedoc occidental, semblent correspondre à l'émergence vers le milieu du II^e s. d'habitats-marchés peu structurés, vastes interfaces économiques interrégionales avec le commerce méditerranéen en expansion (La Lagaste, Lastours; Rancoule, Schwaller, 1994, 228-229). Autour des regroupements communautaires perchés, ressurgissent dès les dernières années du III^e s. ou au début du suivant, des implantations dispersées d'importance variée. L'analyse de la répartition, du nombre et de la nature des vestiges rencontrés pour le II^e s. a suggéré des créations agricoles et des structures économiques concentrées sur les terres d'exploitation proches des habitats groupés, des établissements ruraux parfois plus strictement complémentaires qu'auparavant des aménage-

ments de l'habitat principal, à vocation essentiellement domestique ou artisanale. Ainsi autour de l'agglomération fortifiée de Saint-Blaise (Trément, 1999, 144-146, fig. 59) ou de celle de Nages (Nuninger, Raynaud, 1998, 23-25), peut-être également pour d'autres, tels Montlaurès (Mauné, Chazelles, 1997, 203), Aumes et Le Célessou dans la vallée de l'Hérault (Mauné *et al.*, 1998, 20-27, 32-36), *Ambrussum* (Fiches dir., 1989, 268-269), *Glanon* à Saint-Rémy de Provence dans les Alpilles (Arcelin, 1999a, 70), le Baou-Roux (Boissinot, 1994, 118), Le Barry à Bollène (Vaucluse; Vermeulen, 1996; Escallon, Dufraigne, 1997), Saint-Eutrope à Orange (Boissinot, 1998a), les habitats groupés et perchés du flanc méridional du massif de la Sainte-Victoire (Leveau *et al.*, 1992, 74-75) ou encore le Fort de Taradeau (Galliano, Pasqualini, Reynier, 1980). En fait, l'analyse de la proximité des agglomérations perchées de la basse et moyenne vallée de l'Hérault suggère, à la différence du canevas centralisé proposé pour la Vaunage, une grande variété dans les installations rurales reconnues, de la modeste ferme au village de plaine (regroupement secondaire de moyenne importance, perché ou en plaine), le tout constituant sur les territoires du groupe social des systèmes d'organisation polynucléaires dont la réalité de l'articulation politico-économique nous échappe pour une bonne part (Mauné, 1996, 129-131; Mauné *et al.*, 1998, 31-32, 37-38).

D'une manière plus générale pour le Midi, et sans présumer des rapports de proximité, les habitats dispersés de petite importance (fermes, hameaux) existent également au-delà du voisinage d'une agglomération majeure et de sa relation immédiate. Dans le bassin de l'Aude et les Corbières, les installations isolées (ou considérées comme telles) se multiplient progressivement durant le siècle, montrant une plus large appréhension des potentialités du sol, ainsi avec les exploitations minières plus évidentes vers les années -150 (Lastours; Talairan). Comme ailleurs, leur fréquence ira en augmentant très rapidement avec la présence romaine, pour l'essentiel durant la première moitié du I^{er} s. et en plaine près des axes de circulation (Solier, 1992, 384-385; Barthes, Bocquenet, Rancoule, 1995, 121-127). Des exemples de même nature peuvent être multipliés du Roussillon à la Provence orientale (Pezin, 1993; Kotarba, 1995; Comps, Kotarba, 1997 pour le Roussillon; Rancoule, 1992, 75 pour le Minervois; Mauné *et al.*, 1998, 32-39 pour le Biterrois; Arnaud-Fassetta, Landuré, 1997, 290-291 pour la Camargue; Arcelin, 1999a, 70 pour les Alpilles-Montagne; Leveau *et al.*, 1992, 74-75 pour le massif de la Sainte-Victoire; Bérato *et al.*, 1995, 61-62 pour le sud du département du Var, avec les compléments récents de Bertoncello, Gazenbeek, 1997, 604-613 pour les Maures).

Dans ce panorama complexe des modes d'implantation comme de leurs évolutions au cours de l'âge du Fer, l'habitat groupé et perché devient d'autant plus intéressant dans la structuration des territoires qu'il

possède sa propre dynamique évolutive. Pour répondre aux besoins économiques et/ou démographiques, les plus importants sont amenés, dès le premier âge du Fer, à déborder hors des limites contraignantes de la fortification et du perchement pour s'étendre sur les piémonts du site, voire en plaine de façon apparemment plus libre et moins contrainte.

3. LA PROXIMITÉ DES AGGLOMÉRATIONS

La nouveauté de cette dernière décennie a été la mise en évidence d'implantations fréquentes en périphérie immédiate d'agglomérations perchées, avec des constructions de technique légère ou à murs porteurs. Si la répartition des lieux funéraires à faible distance des habitats groupés est un fait établi depuis longtemps, la concentration d'installations au pied d'un site perché est plus nouvelle dans sa perception et sa compréhension. Le phénomène s'amorce dès les premiers rassemblements importants de la fin de l'âge du Bronze, par exemple sur la colline du Marduel, dans le Gard, occupée du sommet à sa base (Py, Raynaud, 1982, 14; Py, Lebeaupin, Bessac, 1994, 203-207) ou encore au Cayla à Mailhac dans l'Aude (Gailledrat, 1998). La vaste occupation de plaine du Traversant/Las Condaminos, au pied de ce même Cayla durant le premier âge du Fer, montre les possibilités de migration entre une position perchée et ses abords de plaine ou de coteaux (Gailledrat, Poupet, Boisson, à paraître). Des installations de voisinage immédiat existent durant tout l'âge du Fer et constituent parfois de véritables faubourgs, secteurs qui deviendront éventuellement aux II^e ou I^{er} s. av. J.-C., les emplacements des futures extensions de plaine comme à Graveson (B.-du-Rh.), au bas de la Roque/Bellinto (Gateau, Gazenbeek dir., 1999, 183-188), à *Glanon/Glanum* (Agusta-Boularot *et al.*, 1998, 22-23) et bien plus amplement à Nîmes (Monteil, 1999, 321-340).

On n'a guère d'informations sur la nature des aménagements qui constituent ces regroupements périphériques, sur leur organisation spatiale, ni sur le degré de dépendance possible de leurs occupants par rapport à ceux qui résident sur la partie sommitale. Notre connaissance de ces quartiers au premier âge du Fer résulte pour l'essentiel de repérages de surface, et leur approche se limite souvent aux données de modestes sondages ou de faibles dégagements. Ainsi, dans la vallée de l'Hérault, autour des *oppida* du Célessou à Fontès et de Saint-Siméon à Pézenas (Feugère, Mauné, 1995, 98-101; Mauné, 1998a, 45-48; Mauné *et al.* dir., 1998, 18-28, fig. 7), dans la Vaunage (Nuninger, Raynaud, 1998) et près du Marduel dans le Gard (Py, Raynaud, 1982, 6-14), devant l'enceinte primitive de Saint-Blaise à Saint-Mître-les-Remparts dès le second quart ou le milieu du VI^e s. (Rigoir, 1981, 182, fig. 5), autour des Alpilles et dans la petite Crau vers la Montagnette, outre *Glanon* déjà signalé, au pied du

village perché de la Vallongue à Saint-Rémy de Provence, au Puech de Noves, aux Baux-de-Provence, quartier des Trémaïe, à Orgon dans les vallons latéraux, autour du Castellet à Fontvieille (Arcelin, 1999a, 65-66). Des observations similaires avaient été faites à proximité immédiate d'habitats perchés des Garrigues du Languedoc oriental (Dedet, 1982, 198-199). C'est à Mouriès, au pied de l'*oppidum* des Caisses à Servannes, que ces faubourgs ont été partiellement explorés dans leurs aménagements de la fin du VI^e s. et du début du V^e s. av. J.-C.: de modestes espaces bâtis monocellulaires, séparés les uns des autres par des aires ouvertes, encloses et drainées (Gateau, Gazenbeek dir., 1999, 215-216; Marcadal, à paraître). Une de ces pièces a été fouillée, montrant une occupation permanente et la succession de pratiques technologiques, des parois en torchis sur poteaux porteurs aux solins en pierres sèches de médiocre qualité. D'autres espaces à murs porteurs, dont une pièce avec foyer, leur succèdent au II^e s. et au début du I^{er} s. av. J.-C. avant d'être relayés par une nécropole (Gateau, Gazenbeek dir., 1999, 216; Royet, Verdin, à paraître). Plusieurs chemins se croisent à proximité. À la fin du III^e et au II^e s. av. J.-C., la plupart des habitats perchés précédents et réoccupés montrent à nouveau le développement de tels quartiers de piémont (Les Baux, Noves ou Orgon; Gateau, Gazenbeek dir., 1999, 125-128, 223-224, 231-232), auxquels on ajoutera ceux proches de *Glanon* et d'*Ernaginum*. En Languedoc occidental et central, des traces d'occupation de la fin de l'âge du Fer sont repérées sur les pentes ou aux pieds de sites perchés comme ceux de Montlaurès ou du Célessou à Fontès (Mauné, Chazelles, 1997, 188-189; Mauné *et al.*, 1998, 27-31).

On s'interroge bien sûr sur les causes de telles installations de proximité et sur leur statut: simple besoin d'expansion spatiale d'un habitat trop concentré et contraint par ses limites défensives?, logements de groupes sociaux de basse condition ou compléments techniques et pratiques indispensables aux activités vivrières, artisanales et économiques de l'agglomération (Arcelin, 1999a, 66)? Certaines réponses sont apportées dès le VI^e s. par les découvertes de Pech Maho dans l'Aude où un habitat *extra muros* sur le plateau méridional et les pentes occidentales montre la présence d'un grenier à céréales (Solier, 1976, 261). À date plus récente, au IV^e s., les fours de potiers implantés au pied du site de Durban, à Beaumes-de-Venise dans le Vaucluse, laissent présager de l'existence d'un quartier artisanal (Arcelin, 1979). Quant aux fours encore plus tardifs du Carla de Bourrière (fin du II^e et début du I^{er} s. av. J.-C.), succédant à un habitat de plaine plus ancien, ils ne sont pas clairement positionnés en regard d'un habitat contemporain de proximité (Séjalon, 1998, 1-3). La récente reconnaissance d'un quartier planifié et à murs porteurs (IV^e s. ?), à l'extérieur des fortifications des V^e et IV^e s. av. J.-C., sur les pentes méridionales du site de Saint-Pierre à Martigues, méri-

tera toute notre attention lors de sa fouille ultérieure (Chausserie-Laprée, 1998, 93).

Ce processus de débordement des limites astreignantes de l'enceinte protohistorique vers des zones d'intérêt stratégique moindre mais mieux positionnées dans leurs rapports aux territoires d'exploitation et aux activités économiques, s'amorce de fait dès la mise en place des habitats groupés et surtout à partir du ^ve s., période de forte expansion des activités de l'échange avec le monde méditerranéen et donc de besoins économiques accrus. Quelques exemples de ces accroissements en plaine sont même particulièrement remarquables. En Avignon, à l'ouest et au sud de l'*oppidum* primitif des Doms (Gagnière, Granier, Perrot, 1962), les découvertes du quartier de la Balance, de la rue Racine-église Saint-Agricol et de la rue Bouquerie, montrent une très large extension de l'agglomération sur les pentes étagées le long du Rhône (Gagnière, Granier, 1970, 62-65; *Inf. archéol., Gallia*, 42, 2, 1984, 407; Cartron, Doray, 1992, 31-33). Une première descente est attribuable au Bronze final III, une seconde de plus grande ampleur à partir du ^ve s. sur une superficie minimale de 7 à 8 ha (Gagnière, Granier, 1979, 38-49). L'agglomération semble connaître un développement monumental dans le courant du ⁱⁱe s. av. J.-C. De même pour Nîmes, vers le milieu du ^ve s., l'habitat investit des terres agricoles de proximité sur le piémont sud-est du mont Cavalier, au sud de la source de la Fontaine (Monteil, 1999, 311 et fig. 273, 309). C'est au total une agglomération de coteaux et de plaine qui est fortifiée au début du ^{iv}e s, sur une superficie de l'ordre de 30 à 40 ha (*ibid.*, 312-317). Il pourrait en aller de même à *Glanon* dans les Alpilles, entre le ^{vi}e et le ⁱⁱⁱe s. (Agusta-Boularot *et al.*, 1997, 91). La fouille récente des piémonts de la colline du Mourre Pela, à la Roque de Graveson (B.-du-Rh.), vient de mettre en évidence l'existence d'une fortification en pierres sèches et bastions quadrangulaires intégrant à la partie sommitale de la fin du ^{vi}e s. et de la première moitié du ^ve s. av. J.-C., les quartiers des piémonts nord-orientaux, soit au total 5 à 6 ha protégés. Des traces d'aménagements contemporains sont repérées immédiatement à l'extérieur de la ligne de défense, en amorce de la plaine alluviale de la Duransole (Ferrando, 1998; Arcelin, Ferrando, 1999).

Dans la plupart des cas demeure posée la question de la protection, ou non, des installations de proximité, interrogation d'autant plus délicate qu'on ne peut guère s'appuyer sur les apports de fouilles extensives. Les traces d'un fossé et d'une possible palissade en bois ont été observées en bordure des installations du piémont occidental de l'*oppidum* de Noves (Charrière, 1992, 147), mais leur rôle défensif n'est pas assuré.

4. DES FERMES ET DES STRUCTURES FONCIÈRES

Dès les piémonts des habitats groupés et perchés, entourant les quartiers périphériques, voire s'interca-

lant entre les secteurs bâtis, des traces culturelles, de labours ou de plantations, rappellent une des fonctions primordiales de la gestion des territoires, celle des activités agro-pastorales. Les observations effectuées ces dernières années à la périphérie de Nîmes, pour la période du ^ve au ⁱⁱe s. av. J.-C., ont bien montré cette proximité ainsi que les flux et reflux dans l'utilisation des terres à des fins strictement agricoles (Monteil, 1999, 310-313, 460-468).

En s'écartant de l'agglomération, l'interprétation des gisements d'éléments de construction et de vestiges mobiliers est loin d'être aisée. Elle nécessite un enregistrement précis dans un encadrement méthodologique rigoureux (par exemple, Mauné, 1998a, 4-5), autorisant l'amorce d'une détermination probabiliste de la nature des découvertes («site» ou épandage par exemple) et dans le premier cas, de son niveau d'intégration dans une ventilation en «classes» (de l'aménagement agricole simple au village «ouvert»; Nuninger, Raynaud, 1998; Trément, 1999, 22-36). Sans insister sur ces questions d'approche du terrain, puis des données, démarches essentielles cependant à la qualité des interprétations ultérieures, nous retiendrons seulement que la notion d'une vie rurale dispersée, telle qu'elle apparaît aujourd'hui en petits hameaux et fermes familiales, est un concept relativement neuf sur la façade méditerranéenne de la Gaule à la différence des autres régions continentales. Durant plusieurs décennies ont prévalu les appellations très connotées de «cabanes» ou «fonds de cabane» et de «campements», autant de termes porteurs de valeurs restrictives, dans la forme comme dans l'usage de ces constructions. Au sein de la mouvance des connaissances renouvelées sur la gestion des territoires autour de la Méditerranée occidentale comme dans l'ensemble du monde celtique septentrional, le Midi a désormais inclus dans son lexique protohistorique les notions de *fermes*, de *hameaux*, plus généralement de *structures rurales* et d'*axes de circulation*, c'est-à-dire celles résultant de la perception d'une véritable «ruralité». Cette expression, prise dans son sens étymologique, souligne la réalité désormais mieux perçue d'une dynamique culturelle et économique hors des habitats groupés majeurs (perchés et fortifiés mais également en plaine et ouverts), sans pour autant dissocier ces derniers en tant qu'entités politico-économiques. L'apparition, puis le renforcement de l'agglomération protohistorique méridionale est la conséquence d'une évolution sociale où les pouvoirs coercitifs décident de ces regroupements «protégés» de dizaines ou de centaines d'individus, et non de leur libre dispersion sur les terres d'exploitation. Mais en dehors des colonies grecques du Midi gaulois, le concept de «ville» ou de «proto-ville» ne trouve guère d'arguments dans les agglomérations indigènes fortifiées au travers de l'analyse de leurs aménagements, très uniformes et répétitifs, comme de leurs activités recensées, en réalité... très rurales. L'expression de «ville à la campagne» avancée par M. Py (1990, 151) ne

recouvre en fait que le constat d'une installation strictement planifiée d'un important rassemblement de familles aux activités essentiellement rurales, non celui de sa conception, ni de son organisation politique. Dans plusieurs exemples, les arguments découlant des mobiliers soulignent l'existence de parallèles, voire de similitudes d'ordre économique dans la composition et les fréquences des catégories recueillies tant dans des contextes d'habitats groupés que dans ceux d'établissements ruraux (Py, Vignaud, 1998, 194; Mauné, 1998b, 68). C'est vers la fin du second âge du Fer que se produira le passage vers la ville avec l'affirmation d'une différenciation culturelle plus nette entre les agglomérations majeures et leurs territoires de proximité (Arcelin, à paraître *b*). En définitive, on préférera au long de l'âge du Fer les qualificatifs de «village», voire de «bourg» ou «agglomération fortifiée» pour les plus vastes regroupements, dénominatifs qui prennent en compte leurs racines rurales, celui d'*oppidum* demeurant lié dans cette interrégion aux seuls caractères de perchement et de fortification (Audouze, Buchsenschutz, 1989, 233-237; Huot, Thalmann, Valbelle, 1990, 19-26, 81-98).

Des recherches pédestres et aériennes dans la partie occidentale de la vallée de l'Aude au cours des années 80, ont entraîné la découverte de plus de 70 sites pouvant être interprétés comme des fermes de l'âge du Fer (dans le Minervois, vers Carcassonne, dans le Razès: Passelac, 1983; 1994). Aux marges occidentales de l'aire méditerranéenne où l'armature de bois relaie les soubassements en pierres sèches, ces implantations de plaine sont délimitées par des enclos fossoyés de plusieurs milliers de mètres carrés à 1 ou 2 ha de superficie; à l'intérieur, s'inscrivent d'autres enclos. L'un d'eux enserme le ou les bâtiments de la ferme et une partie de ses greniers. Les autres structures de réserve et de travail peuvent être disposées dans une aire voisine. Silos et doliums sont présents comme conteneurs de stockage. Un vaste espace pouvait accueillir une partie des animaux d'élevage (présence éventuelle d'une mare). Amphores et céramiques tournées d'origine méditerranéenne sont importées dans ces habitats ruraux des VI^e et V^e s. av. J.-C. Ultérieurement, au II^e s., le volume des produits de l'échange est encore plus important et riche en amphores. Les unités de Co de Roque à Fendeille ou d'En David à Villeneuve-la-Comptal (Passelac, 1994, 105-108) trouvent aisément des parallèles dans les très nombreux exemples régulièrement recensés dans l'ensemble de la Gaule non-méditerranéenne (par exemple, Buchsenschutz, Méniel éd., 1994). C'est en définitive en 1993, à l'occasion du colloque AGER d'Amiens, que l'existence de fermes indigènes sur les territoires a été directement abordée (Sauvage, 1996a). L'interprétation des exemples analysés dans la structuration des territoires protohistoriques demeure très prudente et somme toute dépendante du préétabli politico-économique selon lequel seuls les principaux habitats groupés constituent

le noyau dynamique et décisionnel de leur organisation (*ibid.*, 290).

Bénéficiant d'une base informative bien plus large, St. Mauné a repris plus récemment cette ample problématique des établissements ruraux pour l'ensemble de l'âge du Fer, à l'occasion de la publication de sa thèse et des actes d'une table ronde (Mauné *et al.*, 1998; Mauné dir., 1998). Ses préalables à l'approche de l'occupation rurale posent en principe la diversité dans les modes d'implantation, en suggérant une remise à plat de nos concepts aujourd'hui encore trop focalisés sur l'habitat groupé et perché (Mauné, 1998a, 6-7).

Quelques-uns des établissements ruraux à vocation agro-pastorale récemment fouillés ont été publiés ou signalés. C'est le cas des structures de Casse-Diables à Sauvian (Hérault) où les vestiges, très dégradés, correspondent à deux implantations successives des V^e et IV^e s. av. J.-C. Dans l'état initial, il s'agit d'une petite pièce en dur, d'environ 16 m², établie près d'un puits-citerne; ultérieurement, au IV^e s., l'établissement s'amplifie autour d'une vaste salle (ou plusieurs groupées?) et d'un nouveau puits. Les céréales, les vestiges de faune et la nature des mobiliers céramiques recueillis suggèrent l'assimilation du site à celui d'une structure d'exploitation agricole, vaste de 400 à 600 m², avec ses locaux et annexes domestiques (four, foyer) (Ugolini, Olive, *et al.*, 1998). Parmi les établissements ruraux, le plus complètement fouillé lors de l'opération Gazoduc «Artère du Midi» est un site de coteau, celui de la Bernat 2 à Aspiran (Hérault). Fosses, tranchées de fondation et trous de poteaux, associés à des restes d'adobe et de torchis, suggèrent la présence d'une exploitation agricole (habitation, grenier aérien, etc.), datée du troisième quart du VI^e s. av. J.-C. (Mauné, 1998b, 55-68). En bordure de la moyenne vallée de l'Hérault, vers Aspiran/Paulhan, les travaux du futur tracé de la A75 ont permis la fouille du site du chemin de Paulhan 2, une implantation rurale datée des trois derniers quarts du VI^e s. Elle comporte une ou deux pièces sur poteaux, avec peut-être un silo de stockage (Vignaud, 1998; Mauné, 1998b, 68-69). À faible distance, les traces d'un petit habitat isolé ont été repérées au Mas de Pascal sur environ 1 000 m² de superficie; actuellement en cours de fouille, il serait daté de la fin du VI^e s. av. J.-C. (Pezin, 1998, 133). La même opération «Artère du Midi», dans la moyenne vallée de l'Hérault et non loin de l'agglomération du Célessou, a amené la découverte du site de Fontcouverte (Fontès) avec l'exploration de l'angle méridional d'un enclos fossoyé accompagné de structures connexes datées de l'extrême fin de l'âge du Fer. Ils appartiennent très probablement à un établissement agricole, aux aménagements disséminés sur une superficie totale de 3 à 4 ha (Mauné, 1997, 139-143; Mauné *et al.*, 1998, 34-36). D'autres éléments d'enclos fossoyés et implantations au sol de constructions sur poteaux sont connus en Provence à même époque, aux Brassières à Mondragon (Vaucluse: Vermeulen, 1996) et peut-être

à Saint-Pierre d'Eyguières dans les Alpilles (Arcelin, 1999a, 70). Non loin des Brassières, les fouilles récentes des Contrats à Lapalud (Vaucluse) sur le tracé du gazoduc «Artère du Midi» ont permis la fouille de 650 m² d'un hameau de plaine implanté durant la seconde moitié du II^e s. av. J.-C.; il est constitué de plusieurs constructions sur poteaux et sablières, silos et fosses (Escallon, Dufraigne, 1997). Les bâtiments en dur d'une petite exploitation agricole de même époque ont été exhumés, ainsi que les vestiges d'aménagements annexes, au bas de la colline Sainte-Eutrope à Orange (Boissinot, 1998a).

D'autres observations de hameaux ou habitats réduits de plaine ont été faites près de Nîmes, dans la plaine du Vistre, au Mas de Vignole-nord (avec enclos fossoyé, daté des V^e-IV^e s. av. J.-C.; Vidal, Pomarède, Sauvage, 1996, 59), ainsi qu'à Saint-André-de-Codols et Viol du Plan où les fossés de protection des hameaux (V^e au début du II^e s. av. J.-C.) se prolongeraient dans la structuration de la campagne proche (*ibid.*, 59-62; Monteil, 1999, 461). Les hameaux et fermes en plaine comme les parcelles cultivées apparaissent donc délimités par des haies vives et surtout des fossés qui en marquent les limites de propriété et en assurent le drainage. Cette approche de la gestion des territoires protohistoriques est un des bourgeons prometteurs de la recherche méridionale contemporaine, tant pour la connaissance de l'organisation fonctionnelle des terroirs que pour celle de l'évolution des pratiques culturelles (Boissinot, 1995a; Monteil dir., 1993, 37-40, 60-61; Fiches, 1996; Gazenbeek *et al.*, 1996; Boissinot, Brochier, 1997; Monteil, 1999, 313, 460-468).

5. DES DOMAINES ARISTOCRATIQUES

La recherche méridionale commence à poser plus directement qu'auparavant la question de la lisibilité archéologique d'une classe dirigeante au sein des sociétés méridionales de l'âge du Fer. Si cette interrogation n'est pas nouvelle (par exemple, Py, 1984, 181-183; Arcelin, 1984, 199-200; Fiches, 1989; bilan dans Py, 1993, 234-241), elle a reposé jusqu'à ces dernières années sur une série de contradictions historiques et archéologiques trop peu discutées, et des prémisses au raisonnement mesurées à l'aune de nos connaissances d'alors sur les habitats, les pratiques funéraires et les rapports au commerce méditerranéen. Tous ces domaines de l'archéologie méridionale ont évolué depuis le début des années 90, et les nouvelles formalisations des modes de l'habitat sur les territoires permettent d'avancer des propositions sur une recherche des «élites» ou «aristocrates» gaulois du Midi.

L'approche d'une classe dirigeante repose pour l'essentiel sur deux types d'information. D'abord pour la fin de l'âge du Fer et surtout le premier siècle de la romanisation, ce sont quelques passages des textes

antiques et l'épigraphie précoce qui nous renvoient l'image d'une société celte méridionale complexe, sans doute diversifiée dans ses évolutions, mais incontestablement dirigée par une classe restreinte et autoritaire. Tout en étant bien conscient du discours conventionnel des cultures méditerranéennes sur la Gaule «barbare», il est malgré cela difficile d'évacuer les *principes*, *reguli*, *dunastai*, *basileis*, puis *magistrates* et *praetores* renvoyés par ces témoignages. Comme en Gaule plus septentrionale, les sociétés du Midi méditerranéen apparaissent dirigées par une aristocratie, selon des modalités sensiblement différentes d'une région à l'autre (ainsi entre le Languedoc occidental et la basse Provence occidentale), mais dans tous les cas les rapports sociaux ne peuvent qu'être profondément inégalitaires. Héritière des guerriers-héros de la Préhistoire récente, cette classe transparaît dès le premier âge du Fer dans les représentations figurées (les bustes de guerrier du Marduel, de Sainte-Anastasia avant la fin du VI^e s., les accroupis cuirassés de Roquepertuse, *Glanon*, Calissanne ou de Nîmes et Castelvielh au V^e s. ?), et plus généralement au travers des cultes héroïques où le cavalier ou sa monture seule sont valorisés (Arcelin, Dedet, Schwaller, 1992, 206-225; Py, Lebeaupin, Bessac, 1994, 251-262; Coignard, Marcadal, 1998, 77-78; Boissinot, Lescure, 1998; Boissinot, 1998b; Arcelin, à paraître a). Du IV^e au II^e s., l'évolution stylistique de l'expression sculptée et sa diversification (la statue en pied (?) de Grézan à Nîmes ou l'ensemble des bas-reliefs et rondes-bosses d'Entremont: Lassalle, 1981, 226-230; Salviat, 1987; Arcelin, Rapin, Willaume, à paraître) précisent mieux la place et les caractères ostentatoires de ces chevaliers (*equites*) dans la vie sociale, mais également celle tenue par leur famille (femmes et enfants d'Entremont). D'autres indices, pris par exemple dans les pratiques funéraires, vont dans le sens de traitements différenciés selon le rang social apparent du défunt.

Le second ensemble d'informations est puisé dans l'analyse des habitats. Établie presque exclusivement sur la connaissance des agglomérations majeures, sur leur structuration et leur évolution au fil des siècles, la perception de la morphologie des habitations qui les composent et de leurs contenus a conduit les chercheurs vers d'excellentes conclusions intrinsèques mais parfois plus douteuses dans leurs extrapolations. Le constat d'une forte unification des constructions dans l'habitat groupé, qu'elles soient petites et concentrées comme dans la basse vallée du Rhône ou plus vastes et aérées en Languedoc occidental, révèle que les populations qui y résident ont des niveaux sociaux assez égalitaires, sans l'émergence de bâtiments plus importants, signes possibles de l'éventuelle présence d'une famille aristocratique. L'absence de différenciation sociale est patente dans les grands regroupements de populations jusqu'au début du II^e s., et même au-delà pour un grand nombre de sites (par exemple Arcelin, 1984, 199-200; Py, 1993, 237-240; Rancoule, Schwaller,

1994, 229). Ces constatations restent toujours de mise et on les partagera volontiers, mais non les déductions qui en ont résulté, à savoir le gommage de fait, au profit d'une gestion plus «communautariste», de l'existence d'une classe sociale décisionnelle et contraignante, aux valeurs foncières et guerrières affirmées du côté oriental de la façade méditerranéenne, aux pratiques économiques plus développées pour leur enrichissement, côté occidental. Comme nous l'avons souligné précédemment, les premières connaissances réunies sur l'occupation des territoires intermédiaires montrent la complexité de l'articulation entre les agglomérations majeures, presque toujours perchées et fortifiées jusqu'à la présence romaine, et celles plus modestes et diversifiées dans leur emprise au sol, dites «en milieu ouvert», bien qu'éventuellement protégées. On ne s'est que très peu interrogé sur le sens de ces dernières, ni en général sur les sites en plaine ou sur de basses éminences et parfois riches de vestiges de mobiliers (cependant: Mauné, 1998a, 7; 1998b, 47). Ce sont les sépultures isolées du premier âge du Fer, contenant un important mobilier (ainsi à Castelnau-de-Guers; Mourèze et Florensac dans la basse vallée de l'Hérault; Corno Lauzo près de Mailhac: Taffanel, 1960; Houlès, Janin, 1992) ou, au II^e s., les monuments votifs dispersés sur les territoires (près de Nîmes ou des Alpilles: Fiches, 1989, 221-226; Arcelin, 1999a, 73-76) qui ont été les premiers ferments d'une réflexion sur l'existence de domaines ruraux liés à des familles majeures. Dans la même perspective, on s'interrogera sur la portée valorisante de signaux puissants, comme celui de la tour de Mauressip en Vaunage. Elle pourrait être, de la fin du IV^e s. au II^e s. av. J.-C., la marque de l'emprise d'une famille possédante sur la bordure nord-ouest de la Vaunage, à proximité de leur résidence et sur leurs domaines propres. Mauressip est d'autre part positionné en limite des terres exploitées, dès le III^e s., par les résidents des Castels de Nages, distants de 5 km (Py, 1992, 121-124; Nuninger, Raynaud, 1998, fig. 15 et 17). S'il y en avait, quels pouvaient être alors les rapports qui liaient ces deux composantes sociales?

Une récente étude concerne la question des résidences aristocratiques dans le Midi méditerranéen (Arcelin, 1999b), complétée d'une interrogation sur la structuration des habitats groupés et sur l'émergence du phénomène urbain au second âge du Fer (à paraître b). Il se dégage de l'analyse des données de l'interrégion, associée aux considérations précédentes sur les territoires, que les centres du pouvoir politique et décisionnel sont essentiellement à rechercher hors des agglomérations; ceci en tout cas jusqu'au début II^e s., moment où de profondes transformations, fortement connotées d'hellénisme, se font jour au coeur de la basse vallée du Rhône, tant dans la conception que dans le rôle des habitats désormais en voie d'urbanisation (Arcelin, 1999a, 68-70). À partir de parallèles et de comparaisons établis avec de vastes fermes fortifiées, considérées en Gaule plus septentrionale comme

de possibles ou probables résidences aristocratiques, et dont on commence à mesurer pleinement l'éventail typologique et hiérarchique (par exemple les sites de Boissanne à Plouër-sur-Rance ou de Saint-Symphorien à Paule, dans les Côtes-d'Armor: Menez, 1996; 1998; Menez, Arramond, 1997), des propositions de telles résidences ou de fermes liées à un domaine rural aristocratique ont été avancées pour le Midi, autour d'exemples de la Provence occidentale.

Les aménagements considérés comme aristocratiques en Gaule ont en commun un certain nombre de caractères qui paraissent les différencier des petits villages, hameaux ou fermes d'agriculteurs libres ou dépendants. Le premier groupe de critères est lié à la conception architecturale de l'établissement rural. C'est d'abord une résidence potentielle établie sur des possessions agricoles, à la fois habitat permanent d'une famille sur ses terres de rapport, cultivées par des dépendants, mais c'est également un lieu de stockage sous sa surveillance directe (produits vivriers et surtout termes de l'échange) et d'artisanat (du métal, de transformation des produits de l'agriculture, etc.). Le «chevalier» (César, *BG*, 6, 13 et 15) est aussi un homme de guerre, éventuellement l'*ambact* d'un aristocrate plus puissant. Les risques de pillage liés aux provisions accumulées et la vocation militaire du propriétaire déterminent une organisation adaptée: un habitat pour une seule famille et ses éventuels serviteurs ou dépendants (d'autant plus nombreux qu'elle est importante), des lieux d'entrepôts étendus, des écuries pour les compagnons indispensables que sont les chevaux, le tout sous la protection d'une ou de plusieurs enceintes. Parfois des avant-cours, également fortifiées, pouvaient accueillir du bétail, des structures artisanales, un petit sanctuaire familial ou des hommes armés en cas de conflits locaux. La bravoure au combat pouvait être clamée au portail d'accès par l'exhibition de têtes coupées au même titre que celles présentées aux portes des agglomérations. Le second ensemble de traceurs est à rechercher dans la nature, l'importance ou la richesse relative des mobiliers présents. Ce peut être la présence d'objets peu fréquents sur d'autres sites régionaux à même époque, mais également celle de bijoux, dont le torque, de pièces d'armement, aussi des accumulations de produits de valeur (vin ou bétail importé, par exemple), tous ces critères n'étant pas forcément présents conjointement.

Plusieurs sites de superficie réduite, anciennement signalés ou simplement repérés tant en plaine qu'en un lieu perché, pourraient par leur superficie limitée et leur structuration intérieure correspondre à de telles implantations. Mais les arguments archéologiques sont souvent absents ou trop limités. Parmi ces derniers et dans la perspective d'une dévolution comme résidence aristocratique, celui des Tours de Castillon au Paradou, près des Alpilles (environ 0,4 ha), justifierait mieux ainsi le rhabillage extérieur de son enceinte (au II^e s. ?) par un parement en grand appareil

de type gréco-italique (Tréziny, 1989; 1993; Arcelin, 1999b, 463). Près de l'Étang de Berre à Vitrolles, une interprétation similaire a été avancée pour le site des Griffons qui comporte, au milieu des structures bâties repérées en surface, une vaste pièce, aux parois renforcée (vers 250-150 av. J.-C.: Verdin, 1999a; Arcelin, 1999b, 463-465).

Ce sont deux sites mieux documentés (publiés ou en cours de fouille) qui nous apportent les meilleures sources d'information. Le plus ancien est celui de Coudouneu à Lançon (B.-du-Rh.), un petit aménagement de la seconde moitié du V^e s. av. J.-C., de 1 000 m² de superficie totale (Verdin *et al.*, 1997; Verdin, 1998). Fortifié, avec une avant-cour à l'usage mal définie, il est établi sur un éperon rocheux de la chaîne de la Fare, au nord de l'étang de Berre. Les constructions, en petites pièces accolées, sont alignées au long d'une voie permettant l'accès au sommet du rocher où les trois ou quatre salles lisibles car partiellement entaillées, sont aujourd'hui totalement vidées de tout contenu archéologique (partie domestique de l'habitat ?). La particularité du site réside dans la modestie des traces du séjour permanent d'une petite population (peu ou pas de vestiges culinaires), les pièces fouillées jouant essentiellement le rôle de resserre. Ce «grenier» a pourtant fourni un peu d'outillage agricole en fer, des contrepoids en pierre (presseurs ?) et surtout des éléments de parure en argent et en bronze dont un torque mince torsadé. Cet «entrepôt», essentiellement céréalier, pourrait être considéré comme la modeste résidence domaniale d'un possédant de l'extrême fin du premier âge du Fer, la présence de parures et du torque n'étant guère en faveur d'une simple installation agricole complémentaire (Arcelin, 1999b, 465-467).

La reprise des fouilles du site de Roquepertuse à Velaux, connu depuis la fin du XIX^e siècle, a entraîné une totale réinterprétation du lieu. Les aménagements fouillés sont célèbres par la découverte de plusieurs statues de guerrier en position assise et d'autres éléments anthropomorphes et zoomorphes, en ronde-bosse, en bas-reliefs ou peints (Gérin-Ricard, 1927; Lescure *et al.*, 1991; Lescure, Coignard, Gantès, 1994). À côté des piliers et linteaux monolithes d'un portique monumental, la présence de petits entrepôts de stockage (alignement de doliums), des squelettes de deux chevaux, de pièces d'armement et de parure, ont toujours posé un problème dans l'hypothèse formulée d'un sanctuaire collectif, d'autant plus que l'absence de dépôts d'offrandes y est patente. La reprise des recherches de terrain en 1992 permet en effet d'abandonner la vision d'un lieu cultuel collectif au profit de celle d'un habitat (pièces et structures domestiques, lieux de stockage céréaliers, rues et venelles, espaces ouverts, fortification). Les aménagements sont distribués sur des terrasses étagées au flanc méridional de l'extrémité d'un plateau rocheux qui domine la basse vallée de l'Arc et ses terres agricoles. Sans entrer dans le détail des installations et des étapes de leur chronologie (entre

le milieu du V^e s. et la destruction finale vers 200 av. J.-C.), nous pouvons répartir la vie du site en trois grandes phases relatives (Boissinot, Lescure, 1998; Boissinot, 1998b; 1999). La première est celle d'un habitat (entrevu seulement), de la fin du premier âge du Fer (au V^e s.). D'après A. Rapin, la stylistique de la statuaire la rattache aux courants européens du V^e s., non à une date franchement plus récente, le III^e s. par exemple. Le second moment, pour l'instant mal daté par les fouilleurs (IV^e s. sans précision; mais publication annoncée: Boissinot, Gantès *et al.*, 2000), est celle de la mise en place, sur l'extrémité du plateau (?), et sur les pentes méridionales, de nouvelles structures d'un habitat plus complexe et permanent (à murs porteurs, mais également élévation à pans de bois ?), de greniers de resserre (céréaliers), le tout sous la protection d'une fortification, avec petits bastions, délimitant une superficie inférieure à 1500 m². Une ou deux portes fortifiées permettaient l'accès à cette petite place forte. La porte basse, la plus monumentale, présente à ses pieds les vestiges de crânes humains. Un quartier d'habitation, avec au moins une rue se dirigeant vers la porte précédente, est accolé à l'enceinte sur son flanc méridional jusqu'au contact avec le bas de pente; il couvre une superficie complémentaire actuellement estimée à 3500 m², soit plus de deux fois supérieure à celle du site ceinturé! On ne connaît pas de protection à ce quartier, mais rien n'interdit de penser qu'elle pourrait être découverte dans les années à venir. Ce complexe de lieux de vie, de stockage et d'artisanat, dont ne maîtrise pas encore le détail des aménagements (entre autre du portique), paraît se maintenir avec des remaniements durant tout le III^e s. (Boissinot, 1999); hors de l'enceinte, il se rétrécira dans une ultime étape (fin du III^e s ?) à quelques pièces de stockage disposées sur une seule terrasse.

Même en laissant de côté les questions inhérentes au portique (peint de scènes au sens eschatologique appuyé) et à la statuaire qu'on ne saurait dans l'immédiat rattacher à aucun aménagement important connu du V^e s. av. J.-C. (elle dénote pourtant un culte héroïque), la structuration de cet «habitat» des IV^e (?) et III^e s. est en elle-même particulière dans le Midi. C'est d'abord une partie puissamment fortifiée, comportant des aménagements hauts (totalement arasés). C'est également une cour basse qui fût à un moment au moins de son histoire monumentalisée (porte avec marches d'accès, portant des têtes coupées, s'ouvrant dans une petite cour face à un portique, en pierres ou en bois), bien que comportant des resserres céréaliers, voire une écurie. C'est ensuite, à l'extérieur, un quartier plus développé en superficie dont la composition en cellules domestiques, de stockage et d'artisanat, n'est pas sans rappeler l'aspect d'un village ordinaire. Nous ne sommes certainement pas dans le cas de figure d'une agglomération fortifiée et de ses faubourgs ultérieurs; ces derniers sont établis antérieurement, au mieux en même temps que la fortification. La répartition spa-

tiale est donc volontaire. Que le quartier «extérieur» soit ou non lui-même protégé, la discrimination spatiale générée par la fortification connue révèle la volonté des occupants de s'individualiser du groupe social extérieur. Stockage intérieur et monumentalité des lieux, associés à la présence d'un artisan du métal, de chevaux, d'armes et de têtes coupées exposées, nous semblent des arguments très forts pour séparer ces aménagements des pratiques usuelles connues sur la façade méditerranéenne de la Gaule. On pourrait voir dans la partie fortifiée une résidence aristocratique, dominant ses terres de production, et entourée (sauf en phase finale) de l'habitat d'une part de ses ouvriers agricoles et dépendants divers (Arcelin, 1999b, 467-471).

Les exemples présentés laissent entrevoir la forte probabilité de domaines ruraux, résidences mais également centres de l'activité économique des membres de la classe dirigeante durant tout l'âge du Fer. La diversité de tels domaines et de leurs aménagements devait être à l'image de la complexité et de la hiérarchie de cette classe aristocratique fondamentalement rurale telle que le laisse percevoir César pour les régions plus septentrionales (*BG*, 1, 18; 6, 15 et 30). On ne saurait donc s'étonner dans le Midi de la diversité prévisible des modes de l'habitat aristocratique, ni de leur forte implantation sur les territoires, ni de leur connotation agricole.

6. UN MONDE RURAL ÉVOLUTIF ET COMPLEXE

De ce tour d'horizon se dégagent quelques fortes notions dans la caractérisation des cultures protohistoriques de la façade méditerranéenne, quant à leurs modes d'installation sur les territoires d'exploitation.

- Le premier aspect est celui de la *diversité permanente*, tout au long de l'âge du Fer, des lieux utilisés et de la nature des implantations. Si l'habitat en grotte ne devient plus qu'un refuge d'appoint avant la fin du premier âge du Fer, ceux de plein air, très nombreux au début de la période, vont amorcer un processus de regroupement et, certainement, de hiérarchisation fonctionnelle. Cette dernière résulte de l'amorce d'une structuration du corps social par l'amplification du rôle de la classe dirigeante antérieure, désormais très directement impliquée dans les rapports développés au commerce avec la Méditerranée. Mais quelles que soient les tendances dominantes des communautés concernées, la multiplicité des types de l'habitat se maintient dans le temps comme dans les particularismes régionaux. Les installations qualifiées de «dispersées» sont, peu ou prou, présentes durant toute la Protohistoire. Peut-être même révèlent-elles au second âge du Fer, une forme de paysannerie socialement plus indépendante que celle des agglomérations?

- Comme ailleurs en Gaule, les composantes de l'habitat méridional sont soumises aux *courants évolution-*

nistes de l'Europe occidentale et méditerranéenne, processus générant un apparent phénomène de flux et reflux culturel que nous avons bien perçu autour des interrogations et incertitudes des IV^e et III^e s. av. J.-C. De fait, la polyvariété renaissante dans la distribution des habitats au II^e s. est apparemment d'une autre nature que celle des VI^e et V^e s.; les implantations sont désormais plus structurées et complémentaires, fortement impliquées dans une exploitation ample des potentialités économiques des territoires. Le développement des mines et carrières, l'évolution accomplie de l'outillage et l'amélioration plus systématique des pratiques culturelles, l'implication accrue des indigènes dans toutes les relations commerciales, enfin l'ouverture culturelle aux valeurs méditerranéennes en certains secteurs sont autant de signes révélateurs de l'aboutissement des changements amorcés dès le début du second âge du Fer.

- Dans ces courants évolutifs de la Protohistoire, on a depuis longtemps souligné la part prise par les *habitats groupés* dans la structuration territoriale. Sans nier, bien au contraire, le rôle dynamisant tenu par ces communautés dans la gestion et la protection des terres, le produit des récoltes et de leurs exploitants, aussi dans l'amplification de l'artisanat spécialisé, et le développement du commerce autour de lieux de «foires», on peut s'interroger pourtant, au vu de l'homogénéité sociale et de la modestie assez générale du «niveau de vie», sur leur définition politique, au moins jusqu'à la fin du III^e s. av. J.-C. En nous séparant de l'avis exprimé par M. Clavel-Lévêque qui considérait qu'à l'âge du Fer «commence à se réaliser progressivement la séparation de la ville et de la campagne» (1982, 18), nous avons montré que les habitats groupés majeurs demeurent, à de rares exceptions près jusqu'à la présence romaine, une composante active de la société rurale méditerranéenne, importante certes, mais totalement imbriquée et dépendante des territoires proches. Dans cette perspective, nous ne pouvons plus désormais articuler notre approche des campagnes protohistoriques autour du seul noyau de l'agglomération, considérant alors implicitement qu'il est inévitablement le centre politique et économique des territoires qui l'entourent. Nous avons perçu au contraire que si la classe dirigeante se manifeste dans les habitats groupés lors de leur organisation planifiée, également par l'édification de leur protection aux signes militaires valorisants (fortification, tour monumentale), voire par sa propre représentation sculptée (à Entremont, par exemple), elle n'y réside majoritairement pas. Nous avons orienté nos investigations vers d'autres points du territoire et suggéré quelques probables résidences domaniales, modestes ou plus importantes. À l'évidence, l'agglomération protohistorique est essentiellement un lieu de regroupement d'acteurs de la ruralité, des paysans, peut-être ouvriers agricoles, et quelques artisans sous la dépendance probable d'une importante famille aristocratique de proximité. Ainsi

s'expliquerait la lenteur des évolutions constatées du ^v^e au ⁱⁱ^e s. sur ces sites, en particulier dans l'absence de processus d'urbanisation, transformation fondamentalement politique qui n'avait guère lieu d'être en un tel contexte social.

7. RÉFÉRENCES BIBLIOGRAPHIQUES

- AGUSTA-BOULAROT, S., GAZENBEEK, M., MARCADAL, Y., PAILLET, J.-L., 1997: «Saint-Rémy-de-Provence, *Glanum*», *BSR PACA*, 91-92.
- AGUSTA-BOULAROT, S., GAZENBEEK, M., MARCADAL, Y., PAILLET, J.-L., 1998: «*Glanum*, l'extension de la ville et sa périphérie», *Dossiers d'archéologie*, 237, 20-25.
- ARCELIN, Ch., 1979: «Une fosse de cuisson du ^{iv}^e s. av. J.-C. à Beumes-de-Venise (Vaucluse). I- Étude archéologique», *DocAMérid*, 2, 119-129.
- ARCELIN, P., 1976: «Les civilisations de l'Âge du Fer en Provence», in GUILAINE, J., *La Préhistoire française*, II, Paris, CNRS, 657-675.
- ARCELIN, P., 1984: «Évolution des rapports sociaux dans la basse vallée du Rhône aux ⁱⁱ^e et ⁱ^e s. av. n. è.», in *Archéologie et rapports sociaux en Gaule. Protohistoire et Antiquité* (Actes table-ronde CNRS de Besançon 1982), Paris, Les Belles Lettres, 185-218 (coll. des A. Litt. Univ. Besançon, 290).
- ARCELIN, P., 1986: «Le territoire de Marseille grecque dans son contexte indigène», in BATS, M., TRÉZINY, H. dir., *Le territoire de Marseille grecque* (Actes de la table ronde d'Aix-en-Provence 1985). Aix-en-Provence, PUP, 43-104 (coll. Études massaliètes, 1).
- ARCELIN, P., 1987: «L'habitat d'Entremont: urbanisme et modes architecturaux», in *Archéologie d'Entremont au Musée Granet*, Aix-en-Provence, 57-98.
- ARCELIN, P., 1989a: «Dans le Midi, vers la ville», in GOUDINEAU, Chr. et GUILAINE, J. dir., *De Lascaux au Grand Louvre. Archéologie et histoire en France*, Paris, Errance, 226-231.
- ARCELIN, P., 1989b: «Le premier âge du Fer en Provence», in MOHEN, J.-P. dir., *Le temps de la Préhistoire*, Dijon, Société Préhistorique Française/Archéologia, 1, 459-461.
- ARCELIN, P., 1989c: «Le second âge du Fer en Provence», in MOHEN, J.-P. dir., *Le temps de la Préhistoire*, Dijon, Société Préhistorique Française/Archéologia, 1, 477-479.
- ARCELIN, P., 1989d: «Évolution des formes de l'habitat en Provence occidentale durant l'âge du Fer», in *Habitats et structures domestiques en Méditerranée occidentale durant la Protohistoire* (Pré-actes du Colloque international d'Arles 1989), Aix-en-Provence, LAPMO, 64-68.
- ARCELIN, P., 1990: «L'environnement indigène de Marseille grecque», *Dossiers d'archéologie*, 154, 58-69.
- ARCELIN, P., 1992a: «Société indigène et propositions culturelles massaliotes en basse Provence occidentale», in BATS, M., BERTUCCHI, G., CONGÈS, G. et TRÉZINY, H., *Marseille grecque et la Gaule*, Actes des Colloques internationaux de Marseille 1990, Aix-Lattes, ADAM-PUP, 305-336 (coll. Études Massaliètes, 3).
- ARCELIN, P., 1995: «Arles protohistorique, centre d'échanges économiques et culturels», in ARCELIN, P., BATS, M., GARCÍA, D., MARCHAND, G. et SCHWALLER, M., *Sur les pas des Grecs en Occident (Hommages à André Nickels)*, Lattes/Paris, ADAM éd./Errance, 325-338 (coll. Études Massaliètes, 4).
- ARCELIN, P., 1999a: «Entre Salyens, Cavares et Volques: peuplement protohistorique et dynamique culturelle dans la région Alpilles-Montagne», in GATEAU, F., GAZENBEEK, M. dir., *Les Alpilles et la Montagne*, Paris, MSH, 61-78 (coll. Carte Archéologique de la Gaule, 13/2).
- ARCELIN, P., 1999b: «L'habitat dans l'image sociale des Gaulois du Midi. La question des résidences aristocratiques», in BRAEMER, Fr., CLEUZIQU, S., COUDART, A. éd., *Habitat et société*, Actes des XIX^{es} Rencontres internationales d'archéologie et d'histoire d'Antibes 1998, Antibes, APDCA, 439-479.
- ARCELIN, P., à paraître a: «Expressions culturelles dans la Gaule méridionale du premier âge du Fer», in *Mailhac et le premier âge du Fer en Europe occidentale*, Actes du Colloque International de Carcassonne, septembre 1997, à paraître dans Monographies d'Archéologie Méditerranéenne.
- ARCELIN, P., à paraître b: «L'émergence du phénomène urbain dans les sociétés du Midi de la Gaule au second âge du Fer. L'exemple de la basse vallée du Rhône», in *Des Ibères aux Vénètes. Phénomènes proto-urbains et urbains, de l'Espagne à l'Italie du Nord (IV^e-I^e s. av. J.-C.)*, Colloque international de Rome, juin 1999, à paraître.
- ARCELIN, P., ARCELIN-PRADELLE, Ch., 1982: «Le gisement du col Sainte-Anne à Simiane-Collongue (B.-du-Rh.). Le matériel de l'Âge du fer», *BAProv*, 9, 19-50.
- ARCELIN, P., BRÉMOND, J., 1977: «Le gisement protohistorique du Mont-Valence, commune de Fontvieille (B.-du-Rh.)», *Cypsela*, 2, 161-172.
- ARCELIN, P., DEDET, B., 1985: «Les enceintes protohistoriques du Midi méditerranéen, des origines à la fin du ⁱⁱ^e s. av. J.-C.», in DEDET, B. et PY, M. éd., *Les enceintes protohistoriques de Gaule méridionale*, Caveirac, ARALO, 11-37.
- ARCELIN, P., DEDET, B., SCHWALLER, M., 1992: «Espaces publics, espaces religieux protohistoriques en Gaule méridionale», in *Espaces et monuments publics protohistoriques de Gaule méridionale* (dossier). *DocAMérid*, 15, 181-242.
- ARCELIN, P., FERRANDO, Ph., 1999: «Graveson, oppidum de la Roque». *BSR PACA*, à paraître.
- ARCELIN, P., RAPIN, A. et WILLAUME, M., à paraître: «Formes et images du pouvoir aristocratique des

- Celtes à la fin du second âge du Fer dans le Midi de la Gaule», in *L'aristocratie celtique à la fin de l'âge du Fer (I^{er} s. av. J.-C. au I^{er} s. ap. J.-C.)*, Table ronde du CAE du Mont Beuvray, Glux-en-Glenne, 10-11 juin 1999, à paraître.
- ARCELIN, P., TRÉZINY, H., 1990: «Les habitats indigènes», in *Voyage en Massalie. 100 ans d'archéologie en Gaule du Sud*, Marseille, Musées/Edisud, 26-31.
- ARNAUD-FASSETTA, G., LANDURÉ, C., 1997: «Occupation du sol et contraintes fluviales dans le delta du Rhône (France du Sud)», in BURNOUF, J., BRAVARD, J.-P., CHOUQUER, G. éd., *La dynamique des paysages protohistoriques, antiques, médiévaux et modernes*, Actes des XVII^{es} Rencontres internationales d'archéologie et d'histoire, Antibes 1996, Sophia-Antipolis, 285-308.
- ARTHUIS, R., AMBERT, P., 1997: «Des étangs, un petit lac, de vastes paluds, une prairie assainie: l'évolution naturelle et artificielle des cuvettes périglaciaires dans la dépression de Tras-le-Puy (Gard) durant l'Holocène», in BURNOUF, J., BRAVARD, J.-P., CHOUQUER, G., éd., *La dynamique des paysages protohistoriques, antiques, médiévaux et modernes*, Actes des XVII^{es} Rencontres internationales d'archéologie et d'histoire, Antibes 1996, Sophia-Antipolis, APDCA, 351-364.
- AUDOUZE, F., BUCHSENSCHUTZ, O., 1989: *Villes, villages et campagnes de l'Europe celtique. Du début du II^e millénaire à la fin du I^{er} s. av. J.-C.*, Paris, Hachette, 362 p. (coll. Bibliothèque archéologique).
- BARTHÈS, P., 1995: «Le Gazoduc Artère du Midi», *BSR Languedoc-Roussillon*, 160.
- BARTHÈS, P., BOCQUENET, J.-Ph., RANCOULE, G., 1995: «Prospection-inventaire dans le bassin de l'Aude entre Carcassonne et Narbonne», in GUILAINE, J. dir., *Temps et espace dans le bassin de l'Aude, du Néolithique à l'âge du Fer*, Toulouse, Centre d'Anthropologie, 93-164.
- BATS, M., 1989: «La Provence protohistorique», in FÉVRIER, P.-M., BATS, M., CAMPS, G., FIXOT, M., GUYON, J., RISER, J., *La Provence des origines à l'an mil. Histoire et archéologie*, Rennes, Ouest-France, 168-256.
- BATS, M., 1992: «Marseille, les colonies massaliètes et les relais indigènes dans le trafic le long du littoral méditerranéen gaulois (VI^e-I^{er} s. av. J.-C.)», in BATS, M., BERTUCCHI, G., CONGÈS, G., TRÉZINY, H. éd., *Marseille grecque et la Gaule*, Actes des Colloques internationaux, Marseille 1990, Lattes/Aix-en-Provence, ADAM et PUP, 263-278 (coll. Études Massaliètes, 3).
- BATS, M., 1998: «Marseille archaïque. Étrusques et Phocéens en Méditerranée nord-occidentale». *MEFRA*, 110, 2, 609.
- BELLET, M.-E., MARCHESI, H. dir., 1990: *L'occupation de la moyenne vallée du Calavon, du Néolithique à la fin de l'Antiquité*, Avignon, Serv. archéol. Vaucluse, 71 p. (coll. Notices d'archéologie vauclusienne, 1).
- BÉRATO, J., BORRÉANI, M., GÉBARA, Ch., MICHEL, J.-M., 1995: «L'âge du fer dans la dépression permienne, et dans les massifs des Maures et de l'Estérel (Var)», *DocAMérid*, 18, 45-77 et CD-Rom.
- BÉRATO, J., BORRÉANI, M., DEMONTES, J.-L., KROL, V., 2000: «Aménagement rural du V^e s. av. J.-C. au Petit Campdumy, Flassans-sur-Issole, Var», *DocAMérid*, 23, 2000 (à paraître).
- BÉRATO, J., BORRÉANI, M., LAURIER, Fr., 1994: «Un habitat de l'âge du Fer sur les pentes du Mont-Aurélien (Pourrières, Var)», *DocAMérid*, 17, 267-280.
- BÉRATO, J., DUGAS, F. et al., 1990: «L'occupation protohistorique du territoire communal des Arcs-sur-Argens», *RANarb*, 23, 13-31.
- BÉRATO, J., MAGNIN, Fr. et al., 1989: «Le Touar, Les Arcs-sur-Argens (Var). Un habitat de plaine du Bronze final II/IIIa et du premier âge du Fer dans son environnement», *DocAMérid*, 12, 7-40.
- BERGER, J.-Fr., BROCHIER, J.-L., JUNG, C., ODIOT, Th., 1997: «Données paléogéographiques et données archéologiques dans le cadre de l'opération de sauvetage archéologique du TGV-Méditerranéen», in BURNOUF, J., BRAVARD, J.-P., CHOUQUER, G. éd., *La dynamique des paysages protohistoriques, antiques, médiévaux et modernes*, XVII^{es} Rencontres int. d'archéologie et d'histoire, Antibes 1996, Sophia-Antipolis., 155-183.
- BERMOND, I., 1998: L'occupation protohistorique au Nord-Est du Bassin de Thau (région de Mèze, Hérault), in MAUNÉ ST. dir., *Recherches récentes sur les établissements ruraux protohistoriques en Gaule méridionale (IX^e-III^e s. av. J.-C.)*, Actes de la table ronde de Lattes 1997, Montagnac, Mergoïl, 29-43 (coll. Protohistoire européenne, 2).
- BERMOND, I., PELLECUER, Chr., 1997: «Recherches sur l'occupation du sol dans la région de l'Étang de Thau (Hérault). Apport à l'étude des villae et des campagnes de Narbonnaise», *RANarb*, 30, 63-84.
- BERTONCELLO, Fr., GAZENBEEK, M., 1997: «Dynamique du peuplement en moyenne montagne: le massif des Maures (Var) entre le deuxième âge du Fer et la fin de l'Antiquité», in BURNOUF, J., BRAVARD, J.-P., CHOUQUER, G., éd., *La dynamique des paysages protohistoriques, antiques, médiévaux et modernes*, Actes des XVII^{es} Rencontres internationales d'archéologie et d'histoire, Antibes 1996, Sophia-Antipolis, APDCA, 601-620.
- BESSAC, J.-Cl., 1986: «Carrières antiques du Bois des Lens (Gard). Inventaire préliminaire», *RANarb*, 19, 159-182.
- BESSAC, J.-Cl., 1996: *La pierre en Gaule narbonnaise et les carrières du Bois des Lens (Nîmes)*, Ann Arbor (Michigan) (coll. des Suppl. au JRA, 16).
- BESSAC, J.-Cl., BONNAUD, R., PY, M., 1979: «Prospections et sondages archéologiques dans la partie sud-

- est du Bois des Lens (Gard)», *BEcAntNîmes*, 14, 41-83.
- BOISSINOT, Ph., 1994: «Bouc-Bel-Air, Les Caillols, carrefour D.6/D.8», *BSR PACA*, 117-118.
- BOISSINOT, Ph., 1995a: «L'empreinte des paysages hellénistiques dans les formations holocènes de Saint-Jean-du-Désert (Marseille)», in MORANGE, Chr., *Les origines de Marseille. Environnement et archéologie* (dossier), *Méditerranée*, 82, 3-4, 33-40.
- BOISSINOT, Ph., 1995b: «Existe-t-il des maisons pré- et protohistoriques ?», in GUILAINE, J., VAQUER, J. dir., *L'habitat néolithique et protohistorique dans le Sud de la France*, Toulouse, EHESS, 73-75 (coll. des Séminaires du Centre d'Anthropologie).
- BOISSINOT, Ph., 1998a: «Orange, rue Saint-Clément», *BSR PACA*, 167.
- BOISSINOT, Ph., 1998b: «La réinterprétation du «sanctuaire» de Roquepertuse», in FLEURY-ALCARAZ, K., *Les provençaux de l'âge du Fer*, *Archéologia*, 351, 42-45.
- BOISSINOT, Ph., 1999: «Remarques sur la phase ultime de l'occupation de Roquepertuse (Velaux, 13)», *BullAFEAF*, 17, 12-13.
- BOISSINOT, Ph., BROCHIER, J.-E., 1997: «Pour une archéologie du champ», in CHOUQUER, G., *Les formes des paysages. 3- L'analyse des systèmes spatiaux*, Paris, Errance, 35-56.
- BOISSINOT, Ph., GANTÈS, L.-Fr. et al., 2000: «La chronologie de Roquepertuse. Propositions préliminaires à l'issue des campagnes 1994-1997 et 1998-1999», *DocAMérid*, 23 (à paraître).
- BOISSINOT, Ph., LESCURE, Br., 1998: «Nouvelles recherches sur le «sanctuaire» de Roquepertuse à Velaux (III^e s. av. C.). Premiers résultats», *DocAMérid*, 21, 84-89.
- BORRÉANI, M., CHABAL, L., MATHIEU, L., MICHEL, J.-M., PASQUALINI, M., PROVANSAL-LIPPMANN, M., 1992: «Peuplement et histoire de l'environnement sur les îles d'Hyères (Var)», *DocAMérid*, 15, 391-416.
- BOULOUMIÉ, B., 1986: «Le massif de l'Etoile et les oppida au nord de Marseille», in BATS, M., TRÉZINY, H. éd., *Le territoire de Marseille grecque*, Actes de la table ronde d'Aix-en-Provence 1985, Aix-en-Provence, PUP, 113-116 (coll. Études massaliètes, 1).
- BOULOUMIÉ, B., 1992: *Saint-Blaise (fouilles H. Roland). L'habitat protohistorique. Les céramiques grecques*, Aix-en-Provence, PUP, 280 p.
- BRÉTAUDEAU, G., 1996: *Les enceintes des Alpes-Maritimes*, Nice, 590 p.
- BRUN, J.-P., 1990: «Des terrasses de culture massaliotes sur l'île de Porquerolles?», PROVANSAL, éd., *L'agriculture en terrasses sur les versants méditerranéens; histoire, conséquences sur l'évolution du milieu. Méditerranée*, 3-4, 13-15.
- BRUN, P., 1999: «L'habitat: prisme déformant de la société protohistorique», in BRAEMER, FR., CLEUZIQU, S., COUDART, A. éd., *Habitat et société*, Actes des XIX^{es} Rencontres internationales d'archéologie et d'histoire d'Antibes 1998, Antibes, APDCA, 339-352.
- BRUNETON, H., 1999: «Géomorphologie et évolution du milieu naturel depuis la fin du Würm», in GATEAU, F. dir., *Les Alpilles et la Montagne*, Paris, MSH, 47-58 (coll. Carte Archéologique de la Gaule, 13/2).
- BUCHSENSCHUTZ, O., MÉNIEL, P. éd., 1994: *Les installations agricoles de l'âge du Fer en Ile-de-France*, Actes du colloque de Paris 1993, Paris, Presses de l'ENS, 3.
- BUISSON-CATIL, J., 1991: *Inventaire archéologique du canton de Mormoiron*, Avignon, Serv. archéol. Vaucluse, 75 p. (coll. Documents d'archéologie vauclusienne, 1).
- BURNOUF, J., BRAVARD, J.-P., CHOUQUER, G. éd., 1997: *La dynamique des paysages protohistoriques, antiques, médiévaux et modernes*, Actes des XVII^{es} Rencontres internationales d'archéologie et d'histoire, Antibes 1996, Sophia-Antipolis, APDCA, 624 p.
- CAROZZA, L., BURENS, A., 1995: «Le site de Buzerens à Bram (Aude): habitat du Chalcolithique et du premier âge du Fer», in GUILAINE, J., VAQUER, J. dir., *L'habitat néolithique et protohistorique dans le Sud de la France*, Toulouse, EHESS, 63-65 (coll. des Séminaires du Centre d'Anthropologie).
- CAROZZA, L., BURENS, A., FRY, S., NICOL-PICHARD, S., 1998: «Ferme, hameau, village: l'habitat rural protohistorique dans le bassin de l'Aude (du IX^e s. av. J.-C.)», in MAUNÉ, St. dir., *Recherches récentes sur les établissements ruraux protohistoriques en Gaule méridionale (IX^e-III^e s. av. J.-C.)*, Actes de la table ronde de Lattes 1997, Montagnac, Mergoïl, 131-157 (coll. Protohistoire européenne, 2).
- CARTRON, I., DORAY, I., 1992: «Les fouilles de la rue Bouquerie à Avignon (Vaucluse): habitat médiéval et occupation protohistorique», *BAProv*, 21, 31-57.
- CASTELVI, G., COMPS, J.-P., KOTARBA, J., PEZIN, A. dir., 1997: *Voies romaines de Rhône à l'Èbre: via Domitia et via Augusta*. Paris, MSH, 302 p. (coll. des Documents d'Archéologie Française, 61).
- CHABOT, L., 1983: «L'oppidum de la Cloche aux Penes-Mirabeau (B.-du-Rh.). Synthèse des travaux effectués de 1967 à 1982», *RANarb*, XVI, 39-80.
- CHARRIÈRE, L., 1992: «Noves, cimetière communal», *BSR PACA*, 147-148.
- CHAUSSERIE-LAPRÉE, J., 1998: «Martigues, Saint-Pierre-lès-Martigues», *BSR PACA*, 92-94.
- CHAUSSERIE-LAPRÉE, J., NIN, N., DOMALLAIN, L., 1984: «Le village protohistorique du quartier de l'Île à Martigues (B.-du-Rh.). Urbanisme et architecture de la phase primitive (V^e-III^e s. av. J.-C.). I- Urbanisme et fortification», *DocAMérid*, 7, 27-52.
- CHAUSSERIE-LAPRÉE, J., NIN, N., 1990: «Le village protohistorique du quartier de l'Île à Martigues (B.-du-Rh.). Les espaces domestiques de la phase pri-

- mitive (début V^e-début II^e s. av. J.-C.). I- Les aménagements domestiques», *DocAMérid*, 13, 35-136.
- CHAZELLES, Cl.-A. de, 1993: «Les habitats du bassin de l'Aude et des Corbières orientales», in *Contribution au problème ibérique dans l'Empordà et en Languedoc-Roussillon*, Dossier des *DocAMérid*, 16, 57-60.
- CHAZELLES, Cl.-A. de, éd., 1993: «Contribution au problème ibérique dans l'Empordà et en Languedoc-Roussillon», Dossier des *DocAMérid*, 16, 9-110.
- CHAZELLES, Cl.-A. de, 1995: «Le site protohistorique de Montlaurès (Narbonne, Aude). L'état des recherches», *ALang*, 19, 55-61.
- CHAZELLES, Cl.-A. de, 1997: «Montlaurès (Narbonne, Aude). Le bilan de six années de fouilles (1989-1994)», in UGOLINI, D. dir., *Languedoc occidental protohistorique. Fouilles et recherches récentes, VI^e-IV^e s. av. J.-C.*, Aix-en-Provence, PUP, 23-44 (coll. Travaux du Centre C. Jullian, 19).
- CHAZELLES, Cl.-A. de, 1999: «Les maisons de l'âge du Fer en Gaule méridionale, témoins de différentes identités culturelles et reflets d'une certaine disparité sociale», in BRAEMER, Fr., CLEUZIOU, S., COUDART, A. éd., *Habitat et société*, Actes des XIX^{es} Rencontres internationales d'archéologie et d'histoire d'Antibes 1998, Antibes, APDCA, 481-498.
- CHAZELLES-GAZZAL, Cl.-A. de, 1997: *Les maisons en terre de la Gaule méridionale*, Montagnac, Mergoïl, 231 p. (coll. Monographies *Instrumentum*, 2).
- CHAZELLES-GAZZAL, Cl.-A. de, 1998: «Premières recherches sur le territoire de Montlaurès à l'âge du Fer», in MAUNÉ, St. dir., *Recherches récentes sur les établissements ruraux protohistoriques en Gaule méridionale (IX^e-III^e s. av. J.-C.)*, Actes de la table ronde de Lattes 1997, Montagnac, Mergoïl, 121-129 (coll. Protohistoire européenne, 2).
- CHOUQUER, G. dir., 1996: *Les formes des paysages. 2- Archéologie des parcellaires*, Actes du colloque d'Orléans 1996, Paris, Errance, 264 p., XVI pl. h. t.
- CHOUQUER, G. dir., 1997: *Les formes des paysages. 3- L'analyse des systèmes spatiaux*, Actes du colloque d'Orléans 1996, Paris, Errance, 198 p., VIII pl. h. t.
- CLAVERL-LÉVÊQUE, M., 1982: «La production des premiers paysages du Midi: mémoire de l'espace et traces d'une identité», *CHIRM*, 9, 9-35.
- GOIGNARD, O. et R., MARCADAL, N. et Y., 1998: «Nouveau regard sur le sanctuaire et les gravures de l'âge du Fer de l'oppidum des Caisses (Mouriès, B.-du-Rh.)», *DocAMérid*, 21, 67-83 (et dossier sur CD-Rom).
- COMPS, J.-P., KOTARA, J., 1997: «La campagne proche de *Ruscino*. Vie d'un terroir durant l'époque romaine», *EtRouss*, XV, 83-101.
- D'ANNA, A., LEVEAU, Ph., MOCCI, Fl., 1992: «La montagne Sainte-Victoire, de la Préhistoire à la fin de l'Antiquité: les rythmes de l'occupation humaine», *RANarb*, 25, 265-299.
- DEDET, B., 1982: «À propos de l'habitat non perché dans les garrigues du Languedoc oriental à l'âge du Fer», *DialHistAnc*, 8, 193-211.
- DEDET, B., 1985: «La maison et le village durant la Protohistoire», *Les dossiers d'Histoire...*, 99, 14-27.
- DEDET, B., 1987: *Habitat et vie quotidienne en Languedoc au milieu de l'âge du Fer. L'unité domestique n.º 1 de Gailhan, Gard*, Paris, CNRS, 230 p.
- DEDET, B., 1989a: «Le premier âge du Fer dans le Languedoc méditerranéen», in MOHEN, J.-P. dir., *Le temps de la Préhistoire*, Dijon, Société Préhistorique Française/Archéologia, 1, 456-458.
- DEDET, B., 1989b: «Le second âge du Fer dans le Languedoc méditerranéen», in MOHEN, J.-P. dir., *Le temps de la Préhistoire*, Dijon, Société Préhistorique Française/Archéologia, 1, 474-477.
- DEDET, B., 1990: «Une maison à absides sur l'oppidum de Gailhan (Gard) au milieu du V^e s. av. J.-C. La question du plan absidial en Gaule du Sud», *Gallia*, 47, 29-55.
- DEDET, B., GOURY, D., 1987-1988: «Un habitat de plaine du premier âge du Fer à Saint-Martin (Collongues, Gard)», *Gallia*, 45, 1-12.
- DEDET, B., MAHIEU, E., SAUVAGE, L., 1997: «L'espace culturel et funéraire du premier âge du Fer de Vestric en Languedoc oriental (Vestric-et-Candiac, Gard)», *BSPF*, 94, 4, 581-608.
- DEDET, B., PY, M., 1976: *Introduction à l'étude de la Protohistoire en Languedoc oriental*, Caveirac, ARALO, 142 p. (coll. Cahier, 5).
- DEDET, B., SAUVAGE, L., 1998: «Les enclos fossoyés du VI^e siècle avant J.-C. au Cauquillous (Montpellier, Hérault)», *BSPF*, 95, 4, 565-580.
- DUVAL, S., 1998a: «L'habitat côtier de Tamaris (B.-du-Rh.). Bilan des recherches et étude du mobilier des fouilles de Ch. Lagrand», *DocAMérid*, 21, 133-180.
- DUVAL, S., 1998b: «Martigues, Tamaris», *BSR PACA*, 94-95.
- ESCALLON, G., DUFRAIGNE, J.-J., 1997: *Un habitat de plaine du second âge du Fer dans la moyenne vallée du Rhône, Lapalud, Les Contrats (Vaucluse)*, Aix-en-Provence, SRA-PACA, DFS.
- ESPÉROU, J.-L., SCHNEIDER, L., VIDAL, L. et al., 1995: «De la Préhistoire à l'An Mil: peuplement et occupation du sol autour de l'Étang de Saint-Preignan (Abeilhan, Coulobres, Pouzolles - Hérault)», *ALang*, 19, 71-78.
- ESPÉROU, J.-L., ROQUES, P., 1988: «15 ans de prospections autour de Servian. Préhistoire, Protohistoire, Antiquité et Moyen Âge», *ALang*, 4, 137-144.
- FAVORY, Fr., FICHES, J.-L. dir., 1994: *Les campagnes de la France méditerranéenne dans l'Antiquité et le haut Moyen Âge. Études micro-régionales*, Paris, MSH, 344 p. (coll. des Documents d'Archéologie Française, 42).
- FAVORY, Fr., VAN DER LEEUW, S. dir., 1998: «*Archaeomedes*, la dynamique spatio-temporelle de l'habi-

- tat antique dans la vallée du Rhône: bilan et perspectives», *RANarb*, 31, 257-298.
- FÉRAUD, J.-B., 1986: «Saint-Jean de Garguier, *Locus Gargarius*», in BATS, M., TRÉZINY, H. éd., *Le territoire de Marseille grecque*, Actes de la table ronde d'Aix-en-Provence 1985, Aix-en-Provence, PUP, 109-111 (coll. Études massaliètes, 1).
- FERRANDO, Ph., 1998: «Graveson, oppidum de la Roque», *BSR PACA*, 90-91.
- FEUGÈRE, M., MAUNÉ, St., 1995: «L'occupation du sol du VII^e au V^e siècle avant notre ère dans la moyenne vallée de l'Hérault», *DocAMérid*, 18, 95-103.
- FICHES, J.-L., 1987: «L'espace rural antique dans le Sud-Est de la France: ambitions et réalités archéologiques», *AnnEconSocCiv*, 1, 219-238.
- FICHES, J.-L., 1989: «Tombe et monuments lapidaires dans l'espace rural arécomique (III^e-I^{er} s. av. n. è.)», in *Mélanges P. Lévêque. 2- Anthropologie et société*, Paris, Les Belles Lettres, 207-235.
- FICHES, J.-L., 1996: «Jalons et repères archéologiques pour la France méditerranéenne», in CHOUQUER, G., *Les formes des paysages. 2- Archéologie des parcelles*, Paris, Errance, 88-94.
- FICHES, J.-L. dir., 1989: *L'oppidum d'Ambrussum et son territoire. Fouilles au quartier du Sablas (Villetelle, Hérault): 1979-1985*, Paris, CNRS, 288 p. (coll. Monographie du CRA, 2).
- FICHES, J.-L. et al., 1995: «Habitats de l'âge du Fer et structures agraires d'époque romaine aux Escarvatières, Puget-sur-Argens, Var», *Gallia*, 52, 205-261.
- GAGNIÈRE, S., GRANIER, J., 1970: *Avignon, de la Préhistoire à la Papauté*, Avignon, 278 p.
- GAGNIÈRE, S., GRANIER, J., 1979: «La Protohistoire», in GAGNIÈRE, S., GRANIER, J., POLY, J.-P. et al., *Histoire d'Avignon*, Aix-en-Provence, Edisud, 37-49.
- GAGNIÈRE, S., GRANIER, J., PERROT, R., 1962: «Le rocher des Doms à Avignon», *CahLig*, XI, 1, 48-78.
- GALLIANO, G., PASQUALINI, M., REYNIER, J., 1980: «Carte archéologique de la commune de Taradeau (83)», *AnnSocScNatArchéo Toulon*, 32, 48-55.
- GAILLED RAT, E., 1997: *Les Ibères, de l'Ebre à l'Hérault (VI^e-IV^e s. av. J.-C.)*, Lattes, ARALO, 336 p. (coll. des Monographies d'Archéologie Méditerranéenne, 1).
- GAILLED RAT, E., 1998: «Mailhac, Le Traversant», *BSR Languedoc-Roussillon*, 51-52.
- GAILLED RAT, E., POUPET, P., BOISSON, H., à paraître: «Nouvelles données sur l'habitat protohistorique de Mailhac (Aude) au premier âge du Fer (VII^e-V^e s. av. J.-C.)», in Actes du XXII^e Congrès de l'AFEAF, Gérone 1998, à paraître.
- GARCÍA, D., 1993: *Entre Ibères et Ligures. Lodévois et moyenne vallée de l'Hérault protohistoriques*, Paris, CNRS, 358 p. (coll. des Suppléments à la *RANarb*, 26).
- GARCÍA, D., 1995: «Construire et habiter en Languedoc durant l'Âge du Fer (VII^e-I^{er} s. av. n. è.)», in
- GUILAINE, J., VAQUER, J., *L'habitat néolithique et protohistorique dans le Sud de la France*, Toulouse, Centre d'Anthropologie, 67-72 (coll. des Séminaires du Centre).
- GARCÍA, D., 1996a: «Dynamique de développement de la ville de Lattara. Implantation, urbanisme et métrologie (VI^e s. av. n. è. - II^e s. de n. è.)», in PY, M. et al., *Urbanisme et architecture dans la ville antique de Lattes*, Lattes, ARALO, 7-24 (coll. Lattara, 9).
- GARCÍA, D., 1996b: «Le passage de la maison de type protohistorique à la maison gallo-romaine. L'exemple de Lattes (Hérault)», in *La maison urbaine d'époque romaine en Gaule narbonnaise et dans les provinces voisines*, Avignon, Conseil Général de Vaucluse, 144-153 (coll. Documents d'archéologie vauclusienne, 6).
- GARCÍA, D., 1997: «Le peuplement protohistorique: l'âge du Fer (725-100 av. J.-C.) dans les Alpes de Haute-Provence», in BÉRARD, G. et al., *Les Alpes de Haute-Provence*, Paris, MSH, 58-60 (coll. Carte Archéologique de la Gaule, 04).
- GARCÍA, D., MOCCI, Fl., 1998: «Prospections dans les basses gorges du Verdon, Esparron et Quinson (A.-H.-P.)», *BSR PACA*, 29-30.
- GARCÍ, D., ORLIAC, D., 1990: «Les Courtinals à Mourèze (Hérault). Étude préliminaire de l'habitat protohistorique et de son territoire», *DocAMérid*, 13, 15-34.
- GASCÓ, J., 1994: «Caunes-Minervois: l'enceinte du Cros», in GUILAINE, J., SACCHI, D., VAQUER, J. dir., *Aude des origines*, Carcassonne, Archéologie en Terre d'Aude, 142-143.
- GASCÓ, J., 1996: «Le finage du site et les conditions du milieu sur la montagne d'Alaric», in GASCÓ, J., CAROZZA, L., FRY, R., FRY, S., VIGNE, J.-D., WAINWRIGHT, J. dir., *Le Laouret et la montagne d'Alaric à la fin de l'âge du Bronze. Un hameau abandonné entre Floure et Monze (Aude)*, Carcassonne, Centre d'Anthropologie, 421-430.
- GASCÓ, J., 1997: «Étapes connues dans l'évolution agropastorale de la Montagne d'Alaric (Aude), de la Préhistoire récente à la période historique», in BURNOUF, J., BRAVARD, J.-P., CHOUQUER, G., *La dynamique des paysages protohistoriques, antiques, médiévaux et modernes*, Actes des XVII^{es} Rencontres internationales d'archéologie et d'histoire, Antibes 1996, Sophia-Antipolis, 557-576.
- GASCÓ, J., 1998: «L'enceinte millénaire du Cros de Caunes-Minervois», *Archéologia*, 344, 42-51.
- GATEAU, F., GAZENBEEK, M., dir., 1999: *Les Alpilles et la Montagnette*, Paris, MSH, 464 p. (coll. Carte Archéologique de la Gaule, 13/2).
- GAZENBEEK, M. et al. 1996: «Archéologie des paysages, parcelles et recouvrements sédimentaires sur le piémont sud des Alpilles», in CHOUQUER, G., *Les formes du paysage. 2- Archéologie des parcelles* (Actes du colloque d'Orléans 1996), Paris, Errance, 113-123.

- GÉRIN-RICARD, H. de, 1927: *Le sanctuaire préromain de Roquepertuse à Velaux (B.-du-R.)*, Marseille, Société de Marseille et de Provence, 53 p.
- GINOUVÈS, O., JANIN, Th., VIDAL, L., POPUPET, P., 1990: «Paléosols et structures agraires enfouies: quelques exemples d'approche du paysage rural», in FICHES, J.-L., VAN DER LEEUW, E. éd., *Archéologie et espaces*, Actes des X^{es} Rencontres internationales d'archéologie et d'histoire d'Antibes 1989. Juan-les-Pins, APDCA, 383-418.
- GRANSAR, Fr., AUXIETTE, G., DESENNE, S., HÉNON, B., LE GUEN, P., POMMEPUY, Cl., 1999: «Essai de modélisation de l'organisation de l'habitat au cours des cinq derniers siècles avant notre ère dans la vallée de l'Aisne», in BRAEMER, Fr., CLEUZIQUO, S., Coudart A. éd., *Habitat et société*, Actes des XIX^{es} Rencontres internationales d'archéologie et d'histoire d'Antibes 1998, Antibes, APDCA, 419-438.
- HOULÈS, N., JANIN, Th., 1992: «Une tombe du premier âge du Fer au lieu-dit Saint-Antoine à Castelnaud-Guers (Hérault)», *RANarb*, 25, 433-442.
- HUOT, J.-L., THALMANN, J.-P., VALBELLE, D., 1990: *Naissance des cités*, Paris, Nathan, 352 p. (coll. Origines).
- JORDA, M., MOCCI, Fl., 1997: «Sites protohistoriques et gallo-romains du massif Sainte-Victoire dans leur contexte morphodynamique», in BURNOUF, J., BRAVARD, J.-P., CHOUQUER, G., *La dynamique des paysages protohistoriques, antiques, médiévaux et modernes*, Actes des XVII^{es} Rencontres internationales d'archéologie et d'histoire, Antibes 1996, Sophia-Antipolis, APDCA, 211-229.
- KOTARBA, J., 1995: «Premières données sur l'occupation humaine du versant nord des Albères durant l'époque romaine et l'Antiquité tardive», in *Hommage à J. Guilaine*, Actes du X^e Colloque international d'archéologie de Puigcerda 1994, Puigcerda, 549-554.
- KOTARBA, J., PEZIN, A., 1998: «Les vestiges d'habitat du premier âge du Fer du Camp de Las Basses, Saint-André (P.-O.)», in MAUNÉ, St. dir., *Recherches récentes sur les établissements ruraux protohistoriques en Gaule méridionale (IX^e-III^e s. av. J.-C.)*, Actes de la table ronde de Lattes 1997, Montagnac, Mergoïl, 159-173 (coll. Protohistoire européenne, 2).
- LA RECHERCHE ARCHÉOLOGIQUE EN FRANCE, 1997: *Bilan 1990-1994 et programmation du Conseil national de la recherche archéologique*, Paris, Ministère de la Culture, MSH, 460 p.
- LASSALLE, V., 1981: «Les sculptures préromaines», in PY, M. et al., *Recherches sur Nîmes préromaine. Habitats et sépultures*, Paris, CNRS, 223-230 (Suppl. à Gallia, XLI).
- LEJEUNE, M., POUILLOUX, J., SOLIER, Y., 1988: «Étrusque et ionien archaïques sur un plomb de Pech Maho», *RANarb*, 21, 19-59.
- LESCURE, Br. et al., 1991: «Le sanctuaire protohistorique de Roquepertuse (commune de Velaux, B.-du-Rh.)», Dossier des *DocAMérid*, 14, 7-88.
- LESCURE, Br., COIGNARD, Fr., GANTÈS, L.-Fr., 1994: «Le sanctuaire celto-ligure de Roquepertuse», *Archéologia*, 303, 40-47.
- LEVEAU, Ph., 1993: «La Gaule narbonnaise», in LEVEAU, Ph., SILLIÈRES, P., VALLAT, J.-P., *Campagnes de la Méditerranée romaine. Occident*, Paris, Hachette, 250-286 (coll. Bibliothèque d'archéologie).
- LEVEAU, Ph., MOCCI, Fl., MULLER, A., STROBEL, M., 1992: «L'occupation du sol dans le massif de la Sainte-Victoire, de l'époque de La Tène à la fin de l'Antiquité», *Méditerranée*, 1-2, 69-79.
- LOUIS, M., TAFFANEL, O. et J., 1955: *Le premier âge du Fer languedocien. I- Les habitats*, Bordighera-Montpellier, Inst. Intern. Et. Lig., 207 p. (coll. Monographies de Préhistoire et d'Archéologie, III).
- MARCADAL, Y., à paraître: «Un habitat de plaine du VI^e s. et de la première moitié du V^e s. av. J.-C. au Golf de Servannes (Mouriès, B.-du-Rh.)», in LEVEAU, Ph. dir., *Milieu et société dans la vallée des Baux*. Colloque de Mouriès 1996. À paraître en supplément à la *RANarb*.
- MAUNÉ, St., 1996: «La centuriation pré-coloniale Béziers B et ses rapports avec les oppida de la moyenne vallée de l'Hérault (province de Transalpine)», in CHOUQUER, G., *Les formes du paysage. 2- Archéologie des parcellaires* (Actes du colloque d'Orléans 1996), Paris, Errance, 128-141.
- MAUNÉ, St., 1997: «Quelques réflexions sur les fouilles de parcellaires sur le gazoduc «Artère du Midi» dans la moyenne vallée de l'Hérault», in CHOUQUER, G. dir., *Les formes du paysage. 3- L'analyse des systèmes spatiaux*, Paris, Errance, 135-148 (coll. Archéologie Aujourd'hui).
- MAUNÉ, St., 1998a: «Un concept, une table ronde: les établissements ruraux protohistoriques en Gaule méridionale», in MAUNÉ, St. dir., *Recherches récentes sur les établissements ruraux protohistoriques en Gaule méridionale (IX^e-III^e s. av. J.-C.)*, Actes de la table ronde de Lattes 1997, Montagnac, Mergoïl, 3-8 (coll. Protohistoire européenne, 2).
- MAUNÉ, St., 1998b: «Les établissements ruraux des VI^e et V^e s. av. J.-C. en Languedoc central. Études de cas et perspectives», in MAUNÉ, St. dir., *Recherches récentes sur les établissements ruraux protohistoriques en Gaule méridionale (IX^e-III^e s. av. J.-C.)*, Actes de la table ronde de Lattes 1997, Montagnac, Mergoïl, 45-72 (coll. Protohistoire européenne, 2).
- MAUNÉ, St., 1998c: «Occupation du sol», in FEUGÈRE, M. et al. dir., *Signes de la romanisation*, *RANarb*, 31, 301-306.
- MAUNÉ, St. dir. 1998: *Recherches récentes sur les établissements ruraux protohistoriques en Gaule méridionale (IX^e-III^e s. av. J.-C.)*, Actes de la table ronde de Lattes 1997, Montagnac, Mergoïl, 176 p. (coll. Protohistoire européenne, 2).

- MAUNÉ, St., 1999: «Nouvelles découvertes d'établissements ruraux protohistoriques à Fontès (Hérault) (VI^e-V^e s. av. J.-C.)», *ALang*, 23, à paraître.
- MAUNÉ, St., CHAZELLES, Cl.-A. de, 1997: «Dynamique du peuplement et occupation du sol sur le territoire de Montflaurès (Narbonne, Aude)», in CLAVEL-LÉVÊQUE, M., PLANA-MALLART, R. éd., *Cité et territoire II*, Actes du Colloque européen de Béziers 1997, Paris, Les Belles Lettres, 187-208 (coll. des Annales Litt. Univ. Besançon).
- MAUNÉ, St. et al., 1998: *Les campagnes de la cité de Béziers dans l'Antiquité (partie nord-orientale; I^{er} s. av. J.-C. - VI^e s. ap. J.-C.)*, Montagnac, Mergoïl, 580 p.
- MENEZ, Y., 1996: *Une ferme de l'Armorique gauloise. Le Boisanne à Plouër-sur-Rance (Côtes-d'Armor)*, Paris, MSH, 272 p. (Documents d'Archéologie Française, 58).
- MENEZ, Y., 1998: «Entre hommes et dieux. Les statues de Paule», in *À la rencontre des dieux gaulois. Un défi à César* (cat. expo.), Lattes/Saint-Germain-en-Laye, 25-26.
- MENEZ, Y. et ARRAMOND, J.-Ch., 1997: «L'habitat aristocratique fortifié de Paule (Côtes-d'Armor)», *Gallia*, 54, 119-155.
- MICHELOZZI, A., 1982: *L'habitat protohistorique en Languedoc oriental (VIII^e-I^{er} s. av. J.-C.)*, Caveirac, ARALO, 95 p. (coll. Cahier, 10).
- MICHELOZZI, A., PY, M., 1980: «L'habitat de plaine de La Chazette à Congénies, Gard», *DocAMérid*, 3, 125-135.
- MONTEIL, M. dir., 1993: *Les fouilles de la ZAC des Halles à Nîmes (Gard)*, Nîmes, Musée archéologique, 326 p. (coll. Suppl. *BullEcAntNîmes*, 1).
- MONTEIL, M., 1999: *Nîmes antique et sa proche campagne. Étude de topographie urbaine et périurbaine (fin VI^e s. av. J.-C./VI^e s. ap. J.-C.)*, Lattes, ARALO, 528 p. (coll. des Monographies d'Archéologie Méditerranéenne, 3).
- MONTEIL, M., POUPET, P., SAUVAGE, L., 1990: «Les structures agraires antérieures à l'urbanisme augustéen à Nîmes, ZAC des Halles (Gard)», *DHA*, 16, 2, 349-355.
- MORET, P., 1996: *Les fortifications ibériques de la fin de l'âge du Bronze à la conquête romaine*, Madrid, Casa de Velázquez, 642 p. (coll. de la Casa de Velázquez, 56).
- NICKELS, A., 1983: «Les Grecs en Gaule: l'exemple du Languedoc». in *Modes de contacts et processus de transformation dans les sociétés anciennes*. Actes du colloque de Cortone 1981. Pise/Rome, École Franç. Rome, 409-428 (coll. EFR, 67).
- NICKELS, A., 1989: «La Monédière à Bessan (Hérault). Le bilan des recherches», *DocAMérid*, 12, 51-119.
- NUNINGER, L., RAYNAUD, Cl., 1998: «La Vaunage (Gard) à l'âge du Fer: questions de méthode et de traitement de la documentation», in MAUNÉ, St. dir., *Recherches récentes sur les établissements ruraux protohistoriques en Gaule méridionale (IX^e-III^e s. av. J.-C.)*, Actes de la table ronde de Lattes 1997, Montagnac, Mergoïl, 9-28 (coll. Protohistoire européenne, 2).
- OLIVE, Chr., 1995: «Les découvertes récentes à Béziers dans leur contexte archéologique», in CLAVEL-LÉVÊQUE, M., PLANA-MALLART, R. éd., *Cité et territoire*, Actes du Colloque européen de Béziers 1994, Paris, Les Belles Lettres, 207-216 (coll. des Annales Litt. Univ. Besançon, 565).
- OLIVE, Chr., 1997: «Notes sur l'extension et l'organisation spatiale de Béziers protohistorique (Hérault), V^e-IV^e s. av. J.-C.», in UGOLINI, D. dir., *Languedoc occidental protohistorique. Fouilles et recherches récentes (VI^e-IV^e s. av. J.-C.)*, Aix-en-Provence, PUP, 77-85 (coll. Travaux du Centre C. Jullian, 19).
- OLIVE, Chr., UGOLINI, D., 1997: «La maison 1 de Béziers (Hérault) et son environnement (V^e-IV^e s. av. J.-C.)», in UGOLINI, D. dir., *Languedoc occidental protohistorique. Fouilles et recherches récentes (VI^e-IV^e s. av. J.-C.)*, Aix-en-Provence, PUP, 87-129 (Travaux du Centre C. Jullian, 19).
- PASSELAC, M., 1983: «L'occupation des sols en Lauragais à l'âge du fer et pendant la période gallo-romaine: acquis, problèmes et méthodes», in *Le Lauragais, Histoire et Archéologie*, Montpellier, Féd. Hist. du Lang. méd. et du Rouss., 29-63.
- PASSELAC, M., 1994: «Les fermes de l'âge du Fer», in GUILAINE, J., SACCHI, D., VAQUER, J. dir., *Aude des origines*, Carcassonne, Archéologie en Terre d'Aude, 103-109.
- PEZIN, A., 1993: «Les habitats du Roussillon», in *Contribution au problème ibérique dans l'Empordà et en Languedoc-Roussillon*, Dossier *DocAMérid*, 16, 53-56.
- PEZIN, A., 1998: «Prospections sur l'autoroute A75. Aspiran, Soumaltre/Mas de Pascal», *BSR Languedoc-Roussillon*, 133-134.
- PINARD, E., COLLART, J.-L., MALRAIN, Fr., MARÉCHAL, D., 1999: «De l'architecture à la hiérarchisation sociale du V^e s. av. J.-C. au III^e s. ap. J.-C. dans la moyenne vallée de l'Oise (Oise)», in BRAEMER, Fr., CLEUZIQU, S., COUDART, A. éd., *Habitat et société*, Actes des XIX^{es} Rencontres internationales d'archéologie et d'histoire d'Antibes 1998, Antibes, APDCA, 363-382.
- PION, P. et al., 1990: «De la chefferie à L'État ? Territoires et organisation sociale dans la vallée de l'Aisne aux âges des métaux (2200-20 av. J.-C.)», in FICHES, J.-L., VAN DER LEEUW, E. éd., *Archéologie et espaces*, Actes des X^{es} Rencontres internationales d'archéologie et d'histoire d'Antibes 1989. Juan-les-Pins, APDCA, 183-260.
- PIZZO, S., CHARTRAIN, A., KOTARBA, J. éd., 1998: *Les sites archéologiques de l'Artère du Midi*, Montpellier, 28 p.
- PY, M., 1982: «Civilisation indigène et urbanisation durant la Protohistoire en Languedoc-Roussillon», *Ktéma*, 7, 101-119.

- PY, M., 1984: «Évolution des rapports sociaux de la fin de l'âge du Bronze à la conquête romaine en Languedoc oriental», in *Archéologie et rapports sociaux en Gaule. Protohistoire et Antiquité* (Actes table-ronde CNRS de Besançon 1982), Paris, Les Belles Lettres, 171-183 (coll. des A. Litt. Univ. Besançon, 290).
- PY, M., 1985a: «Sauvetage programmé sur le gisement de Tonnerre I (Mauguio, Hérault)», in DEDET, B., PY, M., SAVAY-GUERRAZ, H., *L'occupation des rivages de l'Étang de Mauguio (Hérault) au Bronze final et au premier âge du Fer, II- Sondages et sauvetages programmés (1976-1979)*, Caveirac, ARALO, 49-120 (coll. Cahier, 12).
- PY, M., 1985b: «Les gisements lagunaires au premier âge, du Fer». in DEDET, B., PY, M., *L'occupation des rivages de l'Étang de Mauguio (Hérault) au Bronze final et au premier âge du Fer, III- Synthèses et annexes*, Caveirac, ARALO, 47-84 (coll. Cahier, 13).
- PY, M., 1988: «Sondages dans l'habitat antique de Lattes. Les fouilles d'Henri Prades et du groupe archéologique Painlevé (1963-1985)», Lattes, ARALO, 65-146 (coll. Lattara, 1).
- PY, M., 1990: *Culture, économie et société protohistoriques dans la région nîmoise*, Rome, École Française, 2 vol., 952 p. (coll. BEFR, 131).
- PY, M., 1992: «Les tours monumentales de la région nîmoise», in *Espaces et monuments publics protohistoriques de Gaule méridionale* (dossier). *DocAMérid*, 15, 117-125.
- PY, M., 1993: *Les Gaulois du Midi. De la fin de l'âge du Bronze à la conquête romaine*, Paris, Hachette, 288 p.
- PY, M., 1996: «Les maisons protohistoriques de Lattara (IV^e-I^{er} s. av. n. è.). Approche typologique et fonctionnelle», in PY, M. et al., *Urbanisme et architecture dans la ville antique de Lattes*, Lattes, ARALO, 141-258 (coll. Lattara, 9).
- PY, M., GARCÍA, D., 1993: «Bilan des recherches archéologiques sur la ville portuaire de Lattara (Lattes, Hérault)», *Gallia*, 50, 1-93.
- PY, M., LEBEAUPIN, D., BESSAC, J.-Cl., 1994: «Stratigraphie du Marduel (Saint-Bonnet-du-Gard). VI-Les niveaux du Bronze final au milieu du V^e s. av. n. è. sur le Chantier Central», *DocAMérid*, 17, 201-265.
- PY, M., RAYNAUD, Cl., 1982: «Stratigraphie du Marduel (Saint-Bonnet-du-Gard). I- Les sondages préliminaires (zones 01, 03-09, 05 et 08)», *DocAMérid*, 5, 5-32.
- PY, M., VIGNAUD, A., 1998: «Voie et habitat protohistoriques de Peyrouse à Marguerittes (Gard) (V^e s. av. n. è.)», *DocAMérid*, 21, 181-196.
- RANCOULE, G., 1992: «Habitat rural des II^e et I^{er} siècles en Minervois oriental et en Narbonnais», *BullSocEtScAude*, XCII, 71-79.
- RANCOULE, G., SCHWALLER, M., 1994: «Apports ou influences continentales en Languedoc occidental. Recensement, chronologie et réflexions». in *L'âge du Fer en Europe sud-occidentale. Actes du colloque de l'AFEAF, Âgen 1992, Aquitania*, 12, 223-235.
- RAYNAUD, Cl., 1997: «Histoire du peuplement en Vau-nage», *BSR Languedoc-Roussillon*, 134-135.
- RAYNAUD, Cl., 1998: «Prospections dans le Montpelliérais sud», *BSR Languedoc-Roussillon*, 174-175.
- REILLE, J.-L., 1998: «L'importation des meules en basalte dans le secteur de Martigues au deuxième âge du Fer.», *DocAMérid*, 21, 237-244.
- REILLE, J.-L., 1999: «Détermination pétrographique de l'origine des meules de Lattes au IV^e siècle avant notre ère. Changements et contrastes dans les importations», in PY, M. dir., *Recherches sur le quatrième siècle avant notre ère à Lattes*, Lattes, ARALO, 519-522 (coll. Lattara, 12).
- REYMONDON, A., 1983: «Contribution à l'étude des enceintes de pierre sèche dans le département du Var», in *Actes du Congrès Préhistorique de France de Montauban-Cahors 1979*, Paris, SocPréhFranç, 249-257.
- ROYET, R., VERDIN, Fl. à paraître: «Servanes à Mourières ou les faubourgs de l'oppidum des Caisses de Saint-Jean», in LEVEAU, Ph. dir., *Milieu et société dans la vallée des Baux*. Actes du colloque de Mourières 1996. À paraître en supplément à la *RANarb*.
- RIGOIR, J. et Y., 1981: «Sondage au pied du rempart de Saint-Blaise.», *DocAMérid*, 4, 179-184.
- SALVIAT, Fr., 1987: «La sculpture d'Entremont», in *Archéologie d'Entremont au Musée Granet*, Aix-en-Provence, 164-239.
- SAUVAGE, L., 1996a: «Existe-t-il une ferme indigène dans le Midi de la France?», in BAYARD, D. et Collart J.-L. éd., *De la ferme indigène à la villa romaine. La romanisation des campagnes de la Gaule*, Actes du II^e colloque de l'AGER, Amiens 1993. *RAPicardie*, 11, 287-292.
- SÉJALON, P., 1998: «Un atelier de potiers gaulois des années 150/50 av. n. è. à Bourrière (Aude)», *RANarb*, 31, 1-11.
- SOLIER, Y., 1976: «Pech Maho, oppidum préromain (VI^e-III^e s. av. J.-C.)», in SALVIAT, Fr., BARRUOL, G., Livret-guide C3 *Provence et Languedoc méditerranéen, sites protohistoriques et gallo-romains*, Nice, UISPP, 253-262.
- SOLIER, Y., 1992: «L'occupation des Corbières à l'âge du Fer. Habitats et mobiliers», *DocAMérid*, 15, 327-389.
- TAFFANEL, O. et J., 1960: «Deux tombes de chefs à Mailhac (Aude)», *Gallia*, XVIII, 1, 1-37.
- TRÉMENT, Fr., 1996: «Études micro-régionales et paléodémographie. L'apport de la recherche autour de Saint-Blaise», in GATEAU, F., TRÉMENT, Fr. et VERDIN, Fl., *L'Étang-de-Berre*. Paris, MSH, 98-113 (coll. Carte Archéologique de la Gaule, 13/1).
- TRÉMENT, Fr., 1999: *Archéologie d'un paysage. Les étangs de Saint-Blaise (B.-du-Rh.)*, Paris, MSH, 314 p. (coll. Documents d'Archéologie Française, 74).

- TRÉZINY, H., 1989: «Paradou, Tours de Castillon. Habitat médiéval et fortification antique», *NIL PACA*, 6, 110-111.
- TRÉZINY, H., 1990: «Les fortifications indigènes autour de Marseille», in *Marseille dans le monde antique, Les dossiers d'archéologie*, 154, 70-71.
- TRÉZINY, H., 1993: «Marseille et la Gaule méridionale», in *À la découverte des forteresses grecques, Les dossiers d'archéologie*, 179, 32-40.
- UGOLINI, D., 1993: «Les habitats entre l'Orb et l'Hérault (VI^e-IV^e s. av. J.-C.)», in *Contribution au problème ibérique dans l'Empordà et en Languedoc-Roussillon*, Dossier des *DocAMérid*, 16, 61-63.
- UGOLINI, D., 1998: «Salses-Le-Château, Le Port», *BSR Languedoc-Roussillon*, 160.
- UGOLINI, D., OLIVE, Chr., MARCHAND, G., COLUMEAU, Ph., 1991: «Béziers au V^e s. av. J.-C. Étude d'un ensemble de mobilier représentatif et essai de caractérisation du site», *DocAMérid*, 14, 141-203.
- UGOLINI, D., OLIVE, Chr. et al., 1998: «La «ferme» protohistorique de Sauvian (Hérault), Casse-Diables, zone 2 (V^e-IV^e s. av. J.-C.)», in MAUNÉ, St. dir., *Recherches récentes sur les établissements ruraux protohistoriques en Gaule méridionale (IX^e-III^e s. av. J.-C.)*, Actes de la table ronde de Lattes 1997, Montagnac, Mergoïl, 93-119 (coll. Protohistoire européenne, 2).
- UGOLINI, D., PEZIN, A., MAZIÈRES, Fl., OLIVE, Chr., à paraître: «Salses, Le Port. Un habitat de la plaine roussillonnaise au V^e s. av. J.-C.», in Actes du colloque international de l'AFEAF, Gérone 1998, à paraître.
- VERDIN, Fl., 1996: «Occupation du sol et territoires à l'âge du Fer: l'exemple de la basse vallée de l'Arc», in GATEAU, F. et al., *L'Étang-de-Berre*. Paris, MSH, 114-120 (coll. Carte archéologique de la Gaule, 13/1).
- VERDIN, Fl. et al., 1997: «Coudounèu (Lançon-de-Provence, B.-du-Rh.): une ferme-grenier et son terroir au V^e s. av. J.-C.», *DocAMérid*, 19-20, 165-198 (et dossier sur CD-Rom).
- VERDIN, Fl., 1998: «Monumentale ferme-grenier du V^e s. av. J.-C.», *Archéologia*, 342, 46-53.
- VERDIN, Fl., 1999a: «Diagnostic archéologique sur le site du Griffon (Vitrolles, B.-du-Rh.)», *DocAMérid*, 22, 279-289.
- VERDIN, Fl., 1999b: «Occupation du sol et pression démographique indigène autour de Marseille au second âge du Fer», in BELLANCOURT-VALDHER, M., CORVISIER, J.-N. dir., *La démographie historique antique*, Arras, Artois Presses, 51-68.
- VERMEULEN, Chr., 1996: «Mondragon, Les Brassières», *BSR PACA*, 163-164.
- VIDAL, L., POMARÈDES, H. et SAUVAGE, L., 1996: «Traces matérielles de la mise en valeur et de l'aménagement des campagnes aux portes de Nîmes: les parcelles antiques de la plaine du Vistre», in CHOUQUER, G., *Les formes du paysage. 2- Archéologie des parcelles* (Actes du colloque d'Orléans 1996), Paris, Errance, 57-66.
- VIGNAUD, A., 1998: «Paulhan/Aspiran, Chemin de Paulhan», *BSR Languedoc Roussillon*, 130.

URBANIZACIÓN Y DESARROLLO DE ESTRUCTURAS ESTATALES EN LA COSTA DE CATALUÑA (SIGLOS VII-III a.C.)

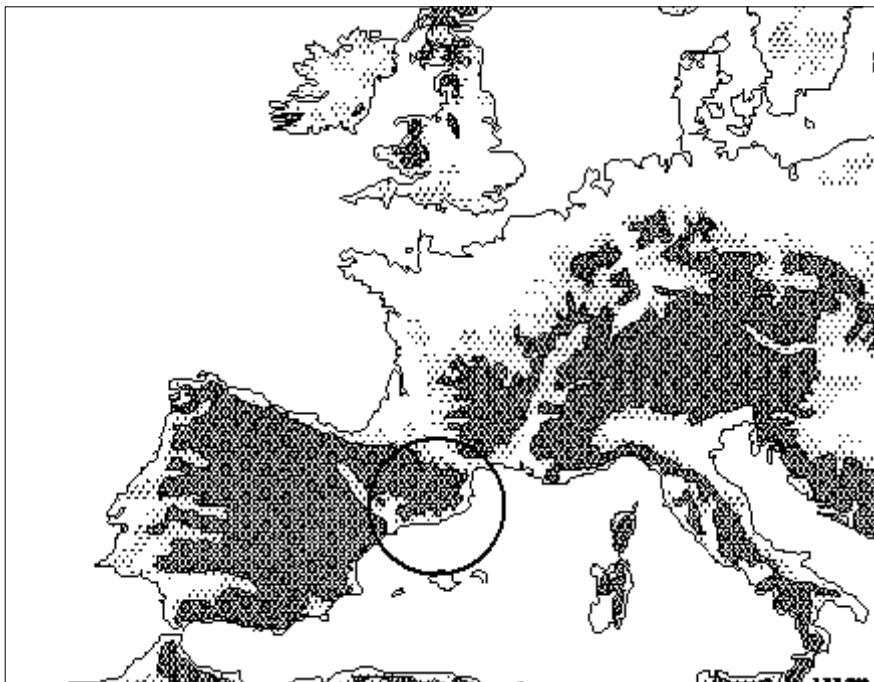
JOAN SANMARTÍ - CARMEN BELARTE
Universidad de Barcelona

ABSTRACT

The present study suggests a trajectory of evolution from segmentary society to the «archaic state». During the First Iron Age, populations that formerly practised itinerant agriculture settle in small permanent sites, mainly because of Phoenician trade. Although these settlements show a certain extent of specialisation, the system as a whole seems to be scarcely centralised. At the beginning of the Iberian Period (vith-vth centuries BC) some large settlements covering several hectares appear for the first time. Nevertheless, it is in the IVth-IIIrd centuries when a complex and highly ranked settlement system develops. A limited number of large sites, probably of urban character, seem to be the capitals of political entities, which can be considered as early states.

RESUMEN

En este trabajo se propone una trayectoria evolutiva desde la sociedad segmentaria al «estado arcaico». Durante la Primera Edad del Hierro, y en buena parte como consecuencia del comercio fenicio, se produce un proceso de sedentarización de una población que previamente debía practicar una agricultura itinerante. Aparecen así pequeños asentamientos con un cierto grado de especialización funcional dentro de un sistema de poblamiento débilmente centralizado. Durante el Período Ibérico Antiguo existen ya algunos grandes centros de varias hectáreas de superficie, pero no será hasta el siglo IV y III a.C. cuando se documenta un sistema de ocupación del territorio complejo y profundamente jerarquizado, organizado en torno a un número reducido de asentamientos de carácter urbano que probablemente ejercen la capitalidad de entidades políticas de tipo profesional.



1. INTRODUCCIÓN

Los estudios de evolución social han caracterizado una buena parte de la investigación sobre la Protohistoria hispánica y europea ⁶⁶ de los últimos veinte años, y han modificado considerablemente los puntos de vista sobre este período histórico. En este desarrollo, la investigación desarrollada en Cataluña ha tenido un papel menor, hecho que, en cualquier caso, no puede atribuirse a la escasez de información arqueológica de base. Con todo, es justo reconocer que nuestra documentación ha mejorado considerablemente en el último decenio, a partir de diversos trabajos de prospección sistemática y la excavación integral, o casi, de distintos hábitats, que han permitido comprender mejor la naturaleza de los asentamientos y de sus interrelaciones. Hemos querido, pues, aprovechar la ocasión que nos brinda esta Mesa Redonda para proponer una trayectoria de evolución social —evidentemente vinculada al proceso de urbanización— para las áreas costeras de Cataluña, zona que tiene la ventaja de llegar a las últimas etapas de la prehistoria en unas condiciones sociales y culturales básicamente uniformes, aunque muy distintas de las que existían en la Cataluña interior.

2. LAS COMUNIDADES DE LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO

Durante las últimas etapas del Bronce Final y la Primera Edad del Hierro, la zona considerada en este trabajo aparece como una región atrasada en su desarrollo socioeconómico. En efecto, en las comarcas interiores de Cataluña se documenta desde el Bronce Final II la existencia de asentamientos permanentes de una cierta entidad, que agrupan de forma ordenada (compartiendo muros de fondo y paredes medianeras) un número considerable de casas, como Genó (con 18 viviendas), Tossal de les Paretetes o Carretelà (Maya, Cuesta, López, 1998). Este desarrollo se traducirá desde mediados del siglo VIII a.C. en la aparición de núcleos sólidamente fortificados, como el del Vilars d'Arbeca (Alonso *et alii*, 1998), que revela un rápido desarrollo de la complejidad social en esta zona (Gardes, 1995).

Por el contrario, en las zonas costeras predomina hasta la segunda mitad del siglo VII a.C. el hábitat en cuevas y las casas aisladas o, a veces, formando pequeñas agrupaciones, pero sin un uso ordenado del espacio. En las comarcas del curso inferior del Ebro hay evidencias basadas en excavaciones recientes que muestran la ocupación de los mismos lugares en repetidas ocasiones a lo largo de los siglos IX-VII a.C. Siempre se trata de una o, a veces, quizás dos casas.

Hay que señalar además que en la mayoría de yacimientos se documenta, en niveles superficiales, una abundante industria lítica, que implica una ocupación precedente que bien podría remontar al Neolítico y que, en cualquier caso, alcanza sin duda el Bronce Medio (Asensio *et alii*, 1994-1996). No se conocen estructuras asociadas a estas fases más antiguas, excepto posiblemente en el caso de Barranc de Gàfols ⁶⁷.

Un panorama similar, pero no idéntico, se dibuja en las comarcas del Penedès y Vallès, donde el poblamiento de la época está representado esencialmente por fondos de cabaña, generalmente asociados a otras estructuras excavadas destinadas a almacenaje, y que aparecen dispersos en las llanuras prelitorales, con una distancia media entre asentamientos de 1 km. en el caso del Penedès. Como en las comarcas del Ebro, se ha supuesto que este patrón de poblamiento obedece a un sistema de agricultura itinerante, aunque dentro de un territorio de explotación reducido para cada grupo familiar. En esta comarca, se ha observado la frecuente existencia en los mismos lugares de otras estructuras muy similares, pero fechables en el Neolítico, de donde se ha inferido un sistema de vida similar durante los dos períodos (Mestres, Senabre, Socas, 1994-1996, 260).

Para las comarcas más septentrionales de la costa catalana, nuestra información es ciertamente más reducida, pero no difiere esencialmente de cuanto acabamos de exponer, puesto que no se documentan hábitats agrupados de una cierta entidad. El mejor conocido, La Fonollera, no deja de ser un grupo de cabañas, no articulado por calles o por estructuras constructivas comunes, y los niveles inferiores de Illa d'en Reixac han revelado también la presencia de estructuras constructivas extremadamente simples (Martín, Sanmartí-Grego, 1978).

Resumiendo, pues, hasta mediados del siglo VII a.C. el poblamiento de la zona estudiada parece responder, en los llanos, a una agricultura itinerante, practicada en territorios de captación reducidos por pequeños grupos familiares, que, para reponer la fertilidad de los suelos, desplazan periódicamente su residencia, pero reocupan a menudo los mismos lugares. A ello debe añadirse la presencia en zonas montañosas de asentamientos de pastores, como La Mussara u Olèrdola, de ocupación también intermitente y caracterizados por la presencia de cercados. En uno y otro caso, se trata de formas de poblamiento que implican una debilidad demográfica considerable. Debe advertirse también la ausencia de toda forma de jerarquización del hábitat y de cualquier evidencia sobre actividades secundarias especializadas (excepto, evidentemente, la metalurgia del bronce). Del mismo modo, nada sugiere la existencia de desigualdades significativas. Se trata, pues, de una sociedad en un nivel de desarrollo socioeconómico muy reducido, de carácter segmentario.

⁶⁶ Entre otros, Ruiz y Molinos, 1993; Burillo, 1998; Santos, 1994, 1998; Wells, 1980; Daubigny, 1993.

⁶⁷ Restos de agujeros de poste descubiertos en los trabajos de 1998, aún inéditos.

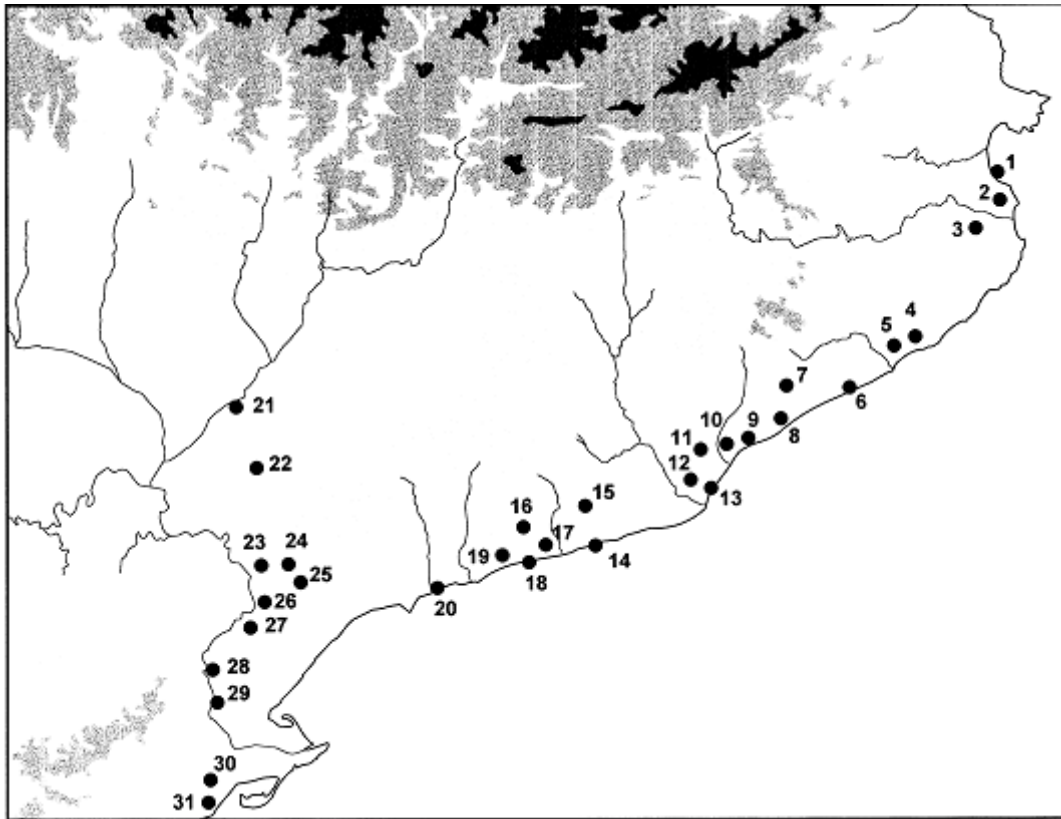


FIGURA 1.—Mapa de la zona estudiada con indicación de los principales yacimientos mencionados en el texto.

Aldovesta (28); Barranc de Gàfols (27); Burriac (8); Castellet de Banyoles de Tivissa (26); Coll del Moro de Serra d'Almos (25); Darró (14); El Calvari (23); Fondo de Roig (17); Genó (21); La Ferradura (30); La Fonollera (2); Les Guàrdies (19); Masies de Sant Miquel (16); Moleta del Remei (31); Montbarbat (5); Montjuïc (13); Olèrdola (15); Penya del Moro (12); Puig Castellar de Santa Coloma de Gramanet (10); Puig Roig (24); Sant Martí d'Empuries (1); Tarragona (20); Torre dels Encantats (6); Tortosa (29); Turó d'en Boscà (9); Turó de Can Oliver (11); Turó del Vent (7); Ullastret (3); Vilars d'Arberca (22).

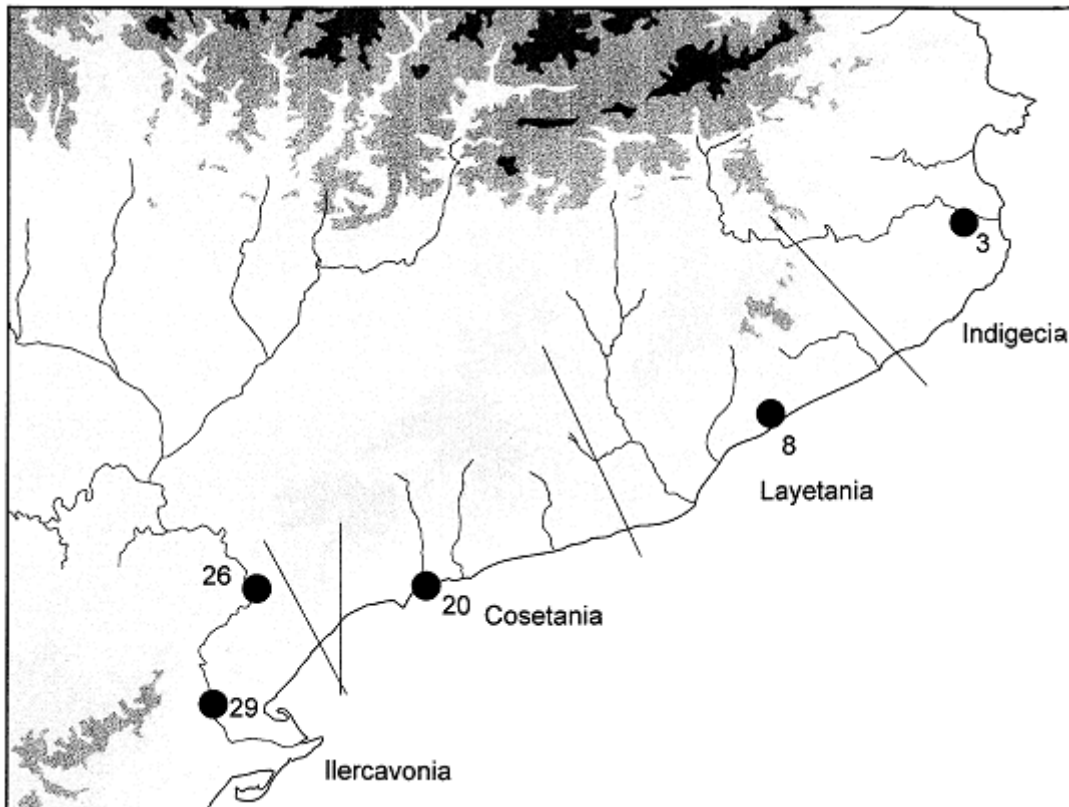


FIGURA 2.—Mapa de la zona estudiada con indicación de los asentamientos de primer orden y de sus probables territorios.

Es con esta sociedad con quien entran en contacto, probablemente ya en el siglo VIII a.C., los comerciantes fenicios. La presencia de ánforas fenicias arcaicas ha podido ser documentada con seguridad en un elevado número de pequeños asentamientos del tipo descrito, lo que demuestra la capacidad de una economía de este tipo para generar un cierto volumen de excedentes comerciables⁶⁸.

Desde la segunda mitad del siglo VII a.C. se advierte una rápida evolución en los patrones de poblamiento. El fenómeno es evidente en la región del Ebro, donde se produce ahora una concentración de la población en núcleos permanentes de tipo aglomerado, con un uso controlado del espacio. Conocemos bien el aspecto de algunos de estos asentamientos a través de excavaciones recientes. Se trata a menudo de poblados situados en lugares elevados y, generalmente, de fácil defensa, que, según la configuración topográfica del lugar, se articulan en torno a una plaza (Moleta del Remei) o una calle central (Puig Roig, Coll del Moro de Serra d'Almos, La Ferradura). Otros asentamientos, situados en llano, como Barranc de Gàfols en su fase más tardía, presentan una estructura aproximadamente ortogonal. Las dimensiones son en general reducidas (entre 450 y 1200 m²), pero Moleta del Remei alcanza ya una superficie próxima a 0,5 ha, que no es inferior a la de muchas aldeas del período ibérico pleno. Un caso particular es el de Aldovesta, dado que se trata de un edificio único, con un solo recinto de carácter específicamente doméstico, y una funcionalidad evidentemente relacionada con el comercio fluvial (Mascort, Sanmartí, Santacana, 1991).

En el resto de la zona considerada el fenómeno es mucho menos conocido. De todas formas, excavaciones recientes en El Catlar (Tarragona) han dado a conocer otro yacimiento de este tipo, y lo mismo puede decirse de Sant Martí d'Empúries, con una cronología sin duda anterior al establecimiento focense (AAVV 1998, p. 20 y ss.). Por lo demás, hay indicios de la existencia de asentamientos de este tipo en lugares elevados de las proximidades de Barcelona, como Puig Castellar de Santa Coloma de Gramenet, Castellruf, Burriac, Cadira del Bisbe o Montbarbat, que han dado materiales fechables con anterioridad a 575 a.C., aunque no asociados a estructuras constructivas. Pese a ello, su ubicación, tan distinta a la de los hábitats dispersos característicos de esta zona, da verosimilitud a la hipótesis de que pueda tratarse de pequeños núcleos de poblamiento concentrado. Nos hallamos, pues, probablemente ante un fenómeno generalizado en toda la zona estudiada, en cualquier caso bien comprobado en los dos extremos de la misma.

En cuanto al tamaño de los grupos establecidos en estos lugares, tan sólo contamos con datos fiables para La Ferradura, Barranc de Gàfols y Puig Roig. Los dos

primeros tienen una superficie total de 450 m², y el tercero de 1200 m². En cuanto al número de viviendas, es también igual para el Barranc de Gàfols y la Ferradura (unas 10 casas), mientras que el Puig Roig debía de contar con unas 25. Por otra parte, la superficie útil ocupada por habitaciones es similar en los tres asentamientos, alrededor de 200 m². Si aplicamos algunas de las propuestas de cálculo de población que se suelen utilizar⁶⁹, obtenemos resultados de entre 30 y 40 personas. Si se admiten las cifras sugeridas a partir del número de casas, con un índice 4-5 habs./casa, que vendría a coincidir con el modelo de Sumner, se obtiene una población de entre 40 y 50 habitantes para Barranc de Gàfols y La Ferradura y entre 100 y 125 para el Puig Roig. Según estos últimos resultados, habría una densidad de población de 1110 habs./ha en los casos de La Ferradura y B. de Gàfols, de 1142 en Genó y de 1041 en Puig Roig. Esta densidad elevada indica la escasa importancia de los espacios y edificaciones públicas, y contrasta claramente con las evaluaciones que se obtienen para el período ibérico.

Este proceso de concentración parece coincidir en el tiempo con la desaparición de los pequeños asentamientos dispersos —que no reaparecerán, con un carácter por lo demás muy distinto, hasta el Ibérico Pleno—, de modo que, más que de una expansión demográfica, parece tratarse de una reestructuración. Las causas de éstas pueden ser diversas, pero creemos que no pueden desvincularse de la presencia comercial fenicia o, mejor dicho, de una intensificación de la demanda a la que ya no podía responder la estructura económica tradicional de estas poblaciones. Ello es por sí mismo evidente en el caso de Aldovesta, un yacimiento que encuentra en el tráfico fluvial la razón misma de su existencia, pero puede también suponerse para otros. En efecto, uno de los objetivos esenciales de la expansión fenicia fue la obtención de metales, cuya explotación habría requerido un grado considerable de sedentarismo (particularmente en las zonas mineras, como la cuenca del Siurana, donde se ubican el Puig Roig y El Calvari). Así, en el yacimiento del Puig Roig se han documentado moldes para la fundición de hachas y placas, así como restos de mineral, y en Aldovesta fue hallado un molde para la obtención de lingotes. Por lo demás, la propia existencia de este tráfico comercial habría supuesto para las comunidades indígenas la necesidad de un grado

⁶⁸ Lo que M. Py ha llamado «el excedente natural de la economía de subsistencia» (Py, 1984, 177).

⁶⁹ No es este el lugar para exponer los múltiples métodos propuestos hasta el momento para calcular la población que podría haber habitado un asentamiento protohistórico o de cualquier otro período del pasado. Todas estas propuestas pueden, de hecho, agruparse en dos bloques dentro de los que hay diversas variantes. Un primer bloque incluiría los métodos de cálculo a partir de la superficie del asentamiento, y del establecimiento previo de la superficie necesaria por habitante (cf. Naroll 1982; Leblanc, 1971; Casselberry 1974; Sumner 1979; Hassan 1982; Gracia *et alii* 1996). El segundo bloque incluye las propuestas consistentes en calcular la población a partir del número de casas, lo que implica establecer previamente el número de personas que formaba una familia (y que, por lo tanto, habitaba una misma casa) en un período determinado.

considerable de control del territorio, para asegurarse la posesión de sus recursos y para garantizar la seguridad de las vías de comunicación; ello explicaría fácilmente el nacimiento de núcleos especialmente bien situados desde este punto de vista, como Moleta del Remei, La Ferradura o Coll del Moro de Serra d'Almos. Finalmente, la introducción del cultivo de la vid habría obligado también a la plena sedentarización de los grupos familiares que anteriormente debían de practicar una agricultura itinerante, como, por ejemplo, los que explotaban las terrazas del Ebro de la zona próxima a Ginestar, que se establecen de forma permanente en Barranc de Gàfols (Asensio *et alii*, en prensa). Las causas inmediatas de la nuclearización son, pues, diversas, pero la razón última de la misma se halla en las profundas alteraciones que el factor comercial mediterráneo supuso para la estructura económica de las comunidades indígenas de la zona y las repercusiones que las mismas tuvieron sobre las formas de organización de la sociedad y el desarrollo de formas de organización política y territorial más complejas. Evidentemente, no se trata de negar la potencialidad de desarrollo interno del mundo indígena, sino de señalar que esta evolución vino directamente condicionada por la presencia comercial fenicia.

Las dimensiones de los nuevos centros de población son, como se ha visto, reducidas y, además, no parece existir entre ellos una jerarquía de tamaños mínimamente acusada. Es preciso observar, asimismo, que la mayor parte de actividades de transformación parece desarrollarse en el ámbito doméstico. Así, en Barranc de Gàfols se documenta la existencia de pesos de telar y de molinos en la mayoría de viviendas. Finalmente, es preciso señalar que ninguna de las casas conocidas en la zona estudiada se aparta del modelo habitual de vivienda rectangular, con una sola habitación polifuncional. En resumen, el nivel de complejidad social y económica alcanzado es todavía aparentemente reducido. De todas formas, la existencia de alguna especialización funcional de los asentamientos (control del territorio, minería) sugiere un cierto grado de centralización, que implica a su vez alguna forma de segregación y de jerarquía basada en el prestigio.

3. EL PERÍODO IBÉRICO ANTIGUO

El desarrollo ulterior de los patrones de ocupación del territorio hasta el Ibérico Pleno nos es todavía escasamente conocido. Algunos puntos, sin embargo, parecen claros. Por una parte, la ausencia de un poblamiento rural disperso, con alguna rara excepción difícil de valorar⁷⁰. El tipo más habitual de asentamiento continúa siendo el pequeño poblado protourbano, de superficie generalmente inferior a 0,5 ha, pero algo

mayores, en general, que los equivalentes de la Primera Edad del Hierro. Responden efectivamente a este modelo yacimientos como Moleta del Remei, El Catlar, Alorda Park, Peña del Moro o Turó de Can Oliver, y probablemente también otros menos conocidos, como el Puig Castellar de Santa Coloma de Gramenet o Turó Gros de Can Camp. Es preciso señalar, sin embargo, que en la mitad meridional de la zona estudiada muchos de los núcleos de poblamiento concentrado que habían aparecido en la etapa anterior desaparecen con anterioridad a 550 a.C. (La Ferradura, Aldovesta, Barranc de Gàfols, Puig Roig, El Calvari) o en las primeras etapas de la iberización de la zona (Coll del Moro de Serra d'Almos, El Catlar), o bien reducen sus dimensiones, como en Moleta del Remei⁷¹. Este fenómeno es particularmente evidente en la zona de la hoya de Móra, donde, a pesar de existir un notable nivel de prospección, no se conoce un solo yacimiento fechable en el período ibérico antiguo⁷². Este hecho nos ha llevado a suponer que ya desde la segunda mitad del siglo VI a.C. el poblamiento de la hoya se habría concentrado en el Castellet de Banyoles de Tivissa, aunque es preciso reconocer que este yacimiento no ha proporcionado materiales anteriores al siglo IV a.C.

En realidad, el único asentamiento de grandes dimensiones fechable con seguridad en este período antiguo es el del Puig de Sant Andreu de Ullastret. En efecto, en una fecha ya algo avanzada, que posiblemente pueda situarse en torno a 500 a.C. (Moret, 1996, 376) se elevó la primera fortificación del asentamiento, de la que se conoce todo el sector occidental y una torre en la acrópolis. Cabe suponer que en este momento el área habitada tenía una forma aproximadamente triangular y debía de cubrir varias hectáreas, pero la información sobre la estructura interna del asentamiento, incluyendo el tipo y tamaño de las casas, sigue siendo nula. Por lo demás, la existencia de materiales de importación de los siglos VI-V a.C. ha sido documentada en distintos asentamientos que en el período ibérico pleno alcanzaron grandes dimensiones y tuvieron, probablemente, una entidad urbana. Es el caso de Tarragona (*Táragon-Kesse*) (Adserias *et alii*, 1993), de Montjuïc (*Bárkeno?*) (De la Vega, Sanmartí-Gregó, 1985) o de Burriac (*Ilturo*) (Benito *et alii*, 1986). De todas formas, es preciso reconocer que nada sabemos sobre la extensión real de estos asentamientos durante este período antiguo, y menos todavía de su estructura interna. Éstos mas, en el caso de Burriac parece existir una ocupación a base de cabañas aisladas hasta un momento muy avanzado del siglo VI a.C. (Benito *et alii*, 1986, 19-20). Finalmente, conviene no olvidar la referencia a Tyrichai contenida en la obra de Avieno, que —si se admite la fiabilidad de este tex-

⁷⁰ Algún silo de la zona del Penedès ha sido amortizado en el siglo VI a.C.

⁷¹ Debemos esta información a la gentileza de F. Gracia y D. García.

⁷² Excepcionalmente el Coll del Moro de Serra d'Almos, abandonada hacia 500 a.C.

to— permite pensar en la existencia de un gran núcleo cerca de las bocas del Ebro, probablemente en la propia Tortosa. Hasta el momento, sin embargo, la investigación arqueológica en esta localidad —ciertamente escasa y poco sistemática— no ha podido revelar la existencia de núcleo ibérico alguno. En definitiva, las evidencias sobre grandes centros de población (de varias hectáreas) anteriores a la segunda mitad del siglo V a.C. se reducen, en lo que respecta a esta zona, al caso del Puig de Sant Andreu. Con todo, parece poco probable que se trate de un caso único, y particularmente creemos que por lo menos el asentamiento de Tarragona debió de tener una entidad similar desde la primera mitad del siglo V a.C. En resumen, la información disponible sobre el Ibérico Antiguo, aun siendo escasa y de interpretación difícil, permite reconocer una continuidad básica de las formas de poblamiento, fundamentado en núcleos de pequeñas dimensiones (<1 ha), si bien la existencia de algún gran asentamiento muestra ya un principio de jerarquización del hábitat.

En cuanto a la organización interna de los asentamientos, nuestra información es nula para los de mayores dimensiones, mientras que en pequeños poblados como Moleta del Remei o Alorda Park se documentan viviendas rectangulares contiguas, básicamente iguales, formadas por un solo recinto adosado a un muro de fondo que forma una muralla elemental, siguiendo la tradición de la Primera Edad del Hierro. A diferencia del Puig de Sant Andreu, tales murallas son poco sofisticadas y escasamente monumentales, ya que faltan las torres y los sistemas elaborados de protección de las puertas.

En lo que respecta a la organización social del trabajo, los datos utilizables son igualmente pobres. Pese a ello, la plena difusión de la metalurgia del hierro (Rovira, Solias, 1991) y la generalización de las producciones cerámicas a torno (Gailledrat, 1997), a menudo elaboradamente ornamentadas, parecen implicar un mayor grado de especialización en la producción de manufacturas. Destaquemos, asimismo, la total ausencia de documentos escritos —y, por ende, de los especialistas que los producen—. En cuanto a la producción agrícola, la ausencia de silos o de otras instalaciones de almacenaje a gran escala no invitan a suponer la existencia de un gran volumen de excedentes, y la reducida proporción de los envases anfóricos entre los materiales cerámicos indígenas sugiere que el peso de productos transformados como la cerveza o el vino era todavía muy reducido. Por lo demás, carecemos por completo de información acerca del instrumental de trabajo disponible en estos momentos. Ciertamente, la abundancia del armamento de hierro en las necrópolis, así como las evidencias de producción de este metal en algunos asentamientos, como la Peña del Moro (Rovira, Solias, 1991), sugieren la posibilidad de que existiese un instrumental de hierro aplicable a la producción agrícola. Sin embargo, la documentación existente no permite verificar esta hipótesis. Con los da-

tos actuales, pues, nada permite afirmar una intensificación importante de la producción agrícola antes de la segunda mitad del siglo V a.C.

La documentación que hemos revisado sugiere un probable desarrollo de la jerarquización social, que se traduciría en la aparición, por primera vez en el territorio estudiado, de algunos grandes asentamientos, de varias hectáreas de superficie⁷³ y en una mayor especialización artesanal. Nada indica, sin embargo, que el conjunto de la comunidad hubiera perdido el control compartido sobre los medios de producción. La documentación proporcionada por las necrópolis no contradice esta idea: su escaso número, la abundancia de armamento y la presencia de elementos de prestigio de mayor calidad y en mayor número que los existentes en las necrópolis preibéricas implican su adscripción a un grupo social restringido, pero éste puede simplemente ser el linaje de mayor prestigio, al que se reserva el ejercicio del poder político. Incluso las importantes fortificaciones de Ullastret, cuya erección implica necesariamente la aplicación de corveas, puede explicarse en el marco de una jefatura (Sanders, Webster, 1978, 270).

4. EL PERÍODO IBÉRICO PLENO

Desde mediados del siglo V a.C., y muy particularmente en los siglos IV-III a.C., las comunidades ibéricas de la costa de Cataluña alcanzan su pleno desarrollo. Este se materializa, en primer lugar, con la aparición de sistemas de ocupación del territorio de notable complejidad, caracterizados por: a) grandes centros fortificados de superficie comprendida entre 4 y 10 hectáreas (Ullastret, Burriac-*Illuro*, *Táragon-Kesse*, Castellet de Banyoles); b) núcleos secundarios, a modo de centros comarcales, de unas 2 a 4 ha de extensión (como Masies de Sant Miquel, Darró, Turó d'en Boscà o Torre dels Encantats); c) otros asentamientos, muy numerosos, de superficie comprendida generalmente entre 0,3 y 1 ha (como Moleta del Remei o Alorda Park), y d) un poblamiento rural disperso formado por una constelación de hábitats de reducidas dimensiones (decenas o escasos centenares de metros cuadrados). Tales patrones de poblamiento han sido ya descritos en distintas ocasiones (Asensio *et alii*, 1998), de manera que parece superfluo insistir aquí sobre esta cuestión. Recalquemos tan sólo dos aspectos: por una parte, el aspecto piramidal del patrón de poblamiento, con una base formada por un gran número de pequeños asentamientos y un número muy reducido de núcleos de grandes dimensiones en el vértice; por otra, la profunda jerarquización del sistema, con al menos cuatro órdenes de tamaño relativo en la superficie de los asentamientos y una enorme diferencia entre los extremos (un asentamiento de primer orden, como

⁷³ Incluso en el caso del Puig de Sant Andreu de Ullastret.

Burriac, es presumiblemente doscientas veces mayor que un hábitat rural de unos quinientos metros cuadrados, y veinte veces mayor que un núcleo de una cierta importancia, como el Puig Castellar de Santa Coloma de Gramenet). Nos hallamos, pues, efectivamente, ante un sistema de poblamiento de una complejidad considerable, en el que un reducido número de asentamientos ocupa, al menos por su tamaño relativo, un lugar central. Señalemos, de todas formas, que en determinadas zonas el poblamiento aparece casi completamente concentrado en un solo gran asentamiento. Es el caso de la hoya de Móra, donde, a parte del gran núcleo del Castellet de Banyoles, tan sólo existen algunos raros indicios de la presencia de minúsculos hábitats dispersos. Por lo demás, la centralidad de algunos de estos núcleos viene remarcada por la relación de los mismos con las necrópolis. En efecto, los dos únicos cementerios del Ibérico Pleno conocidos en la costa de Cataluña se relacionan indudablemente con los núcleos de Ullastret y Burriac, dos de los asentamientos de primer orden mencionados más arriba (Sanmartí, 1995)⁷⁴. Habida cuenta de la relación de las necrópolis con los estamentos superiores de la sociedad ibérica, la proximidad de éstas a determinados asentamientos parece avalar la importancia de los mismos y su carácter de residencia de los elementos dirigentes. Ahora bien, la centralidad en un sistema de poblamiento jerarquizado, junto con las dimensiones absolutas —consideradas, evidentemente, dentro de un marco regional concreto— y la presencia de construcciones públicas, han sido considerados como rasgos definidores del carácter urbano de los asentamientos (Whitehouse y Wilkins, 1989, 116).

En cuanto a las dimensiones absolutas de los asentamientos de primer orden, sabemos que Burriac ocupaba unas 10 ha, el Puig de Sant Andreu de Ullastret, 5,2 ha (pero sin duda se le debe añadir Illa d'en Reixac, que cubría otras varias); en el caso de Tárakon-Kese, los restos conocidos del asentamiento ibérico permiten evaluar su extensión tal vez en unas 10 ha, mientras que el Castellet de Banyoles ocupó probablemente unas 4,4 ha. Es preciso señalar, de todas formas, que estas cifras se refieren casi siempre al conjunto diacrónico de restos de construcciones atribuibles al yacimiento, sin que, en general, nos sea posible precisar si la totalidad de dicha superficie fue ocupada simultáneamente. Dicho esto, es indudable que los yacimientos citados —a los que tal vez quepa añadir algún otro, como Montjuïc-Barkeno o Tortosa— constituyen los mayores núcleos de poblamiento de la costa de Cataluña durante el Ibérico Pleno. Ciertamente, las dimensiones de estos asentamientos nos aparecen pequeñas, especialmente cuando se comparan con los valores conocidos para algunas grandes ciudades andaluzas (Almagro Gorbea, 1987, 25, fig. 4), pero conviene

recordar que algunos centros coloniales contemporáneos, de evidente carácter urbano, cubrían superficies semejantes, o sólo ligeramente superiores. Es el caso de *Emporion*, con 5 ha. (Sanmartí Grego, 1993, 92), de *Lixus* (unas 12 ha) (Tarradell, 1959, 31) o de los *epiteichismata* massaliotas como *Agathé* (4,25 ha) (Bats, 1982) u *Olbia* (2,9 ha) (Coupry, 1971). Incluso las propias ciudades romanas de la zona (con las excepciones evidentes de *Tarraco* y de *Emporiae*), tales como *Barcino*, *Baetulo*, *Iluro*, *Dertosa*, etc., corresponden a este mismo orden de magnitud. Por lo demás, las dimensiones de nuestros asentamientos se corresponden con las de otros núcleos ibéricos del País Valenciano tenidos por asentamientos de primer orden y de carácter plenamente urbano, como Sagunto (Martí Bonafé, 1998, 122), Sant Miquel de Lliria-*Edeta* (Bonet, 1995, 523), la Bastida de les Alcuses (5 ha) (Díes, Álvarez, 1998, 327 y nota 1) o la Serreta d'Alcoi (5,5 ha) (Olcina *et alii*, 1998, 37), a los que cabe añadir algún asentamiento de la submeseta sur, como Alarcos (unas 12 ha) (Fernández, García, 1998, 48). En definitiva, creemos que las dimensiones absolutas de los mayores núcleos documentados en nuestra zona de estudio, aun siendo relativamente modestas, permiten claramente incluirlos dentro de la categoría de auténticas ciudades.

La población absoluta de estos grandes centros puede hipotéticamente ser establecida a partir de un coeficiente de densidad de 400 habitantes por hectárea, que se obtiene, a su vez, del cálculo de población de Alorda Park, partiendo del presupuesto de que la utilización del espacio era similar en este asentamiento y en los núcleos de primer orden. Así, se obtendrían las cifras de 4000 habitantes para Burriac-*Illuro*, para Tarragona-*Tárakon* y también posiblemente para el conjunto de hábitats de Ullastret, mientras que el Castellet de Banyoles no alcanzaría los 2000.

En cuanto a la existencia de construcciones públicas y de una ocupación densa del espacio, articulada por una red viaria organizada, estos centros se caracterizan por la presencia de fortificaciones importantes y, a veces, de complejidad considerable, cuya erección pudo implicar el concurso no sólo de la población del propio asentamiento, sino de un territorio más amplio, del que éste ostentaría la condición de capital. El caso más evidente es el ya comentado de Ullastret, aunque también Burriac parece haber contado con una fortificación de entidad y complejidad considerables (García, Pujol, Miró, 1992). Como han señalado distintos autores, la presencia de tales fortificaciones complejas no solamente obedece a las necesidades de defensa, sino que se explica también por el deseo y la necesidad de dotar a los centros de poder de estructuras arquitectónicas monumentales, que simbolicen la fuerza militar, la riqueza y el prestigio de los sectores dirigentes que residen en los mismos⁷⁵. Ello parece tan-

⁷⁴ Existen también noticias orales, no comprobadas, de la existencia de una necrópolis en proximidad del Castellet de Banyoles.

⁷⁵ En algún caso, incluso —concretamente en el Castellet de Banyoles— este aspecto simbólico parece predominar sobre el valor defensivo de la fortificación (Moret, 1998).

to más necesario en aquellas regiones, como la zona que nos ocupa, donde no se desarrolla un simbolismo funerario capaz de desarrollar tales funciones.

Debería aún añadirse la existencia en algunos de estos grandes asentamientos (concretamente en Ullastret; tal vez también en el Castellet de Banyoles de Tivissa) de auténticos templos, para los que cabe suponer un carácter comunitario, incluso poliádico, no gentilicio, hecho que viene recalcado, como ha sido indicado recientemente, por su ubicación en el punto más alto del asentamiento (Moneo, Almagro Gorbea, 1998, 97). Ahora bien, la existencia de instalaciones sagradas de este tipo encuentra su mejor explicación dentro de un marco urbano. Otros edificios cuyo carácter religioso no es evidente o inequívoco («edificios públicos» de Burriac o Tornabous), podrían haber estado dedicados a otros aspectos de la vida social y la administración, si bien resulta evidente que, al menos en la zona estudiada en este trabajo, no parece que llegaran a desarrollarse modelos bien caracterizados de construcciones destinadas a albergar las funciones políticas, administrativas, etc. En este sentido, conviene recordar que es a partir del siglo IV a.C. cuando se experimenta un desarrollo importante en el uso de la escritura, que posiblemente deba relacionarse, entre otras posibles razones, con una superior complejidad en las formas de explotación económica y en el control de la producción por parte del poder político.

Finalmente, debe recordarse que algunos de estos grandes centros disponían de una enorme capacidad de almacenaje, según demuestra el hallazgo en sus proximidades de extensos campos de silos. El caso mejor conocido en este sentido es el de Burriac (García, Pujol, Esteban, 1981).

En cuanto a la organización interna de estos hábitats, nuestros conocimientos son todavía muy deficientes. Tan sólo en el caso de Ullastret (que necesita, sin embargo, un reestudio a fondo) se conoce un extenso sector de construcciones, que muestra una ocupación densa, articulada por una red viaria bien organizada. A todo ello, finalmente, debe añadirse, como consecuencia lógica de la ocupación de estos asentamientos por los segmentos superiores de la sociedad ibérica, la existencia en los mismos de residencias complejas, que en algunos casos pudieron tener una función palacial, tal como se ha propuesto para la casa 10 de la Bastida de les Alcuses (Díes, Álvarez, 1998). En nuestra zona de estudio las únicas evidencias en este sentido son las dos casas excavadas en Ullastret por el prof. Maluquer de Motes (Maluquer de Motes, Picazo, 1992, 26-39), una de las cuales, dotada de un patio central enlosado, cubre una superficie próxima a los 200 m², mientras la segunda, de límites imprecisos, es sin duda aún mayor.

Hasta aquí hemos visto la caracterización que hoy en día resulta posible realizar de los núcleos de primer orden de esta zona, cuyo carácter urbano parece evidente. El funcionamiento global del sistema no puede

entenderse, sin embargo, sin considerar también los otros tipos de hábitat conocidos. En lo que se refiere a los núcleos de segundo orden, de superficie en torno a las 2-3 ha, nuestra información es sorprendentemente reducida. Tan sólo uno, el Turó de Mas Boscà (Badalona), ha sido extensamente excavado, pero este yacimiento sigue estando esencialmente inédito. En otros asentamientos de esta categoría los trabajos han sido esporádicos, como en Torre dels Encantats (Arenys de Mar), Darró (Vilanova i la Geltrú) u Olèrdola, o bien prácticamente nulos, como en Masies de Sant Miquel (Banyeres). Pese a estas limitaciones, parece claro que varios de estos asentamientos dispusieron de sistemas de fortificación de una entidad considerable y, a juzgar por el caso del Turó de Mas Boscà, una ocupación densa. Asimismo, se ha documentado en Torre dels Encantats la presencia de un taller metalúrgico destinado a la producción del hierro.

Disponemos, en cambio, de una abundante documentación, a veces de notable calidad, sobre los más pequeños de los núcleos de poblamiento concentrado, es decir, los asentamientos de superficie comprendida entre 0,3 y 1 ha, cuyas dimensiones relativamente reducidas han permitido a veces un conocimiento global de los mismos. Efectivamente, los trabajos de excavación desarrollados en varios de estos núcleos en los últimos quince años han revelado una notable diversidad estructural, funcional y social, que merece un amplio comentario. Fijemos primeramente nuestra atención en los asentamientos de Moleta del Remei y Alorda Park. Como se ha dicho más arriba, ambos tienen durante el período ibérico antiguo una extensión aproximadamente equivalente y una estructura interna similar, con casas rectangulares adosadas, compuestas por una sola habitación y que utilizan como pared de fondo el muro de cerca del poblado, que sirve de muralla, pero carece de torres y otros sistemas sofisticados de protección. Desde mediados del siglo V a.C., sin embargo, ambos núcleos siguen unas trayectorias distintas. En efecto, Moleta del Remei mantendrá durante toda su existencia la misma estructura urbanística y del sistema defensivo. En Alorda Park, por el contrario, se produce desde mediados del siglo V a.C. una profunda reestructuración, que supone una reducción de la superficie habitada y un refuerzo de la muralla con nuevos lienzos adosados y dos torres. El esfuerzo aplicado en la construcción de estas defensas contrasta claramente con la población del lugar, que calculamos en unas 65 personas. Asimismo, las casas rectangulares de una sola habitación se ven substituidas por construcciones relativamente complejas, formadas por tres ambientes que cubren una superficie entre 80 y 90 m² de superficie total (entre 50 y 60 m² de superficie útil). Ello, junto con la reducción del espacio habitado pudo haber supuesto una reducción en la población del asentamiento, sin duda compensada por la aparición de un poblamiento rural disperso, que hace ahora su aparición. Añádase a ello la

existencia, dentro del asentamiento, de por lo menos dos recintos cultuales, que creemos relacionables con distintos grupos familiares. Las cosas se desarrollan, pues, como si a mediados del siglo V a.C. el núcleo de Alorda Park se convirtiera en la sede de un grupo social más pequeño en número, pero que evidencia su poder en la monumentalización de las fortificaciones y en la superficie de las casas. Un argumento que vendría a confirmar esta hipótesis podría hallarse en la composición de las importaciones de cerámica ática en este asentamiento, que parecen revelar un elevado poder adquisitivo. En efecto, los vasos áticos decorados con la técnica de figuras rojas —cuyo valor puede suponerse superior a los de barniz negro— alcanzan en el siglo IV a.C. un porcentaje próximo al 25% (Sanmartí, 1996, p. 133) y, rasgo también significativo, la forma más corriente es la cratera (nueve individuos de un total de catorce), es decir, una pieza de grandes dimensiones y que, habida cuenta de su abundante presencia en las necrópolis, puede ser tenida por un elemento de prestigio. Es bastante probable que todo ello refleje un superior poder adquisitivo de los habitantes del núcleo de Calafell. Añadamos a ello el hecho de que en este asentamiento se han documentado algunos tipos anfóricos púnicos (PE 24, T.6.1.2.1, T. 6.1.1.3., T. 13.1.1.3., T. 12.1.1.2.) y massaliotas (Py 11) auténticamente excepcionales en la Península Ibérica y, a veces, incluso fuera de su propia área de producción (Asensio, 1996, p. 73). Todo ello contrasta claramente con la documentación obtenida en Moleta del Remei, donde los vasos de figuras rojas son extremadamente raros y las importaciones anfóricas muy escasas (Pallarès, Gracia, Munilla, 1985). Atendiendo a todo lo dicho, no nos parece excesivo suponer la existencia en Alorda Park de un grupo aristocrático que debía de controlar un territorio relativamente extenso explotado por un gran número de pequeños asentamientos agrícolas.

La evolución ulterior de este asentamiento es también reveladora. La mayoría de casas, en efecto, aumenta su superficie —en algún caso a costa de las vías de circulación— durante el siglo III a.C. Una de ellas, sin embargo, situada en el punto más alto, adquiere unas dimensiones particularmente notables (superficie total en torno a 300 m² y superficie útil de unos 170 m²). En el momento de su abandono, a principios del siglo II a.C., este edificio contaba con al menos un piso superior dotado de un pavimento de *opus signinum* y muros cubiertos con gruesos revoques de cal, técnicas que no se han documentado en ningún otro habitáculo del asentamiento. Obsérvese, finalmente, la existencia de un amplio espacio no edificado inmediatamente delante de esta gran casa, característica que también se comprueba en el caso de otras grandes construcciones domésticas de la Bastida de les Alcuses (Díes, Álvarez, 1998) y de la Plaza de Armas de Puente Tablas (Ruiz, 1994, 150). Teniendo en cuenta todas estas características, es posible arriesgarse a suponer para esta

construcción una función palacial, tal como ha sido propuesto para la casa 10 de la Bastida de les Alcuses (Díes, Álvarez, 1998). En este momento avanzado del período ibérico pleno se habría producido, pues, un proceso de jerarquización interna del espacio, que sin duda refleja, a su vez, la formación o consolidación de un poder más centralizado. En este mismo sentido, cabe señalar que en este mismo momento ya han desaparecido los recintos cultuales que estaban vigentes en el siglo IV a.C., que son substituidos por una instalación análoga, situada en relativa proximidad del edificio de posible función palacial.

Cuanto hemos expuesto en relación con Alorda Park contrasta vivamente con la documentación proporcionada por Moleta del Remei, donde falta una arquitectura defensiva de carácter monumental (presente, en cambio, en los asentamientos vecinos del Puig de la Nau y el Puig de la Misericordia), así como las casas complejas u otros indicios de un poder adquisitivo realmente elevado. Por estas razones, creemos que este asentamiento puede incluirse dentro de una categoría de «aldeas fortificadas» habitadas por pequeños grupos de agricultores (unas 75 personas en Moleta del Remei), que debían de ser muy frecuentes en todo el territorio que nos ocupa. En general, sin embargo, nos faltan elementos suficientes para poder formular hipótesis mínimamente fundamentadas sobre la naturaleza de muchos de los asentamientos conocidos. Como excepción debemos señalar el caso del Puig Castellar de Santa Coloma de Gramenet, yacimiento donde trabajos de limpieza y reexcavación efectuados recientemente han revelado la existencia, en el punto más alto, de grandes construcciones, tal vez domésticas, rodeadas por otras edificaciones más simples en forma de habitaciones dispuestas radialmente y adosadas a un muro perimetral de cerca. De momento, no se han documentado estructuras defensivas de carácter monumental, pero los abundantes materiales muebles recuperados en las excavaciones antiguas (Sanmartí *et alii*, 1992) permiten suponer que este lugar estuvo también ocupado, total o parcialmente, por un grupo aristocrático. En efecto, aparte de un abundante armamento, el Puig Castellar ha dado una espuela de bronce —elemento propio del aristócrata como guerrero a caballo (Quesada, 1998)—, un notable conjunto de objetos de vestimenta y de elementos vasculares de bronce, así como otros materiales de prestigio, particularmente un gran morillo de hierro. La presencia de un notable conjunto de herramientas agrícolas de hierro podría mostrar la propiedad del grupo aristocrático sobre tales medios de producción, tal como ha sugerido A. Ruiz (1998, 295).

Algunos trabajos recientes han mostrado también la existencia dentro de este mismo orden de tamaño, de otros núcleos de características muy distintas a los que acabamos de describir, principalmente por el predominio de las funciones económicas (almacenaje y transformación) sobre las de carácter residencial y mo-

numental. Se trata también de yacimientos de dimensiones reducidas, nula o débilmente fortificados, con la mayor parte de su superficie ocupada por campos de silos e instalaciones destinadas a actividades transformadoras, aunque las construcciones domésticas están también presentes. El mejor conocido de estos asentamientos es actualmente el de Les Guàrdies (El Vendrell), muy próximo a Alorda Park. Aquí se ha excavado principalmente un centro de producción siderúrgica, que aprovecha la existencia en el lugar de arcillas ferruginosas. Los procesos documentados son la extracción y reducción del mineral, así como la depuración del metal, y existen indicios —pero no certidumbre— de la manufactura de objetos (Morer, Rigo, Barrasetas, 1997, 78-88). Junto a los hornos, existe también un elevado número de silos (28 depósitos) y un pequeño sector de construcciones. Al mismo tipo debe de corresponder el yacimiento del Turó del Vent (Llinars del Vallès). Aquí existe también un gran número de silos, numerosos restos de crisoles de fundición para la obtención de cobre y centenares de pesos de telar, que permiten suponer una producción textil a gran escala. El acceso al lugar estaba protegido por una torre, pero no parece haber existido una muralla continua, y la mayor parte del yacimiento carecía de construcciones; en cambio, la presencia de una gran cisterna podría tal vez interpretarse como una instalación auxiliar para el lavado de fibras para el tejido⁷⁶. En ambos casos creemos que las funciones comerciales tuvieron también un papel destacado, habida cuenta de la abundancia de materiales de importación, y de la ubicación de los yacimientos en proximidad de vías de paso. En el caso del Turó del Vent, además, la existencia de un santuario puede ser razonablemente supuesta a partir del hallazgo de diversas terracotas, sobretodo cabezas de Demeter, y de puñales amortizados mediante clavos que perforan la hoja y la vaina. En cuanto a la cronología, tanto Turó del Vent como Les Guàrdies aparecen en el siglo IV a.C. y perduran durante el siglo III a.C.

Señalemos asimismo la posibilidad que algunos núcleos de pequeño tamaño situados en lugares altos y de amplia visibilidad hayan podido tener funciones de carácter militar y control del territorio, tal como ha sido propuesto para el Puig Castellet de Lloret de Mar (Pons, Toledo, Llorens, 1981; contra, Moret, 1996, 155-157).

Por último, debemos referirnos al poblamiento rural disperso. La existencia de este tipo de asentamientos se ha documentado esencialmente en las áreas centrales de la costa de Cataluña, es decir, en la Cosetania y en la Layetania, donde constituyen sin duda el tipo de asentamiento más corriente. Por el contrario, los trabajos de prospección realizados en la hoya de Móra no han revelado, pese a su intensidad considerable, la

existencia de un sistema de poblamiento disperso del mismo tipo. En cuanto a la cronología de estos asentamientos, la inmensa mayoría se fechan en los siglos IV-III a.C., pero algunos aparecen ya sin duda en la segunda mitad del siglo V a.C., o incluso antes⁷⁷. Sus características en la zona estudiada comienzan ahora a ser conocidas, gracias a algunos trabajos de excavación recientes. El único, sin embargo, que ha sido íntegramente excavado es el del Fondo del Roig (Cunit). Este cubre una superficie de unos 360 metros cuadrados y está formado por un total de 16 recintos, cuyas funciones precisas, a falta de un volumen suficiente de materiales muebles, no es fácil de precisar si bien el carácter agrícola del asentamiento no ofrece dudas (Morer, Rigo, Barrasetas, 1997, 70-73). Por lo demás, este tipo de hábitat nos es conocido únicamente a partir de restos muy fragmentarios, que no permiten un análisis pormenorizado de sus características. De todas formas, la gran diversidad de tamaños que se documenta —entre 400 y tan sólo 60 metros cuadrados— permite suponer la existencia de núcleos de características muy diversas, muchos de los cuales no debían de ser más que pequeñas casas aisladas, ocupadas por familias campesinas. Es significativo el hecho de que la expansión de este tipo de poblamiento disperso coincida en el tiempo con la aparición de abundantes silos, a veces dispersos y a veces, como se ha visto más arriba, formando grandes agrupaciones. Todo ello parece indicar una notable expansión de la producción agrícola desde la segunda mitad del siglo V a.C., y el hecho de que el sistema de almacenaje adoptado sea, en amplias zonas, el silo, sugiere que, como ya han hecho notar distintos autores, una parte importante de esta producción estaba destinada a ser comercializada.

En definitiva, durante el Ibérico Pleno se produce un extraordinario desarrollo, que es posible resumir en los puntos siguientes:

a) Aparición de sistemas de poblamiento de gran complejidad, caracterizados por la presencia de auténticas ciudades y de numerosos asentamientos menores de funciones muy diversas, incluyendo actividades productivas especializadas, como la metalurgia o el tejido. El número global de asentamientos parece experimentar un gran incremento, especialmente por la expansión del hábitat rural disperso y la aparición de núcleos con funciones económicas especializadas. Dado que no parece producirse paralelamente un abandono de otros hábitats ocupados con anterioridad⁷⁸, es de suponer que en este período se produce un importante incremento de la población.

b) Aparición de casas complejas, en ocasiones de grandes dimensiones, sin que ello suponga la desapa-

⁷⁶ El topónimo moderno del municipio sugiere abundancia de lino en la zona.

⁷⁷ Trabajos recientes, aún inéditos, de los investigadores del museo de Vilafranca del Penedès han revelado la existencia en esta zona de silos amortizados en el siglo VI a.C., situados en llano, que posiblemente puedan vincularse a asentamientos del tipo descrito.

⁷⁸ Excepto casos puntuales, como el Penya del Moro, cuya valoración no es fácil.

rición de las estructuras domésticas más simples, formadas por un solo recinto. Algunas de estas grandes casas destacan especialmente por sus dimensiones o por su acondicionamiento interno, lo que permite pensar en una posible función palacial para las mismas.

c) Gran incremento de la producción agrícola, revelada por la multiplicación de los asentamientos rurales de pequeñas dimensiones —hasta el punto que, en la costa central de Cataluña, constituyen el tipo de yacimiento más habitual— y, especialmente, de un gran número de silos —dispersos o agrupados— que revelan la orientación de una gran parte de esta producción hacia el intercambio. Esta intensificación agrícola se relaciona sin duda con la mejora del utillaje, muy particularmente con la introducción del arado (Sanahuja, 1971), y es la condición necesaria para una importante expansión demográfica.

d) En lo que se refiere a las actividades transformadoras, se detecta una clara tendencia a la especialización. Ello resulta evidente si se consideran asentamientos como Turó del Vent o Les Guàrdies, donde las actividades primordiales parecen haber sido la producción metalúrgica y textil —si bien siempre con indicios importantes de actividades agrícolas—, pero también existen indicios en este sentido en los centros más propiamente residenciales. Así, los pesos de telar, que durante la Primera Edad del Hierro se hallan a menudo distribuidos en distintas unidades domésticas, suelen aparecer ahora concentrados en un solo recinto⁷⁹, lo que sugiere la presencia de trabajo especializado. Lo mismo puede decirse de los molinos de rotación, que sólo se documentan en las casas, reaprovechados para funciones distintas a la molienda⁸⁰. A ello debería añadirse la propia complejidad de las técnicas requeridas para la fabricación de máquinas de este tipo, que exigen unos conocimientos y una pericia que sólo pueden tener auténticos especialistas. Asimismo, parece detectarse un espectacular incremento en las actividades de transformación de productos agrícolas, particularmente para la obtención de cerveza y de vino⁸¹. Ello se deduce principalmente del extraordinario incremento en la producción de ánforas ibéricas. En efecto, si en los niveles del período ibérico antiguo de Alorda Park el ánfora ibérica representa tan sólo un porcentaje muy minoritario de las piezas de producción indígena (entre el 2% y el 6%), en los del Ibérico Pleno es la forma más frecuente, con porcentajes que normalmente superan el 30% de las piezas. En este mismo sentido, la aparición de modelos anfóricos claramente estandarizados a lo largo del siglo IV a.C. y, sobre todo, en el siglo III a.C., sugiere tam-

bién un trabajo en serie que, a su vez, implica un elevado grado de especialización. Pese a todo ello, no se ha documentado en los grandes asentamientos de la zona la existencia de sectores o barrios artesanales.

e) Generalización del uso de la escritura, del que probablemente tenemos tan sólo un número proporcionalmente reducido de testimonios, puesto que cabe suponer que era empleada también en soportes de material perecedero. Este empleo supone también especialización y debe ser entendido como una respuesta a las necesidades que supone el desarrollo de una estructura económica mucho más compleja.

f) Una diferenciación territorial en la cultura material mueble. Así, por ejemplo, vemos aparecer tipos anfóricos característicos de territorios específicos (Sanmartí, 1997; Sanmartí, Bruguera, en prensa), y observaciones análogas podrían hacerse en relación a otras facetas de la producción cerámica.

En definitiva, de todo lo dicho se desprende que las comunidades ibéricas de la zona estudiada habían recorrido un largo camino en los procesos de segregación y centralización, lo que permite suponer el desarrollo durante el Ibérico Pleno de una sociedad estratificada —entendido este concepto, según ha sido definido por W. T. Sanders y D. Webster desarrollando los trabajos de M. Fried, como un estadio evolutivo que antecede, de manera efímera, la formación de los estados primarios—, basada en relaciones de dominio de patrones sobre clientes (Fried, 1967, Sanders, Webster, 1978, 271-274; Maisels, 1987). De forma más específica, es probable que se aplique a la zona estudiada el modelo de servidumbre gentilicia territorial definido por A. Ruiz y M. Molinos (1993, 265-268). Así lo sugieren la ausencia de un modelo de poblamiento fuertemente nuclearizado (excepto en la hoya de Móra) y la existencia de unidades territoriales de fuerte personalidad por las características de la cultura material mueble, presididas por asentamientos de gran superficie, que parecen tener el carácter de capital en un sistema de poblamiento profundamente jerarquizado (Ullastret, Burriac-*Ituro*, Tarragona-*Tàrracon/Kese* (etc.). ¿Es posible hablar incluso de la existencia de estados? Si nos atuviéramos a las definiciones clásicas y más restrictivas del concepto de estado (Fried, 1967, 227-240; Flannery, 1975, 19-21; Sanders, Webster, 1978, 274), la respuesta debiera ser probablemente negativa, al menos en el orden político-institucional. En efecto, bajo este punto de vista, nada permite suponer, con los datos actuales, que las comunidades ibéricas de la zona estudiada llegaran a desarrollar la burocracia centralizada y la complejidad de instituciones políticas, económicas y sociales que son propias de los estados y que capacitan a éstos para mantener el orden de estratificación social. Asimismo, tampoco parece documentarse con nitidez una religión de estado, de la que sólo existen contados indicios, como los templos de Ullastret. Desde el punto de vista económico, por otra parte, y a pesar de la existencia

⁷⁹ Así ocurre, por ejemplo, en Alorda Park, en Puig Castellar y, posiblemente, en Turó de Mas Boscà. Es más, en el Coll del Moro de Gandesa se ha excavado un taller textil, en el que se documenta todo el proceso productivo, desde la preparación de las fibras (concretamente de lino) hasta el tejido propiamente dicho.

⁸⁰ Asensio *et alii* en prensa b.

⁸¹ Estos son, efectivamente, los dos productos documentados a partir de análisis de residuos en ánforas ibéricas de la zona estudiada.

de un notable grado de especialización y de división del trabajo, tampoco parecen existir en las ciudades ibéricas de esta zona auténticos barrios artesanales con dedicación plena a las actividades de transformación, e incluso en aquellos yacimientos donde este sector parece tener un papel preponderante —como en Les Guàrdies o Turó del Vent— se comprueba también la actividad agrícola a través de herramientas y almacenes. Existen, sin embargo, definiciones más generales de la noción de estado (Claesen, Skalník, 1978, 640), dentro de las cuales pueden incuestionablemente incluirse las formaciones políticas del Ibérico Pleno en la zona estudiada. En este mismo sentido, y como ha mostrado J.A. Santos Velasco (1994), una concepción excesivamente restringida de estado no bastaría, por ejemplo, para definir como formaciones estatales las *poleis* griegas del siglo VIII a.C. o las incipientes ciudades-estado etruscas del siglo VII a.C., es decir, precisamente el momento formativo de dichos estados, cuando la comunidad aparece dominada por un estamento aristocrático. La noción de estado puede por consiguiente ampliarse para incluir estos «estados arcaicos» o «embrionarios», entre los que, como ha señalado el mismo autor, debería incluirse también, a tenor de las evidencias arqueológicas, el mundo ibérico del sudeste en el siglo III a.C. En nuestra opinión, la noción de «estado arcaico» es virtualmente equivalente a la de «sociedad estratificada» —siempre en el sentido de estadio evolutivo— y puede, por tanto, aplicarse también a las sociedades ibéricas de la costa de Cataluña. En cualquier caso, la estructura social basada en relaciones clientelares que podemos suponer para la zona estudiada parece corresponderse con un débil desarrollo de las instituciones estatales, del mercado y de la burocracia (Gellner, 1977, 4).

En este proceso evolutivo, los momentos clave se sitúan en la segunda mitad avanzada del siglo VII a.C. y a mediados del siglo V a.C. En el primero, y en buena parte como consecuencia del impacto comercial fenicio, nacen los primeros asentamientos estables y comienzan a aparecer indicios de jerarquización social. En el segundo se inician la intensificación agrícola y la expansión demográfica necesarias para sostener una sociedad estratificada, a la vez que aparecen los primeros signos de escisión de la comunidad y aislamiento de la aristocracia en recintos dotados de fortificaciones monumentales, tal como se observa en Alorda Park, donde una comunidad aldeana parece transformarse en una ciudadela aristocrática, en un proceso hasta cierto punto semejante al que se ha observado en el Oral (Santos, 1998, 401-402).

Ahora bien ¿cuáles eran estas entidades políticas y cuál era la extensión de las mismas? Si nos atenemos al número y ubicación de los asentamientos de primer orden, podrían haber existido en la costa de Cataluña tres o cuatro unidades distintas, que pueden ser identificadas, de nordeste a sudoeste, con la Indigecia, la Layetania, la Cosetania y, tal vez, la Ilercavonia.,

con capitalidad, respectivamente, en Ullastret (*Indika?*), en Burriac-*Ilturo*, Tarragona-*Táragon-Kese* e, hipotéticamente, *Dertosa*, o tal vez el Castellet de Banyoles. Es importante observar, además, que los asentamientos mencionados ocupan una posición central en territorios costeros de magnitud aproximadamente equivalente y delimitados por accidentes geográficos acusados (de nordeste a sudoeste, los Pirineos, macizo de Les Gavarres, macizo de Garraf y Coll de Balaguer), y también que la mediana de la distancia en línea recta entre los lugares centrales coincide con dichos accidentes (fig. 2). Recordemos, finalmente, que existen rasgos diferenciales importantes entre la cultura material mueble de estos distintos territorios, sobre todo los tres meridionales, aunque también hay elementos —como el uso de decoración con pintura blanca— que individualizan claramente las producciones indigetes.

Es importante señalar, asimismo, que los territorios así delimitados se corresponden exactamente con los que, desde los primeros estudios de Bosch Gimpera (1932), se atribuyen respectivamente a Indigetes, Layetanos, Cossetanos e Ilercavones. En este caso, las formaciones protoestatales vendrían a corresponderse con etnias concretas —por lo menos en el caso de las tres más septentrionales— aunque ello no fuera necesariamente una norma en el mundo ibérico. Por último, vale la pena indicar que el territorio de estas supuestas unidades políticas es también bastante uniforme (Cosetania, 2607 km²; Layetania, 2459 km²; Indigecia, 2271 km²)⁸². Nótese que estas magnitudes son perfectamente comparables con las de algunas *poleis* griegas, como Atenas, y ciertamente muy superiores a las de otras (Bats, 1986, 42).

5. BIBLIOGRAFÍA

- AAVV: *Sant Martí d'Empúries. Una illa en el temps*, Museu d'Arqueologia de Catalunya-Empúries, 1998.
- ADSERIAS, M., BURÉS, L., MIRÓ, M. T., RAMÓN, E., 1993: «L'assentament pre-romà de Tarragona», *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 3, 1993, 177-227.
- ALMAGRO-GORBEA, M., 1987: «El área superficial de las poblaciones ibéricas», *Los asentamientos ibéricos ante la romanización*, Madrid, 21-34.
- ALONSO, N. et alii., 1998: «Poder, símbolo y territorio: el caso de la fortaleza de Arbeca», *Actas del Congreso Internacional Los iberos. Príncipes de Occidente*, Barcelona, 355-372.
- ASENSIO, D. et alii, 1994-1996: «El poblament de les comarques del curs inferior de l'Ebre durant el Bronze Final i la Primera Edat del Ferro», *Gala*, 3-5, 301-317.

⁸² Estas cifras se han obtenido a partir de la suma de la extensión de actuales comarcas que ocupan los respectivos territorios. Para la Indigecia se han considerado las comarcas de La Selva, Gironès y Baix Empordà, y se excluido el Alt Empordà, que podría haber constituido la mayor parte de la *chora* ampuritana.

- 1998: «Paisatges ibèrics. Tipus d'assentaments i formes d'ocupació del territori a la costa central de Catalunya durant el període ibèric ple», *Actas del Congreso Internacional Los iberos. Principes de Occidente*, Barcelona, 373-385.
- en prensa a: «Approximation à la structure économique du site de Barranc de Gàfols (Ginestar, Ribera d'Ebre, Tarragone)», *Actas del XXII Colloque International pour l'Étude de l'Age du Fer*, Gerona 1998.
- en prensa b: «Les meules rotatives du site ibérique d'Alorda Park (Calafell, Baix Penedès, Tarragone)», *Table Ronde Moudre et Broyer dans la Préhistoire et l'Antiquité (actes)*, Clermond-Ferrand, 1995.
- BARBERÀ, J., SANMARTÍ GREGO, E., 1982: *Excavacions al poblat ibèric de la Penya del Moro de Sant Just Desvern (Barcelonès). Campanyes de 1974-1975 i 1977-1981*, Monografies Arqueològiques, 1, Barcelona.
- BATS, M., 1986: «Le territoire de Marseille grecque: réflexions et problèmes», en Bats, M. i Tréziny, H., *Le territoire de Marseille grecque*, Études Massaliètes, 1, Aix-en-Provence, 17-42.
- BENITO, N. et alii, 1986: «Les excavacions al poblat ibèric de Burriac (Cabrera de Mar, El Maresme) durant l'any 1984. Resultats preliminars i noves dades estratigràfiques», *Tribuna d'Arqueologia 1984-1985*, 15-23.
- BLASCO, M., RAFEL, N., 1995: «El taller tèxtil del Coll del Moro de Gandesa», *Tribuna d'Arqueologia 1993-1994*, Barcelona, p.37-50.
- BLECH, M., RUANO, E., 1998: «Los artesanos dentro de la sociedad ibérica: ensayo de valoración», *Actas del Congreso Internacional Los iberos. Principes de Occidente*, Barcelona, 301-308.
- BONET, H., 1995: *El Tossal de Sant Miquel de Lliria. La antigua Edeta y su territorio*, València.
- BOSCH GIMPERA, P., 1932: *Etnologia de la Península Ibèrica*, Barcelona.
- BURILLO, F., 1998: *Los celtíberos. Etnias y estados*, Barcelona.
- CASSELBERRY, S. E., 1974. «Further refinement of formulae for determining population from floor area», *World Archaeology*, vol. 6, núm. 1. The Camelot Press, Southampton. 117-122.
- CLAESSEN, H. J. M., SKALNÍK, P., 1978: «The Early State: Models and Reality», en Claessen, H.J.M. y Skalník, P. (edd.), *The Early State*, La Haya.
- CHAMPION, T.H. (ed.), 1989: *Centre and Periphery. Comparative Studies in Archaeology*, One World Archaeology, 11, Londres.
- COUPRY, J., 1971: «Olbia, la Massaliote», *Simposio Internacional de colonizaciones*, Barcelona, 191-199.
- DAUBIGNEY, A. (ed.), 1993: *Fonctionnement social de l'Âge du Fer*, Actes de la Table Ronde de Lons-le-Saunier (1990), París.
- DE LA VEGA, J., SANMARTÍ GREGO, E., 1985: «Novetats arqueològiques a Montjuïc», *Mediterrània*, 13, 45-56.
- DÍES CUSÍ, E., ÁLVAREZ GARCÍA, N., 1998: «Análisis de un edificio con posible función palacial: la casa 10 de la Bastida de les Alcuses (Moixent)», *Actas del Congreso Internacional Los iberos. Principes de Occidente*, Barcelona, 327-342.
- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M., GARCÍA HUERTA, R., 1998: «El urbanismo del poblado ibérico de Alarcos (Ciudad Real)», *Actas del Congreso Internacional Los iberos. Principes de Occidente*, Barcelona, 47-54.
- FRIED, M., 1967: *The evolution of political society. An essay in political anthropology*, Nueva York, 1967.
- GAILLEDRAT, E., 1997: *Ibères de l'Èbre à l'Hérault*, Monographies d'Archéologie Méditerranéenne, 1, Lattes.
- GARCÍA I ROSELLÓ, J., PUJOL I DEL HORNO, J., ESTEBAN I SALVADOR, R., 1981: «Les sitges del poblat ibèric de Burriac (II) (Cabrera de Mar)», *Laietania*, 1, 15-63.
- GARCÍA I ROSELLÓ, J., PUJOL I DEL HORNO, J., MIRÓ I CANALS, J., 1991: «La porta meridional del poblat ibèric de Burriac (Cabrera de Mar, El Maresme)», *Simposi Internacional d'Arqueologia Ibèrica: Les fortificacions*, Manresa, ps. 199-213.
- GARDES, Ph., 1995: «Proto-urbanisme et mutation sociale dans la vallée de l'Èbre à la charnière de l'Âge du Bronze et l'Âge du Fer. Quelques réflexions générales», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, XXXI (1), 7-30.
- GRACIA, F.; MUNILLA, G.; GARCÍA, E.; PLAYÀ, R. M.; MURIEL, S.: «Demografía y superficie de poblamiento en los asentamientos ibéricos del NE. Peninsular.», *Homenaje al profesor Manuel Fernández Miranda, Complutum Extra*, 6 (II), 1996; p. 177-191.
- GELLNER, E., 1977: «Patrons and clients», en Gellner, E. y Waterbury, J., *Patrons and Clients in Mediterranean Societies*, Londres, 1-6.
- HASSAN, F., 1981. *Demographic Archaeology*. Academic Press, New York-Londres.
- LEBLANC, S.: «An addition to Naroll's suggested floor area and settlement population relationship», *American Antiquity. Journal of the Society for American Archaeology*, vol. 36, núm. 2, abril 1971; p. 210-211.
- MAISELS, Ch. K., 1987: «Models of social evolution: trajectories from the Neolithic to the state», *Man*, 22, 331-359.
- MALUQUER DE MOTES, J., PICAZO, M., 1992: «Una casa de final del segle v a l'oppidum d'Ullastret», *Fonaments*, 8, 25-51.
- MARTÍ BONAFÉ, M. A., 1998: *El área territorial de Arse-Saguntum en época ibérica*, *Estudios Universitarios*, 72, Valencia.
- MARTÍN, M. A., SANMARTÍ, E., 1976-1978: «Aportación de las excavaciones de la 'Illa d'en Reixach' al conocimiento del fenómeno de la iberización en el norte de Cataluña», *Simposi Internacional: Els Orígens del Món Ibèric*, Ampurias, 38-40, pp. 431-447.

- MARTÍNEZ HUALDE, A., 1970: «Excavación de un nuevo habitáculo en el poblado de Puig Castellar», *Puig Castellar (2.ª època)*, 11, 263-268.
- MASCORT, M., SANMARTÍ, J., SANTACANA, J., 1991b: *El jaciment protohistòric d'Aldovesta (Benifallet) i el comerç fenici arcaic a la Catalunya meridional*, Tarragona.
- MAYA, J. L., CUESTA, F., LÓPEZ, J. (eds.), 1998. *Genó: un poblado ibérico del Bronce Final en el Bajo Segre (Lleida)*, Publicacions de la Universitat de Barcelona.
- MESTRES, J., SENABRE, M. R., SOCIAS, J., 1994/1996: «L'Alt Penedès a la Primera Edat del ferro: consideracions a l'entorn d'un model d'ocupació del territori», *Gala*, 3-5, 247-263.
- MONEO, T., ALMAGRO-GORBEA, M., 1998: «Santuarios y elites ibéricas», *Los iberos. Príncipes de Occidente*, Barcelona, 93-98.
- MORER, J., RIGO, A., BARRASETAS, E., 1997: «Les intervencions arqueològiques a l'autopista A-16: valoració de conjunt», *Tribuna d'Arqueologia* 1996-1997, 67-98.
- MORET, P., 1996: *Les fortifications ibériques. De la fin de l'âge du Bronze à la conquête romaine*, Madrid, 1996.
- 1998: «Rostros de piedra». Sobre la racionalidad del proyecto arquitectónico de las fortificaciones ibéricas», *Los iberos. Príncipes de Occidente*, Barcelona, 83-92.
- NAROLL, R., 1962. «Floor area and settlement population», *American Antiquity*, 27, 587-589.
- NICKELS, A., 1982: «Agde grecque: recherches récentes», I *Foeci dall'Anatolia all'Oceano, La Parola del Passato*, CCIV-CCVII, 269-280.
- OLCINA, M. *et alii*, 1998: «Nuevas aportaciones a la evolución de la ciudad ibérica: el ejemplo de la Serreta», *Actas del Congreso Internacional Los iberos. Príncipes de Occidente*, Barcelona, 35-46.
- PALLARÈS, R., GRÀCIA, F., MUNILLA, G., 1985: «Cerámicas áticas y de barniz negro del poblado ibérico de la Moleta del Remei (Alcanar, Montsià)», *Empúries*, 47, 120-129.
- PONS I BRUN, E., TOLEDO, A., LLORENS, J. M., 1981: *El recinte fortificat ibèric de Puig Castellet, Lloret de Mar (Excavacions de 1975-1980)*, Girona.
- PY, M., 1984: «Evolution des rapports sociaux de la fin de l'Age du Bronze à la conquête romaine en Languedoc oriental», en Daubigney, A. (ed.), *Archéologie et rapports sociaux en Gaule. Protohistoire et Antiquité*, París, 171-183.
- QUESADA, F., 1998: «Aristócratas a caballo y la existencia de una verdadera «caballería» en la cultura ibérica: dos ámbitos conceptuales diferentes», *Actas del Congreso Internacional Los iberos. Príncipes de Occidente*, Barcelona, 169-183.
- ROVIRA, M. C., SOLIAS, J. M., 1991: «Iron minery and metallurgy in the lower course of the river Llobregat (N.E. of Spain) during the Iberic and Roman Republican period», *International Archaeometallurgical Symposium, Materialy Archaeologiczne*, XXVI, Cracovia, 53-57.
- RUIZ, A., 1994: «Una reflexió teòrica sobre l'urbanisme ibèric», *Hàbitat i habitació a la protohistòria de la Mediterrània nord-occidental*, *Cota Zero*, 10, 147-156.
- 1998: «Los príncipes iberos: procesos económicos y sociales», *Actas del Congreso Internacional Los iberos. Príncipes de Occidente*, Barcelona, 289-300.
- RUIZ, A., MOLINOS, M., 1993: *Los iberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico*, Barcelona.
- SANAHUJA, M. E., 1971: «Instrumental de hierro agrícola e industrial de la época ibero-romana en Cataluña», *Pyrenae*, 7, 61-110.
- SANMARTÍ, J., 1997: «Las ánforas de los iberos», *Revista de Arqueología*, 197, 6-11
- SANMARTÍ, J., BRUGUERA, R., en prensa: «Las ánforas ibéricas de la costa de Cataluña», en J. Blánquez y E. Gailledrat (eds.), *Las ánforas del área ibérica: zonas de producción y evolución tipo-cronológica (ss. VI-IV a.C.)*, mesa redonda organizada por la Casa de Velázquez y la Universidad Autónoma de Madrid (13-14 de enero de 1997).
- SANMARTÍ, J. *et alii*, 1992: *Els primers pobladors de Santa Coloma de Gramenet. Dels orígens al món romà*, *Història de Santa Coloma de Gramenet*, 1, Barcelona.
- 1995: «Les necròpolis del període ibèric ple i tardà a Catalunya», *Citerior*, 1, Tarragona, pp. 91-106.
- SANMARTÍ-GREGO, E., 1993: «Els ibers a Emporion», *El poblament ibèric a Catalunya*, *Laietània*, 8, 85-101.
- SANTOS VELASCO, J. A., 1994: «City and state in pre-Roman Spain: the example of Illici», *Antiquity*, 68 (n.º 259), 289-299.
- 1998: «Los iberos: entre la consolidación de las elites y el surgimiento del Estado», *Actas del Congreso Internacional Los iberos. Príncipes de Occidente*, Barcelona, 399-404.
- SUMNER, W. M., 1979. «Estimating population by analogy: a example», en KRAMER, C. (ed.): *Ethnoarchaeology. Implications of Ethnography for Archaeology*. Columbia University Press; Nova York, 1979, p. 164-174.
- TARRADELL, M., 1959: *Lixus*, Tetuán.
- WELLS, P. S., 1980: *Culture contact and culture change: early Iron Age Central Europe and the Mediterranean world*, Cambridge.
- WHITEHOUSE, R. D., WILKINS, J. B., 1989: «Greeks and natives in south-east Italy: approaches to the archaeological evidence», en CHAMPION, 1989 (ed.), ps. 102-126.

ORGANIZACIÓN DEL TERRITORIO Y POBLAMIENTO EN EL PAÍS VALENCIANO ENTRE LOS SIGLOS VII AL II a.C.

HELENA BONET ROSADO - CONSUELO MATA PARREÑO

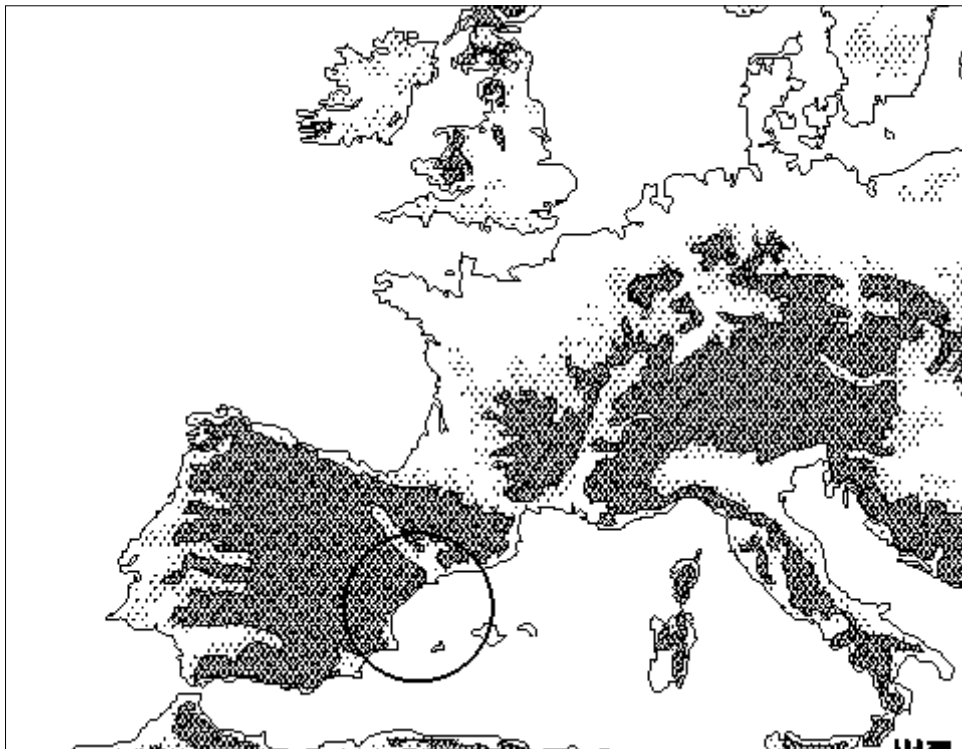
Servei d'Investigació Prehistòrica de València - Universitat de València

ABSTRACT

The aim of this paper is to show the transformation mechanisms of the indigenous habitat in País Valenciano during the VII century b.C. as well as the birth of the iberian states from the VI century b.C. on, their acme and finally their disappearance after the Roman conquest. Spatial studies in that area are very unequal: there is a pioneer work in the central zone around the town of Edeta and a recent one in process in Villares; in the north there are recent spatial studies concerning the littoral, south of the Ebro river, around Puig de la Nau; whereas in the southern areas, despite the important monographs of the principal settlements, we lack, for the moment, studies on the evolution of spacial organisation, except for La Serreta.

RESUMEN

El objetivo de este trabajo es mostrar los mecanismos que transformaron el poblamiento indígena en el País Valenciano en el siglo VII a.C. así como la gestación de los estados ibéricos a partir del siglo VI a.C., su apogeo y, finalmente, su desaparición tras la conquista romana. Los estudios territoriales de este área son muy desiguales: la zona central cuenta con el trabajo pionero en torno a la ciudad de Edeta y el más reciente en curso de realización de Los Villares; en el norte, tenemos los estudios territoriales sobre el área litoral al sur del Ebro, en torno al Puig de la Nau, mientras que para las tierras más meridionales, a pesar de contar con importantes trabajos monográficos sobre los principales yacimientos ibéricos, carecemos, de momento, de estudios evolutivos sobre la organización de los territorios, a excepción de La Serreta.



1. INTRODUCCIÓN

En la península Ibérica, el siglo VIII a.C. supone un punto de inflexión para las comunidades indígenas al producirse un contacto continuado con los colonizadores fenicios asentados definitivamente en las costas del sur y sureste peninsular (Alvar, 1990, 20; González Wagner, 1993, 451).

La primera oleada colonizadora, con asentamientos estables, se extiende hasta la desembocadura del río Segura donde, desde 1996, se está excavando el yacimiento de La Fonteta (Guardamar del Segura) cuyos materiales proporcionan una datación entre finales del siglo VIII y principios del siglo VI a.C. (González Prats *et alii*, 1999). Este enclave colonial tuvo efectos inmediatos en su hinterland más próximo pues Peña Negra (Creventill) y Los Saladares (Orihuela) recibieron los primeros objetos importados ya en el siglo VIII a.C. (Arteaga Matute y Serna, 1979-1980, 109, fig. 32; González Prats, 1993, 184). Ambos yacimientos, con niveles del Bronce Final, se encuentran ubicados sobre dos de los caminos de penetración hacia el interior: Los Saladares sobre el río Segura y Peña Negra sobre un afluente del Vinalopó. De forma casi simultánea, pues el registro no permite afinar más allá de finales del siglo VIII a.C., se funda el pequeño recinto fortificado de Cabeç de l'Estany (Guardamar del Segura), en la margen derecha del Segura (García Menárguez, 1995, 226-227).

Por consiguiente, en el valle bajo del río Segura se está produciendo una situación similar a la conocida en el Bajo Guadalquivir y a la del litoral murciano, en donde se han localizado el enclave costero de Punta de los Gavilanes (Mazarrón), con abundante material fenicio, y los pecios de La Isla de Mazarrón y Punta de la Campana en Cartagena, de la misma cronología (Roldán *et alii*, 1994).

En nuestra opinión, la colonización fenicia, incluidos los viajes esporádicos previos a cualquier asentamiento definitivo en tierras extrañas (Alvar, 1990, 20; González Wagner, 1993, 451), aceleró un proceso que ya se estaba gestando desde el Bronce Reciente/Final, es decir, impulsó el aumento de la demanda comercial, utilizando para ello canales de distribución que ya existían y que, a pesar de su heterogeneidad y poca precisión cronológica, remiten a ambientes precoloniales (Ruiz Zapatero, 1992, 105). Recientes estudios sobre el Bronce Reciente/Final en la península Ibérica y el Mediterráneo central están poniendo de manifiesto la existencia de redes comerciales a larga distancia cuyo objeto principal de intercambio sería el metal aunque no el único (Ruiz Gálvez, 1998). Así, el modelo de comunidad de paso descrito por Hirth (citado por Ruiz Zapatero, 1983-84, 59) se ajusta a la realidad arqueológica del sur del País Valenciano, mientras que en el resto del territorio habrá que esperar al siglo VII a.C. para que los efectos de la colonización sean patentes (Bonet y Mata, en prensa).

2. APERTURA DE NUEVOS MERCADOS A PARTIR DEL SIGLO VII a.C.

El siglo VII a.C. inaugura en el País Valenciano la etapa conocida como Primera Edad del Hierro. La consolidación de las colonias peninsulares impulsó la necesidad de buscar nuevos mercados y más accesibles, de ahí la creación de asentamientos en la costa y la distribución de productos hacia el Norte del Mediterráneo occidental. La colonia fundada en Ibiza —Sa Caleta— fue un nuevo punto de apoyo para este comercio (Gómez Bellard, 1995, 762-770) y serán las desembocaduras de los ríos de la costa valenciana el lugar donde se encuentran los hallazgos submarinos que indican zonas de recalada.

En este siglo se va a producir una reestructuración del poblamiento, pues algunos de los lugares ocupados con anterioridad se abandonan, surgen otros nuevos y, lo que es más importante empiezan a consolidarse algunos asentamientos como lugares centrales de su territorio inmediato. Sin embargo, el proceso, lejos de ser uniforme, va a tener sus variantes en función de las peculiaridades del sustrato indígena y de la proximidad a los centros coloniales.

2.1. LA OCUPACIÓN INTENSIVA DEL TERRITORIO ENTRE LOS VALLES DE LOS RÍOS SEGURA Y VINALOPÓ: La ruta a lo largo del Segura, en cuya desembocadura se halla el yacimiento fenicio de la Fonteta, y su afluente el Guadalentín se conoce poco, pero aún así se puede seguir la progresión de los materiales importados hacia el interior (Roldán *et alii*, 1994).

Mejor documentada está la vía del Vinalopó, a pesar de la ausencia de prospecciones sistemáticas y de la falta de información sobre un asentamiento de gran importancia como es l'Alcúdia (Elx). Desde Peña Negra, y a través del Vinalopó, se distribuyen con fluidez los productos costeros —en El Monastil (Elda) se han encontrado restos de ánforas producidas tanto en Peña Negra como en las colonias (Poveda Navarro, 1994)—, llegando hasta su nacimiento y alcanzando los valles interiores de l'Alcoià a través de la Valleta d'Agres.

En la costa de la actual Dénia, no sólo hay un hallazgo submarino, sino que además se encuentra uno de los asentamientos más interesantes de este período —L'Alt de Benimaquia— (Gómez Bellard *et alii*, 1993). En este lugar se ha documentado, por primera vez, la producción de vino desde el siglo VII a.C., demostrando el grado de complejidad alcanzado por los indígenas. Los numerosos valles que penetran hacia el interior (comarcas de l'Alcoià-El Comtat) están jalonados de yacimientos de cronología similar a L'Alt de Benimaquia (Costa Chulbi, 1990; Castelló Marí y Costa, 1992).

2.2. LA BÚSQUEDA DE NUEVOS MERCADOS ENTRE LOS RÍOS XÚQUER Y PALÀNCIA: El río Xúquer y sus afluentes el Magro y el Cànyoles son también cami-

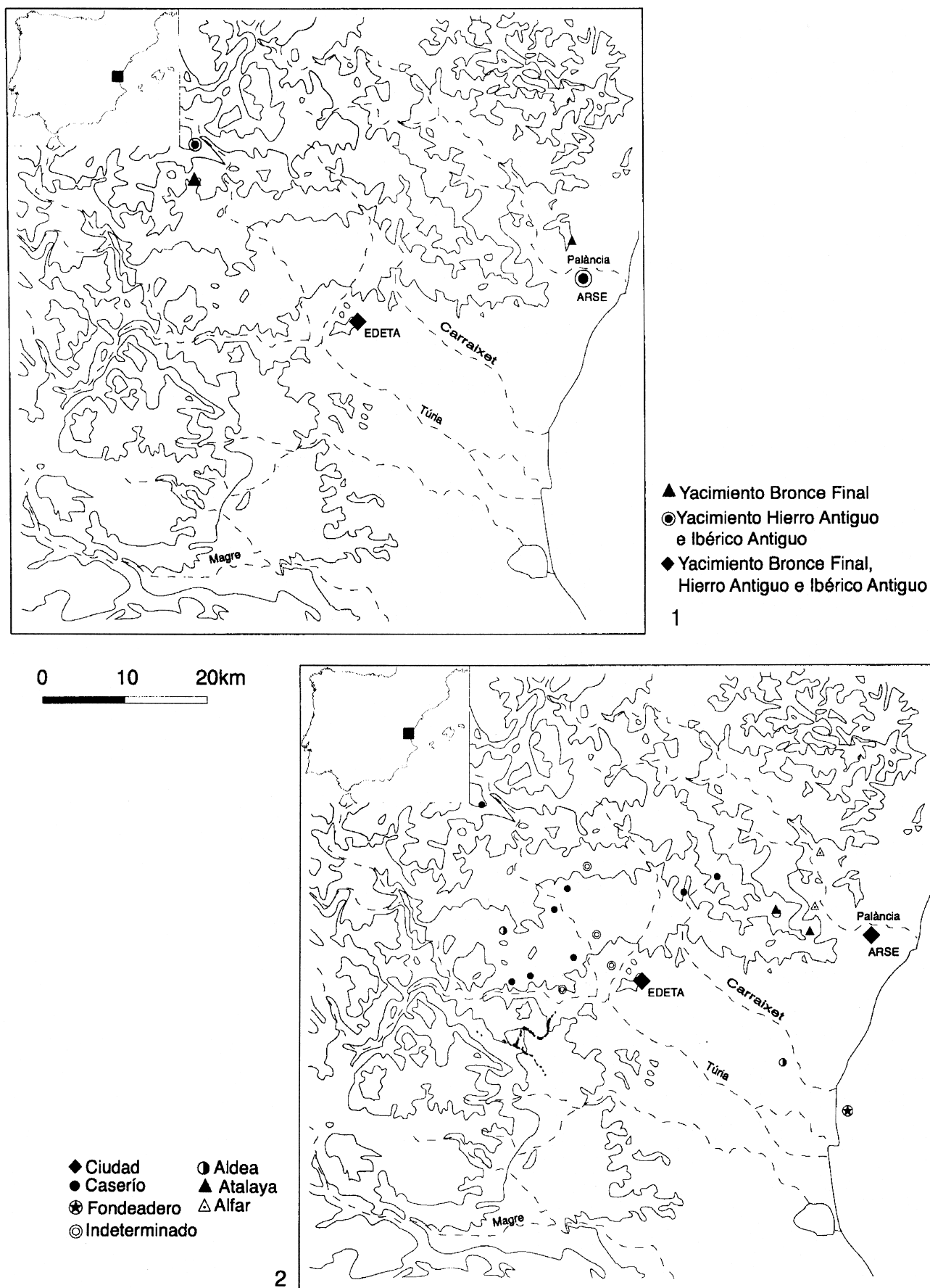


FIGURA 1.—Distribución del poblamiento en los territorios de Edeta y Arse/Saguntum (Datos de Arse según Martí Bonafé, 1998). 1: Hierro Antiguo. 2: Ibérico Antiguo.

nos naturales que se encuentran jalonados, desde su desembocadura, de asentamientos con cerámicas fenicias. Desde 1996, las excavaciones en L'Alter de Vint-i-huitena (Albalat de la Ribera) junto al Xúquer, están poniendo al descubierto un gran asentamiento en el que, además de la cerámica a mano indígena, hay un interesante conjunto de cerámicas fenicias⁸³. Remontando el río y a lo largo de su afluente el Magro, se encuentran otros dos asentamientos con cerámicas fenicias —La Carència (Torís), en primer lugar, y, más al interior, Kelin/Los Villares (Caudete de las Fuentes) (Mata Parreño, 1991, 29-32; Mata Parreño *et alii*, 1994-1996, fig. 9)—, siguiendo uno de los caminos de penetración hacia el interior.

Mucho más importante es el valle del Canyoles, por donde discurrió la vía Augusta en cuya entrada se encuentra Xàtiva, la futura Saiti ibérica, en donde se han encontrado varios fragmentos de ánforas y barniz rojo fenicio (Cerdà, 1989; Mata Parreño *et alii*, 1994-1996, 200, nota 13). A lo largo de este valle se han localizado también materiales fenicios (Pérez Ballester y Borredà, 1998, 141) pero, sobre todo, en el Castellar de Meca (Ayora) (Pla Ballester y Bonet, 1991), ciudad ibérica enclavada al final del valle, ya en la Meseta.

En el valle del río Palància, en cuya desembocadura se encuentra Arse/Saguntum, apenas se conocen restos fenicios (Rouillard, 1979, 69-70), sin embargo, recientes prospecciones están documentando yacimientos con cerámicas fenicias jalonando el río (Mata Parreño *et alii*, 1994-1996, fig. 16, Martí Bonafé, 1998).

El valle del Túria presenta una problemática distinta. Su tramo inferior desemboca en una llanura aluvial con un litoral de marjal, mayor en la antigüedad que hoy en día, que debió dificultar el poblamiento y la utilización de este río como vía de comunicación. En esta comarca, las cerámicas fenicias se concentran en el mayor núcleo, el Tossal de Sant Miquel (Llíria) antigua Edeta, siendo el resto de hallazgos testimoniales (fig. 1,1).

La información existente entre los ríos Xúquer y Palància nos muestra una situación similar a la zona meridional del País Valenciano, sin que exista, por el momento, un asentamiento colonial permanente. Los navíos fenicios recorrerían periódicamente la costa, fondeando en la desembocadura de los ríos, en cuyas proximidades se encontraría un asentamiento indígena que se encargaría de introducir los productos hacia el interior (fig. 3,1). Como en el siglo VIII a.C., pocos lugares recibieron, en un primer momento, objetos importados, como demuestran los datos proporcionados por las prospecciones desarrolladas en los territorios de las ciudades ibéricas de Edeta/Tossal de Sant Miquel y de Kelin/Los Villares.

2.3. UN POBLAMIENTO DISPERSO ENTRE LOS RÍOS PALÀNCIA Y EBRO: Las tierras al norte del río Millars

tienen numerosos asentamientos con cerámicas fenicias, que se ponen en relación con la fundación de la factoría de Sa Caleta y que se fechan a partir de la segunda mitad del siglo VII a. C. (Gracia Alonso *et alii*, 1994-1996; Oliver Foix, 1994-1996; Clausell Cantavella, 1995). Estos contactos comerciales producirán un cambio en el poblamiento indígena del Bronce Final, caracterizado por una cultura material con elementos de Campos de Urnas.

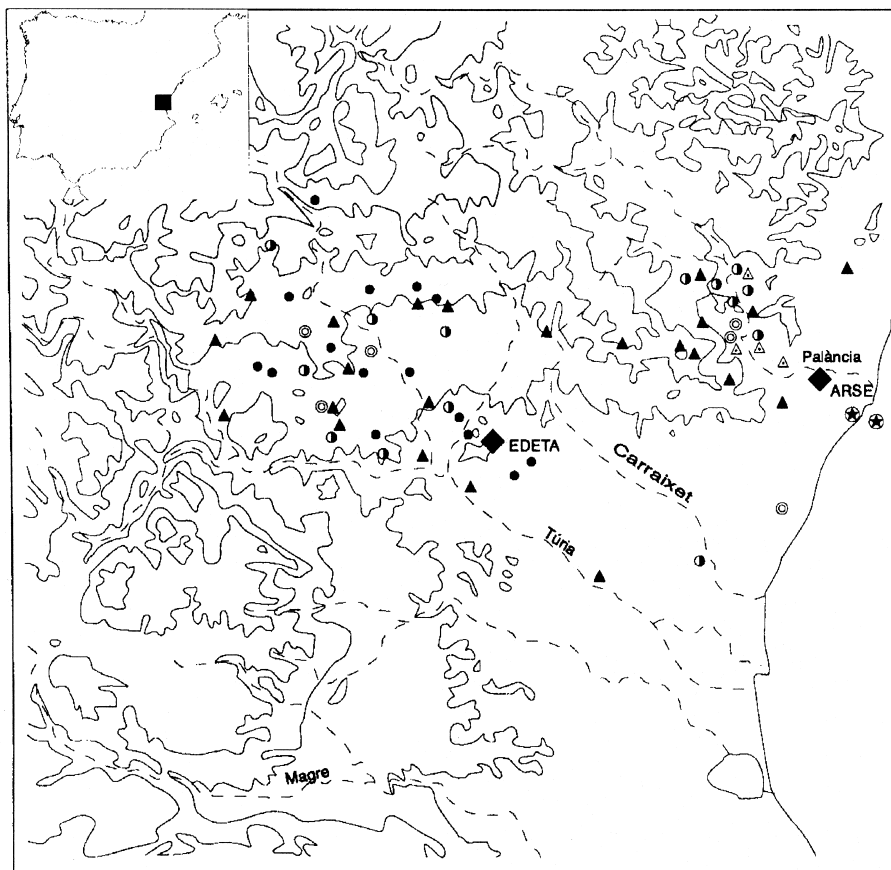
La estrecha franja costera de Castellón, surcada por valles transversales que, desde la costa, penetran hacia el interior, jugará un papel esencial en el intercambio de mercancías entre las poblaciones indígenas y los comerciantes foráneos, convirtiéndose estos pequeños valles (ríos Sénia, Cervol y Millars) en verdaderas rutas comerciales con grandes concentraciones de yacimientos. Esta organización dispersa parece responder a la explotación de las minas de hierro del Alto Maestrazgo y al control de las vías de penetración hacia las mismas. Otros hábitats, en cambio, como Puig de la Nau (Benicarló), Orpesa la Vella (Orpesa) y Vinarragell (Borriana) ya existían con anterioridad, por lo que el comercio colonial aprovechó estos asentamientos, situados en puntos estratégicos de comunicación, y que, probablemente, ya controlaban redes de distribución.

Para la mayoría de autores (Ruiz Zapatero, 1983-1984; Oliver Foix, 1994-1996) se puede hablar en esta etapa de una jerarquización del hábitat, con puntos de vigilancia dependientes de centros mayores, lo que supone una sociedad donde la jefatura vendría dada por el control del comercio o la explotación minera. Este modelo está bien documentado en las comarcas del curso inferior del Ebro (Asensio Vilaró *et alii*, 1994-1996) donde, para este período, se aprecian cuatro tipos de asentamientos distintos con funciones específicas, que reflejan la complejidad social de estos grupos, lo que implica la existencia de una autoridad que asegure el control del territorio y su explotación y de las rutas comerciales.

La situación entre los ríos Millars y Palància, es bien distinta. A mediados del siglo VII, y en relación con los primeros contactos foráneos, estaría el yacimiento de nueva planta de La Torrassa (La Vall d'Uixó) que, situado en una amplia llanura rica en mineral de hierro, debió tener un importante papel, dada su gran extensión y elevado número de cerámicas fenicias.

Si bien La Torrassa es un gran centro redistribuidor y punto de intercambio de mercancías auspiciado por la explotación del hierro, el Puig de la Nau y Vinarragell corresponderían a los denominados asentamientos de paso (Ruiz Zapatero, 1983-1984, 59) que controlaban el comercio, a través de los corredores naturales de comunicación entre áreas de riqueza agropecuaria y mineral y la costa, con la oferta de productos manufacturados (fig. 3,2). Este modelo se confirma con la existencia de puntos clave de tránsito, como El Torrelló (Almassora) a 5 km. de Vinarragell, que van jalonando el río Millars y definiendo las rutas hacia el interior

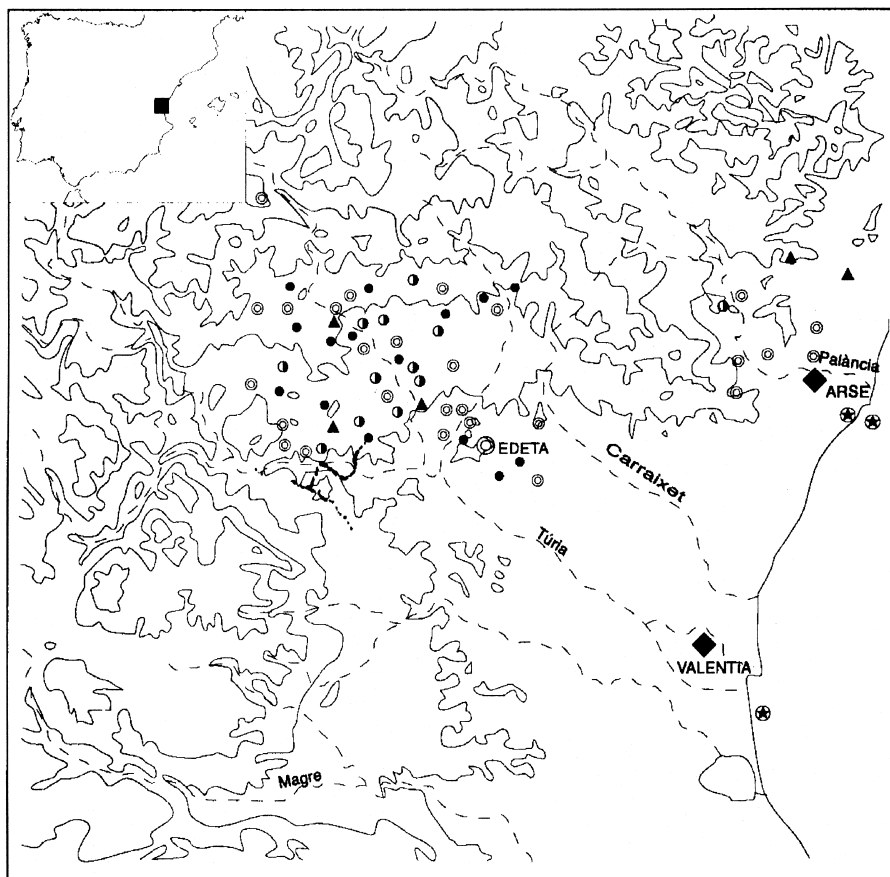
⁸³ Agradecemos a Xavier Vidal y Carmen Martínez, directores de las excavaciones, la información sobre este yacimiento.



3

0 10 20km

- ◆ Ciudad ▲ Atalaya
- Yacimiento mediano
- Yacimiento pequeño
- ⊕ Puerto y Fondeadero
- ⊙ Indeterminado



4

FIGURA 2.—Distribución del poblamiento en los territorios de Edeta y Arse/Saguntum (Datos de Arse según Martí Bonafé, 1998). 3: Ibérico Pleno. 4: Ibérico Final.

como ocurre con los enclaves fluviales, cada vez más frecuentes, que bordean el bajo Ebro, como Aldovesta (Benifallet), Barranc de Sant Antoni (Ginestar), etc. (Asensio *et alii*, 1994- 1996).

3. CONSOLIDACION Y CULMINACIÓN DE LOS TERRITORIOS IBÉRICOS: DEL SIGLO VI AL III A.C.

El siglo VI a.C. es la fecha que se puede considerar, a grandes rasgos, como la culminación del proceso de aculturación iniciado unos 200 años antes y que da lugar a lo que Alvar (1990, 24) llama una mutación. Esto es, el contacto entre dos comunidades cambia sustancialmente a la comunidad receptora porque acepta cambios, pero sin que haya una asimilación completa (González Wagner, 1993, 457-460).

En niveles de poblamiento, la consecuencia más inmediata es la formación de una serie de territorios autónomos con un hábitat jerarquizado y organizado alrededor de un lugar central. Este modelo, aunque con diferente patrón de asentamiento, se ha podido constatar, claramente, en dos comarcas valencianas, en torno al Tossal de Sant Miquel y Los Villares. A su vez, se está perfilando un modelo diferente al norte del País Valenciano, mientras que para las tierras meridionales se carece, de momento, de estudios territoriales en torno a los centros más importantes de este período como l'Alcúdia o el Monastil.

3.1. EL MODELO ENTRE LOS RÍOS EBRO Y PALÀNCIA: A partir del Ibérico Antiguo, en las tierras al sur del delta del Ebro, se aprecia una nueva estructuración del territorio que coincide con la decadencia del comercio colonial fenicio y las influencias de la iberización del sureste peninsular. Las excavaciones de la Moleta del Remei (Alcanar), el Puig de la Nau, el Puig de la Misericòrdia (Vinaròs) y las prospecciones realizadas en esa zona (Oliver Foix, 1994-1996 y 1996) muestran una organización territorial muy distinta a la de las zonas centrales del País Valenciano.

Durante el Ibérico Antiguo no hay grandes asentamientos de la categoría del Tossal de Sant Miquel o Los Villares, incluso algunos que fueron importantes, como La Torrassa, parecen no tener continuidad. Perdura el modelo de poblamiento gestado durante los siglos precedentes con poblados organizados en torno a la explotación de las minas, control de la costa y vías de penetración. Destaca, en el área del norte de Castellón, el Puig de la Nau como centro más importante por su potente sistema defensivo, por su mayor extensión (6.000 m²) y una variedad y calidad en las importaciones desconocida en otros lugares (Oliver Foix y Gusi, 1995). Su hegemonía, o capitalidad, en el litoral septentrional de Castellón se mantendrá hasta el final del siglo V o principios del siglo IV a.C., momento en el que se abandona, como ocurre con muchos otros poblados del área catalana y del sur de Francia, produciéndose un

cambio total en la organización territorial. Así, en los territorios costeros al sur del Ebro se da un vacío poblacional, con la excepción de la Moleta del Remei. Esta disminución de poblamiento, con una reducción del número de hábitats respecto a la etapa anterior, pero de mayor extensión (entre 900 y 7.000 m²), contrasta con el auge que se observa en el resto del País Valenciano (Oliver Foix, 1996, 129).

Este vacío podría explicarse como consecuencia de un basculamiento del poder económico hacia otros centros más meridionales y costeros, de los que se carecen estudios territoriales, como Torre La Sal (Cabanes) (4 ha), El Solaig (Betxí) (2 ha) o la Punta de l'Orleil (La Vall d'Uixó) (de 3'5 a 4 ha) (Oliver Foix, 1996, 129; García Fuertes, 1998), que tomarán mayor protagonismo a partir del siglo IV a.C.

Finalmente, ya en tierras claramente edetanas, la ciudad de *Arse/Saguntum*, controla un territorio que se corresponde aproximadamente con lo que será el *ager saguntinum* y la actual comarca del Baix Palància. Presenta un modelo de poblamiento distribuido a lo largo del curso fluvial del Palància en donde se distinguen cuatro categorías de asentamientos entre los 24 yacimientos prospectados (Martí Bonafé, 1998, 231-241): la ciudad de Arse/Saguntum con una extensión entre 8 y 10 ha; una segunda categoría con un solo yacimiento, El Rabosero (Torres Torres), de 5 ha; los oppida medianos (3) entre 0'5 y 1 ha; y un cuarto grupo de asentamientos (17) que no superan los 2500 m² y de función muy variada en el que se diferencian, a su vez, el puerto del Grau Vell, las atalayas (8), los alfares (4) y los pequeños asentamientos (9) (fig. 2 y 3).

3.2. EL TERRITORIO DE EDETA/TOSSAL DE SANT MIQUEL: El Tossal de Sant Miquel se halla en el centro de una amplia llanura aluvial limitada por la sierra Calderona, al noroeste, la llanura litoral mediterránea, por el este, y el río Túria, por el sur. En este territorio de unos 900 km², la prospección sistemática ha proporcionado datos que muestran un territorio poco poblado durante los siglos VIII-VII a.C., pero con un centro, el Tossal, que es el mayor asentamiento de la comarca, el único que tiene niveles del Bronce Medio/Reciente, y que va a centralizar las escasas importaciones del momento (Bonet Rosado, 1995) (fig.1,1b).

El territorio de la ciudad de Tossal de Sant Miquel, ya en el siglo VI a.C., aparece claramente jerarquizado, perfilándose el patrón de asentamiento propio del Ibérico Pleno. Se fundan, ex novo, dos poblados en el llano La Seña (Villar del Arzobispo) y el Tos Pelat (Montcada), de 8.000 m² y 1'5 ha de superficie respectivamente. Este último es uno de los más cercanos a la costa y, dada la cantidad y variedad de la cerámica importada que concentra (Burriel Alberich, 1997, 72), podría ser el lugar que canalizara los productos costeros hacia la ciudad; en este sentido hay que señalar que también es el yacimiento más próximo al fondeadero de La Malva-Rosa, donde hay ánforas griegas y etruscas

de los siglos VI y V a.C. (Fernández Izquierdo *et alii*, 1988). Como ya había sucedido en el siglo VII a.C., sólo los yacimientos mayores reciben los nuevos productos comerciales de origen griego: Tossal de Sant Miquel y Tos Pelat. Entre la segunda mitad del siglo VI a.C. y primera mitad del V a.C., se aprecia un aumento de la densidad de población que comienza a extenderse por los piedemontes de las sierras y los llanos de Casinos y del Villar, antes deshabitados. Una docena de nuevos asentamientos de pequeño tamaño, desgraciadamente muy roturados cuyas superficies parecen no superar los 1.000 m², buscan, preferentemente, la ubicación en las tierras bajas (fig.1,2b).

En la segunda mitad o finales del siglo V, coincidiendo con el inicio del Ibérico Pleno, el modelo de organización del territorio en torno a Edeta está plenamente configurado, no apreciándose, a lo largo de los siglos IV y III, cambios sustanciales ni en el patrón de asentamiento ni en los propios hábitats (Bonet, 1995, 522-525). El aumento de pequeños y medianos núcleos de población es espectacular pasando de los 12 de la etapa anterior a 50, de los cuales se pueden medir y clasificar sin ninguna duda 39. Las excavaciones en la propia Edeta, en los poblados de La Seña y la Monravana (Llíria), en el caserío del Castellet de Bernabé (Llíria) y en el fortín defensivo del Puntal dels Llops (Olocau), permiten establecer cuatro categorías de asentamientos en este territorio. El Tossal de Sant Miquel, con una superficie en torno a las 10 ha, se convierte en una opulenta ciudad que controla política y económicamente su territorio; los pueblos o aldeas (8), con superficies entre 5000 m² y 2 ha, se instalan en cerros de poca altura, o en el llano, en terrenos de fácil explotación; los caseríos (15), o granjas fortificadas, son pequeñas explotaciones agrícolas de entre 1000 y 2500 m²; y, finalmente, los fortines (15), pequeños recintos entre 500 m² y 2500 m², que distribuidos en puntos clave de visibilidad crean una red defensiva de vigilancia y defensa de las granjas, pueblos y tierras cultivables (fig. 2,3).

3.3. EL TERRITORIO DE KELIN/LOS VILLARES: El territorio de Los Villares está bastante más alejado de la costa pues se sitúa en el primer escalón meseteño, a unos 800 m s.n.m. de altitud media, a pesar de lo cual se puede acceder a él con relativa facilidad a través del río Magro. Se encuentra bien delimitado geográficamente por el río Cabriel, al Suroeste, y las Sierras del Tejo y Malacara al Noreste, configurando un espacio de unos 1500 km².

El estudio del poblamiento se encuentra en una fase preliminar, pero las excavaciones que se desarrollan en Los Villares permiten observar la evolución del asentamiento desde mediados del siglo VII a.C. hasta la primera mitad del I a.C.

Desconocemos el poblamiento durante el Bronce Final, pero en el siglo VII a.C. se han localizado sólo dos yacimientos, uno de ellos el propio Villares con

dos niveles de habitación fechados en el siglo VII a.C. por las importaciones fenicias. Este dato, junto con los del poblamiento, señalan que sólo un asentamiento monopoliza todos los beneficios del comercio colonial, que debía llegar a través de los poblados que jalonan el Xúquer y el Magro, sin descartar otras posibilidades (Mata Parreño, 1991, 200).

El panorama cambia radicalmente en el siglo VI a.C. contabilizándose 34 yacimientos, entre los que se incluyen los dos conocidos con anterioridad. En Los Villares la cerámica es a torno en un 70%, porcentaje entre el que hay que contabilizar las importaciones que ahora se diversifican con la llegada de los primeros productos griegos (Mata, 1991, 192). Como sucedía en el siglo anterior, y en el Tossal de Sant Miquel, Los Villares vuelve a monopolizar los objetos más valiosos que en este caso son las cerámicas griegas, mientras que las ánforas fenicias tienen una distribución mayor, localizándose en 14 asentamientos.

El Ibérico Pleno es también el momento de la ocupación y explotación más intensa del territorio, conociéndose 101 yacimientos, de los que sólo 20 tienen materiales del s. VI a.C. La jerarquización es evidente pues sólo Los Villares tiene una superficie cercana a las 10 ha, mientras que el resto oscila entre las 3 ha y los 800 m². Con pocas excepciones se ubican en suaves laderas y zonas llanas, cerca de cursos de agua, donde se encuentran los mejores suelos.

3.4. EL POBLAMIENTO EN TORNO A LA SERRETA: Las comarcas de l'Alcoià, el Comtat, la Foia de Castalla y la Vall d'Albaida constituyen una gran unidad morfoestructural, al norte de la provincia de Alicante, formada por las cordilleras del denominado Prebético Meridional que, con relieves de orientación SO-NE, dejan entre ellas estrechos y alargados valles cuyo único elemento de discontinuidad es el valle del río Serpis.

El modelo de poblamiento en esta comarca durante la Primera Edad del Hierro está en fase de estudio viéndose que los materiales fenicios se recogen, en seis yacimientos situados en el llano a excepción del Puig (Alcoi) (Martí Bonafé y Mata, 1992; Espí Pérez y Moltó, 1997, 89). Durante el Ibérico Antiguo, los materiales fenicios se recogen en los yacimientos más grandes como Cabeço de Mariola (Alfafara) (3 ha), Covalta (Albaida) (1'5 ha), la Serreta (Alcoi) (2,5 ha) o el Puig (3 ha) mientras que el resto de asentamientos muestra un doble modelo: por un lado, pequeños poblados situados en altos cerros, en torno a los 1000 m, con amplia visibilidad; y pequeños núcleos establecidos en llano o laderas suaves con una posible vocación agrícola (Grau Mira, 1998, 309).

A finales del siglo V, aumenta la densidad de población destacando, en la cúspide de la escala jerárquica, 8 núcleos fortificados, situados en altos cerros y equidistantes entre sí, con superficies que oscilan entre 1'5 y 3 ha. Los más importantes, como Cabeço de Mariola, Covalta, el Puig o la Serreta ya existían en

la etapa anterior pero se crean otros nuevos como el Xarpolar (Vall de Gallinera) o Pixòcol (Balones). El resto de los asentamientos subordinados de ellos sigue el modelo de la etapa anterior, es decir, pequeños poblados de función estratégica y pequeños hábitats en el llano junto a las tierras fértiles.

Este modelo, a fines del siglo IV o inicios del siglo III a.C., varía y el patrón de asentamiento basado en oppida medianos, que no llegan a 4 ha, se modifica, abandonándose algunos de los centros más importantes, como el Puig o Covalta, para destacar como capital de todo el territorio La Serreta. Esta ciudad pasa de 2'5 ha a 5'5 ha, remodelándose todo el antiguo núcleo, a la vez que su hinterland vive un crecimiento de población que afecta, sobre todo a los hábitats pequeños situados en alturas medias, que complementan el control de los oppida, y a los ubicados en el llano, de carácter agrícola (Grau Mira, 1998, 313; Olcina Doménech *et alii*, 1998, 42-43).

Como se puede observar el núcleo principal de este territorio, La Serreta, sólo alcanza una superficie considerable, de casi 6 ha, en el siglo III a.C., por lo que resulta difícil saber si, a su vez, dependería de otro núcleo mayor, que podrían ser las ciudades contestanas de l'Alcudia/Ilici o Saiti (Olcina Doménech *et alii*, 1998, 43; Soria Combadiera y Dfies, 1998, fig. 3).

4. UN CAMBIO GENERALIZADO EN LA ORGANIZACIÓN DEL TERRITORIO: EL SIGLO II A.C.

4.1. ÁREA SEPTENTRIONAL DEL PAÍS VALENCIANO: En las tierras más septentrionales de Castellón, la nueva situación económica implantada por Roma llevará a una gran revitalización de los hábitats, por ejemplo en la zona costera del Bajo Maestrazgo pasará de haber un solo yacimiento (Moleta del Remei) a diez, entre ellos el Puig de la Misericòrdia. A finales del siglo II, ambos yacimientos se abandonan y en la primera mitad del siglo siguiente se deshabitan completamente el resto de asentamientos ibéricos desmantelándose la estructura indígena (Oliver Foix, 1996, 131-132). El aumento demográfico a partir del siglo II se aprecia también en el yacimiento de la Moleta dels Frares (El Forcall), la futura Lesera (Arasa i Gil, 1987) ubicada prácticamente en tierras turolenses, cuyo núcleo ibérico no debió de ser muy grande, dada la escasa dispersión de materiales, pero que en la etapa ibero-romana alcanza las 6 ha. Con la romanización, la mayoría de los poblados del área estudiada se abandonan, excepto los de mayor superficie, afectando el cambio de modelo sólo a la base, es decir, a los asentamientos menores, precisamente los más numerosos.

En las comarcas meridionales y centrales de Castellón, en el tránsito del siglo III al II a.C., los núcleos mayores como el Solaig o la Punta d'Orleil se destruyen observándose en el resto del poblamiento una doble tendencia a lo largo de todo el siglo II: por un

lado, de 44 yacimientos prospectados, 26 tienen materiales del siglo IV a.C. lo que indica una continuidad de ocupación; mientras que por otro lado se observa la creación de nuevos asentamientos de tamaño pequeño, sin fortificar, situados en lomas o laderas (Arasa i Gil, 1995, 176).

En la ciudad de Saguntum, la etapa republicana supuso el inicio de su monumentalización con la reconstrucción de parte de la muralla, la edificación del foro y la revitalización de su puerto (Aranegui Gascó, 1995; Pascual Buyé y Aranegui, 1993), pero carecemos de datos sobre el poblamiento en esta época.

4.2. LOS TERRITORIOS DE EDETA Y KELIN: En ambos territorios este cambio es drástico, sufriendo las dos grandes ciudades, a inicios del siglo II, una destrucción violenta, de la cual Los Villares, en el interior, se recuperará en su propio solar y verá consolidar su posición mediante la acuñación de moneda. Su verdadera decadencia se producirá con las guerras sertorianas (Ripollès Alegre, 1983, 404- 413).

Un panorama muy distinto ofrece su territorio, constatándose una reducción considerable de los lugares habitados que pasan de 101 a 53, de los que más de la mitad (36) son de nueva planta. No obstante, el patrón no cambia pues los hábitats siguen localizándose en laderas suaves y zonas llanas, junto a cursos de agua.

En cuanto al territorio de Edeta, la destrucción de la red defensiva de fortines que controlaban su territorio arrastró en su caída a la ciudad y con ella sucumbieron la mayoría de los asentamientos ubicados en las tierras cultivables, ya fueran aldeas o caseríos. A lo largo del siglo II, el poblamiento se reestructura en un nuevo modelo de explotación agrícola donde la ciudad, trasladada al llano (Lliria), continúa siendo la capital política y económica de la comarca. De un total de 55 yacimientos perduran 14 de la etapa anterior, configurando una nueva población rural, más dispersa, de hábitats pequeños, sin fortificar, que se ubican en el llano y en los piedemontes (fig. 2, 4).

Este patrón, que se forma a lo largo del siglo II, perdurará todo el I y tendrá su continuidad en las villas romanas ya de época imperial, con una mayor densidad de población y ocupación del terreno cultivable.

4.3. EL MODELO CONTESTANO DE LA SERRETA: Finalmente, el modelo en torno a la Serreta también se arruinará, en los primeros años de la dominación romana, cuando se produzca la repentina destrucción de la ciudad. Frente al violento final del centro más importante, se da una pervivencia de la mayoría de los núcleos ibéricos que sólo con el paso del tiempo, y a lo largo de los siglos II y I a.C., irán abandonándose y estableciéndose en el llano. En esta etapa, y en los territorios circundantes, el fenómeno más destacado será la fundación de ciudades romanas sobre ibéricas, como se documenta en *Saitabi*, *Lucentum* o *Ilici*, (Olcina Doménech *et alii*, 1998).

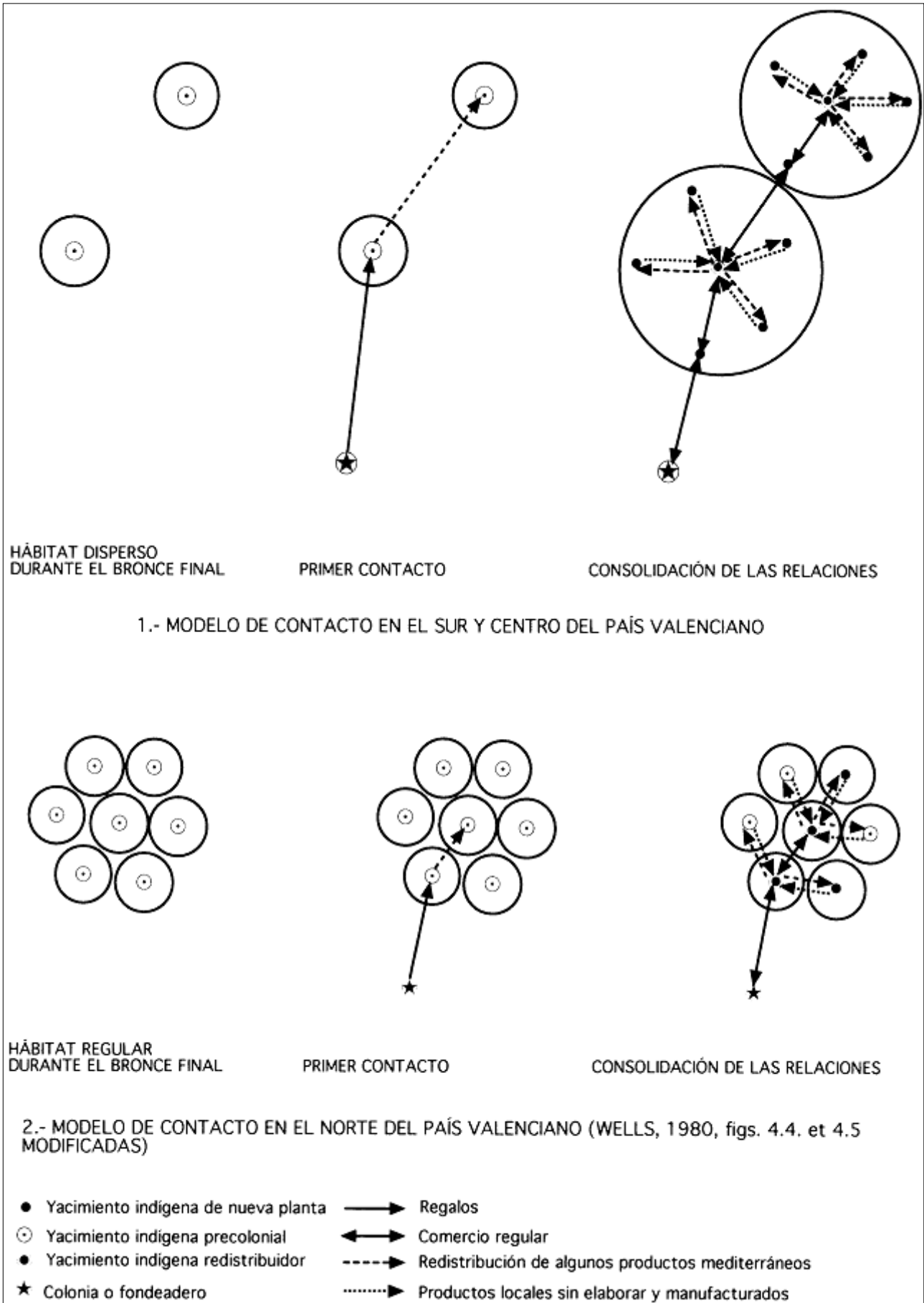


FIGURA 3.—Modelos de contacto con el mundo colonial en el País Valenciano.

5. CONCLUSIONES

La forma alargada y estrecha del territorio estudiado y las diferencias de sustrato del Bronce Final provocan una clara diferenciación en los modelos de contacto e intercambio con el mundo colonial (fig. 3) que, a su vez, condicionarán la configuración, a partir del siglo VI, de los estados ibéricos.

Las comarcas meridionales están mediatizadas por el impacto colonial directo, con asentamientos permanentes (La Fonteta) y, por ello, el contacto es más temprano y rápido; una vez establecida la primera relación mediante regalos a los jefes locales, los intercambios se canalizan al interior a través de un asentamiento (Penya Negra) que va a ser el máximo beneficiario del comercio exterior (fig. 3,1).

Las comarcas centrales inician el contacto de forma similar; los primeros objetos sólo llegan a los lugares centrales (*Edeta*, *Arse*, *Kelin* y *Saiti*) desde los cuales, en un segundo momento, se distribuyen alrededor. Este papel de control en la distribución se utiliza para mantener y consolidar una red de asentamientos dependientes que explotan el territorio en beneficio del lugar central (fig. 2,1). La diferencia con las comarcas meridionales estriba en la ausencia de un asentamiento colonial permanente y en una fecha de inicio más tardía.

En el modelo septentrional, la distribución del poblamiento en pequeños núcleos del Bronce Final se mantiene con la llegada de los productos coloniales y, si bien, la introducción se hace también a través de determinados puntos costeros (Vinarragell, Puig de la Nau), la redistribución es mucho más regular, sin que estos asentamientos consigan un control completo de la red (fig. 3,1).

Esta diferenciación geográfica entre el norte y el resto del País Valenciano se mantendrá a lo largo de todo el periodo ibérico. Desde los inicios del Ibérico Antiguo, en tierras alicantinas y valencianas, las grandes ciudades, entre las 8 y 10 ha, son la capital de un amplio territorio (*Edeta* 900 km², *Kelin* 1500 km²) cuyo poblamiento aparece estructurado jerárquicamente en asentamientos de menor categoría y de funcionalidades distintas (carácter defensivo, agrícola, comercial/portuario o religioso) sobre el que ejercen su poder político y económico. Por el contrario, en la franja costera de Castellón, no hay centro alguno de la categoría de los anteriormente citados y el poblamiento se estructura en torno a oppida entre 0'6 ha y 4 ha que controlan territorios no muy extensos.

Este doble modelo se mantendrá hasta el siglo II, momento a partir del cual se produce una importante cambio en el patrón de asentamiento y en la organización de los territorios ibéricos, ahora bajo la administración romana, El aumento de población queda reflejado en un habitat disperso de pequeñas explotaciones agrarias (futuras villas) y en una revitalización de la mayor parte de los grandes centros ibéricos (Ilici,

Saitabi, *Saguntum*, *Kelin*), si bien otros decaen y se abandonan, como *Edeta* o *La Serreta*.

6. BIBLIOGRAFÍA

- ALVAR, J. 1990: «El contacto intercultural en los procesos de cambio». *Gerión*, 8, Madrid, 11-27.
- ARANEGUI GASCÓ, C. 1995: «Un ánfora de TR. LOISIO en Sagunto (Valencia)». *Extremadura Arqueológica*, V, Cáceres- Mérida, 247-263.
- ARASA I GIL, F. 1987: *Lesera (La Moleta dels Frares, el Forcall)*. Estudi sobre la romanització a la comarca dels Ports. Monografies de Prehistòria i Arqueologia Castellonenques, 2, Castelló.
- ARASA I GIL, F. 1995: *Territori i poblament en època romana a les comarques septentrionals del litoral valencià*. Tesis doctoral. Universitat de València.
- ARTEAGA MATUTE, O.; SERNA, M. R. 1979-1980: «Las primeras fases del poblado de Los Saladares (Orihuela, Alicante). Una contribución al estudio del Bronce Final en la Península Ibérica (Estudio crítico 1)». *Ampurias*, 41-42, Barcelona, 65-137.
- ASENSIO VILARÓ, D.; BELARTE, M. C.; FERRER, C.; NOGUERA, J.; SANMARTÍ, J.; SANTACANA, J. 1994-1996: «El poblament de les comarques del curs inferior de l'Ebre durant el Bronce Final i la Primera Edat del Ferro». *Taula Rodona «Models d'ocupació, transformació i explotació del territori entre el 1600 i el 500 a.n.e. a la Catalunya meridional i zones limítrofes de la depressió de l'Ebre»* (Sant Feliu de Codines, 1994), Gala, 3-5, Sant Feliu de Codines, 301-317.
- BONET ROSADO, H. 1995: *El Tossal de Sant Miquel de Lliria. La antiga Edeta y su territorio*. València.
- BONET ROSADO, H.; MATA PARREÑO, C. en prensa: «Habitat et territoire au Premier Age du Fer en Pays Valencien». Colloque Internationale «Mailhac et le Premier Age du fer en Europe occidentale», Carcassonne, 1997.
- BURRIEL ALBERICH, J. M. 1997: «Aproximació a la ceràmica ibèrica d'el Tos Pelat de Montcada, L'Horta nord de València». *Recerques del Museu d'Alcoi*, 6, Alcoi, 71-85.
- CASTELLÓ MARÍ, J. S.; COSTA, P. 1992: «El jaciment ibèric de Coll de Pous». *Aguaites*, 8, Estiu, 7-19.
- CERDÀ, J. M., 1989: «La Solana del Castell de Xàtiva». *Papers de la Costera*, 6, Juny, Xàtiva, 37-46.
- CLAUSELL CANTAVELLA, G. 1995: «Nuevos hallazgos fenicios en la provincia de Castellón». *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 16, 93-106.
- COSTA CHOLVI, P. 1990: «Aportació a l'estudi de la distribució espacial del poblament ibèric a la Marina Alta». III *Congrés d'Estudis de la Marina Alta* (Dénia, 1989), Dénia, 119- 128.
- ESPÍ PÉREZ, I.; MOLTÓ GISBERT, S. 1997: «Revisió cronològica de la ceràmica feta a torn del Puig

- d'Alcoi». *Recerques del Museu d'Alcoi*, 6, Alcoi, 87-98.
- FERNÁNDEZ IZQUIERDO, M. A.; GÓMEZ BELLARD, C.; RIBERA, A. 1988: «Las ánforas griegas, etruscas y fenico-púnicas en las costas del País Valenciano». *Navies and commerce of the greeks, the carthaginians and the etruscans in the Tyrrhenian Sea* (Ravello, 1987), PACT, 20, Rixensart, 317- 333.
- GARCÍA FUERTES, J. M. 1998: «La Punta d'Orleyl (La Vall d'Uixó, Castellón): un ejemplo de espacio de poder». *Los Iberos. Principes de Occidente. Estructuras de poder en la sociedad ibérica*, (Barcelona, 1998). Barcelona, 115-128.
- GARCÍA MENÁRGUEZ, A. 1995: «Avance sobre las excavaciones en yacimientos con fases del Hierro Antiguo en el tramo final del río Segura (Guardamar del Segura, Alicante)». *XXII Congreso Nacional de Arqueología* (Vigo, 1993), II, Vigo, 225- 229.
- GÓMEZ BELLARD, C. 1995: *Baléares. La civilisation phénicienne et punique*. Manuel de recherche, Leiden-New York-Köln, 762- 775.
- GÓMEZ BELLARD, C.; GUÉRIN, P.; PÉREZ, G., 1993: «Témoignage d'une production de vin dans l'Espagne préromaine.» *La production du vin et de l'huile en Méditerranée de l'Age du Bronze à la fin du XVIème siècle.*(Aix- en- Provence- Toulon, 1991), *Bulletin de Correspondance Hellénique*, suppl. XXVI, París, 379-395.
- GONZÁLEZ PRATS, A. 1993: «Quince años de excavaciones en la ciudad protohistórica de Herna (La Peña Negra, Crevillente, Alicante)». *Saguntum*, 26, València, 181-188.
- GONZÁLEZ PRATS, A.; RUIZ, E.; GARCÍA, A. 1999: «La Fonteta. 1997. Memoria preliminar de la 2.ª campaña de excavaciones ordinarias en la ciudad fenicia de la desembocadura del río Segura, Guardamar (Alicante)». *Actas del I Seminario Internacional sobre temas fenicios. Alicante, 1999*. Alicante, 257-301.
- GONZÁLEZ WAGNER, C. 1993: «Metodología de la aculturación. Consideraciones sobre las formas del contacto cultural y sus consecuencias». *Homenaje a J. M. Blázquez*, I, Madrid, 445-464.
- GRACIA ALONSO, F.; MUNILLA, G.; GARCÍA LÓPEZ, E. 1994-1996: «El periodo ibérico I en la comarca del Montsià. Poblamiento y organización del territorio». *Taula Rodona «Models d'ocupació, transformació i explotació del territori entre el 1600 i el 500 a.n.e. a la Catalunya meridional i zones limítrofes de la depressió de l'Ebre»* (Sant Feliu de Codines, 1994), Gala, 3-5, Sant Feliu de Codines, 363-385.
- GRAU MIRA, I. 1998: «Aproximación al territorio de época ibérica plena (ss. VI-II a.C.) en la región centro meridional del País Valencia». *Arqueología del Paisaje*. Arqueología Espacial 19-20, Teruel, 309-321.
- MARTÍ BONAFÉ, M. A. 1998: *El área territorial de Arse-Saguntum en época ibérica*. València.
- MARTÍ BONAFÉ, M. A.; MATA, C. 1992: «Cerámicas de tipo fenicio occidental en las comarcas de L'Alcoià y El Comtat (Alacant)». *Saguntum*, 25, València, 103-117.
- MATA PARREÑO, C. 1991: *Los Villares (Caudete de las Fuentes, Valencia): origen y evolución de la Cultura Ibérica*. Trabajos Varios del S.I.P., 88, València.
- MATA PARREÑO, C.; MARTÍ, M. A.; IBORRA, M. P. 1994-1996: «El País Valencià del Bronze Recent a l'Ibèric Antic: el procés de formació de la societat urbana ibèrica». *Taula Rodona «Models d'ocupació, transformació i explotació del territori entre el 1600 i el 500 a.n.e. a la Catalunya meridional i zones limítrofes de la depressió de l'Ebre»* (Sant Feliu de Codines, 1994), Gala, 3-5, Sant Feliu de Codines, 183-217.
- OLCINA DOMÉNECH, M.; GRAU, I; SALA, F.; MOLTÓ, S.; REIG, C.; SEGURA, J. M. 1998: «Nuevas aportaciones a la evolución de la ciudad ibérica: el ejemplo de la Serreta». *Los Iberos. Principes de Occidente. Estructuras de poder en la sociedad ibérica* (Barcelona, 1998). Barcelona, 35-46.
- OLIVER FOIX, A. 1994-1996: «Bronze Final-Hierro Antiguo ¿Un periodo de transición?». *Taula Rodona «Models d'ocupació, transformació i explotació del territori entre el 1600 i el 500 a.n.e. a la Catalunya meridional i zones limítrofes de la depressió de l'Ebre»* (Sant Feliu de Codines, 1994), Gala, 3-5, Sant Feliu de Codines, 219-229.
- OLIVER FOIX, A., 1996: *Poblamiento y territorio protohistóricos en el llano litoral del baix Maestrat*. Castelló.
- OLIVER FOIX, A.; GUSI, F. 1995: *El Puig de la Nau. Un hàbitat fortificat ibèric en el àmbit mediterràneo peninsular*. Monografies de Prehistòria i Arqueologia Castellonenques, 4, Castelló.
- PASCUAL BUYÉ, I.; ARANEGUI, C. 1993: «Una torre defensiva de época republicana en el Castell de Sagunt». *Saguntum*, 26, València, 189-203.
- PÉREZ BALLESTER, J.; BORREDA, R.: «El poblamiento ibérico del Valle del Canyoles. Avance sobre un proyecto de evolución del paisaje en la comarca de la Costera (Valencia)». *Saguntum*, 31, València, 133-152.
- PLA BALLESTER, E.; BONET, H. 1991: «Nuevos hallazgos fenicios en yacimientos valencianos (España)». *Festchrift für Wilhelm Schüle zum 60 geburstag*. Veröffentlichung des Vorgeschichtlichen Seminars Marburg, 6- Internationale Archäologie, 1, Malburg, 245-258.
- POVEDA NAVARRO, A. M. 1994: «Primeros datos sobre las influencias fenicio-púnicas en el corredor del Vinalopó (Alicante)». *Biblioteca Básica Murciana, extra*, 4, Murcia, 489-502.
- RIPOLLÉS ALEGRE, P. P., 1983: *La circulación monetaria en la Tarraconense mediterránea*. Trabajos Varios del S.I.P., 77, Valencia.
- ROLDÁN BERNAL, B.; PERERA, J.; SANTOS, B.; FRUTOS, J.; PINEDO, J. 1994: «El fondeadero de la playa de la Isla. Avance preliminar». *Biblioteca Básica Murciana, extra*, 4, Murcia, 503- 516.

- ROUILLARD, P. 1979: *Investigaciones sobre la muralla ibérica de Sagunto (Valencia)*. Trabajos Varios del S.I.P., 62, Valencia.
- RUIZ GÁLVEZ, M. 1998: *La Europa atlántica en la Edad del Bronce*. Barcelona.
- RUIZ ZAPATERO, G. 1983-1984: «El comercio proto-colonial y los orígenes de la iberización: dos casos de estudio, Bajo Aragón y la Cataluña interior». *Kalathos*, 3-4, Teruel, 51- 70.
- RUIZ ZAPATERO, G., 1992: «Comercio protohistórico e innovación tecnológica: la difusión de la metalurgia del hierro y el torno de alfarero en el N.E. de Iberia.» *Gala*, Sant Feliu de Codines, 103-116.
- SORIA COMBADIERA, L.; DíES, E.: «Análisis de un espacio de frontera: el noroeste de la Contestania en el siglo IV. Primeras aproximaciones». *Los Iberos. Principes de Occidente. Estructuras de poder en la sociedad ibérica*. (Barcelona, 1998), Barcelona, 425-435.

ETNIAS Y POBLAMIENTO EN EL ÁREA IBÉRICA DEL VALLE MEDIO DEL EBRO: SEDETANOS Y EDETANOS

FRANCISCO BURILLO MOZOTA

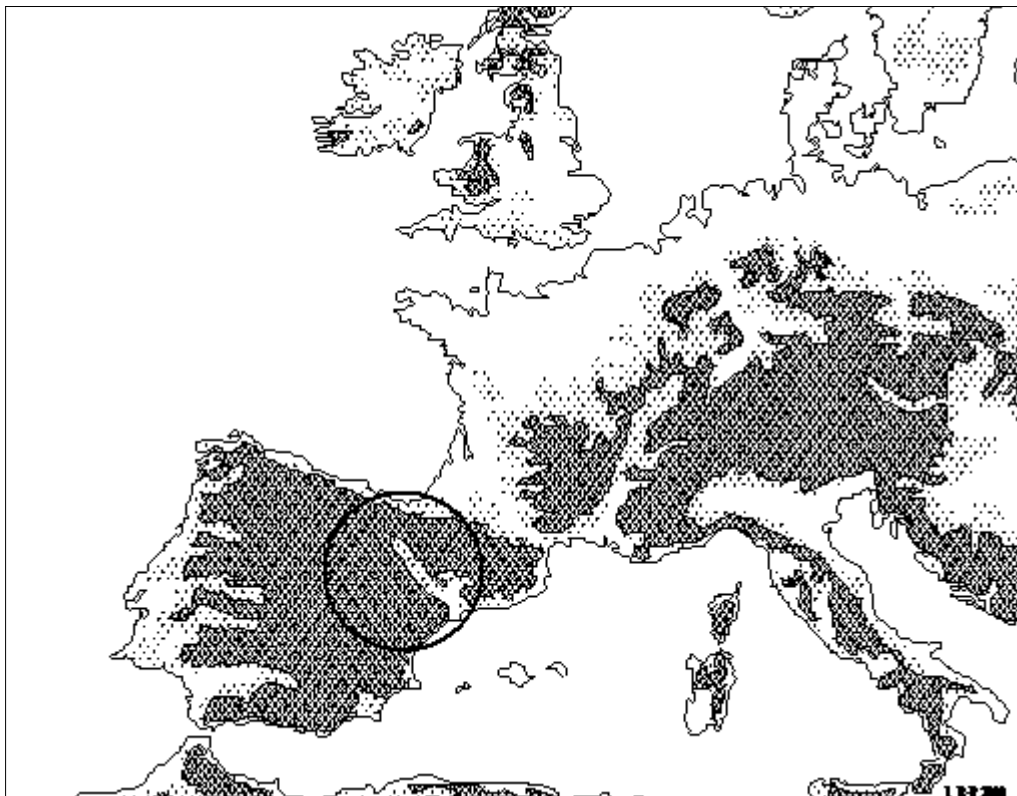
Seminario Arqueología y Etnología Turolense, Facultad de Humanidades y CC.SS. de Teruel

ABSTRACT

The article deals with a study of the variations existing in the ethnic groups in the Ebro middle valley, from the beginning of the first millennium B.C. to their transformation into different regions in the roman imperial period.

RESUMEN

Este artículo presenta un estudio de las variaciones existentes en las etnias del Valle Medio del Ebro, desde el inicio del primer milenio hasta su conversión en diferentes regiones en época imperial romana.



1. INTRODUCCIÓN

Son ya abundantes los estudios realizados sobre las etnias que habitaron el valle del Ebro, en concreto los referentes a los sedetanos y edetanos. En este trabajo se pretende presentar una visión diacrónica del concepto de etnia en este territorio. Existe una neta diferenciación entre las formaciones sociales surgidas en la primera mitad del primer milenio a. C, y las que posteriormente se generan a partir de las ciudades, como los sedetanos de *Sedeis*. La amplia configuración que Ptolomeo da a los edetanos, llevándolos hasta el Ebro e incluyendo una serie de etnias anteriores como los citados sedetanos se ha interpretado como un proceso expansivo. Por el contrario, el sentido cambiante que tienen los diferentes etnónimos de origen prerromano presentan, al menos, en su última fase un significado de mera referencia geográfica, carentes del valor sociopolítico que los originaron.

2. ETNIAS Y ESTRUCTURAS SOCIALES

Las fuentes escritas clásicas nos informan de la existencia en la antigüedad hispana de amplias agrupaciones humanas con entidad territorial. Su denominación varía según los autores, y así aparecen con el calificativo de *ethnos*, *gentes*, *populus*, *tribus*, etc.

La interpretación de estas formaciones ha sido una constante en los estudios de la antigüedad. En las primeras décadas del siglo XX surgen, dentro del marco teórico del historicismo cultural, algunos de los que más influencia han tenido. El prestigio científico que alcanzaron dos de sus defensores, Schulten en el ámbito de la Historia Antigua y Bosch Gimpera en el de la Arqueología y Prehistoria, unido a la pervivencia de las teorías historicistas explica que sus propuestas hayan pervivido durante decenios, incluso en algunos sectores hasta nuestros días, no sin haber sufrido una crítica desde nuevas visiones que han llevado a desplazarlas.

Schulten realizó una historia de carácter filológico, centrada esencialmente en los acontecimientos políticos. Su influencia llegó a anular los intentos de una historia social de la antigüedad que Costa (1891-1894) había comenzado a desarrollar a finales del siglo XIX. Entre las muchas aportaciones de Schulten deben citarse las *Fontes Hispaniae Antiquae*, cuya edición se inició en 1925 convirtiéndose en una referencia constante de la mayor parte de los historiadores de la etapa prerromana. En la traducción de los textos clásicos utiliza de forma constante la palabra tribu. En 1970 Caro Baroja en su trabajo sobre *La organización social de los pueblos del Norte de la Península Ibérica en la Antigüedad* encabezó el primer capítulo con el explícito título de «pueblos, gentes, no tribus». En él señalaba que la elección unánime del término tribu en las *Fontes*, frente a otras posibles traducciones, como

nación, gente, pueblo, etnia, había dotado a esta palabra de la connotación existente en los estudios antropológicos anglofrancófonos. Debido a lo cual se le cargó del significado político que tiene el término tribu, y con él la negación de que existiera una organización estatal entre los pueblos prerromanos.

Por otra parte Bosch Gimpera (1921) defendía la difusión e invasión como modelo explicativo del cambio cultural. Los datos de las fuentes escritas servían de guía para interpretar la información arqueológica. De esta manera todos aquellos pueblos prerromanos que consideraba indoeuropeos tenían un lugar de origen extrapeninsular, y con una antigüedad que en ocasiones llegaba a remontar el milenio se desplazaban y ocupaban un territorio, permaneciendo estable su nombre y su estructura social, económica y política incluso después de su enfrentamiento contra el ejército romano.

Será a finales de los años setenta cuando se desarrollan diferentes estudios que a partir de los datos de las fuentes escritas (Rodríguez Blanco, 1977 y Fatás, 1981) o de las arqueológicas (Ruiz Rodríguez, 1978 y Burillo, 1979) defienden el dominio político de las ciudades en la estructura del territorio prerromano de diferentes ámbitos de la Península. La implantación de nuevos marcos teóricos que por una parte propugnaban el desarrollo de una historia social y por otra buscaban en el estudio del proceso histórico la explicación del cambio cultural han desembocado en una percepción distinta del concepto de etnia y de su interrelación con las ciudades con ellas asociadas.

Desde el punto de vista conceptual Ruiz Rodríguez (en prensa) ha propuesto dos epítetos que nuclearizan diferentes modelos de etnias. La primaria o parental se apoya en las relaciones de parentesco y presenta una organización política tribal y la secundaria o estatal desarrolla relaciones sociales basadas en la desigualdad y dependencia que conducen a una estructura política de carácter estatal. Así mismo señala dos formas diferentes de transición entre un modelo a otro.

El análisis de las etnias peninsulares acusa una complejidad que obliga a precisar el contenido de su significado dentro de cada momento histórico al que nos refiramos. El binomio planteado por Ruiz opone diacrónicamente la relación de parentesco a las formaciones estatales. Sin embargo, la aparición del estado no supone en las sociedades prerromanas la desaparición de dichas relaciones de parentesco dentro de la nueva configuración política, aunque si su reordenación. Así en el área celtibérica se ha podido demostrar la pervivencia y ritualización de dichas relaciones de parentesco en pleno siglo I a. C. (Burillo, 1997). Por otra parte, un análisis somero a escala peninsular en el momento de la conquista romana muestra que mientras en el ámbito ibérico encontramos la implantación de etnias de origen estatal, cuyo nombre emana del de una ciudad estado, en el área celtibérica y en el interior meseteño se nos transmite la existencia de etnias

que agrupan a varias ciudades estado sin que el etnónimo derive de alguna de ellas, de forma que *Segeda* no dio nombre a una etnia sino que, junto con otras ciudades, pertenecía al grupo de los belos. Esta sustancial diferenciación es un traslado de la existencia de distintas estructuras sociopolíticas entre los habitantes de ambos territorios.

3. LAS SOCIEDADES SEGMENTARIAS DEL PRIMER MILENIO A.C.

Hacia el siglo XI a.C. se desarrolla entre las poblaciones que habitan en la margen izquierda del valle medio del Ebro una respuesta a la crisis que había asolado buena parte de las sociedades del Bronce Medio con asentamientos estables del flanco oriental de la Península (Burillo y Picazo, 1997). A las características de esta respuesta hemos dedicado recientemente otro trabajo que permite sintetizar brevemente sus resultados (Burillo y Ortega, 1999). La aparición de un nuevo modelo de urbanismo caracterizado por los «poblados de calle central», asociados a unas necrópolis de carácter agrupado, es la respuesta innovadora que aparece en el ámbito del Cinca-Segre, reflejo de una nueva estructura social, de cuya estabilidad da fe su pervivencia en el tiempo y su resistencia a la integración en otras estructuras sociales (Ortega, 1999).

Nos encontramos con poblaciones cuyas relaciones de parentesco son de filiación patrilineal, que ejercen un control rígido de los procesos de producción y de reproducción social. Consecuencia del mismo es el desarrollo de una progresiva ocupación del territorio que alcanza tierras marginales como los Monegros (Maya, 1992-93). Este proceso colonizador ha sido definido como resultado de un eficaz modelo expansivo (Ruiz Zapatero, 1995, 33). Ahora bien las razones de dicha expansión han de verse en la estructura social de estas poblaciones, que permite su segmentación desde los núcleos primitivos para la creación de nuevos asentamientos. Los vínculos de parentesco existentes entre los antiguos y los nuevos núcleos, afianzarán las relaciones sociales en el territorio, configurando grupos con entidad social. El linaje con un antepasado común, real o ficticio, será la base que articulará las relaciones de estas amplias comunidades, calificadas culturalmente como pertenecientes a los Campos de Urnas, término actualmente en crisis aunque todavía no ha sido sustituido satisfactoriamente.

No obstante, estas formaciones carecerán de la estabilidad propia del estado, ya que las relaciones de parentesco han de verse no sólo en el proceso de vínculo con los antepasados. De hecho se crearían nuevas relaciones que podían modificar, segregando o ampliando, antiguas alianzas estabilizadas, para lo cual los lazos surgidos por matrimonios sería una fórmula estable en la reestructuración de los grupos.

• *Un tema de debate: la aparición de las élites en el Bronce Final.*

Con frecuencia se defiende la existencia de modelos de jefatura en las comunidades del Bronce Final del valle medio del Ebro, trasladando las conclusiones que se desprenden de otros territorios, tal como recoge Brun (en prensa) en esta misma publicación. En ella señala la existencia de jefaturas simples en otros ámbitos europeos contemporáneos. Su presencia se deduce interpretando las evidencias de ostentación, como las tumbas excepcionales con ricos ajuares de armas y vajillas metálicas.

Sin embargo, las características internas de los poblados de calle central, sus casas de similar tamaño, las evidencias en ellas encontradas, unido a la limitación de crecimiento impuesto por la muralla, así como el aspecto de las tumbas y de sus ajuares, parecen indicar que nos encontramos ante comunidades campesinas de carácter igualitario, entendido éste como la ausencia de una diferenciación social manifiesta que implique relaciones de dominación o sometimiento entre sus miembros.

La defensa de la existencia de élites en estas comunidades se han apoyado en la existencia de indicadores arqueológicos interpretados como bienes de prestigio. Valoración dada a algunos de los objetos bronceos, como los diferentes elementos presentes en el depósito de Llavorsí, con restos de placas de cinturón, espada, crémide y faleras (Ruiz Zapatero y Rovira, 1994-96). De forma que se supone la existencia de una jerarquización social donde estas élites podrían actuar de dos maneras. Controlando las rutas por donde discurrirían los productos, y en última instancia los depósitos de bronce, o apropiándose de parte de la producción generada por los miembros de su propia comunidad.

Otras veces se ha inferido la existencia de élites de la propia jeraquía que se le supone a un asentamiento determinado. De esta manera podemos ver como se defiende para el caso de Els Vilars que el diseño y construcción de este poblado fortaleza surgido en el siglo VIII a.C. sólo sería posible bajo el control de un personaje de rango local. La pervivencia y reforzamiento de las características constructivas hasta su abandono en el siglo IV a.C., en plena época ibérica, sería la prueba de continuidad y consolidación de las élites aristocráticas, de la emergencia de las jefaturas complejas de la Primera Edad del Hierro que desembocarían en la aristocracia ilergeta de rango estatal (Alonso *et alii.*, 1998). Sin embargo, la información que hasta el presente nos muestran los espacios domésticos de este poblado unido a la inmovilidad y pervivencia del diseño y límites del mismo, muestran, independientemente de la excepcionalidad de sus características defensivas, que este asentamiento bien pudo surgir dentro de la comentada estructura social de carácter igualitario, similar a la que presenta otro asentamiento de vega como es Cortes de Navarra, así como

todos los poblados conocidos de este periodo del valle medio del Ebro y cuyo precedente más antiguo encontramos en el poblado en altura de Genó (Maya *et alii*, 1998).

Cada uno de estos asentamientos es una unidad autónoma de producción, donde reside una pequeña comunidad cuya estructura social se basa en las relaciones de parentesco. El autocontrol interno que se establece entre las relaciones de sus miembros imposibilita el surgimiento de una élite que se apropie del resultado del trabajo del grupo. Lo cual no implica que exista una cabeza, marcada, normalmente, por la ascendencia en el linaje que actuará como representante político de la comunidad.

Las pequeñas dimensiones de los asentamientos, unido a la ausencia de un crecimiento externo, son muestra de que la reproducción del grupo debe contar necesariamente con otros poblados. Existen, pues, unas relaciones externas vinculadas con el parentesco, que motivarían contactos y ayudarían a potenciar la estabilidad de un territorio. Pero también podrían existir relaciones y alianzas con grupos más lejanos. Es éste el marco en el que se desarrolla la aparición de bienes de prestigio. Los asentamientos caracterizados por el autoconsumo recibirían objetos exógenos al mismo con los que afianzar las relaciones de reciprocidad establecidas. Por lo tanto, la supuesta desigualdad que marca su presencia sólo muestra un mayor grado en las relaciones externas y nunca un control económico de la producción interna de los miembros de la comunidad.

4. FORMAS DE EMERGENCIA DE LA DESIGUALDAD SOCIAL

Podemos preguntarnos sobre el momento en que se produce una inflexión en esta tendencia y las causas que lo motivaron. La estabilidad que nos muestra el modelo social señalado queda asegurada en la pervivencia del modelo de asentamiento que genera, y nos indica que las modificaciones no se produjeron por iniciativa de la propia sociedad ya que esta se resistió al cambio, como lo indica la continuidad de dicho tipo de asentamientos dentro de estructuras políticas de rango estatal (Ortega 1999). Habrá que analizar que circunstancias son las que dieron lugar a las modificaciones en las relaciones sociales y al surgimiento de unas élites dentro de estas comunidades.

Hacia el siglo VII a. C., el establecimiento por parte de los fenicios de una red comercial aparentemente estable con los indígenas que habitan el norte del litoral mediterráneo pudo ser una de las causas desencadenantes del nuevo proceso. La llegada de nuevos bienes de consumo: vino, perfumes, vestidos, etc., obligará a la generación estable de excedentes (Ruiz Zapatero, 1992). Pero tal como ha analizado Barceló (1995) para la zona tartésica existe un cambio sus-

tancial respecto a la etapa anterior. Se modifica el tipo de relaciones entre los grupos al pasar de unas marcadas por la reciprocidad a otras que se basan en el intercambio. El objetivo, al menos de una de las partes, ya no es afianzar los vínculos sociales sino generar beneficios económicos a través de relaciones comerciales. Por otra parte la estabilidad de este proceso es posible porque los bienes de consumo ya no sólo son objetos perdurables, aparecen otros de consumo inmediato que deben reponerse en un corto espacio de tiempo. Todo ello conduce a la intensificación de los excedentes, esencialmente agropecuarios y mineros, entre las poblaciones indígenas. Estas nuevas relaciones desencadenan un cambio progresivo entre las propias comunidades locales que crean sus propias redes de producción e intercambio. Las relaciones sociales acusan una profunda tensión que se resuelve con el surgimiento de élites que basan su poder en el control de los excedentes.

Sin embargo, este proceso se limita en su primera fase al territorio costero y al Bajo Ebro, donde se concentra la distribución de productos fenicios, cuya presencia se rarifica hacia el interior. No obstante, son excepcionales los hallazgos que evidencian la aparición de esas élites. Es el caso de la necrópolis de la Pedrera con un enterramiento con un caballo con sus frenos de hierro (Gallart y Junyent, 1989). O la más conocida de Les Ferreres en Calaceite donde el difunto se enterró con su coraza, timaterion de bronce y espadas de hierro (Lucas, 1982). En los territorios del interior el proceso se hace más retardatario, actuando el eje del Ebro como vía de penetración. Serán las propias poblaciones indígenas costeras, ya transformadas, las que harán las veces de los antiguos fenicios. Es la presencia de las primeras producciones de cerámica a torno de técnica ibérica el indicador arqueológico que hace el papel anterior de las fenicias, mostrando el inicio de los nuevos cambios en estos territorios.

• *Conflictos en la transición a las formaciones estatales.*

En un amplio periodo que va desde el último tercio del siglo VI a la transición del siglo V al IV a.C., asistimos en el valle medio del Ebro a un gran proceso de transformación, parejo al detectado en otros territorios peninsulares. Hace ya tiempo (Burillo, 1989-90) propuse el concepto de crisis del Ibérico Antiguo para marcar la ruptura existente entre estos dos modelos sociales del valle medio del Ebro. La plasmación arqueológica de dicha crisis quedaba evidenciada por el manifiesto cambio de los patrones de asentamiento y sus estructuras funerarias. A la hora de valorar dicho proceso se encuadraba dentro de las profundas transformaciones constatadas en una amplia escala geográfica, que desde Tartessos llegaba al extremo oriental del Mediterráneo, incluyendo Europa central. No obstante faltaba una mayor precisión en el análisis de estos

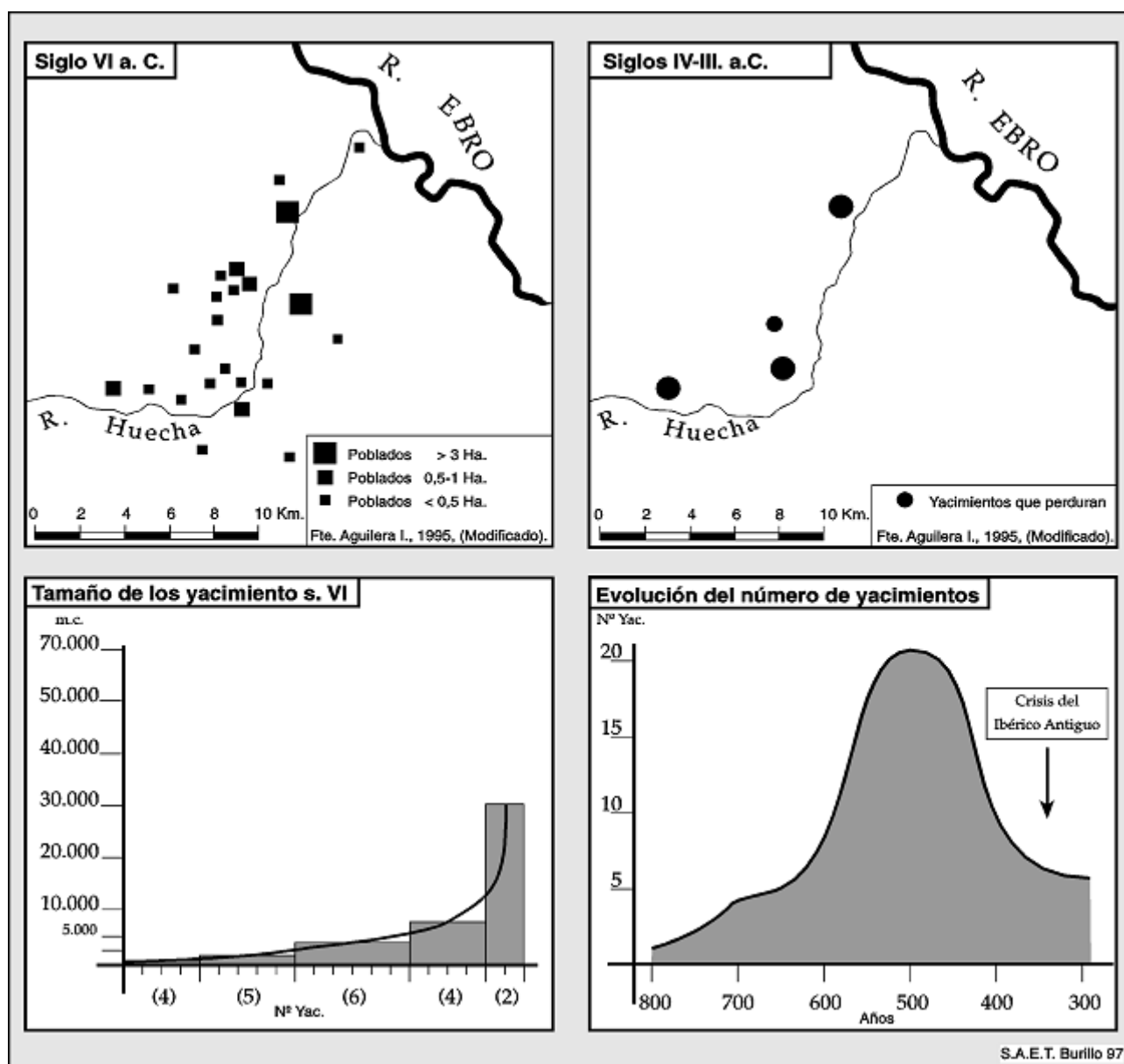


FIGURA 1.—Cambios en los patrones de asentamientos en el río Huecha y origen de la ciudad.

cambios ya que el ámbito cronológico en el que se situaba era demasiado amplio, ya que abarcaba desde fines del siglo VI a inicios del IV a.C. Un posterior estudio (Burillo y Ortega, 1999) ha servido para perfilar la complejidad de las transformaciones que se suceden a lo largo de esta etapa de más de un siglo de duración y situar a finales de la misma la aparición de las ciudades. Ciertamente en territorios bien conocidos y con datación precisa de los acontecimientos, como son el Alto Guadalquivir, SE y Levante se detecta en torno al 400 a.C. una verdadera revolución social contra el modelo aristocrático. Quizás parezca exagerado aplicar el término «revolución» pero es el más coherente para explicar el estallido de violencia generalizado que dió lugar a la destrucción sistemática de los monumentos funerarios (Chapa, 1995) y la consiguiente reestructuración de los patrones de los asentamientos (Ruiz Rodríguez, 1997), hecho que como

veremos es paralelo a la emergencia de las formas estatales ciudadanas en buena parte de la Península.

¿Qué ocurre en el ámbito del valle medio del Ebro donde encontraremos con posterioridad a etnias de carácter estatal como los ilergetas o los sedetanos? A escala general podemos señalar que se abandonan asentamientos de Campos de Urnas del Hierro y desaparecen las características necrópolis tumulares. La población se concentra, surgen las primeras ciudades que fragmentan políticamente el territorio en unidades estatales que configuran las etnias citadas posteriormente por los escritores clásicos.

La investigación arqueológica hasta ahora desarrollada es muy desigual. La parcial información obliga a acudir a los datos existentes en territorios próximos para poder contextualizar los procesos de cambio previos al surgimiento de las ciudades. Las prospecciones intensivas realizadas en la cuenca baja del río



FIGURA 2.—Situación de las etnias según las primeras citas en las Fuentes clásicas.

Huecha (Aguilera, 1995, 219) evidencian una intensa ocupación del territorio durante el Bronce Final, con La Atalaya de Cortes de Navarra como asentamiento mejor conocido (Munilla y Gracia, 1995). Dichos poblados muestran en su fase final de desarrollo dos momentos de ruptura uno en la transición del siglo VI al V a. C. con incendio de buena parte de los asentamientos y otro que tradicionalmente se fija en el 350 pero que bien puede remontar unas décadas con la desaparición de este modelo de poblamiento y la posterior emergencia de las ciudades. Cierto es que todavía no existe información directa que date los estratos fundacionales de una de estas urbes, pero en nuestros conocimientos actuales es la hipótesis más coherente con que contamos (Burillo, 1998a, 222).

En el ya citado asentamiento fortificado de El Vilars se constata varias fases de reestructuraciones internas. Una de ellas se fecha entre el 450/425 a.C. Momento que presenta un especial interés, ya que en el análisis de la ocupación del territorio del Segre, realizado por el mismo equipo, se detecta hacia el 450 a. C. un cambio notable en los patrones de asentamiento. Así mismo indican la existencia de un periodo que ocuparía el siglo V y primera mitad del IV a.C. donde se producen «profundos aunque mal conocidos cambios», que desembocan en el surgimiento de un nuevo marco político, el del estado aristocrático ilergeta. En suma volvemos a encontrar un proceso similar al señalado en la Huecha con idéntico desconocimiento del periodo previo a la emergencia de la ciudad.

Falta también por definir la estructura social que se desarrolla durante este amplio periodo de transición

que conduce a la aparición de la ciudad. Y determinar si el proceso de consolidación de la aristocracia genera unas revueltas sociales de similares características a las detectadas en el área ibérica de Levante y SE. Uno de los asentamientos que en un futuro próximo puede ayudarnos a comprender este proceso es El Cabo de Andorra. Las primeras actuaciones realizadas muestran la existencia de un poblado que desaparece en un momento no precisado del siglo V (Loscos *et alii*, 1993-95). Su reciente excavación total, realizada bajo la dirección de J. A. Benavente puede revelar como se desarrolló este proceso de transición, dada la existencia de dos poblados inmediatos pertenecientes a este periodo que se sucede en el tiempo.

5. LA APARICIÓN DE LAS CIUDADES ESTADO Y DE LAS ETNIAS DE CARÁCTER ESTATAL

No existe una sincronía respecto a la aparición de las ciudades en la Península Ibérica. Mientras en territorios como el alto Guadalquivir encontramos una estructura política compleja organizada en torno a *oppida* ya en el siglo VII a. C., en el Noroeste peninsular habrá que esperar a la implantación romana, ya en época imperial, para encontrar formaciones de similares características.

Entre estos dos polos, que pueden servirnos como referencias extremas, encontramos un amplio territorio peninsular que se extiende al menos por el área ibérica levantina, valle del Ebro y ambas mesetas, en donde las primeras ciudades parecen surgir en torno a las décadas que marcan la transición del siglo V al IV a. C., como consecuencia de una serie de procesos sociales, sincrónicos a los que en el área ibérica produjeron la destrucción de los monumentos funerarios comentados. No obstante, la información directa que se cuenta es muy desigual. En el Suroeste buena parte de los asentamientos, que se habían recuperado tras la desaparición de Tartessos, vuelven a acusar una serie de destrucciones (Rodríguez Díaz, 1994). En el territorio extremeño a inicios del siglo IV a. C. se registra el abandono de los asentamientos tipo Cancho Roano y la emergencia de los *oppida* (Almagro-Gorbea y Martín, 1994, Berrocal 1994 y Rodríguez Díaz, 1994). En el occidente meseteño se observa en la transición del siglo V al IV una reestructuración de los asentamientos que dará lugar a la configuración de los *oppida* que conoceremos como vettones (Martín Valls 1986-87, Álvarez-Sanchís, 1999). En un momento similar asistimos en el Duero medio a la desaparición del grupo Soto I, al abandono de buena parte de sus asentamientos y a la concentración de la población en los nuevos *oppida* (Delibes *et alii*, 1995; Sacristán 1986 y San Miguel 1993) cuyos nombres conoceremos posteriormente en las fuentes clásicas dentro de los vacceos. De igual manera, los recientes estudios radiométricos de los castros sorianos realizados a partir de un con-

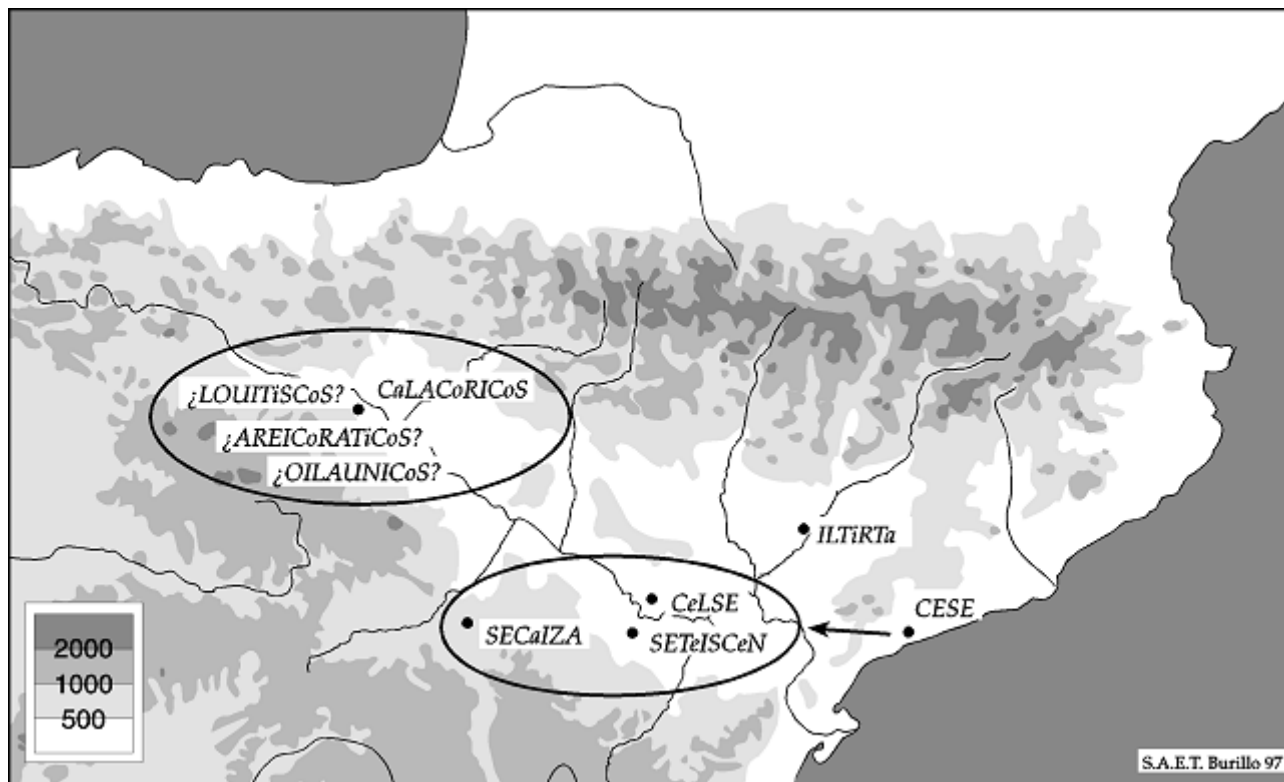


FIGURA 3.—Primeras emisiones monetales en el Valle Medio del Ebro.

junto de dataciones significativas llevan a Romero (1999) a situar «en un momento no muy posterior al 400 cal BC para los inicios de la segunda Edad del Hierro».

En el valle medio del Ebro carecemos de evidencias arqueológicas directas que muestren estratigráficamente la aparición de la ciudad, por lo que su constatación debemos hacerla analizando la consecuencia de los procesos previos, arriba vistos, y de los paralelismos que encontramos en otros territorios próximos, como los ya señalados o el caso levantino de *Edeta* que abajo se comenta más en extenso.

El étnico de los sedetanos deriva, sin duda alguna, de una ciudad de nombre *Sedeis*, por lo tanto su atribución inicial sería la de identificar a los habitantes de este núcleo y del territorio de ella dependiente. Si bien carecemos de información arqueológica sobre dicha ciudad, dado que no se ha identificado con seguridad el yacimiento arqueológico que le corresponde, debe buscarse junto al Ebro y muy probablemente en el interfluvio que marca su afluente Aguas Vivas. Falta también un estudio detallado de este territorio y de la ordenación del poblamiento que debió realizar dicha ciudad en su entorno, donde muy probablemente surgirían asentamientos como el próximo Tartrato (Burillo, 1982), cuyas características urbanísticas y cronológicas son similares a los que aparecen en el territorio de *Edeta*.

Esteban de Bizancio nos trasmite un escrito de Hecateo de finales del siglo VI a. C. en el que se cita unos esdetes, identificados como un *etnos* ibérico próxi-

mo al litoral mediterráneo. En un principio se defendió, a partir de la relación toponímica y del peso de las teorías invasionistas en la formación de las etnias, que hubo un movimiento de pueblos que desde la costa llegaron al interior dando lugar al surgimiento de los edetanos (Beltrán Lloris, 1976, 397). Esta interpretación me sirvió, incluso, para postular la diferenciación de las formaciones ibéricas y celtibéricas en el valle medio del Ebro (Burillo, 1980, 328), pero los conocimientos actuales llevan a rechazar estas interpretaciones dada la génesis comentada de los sedetanos a partir de una ciudad, por lo que la explicación de la aparente relación homofónica debe de analizarse desde la existencia de un fondo común lingüístico.

La ceca de *Seteiscen* corresponde al grupo que inicia las emisiones en el valle medio del Ebro, durante la primera mitad del s. II a.C., tras los pactos de Graco (Villaronga, 1979, 133, Burillo, 1998a, 237). La terminación en *-scen* es usual en otras cecas del área ibérica del valle medio del Ebro y NE peninsular, marcando la diferencia con el territorio celtibérico que finalizan el étnico en *-cos/-com* (Burillo, 1995, 172 y Villar, 1995, 342). Dichas terminaciones en *-scen* corresponden a la denominación en lengua ibérica de los etnónimos transcritos por griegos y latinos (Untermann, 1992, 25). De forma que los sedetanos dieron nombre a unas monedas, las acuñadas por el poder que representaba a los habitantes de la ciudad estado de *Sedeis*. Sin embargo, las primeras referencias existentes en las fuentes escritas sobre los sedetanos, comprendidas entre el 206 y el 141 a. C. (Fatás, 1973, 23),

parecen hacer referencia a un territorio mayor que el dependiente de la ciudad estado de *Sedeis*. Carecemos de criterios para explicar porqué domina este étnico sobre el de otras ciudades contemporáneas y vecinas y de aparente similar importancia como *Celsa*. Salvo que nos encontremos ante una mera selección de los escritores clásicos en la denominación de los habitantes de este territorio del valle medio del Ebro.

6. DE LAS ETNIAS A LAS REGIONES

Independientemente de los criterios empleados en la delimitación de la etnia de los sedetanos y en la ubicación de las ciudades que se les atribuye en distintos momentos históricos (Fatás, 1973; Beltrán Lloris, 1976 y 1996; Jacob, 1987-88; Burillo, 1995, 1996 y e.p.) un hecho queda manifiesto: el significado de este término cambia a partir del siglo II a.C.

Desde el mismo momento en que se consolida la conquista romana del valle medio del Ebro la palabra sedetanos se atribuye a los habitantes de un territorio que aparentemente se extiende por la ribera del Ebro medio, desde la desembocadura del Jalón a la del Aguas Vivas. En él se sitúan una serie de ciudades cuyo topónimo no se estabilizará en un nuevo nombre étnico. *Alaun*, *Salduie*, la ciudad que se ubique en el Burgo de Ebro, *Lagine*, *Celsa* y la propia *Sedeis*, son al menos los *oppida* que podemos considerar sedetanos a finales del siglo II a.C. En unos casos parece claro que nos encontramos ante nuevas fundaciones urbanas, surgidas tras la finalización de las guerras celtibéricas, aquellas que forman parte de las denominadas ciudades de llano (Burillo, 1986 y 1998a, Asensio, 1994), y que corresponden al menos a la del Burgo de Ebro y a *Lagine* y, aparentemente, a la propia *Salduie*. Una explicación del proceso por el que adquieren el etnónimo de sedetanos es que estas nuevas ciudades fueran fundadas dentro del territorio de la antigua *Sedeis*, pero está claro que esto no se cumple para *Celsa* y probablemente para *Alaun*.

El significado de sedetanos adquiere un cambio notable al desaparecer su valor de definición específica de los habitantes de una ciudad estado, la de *Sedeis*, y agrupar a los de una serie de ciudades que, situadas en un territorio perteneciente a Roma por conquista, conservan una cierta autonomía, como emana del hecho de que acuñen monedas con su nombre y en alfabeto ibérico. El proceso de transformación sociopolítico que supone la presencia romana puede explicar el sentido de los étnicos de este momento, con un valor geográfico de denominación de territorios, carente de una equivalencia política. No obstante, un hecho hace dudar de que la etnia haya perdido en estos momentos alguno de sus sentidos anteriores y que de alguna manera siguiera aglutinando alguna de las relaciones sociales de las personas que a ella pertenecían, en este caso agrupadas en unidades políticas de ciudades au-

tónomas entre sí. Queda claro que en estos momentos no existe un estado sedetano, ni siquiera hay indicios de que *Sedeis* ejerza algún tipo de jerarquía sobre el resto de las ciudades. Únicamente con el criterio de las cecas que acuñan plata, la ciudad de *Celsa* pudo tener una cierta preponderancia, no sabemos si impuesta o potenciada por Roma, dado el papel recaudatorio que parece que tuvieron estas emisiones (F. Beltrán Lloris 1998). No obstante, interesa destacar un hecho que considero significativo. Todas las ciudades consideradas sedetanas que emiten monedas deciden en un momento, que debe precisarse dentro de la transición del siglo II al I a.C., acuñar con los mismos elementos iconográficos (Villaronga, 1977; Burillo, 1995), con la única, pero significativa, diferencia del nombre de la ceca. Lo cual no merecería mayor comentario sino hubiera ocurrido algo similar con el grupo vecino de los suessetanos, que a su vez muestra en las emisiones de sus ciudades motivos comunes entre sí y diferentes de los de los sedetanos. Todo ello lleva a defender que la pertenencia a la misma etnia está actuando en estos momentos y en esta zona del valle del Ebro como un aglutinante de cierto tipo de vínculos entre las ciudades, sin que sepamos precisar el grado y características de dicha relación.

Otro hecho llama la atención sobre los vínculos existentes entre las ciudades ibéricas del Ebro medio. Lo proporciona el análisis del segundo tesoro monetario de Azaila, identificado como resultado del ahorro de uno de sus habitantes (Romagosa, 1971), lo que le convierte en un ejemplo excepcional para conocer la circulación monetaria local y las relaciones que de ello se desprenden, dado que nos encontramos ante monedas de bronce. Villaronga (1977) estudió su monetario analizando la presencia real de las monedas a partir de las emisiones estimadas de cada una de las cecas. Posteriormente M. Beltrán (1995) ha proporcionado mayor información, que no altera de forma sustancial las conclusiones establecidas. Su resultado muestra que las relaciones no fueron de igual intensidad con las ciudades existentes en su entorno, ya que las cecas próximas de *Beliciom* y de *Contebacom Bel* no aparecen representadas en el grado que había que esperar. Su pertenencia al área celtibérica parece un hecho evidente, dado que existe una clara predilección por las cecas ibéricas. El hecho de que en este territorio se haya podido definir la dispersión de los elementos lingüísticos de una y otra área (Burillo, 1998a, 129; Untermann, 1996), muestra que Azaila se situaba en la zona de límite de la misma. Tal vez la afinidad lingüística pudo tener un peso determinante en las relaciones económicas que las monedas evidencian, a pesar de que estos territorios en la frontera el bilingüismo del celtibérico e ibérico sería común junto, en esos momentos, con el dominio del latín que se estaría imponiendo.

Durante el siglo I a. C. los enfrentamientos entre Sertorio y Pompeyo y los posteriores de éste y César tuvieron en el valle medio del Ebro un solar destaca-

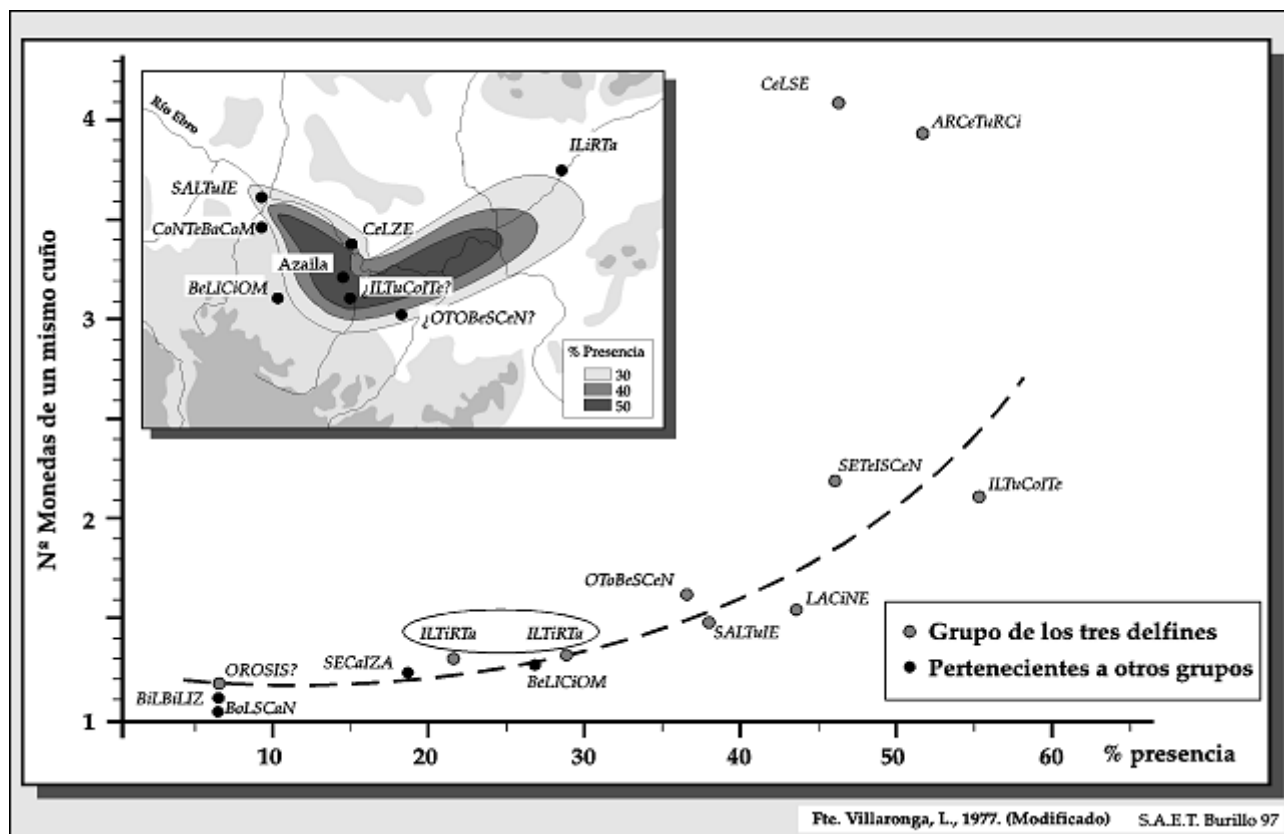


FIGURA 4.—Diagrama de Villaronga (1977) y cartografía de las cecas con mayor porcentaje de presencia en los tesoros de Azaila (elaboración propia).

do. Las ciudades optaron por uno u otro bando, causa de lo cual fue la distinta suerte que sufrieron, mientras unas pervivieron durante época imperial otras se destruyeron y abandonaron definitivamente. Este fenómeno tiene una plasmación espacial en el territorio de la margen derecha del Ebro, formando unas y otras agrupaciones definidas (Burillo, 1998b, 19). Hecho que en sí puede explicar algunos de los cambios de atribuciones étnicas territoriales que encontramos en las obras de época imperial. No obstante, en esta etapa donde el territorio se halla plenamente integrado en la estructura sociopolítica romana las denominaciones de las etnias han perdido todo su sentido primitivo.

7. EDETA Y LOS EDETANOS

En el área levantina donde se encuentra el yacimiento arqueológico correspondiente a la ciudad de *Edeta* es escasamente conocido el poblamiento correspondiente al periodo previo a la emergencia de dicha ciudad, por el contrario se cuenta con información suficiente para conocer tanto su aparición, como la configuración del territorio como ciudad estado. De hecho es uno de los ejemplos más claros que actualmente tenemos en la Península.

En el caso ya mencionado de los esdetes contamos, además del vínculo homofónico con los edetanos, con una aparente relación geográfica, configurándose como

dos grupos que se suceden en el tiempo. La seguridad de una cierta relación de estos etnónimos queda avalada por el similar paralelismo existente también en Hecateo entre *ilaraugatas* e *ilercavones* (*vid.* Pérez Vilatela 1990, n. 24). Sin embargo hay que explicar las razones de la misma. Ruiz y Molinos (1993, 246-255) defienden la continuidad de una línea histórica desde el punto de vista étnico, una consolidación de las etnias iniciales con un momento de transición en el s. v a.C. en el que se asiste a un proceso de homogeneización cultural en el área ibérica y a la construcción de diferentes grupos étnicos en razón de su desarrollo político. Lo cierto es que la relativa pervivencia del etnónimo no implica la de sus estructuras sociales. Los edetanos existieron por la aparición de la ciudad estado de *Edeta* en un territorio donde no se había implantado este modelo sociopolítico, lo cual implica un sustancial cambio organizativo respecto a la situación de los esdetes anteriores. Esta transformación pudo realizarse a partir de un proceso de sinecismo que ejercería el Tossal de Sant Miquel de Lliria, donde se han encontrado niveles que llegan hasta finales del siglo VII (Bonet, 1995, 509). Sinecismo que supondría la concentración de población de los esdetes en la nueva fundación de *Edeta*, en un momento en el que, como hemos visto, se estaba también produciendo en otros puntos de la Península. La existencia de niveles antiguos en dicho yacimiento y su continuidad como ciudad de *Edeta* avala esta propuesta.

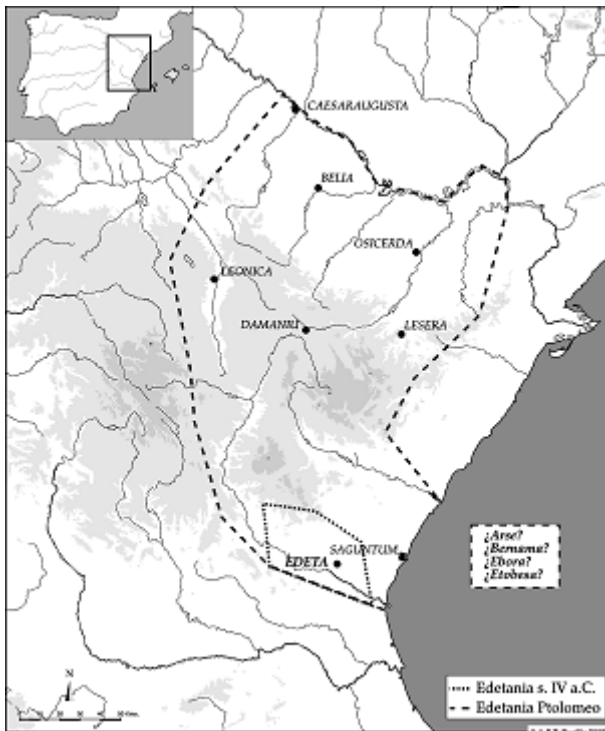


FIGURA 5.—Cambio en los límites de la Edetania en el siglo IV a.C. y en Ptolomeo, siglo II d.C.

En el estudio presentado al Congreso de Iberos de Jaén por el equipo que investiga este territorio levantino (Bernabeu *et alii*, 1987) se mostró su parcelación en torno a ciudades estado como *Edeta*, *Arsel/Sagunto*, *Saiti* y *Kelin*. Las prospecciones arqueológicas realizadas sobre el territorio que se supone dependiente de *Edeta* permitió definir una ocupación de un mínimo de cincuenta asentamientos, distribuidos en sus 900 km². La emergencia de esta ciudad es pareja a la estructuración del poblamiento del territorio de ella dependiente, plasmación arqueológica de su configuración como ciudad estado. Dos de los poblados próximos excavados surgen al comienzo de este proceso. El del Puntal dels Llops, cuya aparición se fechó inicialmente en el siglo IV a. C. (Bonet y Mata, 1981) y el del Castellet de Bernabé en el 400 a. C. (Guérin, 1999). El estudio de la red de poblamiento ha llevado a definir a inicios del ibérico pleno: «la existencia de una forma de estado consolidada, ya desde finales del s. V a.C. y principios del IV a.C.» (Bonet y Mata, 1991, 31). *Edeta* se configura, pues, en estos momentos como la ciudad estado que dió lugar a la etnia de los edetanos, de igual manera que la próxima *Turba* daría lugar a los turboletas (Burillo, 1998a, 147) o *Arsel/Sagunto* a los arsetanos/saguntinos. Así, un reciente estudio realizado sobre el poblamiento que ocupa el territorio de esta última ciudad, muestra una configuración similar al de la próxima *Edeta* (Martí, 1998).

La información arqueológica se complementa con los testimonios de las fuentes escritas, aunque para ello debemos esperar a finales del siglo III a. C. Y si bien no existe una mención directa de los edetanos hasta

Estrabón contamos con la mención del régulo Edecón, antropónimo claramente derivado del étnico *Edetal* edetanos, hecho que confirma la existencia de esta etnia (Ruiz y Molinos, 1993, 255), avalada, por otra parte por la cronología del yacimiento arqueológico de Liria donde se identifica dicha ciudad (Bonet, 1995).

El enfrentamiento de cartagineses y romanos con el tema de *Sagunto*, nos proporciona una excepcional información respecto a esta ciudad estado en el último cuarto del siglo III a. C. Nos evidencia la existencia de enfrentamientos crónicos entre etnias vecinas, en este caso con los turboletas de la ciudad de *Turba*. La referencia expresa de Tito Livio (XXIV, 42, 11 y XXVIII,39) de destrucción por parte de los romanos de la ciudad enemiga, de la venta de sus habitantes como esclavos y de la imposición de un tributo sobre sus tierras a favor de *Sagunto* muestra una de las posibles consecuencias de estos enfrentamientos, el dominio de una ciudad estado sobre otra y con ello la imposición de su étnico más allá del territorio primitivo. Ciertamente que el ejemplo que tenemos es excepcional fruto de acontecimientos no menos excepcionales, pero puede servirnos de modelo para comprender como pudo desarrollarse un proceso de dependencia de unas ciudades estados sobre otras. Ciertamente que para este territorio carecemos de otros ejemplos y no podemos trasladar el modelo que se desarrolla más al sur, el denominado por Ruiz y Molinos (1993, 267) como «modelo de servidumbre gentilicia territorial», deducido a partir de las referencias existentes sobre el régulo Culchas de la Bastetania que lo era de diecisiete *oppida* y anteriormente de veintiocho. Pero esta modificación en el dominio territorial de un solo reinado es también significativa dado que muestra la variabilidad a que debieron estar sujetas estos estados.

8. LAS REGIONES CON NOMBRE ÉTNICO O LA INEXISTENTE EXPANSIÓN DE LOS EDETANOS EN EL VALLE MEDIO DEL EBRO

Estrabón, como indica Ciprés (1993), es el primer autor que, a inicios del siglo I d.C., ofrece una visión conjunta de toda Hispania, percibida como una unidad administrativa. La información que presenta procede de diferentes autores, de donde toma la ubicación de las etnias. Pero ahora existen dos cambios sustanciales, uno que estas entidades adquieren un valor etnogeográfico y sólo sirven para denominar las regiones en las que se ha dividido la Península, otro que en este proceso de delimitación y denominación no se traslada la diversidad étnica conocida por las fuentes de conquista. Mientras en las cuencas sedimentarias del Tajo y del Duero las grandes unidades permanecen, caso de vacceos y carpetanos, en el valle medio del Ebro la atomización étnica que las fuentes muestran, que ya era una elección de las existentes, da lugar a un proceso de selección de ciertos etnónimos sobre

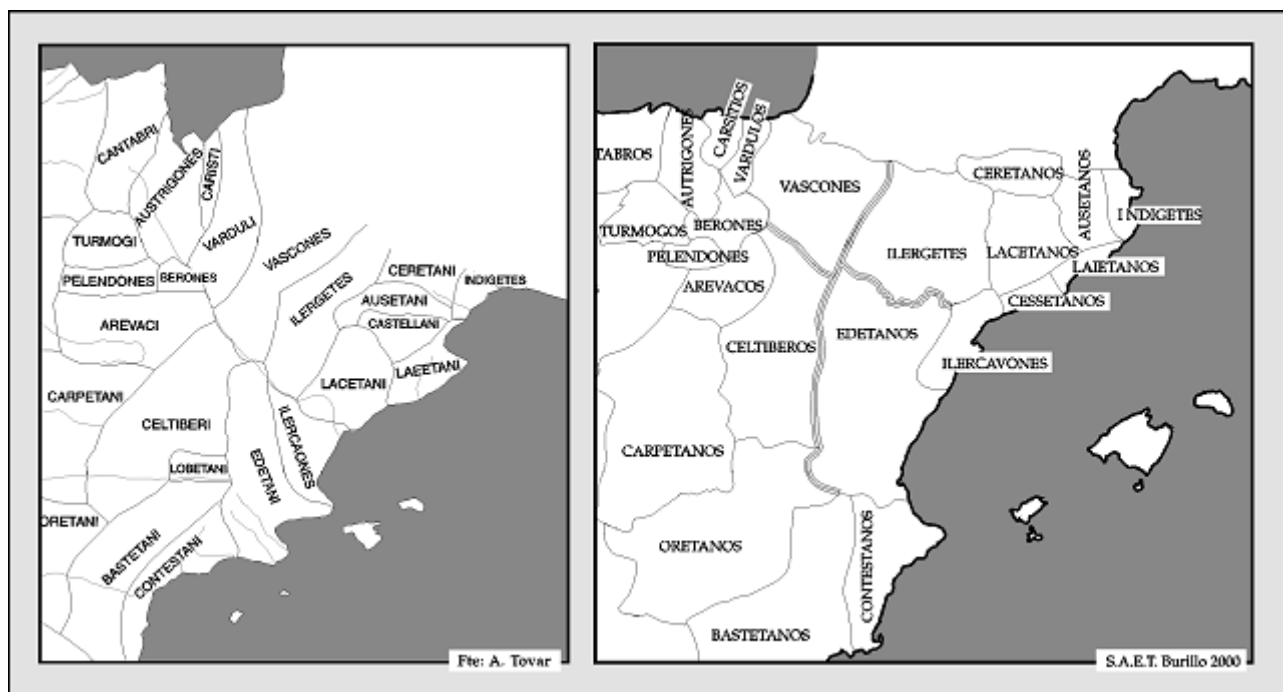


FIGURA 6.—Etnias en Ptolomeo, a la izquierda según cartografía interpretada por A. Tovar, a la derecha adaptada a la cartografía actual (obsérvese la división regular del Valle del Ebro).

los restantes. Desconocemos los criterios seguidos en dicha elección pero dado que la referencia es geográfica aun teniendo un origen histórico éste ha perdido su valor. Por ello un solo hecho parece quedar claro en estas denominaciones y es el de su existencia previa.

Plinio continúa con los criterios estrabonianos y explícitamente denomina como *regio* a territorios con topónimo étnico. Dos lecturas se han dado a su referencia sobre *Caesaraugusta* (Plinio, III, 24), su pertenencia a la Edetania (García y Bellido, 1977, 132) o a la Sedetania (Fatás, 1973). Pero en cualquiera de los casos nos encontramos ante un término geográfico. Un hecho se percibe en este autor, como es la acomodación de los etnónimos a las unidades administrativas romanas, con la consiguiente distorsión territorial respecto a situaciones primitivas. En ello nada debe de extrañarnos al ser las regiones unas divisiones menores dentro de las citadas unidades administrativas.

Ptolomeo en su *Guía de Geografía* del siglo II d.C. ofrece la relación de topónimos étnicos más completa de la Península. Agrupaciones que sirven para englobar a todas las ciudades. Los términos étnicos que presenta, salvo casos muy ocasionales como los Lobetanos, nos eran ya conocidos por su pertenencia a antiguas etnias. Básicamente utiliza las mismas fuentes que Estrabón y Plinio (Capalvo, 1996, 98 y Gómez Fraile, 1997, 194), lo que da lugar a que continúen algunos de los hechos ya constatados, la selección de los etnónimos, su valor geográfico y su acomodación a unidades administrativas. El valle medio del Ebro se sitúa en la provincia Tarraconense, y aparece dividido de forma cuatripartita, de manera que queda englobado en cuatro grandes territorios, vascones e ilergetes en

la margen izquierda y celtiberos y edetanos en la derecha. Esta parcelación regular del espacio es el ejemplo más claro de la creación de grandes regiones para cuya denominación se utiliza una de las etnias existentes dentro del mismo, lo que implica el silencio de las restantes.

Los edetanos presentan en Ptolomeo una amplia extensión, desde el Mediterráneo levantino hasta al Ebro medio, incluyendo los territorios de grupos como los antiguos sedetanos. Lo cual reafirma a quienes leían en Plinio que *Caesaraugusta* se encontraba en dicho territorio. Se han dado diferentes lecturas a la presencia de los edetanos en el Ebro. La tradicional veía en ella un ejemplo de expansión étnica (Bosch Gimpera, 1932, 365). Frente a este planteamiento surgió la defensa de su imposibilidad, basada en la pervivencia de los sedetanos, lo que implicaba corregir el listado de Ptolomeo, ante su supuesta incapacidad de diferenciar las ciudades consideradas sedetanas y edetanas (Fatás, 1973, 117; Uroz, 1983, 23). También se ha rechazado que la información de Ptolomeo refleje una realidad política apoyándose en el hecho de que considerar a «Edeta por encima de una *polis* como Sagunto es una temeridad», negándose la supuesta capitalidad de *Edeta* ya que ni acuñó moneda ni se mencionó hasta Estrabón (Pérez Vilatela, 1990, 142).

Frente a estos planteamientos que suponen la aceptación de que Ptolomeo refleje en los edetanos una realidad sociopolítica, transcrita correcta o incorrectamente, debemos insistir en un hecho que normalmente es aceptado por estos y otros autores y es que nos encontramos ante denominaciones de regiones, que impiden, como ya hemos señalado, hacer una lectura

histórica correcta. No existe testimonio documental alguno ni contexto histórico que autorice a defender que Ptolomeo recoja fielmente la existencia de una antigua etnia edetana con la amplitud que presenta.

9. BIBLIOGRAFÍA

- AGUILERA ARAGÓN, I. 1995: «El poblamiento celtibérico en el área del Moncayo». *Poblamiento celtibérico*. III Simposio sobre los celtíberos. Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 213-233.
- ALMAGRO-GORBEA, M. y MARTÍN BRAVO, A. M.^a 1994: «Medellín 1991. La ladera Norte del Cerro del Castillo», en M. Almagro-Gorbea y A. M.^a Martín (eds.), *Castros y oppida en Extremadura*. Complutum Extra 4. Madrid, 77-127.
- ALONSO, N.; JUNYENT, E.; LAFUENTE, A. y LÓPEZ, J. B. 1998: «Poder, símbolo y territorio: el caso de la fortaleza de Arbeca», *Actas del Congreso internacional Los Íberos Principes de Occidente*, Fundación La Caixa, Barcelona, 355-372.
- ÁLVAREZ-SANCHÍS, J. R. 1999: *Los Vettones*. Real Academia de la Historia, Madrid.
- ASENSIO ESTEBAN, J. A., 1994: «Primeras manifestaciones del urbanismo romano-republicano en el valle medio del Ebro: una nueva interpretación sobre las ciudades en llano de planta ortogonal en Aragón de finales del siglo II y comienzos del I a.e.», *Zephyrus*, XLVII, Salamanca, 219-255.
- BARCELÓ, J. A., 1995: «Sociedad y Economía en el Bronce Final Tartésico», *Tartessos 25 años después 1968-1993*, Jerez de la Frontera, 561-589.
- BELTRÁN LLORIS, F. 1998: «De nuevo sobre el origen y la función del denario ibérico», *La moneda en la societat ibèrica*, Gabinet numismàtic de Catalunya, 101-117.
- BELTRÁN LLORIS, M., 1976: *Arqueología e Historia de las Ciudades Antiguas del Cabezo de Alcalá de Azaila (Teruel)*, Zaragoza.
- BELTRÁN LLORIS, M., 1995: *Azaila. Nuevas aportaciones deducidas de las documentación inédita de Juan Cabré Aguiló*, Zaragoza.
- BELTRÁN LLORIS, M., 1996: *Los Íberos en Aragón*, Caja Ahorros de la Inmaculada, Zaragoza.
- BERNABÉU, J.; BONET, H. y MATA, C. 1987: «Hipótesis sobre la organización del territorio edetano en época ibérica plena: el ejemplo del territorio de Edeta / Llíria», *Íberos*. Actas de las I Jornadas sobre el Mundo Ibérico, Jaén 1985, Jaén, 137-156.
- BERROCAL-RÁNGEL, L. 1994: «Oppida y castros de la Beturia céltica», en M. Almagro-Gorbea y A. M.^a Martín (eds.), *Castros y oppida en Extremadura*. Complutum Extra 4. Madrid, 189-241.
- BONET, H. 1995: *El Tossal de Sant Miquel de Llíria. La antigua Edeta y su territorio*, SIP. Valencia.
- BONET, H. y MATA, C. 1981: *El poblado ibérico del Puntal dels Llops*, SIP, Valencia.
- BONET, H. y MATA, C. 1991: «Las fortificaciones ibéricas en la zona central del País Valenciano», *Simposi Internacional d'Arqueologia Ibèrica. Fortificacions. La problemàtica de l'Ibèric Ple: (segles IV-III a.C.)*, Manresa, 11-35.
- BOSCH GIMPERA, P. 1921: «Los Celtas y la civilización céltica en la Península Ibérica». *Boletín de la sociedad Española de Excursiones*, IV, 248-301.
- BOSCH GIMPERA, P., 1932, *Etnología de la Península Ibérica*, Barcelona.
- BRUN, P. en prensa: «Écheltes d'intégration politique et contrôle des moyens de production en Europe au cours du Ier millénaire av. J.C.», *Entre Celtas e Íberos: fenómenos demográficos y procesos de urbanización en Occidente europeo (siglos VIII-I a.C.)*, Madrid.
- BURILLO MOZOTA, F. 1979: «Modelos sobre la utilización del medio geográfico en época ibérica; en el valle medio del Ebro». *MHA*, III, 31-45.
- BURILLO MOZOTA, F. 1980: *El valle medio del Ebro en época ibérica. Contribución a su estudio en los ríos Huerva y Jiloca Medio*, Zaragoza.
- BURILLO MOZOTA, F. 1982: «El urbanismo del poblado ibérico El Tartrato de Alcañiz», *Kalathos*, 2, Teruel, 47-66.
- BURILLO MOZOTA, F. 1986: *Aproximación diacrónica a las ciudades antiguas del valle medio del Ebro*, Teruel.
- BURILLO MOZOTA, F. 1989-90: «La crisis del Ibérico Antiguo y su incidencia sobre los campos de urnas finales del Bajo Aragón». *Kalathos*, 9-10, Teruel, 95-124.
- BURILLO MOZOTA, F. 1995: «Celtiberia: monedas, ciudades y territorios», M.^a P. García-Bellido y R.M. Sobral, ed. *La Moneda Hispánica Ciudad y Territorio*, CSIC, Madrid, 161-177.
- BURILLO MOZOTA, F. 1996: «Sobre la territorialidad de los sedetanos», *Homenaje a Purificación Atrián*, Teruel, 103-134.
- BURILLO MOZOTA, F. 1997: «Textos, cerámicas y ritual celtibérico», *Kalathos*, 16, Teruel, 223-242.
- BURILLO MOZOTA, F. 1998a: *Los celtíberos. Etnias y estados*, Crítica, Barcelona.
- BURILLO MOZOTA, F. 1998b: «Etnia, territorio y parámetros arqueológicos», *L'Arqueologia del Territori, Citerior*, 2, Tarragona 11- 27.
- BURILLO MOZOTA, F. en prensa: «Propuesta de una territorialidad étnica para el Bajo Aragón: los ausetanos del Ebro», *Homenaje a A. Aribas, Cuadernos de Prehistoria*, Granada.
- BURILLO, F. y PICAZO, J. V. 1997: «El Bronce Medio y la transición al Bronce Tardío en Teruel», en J. Rovira (ed.) *Models d'ocupació, transformació i explotació del territori entre el 1600 i el 500 A.N.E. a la Catalunya meridional i zones limítrofes de la depressió de l'Ebre*. *Gala*, 3-5, 59-76.
- BURILLO, F. y ORTEGA, J. M. 1999: «El proceso de formación de las comunidades campesinas en el Sis-

- tema Ibérico (1400-400 a.C.): algunas consideraciones acerca del concepto de ruptura». *Encuentros sobre el origen del mundo celtibérico*, Molina de Aragón (octubre de 1998), 123-142.
- CAPALVO, A. 1996: *Celtiberia*. Institución Fernando el Católico, Zaragoza.
- CARO BAROJA, J. 1970: «Organización social de los pueblos del norte de la Península Ibérica en la Antigüedad», *Legio VII Gemina*, León, 13-62.
- CIPRÉS, P. 1993: «Celtiberia: la creación geográfica de un espacio provincial», *Ktama*, 18, Estrasburgo, 259-291.
- COSTA, J. 1891-1894: *Estudios ibéricos (La servidumbre entre los iberos. Litoral ibérico del Mediterráneo en el siglo VI-V antes de Jesucristo)*. Tipografía de San Francisco de Sales, Madrid.
- CHAPA, T. 1995: «Escultura ibérica: algunas reflexiones». *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 35, 189-192.
- DELIBES DE CASTRO, G.; ROMERO, F.; SANZ, F.; ESCUDERO, C. y SAN MIGUEL, L. C. 1995: «Panorama arqueológico de la Edad del Hierro en el Duero Medio», en G. Delibes; F. Romero y A. Morales (eds.), *Arqueología y medio ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero medio*. Valladolid, 49-146.
- FATÁS, G. 1973: *La Sedetania. Las tierras zaragozanas hasta la fundación de Caesaraugusta*, Zaragoza.
- FATÁS, G. 1981: «La polis indígena. Notas metodológicas», *Homenaje a Tuñón de Lara*, I, Universidad Internacional Menéndez Pelayo, Madrid, 31-43.
- GALLART, J. y JUNYENT, E. 1989: *Un nou tall estratigràfic a La Oedrer, Vallfogona de Balaguer-Termens, La Noguera, Lleida*. Espai/Temp, 3, Estudi General de Lleida.
- GARCÍA BELLIDO, A. 1977: *La España del Siglo Primero de Nuestra Era*, Colección Austral, Madrid.
- GÓMEZ FRAILE, J. M. 1997: «La Geografía de la Hispania Citerior en C. Tolomeo: análisis de sus elementos descriptivos y aproximación a su proceso de elaboración», *Polis*, 9, Alcalá de Henares, 183-247.
- GUÉRIN, P. 1999: «Hogares, Molinos, Telares... El Castellet de Bernabé y sus ocupantes», *Arqueología Espacial*, 21, Teruel, 85-99.
- JACOB, P. 1987-88: «Un doublet dans la géographie livienne de l'Espagne antique: Les Ausetans de l'Ebre», *Kalathos*, 7-8, Teruel, 135-147.
- LOSCOS, R. M.^a; HERRERO, M. A. y MARTÍNEZ, M.^a R. 1993-95: «Avance de la primera campaña de excavación en el yacimiento ibérico El Cabo (Andorra, Teruel)», *Kalathos*, 13-14, Teruel 143-174.
- LUCAS PELLICER, M.^a R. «El Thymiaterion de Calaceite (Teruel)», *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 16, Madrid, 20-28.
- MARTÍ BONAFÉ, M.^a A. 1998: *El área territorial de Arse-Saguntum en época ibérica*, Valencia.
- MARTÍN VALLS, R. 1986-87: «La Segunda Edad del Hierro: consideraciones sobre su periodización», *Zephyrus*, XXXIX-XL, 59-86.
- MAYA, J. L. 1992-93: «El Bronce Final-Hierro Inicial en la zona norte del valle del Ebro». *Bajo Aragón Prehistoria*, IX-X, 7-50.
- MAYA, J. L.; CUESTA, F. y LÓPEZ CACHERO, J. (eds.) 1998: *Genó: Un poblado del Bronce Final en el Bajo Segre (Lleida)*, Universitat de Barcelona.
- MUNILLA, G. y GRACIA, F. 1995: «Evolución arquitectónica del poblado protohistórico del Alto de La Cruz (Cortes de Navarra)», *Poblamiento celtibérico. III Simposio sobre los celtiberos*. Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 41-58.
- ORTEGA ORTEGA, J. M. 1999: «Al margen de la identidad cultural: Historia social y economía de las comunidades campesinas celtíberas», *Economía IV Simposio sobre los celtiberos*. Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 417-452.
- PÉREZ VILATELA, L. 1990: «Etnia y ciudad en época ibérica e ibero-romana: El problema de la Edetania». *Anales de la Academia de Cultura Valenciana*, 66, Valencia, 133-175.
- RODRÍGUEZ BLANCO, J. 1977: «Relación Campo-Ciudad y Organización Social en la Celtiberia Ulterior (s. II a.C.)», *MHA*, I, Oviedo, 170 y ss.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A. 1994: «Algunas reflexiones sobre el fin de Tartessos en la cuenca media del Guadiana: la crisis del cuatrocientos y el desarrollo de la Beturia», *CupaUAM*, 21, 9-34.
- ROMAGOSA PETIT, J. 1971: «Azaila, dos tesoros, dos mensajes», *Acta Numismática*, I.
- ROMERO CARNICERO, F. 1999: «Orígenes y evolución del grupo castreño de la Sierra Norte soriana». *Encuentros sobre el origen del mundo celtibérico*, Molina de Aragón (octubre de 1998), 143-164.
- RUIZ RODRÍGUEZ, A. 1978: «Los pueblos íberos del alto Guadalquivir. Análisis de un proceso de transición». *C.P.Gr.* III, Granada, 255-284.
- RUIZ RODRÍGUEZ, A. 1997: «Sociedad y territorio en alto Guadalquivir entre los siglos IV y VI A.C.». *La Andalucía Ibero-Turdetana. Siglos VI-IV a.C., Huelva Arqueológica*, XIV, 11-29.
- RUIZ RODRÍGUEZ, A. en prensa: «Desde la Arqueología: Europa de la diversidad».
- RUIZ, A. y MOLINOS, M., 1993, *Los Íberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico*, Crítica, Barcelona.
- RUIZ ZAPATERO, G. 1992: «Comercio protohistórico e innovación tecnológica: la difusión de la metalurgia del hierro y el torno de alfarero en el NE. de Iberia», *Gala*, 1, Sant Feliu de Codines, 103-116.
- RUIZ ZAPATERO, G. 1995: «El substrato de la Celtiberia Citerior. El problema de las invasiones». *Poblamiento Celtibérico. III Simposio sobre Celtiberos*. Zaragoza, 25-40.
- RUIZ ZAPATERO, G. y ROVIRA 1994-96: «La producción, la circulación y el control del metal: del Bronce Medio a la Edad del Hierro en el NE. de la Península Ibérica», en J. Rovira (ed.) *Models d'ocupació, transformació i explotació del territori entre el 1600*

- i el 500 A.N.E. a la Catalunya meridional i zones limítrofes de la depressió de l'Ebre. Gala*, 3-5, 33-47.
- SACRISTÁN DE LAMA, J. D. 1986: *La Edad del Hierro en el valle medio del Duero. Rauda (Roa, Burgos)*. Valladolid.
- SAN MIGUEL MATÉ, L. C. 1993: «El poblamiento de la Edad del Hierro al occidente del valle medio del Duero», en F. Romero Carnicero, C. Sanz y Z. Escudero (eds.), *Arqueología vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*. Valladolid, 21-65.
- UNTERMANN, J. 1992: «Los etnónimos de la Hispania antigua y las lenguas prerromanas de la Península Ibérica», *Paleoetnología de la Península Ibérica*, Editorial Complutense, Madrid, 19-33.
- UNTERMANN, J. 1996: «La frontera entre las lenguas ibérica y celtibérica en las provincias actuales de Zaragoza y Teruel», *Homenaje a Purificación Atrián*, Teruel, 177-189.
- UROZ SAEZ, J., 1983: *La Regio Edetania en la época ibérica*. Instituto de Estudios Alicantinos.
- VILLAR, F. 1995: «Nueva interpretación de las leyendas monetales celtibéricas». M.^a P. García-Bellido y R.M. Sobral, ed. *La Moneda Hispánica Ciudad y Territorio*, CSIC, Madrid, 337-345.
- VILLARONGA, L. 1977: *Los tesoros de Azaila y la circulación monetaria en el valle del Ebro*, ANE, Barcelona.
- VILLARONGA, L. 1979: *Numismática Antigua de Hispania. Iniciación a su estudio*, Barcelona.

EL POBLAMIENTO EN LAS CUENCAS DE LOS RÍOS DUERO Y TAJO DURANTE LA EDAD DEL HIERRO

M.^A CONCEPCIÓN BLASCO BOSQUED

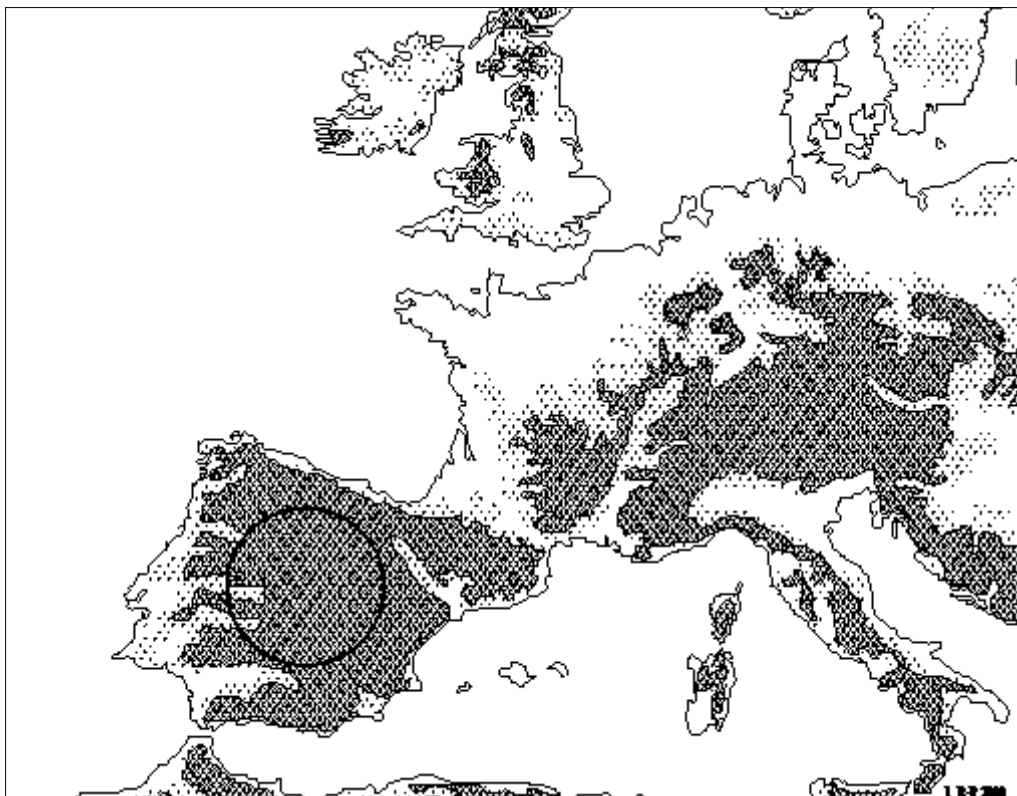
Departamento de Prehistoria y Arqueología, Universidad Autónoma de Madrid

ABSTRACT

This paper offers a general point of view about habitat's systems of Iron Age at the rivers Duero and Tajo basins, with the developments of different trajectories. It is argued that, beside a clear evolution to nucleation attested in Duero settlements, the Protohistoric villages of the Tajo basin shows the permanence of Bronze Age models, most of them identified by the abundance of small rural sites.

RESUMEN

El trabajo ofrece una visión de los cambios del poblamiento en las cuencas del Duero y del Tajo durante la Edad del Hierro. A partir de un modelo similar, en torno al siglo VIII a.C., caracterizado por pequeños grupos que buscan preferentemente las vegas fértiles, en la cuenca del Duero se observa una paulatina concentración que cristalizará en una jerarquización en torno a grandes núcleos, en posiciones dominantes. En contraposición, en la Cuenca del Tajo, se mantiene un modelo más próximo a la tradición del Bronce Final, predominando la atomización de pequeños núcleos y la arquitectura efímera.



1. INTRODUCCIÓN

Resulta imposible abordar, en una pequeña síntesis, el estado actual de los conocimientos sobre la ocupación del territorio en una zona tan amplia como son las cuencas de los ríos Duero y Tajo a lo largo de todo un milenio y, no sólo por la extensión geográfica y cronológica que, ciertamente, hace difícil este empeño, sino sobre todo por la diversidad territorial y cultural que encontramos dentro de este marco y por el diferente grado de conocimiento que poseemos, unas circunstancias que hacen imposible establecer un mínimo grado de comparaciones, por ello tan sólo trataremos de presentar unas pinceladas sobre diferentes regiones que cuentan con trabajos puntuales con el fin de aproximarnos a una realidad rica y plural y comprobar cómo el proceso adquiere tintes muy dispares, no sólo entre las dos cuencas fluviales sino también entre las diferentes áreas geográficas de cada una de ellas o, al menos, dentro de la Cuenca del Duero, donde el mayor grado de información nos permite una mejor aproximación a la realidad.

En efecto el Valle del Duero ocupa prácticamente la totalidad del territorio de la Meseta Norte y cuenta con una considerable ventaja con respecto a la Meseta Sur y, más concretamente, con la Cuenca del Tajo, tanto por el número de yacimientos conocidos y excavados, como por la cantidad de trabajos de síntesis relacionados con el tema que nos ocupa, la mayoría de ellos realizados en la última década. Sin embargo también es verdad que esta desigualdad empieza a ser paliada lentamente lo que nos permite atisbar algunos elementos para la contrastación que, futuras investigaciones, deberán confirmar o descartar.

2. UN PUNTO DE PARTIDA COMÚN: EL BRONCE FINAL

Con el declinar del Horizonte Cogotas I se cierra, en ambas cuencas fluviales, una etapa en la que el poblamiento parece estar dominado por la existencia de pequeñas aldeas que posiblemente son el trasunto de una sociedad con un grado de complejidad social bastante inferior a la de otros grupos del Bronce peninsular, pese a la esporádica existencia de castros dominantes que podrían haber jugado un papel centralizador y aglutinador (Almagro, 1986: 366-368), pero salvo en algunos casos muy puntuales en el Valle del Duero (Delibes, *et alii*, 1995b: 53), no es posible, de momento, confirmar esta tentadora hipótesis. Entre otras cosas porque apenas contamos con yacimientos en los que se hayan podido documentar estructuras arquitectónicas realizadas en duro, de manera que el dominio de unos puntos sobre otros sólo parece derivarse de su posición estratégica, una circunstancia que, en absoluto, permite certificar, por el momento, un modelo de poblamiento jerarquizado. No obstante, comienzan a documentarse importantes recintos de fosos que, de

atribuirse a establecimientos de esta etapa, podrían cambiar el panorama.

De momento, prácticamente la totalidad de las aldeas del Horizonte Cogotas I de ambas cuencas se caracterizan por presentar una arquitectura efímera, difícilmente registrable ya que ni siquiera se detectan los anclajes en forma de hoyos donde pudieran encajar los pies de postes. La única evidencia es un importante número de subestructuras en forma de «hoyos» excavados en el suelo que debieron de complementar a las estructuras aéreas para cumplir diferentes funciones y que se disponían dentro del espacio doméstico, aunque desconocemos su referencia topográfica en relación con las cabañas. Esta ausencia de estructuras arquitectónicas, nos ha privado de una información importante sobre su tamaño o, número y distribución en el terreno. Aunque la superficie de los asentamientos, bastante desigual, es posible calcularla a partir de los mencionados «hoyos» en cuyo interior se ha recuperado prácticamente todo el material mueble conocido. Por otra parte, estos asentamientos están desprovistos de defensas artificiales constatables y ocupan preferentemente las terrazas bajas de los ríos, pero tampoco son infrecuentes otros emplazamientos en alto o en ladera.

Un rasgo común a la mayoría de estos lugares es la falta de estratigrafías potentes, incluso la total ausencia de suelos de ocupación, algo que se ha interpretado como consecuencia de la escasa estabilidad de los asentamientos. Sin embargo dicho supuesto parece entrar en contradicción con el carácter de reserva de grano para su utilización a largo plazo que podrían tener algunos de los «silos» (Bellido, 1996, 27-40). En efecto parece probable que muchos de estos «hoyos» se utilizaran para guardar grano que, posteriormente, se utilizaría como semilla para la cosecha, o simplemente para su panificación y consumo, en cuyo caso habría que pensar que nos encontramos ante un indicio de que estos establecimientos corresponden a un número impreciso de ciclos agrícolas, lo que explicaría los reservorios de granos para la siembra y/o consumo. Pese a ello lo que sí ha podido comprobarse es que, tras un abandono más o menos dilatado, algunos de estos poblados se reocuparían, quizás una vez regeneradas las tierras (Delibes y Abarquero, 1997: 117), a juzgar por las numerosas muestras de «hoyos» que se reabren, incluso perforando parcialmente los que ya están en desuso. Estas reocupaciones cíclicas se adaptarían a una base económica agropastoril que busca preferentemente la proximidad de humedales, aun cuando coincidan muchas veces con suelos profundos y excesivamente pesados para la tecnología disponible en esos momentos.

Por otra parte, la actividad pastoril debió de motivar también cierta movilidad dentro de la cual no parecen probables los desplazamientos de largo alcance, aunque sí favorecerían los contactos con grupos próximos quienes, a su vez, generarían otros contactos que

explicarían la gran difusión de algunos de los elementos más típicos del Horizonte Cogotas I, como son sus características ornamentaciones cerámicas.

Esta estrategia de poblamiento, hace muy difícil evaluar la densidad de los asentamientos y aspectos tales como la relación entre vecinos, ya que resulta prácticamente imposible conocer que asentamientos llegaron a ser sincrónicos y en qué puntos se estableció, sucesivamente, una determinada comunidad. Únicamente cabe destacar que durante este horizonte no existen unas necesidades defensivas ni tampoco un imperativo de control visual de un hinterland extenso, aunque sí se busca reiteradamente la referencia del cauce fluvial y de sus márgenes, especialmente de las zonas donde los humedales son más extensos como consecuencia de la confluencia de dos cursos.

3. EL HIERRO ANTIGUO

Esta estrategia poblacional, trasunto de una realidad social y de una concreta explotación de los recursos primarios muy similar en las Cuencas del Duero y Tajo, se interrumpe con el inicio de la Primera Edad del Hierro, a partir de la primera mitad del siglo VIII a.C., momento en el que se produce una clara divergencia en el poblamiento de ambas cuencas, sin que, de momento, se conozcan bien las causas de esta realidad. El resultado será que, mientras en el Valle del Duero se observa el inicio de un claro proceso de estabilización de la población y de jerarquización del territorio, en el Tajo se va a mantener un modelo más próximo al del Horizonte anterior. Tan sólo podemos hablar de un aspecto común: la ausencia de reocupaciones de los asentamientos Cogotas I, a pesar de estar ubicados en zonas que parecen seguir siendo favorables a los intereses económicos de esta nueva etapa. Por tanto en ambas cuencas se produce, en definitiva, una ruptura con la tradición del poblamiento anterior y la instauración de unas nuevas pautas de ocupación del territorio, aunque en el Valle del Tajo se mantienen unos modelos más próximos a los tradicionales.

3.1. EL HORIZONTE SOTO I EN EL VALLE DEL DUERO: se identifica con el Hierro Antiguo en el Valle del Duero donde está representado por más de un centenar de yacimientos conocidos. Pese a su importante número, resulta difícil ofrecer un panorama muy preciso de las pautas de ocupación territorial ya que no existen estudios espaciales que, de manera general, abarquen toda la cuenca y además no hay datos sobre su cronología precisa lo que impide conocer su diacronía o sincronía (Delibes *et alii*, 1995b:60). La única aproximación realizada hasta el momento ha sido realizada por San Miguel (1993:24-29) en el interfluvio Duero-Pisuerga, la cual puede resultar orientativa para otros tramos del valle. No obstante estos trabajos han

puesto de relieve que no existe un único patrón, antes bien la ocupación varía en las tres unidades geográficas que analiza, una circunstancia que permite suponer una cierta heterogeneidad a la que no sería ajena la potencialidad económica de las distintas regiones. Dentro de esta diversidad, los asentamientos se realizan, indistintamente, junto a los ríos, en cerros aislados o en el borde de los páramos. Así mismo la trama de asentamientos resulta desigual, pues mientras los que se localizan en la llanura presentan una distribución homogénea por todo el centro de la cuenca, los que se encuentran en el páramo se ubican en la orla periférica.

Sin embargo se han podido aislar algunos aspectos que adquieren una cierta generalización. En primer lugar, la preferencia por lugares bien irrigados y en segundo término, la cercanía a vías pecuarias. Pero sobre todo se busca el valor estratégico dirigido a la intervisibilidad (Fig. 1) con otros emplazamientos y la posibilidad defensiva, teniendo en cuenta que los lugares de llanura buscan sistemáticamente los accidentes geográficos más sobresalientes (Rojo, 1987). Algunos de estos rasgos son significativamente comparables con la estrategia de ocupación de los grupos Cogotas I, entre los que es prioritaria también la cercanía a zonas húmedas producidas por las confluencias de corrientes de agua. Por el contrario, también es significativo el contraste con respecto a la capacidad defensiva, prácticamente ignorada por las poblaciones del Bronce Final y valorada ahora.

Pero si hay un aspecto que posiblemente haya que destacar por encima de otros, en la estrategia del poblamiento del Hierro Antiguo del Duero, es el inicio de la fijación al territorio, particularmente, en el caso de los poblados de llanura que configuran auténticos «tells». Dos son los factores que contribuyen a la formación de estos verdaderos montículos antrópicos, en primer lugar, la prolongada ocupación de un mismo punto que impone sucesivas remodelaciones y favorece la formación de secuencias estratigráficas y, en segundo término, muy relacionado con el primero, el empleo de materiales más estables para la arquitectura doméstica ya que al arruinarse las estructuras se forman potentes capas integradas por estos materiales (gruesos manteados con maderas de cierta envergadura y, posteriormente, adobes). Esta fijación de las comunidades a un territorio determinado está relacionada con la otra novedad que presenta el poblamiento de este momento que es la capacidad estratégica de los establecimientos.

Uno de los ejemplos más paradigmáticos de este modelo de asentamientos lo representa el propio poblado epónimo del Soto de Medinilla localizado en un meandro del río Pisuerga al que llega a desbordar incluso ocupando también, en época vaccea, un área exterior al propio meandro. En el yacimiento se han documentado hasta 11 niveles correspondientes al Hierro Antiguo, el primero de ellos tiene carácter fundacional

y sobre él se desarrollan diez fases constructivas o remodelaciones de lo que se ha dado en llamar «Hierro céltico», en contraposición a la etapa «celtibérica o vaccea» (también existente en el yacimiento), dichas fases no siempre tuvieron el mismo tamaño ni alcanzaron la misma superficie, produciendo también potencias muy desiguales en las distintas áreas del yacimiento que, en algunos puntos alcanza espesores de varios metros de altura mientras que en otros la sedimentación es sensiblemente más débil (Delibes *et alii*, 1995a: 154-168).

Este singular yacimiento es también el mejor ejemplo para comprobar la evolución arquitectónica que se produce durante esta etapa del Hierro Antiguo entre las poblaciones asentadas en el Valle del Duero. Desde los primeros niveles se documenta ya un cambio sustancial con respecto a las estructuras empleadas por los grupos Cogotas I pues, aun manteniendo la arquitectura de «casas y barro» en los tres niveles más antiguos, ésta se hace mucho más sólida al utilizar en la planimetría postes de mayor envergadura cuyos pies, sólidamente anclados en el suelo, han dejado huellas evidentes. A partir del «octavo nivel», el cuarto en orden de antigüedad, y con mucha más claridad desde el «séptimo nivel de hábitat», se introduce de manera definitiva el adobe como material constructivo, una novedad que se acompaña de las primeras estructuras de planta rectangular, aunque utilizadas sólo para las unidades arquitectónicas de menor tamaño, mientras que las cabañas, de mayor superficie, siguen siendo de planta circular (*vid* Delibes *et alii*, 1995a). Por otra parte, sólo en las etapas iniciales el asentamiento se protegió el poblado con una muralla de estacas y adobe la cual, tras un incendio, no se reconstruye.

Este panorama arquitectónico tiene su reflejo en otros establecimientos durienses, situados al norte y al sur del valle, en su tramo central y occidental. En efecto, la mayoría de los asentamientos han entregado una arquitectura predominantemente de adobes, precedida por unos niveles inferiores en los que hay indicios de estructuras lúneas con revocos de barro, como es el caso del Castillo de Cuéllar (Barrio, 1993: 178-212). No obstante, no hay homogeneidad en el desarrollo de plantas circulares o rectangulares, pues mientras los Cuestos de la Estación de Benavente se desarrollan indistintamente unas y otras, en el Castillo de Cuéllar y en La Mota (Medina del Campo) (Seco y Trece, 1993), son mayoritarias las estructuras de planta rectangular o cuadrangular unas morfologías que facilitan el adosamiento de estancias.

No cabe duda que estos asentamientos «estables» con importantes secuencias estratigráficas fruto de sucesivas ocupaciones, no fueron los únicos, aunque seguramente sí los más importantes e, incluso, pudieron haber actuado como «lugares centrales» en torno a los cuales se levantarían pequeñas aldeas de ocupaciones mucho más cortas, regidas por la capacidad de producción de las tierras agrícolas, como ocurría en el

Bronce Final, de las que apenas tenemos datos. Estos hábitats menores se podrían equiparar a las que, como luego veremos, fueron habituales en este mismo momento, en la Cuenca del Tajo. Incluso no resulta improbable que fuera de las vegas más productivas, en la periferia montañosa, de vocación ganadera, se mantuvieran exclusivamente los hábitats de estructuras orgánicas con una única ocupación. Esta hipótesis de modelos distintos de ocupación del territorio durante el Hierro Antiguo, serviría de lógico precedente a una clara dicotomía del poblamiento durante la etapa subsiguiente en la que, incluso se acentúa la diversidad de fórmulas para dar respuesta a las necesidades de una sociedad también cada vez más compleja. Por lo que respecta a las defensas, L. C. San Miguel ha destacado que en la confluencia del Duero con el Pisuerga, su área de estudio, los asentamientos que presentan obras perimetrales antrópicas corresponden a aquellos que se emplazan en zonas de vocación agrícola situados, en general, en las riberas fluviales, siendo mucho más numerosos y de emplazamientos más diversos, los que carecen de este tipo de obras (San Miguel, 1993: 29-30)

Un modelo de poblamiento algo diferente se ha podido documentar en el Alto Duero, en tierras sorianas, donde se han identificado tres grupos de hábitats distintos: El primero corresponde al conjunto de castros, característico de la Serranía norte, en un área claramente de montaña con aprovechamiento preferente de pastos. Son lugares de emplazamientos estratégicos, con importantes defensas artificiales y dimensiones reducidas, cuya altitud oscila entre los 1.100 y los 1.300 metros. El segundo grupo se emplaza en la región centro-sur de la provincia, en zonas de especial rendimiento agrícola, donde se instalan indistintamente en cerro o llano y no poseen defensas artificiales. El tercer conjunto corresponde a «castros» localizados en el reborde sur-oriental con dos emplazamientos diferentes, en espolones de los páramos o en zonas de interfluvio, a diferencia de los castros del norte, carecen de defensas antrópicas y son puntos estrechamente relacionados con las vías de comunicación que ponen en contacto esta zona del Alto Tajo con el Alto Jalón y Alto Henares que conforman el núcleo de la Celtiberia inicial (Jimeno y Arlegui, 1995: 103-104).

Hay que destacar cómo, frente a lo que ocurre en el Duero Medio, las defensas artificiales protegen a lugares de montaña con vocación ganadera. Otras diferencias con respecto al Duero Medio se detectan también en las tradiciones constructivas ya que las excavaciones han documentado, al menos para el área de los castros de la Sierra norte, la utilización de mampuestos de piedra asentados en seco para los zócalos con adobes en los alzados y la utilización indistinta de plantas circulares y rectangulares (Romero, 1991).

3.2. EL VALLE DEL TAJO: Como ya hemos apuntado más arriba, también en esta Cuenca se produce

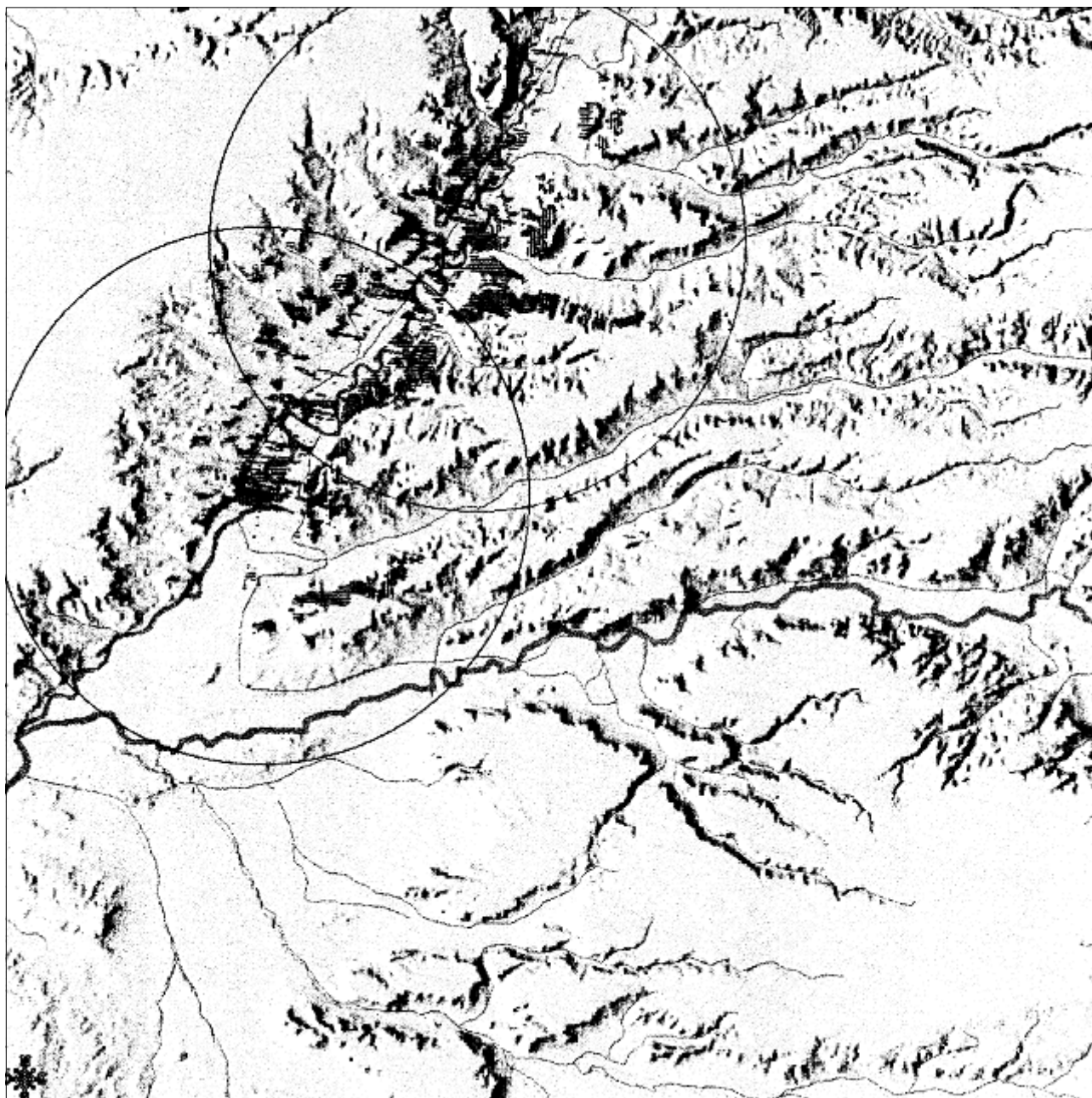


FIGURA 1.—Localización de diversos asentamientos del Hierro Antiguo en el Pisuerga con las áreas de visibilidad de Soto de Medinilla y Las Quintanas, a partir de la cartografía de L. C. San Miguel, 1993. Puede apreciarse también la intervisibilidad existente.

una cierta ruptura o, al menos, un cambio en la estrategia de ubicación de los asentamientos, coincidiendo con el inicio del Hierro Antiguo ya que, hasta el momento, no se ha documentado en la zona ninguna coincidencia en asentamientos del Bronce Final y del Hierro Antiguo una circunstancia que resulta especialmente chocante si se tiene en cuenta que se sigue produciendo una preferencia por las mismas zonas: las cuencas bajas de los ríos y, en especial, las zonas de confluencias de cauces. No obstante ahora se abandonan las planicies de las terrazas bajas sin ningún tipo de delimitación natural y se busca el reborde de las terrazas superiores que permiten el dominio visual, tanto de la cuenca fluvial principal, como de los cauces

transversales secundarios e, incluso los interfluvios. En algunos casos la elevación sobre los asentamientos del Bronce Final apenas supera los diez metros, mientras que la distancia entre algunos asentamientos del Bronce Final y los del Hierro Antiguo en la Cuenca Baja del Manzanares se encuentra en torno a un kilómetro, como es el caso del Cerro de San Antonio con respecto al arenero de Jesús Fernández o de La Venta de la Victoria con respecto al kilómetro siete de la Carretera de San Martín de la Vega. Lo que nos da idea de hasta qué punto en ambos estadios se explotan las mismas tierras (Blasco y Baena, 1997).

Esta preferencia por los mismos territorios podría hacer pensar que no hay cambios importantes en la

explotación de los mismos, sin embargo sí debieron de existir unas nuevas necesidades relacionadas con el control visual del entorno ya que se busca el dominio de las tierras más altas, situadas en los interfluvios; pero este dominio no se complementa con actuaciones que garanticen la defensa material de estos hábitats, pues en ninguno de ellos se ha documentado la existencia de defensas artificiales, una carencia que no se complementa con la propia topografía ya que, habitualmente, no es muy difícil y siempre suele dejar alguna zona desprotegida. Por tanto no hay que buscar en la defensa de las personas y los excedentes la nueva estrategia, sino más bien en la necesidad de control de un determinado territorio o, tal vez, de unas rutas, que antes carecían de interés. Pero tampoco puede descartarse la posibilidad de que quizás la introducción de nuevos cultivos o de una tecnología innovadora hagan posible también el cultivo de tierras más alejadas de los ríos, antes improductivas. El hecho cierto es que, aunque siguen interesando los fondos de los valles, en cuyas proximidades se ubican, también ahora, la mayoría de los hábitats, hay también nuevos intereses fuera de ellos (Figura 2).

Otro aspecto a tener en cuenta es el tamaño de los asentamientos ya que, los conocidos hasta ahora, son de dimensiones muy reducidas pues no alcanzan ni siquiera una hectárea y, en muchas ocasiones, se reducen a una única cabaña de poco más de una decena de metros de superficie. Es cierto que las características de la investigación, siempre a caballo de las urgencias, no ha permitido trabajos de campo en profundidad y puede proporcionarnos una visión deformada de una realidad. Pero, de cualquier manera, la escasa profundidad a la que aparecen estos suelos de ocupación, habría proporcionado vestigios más numerosos de los que poseemos, si estos hábitats respondieran a extensos conjuntos habitacionales. Por otra parte, se mantiene la arquitectura orgánica revestida de enlucidos de barro que dificulta su interpretación, aunque ahora algunas de las cabañas aparecen ligeramente excavadas en el suelo lo que permite, al menos, la identificación de su tamaño y morfología, en general, bastante irregular (Muñoz y Ortega, 1996).

Al escaso tamaño de los hábitats que, incluso, son más reducidos que en las etapas precedentes, se une un limitado tiempo de uso ya que los suelos de ocupación siguen siendo poco potentes, si bien, a diferencia de los del Bronce Final, al menos, llegan a crear un estrato, de unos 30-40 centímetros, que se extiende por toda la superficie, no sabemos si esta formación es consecuencia de una mayor estabilidad de los materiales utilizados en la construcción y de un comportamiento distinto de estos suelos en los procesos postdeposicionales o, además, influye también una mayor permanencia de los establecimientos con relación al horizonte anterior. De cualquier manera tampoco en estas ocupaciones del Hierro Antiguo se advierten reocupaciones y remodelaciones que creen

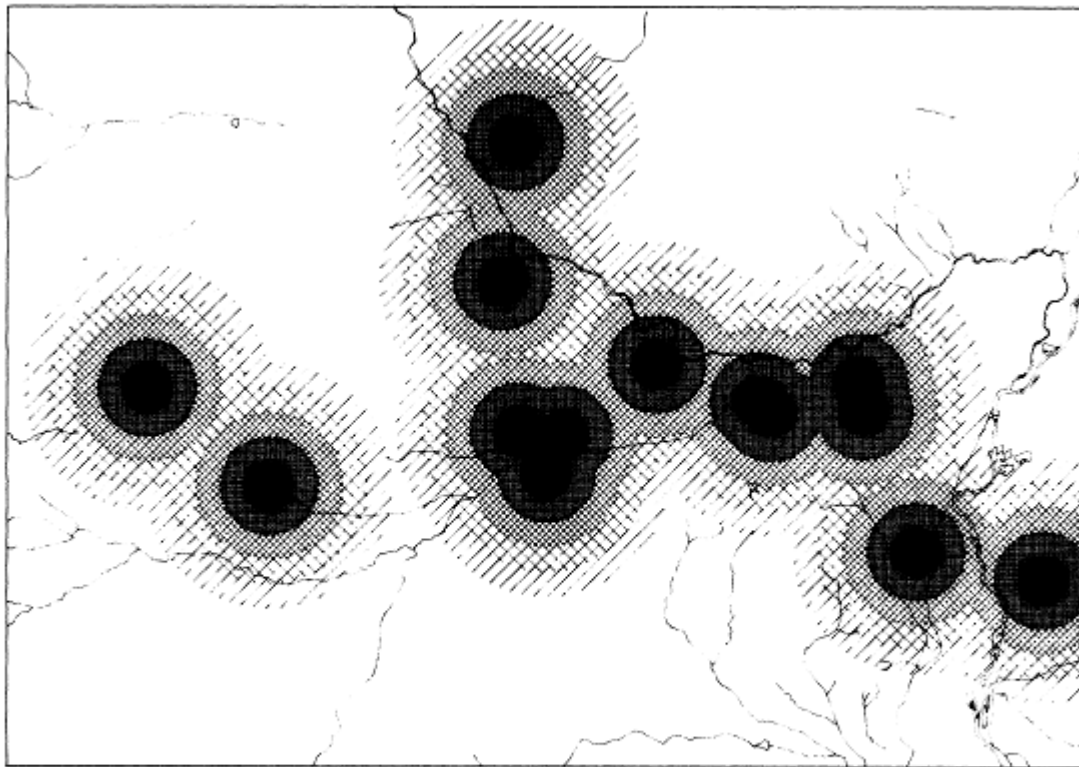
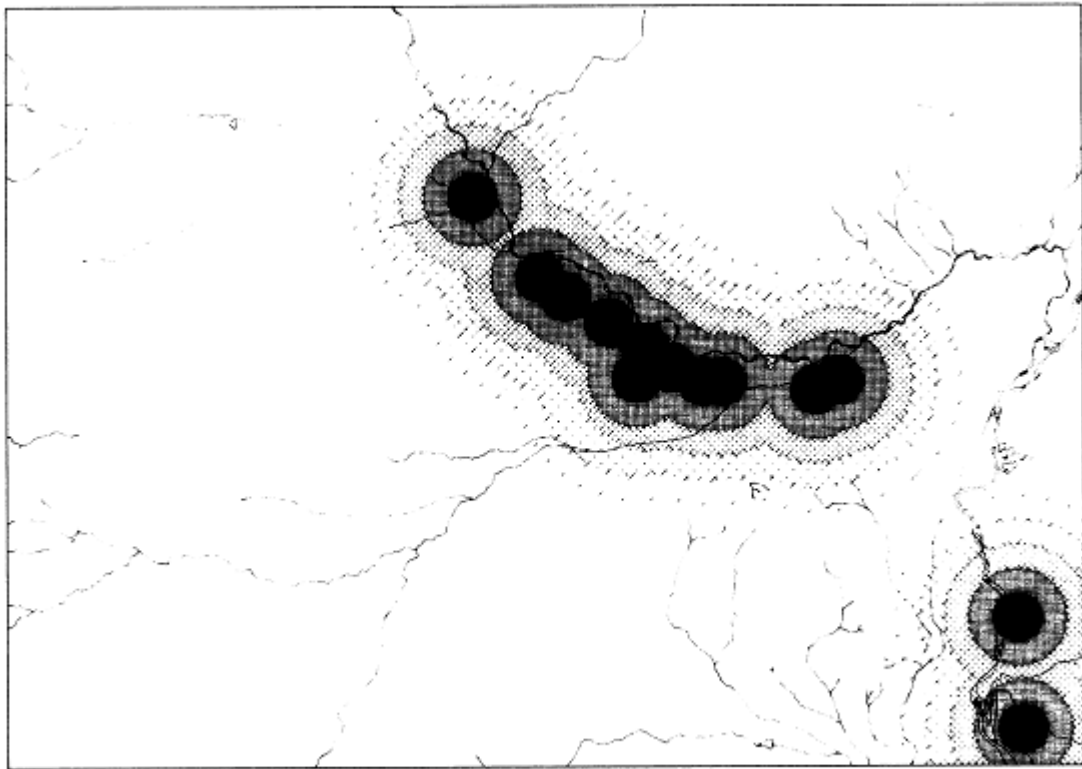
secuencias estratigráficas como las documentadas en el Valle del Duero.

Así pues, existen importantes diferencias en las pautas de poblamiento y las características de los asentamientos de estas dos grandes cuencas fluviales peninsulares durante el Hierro Antiguo, a pesar de haber desarrollado en el Bronce Final una estrategia similar ya que formaron parte de un mismo horizonte cultural. En efecto, frente al escaso tamaño de los asentamientos del Tajo, en el Duero se inicia ahora un proceso de concentración en núcleos de mayor tamaño pues aun cuando la mayoría de las excavaciones han incidido sólo en una pequeña área, todo parece indicar que muchos de estos asentamientos del Hierro inicial podrían alcanzar varias hectáreas. Además, son numerosos los lugares en los que se ha producido una larga secuencia estratigráfica que certifica una dilatada ocupación desde el Hierro antiguo hasta plena época vaccea, es el caso de Soto de Medinilla, Los Cuestos de la Estación, El Castillo de Cuéllar, etc. Así mismo, tras una etapa inicial caracterizada por la arquitectura lúgnea que utiliza troncos de gran envergadura cuyas huellas quedan claramente marcadas en el terreno, pronto se utiliza el adobe como material constructivo, mientras que en el Tajo, sólo se han documentado ocupaciones cortas y el empleo de materiales orgánicos de escaso tamaño que apenas dejan huellas de su anclaje en el suelo.

Aunque en ambas cuencas se produce una clara tendencia a la ubicación en lugares más altos, en el caso del Duero parece que es más frecuente el emplazamiento en cerros más elevados, siendo significativo el número de yacimientos situados en puntos sobre los que posteriormente se construirá un castillo: Cuéllar, La Mota, Montealegre, pero tampoco estas situaciones acropolitanas son las únicas y en general están vinculadas a los yacimientos de mayor tamaño. Quizás no sea ajena a estas localizaciones tan dominantes la idea de buscar una ubicación para un lapso de tiempo prolongado, frente a la necesidad, en el Valle del Tajo, de cubrir unas necesidades inmediatas, para un período de tiempo más limitado. Esta asimetría en el poblamiento es fruto, posiblemente, de una evolución hacia modelos de sociedades distintas que, en el caso del Tajo, mantiene unas fórmulas más próximas a las del Bronce Final, mientras que en el Duero evoluciona hacia una mayor complejidad y jerarquización, un fenómeno que parece confirmarse en la Segunda Edad del Hierro.

4. LA SEGUNDA EDAD DEL HIERRO

4.1. EL VALLE DEL DUERO: Las diferencias entre los distintos núcleos de población observadas en la etapa anterior se consolidan ahora de manera mucho más patente, no sólo por efecto de las singularidades regionales, sino también como consecuencia de



10 KM

FIGURA 2.—Comparación entre la localización de los asentamientos del Bronce Final y del Hierro antiguo en la cuenca baja del Manzanares. Obsérvese el abandono de la línea de la terraza inferior en los yacimientos del Hierro Antiguo.

la jerarquización territorial que se produce, pues si el Hierro Antiguo representa para el Valle del Duero la consolidación de hábitats estables en los que se producen reiteradas remodelaciones arquitectónicas, en la Segunda Edad del Hierro «se aprecian diferencias en los tamaños y vocación de los asentamientos y se detecta igualmente la existencia de un peculiar grupo con características comunes que, desde nuestro punto de vista, corresponden a los establecimientos jerarquizadores del poblamiento. De esta manera nos encontramos ante un modelo peculiar, pero no monolítico y, desde luego, mucho más próximo al que se documenta en el territorio celtibérico o en el ámbito ibérico» (San Miguel, 1995: 33).

Ello se traduce también en importantes diferencias en las características de los elementos internos, pues si bien los grandes conjuntos pudieron articularse en función de su perímetro (defensas) y de sus viales internos, así como en virtud de las distintas necesidades relacionadas con las actividades desarrolladas o la funcionalidad de los edificios, los hábitats más pequeños parecen responder más a una distribución espontánea, donde las unidades se disponen en el terreno sin una ordenación aparente. Esta diferencia «urbanística» entre los núcleos de tamaño grande y pequeño va a ser general en las distintas áreas aun cuando existan singularidades arquitectónicas que particularizan a los diversos conjuntos mayores. Se trata de una circunstancia contrastada en zonas sobre las que existen estudios puntuales como es el caso, antes citado, del Duero Medio en el entorno de la confluencia con el Pisuerga, el Valle del Amblés en las estribaciones de la Sierra de Gredos o la zona centro-sur de la provincia de Soria que corresponden a entornos geográficos bien diferentes y sobre los que se asentaron distintos pueblos prerromanos citados por las fuentes como vacceos, vetones y celtíberos.

Estas tres áreas responden a ese mismo fenómeno de jerarquización del territorio pero las estrategias de poblamiento resultan distintas como consecuencia de las condiciones del terreno, las posibilidades económicas y las propias tradiciones culturales. Además hay que tener en cuenta la dinámica que se produce a lo largo de esta etapa la cual, al menos en algunas zonas, determina importantes cambios que se traducen en traslados, concentraciones, etc., como en el caso del Valle del Amblés (Alvarez Sanchís, 1993)

En el Valle Medio del Duero, según San Miguel (San Miguel, 1993) los patrones de asentamiento siguen siendo sustancialmente los mismos que en época anterior, aunque se constata una continuación en el proceso de concentración que lleva aparejada una notable reducción del número de hábitats y el aumento de tamaño de los núcleos jerarquizadores. Su localización se produce sobre terrenos de diferente naturaleza y en topografías muy distintas, si bien se reconoce una tendencia a la instalación en lugares algo más elevados que en la etapa anterior, en puntos fácilmente

accesibles, ya que no suelen superar los 21'14 metros sobre la altitud media de las tierras circundantes, una «norma» de la que se exceptúan tres de los grandes núcleos: Melgar de Abajo, Ntra. Sra. de Tera y Montealegre. También puede considerarse una circunstancia común, tanto la proximidad a puntos de agua, que se encuentran dentro del radio de 500 metros, como a tierras de alto rendimiento agrícola.

Con respecto al valor estratégico, se detectan ciertos cambios en relación con la etapa precedente como es el menor interés por la intervisibilidad entre dos o más asentamientos, algo que se encuentra en estrecha relación al alejamiento de los vecinos más próximos que se va produciendo paulatinamente. Por otra parte no hay una estrecha relación entre los lugares más dominantes y el mayor control visual. En cambio sí se constata un significativo dominio visual sobre las tierras de mejor rendimiento, en especial las de regadío, y sobre las vías pecuarias y los cauces fluviales. No obstante en el caso de las civitates parece que el factor que primó en la elección del emplazamiento, no fue tanto el control visual o la proximidad con respecto a las tierras de alto rendimiento agrícola, cuanto, sobre todo, su capacidad defensiva, situándose en puntos muy altos. Una situación que quizás pueda asociarse a ciertas funciones económicas en relación con el desarrollo de la «secundarización» de la producción (San Miguel, 1995).

La evolución del poblamiento va a determinar un progresivo alejamiento de los diferentes núcleos con respecto al vecino más próximo desde los 4'23 kms. de distancia media en el Hierro inicial a los casi 10 kms. de la etapa vaccea clásica, pero esta variación no se produce de forma homogénea en las tres unidades geográficas estudiadas, sino que el proceso es claramente asimétrico aunque se dan algunos rasgos comunes, como es la acomodación a las líneas que marcan los ríos o a los rebordes de los páramos y, más significativamente, la coincidencia con las cañadas pecuarias, coincidiendo también las áreas de concentración de yacimientos con la existencia de agua: cursos fluviales o áreas lacustres de carácter endorreico.

En cuanto a las causas que pudieron influir en el proceso de nuclearización detectado, especialmente a partir del siglo IV a. C., deben de manejarse una suma de varios factores entre los que hay que considerar el aumento de la producción y el mantenimiento de unos niveles constantes de la misma, las nuevas formas de producción favorecidas por las novedades tecnológicas, la activación del comercio fomentado por los excedentes que permitiría la llegada de metales, todo ello gracias a un fluido sistema de comunicaciones, al desarrollo de las actividades de manufactura y, en definitiva, a los cambios sociales y políticos que la nueva situación conlleva (San Miguel, 1995).

En los rebordes montañosos del Sistema Central, el Valle del Amblés, es el territorio vetón mejor conocido y ejemplariza un modelo caracterizado por la

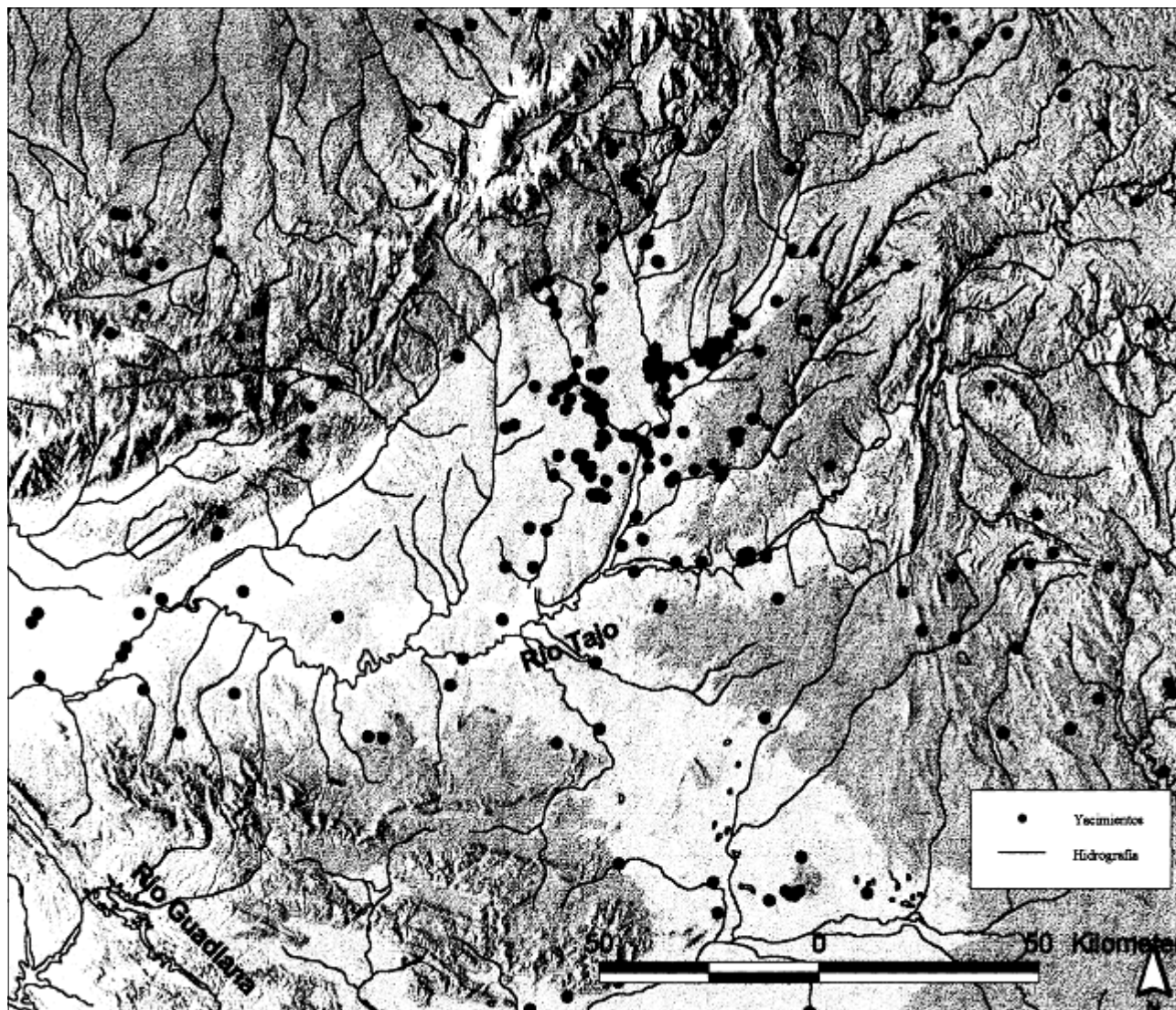


FIGURA 3.—Mapa de dispersión de los asentamientos de la Edad del Hierro en la Cuenca del Tajo.

existencia de importantes castros fortificados emplazados en lugares de fácil defensa, una característica que debió de ser común a otras zonas montañosas. Los estudios de Álvarez Sanchís han permitido mostrar la coexistencia, dentro de esa unidad geográfica, de pequeños hábitats conviviendo con los núcleos amurallados. Estos asentamientos más reducidos carecen de murallas y se encuentran a una distancia de los vecinos más próximos de unos 4'500 metros, lo que permite su intervisibilidad. Se sitúan preferentemente en zonas de vega y la vocación de las tierras circundantes aboga por una economía de carácter mixto agropecuario. Frente a esta situación, los castros buscan el control del territorio de su entorno, dominado por las tierras de vocación ganadera, situándose a una mayor distancia de sus vecinos próximos. El paisaje se complementa con la distribución de un buen número de verracos situados en zonas próximas a las vías pecuarias circunstancia que aumenta el énfasis en la economía principal de este grupo.

Este panorama general puede matizarse, como es lógico, por una serie de cambios que se producen a lo largo del tiempo, particularmente contrastables en los grandes castros, como es la indiscutible vocación ganadera, la menor extensión (15 y 30 has., respectivamente) y la topografía menos dominante de Las Cogotas y La Mesa de Miranda con respecto a Ulaca (60 has.). Unas diferencias que posiblemente no sean ajenas a una cierta diferencia cronológica en favor de una mayor modernidad de Ulaca, confirmada por su estructura urbana la cual incorpora una zona, la más alta, destinada a edificios de carácter público, algunos de ellos, como el altar y la sauna, de función ritual (Álvarez Sanchís, 1993 y 1998).

En el Alto Duero, a partir del siglo IV a.C., se produce el abandono de la mayor parte de los castros serranos del norte de Soria, en cambio, se registra un incremento de la población en las campiñas centrales donde se mantiene la continuidad de aquellos núcleos situados en lugares de fácil defensa, aun cuando a veces

su elevación sobre las tierras circundantes no sea muy importante, como es el caso del Castillejo de Fuensaúco (Romero y Misiego, 1995). Algunos de estos núcleos irán ganando tamaño hasta desembocar en las futuras ciudades como Tiermes, Uxama o Numancia (Jimeno y Arlegui, 1995, Romero y Jimeno, 1993).

4.2. EL VALLE DEL TAJO: La trayectoria divergente que se inicia a comienzos de la Edad del Hierro en el poblamiento de ambas cuencas fluviales, culminará en la Segunda Edad del Hierro, a lo largo de la segunda mitad del primer milenio antes de nuestra Era. Si en el Valle del Duero, se produce un proceso de regionalización que favorece la existencia de estrategias distintas, en el Tajo no se han podido documentar unas diferencias tan acusadas, ni geográficas, ni arquitectónicas. Pero quizás el aspecto que más contrasta en el panorama general de ambas cuencas es la continuidad en el Tajo de un poblamiento más o menos disperso, en cuyo paisaje están ausentes los grandes núcleos jerarquizadores del territorio.

Esta situación se desprende de los todavía pocos datos con los que contamos y las todavía más escasas intervenciones de campo, sin embargo todo parece incidir en que, al menos durante los siglos V, IV y III antes de Cristo, prácticamente todos los asentamientos conocidos, se reducen a pequeños núcleos constituidos por someras cabañas de material orgánico, dispersas en un terreno más o menos amplio que, en ocasiones, debieron de ser ocupados durante un período limitado de tiempo (Fig. 3). Así se deduce de los indicios que han entregado algunos yacimientos madrileños de las cuencas del Manzanares, Henares o Jarama, como son la Aldehuela, El Arroyo Culebro, el Cerro Ecce Homo, Los Pinos, la Dehesa o Redueña, todos ellos con livianas estructuras —a veces reducidas a una sola unidad— realizadas con los materiales tradicionales: ramajes y barro. Como en el Bronce Final y en el Hierro Antiguo, en muchos casos la ocupación de estos lugares debió de reducirse a un escaso lapso de tiempo que no permitió tampoco la formación de secuencias estratigráficas ni de suelos potentes. Esta circunstancia puede explicar la multiplicidad de hábitats de esta etapa en ámbitos reducidos (figura 3), así como la proximidad entre unos y otros, ya que muchos de ellos no llegarían a estar ocupados sincrónicamente (*vid* Fernández Galiano, 1976), lo que justificaría la afirmación de que también en el Tajuña «se ve aumentar el número de yacimientos, consecuencia del crecimiento demográfico, aunque sea importante señalar que dicho aumento se debió reducir a pequeños núcleos de tipo rural, nunca de tamaño superior al de un pequeño castro, pues todo este valle debió verse progresivamente absorbido dentro del territorio de *Complutum*, cuyo papel predominante llegaría aparentemente hasta la zona del Tajuña inferior» (Almagro-Gorbea, de Benito y Dávila, A., 1994:30).

Pero las concomitancias con los momentos previos no se reduce sólo al tamaño, la arquitectura y la es-

casa duración de las ocupaciones, sino también a la preferencia por lugares similares, hasta tal punto que es frecuente encontrar asentamientos del Hierro I y II en un mismo lugar, aunque casi siempre en estratigrafías horizontales, es el caso de Ecce Homo y La Dehesa en el término municipal de Alcalá de Henares o de la Aldehuela en Getafe. Todas estas coincidencias podrían estar indicando que en esta zona apenas se producen cambios sustanciales en la composición y tamaño de los grupos, en su régimen de asentamientos y, en definitiva, en sus fórmulas económicas. Una hipótesis que podría justificar la escasez de necrópolis con grandes acumulaciones de tumbas y ajuares muy diferenciados, así como la carencia de objetos de prestigio entre las tumbas exhumadas hasta el momento. Unas ausencias que parecen incidir también en la poca duración de los asentamientos, su limitado tamaño y en una escasa complejidad social y económica.

Existen, no obstante, algunas excepciones, como los yacimientos de Cerro Redondo en Fuente el Saz del Jarama (Madrid) y El Cerrón en Illescas (Toledo), donde en niveles del siglo IV a. C. aparecen ya estructuras rectangulares realizadas con adobes, pero en ambos casos son arquitecturas aisladas que posiblemente no tengan una función doméstica, al menos en el caso toledano, donde se ha interpretado como un santuario (Valiente, 1994), de manera que la estabilidad de las estructuras podría deberse a una funcionalidad distinta a la estrictamente doméstica y no a la necesidad de una vida prolongada. Por otra parte, se ha hablado reiteradamente de la existencia de castros de ciertas dimensiones, a menudo, provistos de murallas más o menos potentes, pero todos los conjuntos de este tipo que han sido objeto de excavación, como es el caso de Santorcaz y El Pontón de la Oliva en Madrid y Cerro Gollino en Toledo, han presentado evidencias de romanización sin que exista constancia clara de que las estructuras sólidas y las obras defensivas correspondan a momentos anteriores a la presencia romana. De confirmarse este extremo, es probable que en el Valle del Tajo los procesos de concentración y estabilización de la población sean muy tardíos y estén asociados a la romanización de la zona.

Si tenemos en cuenta el caso de *Complutum*, no es descabellado pensar que esta ciudad -y quizás también el resto- surgió precisamente en una zona en las que existía una máxima concentración de pequeños establecimientos dispersos que, en buena parte fueron absorbidos por el nuevo núcleo romano y, en parte, convivieron con él. Este proceso de concentración, que también se produce en el resto de la Península, resulta en el Alto y Medio Tajo mucho más radical ya que representa una importante ruptura con una tradición aldeana plenamente vigente todavía en las últimas centurias anteriores a nuestra Era, de manera que no se trata de sustituir a unos núcleos jerarquizadores de menor tamaño, sino de reorganizar el poblamiento con esquemas nuevos.

5. BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO, M., 1986: «Bronce Final y Edad del Hierro. La formación de las etnias y culturas prerromanas». En *Historia de España*: Jordá, F., Pellicer, M., Acosta, P. y Almagro, M.: I Prehistoria, ed. Gredos, Madrid: 341-545.
- ALMAGRO, M., BENITO, J. E. y DÁVILA, A. F., 1994: «Las secuencias del Ecce Homo (Henares) y del Valle del Tajuña: Un ensayo de interpretación». *Actas del IV Encuentro de Historiadores del Valle del Henares*. Alcalá de Henares: 17-38.
- ALMAGRO, M. y DÁVILA, A., 1995: «El área superficial del oppida en la Hispania céltica». *Complutum*, 6. Madrid: 209-233.
- ÁLVAREZ SANCHÍS, J., 1993: «Los castros de Ávila». En Almagro, M. y Ruiz Zapatero (eds.) *Los Celtas: Hispania y Europa* (Actas de El Escorial). UCM, Madrid: 255-284.
- ÁLVAREZ SANCHÍS, J., 1998: «Verracos vettones y espacios sociales: Arqueología del paisaje en la Edad del Hierro». *Arqueología espacial*, 19-20. Teruel: 609-631.
- BARRIO, J., 1993: «Estratigrafía y desarrollo poblacional en el yacimiento prerromano de la Plaza del Castillo (Cuéllar, Segovia). En Romero, F., Sanz, C. y Escudero Z.: *Arqueología vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la Cuenca Media del Duero*. Consejería de Cultura y Turismo. Junta de Castilla y León. Valladolid: 173-212.
- BELLIDO, A., 1996: *Los campos de hoyos. Inicio de la economía agrícola en la Submeseta norte*. «Studia Archaeologica, 85». Universidad de Valladolid.
- BLASCO, C., 1992: «Etnogénesis de la Meseta sur». En M. Almagro y G. Ruiz Zapatero (Eds.): *Paletnología de la Península Ibérica*. Complutum 2-3. Univ. Complutense de Madrid, Madrid: 281-296.
- BLASCO, C. y BAENA, J., 1997: «Cambios en los patrones de asentamiento entre el bronce Final y la Primera Edad del Hierro en el Bajo Manzanares». En Baena, J., Blasco, C. y Quesada, F. (Eds.): *Los SIG y el análisis espacial en Arqueología*, Universidad Autónoma de Madrid: 195-212.
- DELIBES, G. y ABARQUERO, F. J., 1997: «La presencia de Cogotas I en el País Valenciano: Acotaciones al tema desde una perspectiva meseteña». *Saguntum*, 30, Valencia: 115-134.
- DELIBES, G., ROMERO, F., RAMÍREZ, M. L., 1995a: «El poblado «céltico» de El Soto de Medinilla (Valladolid). Sondeo estratigráfico de 1989-90». En G. Delibes, F. Romero y A. Morales: *Arqueología y Medio ambiente. El Primer milenio a.C. en el Duero Medio*. Consejería de Cultura y Turismo. Junta de Castilla y León. Valladolid: 147-178.
- DELIBES, G., ROMERO, F., SANZ, ESCUDERO, Z. y SAN MIGUEL, L. C., 1995b: «Panorama arqueológico de la Edad del Hierro en el Duero Medio». En G. Delibes, F. Romero y A. Morales: *Arqueología y Medio ambiente. El Primer milenio a. C. en el Duero Medio*. Consejería de Cultura y Turismo. Junta de Castilla y León. Valladolid: 49-148.
- ESPARZA, A., 1986: *Los castros de la Edad del Hierro del Noroeste de Zamora*. Instituto de estudios zamoranos Florán de Ocampo, Zamora.
- FERNÁNDEZ GALIANO, D., 1976: *Carta arqueológica de Alcalá y su Partido*. Ayuntamiento De Alcalá de Henares.
- JIMENO, A. y ARLEGUI, M., 1995: «El poblamiento en el Alto Duero». En F. Burillo (Coord.): *Poblamiento celtibérico*. III Simposio sobre los Celtíberos. Inst. Fernando el Católico. Zaragoza: 93-126.
- MUÑOZ, K. y ORTEGA, J., 1996: «La transición primera-segunda Edad del Hierro en el Bajo Henares: Las Cabañas de «Los Pinos» (Alcalá de Henares, Madrid)». *Actas del V Encuentro de Historiadores del Valle del Henares*. Guadalajara: 31-43.
- ROMERO, F., 1991: *Los castros de la Edad del Hierro en la provincia de Soria*. Studia Archaeologica, 80, Valladolid.
- ROMERO, F. y MISIEGO, J. C., 1995. «Desarrollo secuencial de la Edad del Hierro en el Alto Duero. El Castillejo (Fuensaúco, Soria)». En F. Burillo (Coord.): *Poblamiento celtibérico*. III Simposio sobre los Celtíberos. Inst. Fernando el Católico. Zaragoza: 127- 140.
- ROMERO, F., SANZ, C. y ESCUDERO, Z., 1993: «Introducción: Una visión renovada de la Arqueología vaccea». En F. Romero, C. Sanz y Z. Escudero: *Arqueología vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la Cuenca media del Duero*. Consejería de Cultura y Turismo. Junta de Castilla y León. Valladolid: 9-20.
- ROJO, M., 1987: «Asentamientos prehistóricos en la Cuenca del Nava. Estudio de sus relaciones». *Actas*: 409-416.
- SACRISTÁN, J. D., SAN MIGUEL, L. C., BARRIO, J. y CELIS, J., 1995: «El poblamiento de época celtibérica en la cuenca Media del Duero». En F. Burillo (Coord.): *Poblamiento celtibérico*. III Simposio sobre los Celtíberos. Inst. Fernando el Católico. Zaragoza: 337-368.
- SAN MIGUEL, L. C., 1993: «El poblamiento de la Edad del Hierro al occidente de del Valle Medio del Duero». En F. Romero, C. Sanz y Z. Escudero: *Arqueología vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la Cuenca media del Duero*, Consejería de Cultura y Turismo. Junta de Castilla y León. Valladolid: 21-66.
- SAN MIGUEL, L. C., 1995: «Civitas y secundarización de la producción: Las dos claves de interpretación del modelo de poblamiento vecceo?». En F. Burillo (Coord.): *Poblamiento celtibérico*. III Simposio sobre los Celtíberos. Inst. Fernando el Católico. Zaragoza: 373-380.

SANTONJA, M., 1991: «Comentarios generales sobre la dinámica del poblamiento antiguo en la provincia de Salamanca». En: *Del Paleolítico a la Historia*. Museo de Salamanca. Salamanca: 13-31.

SECO, M. y TRECE O, F.J., 1993: «La temprana «iberización» de las tierras del sur del Duero a través de la secuencia de «La Mota», Medina del Campo (Valladolid). En Romero, F., Sanz, C. y Escudero Z.:

Arqueología vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la Cuenca Media del Duero. Consejería de Cultura y Turismo. Junta de Castilla y León. Valladolid: 133-172.

VALIENTE, S., 1994: *Excavaciones arqueológicas en «El Cerrón» de Illescas (Toledo)*. Patrimonio histórico-arqueológico de Castilla-La Mancha. Toledo.

O POVOAMENTO DO NOROESTE NO I.º MILLENIO a.C.

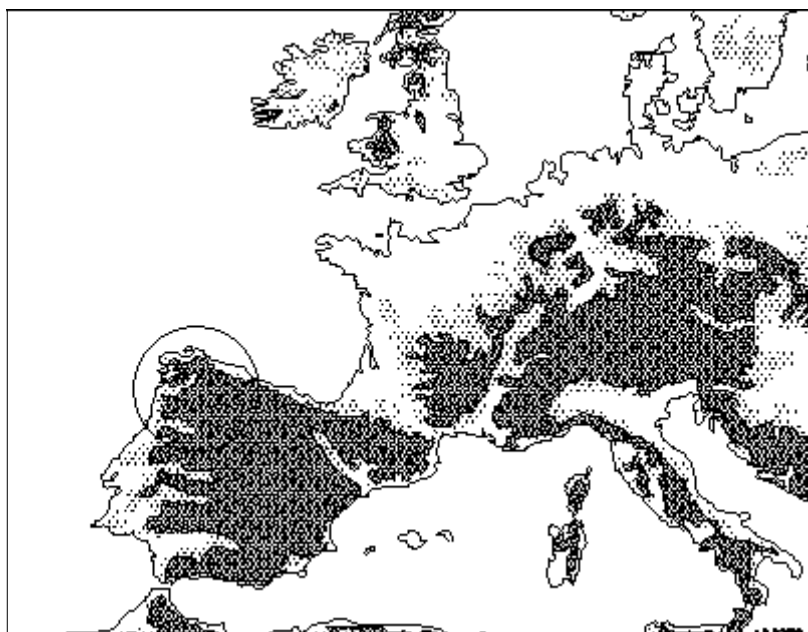
VIRGILIO HIPÓLITO CORREIA
Museu Monográfico de Conimbriga

ABSTRACT

The Northwest of Iberian Peninsula is an especially well-known area for investigation in Recent and Late Prehistoric Archaeology, both by the large number of studies as by maintenance of old historiographic ideas beside new scientific perspectives. A good example is the essential mistake between the Protohistory of Northwest and the called Castreja Culture. Other, not smaller, is the definition of chronological trajectories, sometimes stress in different moments of the 1st Millennium A.C. In this paper, the author proposes a pragmatic explicative model, taking an analysis from archaeological data with a long point of view, in order to understand origins and developments of the main historical process, such as the appearance of the urban societies. This is considered from the cultural and social characters of indigenous peoples and their relationships with the Classical Roman World.

SUMARIO

O noroeste da Península Ibérica é uma área privilegiada e paradigmática da Arqueologia peninsular, pela a concentração da investigação com bons exemplos das resistências historiográficas e das perspectivas científicas, dos avanços e recuos, em suma, que balizam a própria história da arqueologia. Assim, a evolução dos estudos ditou o facto incontornável de que existe uma confusão essencial entre proto-história do noroeste e Cultura Castreja. Um problema não menor nesta vertente é também o do faseamento cronológico, que dita a eventual delimitação do campo de estudo em momentos muito distintos ao longo do 1.º Mil. AC. A nossa perspectiva será, sobretudo, pragmática. Tenderemos a alargar cronologicamente a nossa análise, como forma de tentar compreender na longue durée a génese e o devir de alguns fenómenos, como a existência ou não de um processo de urbanização que só pode ser decidida no espaço do noroeste, todavia, tendo em conta a posição relativa de os seus grupos sociais envolvidos por uma mesma matriz cultural frente ao mundo greco-helenístico, que é de um afastamento relativo.



1. INTRODUCCIÓN

O noroeste da Península Ibérica, e o noroeste de Portugal particularmente, é, desde há cem anos, pelo menos, uma área privilegiada e paradigmática da investigação arqueológica peninsular. Privilegiada dada a concentração da investigação que, desde Martins Sarmiento, aí tem lugar; paradigmática porque, por isso mesmo, aí vamos encontrar bons exemplos das investigações científicas e das resistências historiográficas, das perspectivas científicas e dos apriorismos injustificados, dos avanços e recuos, em suma, que balizam a própria história da arqueologia enquanto disciplina. Tratando-se de uma área dotada de um dos melhores corpos da investigação peninsular, é também aquela onde uma tentativa de síntese —mesmo se balizada por um tema bem delimitado como os fenómenos demográficos e os processos de urbanização— se reveste de maiores responsabilidades.

A primeira questão que se coloca a qualquer investigador do Noroeste Peninsular é o da delimitação do campo de estudo. A evolução dos estudos ditou o facto incontornável de que existe uma confusão essencial entre proto-história do noroeste e Cultura Castreja. Não é (já) o momento de valorar este facto, mas sim de o assumir.

Deparamo-nos, no estudo do noroeste com hipóteses variadas de delimitação do problema —sejam elas maximalistas—, como acontecerá se, numa situação de grande irregularidade no avanço dos estudos de campo, tendermos a interpretar *sub iudice* Cultura Castreja todos os dados arqueológicos do noroeste peninsular —sejam minimalistas— como virá a acontecer se, segundo uma metodologia childeana, tentarmos isolar os itens definidores na cultura castreja numa perspectiva histórico-cultural.

Um problema não menor nesta vertente é também o do faseamento cronológico, que dita a eventual delimitação do campo de estudo em momentos muito distintos ao longo do 1.º Mil. a.C.

A nossa perspectiva será, sobretudo, pragmática. Tenderemos a alargar cronologicamente a nossa análise, como forma de tentar compreender na *longue durée* a génese e o devir de alguns fenómenos mas, por questões historiográficas, o âmbito geográfico da nossa análise dificilmente sairá daquele espaço do Entre-Douro-e-Minho que é o mais tradicional nas análises da Cultura Castreja, salvo as inevitáveis extensões ao âmbito galego meridional para o qual é mais abundante a documentação e mais facilmente compaginável a natureza dela. Ambas as opções são discutíveis (quicá condenáveis) por motivos evidentes: até de um ponto de vista pessoal —que não é aqui o local de justificar— somos muito sensíveis à crítica do «essencialismo» que conduz a levar a genealogia das culturas demasiado longe e, estamos seguros de que, no vasto espaço de interacção do Noroeste Peninsular, e ainda apesar do estado actual

da investigação, é talvez fora do âmbito tradicional da investigação da Cultura Castreja, que residem as potencialidades mais interessantes de desenvolvimento científico.

2. O NOROESTE

O Noroeste Peninsular está localizado num ponto no qual, por razões históricas diversas e complexas, coincide a existência de correntes de interacção pertencentes quer ao complexo atlântico quer ao complexo mediterrânico (Cunliffe 1995) e este facto, ao longo do final do 2.º Mil. a.C. e toda a primeira metade do 1.º, foi uma razão principal da situação *sui generis* que encontramos nalguns segmentos do padrão de povoamento da área e —tentaremos argumentar este ponto— foi também uma das mais importantes razões para a evolução político-social a que se assistiu a partir dos meados do 1.º Mil. AC.

A integração do noroeste nas redes de interacção atlânticas era inevitável: bastaria a sua localização. Mas certamente que os seus recursos naturais, designadamente os minerais, desempenharam um papel muito especial na sua integração nas redes mediterrânicas e peri-mediterrânicas. O estanho —um bem mais raro que o cobre— era um fenómeno de atracção irresistível cujo processo de exploração permitia uma flexibilidade de meios e organizações que potenciava o alargamento dos contactos e, concomitantemente, das redes de interacção e seus efeitos, até uma escala de outra forma insuspeitável. Para além disso sabemos, pelas informações das fontes antigas que, para este ponto específico, podemos tomar como fidedignas, que muita da navegação seria feita por povos peninsulares propriamente ditos: quer isto dizer que nos encontramos perante esferas interligadas mas diversificadas.

A interacção fazia-se a dois níveis, um marítimo outro especificamente peninsular (e devemos também imaginar que, para além de um vector marítimo existia um vector terrestre). Por tudo isto, é evidente que a análise das esferas locais tem de compreender uma larga gama de variáveis. São talvez estas variáveis o conjunto de fenómenos que melhor explica a situação complexa que diz respeito á delimitação de entidades étnicas no noroeste, onde os desfazamentos entre historiografia clássica e evidência arqueológica não cessam de surgir (Alarcão 1992b, Silva 1995).

Surpresas talvez escusadas se pensarmos —apenas preliminarmente— em duas afirmações consecutivas de Estrabão, que ditam: (*Geog.* 3.3.2) «Por isso, por serem tão difíceis de combater, os Calaicos não só forneceram o epíteto do homem que derrotou os Lusitanos como também deram lugar a que, agora, a maioria dos Lusitanos é chamada de Calaicos» e (*Geog.* 3.3.3) «...Vetões, Vaceus e Calaicos, [são] as tribos (*eθnῆ*) bem conhecidas; não vale a pena nomear o resto,

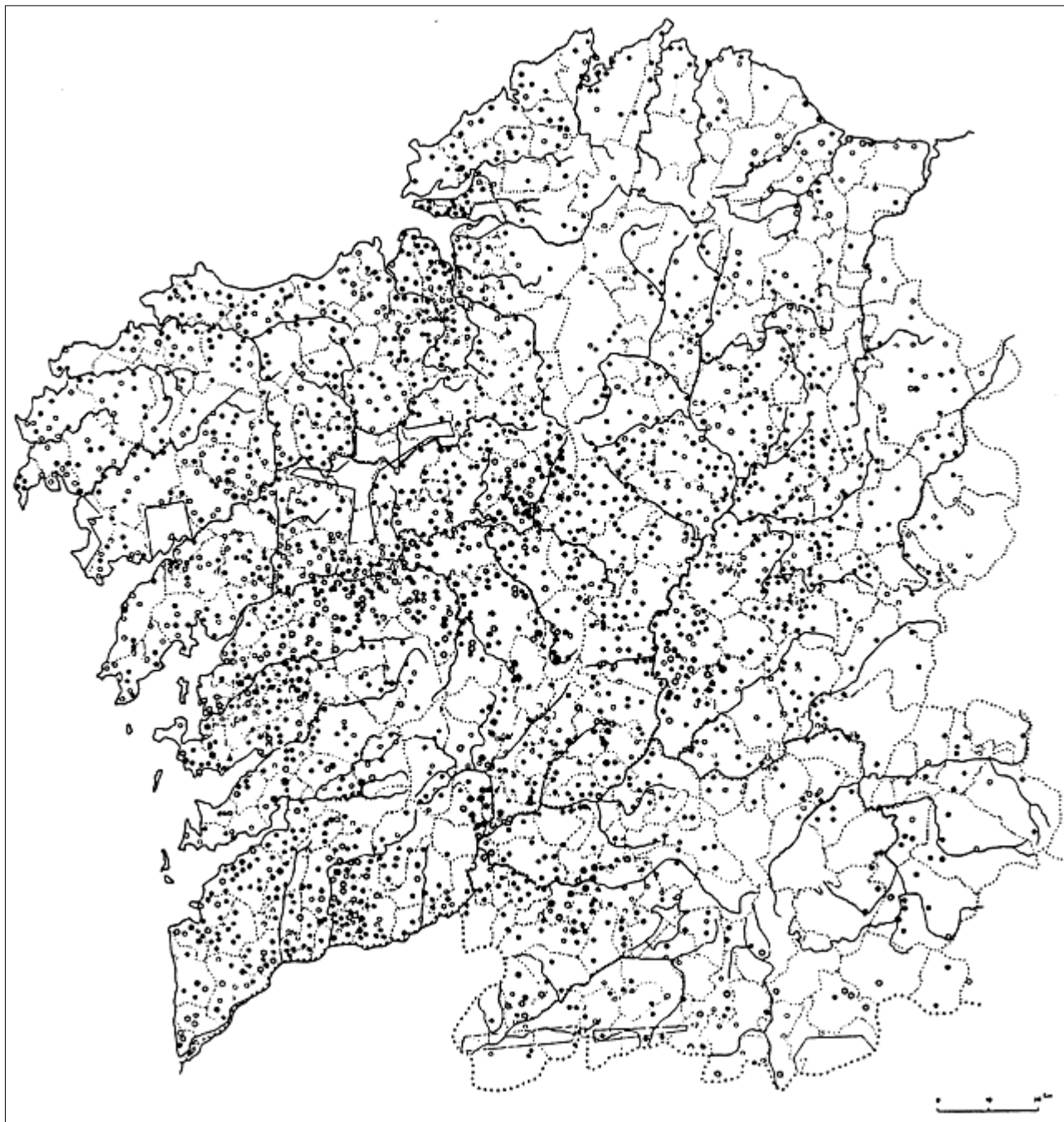


FIGURA 1.—Povoamento castrejo na Galiza (segundo Bouhier 1979 apud Carballo 1997).

dada a sua pequenez e escassa reputação. Mas, contrariamente aos homens de hoje, todavia, alguns chamam também a estes povos Lusitanos.»

A confusão dos geógrafos clássicos justifica em parte o abandono das questões étnicas para outros métodos de abordagem que não o da delimitação das esferas culturais no registo arqueológico. Efectivamente, não existem divisões simples no âmbito dos problemas que queremos estudar.

A cultura castreja é um fenómeno geograficamente circunscrito e os fenómenos culturais ultrapassam as fronteiras do noroeste: mas estes factos nem sempre fazem parte das restituições históricas produzidas (Rey

1993). Tampouco delas fazem parte uma valoração consensual das balizas determinantes da evolução histórica: a sobrevivência pós-flaviana é já consensual (quando não é tomada como a fase mais importante de toda a existência da cultura enquanto tal), mas a articulação de uma fase tardia a partir de Augusto ou a partir de *Decimus Iunius Brutus* não encontra uma opção pacífica. Da mesma maneira não é possível encontrar consenso na investigação acerca de se uma qualquer fase plenamente sidéica começará cerca de 400 AC (antes do que, C. A. F. Almeida não falava de «castrejo») ou se se deverá procurar mais cerca dos inícios do milénio.

A perspectiva que aqui adoptamos é a de que uma vez que o noroeste não oferece um complexo historico-cultural único, porque está integrado nas redes de interacção peninsulares e estas ditam a existência de sub-áreas naquela vasta região delimitada por exclusão pelas bacias do Tejo e do Ebro, não será possível, provavelmente, estabelecer rigorosamente um faseamento generalizado. Mesmo restringindo a nossa análise à faixa ocidental, que é aquela mais decididamente «castreja», e deixando por isso de lado a alta bacia do Douro, não nos parece necessário corrigir esta afirmação.

O noroeste sofre uma evolução interna qualitativamente importante ao longo do I.º Mil. a.C. Esta evolução é particularmente marcante no domínio dos modelos de organização social e no domínio da morfologia dessas organizações.

No estado actual de desenvolvimento da investigação não se pode fazer muito mais que tentar analisar como cristalizações conjuntos de dados do registo arqueológico e tentar articulá-los num modelo evolutivo, certos de que ele deverá deixar abertura para variadíssimas evoluções regionais diferenciadas e para importantes desfasamentos cronológicos entre elas.

3. O BRONZE FINAL

O povoamento do Bronze Final do noroeste, tal como o conhecemos hoje em dia, é fortemente marcado por um acentuado dimorfismo entre povoados fortificados e povoados não-fortificados e pelas esferas económicas que, aparentemente, cada um destes tipos centraliza. Parece muito evidente que os povoados fortificados concentram o artesanato o intercâmbio e o entesouramento de metais, enquanto os povoados não fortificados se dedicam principalmente à exploração agrícola e ao armazenamento de curta duração dos produtos.

O povoado da Senhora da Guia (Baiões) é um dos que a investigação mais pormenorizadamente tem descrito e analisado. Nem por isso, todavia, a morfologia do povoado antigo e as características da habitação que nele teve lugar se conhecem melhor (Kalb, 1977, 1978, 1979, 1992, 1995; Silva *et al.* 1984).

O «castro» da Sr.ª da Guia é um pequeno povoado com cerca de um hectare de onde têm sido recorrentes achados que, quer em quantidade, quer especialmente em qualidade, são fora do vulgar para o Bronze Final do ocidente peninsular. Entre estes achados desempenham um papel maioritário os de bronze, muitos deles classificáveis liminarmente como «sucata» (no sentido de que se tratam obviamente de fragmentos de objectos já muito gastos, ou fragmentados, ou ainda de peças falhadas no processo de fundição) mas outros existem onde uma segunda análise é necessária.

Conhecem-se também, desde meados do século, dois torques e um bracelete em ouro, maciços e decorados

geometricamente com incisões, como é típico do grupo chamado «de Sagrajas-Berzocaña».

É manifesto que estamos perante um povoado que, não obstante as suas pequenas dimensões, concentrava um número significativo de funções económicas, directamente ligadas às esferas de interacção em que a zona das Beiras se integra na segunda metade do II.º mil. a.C. e na primeira metade do I.º: Esta concentração é demonstrada pela localização intra-povoado de uma oficina torêutica (assim é necessário interpretar o volume de achados de bronze) e uma actividade (paralela ?) de entesouramento de metais preciosos, sob a forma de jóias maciças, como defende recentemente Philine Kalb (1992), no que a seguimos.

Uma das facetas mais interessantes desta problemática são as características específicas de alguns dos materiais presentes no «depósito de fundidor». Essas características já têm sido suficientemente descritas, mas talvez não tenha sido suficientemente enfatizado um ponto: os suportes móveis (vulgo «carros»), denunciavam o seu fabrico local; não estamos perante uma peça oriental que é eventualmente amortizada em Baiões por ter entrado em desuso —estamos perante uma peça inacabada que, em Baiões mesmo, foi destinada ao reaproveitamento do metal. Ora, sendo indiscutíveis os paralelos orientais (nomeadamente creto-cipriotas) dessa peça, deparamo-nos com um local onde a torêutica reúne características insuspeitadas, *a priori*, tendo até em conta que as esferas de interacção com que aí nos deparamos parecem mais centradas no Atlântico (Cf. Jorge 1995, *passim*). Com este fenómeno, no entanto, temos de relacionar os achados, que começam a ser recorrentes, de espetos articulados que também são conhecidos em Chipre.

Que a localização de oficinas metalúrgicas em povoados fortificados não se limita ao caso de Baiões é também demonstrado pelos achados do Cabeço de S. Romão (Senna 1995 a e b, *id. et al.*, 1995).

Ora, a existência destes povoados contrasta com os povoados identificados por complexos de fossas abertas no saibro, comuns em todo o complexo granítico do noroeste, que devem ser entendidos como um item recorrente no registo arqueológico devido às características específicas que lhes proporcionavam uma alta taxa de preservação. A isto corresponde certamente que, no Bronze Final, era ainda maior a vulgaridade de povoados de estruturas frustes, não fortificados, implantados em áreas de maior potencial agrícola no entorno imediato (o que lhes é permitido pelo facto de as condições naturais de defesa consistirem apenas preocupação mínima na sua localização) e que demonstram uma actividade económica concentrada no armazenamento (a exploração é deduzida) de produtos agrícolas em grandes quantidades por períodos de tempo mais ou menos longos, mas sempre recorrentes no mesmo local (Jorge 1988, com bibliografia anterior).

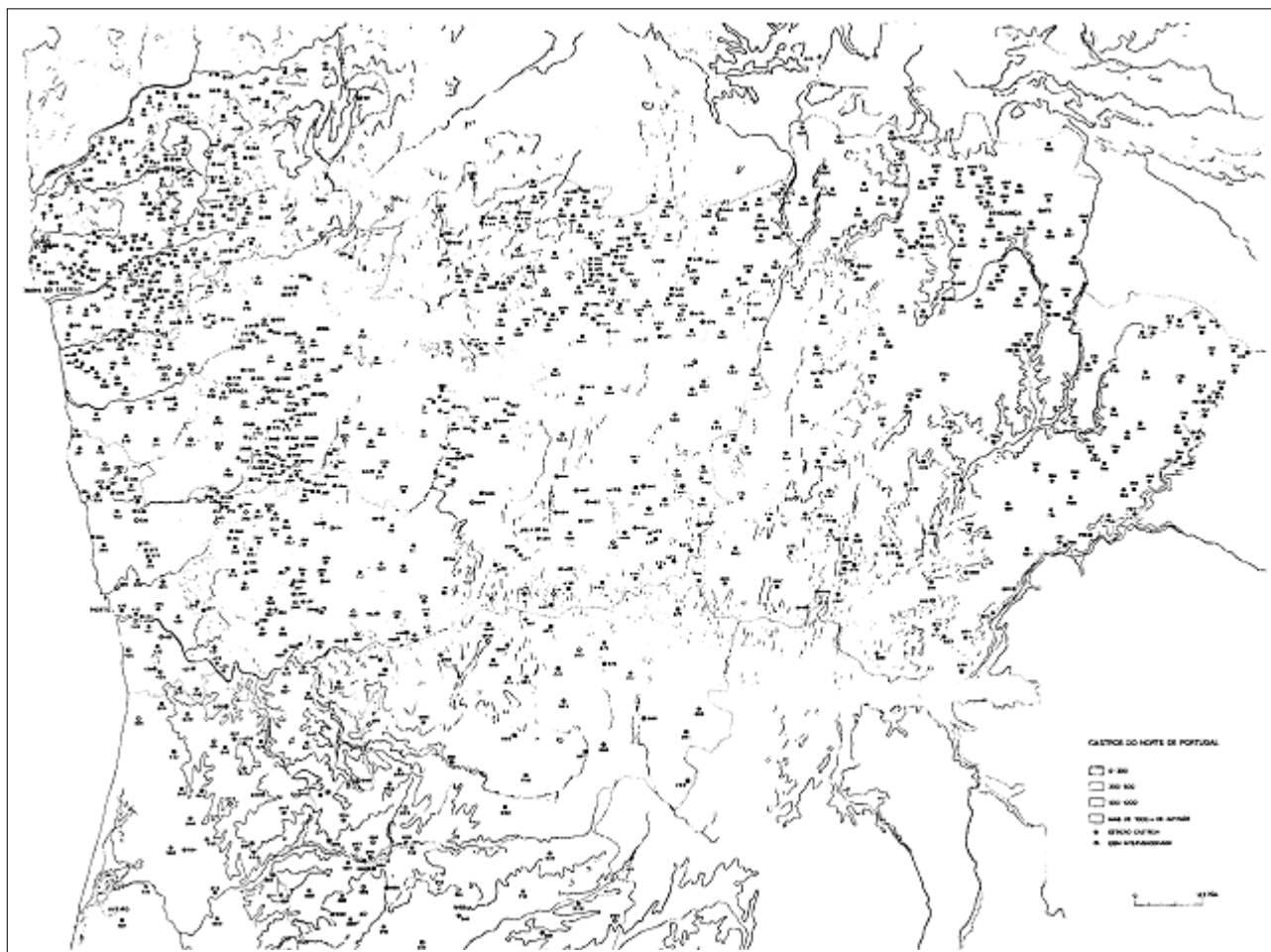


FIGURA 2.—Povoamento castrejo no Norte de Portugal (segundo Silva 1986).

4. A HIERARQUIZAÇÃO DO POVOAMENTO

Este padrão de povoamento pode ter tido uma longa perduração temporal, como o espectro cronológico que os próprios torques da Sr.^a da Guia testemunham, se se tomar à letra a datação que Philine Kalb aponta para eles e se admitirmos que o abandono do povoado não deve ter tido lugar antes de 750 AC. Para além disto existem bons indícios de que este padrão de povoamento tem uma larga difusão geográfica. Ainda que pouco se conheça do Bronze Final galego, pelo menos os dados do Minho litoral condizem com este padrão dual, com a multiplicação dos estratos do Bronze Final localizados sob castros da Idade do Ferro e também múltiplos achados de povoados em zonas de vocação agrícola onde o único achado estrutural são fossas.

Particularmente importante são as correntes de intercâmbio que esta sociedade de padrão dual de povoamento estabelece e sob que modelo tal interacção se faz (ou não se faz) abrangendo povoados de ambos lados do espectro.

Estas correntes de intercâmbio são importantes porque a sua existência corrobora a interpretação do padrão dual de povoamento como a plasmação no ter-

reno de um fenómeno de dissociação de esferas económicas dentro do tecido social, nomeadamente entre pequenos povoados agrícolas, abertos, dedicados à agricultura que sustentam (Cf. D'Altroy et al. 1985 *apud* Gilman 1998) uma economia de bens de subsistência (*staple finance*) e centros fortificados, residência da elite que albergam as funções destacadas da economia, designadamente a metalurgia, e que, através de redes de intercâmbio, desenvolvem uma economia de bens de prestígio (*wealth finance*).

É perfeitamente natural, portanto, que a articulação local destas esferas se faça mediante o intercâmbio dos produtos decididamente concentrados nos povoados centralizadores —os produtos metalúrgicos.

Esta circulação é feita segundo dois modelos distintos, que estão já conceptualizados (Alarcão 1992a):

4.1. O primeiro é a circulação metalífera, feita entre povoados metalúrgicos ou entre eles e outros povoados que por uma vasta gama de razões (a localização em vias naturais de comércio, por exemplo) não são produtores mas são portadores de objectos metálicos que podem integrar uma esfera económica de circulação de bens de prestígio.

4.2. O segundo modelo é o do intercâmbio de largo espectro e distância curta (coercivo), pelo qual os povoados centralizadores articulam as suas esferas de intercâmbio com a esfera local sem a qual estão condenados ao desaparecimento.

A asserção de que o segundo modelo de circulação de objectos metálicos é coercivo não é directamente suportada pelo registo arqueológico, para além do facto de os povoados que centralizam a metalurgia serem fortificados (e mesmo aqui estamos já a utilizar uma interpretação lógica mas não uma leitura directa do registo). Todavia, segundo todas as interpretações, não é possível que a coerção não tenha estado presente. É muito provável que muita da circulação de metais *versus* subsistências se fizesse segundo modelos ritualizados, ou correspondesse a um efectivo balanço das mútuas conveniências de grupos sediados em povoados fortificados e em povoados abertos, ou ainda que estivesse embebida em teias de relações intra-familiares correspondentes a especializações económicas dentro de sub-setores clânicos, mas uma medida de coerção estaria, não devemos duvidar, presente, como forma efectiva de produzir interacção e como garantia de perenidade do sistema. Quando olhamos para o devir do sistema após a evolução para a Idade do Ferro é precisamente este factor de coerção, com o potencial de conflitualidade que acarreta, que é extraordinariamente importante para uma interpretação e explicação do carácter eminentemente —melhor se diria predominantemente— fortificado do povoamento castrejo, que parece ser produto da extinção do padrão de povoamento dual típico do Bronze Final por extinção de uma das suas componentes.

5. A TRANSIÇÃO BRONZE FINAL / FERRO INICIAL E AS ORIGENS DA CULTURA CASTREJA

Do séc. IX ao séc. VII existe uma esfera de interacção na fachada atlântica marcada por um indicador arqueológico bem conhecido mas, em alguns pontos, problemático: as cerâmicas de tipo Alpiarça e Lapa do Fumo que, pelo menos em termos cronológicos, correspondem ao horizonte do depósito da ria de Huelva.

A cronologia do fenómeno tem sido extensamente tratada, nomeadamente porque existe um importante conjunto de datações radiocarbónicas associadas aos momentos mais antigos da existência de povoados fortificados a norte do Mondego, de onde resulta falar-se de um momento definido de fortificação generalizada, sistematicamente associada a cerâmicas brunidas de forma frequentemente carenadas (Silva 1986). Todavia, as consequências mais gerais desta situação de fortificação para a caracterização possível do padrão de povoamento nesse momento, não têm sido completamente elucidadas.

Representará o surto de fortificação o desaparecimento do padrão de povoamento dual? Ou esse pa-

drão dual mantém-se nas estruturas socio-económicas, mas é obscurecido no registo arqueológico por um fenómeno tão conspícuo como é a fortificação?

O estado actual dos nossos conhecimentos é obviamente insuficiente para dar uma resposta cabal a esta questão, mas apesar disso é possível afirmar com alguma segurança que, nos povoados do Bronze Final / Ferro Inicial as primeiras evidências de povoamento sistematicamente fortificado correspondem a uma conjuntura onde, para além de outras evoluções importantes que certamente existiram noutros domínios sociais, se desencadeia uma relativa generalização das relações coercivas de intercâmbio e um desaparecimento das relações ritualizadas, que inevitavelmente lhe é simétrico.

A complexificação do padrão de povoamento que este fenómeno produz é extremamente interessante, mas deve-se ainda elaborar mais sobre a origem do fenómeno.

A posição do Noroeste Peninsular, a cavalo dos sistemas atlânticos e mediterrânicos de interacção, dita que a região seja sujeita a efeitos das evoluções ocorridas num e noutro sistema. A partir do séc. X, o reforço das correntes comerciais mediterrânicas e a sua forte interacção com as correntes de intercâmbio atlânticas produziu um crescimento que podemos julgar ter sido exponencial nas correntes de interacção internas do noroeste e ao longo da fachada atlântica da Península Ibérica (Burgess 1991). Os efeitos práticos deste crescimento, a julgar por alguns itens do registo arqueológico, foi a oferta de condições de participação nas redes de intercâmbio a uma gama de povoados muito maior do que antes. Isto acarreta uma densificação da própria rede de interacção e a sua desnucleação. A substituição de um esquema polimorfo de interacção, combinando relações de circulação de produtos metalúrgicos sob fórmulas ritualizadas e circuitos de intercâmbio coercivo metais/subsistências, por outro esquema onde a interacção é, por um lado, muito mais generalizada e, por outro, tendencialmente coerciva, produz o efectivo desaparecimento do registo arqueológico de quase todos os bens de prestígio que caracterizavam o momento anterior e o aparecimento de outro fenómeno, o da fortificação.

A esta evolução não pode ser estranha a mutação tecnológica bronze/ferro. A metalurgia do bronze requer um volume e método de trabalho e a especialização de um número de competências que favorecem a sua localização concentrada; a do ferro, por contraste, estabelece normalmente um padrão mais difuso de pontos de mineração, refinação e forja, não necessariamente muito localizados. A ressonância desta mutação essencial no tecido social fez certamente parte do conjunto de fenómenos em desenvolvimento que produziram a acentuada alteração da morfologia dos itens do registo arqueológico que nos é dado observar.

6. A «CULTURA CASTREJA» E OS FENÓMENOS DE INTERACÇÃO SOCIO-CULTURAL

A «cultura castreja» dificilmente teria atravessado um processo histórico complexo e conturbado e ainda assim ter produzido um todo coeso em termos de manifestações artísticas, sociais e demográficas identificáveis hoje no registo arqueológico, se esse processo histórico não tivesse decorrido num ambiente de forte interacção entre as entidades políticas em que os grupos sociais se corporizavam.

Todavia, esta asserção é contrária à percepção clássica deste mesmo noroeste, a propósito do qual dizia Estrabão (Geog. 3.3.8) que: *A viagem para o seu país, quer por mar quer por terra, é longa, e como é difícil comunicar-se com eles, perderam o instinto de sociabilidade e humanidade.*

Ora é evidente que a sociabilidade a que Estrabão se refere é aquela a que o mundo mediterrânico estava acostumado, e que a humanidade era pensada como a intelectualidade helenístico-romana o fazia. Na realidade, a perspectiva enviesada («politicamente incorrecta») dos autores clássicos foi herdada por nós através de uma historiografia muito influenciada pela filologia clássica que, entre outros pontos fortes, continua a colocar grande ênfase no estudo das organizações étnico-políticas que vão surgir no registo arqueológico contemporaneamente à influência romana e —parece-nos possível sustentar este argumento— por causa dela.

Por outro lado, é o estudo da interacção que se desenvolve dentro do espaço privilegiado do noroeste, mas também fora dele, que nos permitirá obter perspectivas iluminadoras das realidades sociais e económicas das sociedades sidéricas desta área.

Se revirmos os modos de interacção, tal como C. Renfrew (1986) os propõe, e se cartografarmos a sua dispersão pelo noroeste, verificamos que estas sociedades «apinhadas» nestas regiões de orografia muito marcada e que, como se viu, têm na guerra, uma forma de contacto e uma permanente ameaça, foram capazes de manter um crescimento demográfico importante, pelo que a conflitualidade, provavelmente, se manteve mais no domínio do potencial do que no da eclosão sistemática.

Alguns fenómenos presentes no registo arqueológico, nomeadamente no domínio dos bens de prestígio e de representação social, são coerentes com esta situação na medida em que testemunham o reforço das vertentes de emulação competitiva com os povoados colindantes e de inculcação simbólica de ideologias comunitárias que são processos com capacidade de sublimar situações de conflito.

Mas é talvez no domínio do intercâmbio de bens, sejam de prestígio sejam de menor monta, e da transmissão de inovações que quase certamente eles também vincularam, que a cartografia das redes de interacção é mais eloquente, na medida em que nos

demonstra um panorama muito rico de áreas distintas, todas parcialmente recobertas entre si e sujeitas, por sua vez subjacentes a fenómenos de mais largas dispersões de itens do registo (Carballo *et al.* 1988).

A existência de micro-esferas de interacção abrangendo conjuntos delimitados de sistemas hidrográficos representa sem dúvida a capacidade autónoma de vários povoados desenvolverem entre si uma interacção não condicionada por estruturas políticas demasiado fortes. A interacção recorrente, nomeadamente ao longo da costa atlântica, demonstra, por outro lado que este fenómeno é capaz, em condições de circulação favoráveis, de atingir dimensões geográficas muito apreciáveis, mas também, e porque os itens do registo que traçam umas e outras distribuições são distintos, que estamos perante esferas de interacção com forte capacidade de selecção dos bens intercambiados.

Este facto sobreleva a importância da questão, em certa medida paradoxal, da inexistência de interacção importante com os sistemas mediterrânicos. Efectivamente, a presença fenícia a Norte da bacia do Mondego é pouco abundante e mesmo em datas mais tardias os materiais gregos ou púnicos têm uma presença muito difusa e esta situação é marcante, mesmo que existam razões para pensar que estamos perante um fenómeno em parte produzido pela desigual investigação, que ainda não se concentrou num ponto de características idênticas a Santa Olaia e ainda não produziu um volume de escavação comparável com aquele de Conimbriga (Tavares 1993).

As explicações para o fenómeno podem ser variadas. Uma explicação endógena segue o pensamento de Estrabão e tende a atribuir a uma sociedade local muito fragmentada e por isso mantida num nível tecnológico incipiente, a incapacidade de explorar plenamente o território da forma como as sociedades do sudoeste, mais cedo e mais profundamente orientalizadas (logo, mais evoluídas), o faziam, sendo por isso capazes de manter comércio com os orientais, por sua vez favorecidos pela proximidade geográfica. Uma explicação exógena, que parece algo mais adaptada à realidade, faz mergulhar também nas redes de interacção as raízes do problema. A fragmentação das redes atlânticas no fim do Bronze Final acarretaram uma reordenação das correntes de intercâmbio e a sua realocização, favorecendo nomeadamente a Via da Prata como substituto da navegação atlântica que, aliás, a *Ora Maritima* atribui aos tartéssios e não aos orientais propriamente ditos (Correia 1990).

Neste contexto, a emulação competitiva das elites do noroeste fazendo-se num ambiente de importantes recursos demográficos próprios da região, tenderia a desvalorizar a presença orientalizante em favor das redes de menor amplitude, mas de maior pertinência para o equilíbrio socio-político em que cada povoado se integrava. Não quer isto significar, todavia, que as elites não existissem ou estivessem desprovidas de efectivo poder político e económico —estranho seria que na

época em que por toda a Europa se afirmavam as élites guerreiras, elas desaparecessem no noroeste— mas sim que, no equilíbrio entre o pensamento estratégico global e a actuação local que era o fulcro da sobrevivência dos chefados, a realidade próxima venceu «os fumos da Índia» (perdoe-se o especiosismo anacrónico).

É também muito importante considerar aqui a situação da Beira Interior, que, pelo menos no domínio da antroponímia de raiz pre-romana, faz parte da mesma zona lusitano-galaica onde a cultura castreja se integra.

É evidente que a situação específica da antroponímia não reflecte necessariamente a situação linguística holisticamente considerada, mas o contraste dos dados do interior com os da zona ocidental levanta efectivamente algumas perplexidades.

Encontramos na Beira Interior um conjunto de manifestações culturais, religiosas ou mais genericamente ideológicas, que se integram com dificuldade num panorama geral da proto-história do noroeste, se para este considerarmos como fenómeno marcante a cultura castreja. Desde Caro Baroja (1981, I-182), que delimitava uma zona cultural carpeto-vetónica, que esta realidade se isolou, mas os fenómenos de apropriação nacionalista do passado fizeram com que, erradamente, se traçasse a linha de demarcação entre Lusitanos e Vetões pela fronteira luso-espanhola. Ora, é mais provável que as zonas difusas de demarcação entre as realidades mais comuns na fachada atlântica e aquelas mais próprias do interior estivesse situada sensivelmente na zona onde depois se vão delimitar os conventus escalabitano e emeritense, no sopé ocidental da serra da Estrela.

Efectivamente, a Beira Interior no Bronze Final está intimamente ligada a todo o noroeste, sendo na conjuntura de reorganização e realocização das correntes de intercâmbio que se liga mais directamente ao eixo fundamental da Via da Prata. Posteriormente toda esta zona sofre uma evolução distinta da fachada atlântica e do noroeste, aproximando-se de uma Celtiberia *sensu lato*, que domina culturalmente o interior da Península, mas a sua posição intermédia (ou, eventualmente, a perenidade de algumas ligações socio-culturais) fazem nascer aqui algumas manifestações *sui generis* no domínio do simbólico, em que sobressaem as gravuras da Idade do Ferro no sistema hidrográfico do Douro e as epígrafes de língua indígena escrita em alfabeto latino do Cabeço das Fráguas, de Lamas de Moledo e de Arroyo del Puerco. É também a zona de aparecimento das esculturas zoomórficas conhecidas como «berrões», cuja distribuição geográfica sobrepõe muito nitidamente outras regiões mais directamente ligadas à cultura castreja galaico-minhota.

A interacção proto-histórica nesta região do Noroeste Peninsular, genericamente considerada, surge assim como um complexo sistema de vasos comunicantes, ligados por tubos de vários calibres implantados a alturas diferentes de cada um dos vasos. Quando dei-

tamos líquidos de cores diferentes em cada um desses vasos, a igualização do nível entre eles faz com que haja uma tendência para a homogeneização da cor do líquido em circulação no sistema, mas essa homogeneização nunca é completa e o ritmo e a altura a que ela se faz, devido à complexidade da teia de tubos, varia muito de vaso para vaso.

O desfazamento entre a evolução interna da cultura castreja e as correntes de interacção que a ligam ao mundo mediterrânico, criam a situação paradoxal, que é actualmente momentosa em termos historiográficos, de que as manifestações associadas ao auge da cultura indígena do noroeste sejam efectivamente contemporâneas da conquista e dominação romana da região.

Com estas limitações, e com as outras inerentes aos graus diferenciados de profundidade dos nossos conhecimentos, é mais fácil procurar linhas de força de evolução do povoamento dentro das áreas tradicionais de pesquisa da cultura castreja (Entre-Douro-e-Minho, Galiza) do que fora dela, certos porém que toda a generalização corresponde muito provavelmente a uma distorção das realidades passadas, ainda para além daquela que é já inevitável em qualquer interpretação do registo arqueológico.

7. A EVOLUÇÃO DOS POVOADOS CASTREJOS

A situação criada nos inícios da Idade do Ferro vai, apesar de sofrer alterações quantitativas, manter-se sensivelmente idêntica em termos estruturais ao longo da evolução da cultura castreja, produzindo um dos fenómenos arqueológicos mais marcantes desta cultura: a impressionante densidade de ocupação do espaço.

O fenómeno pode ser analisado como o produto de três processos convergentes: o crescimento demográfico que subjaz ao fenómeno, a densificação ocupacional que se produz quer ao nível do macro-espaço quer dentro dos próprios povoados e o aparecimento de um fenómeno de nucleação sob padrões tornados tradicionais, a que podemos chamar urbanismo.

A densidade de ocupação do espaço do Noroeste Peninsular é ainda hoje um fenómeno muito marcado, e é preciso admitir que o quadro total das condicionantes ambientais que permitiram essa extraordinária densidade não está completamente explicado. Devemos estar perante uma conjugação muito precisa de factores naturais, climáticos sem dúvida, mas orográficos e sedimentológicos também que, conjugados com uma evolução histórica particular, terá conduzido à situação de que, desde o séc. X a.C., os vales do noroeste, no seu equilíbrio de terrenos agrícolas, de exploração silvícola e de pastagem montanhosa, permitem que aí se fixe uma sempre maior população, que se desenvolve sobre a base de uma subsistência assegurada.

Mas a generalização de um padrão de relações coercivas, obrigando à fortificação dos povoados, envia

a nossa forma de apreciar este crescimento, pois muita da área ocupada no Bronze Final (em povoados não fortificados, invisíveis actualmente no registo) se fortifica ao longo da Idade do Ferro, dando a imagem de um crescimento exponencial quando ele, ainda que importante, se pode ter mantido dentro de taxas mais facilmente explicáveis por um simples equilíbrio de subsistências exploráveis.

Uma abordagem quantitativa destas realidades é, todavia, impossível. Entre os maiores óbices estão a própria morfologia dos povoados, onde é muitas vezes difícil determinar quais os sectores fortificados destinados a habitação e quais os destinados a outras finalidades (como os sempre referidos «recintos para gado»). A diacronia de ocupação dos povoados individuais é também muito problemática sem estratigrafias, e estas são comunmente difíceis de estabelecer nestes povoados. O próprio número de estações envolvidas torna arriscado traçar amostragens seja sob perspectivas geográficas seja sob outras perspectivas.

O crescimento populacional conduz à densificação dos pontos habitados na paisagem e das áreas habitadas dentro dos povoados.

A densificação dos habitats desenha uma situação em que, em quase todas a área tradicional de análise da cultura castreja no norte de Portugal se encontra uma distribuição de um povoado por cada 2500 hect., atingindo-se um povoado por cada 1250 hect. nas zonas nucleares (Silva 1986), o que seria grosseiramente suficiente para suportar grupos de habitantes com um teto logístico da ordem dos 200 habitantes, o que pode corresponder, também grosseiramente, a povoados com pouco menos de um hectare de área (Alarcão 1992a). É a sistematicidade desta ocupação que impressiona, mais do que a densidade populacional.

A distribuição dos lugares centrais demonstra bem essa mesma organização do macro-espço, com grandes citânias distribuídas com alguma regularidade, a cerca de um dia de jornada umas das outras.

A níveis mais pormenorizados de análise, a existência, também em distribuição regular, de povoados cuja dimensão oscila entre 2 e 5 hect., e a dispersão de povoados mais pequenos na sua esfera de influência, representa a estrutura básica do povoamento: uma ocupação sistemática do espaço, em densidade e intensidade de exploração, num panorama geral de fortificação que deve corresponder a uma situação social e política de conflitualidade latente, mas equilibrada.

Na diacronia, parece evidente que estamos perante um processo que culmina em datas próximas à presença romana, com a ocupação de certos vales por pequenos povoados sumariamente fortificados fazendo recurso a condições naturais, por vezes espaçados de tal forma que se separam por apenas 15 minutos de marcha (Almeida 1996). A manutenção de um tal padrão de povoamento só é compreensível num panorama geral de reforço das condições políticas de controle geográfico, com grandes povoados que domi-

nam fortemente a região, sendo as suas élites capazes de manter em níveis aceitáveis a conflitualidade gerada por tão apertadas vizinhanças.

O mesmo acontece dentro dos próprios povoados, onde a densificação do espaço construído conduz eventualmente à necessidade de, sob regras que denunciam uma estrutura de poder bem constituída, organizar o espaço no sentido da facilidade de circulação interna e do reforço da privacidade do núcleo familiar. É talvez uma realidade nem sempre suficientemente apreciada que o núcleo familiar castrejo, encerrado entre muros dentro de um quarteirão delimitado por ruas, autosuficiente em termos de residência, obviamente, mas também em termos de armazenagem de bens e de recolha de animais, que se abre para a rua por uma única abertura, e em que as portas dos vários núcleos se desencontram em termos de ângulos de visão, representa provavelmente uma resposta a uma situação de conflitualidade potencial dentro dos povoados, que é, pelo menos, tão importante como a situação de conflitualidade potencial entre povoados que a fortificação testemunha.

A compreensão desta situação é crucial para colocarmos em contexto o fenómeno da urbanização dos povoados castrejos.

Enquanto fenómeno marcante de toda a evolução proto-histórica e clássica da Europa, e tendo como modelo conceptual a urbanização do mundo greco-helenístico, a existência ou não de um fenómeno de urbanização só pode ser decidida no espaço do noroeste, todavia, tendo em conta a posição relativa deste conjunto de grupos sociais envolvidos por uma mesma matriz cultural frente a esse mundo greco-helenístico que, como se viu, é de um afastamento relativo.

A evolução dos povoados castrejos, no domínio da sua morfologia, é marcada pela evolução dos povoados castrejos de planta indiferenciada (por exemplo Sabroso), em que um número variável de construções de finalidade habitacional de planta circular se dispõe de forma desordenada, em direcção a uma ocupação disciplinada («urbanizada») do espaço (como na maioria das citânias de grande dimensão).

Aparentemente, os povoados castrejos têm em momentos antigos uma ampla disponibilidade de espaço e é possível que a sua evolução para povoados de planta ordenada seja motivada directamente pela densificação da sua população acima do limite logístico. Uma situação de conflitualidade interna como a que a nossa análise encontra poderá integrar-se neste panorama quer como mais uma razão para a compartimentação do espaço, quer como um produto dessa compartimentação, ou ainda como o produto de um panorama complexo de sucessivas iterações do ciclo de construção/partilha cadastral a que todos os perímetros urbanos fortificados estão inevitavelmente sujeitos.

Nos povoados castrejos contemporâneos da romanidade conhecemos a existência de núcleos familiares com denominação atestada epigraficamente como *domus*. Qualquer latinista se sorri da designação apli-

cada a uma casa castreja, mas é importante indagar se a designação não corresponde a um conceito adaptado que se baseia na efectiva existência de uma estrutura familiar semelhante à *familia* romana, centralizada numa figura ancestral, que agrega os vários elementos, assegurando a sua reprodução através da manutenção de uma linhagem agnática possidente que opera a exclusão das franjas genealógicas, que vão formar novas unidades provocando novas situações de conflitualidade potencial.

Parte do fenómeno de nucleação parece poder atribuir-se a fenómenos de sinoecismo, aparentemente bem documentados em Sanfins (Silva 1980), e que explicam porventura a avaliação empírica possível de que a maioria dos povoados apesar de eventuais alterações na sua densidade ocupacional interna, não assiste a grandes alterações da sua superfície total. Tal fenómeno de nucleação, impossível sem chefias com grandes capacidades de liderança dos grupos envolvidos, foi a resposta encontrada, sob a pressão romana, para a sobrevivência destas comunidades que mantêm as suas tradições culturais com grande vivacidade (Almeida 1986), enriquecendo-a ainda com manifestações artísticas notáveis, como a estatuária com que passam a homenagear os seus *principes*.

8. BIBLIOGRAFIA

- ACUÑA CASTROVIEJO, F., 1977: Panorama de la cultura castrexa en el NO de la Península Ibérica. *Bracara Augusta* 31, 235-253.
- ALARCÃO, J., 1992a: A evolução da cultura castreja. *Conimbriga* 31, 39-71.
- ALARCÃO, J., 1992b: Etnogeografia da fachada atlântica ocidental da península Ibérica. In Almagro-Gorbea, M & Ruiz Zapatero, G., (eds.), *Paleoetnologia dela península Ibérica (Complutum, 2-3)*, 339-346.
- ALARCÃO, J., 1996: As origens do povoamento da região de Viseu. *Conimbriga* 35, 5-35.
- ALMAGRO-GORBEA, M., 1995: From hillforts to oppida in «Celtic» Iberia. In Cunliffe, B. & Keay, S. (ed.) *Social complexity and the development of towns in Iberia* (Londres, The British Academy, Proc. Brit. Acad. 86),
- ALMEIDA, C. A. B., 1996: *Povoamento romano do litoral minhoto entre o Cávado e o Minho* (Porto, Fac. Letras, Diss. Doutoramento pol.).
- ALMEIDA, C. A. F. & SANTOS, E., 1971: O Castro de Fiães. *Rev. Fac. Let.-História* 2, 147-168.
- ALMEIDA, C. A. F. 1972a: Cerâmica romana de Fiães. *Rev. Fac. Let.-História* 3, 191-205.
- 1972b: O Castro de Fiães (II). *Rev. Fac. Let.-História* 3, 207-214.
- 1975: *Escavações no Monte Mozinho (1974)* (Porto, Ed. Autor).
- 1977: *Escavações no Monte Mozinho II 1975-1976* (Penafiel, Centro Cultural Penafidelis).
- 1980: O templo do Mozinho e o seu conjunto. *Portugalia*, 2.^a, 1, 51-56.
- 1983: Cultura Castreja. Evolução e problemática. *Arqueologia* 8, 70-74.
- 1984: A casa castreja. In *Poblacion y Poblamiento en el Norte de la Peninsula Iberica* (Oviedo, Ser. Publicaciones de la Un., *Memorias de Historia Antigua*, VI), 35-42.
- 1986: Arte Castreja: A sua lição para os fenómenos de assimilação e resistência à romanidade. *Arqueologia* 13, 161-172.
- ALMEIDA, F., 1953: Terminus augustalis entre Talabriga e Langobriga. *O A.P.*, 2.^a, 2, 209-212.
- ALONSO DEL REAL, C., 1975: Estrabón revisitado. *Gallaecia* 3-4, 53-70.
- ALONSO HERNÁNDEZ, P., 1993: El territorio de explotación económica de una comunidad de la Edad del Hierro: Las Cogotas. In *Actas del XXII Congreso Nacional de Arqueología* (Vigo, 1993), vol. 2, 431-436.
- ALONSO ROMERO, F., 1993: La embarcación del petroglifo Laxe Auga dos Cebros (Pedornes, Santa Maria de Oia, Pontevedra). In *Actas del XXII Congreso Nacional de Arqueología* (Vigo, 1993), vol. 2, 137-146.
- ARIAS VILAS, F., 1984: La cultura castrexa en Galicia. In *Poblacion y Poblamiento en el Norte de la Peninsula Iberica* (Oviedo, Ser. Publicaciones de la Un., *Memorias de Historia Antigua*, VI), 15-33.
- BAPTISTA, A. M., 1984: Arte rupestre do norte de Portugal: uma perspectiva. In *Actas do Colóquio Inter-Universitário de Arqueologia do noroeste* (Porto, Inst. Arqueologia, *Portugalia*, 2.^a, 4-5), 71-82.
- BERMEJO BARRERA, J. C., 1975: Tres notas sobre Estrabón: sociedad, derecho y religion en la cultura Castreña. *Gallaecia* 3-4, 71-90.
- 1981: La función guerrera en la mitología de la Gallaecia antigua. Contribucion a la sociologia de la cultura castreña. *Zephyrus* 32-33, 263-275.
- BETTENCOURT, A. M. S., 1994: A transição do Bronze Final / Ferro Inicial no povoado de S. Julião – Vila Verde: algumas considerações. In *Actas do 1.º Cong. Arq. Pen.*, vol. 4 (*TAE*, 34 [[3-4]]), 167-190.
- s/d (1995)a: Dos inícios aos finais da Idade do Bronze no Norte de Portugal. In Jorge, S. O. (coord.) *A Idade do Bronze em Portugal, Discursos de Poder* (Lisboa, Museu Nacional de Arqueologia, Catálogo da Exposição), 110-115.
- s/d (1995)b: O povoado da Santinha (Amares-Braga). In Jorge, S. O. (coord.) *A Idade do Bronze em Portugal, Discursos de Poder* (Lisboa, Museu Nacional de Arqueologia, Catálogo da Exposição), 60.
- s/d (1995)c: O povoado de S. Julião (Vila Verde-Braga). In Jorge, S. O. (coord.) *A Idade do Bronze em Portugal, Discursos de Poder* (Lisboa, Museu Nacional de Arqueologia, Catálogo da Exposição), 40-41.
- BLAS, M. A. & FERNÁNDEZ MANZANO, J., 1992: Asturias y Cantabria en el I milenio AC. In Almagro-

- Gorbea, M. & Ruiz Zapatero, G., (eds.), *Paleoetnologia de la península Ibérica (Complutum, 2-3)*, 399-416.
- BOUHIER, A. 1979: *La Galice. Essai géographique d'analyse et d'interprétation d'un vieux complexe agraire* (La Roche-sur-Yon).
- BURGESS, C. 1991: The East and the West: Mediterranean influence in the atlantic world in the Later Bronze Age, c. 1500-700 B.C. In Chevillot, C. e Coffyn, A., *L'Age du Bronze Atlantique* (Beynac-et-Cazenac, Ass. Musées du Sarladais), 25-45.
- CANO PAN, J. A., 1988: La industria lítica tallada en la cultura castreña del suroeste de Galicia. In Jorge, V. O., (coord.), *Actas do Colóquio de Arqueologia do Noroeste Peninsular*, vol. 2 (TAE 28[[3-4]]), 107-112.
- CARBALLO ARCEO, L. X., 1990: Los castros de la cuenca media del Rio Ulla y sus relaciones con el medio físico. *TP* 47, 161-199.
- CARBALLO ARCEO, L. X.; NAVEIRO LÓPEZ, J. L. & REY CASTIÑEIRA, P., 1988: Problemas de compartimentación espacial do castrexo galaico. In Jorge, V. O., (coord.), *Actas do Colóquio de Arqueologia do Noroeste Peninsular*, vol. 2 (TAE 28[[3-4]]), 167-184.
- CARBALLO ARCEO, X., 1993: Espacio e povoamento castrexo de Galiza. In *Concepcions espaciais e estratexias territoriais na historia de Galicia* (Santiago de Compostela, Ass. Gal. De Historiadores), 55-82.
- 1997: O espaço na cultura castreja galega. In RIDENTOR, A. (ed.): *O 1.º milénio a.c. no Noroeste Peninsular. A fachada atlântica e o interior* (Bragança, Parque Natural de Montesinho), 63-86.
- CARDOSO, J. L., CANINAS, J. C. & HENRIQUES, F., 1997: Duas estruturas habitacionais da idade do Bronze do Monte de São Domingos (Castelo Branco). In *A Pré-História na Beira Interior* (Tondela, Centro de Estudos Pré-Históricos da Beira Alta.; *Livro do Colóquio*), 27-28.
- CARROCERA FERNÁNDEZ, E. & JORDA PARDO, J., 1984: Aproximación al conocimiento del habitat y territorio castreños. *Arqueologia Espacial* 5, 7-20.
- CARROCERA FERNÁNDEZ, E., 1994: Estudio crítico de la cultura castreña asturiana. In *Actas do 1.º Cong. Arq. Pen.*, vol. 4 (TAE, 34 [[3-4]]), 213-228.
- COFFYN, A., 1983: La fin de l'Âge du Bronze dans le centre-Portugal. *O Arqueólogo Português*, 4.ª, 1, 169-196.
- 1985: *Le Bronze Final Atlantique dans la Péninsule Ibérique* (Paris, De Boccard, *Publications du Centre Pierre Paris* 11).
- CORREIA, V.H. 1990: A expansão orientalizante na fachada atlântica peninsular. *Trabalhos de Antropologia e Etnologia* 30, 177-85; 31, 217-9.
- Os materiais pré-romanos de Conimbriga e a presença fenícia no Baixo Mondego. In Tavares, A. A. (ed.) *Os fenícios no território português* (Lisbon, Inst. Oriental), 229-284.
- COSTAS GOBERNA, F. J., NOVOA ÁLVAREZ, P. & SANROMÁN VEIGA, J. A., 1993: St.^a M.^a de Oia – sus grabados rupestres. In *Actas del XXII Congreso Nacional de Arqueología* (Vigo, 1993), vol. 2, 131-136.
- CRUZ, D. J., 1997a: Monumento 3 da Casinha Derribada. In *A Pré-História na Beira Interior* (Tondela, Centro de Estudos Pré-Históricos da Beira Alta.; *Catálogo da Exposição*), 31-33.
- 1997b: Necrópole do Paranho. In *A Pré-História na Beira Interior* (Tondela, Centro de Estudos Pré-Históricos da Beira Alta.; *Catálogo da Exposição*), 33-35.
- CUNHA, A. L., 1991: Estação de arte rupestre de Molelinhos: notícia preliminar. In *Actas das IV Jornadas Arqueológicas* (Lisboa, Associação dos Arqueólogos Portugueses), 253-266.
- CUNLIFFE, B., 1995: Diversity in the landscape: the geographical background to urbanism in Iberia. In Cunliffe, B. & Keay, S. (ed.) *Social complexity and the development of towns in Iberia* (Londres, The British Academy, Proc. Brit. Acad. 86), 5-28.
- CURADO, F. P., s/d (1996): As inscrições indígenas de Lamas de Moledo e Cabeço das Fráguas. In Alarcão, J. (coord.) *De Ulisses a Viriato, O primeiro milénio a.C.* (Lisboa, Museu Nacional de Arqueologia, *Catálogo da Exposição*), 154-159.
- CURRAS PELETEIRO, X. L. & CANO PAN, J. A., 1995: Aproveitamento de materias primas líticas nos castros de A Forca e Santa Trega (A Guarda, Pontevedra). In *Actas do 1.º Cong. Arq. Pen.*, vol. 6 (TAE, 35 [[2]]), 311-324.
- D'ALTROY, T. E EARLE, T. K. 1985: Staple finance, wealth finance and storage in the Inka political economy. *Current Anthropology* 26, 187-206.
- DELIBES DE CASTRO, G. & FERNÁNDEZ MANZANO, J., 1984: Bronce Final Atlantico en el noroeste de la cuenca del Duero. In *Actas do Colóquio Inter-Universitário de Arqueologia do noroeste* (Porto, Inst. Arqueologia, *Portugalia*, 2.ª, 4-5), 111-120.
- DOPICO, D. & RODRÍGUEZ, P., 1992: Paleoetnografía de Gallaecia. In Almagro-Gorbea, M & Ruiz Zapatero, G., (eds.), *Paleoetnologia dela península Ibérica (Complutum, 2-3)*, 395-398.
- ESPARZA ARROYO, A., 1986: *Los castros de la Edad del Hierro del noroeste de Zamora* (Zamora, Instituto de Estudios Zamoranos Florian de Ocampo).
- FABREGAS VALCARCE, R., 1993: El fenómeno tumular en el Bronce del noroeste. In *Actas del XXII Congreso Nacional de Arqueología* (Vigo, 1993), vol. 1, 85-92.
- FARIÑA BUSTO, F. & SUÁREZ OTERO, J., 1990: A Lanzada (Sanxenxo, Pontevedra) definición e interpretación de un yacimiento castreño atípico. Apuntes para un estudio de los intercambios Proto-históricos en la costa atlántica peninsular. *Madriditer Mitteilungen* 31, 309-337.
- FARIÑA, F., ARIAS, F & ROMERO, A. 1983: Panorama general sobre la cultura castrexa. In Pereira, G., (ed.)

- Estudos de Cultura castrexa e Historia antiga de Galicia* (Santiago de Compostela, ?), ?-?.
- FARINHA, A. C., PINTO, C. V. E VILAÇA, R., 1996: Contributo para o estudo de materiais do Bronze Final provenientes do Monte de S. Martinho (Castelo Branco). In *Actas das I Jornadas de Arqueologia da Beira Interior*, Castelo Branco, 1991 (*Materiais*, 2.^a, 1.1), 45-64.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M. D., MONTERO, I, SÁNCHEZ-PALENCIA, F. J. & ROVIRA, S., 1993: Espacio y metalurgia en la cultura castreña: el Castrelin de San Juan de Paluezas. *TP* 50.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M. D.; SÁNCHEZ-PALENCIA, F. J., FERNÁNDEZ MANZANO, J. & OREJAS, A., 1994: Estructura social y territorio en la cultura castreña prerromana. In *Actas do 1.º Cong. Arq. Pen.*, vol. 4 (*TAE*, 34 [[3-4]]), 191-212.
- FERREIRA, C. J. A. & SILVA, M. A. S., 1981: Dist. Aveiro, Espinho, Castro de Ovil. *Inf. Arq.* 4, 41-43.
- FERREIRA, C. J. A. & SILVA, M. A. S., 1983: Dist. Aveiro, Espinho, Castro de Ovil. *Inf. Arq.* 5, 38-39.
- FOSSATI, A., 1996: The Iron Age in the rock-art of Vermelhosa, Portugal. *TRACCE, On-line Magazine on rock-art*, 5.
- GARCÍA Y BELLIDO, A.. 1968: *El urbanismo en España. La Edad Antigua* (Madrid).
- GARCÍA DÍAZ, P., 1995: Poblamiento castreño en el territorio praviano —concejos de Pravia y Muros del Nalón— (Asturias). In *Actas do 1.º Cong. Arq. Pen.*, vol. 5 (*TAE*, 35 [[1]]), 233-264.
- GARCÍA ROLLÁN, M., 1971: Memoria de la excavación arqueológica de Castromao (Caeliobriga). *AEA* 44, 175-211.
- GILMAN, A. 1998: Introductory remarks. In Jorge, S. O. ed.: *Existe uma Idade do Bronze Atlântico?*, (Trabalhos de Arqueologia 10, Lisboa, IPA), 15-7.
- GOMES, M. V. & MONTEIRO, J. P., 1977: As rochas decoradas de Alagoa, Tondela-Viseu. *O Arqueólogo Português*, 3.^a, 7-9, 145-164.
- GONZÁLEZ-TABLAS SASTRE, F. J., 1984: Protohistoria de Salamanca: habitat e cronologia. In *Actas do Colóquio Inter-Universitário de Arqueologia do noroeste* (Porto, Inst. Arqueologia, *Portugalia*, 2.^a, 4-5), 147-150.
- HIDALGO CUÑARRO, J. M. & RODRÍGUEZ PUENTES, E., 1988: Dos modelos de habitat castreño: Castro de Troña y Castro de Fozara. *TAE* 28, 133-145.
- HOCK, M. & COELHO, L., 1977: O castro de São Juzenda em Vale de Prados, Mirandela (Nota preliminar). *O Arqueólogo Português*, 3.^a, 7-9, 203-208.
- HOCK, M., 1979: Excavaciones en el castro de São Juzenda, Concelho de Mirandela (Portugal). In *Actas del XV Congreso Arqueológico Nacional*, Lugo 1977 (Zaragoza, Secret. CAN), 393-396.
- JORDÁ CERDÁ, F., 1984: Notas sobre la cultura castreña del Noroeste Peninsular. In *Poblacion y Poblamiento en el Norte de la Peninsula Iberica* (Oviedo, Ser. Publicaciones de la Un., *Memorias de Historia Antigua*, VI), 7-14.
- JORGE, S. O., 1988: *O povoado da Bouça do Frade (Baião) no quadro do Bronze Final do Norte de Portugal* (Porto, Grupo de Estudos Arqueológicos do P.; *Monografias Arqueológicas*, 2).
- JORGE, S. O. (coord.) s/d (1995): *A Idade do Bronze em Portugal, Discursos de Poder* (Lisboa, Museu Nacional de Arqueologia, Catálogo da Exposição).
- ed. 1998: *Existe uma Idade do Bronze Atlântico?*, (Trabalhos de Arqueologia 10, Lisboa, IPA).
- KALB, PH. & HOCK, M., 1979: Escavações na necrópole de mamoas «Fonte da Malga» – Viseu, Portugal. *Beira Alta*, 38(3), 595-604.
- KALB, Ph. 1977: Uma data C-14 para o Bronze Atlântico. *O Arqueólogo Português*, 3.^a, 7-9, 141-144.
- 1978: Senhora da Guia, Baiões, Die ausgrabung 1977 auf einer Hohensiedlung der Atlantischen Bronzezeit in Portugal. *Madrider Mitteilungen*, 19, 112-138.
- 1979: Contribucion para el estudio del bronce atlántico: excavaciones en el castro «Senhora da Guia» de Baiões (Concelho S. Pedro do Sul). In *Actas del XV Congreso Arqueológico Nacional*, Lugo 1977 (Zaragoza, Secret. CAN), 581-585.
- 1992: As xorcas de ouro do Castro da Senhora da Guia, Baiões (Concelho de S. Pedro do Sul, Portugal). *O Arqueólogo Português*, 4.^a, 8-10, 259-276.
- s/d (1995): O povoado de Nossa Senhora da Guia, Baiões. In Jorge, S. O. (coord.) *A Idade do Bronze em Portugal, Discursos de Poder* (Lisboa, Museu Nacional de Arqueologia, Catálogo da Exposição).
- LE ROUX, P., 1994: Bracara Augusta, ville latine. In *Actas do 1.º Cong. Arq. Pen.*, vol. 4 (*TAE*, 34 [[3-4]]), 229-242, fig. 205, 2.º cc.
- LE ROUX, P. & TRANOY, A., 1974: Contribution a l'étude des regions rurales du N. O. hispanique au Haut-Empire: deux inscriptions de Penafiel. In *Actas do III Congresso Nacional de Arqueologia* (Porto, Min. Educação), 249-258.
- LEMOES, F. S., 1995: Zoelas e Civitas Zoelarum: uma unidade étnica no quadro da romanização do noroeste. In *Actas do 1º Cong. Arq. Pen.*, vol. 6 (*TAE*, 35 [[2]]), 295-310.
- s/d (1996): Povoamento, espaço e gentilitates no 1.º Milénio a.C. no Nordeste transmontano. In Alarcão, J. (coord.) *De Ulisses a Viriato, O primeiro milénio a.C.* (Lisboa, Museu Nacional de Arqueologia, Catálogo da Exposição), 147-153.
- MAÑANES, T., 1984: Protohistoria y romanizacion en la provincia de León: habitat y cronologias. In *Actas do Colóquio Inter-Universitário de Arqueologia do noroeste* (Porto, Inst. Arqueologia, *Portugalia*, 2.^a, 4-5), 151-174.
- MARTINS, M. & JORGE, S. O., 1992: Substracto cultural das etnias pré-romanas do Norte de Portugal. In Almagro-Gorbea, M & Ruiz Zapatero, G., (eds.),

- Paleoetnologia dela península Ibérica (Complutum, 2-3), 347-372.*
- MARTINS, M. 1994: Continuidade e mudança no I milénio a.C. no noroeste Português. Os diferentes cenários de representação do discurso arqueológico. *Cadernos de Arqueologia*, 2.^a, 10-11, 41-64.
- 1988: A arqueologia dos castros no Norte de Portugal: balanço e perspectivas de investigação. In Jorge, V. O., (coord.), *Actas do Colóquio de Arqueologia do Noroeste Peninsular*, vol. 2 (TAE 28[[3-4]]), 11-36.
- 1990: *O povoamento Proto-Histórico e a Romanização da bacia do curso médio do Cávado* (Braga, Un. Minho, *Cadernos de Arqueologia-Monografias* 5).
- s/d (1996): Povoamento e habitat no noroeste português durante o 1.º Milénio a.C. In Alarcão, J. (coord.) *De Ulisses a Viriato, O primeiro milénio a.C.* (Lisboa, Museu Nacional de Arqueologia, Catálogo da Exposição), 118-133.
- MARTINS, M.; DELGADO, M. & ALARCÃO, J., 1994: Urbanismo e arquitectura de Bracara Augusta: balanço dos resultados. In *Actas do 1.º Cong. Arq. Pen.*, vol. 3 (TAE, 34 [[1-2]]), 303-320.
- MAYA GONZÁLEZ, J. L., 1983: Habitat y cronología de la cultura castreña en Asturias. *Portugalia*, 2.^a, 4-5, 175-193.
- 1984: Habitat y cronología de la cultura castreña en Asturias. In *Actas do Colóquio Inter-Universitário de Arqueologia do noroeste* (Porto, Inst. Arqueologia, *Portugalia*, 2.^a, 4-5), 175-198.
- 1988: *La cultura material de los castros asturianos* (Barcelona, *Estudios de la Antigüedad*, 4-5).
- MEIJIDE CAMESELLE, G., 1993: La necropolis del Bronce Inicial del Agro de Nogueira (Toques, A Coruña). In *Actas del XXII Congreso Nacional de Arqueologia* (Vigo, 1993), vol. 2, 85-88.
- MÉNDEZ FERNÁNDEZ, F., 1993: Areas de acumulación: un modelo de yacimiento habitacional para la Edad del Bronce en Galicia. In *Actas del XXII Congreso Nacional de Arqueologia* (Vigo, 1993), vol. 2, 69-74.
- PEÑA SANTOS, A., 1988: Los objetos metálicos del Castro de Torroso (Mos, Pontevedra). In Jorge, V. O., (coord.), *Actas do Colóquio de Arqueologia do Noroeste Peninsular*, vol. 2 (TAE 28[[3-4]]), 113-132.
- 1992: El primer milénio a.C. en la area gallega: Génesis y desarrollo del mundo castreño a la luz de la arqueología. In Almagro-Gorbea, M & Ruiz Zapatero, G., (eds.), *Paleoetnologia dela península Ibérica (Complutum, 2-3)*, 373-394.
- PEREIRA, G., 1992: Aproximación crítica al estudio de etnogénesis: la experiencia de Callaacia. In Almagro-Gorbea, M & Ruiz Zapatero, G., (eds.), *Paleoetnologia de la península Ibérica (Complutum, 2-3)*, 35-44.
- PINTO, J. M. S. M., 1995: O povoamento da bacia superior do Rio Sousa da Proto-História à romanização. In *Actas do 1.º Cong. Arq. Pen.*, vol. 5 (TAE, 35 [[1]]), 265-292.
- REDENTOR, A. (ed.) 1997: *O 1.º milénio a.C. no Noroeste Peninsular. A fachada atlântica e o interior* (Bragança, Parque Natural de Montesinho).
- RENFREW, C. 1986: Introduction: Peer polity interaction and socio-political change. In Renfrew, C. e Cherry, J. F. *Peer polity interaction and socio-political change* (Cambridge, Un. Press), 1-18.
- REY CASTIÑEIRA, J., 1993: Cuestiones de tipo territorial en la cultura castreña. In *Actas del XXII Congreso Nacional de Arqueologia* (Vigo, 1993), vol. 2, 165-172.
- RODRÍGUEZ LÓPEZ, C.M.R.; Fernandez Rodriguez, C. & Ramil Rego, P., 1993: El aprovechamiento del medio natural en la cultura castreña del noroeste peninsular. In *Actas do 1.º Cong. Arq. Pen.*, vol. 1 (TAE, 33 [[1-2]]), 285-306.
- ROMERO MASIÁ, A., 1976: *El habitat castreño. Asentamientos y arquitectura de los castros del noroeste peninsular* (Santiago de Compostela, Colexio de Arquitectos de Galicia).
- 1985: Os castros: recoñecemento e catalogacion, *Cuadernos de Estudios Galegos* 35, 32-61.
- 1992: Obxectos metálicos no castro de Borneiro (Finisterrae). In *Estudos en lembranza do Prof. Dr. Alberto Balil* (Santiago de Compostela, Universidade).
- RUIZ ZAPATERO, G. & ÁLVAREZ-SANCHÍS, J. R., 1995: Las Cogotas: Oppida and the roots of urbanism in the Spanish Meseta. In Cunliffe, B. & Keay, S. (ed.) *Social complexity and the development of towns in Iberia* (Londres, The British Academy, Proc. Brit. Acad. 86), 209-236.
- RUIZ ZAPATERO, G. LORRIO ALVARADO, A. & MARTÍN HERNÁNDEZ, M., 1986: Casas redondas y rectangulares de la Edad del Hierro: aproximación a un análisis comparativo del espacio doméstico. *Arqueologia Espacial* 9, 79-101.
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M., 1979: El Bronce Antiguo en la fachada atlántica peninsular: un ensayo de periodización. *TP* 36, 151-172.
- 1987: Bronce Atlántico y «cultura» del Bronce Atlántico en la Península Ibérica. *TP* 44, 251-264.
- 1993: El noroeste de la Península Ibérica en el contexto de la Prehistoria reciente de Europa Occidental. In *Actas del XXII Congreso Nacional de Arqueologia* (Vigo, 1993), vol. 1, 11-18.
- SANTOS YANGUAS, N., 1992: Astures y Cantabros: Estudio Etnogeográfico. In Almagro-Gorbea, M & Ruiz Zapatero, G., (eds.), *Paleoetnologia dela península Ibérica (Complutum, 2-3)*, 417-430.
- SENNA-MARTÍNEZ, J. C. & VALERA, A. C., s/d (1995): O Buraco da Moura de S. Romão. In Jorge, S. O. (coord.) *A Idade do Bronze em Portugal, Discursos de Poder* (Lisboa, Museu Nacional de Arqueologia, Catálogo da Exposição), 50-53.
- SENNA-MARTÍNEZ, J. C., s/d (1995): Entre Atlántico e Mediterrâneo: Algumas reflexões sobre o grupo de Baiões/Santa Luzia e o desenvolvimento do

- Bronze Final Peninsular. In Jorge, S. O. (coord.) *A Idade do Bronze em Portugal, Discursos de Poder* (Lisboa, Museu Nacional de Arqueologia, Catálogo da Exposição), 118-122.
- s/d (1995): O povoado do cabeço do Castro de S. Romão. In Jorge, S. O. (coord.) *A Idade do Bronze em Portugal, Discursos de Poder* (Lisboa, Museu Nacional de Arqueologia, Catálogo da Exposição), 61-65.
- SILVA, A. C. F. S., 1995: Portuguese castros: the evolution of the habitat and the proto-urbanization process. In Cunliffe, B. & Keay, S. (ed.) *Social complexity and the development of towns in Iberia* (Londres, The British Academy, Proc. Brit. Acad. 86), 263-290.
- SILVA, A. C. F., 1980: Organizações gentílicas entre Leça e Ave. *Portugalia*, 2.^a, 1, 79-90.
- 1984: A cultura castreja no noroeste de Portugal: habitat e cronologias. In *Actas do Colóquio Inter-Universitário de Arqueologia do noroeste* (Porto, Inst. Arqueologia, *Portugalia*, 2.^a, 4-5), 121-130.
- 1986: *A cultura castreja no noroeste de Portugal* (Paços de Ferreira, Museu Arqueológico da Citânia de Sanfins).
- 1990: Influências orientalizantes na formação da cultura castreja do noroeste peninsular. In *Presenças Orientalizantes em Portugal, da Pré-História ao Período Romano* (Lisboa, Inst. Oriental da Un. Nova; *Estudos Orientais*, I), 135-156.
- SILVA, A. C. F., SILVA, C. T. & LOPES, A. B., 1984: Depósito de fundidor do final da Idade do Bronze do Castro da Senhora da Guia (Baiões, S. Pedro do Sul, Viseu). In *Homenagem a D. Domingos de Pinho Brandão* (Porto, Centro de Estudos Humanísticos; *Lucerna*, n.º ext.), 73-110.
- SILVA, A.M.S.P., 1993: Ocupação proto-histórica e romana no Entre-Douro-e-Vouga litoral: breve balanço de uma investigação em curso. In *Actas do 1.º Cong. Arq. Pen.*, vol. 2 (TAE, 33 [[3-4]]), 427-444.
- SILVA, M.F.M., 1994: Estudo, conservação, restauro, dinamização e divulgação do povoamento castrejo da bacia superior do rio Coura: primeiros resultados. In *Actas do 1.º Cong. Arq. Pen.*, vol. 3 (TAE, 34 [[1-2]]), 281-302.
- SOEIRO, T., 1984: *Monte Mózinho. Apontamentos sobre a ocupação entre Sousa e Tâmega em época romana* (Penafiel, Câmara Municipal, *Penafiel - Bol. Mun. Cultura*, 3.^a, 1).
- 1988: A propósito de quatro necrópoles Proto-Históricas do Concelho de Esposende. In *Actas do Colóquio Manuel de Boaventura* (Esposende, 1988), vol. 2, 35-62.
- SUÁREZ OTERO, J., 1993: O Fixón: una nueva perspectiva del Bronce Inicial en Galicia. In *Actas del XXII Congreso Nacional de Arqueologia* (Vigo, 1993), vol. 2, 57-68.
- TAVARES, A. A. (ed.) 1993: *Os fenícios no território português* (Lisboa, Inst. Oriental).
- UNTERMANN, J., 1962: Áreas e movimentos linguísticos na Hispânia pré-romana. *Revista de Guimarães* 72, 5-41 (= *Sprachraume und Sprachbewegungen im vorromischen Hispanien* [[Wiesbaden, Otto Harrassowitz, 1961]]).
- 1992: Los etnónimos de la Hispania Antigua y las lenguas prerromanas de la Península Ibérica. In Almagro-Gorbea, M & Ruiz Zapatero, G., (eds.), *Paleoetnología de la península Ibérica* (Complutum, 2-3), 19-34.
- VÁZQUEZ VARELA, J. M., 1988: Aplicación de un modelo etnoarqueológico a la agricultura castreña. In Jorge, V. O., (coord.), *Actas do Colóquio de Arqueologia do Noroeste Peninsular*, vol. 2 (TAE 28[[3-4]]), 99-106.
- 1995: Imagen y sociedad en la Edad del Bronce de Galicia. In *Actas do 1.º Cong. Arq. Pen.*, vol. 7 (TAE, 35 [[3]]), 287-302.
- VILAÇA, R. 1996: Contributo para a caracterização do povoamento da Beira Interior (Centro e Sul) durante as últimas etapas do Bronze Final. In *Actas das I Jornadas de Arqueologia da Beira Interior*, Castelo Branco, 1991 (*Materiais*, 2.^a 1.1), 37-44.
- *Aspectos do povoamento da Beira Interior (Centro e Sul) nos finais da Idade do Bronze* (Lisboa, Inst. Port. Patr. Arquitectónico e Arqueológico; *Trabalhos de Arqueologia*, 9).
- XUSTO RODRÍGUEZ, M. 1989: Area de vision, topografía e territorialidad: o mundo dos castros. *Boletín Auriense* 18-19.
- 1992: La concepción territorial en la cultura castreña de Galicia. *Revista de Arqueologia* 137.

O POVOAMENTO DO SUDOESTE PENINSULAR NA SEGUNDA METADE DO I MILÉNIO a.C.: CONTINUIDADES E RUPTURAS

CARLOS FABIÃO

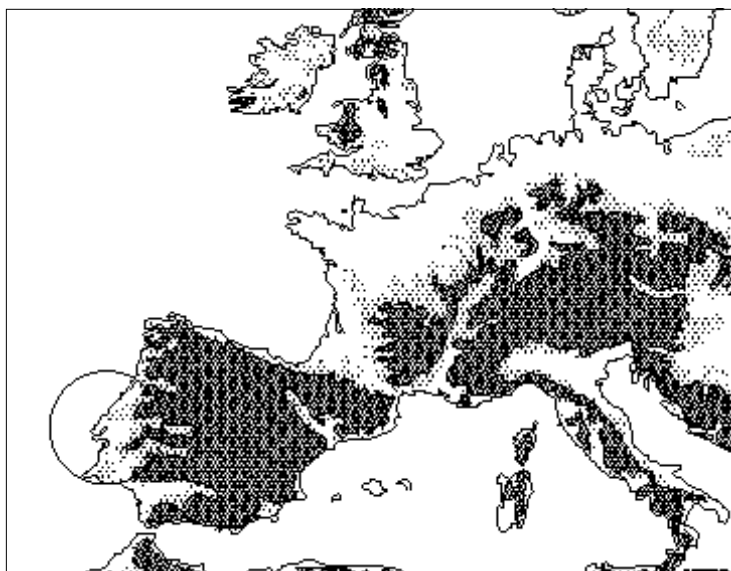
Centro de Arqueología, Universidade de Lisboa

ABSTRACT

The usually proposed model for settlement pattern in the Southwest of the Iberian Peninsula in the First Millennium BC is one based on the bias of discontinuity. A first moment with deep changes from Oriental influence (in the first half of the Millennium), a second moment defined as a 'Celtic period', related with a Central European Celtic invasion, which set the pattern that the Romans have found. The first one marked by a complex settlement pattern, with central places with many smaller open area settlement connected; the second one related with the hill-fort places and emerging oppida. Based upon the available data, a very problematic mosaic with lots of bad information from ancient excavations, with deficient publication, I think one may suggest a different model, marked by a strong cultural continuity, with some clear different regional areas. Some of them with strong connections with the Mediterranean world, other with very weak Mediterranean influence. With the available data it seems that a long period of demographic growth of local populations could explain some changing in the settlement pattern, with no need of «invasions» or other external demographic contributions to explain it.

SUMARIO

O modelo tradicionalmente proposto para a leitura dos fenómenos de povoamento do I Milénio A.C. no Sudoeste Peninsular baseia-se num pressuposto de descontinuidade. Com um primeiro momento de carácter «Orientalizante»; e um segundo, relacionado com influências célticas, que teria definido a geografia humana e política que os romanos encontraram. O primeiro seria caracterizado por pequenos estabelecimentos não-fortificados, dependentes de lugares centrais, vertebradores do território; o segundo relacionada com o povoamento fortificado e os emergentes oppida, imediatamente antecedentes da conquista romana. Com base nos dados actualmente disponíveis, infelizmente com inúmeros problemas, penso que se pode sugerir um diferente modelo, marcado por uma forte continuidade cultural, ainda que com marcadas áreas regionais. O conjunto das transformações observadas nos modelos de povoamento, poder-se-ão explicar no quadro das sociedades locais, registando um longo ciclo de crescimento demográfico, sem que necessariamente se tenham verificado contributos populacionais exteriores.



Ainda que a organização da presente mesarredonda me tivesse proposto um tema mais amplo, de síntese, sobre o extremo ocidente peninsular, optei por restringir a abordagem à área do Sudoeste português. As razões desta escolha são várias e devem ser explicitadas. Em primeiro lugar, por se tratar (esta área) daquela sobre a qual tem incidido em concreto a minha investigação (que muito tem beneficiado, diga-se, do frutuoso e construtivo debate de ideias com Luis Berrocal-Rangel). Mas também porque, por razões várias que não interessa aqui desenvolver, a investigação portuguesa sobre a segunda metade do I Milénio a.C., se tem limitado, nas últimas décadas, às regiões mais meridionais ou ao Noroeste, deixando pelo meio um extenso território (grosso modo a área compreendida entre o Vouga e o Tejo) em total desconhecimento. Seria, pois, de todo inútil querer abarcar esta desconhecida região, por manifesta falta de informação, enquanto que o Noroeste Peninsular será tratado aqui por um outro colega. Fiquei-me, pois, pelo Sudoeste.

Deve esclarecer-se, também, que a ausência de extensos programas de prospecção sistemática, nesta extensa região, torna pouco consistente (se não mesmo falaciosa) qualquer proposta de leitura espacial - as distintas propostas de cartografia do povoamento antigo são, a esse respeito, bastante expressivas, na sua variedade, com locais indicados em alguns mapas e omissos de outros, ou diferentes avaliações das áreas ocupadas, que mais não reflectem que o profundo desconhecimento arqueológico dos sítios, em si (Berrocal-Rangel, 1992; Beirão / Correia, 1992 e Gomes, 1992). Assim, parece-me mais consistente sugerir propostas e leituras a partir do pouco que efectivamente se conhece, sem ensaiar aventurosas reconstituições da geografia do povoamento.

Tradicionalmente, a Protohistória do Sudoeste Peninsular tem sido descrita segundo o modelo primeiramente proposto por Caetano Beirão, Mário Varela Gomes e Jorge Pinho Monteiro, na sequência das propostas de M. Almagro-Gorbea (1977), que admite a existência de uma sequência cultural definida por uma etapa Orientalizante, seguida de uma outra, profundamente distinta, relacionável com supostas migrações célticas. Teria sido esta última realidade que os romanos encontraram, no decurso do processo de conquista. À primeira estaria associado o fenómeno epigráfico, que usa a chamada escrita do Sudoeste, pequenos povoados, dependentes de grandes centros (não identificados), necrópoles com estruturas tumulares e ritos de inumação ou cremação *in situ*; à segunda, corresponderiam os grandes povoados fortificados e a generalização do ritual da incineração com posterior deposição em urna cerâmica (Beirão / Gomes / Monteiro, 1979; Beirão / Gomes, 1980; Gomes, 1983; Beirão, 1986). De um modo geral, ainda que com sucessivas matizações de índole cronológica, decorrentes quase sempre da necessidade de compatibilizar esta perspec-

tiva com a informação arqueológica cada vez mais diversificada e complexa, o modelo foi reafirmado em posteriores trabalhos, ao ritmo da divulgação de novos elementos, ou de novos ensaios de síntese (Beirão, 1990; Beirão / Correia, 1992; Beirão / Gomes, 1983 e 1984; Beirão / Silva / Soares / Gomes / Gomes, 1985 e 1987; Correia, 1995a, 1995b e 1997; Gomes, 1993; Silva / Soares / Beirão / Dias / Coelho-Soares, 1980-1981). Infelizmente, não se pode afirmar que se tenha registado um significativo incremento da investigação e divulgação de novos dados, que possibilite uma séria reavaliação do modelo, ainda que se deva reconhecer, também, a extrema fragilidade do suporte empírico que sustenta esta proposta.

Em diferentes trabalhos, tive já o ensejo de expor algumas das reservas que coloco a esta proposta (Fabião, 1992; Arruda / Guerra / Fabião, 1995) e que tratei mais detalhadamente no contexto da minha tese de Doutoramento, justamente sobre o mundo indígena e os inícios da conquista romana, na área interior, dita céltica, por Estrabão (III.1.6) (Fabião, 1998). É, pois, uma breve resenha (bastante resumida, pelas contingências do espaço disponível) de algumas das observações ali feitas o que aqui se apresenta.

O primeiro aspecto que gostaria de sublinhar é o da generalizada ausência de informação credível extensamente publicada (as escavações antigas carecem de revisão e detalhada reexame e as recentes estão em boa parte inéditas ou insuficientemente publicadas), pelo que resultaria temerário propor modelos alternativos, tantas e tão variadas são as lacunas e insuficiências da informação disponível. Há, no entanto, todo um feixe de observações que me parece pertinente e gostaria de expor. Como se verá, mais do que ideias firmes ou «definitivas» (até onde tal expressão se pode usar em estudos deste teor), configuram, de algum modo, linhas de orientação ou mesmo um programa de trabalho, passível de ser desenvolvido futuramente.

Em primeiro lugar, quando se observam as sociedades indígenas do Sudoeste, nas vésperas da conquista romana, verifica-se um padrão geral de continuidade civilizacional, remontando a épocas anteriores (o que não significa homogeneidade cultural, muito pelo contrário, como haverá oportunidade de notar). O quadro geral parece ser este, sem rupturas notórias; o que, naturalmente, não impede que se tenham verificado situações de abandono de povoados (e respectivas necrópoles), descontinuidades nas redes de povoamento e, sobretudo, modelos de instalação que se esgotam ou registam significativas soluções de continuidade, resurgindo, depois, em moldes diferentes (?). A chave de leitura destes complexos fenómenos assentará por certo nas oscilações demográficas, que estimulam processos de crescimento e programas de «colonização» dos territórios —ou a sua inversa, retracção e abandono de espaços anteriormente ocupados—; mas subjazem, também, às situações de tensão e conflitualidade entre comunidades, quando o número de habi-

tantes pesa excessivamente sobre o leque dos recursos disponíveis. A questão demográfica manifesta-se, ainda, nos putativos fenómenos de «migração» ou «invasão», que podem ter trazido novas gentes para territórios anteriormente livres, ou (com maior verosimilhança) acentuado as tensões e conflitualidades, pelo manifesto desejo de ocupar territórios anteriormente controlados por outrém. Esta instalação (não pactuada) gera, por sua vez, um agravamento das carências de recursos, que acentua a espiral da violência intercomunitária, gerando, ainda, as penúrias decorrentes da insegurança e instabilidade —naturalmente, quando a mesma resulta de um acordo entre comunidades, deve admitir-se que o resultado final possa não ser muito diferente.

Em obra recente, Martín Almagro-Gorbea (1996), lidando com realidades muito mais ricas e complexas, preferiu colocar o ênfase nas tensões entre distintos modelos (ou fórmulas) de poder, como meio para uma melhor compreensão da dinâmica social das comunidades Protohistóricas das áreas meridionais da Península Ibérica. Concordamos, creio, em dois pontos fundamentais: por um lado, no reconhecimento de uma matriz geral de continuidade civilizacional; e na verificação de que as tensões entre comunidades têm, como pano-de-fundo (passe a expressão) um crescimento demográfico tendencialmente contínuo. Nos detalhes, porém, apresentamos, frequentemente, divergências de pontos de vista. Há que reconhecer, contudo, que o leque de informações que o Professor de Madrid manipula é infinitamente mais sólido, vasto e diversificado do que o disponível para o extremo ocidente peninsular. Discutir modelos de poder ou fenómenos de integração/desagregação política com base na informação disponível para a área do Sudoeste Peninsular (particularmente para a área portuguesa) seria um mero exercício retórico.

O mundo ocidental conheceu, por certo, uma conjuntura (longa?) de crescimento demográfico, no I Milénio a.C., que se manifesta de diferentes modos, desde as movimentações de povos («migrações» e «invasões»), entre as quais cabe, como não poderia deixar de ser, a célebre expansão céltica sobre os territórios itálicos, o saque de Roma, mas também o fenómeno mais extenso da multiplicação dos povoados de grande dimensão (os chamados oppida), conhecidos nas mais diversas regiões, ainda que com diferentes âmbitos cronológicos (v., por exemplo, Collis, 1984; Wells, 1988; Audouze / Büchschütz, 1992 ou Almagro-Gorbea / Martín, 1994). A associação destes factores múltiplos contribuirá, certamente, para justificar muitos outros, como a intensificação da exploração de certos recursos (o ferro, por exemplo, indispensável para responder a um procura diversificada, que inclui alfaias agrícolas, instrumentos de abate das extensas áreas florestadas, e armas), a intensificação da produção metalúrgica e a sua crescente sofisticação e especialização; a marcada relevância que ganham as funções

guerreiras ou certas actividades específicas, como aquela que os ferreiros desempenhavam; e, conseqüentemente, uma complexificação das próprias sociedades (ainda que me pareça discutível pretender identificar fenómenos de complexificação social somente a partir do crescimento das dimensões do habitat). Afinal, aquilo que marca na Europa Central o fim dos chamados «velhos reinos Hallstáticos»; ainda que estes fenómenos na Península Ibérica tenham conhecido outras importantes articulações com as conjunturas mediterrâneas, que não parecem susceptíveis de resumir a este fenómeno —e, neste particular, é rica e estimulante a já referida análise de M. Almagro Gorbea (1996). É conveniente não esquecer que as condições de «fortaleza natural», proporcionadas pelo mar e pelos Pirenéus e reconhecidas por Floro, no séc. II d.C. (I.33, apud Le Roux, 1995: 22-23), sempre existiram, isolando a Península Ibérica (ou simplesmente condicionando as suas áreas de «entrada»); conferindo contornos peculiares ao seu devir civilizacional.

Um dos aspectos que desde sempre me impressionou vivamente nas teses defensoras de fenómenos de «migração/invasão», sobretudo nas que pretendem transformá-las em explicação para os processos de transformação e mudança, é justamente na objectiva dificuldade em comprovar arqueologicamente as suas teses. Por parecerem hoje inverosímeis, tais fenómenos em larga escala, creio que teremos de buscar outras explicações para as supostas transformações observadas nas realidades arqueológicas do Sudoeste. Como disse, parece-me aceitável a existência de uma conjuntura geral de crescimento, que acentua fenómenos intensificação económica e, conseqüentemente, de «colonização/exploração» de novos territórios, com uma provável intensificação da conflitualidade entre comunidades. A conjunção destes factores poderá, por sua vez, gerar insolúveis incompatibilidades, uma vez que a «colonização» implica libertação de excedentes demográficos; e a conflitualidade estimula a concentração da população, para melhor garantir a defesa de pessoas e bens —e aí estão os grandes oppida da segunda metade do I Milénio a comprovar esta tendência (e estas necessidades defensivas poderão, por si só, explicar os processos de crescimento/concentração do povoamento); ainda que muito haja para fazer ainda, no sentido de obter cronologias finas para os vários fenómenos, nas diferentes regiões.

Terá sido certamente um desequilíbrio deste tipo que justifica a célebre apreciação de Estrabão sobre as formas como os Lusitanos se relacionavam com o seu espaço —os campos abandonados, para se dedicarem à guerra com os seus vizinhos (III.3.5.)—; o mesmo justificaria a frequente «exportação» de mercenários hispânicos (e a facilidade do seu recrutamento); ou ainda essa reiterada «fome de terra», constantemente invocada, que perpassa por toda a literatura greco-latina, como principal factor das guerras com as comunidades indígenas, frequentemente solucionadas com

políticas de instalação, interpretadas de diferentes modos —desde as realmente promovidas por T. Semprônio Graco, na *Citerior*, às prometidas pelo «pérfido» Galba, na *Ulterior* (entre tantos outros exemplos).

Diria, pois, que há um efectivo problema demográfico na Península Ibérica, ao longo da segunda metade do I Milénio a.C., provavelmente mais premente em algumas zonas do que noutras, e que não estava ainda resolvido à data da conquista romana. Ao que tudo indica, o problema não é somente peninsular; mas é também peninsular. No caso concreto do Sudoeste, existia ainda um problema de índole social, que poderá ser genericamente descrito como de dissolução das tradicionais solidariedades «gentilícias» e de emergência de novas formas de organização, mais complexas e hierarquizadas, cujos precisos contornos só conseguimos vislumbrar. Difícil se afigura, no estado actual dos conhecimentos, aferir no registo arqueológico os reais contornos de ambos processos e estabelecer os seus ritmos cronológicos.

Desde logo, poder-se-á dizer que o padrão de continuidade verificado nos principais núcleos de povoamento constitui a norma, quer naqueles que de um modo mais claro se relacionam com o mundo mediterrâneo, os núcleos do litoral, como Castro Marim, Mértola, Cerro da Rocha Branca, Silves, Alcácer do Sal, Lisboa, Santarém, mas também, muitos dos que, no interior, não receberam de uma forma muito marcada tais influências, como se pode ver pelos exemplos do Alto Alentejo (Cabeça de Vaiamonte, Monforte, Baldio, Arronches, e Serra de Segóvia, Elvas) ou de áreas mais meridionais, como por exemplo, o Castelo Velho de Santiago do Cacém (Soares / Silva, 1979; Soren, 1982 e 1983, com apreciação crítica em Fabião, 1998) ou o núcleo de Noudar, Barrancos (Rego, 1994).

Uma primeira interrogação que se poderá formular é a das razões de um tão marcado contraste entre o que supostamente sucede na Andaluzia (Belén / Escacena, 1992) e Extremadura Espanhola (Rodríguez Díaz, 1990 e 1995c), onde a norma parece ter sido a da descontinuidade, com episódios marcantes centrados no séc. V a.C., ou, como mais recentemente se tem pretendido, na «crise de 400 a.C.» (Rodríguez Díaz, 1994a) —com novos dados e novas interpretações publicados em recente volume colectivo (Rodríguez Díaz, 1998). Não devemos esquecer, porém, que este novo quadro explicativo veio «substituir» esse outro, que valorizava especialmente a queda de Tartesso como factor de ruptura, à medida que a investigação arqueológica foi progredindo e registando continuidades cronologicamente incompatíveis com o anterior quadro explicativo.

Uma primeira hipótese seria a de que somente dispomos de dados para os principais núcleos de povoamento, justamente aqueles que, também na Extremadura espanhola, registam uma assinalável continuidade (para citar um caso mais directamente relacionável com a realidade em apreço). Como se compreenderá, não

existe meio de demonstrar se assim é. Naturalmente, não restará qualquer dúvida de que Mértola, Alcácer do Sal, Lisboa ou Santarém, pelas suas implantações, poderiam constituir importantes núcleos de povoamento, verdadeiras «portas» de comunicação entre o litoral e o interior, ou núcleos fundamentais para o apoio a uma navegação de cabotagem. Mas já se afigura mais estranho que o Castelo Velho de Santiago do Cacém, Noudar (Barrancos), Serra de Segóvia (Elvas), Cabeça de Vaiamonte (Monforte) ou Baldio (Arronches), se possam também classificar como centros cuja relevância estratégica justifica uma tão grande longevidade. Por certo, as razões que determinam a continuidade de uns não são as mesmas que justificam a dos outros. De qualquer modo, convém não esquecer que não conhecemos de todo a geografia política pré-romana, não parecendo óbvio (de modo algum) que a dita possa ser reconstituída a partir das fontes literárias ou mesmo da relevância que cada local veio a assumir, depois, na época romana. Valerá a pena recordar como as propostas de interpretação «espacial» avançadas para a área de S. Eulália (Gamito, 1988a; 1988b; 1993a e 1993b) resistem mal a uma cuidada avaliação dos dados arqueológicos (Fabião, 1998); ou, para citar outras potenciais fontes de informação para a reconstituição das antigas geografias políticas, como Estrabão exalta Olisipo e Moron, como os grandes núcleos do Baixo Tejo (III.3.1.), sem qualquer menção a essa Scallabis ou ao povoado da Quinta do Almaraz, Almada, ambos com significativas e contínuas ocupações na Idade do Ferro, desde época Orientalizante, como a investigação arqueológica demonstrou (Arruda, 1987b; 1987c; 1993a; 1993b; 1993f; 1994 e 1996 e Barros / Cardoso / Sabrosa, 1993).

Uma segunda possibilidade, igualmente plausível no estado actual dos conhecimentos, resulta da qualidade da informação disponível e sua articulação com os preconceitos (no sentido etimológico do termo) dos investigadores. De facto, os casos de maior longevidade na ocupação humana poderão ser muito mais extensos e generalizados do que se tem pretendido, basicamente por duas razões: ou as amostras conhecidas em cada povoado, foram insuficientes para uma correcta caracterização das diferentes fases da sua ocupação, o que é aceitável, atendendo ao enorme desfazamento existente entre áreas habitadas circunscritas por estruturas defensivas e áreas sondadas pelos arqueólogos; ou se buscaram nos diferentes sítios realidades que ali não existiam. Neste particular, creio que resulta bastante expressiva a informação disponível para o actual território português (onde, sublinhe-se, há muito mais recolhas de superfície, do que propriamente escavações). Em diferentes locais do Alentejo Central ou, simplesmente, do concelho do Alandroal, Manuel Calado identificou povoados que teriam sido ocupados no Bronze Final e na II Idade do Ferro (Calado, 1993b e Calado / Rocha, 1997) e o mesmo se verifica, por exemplo, no importante povoado metalúrgico

da Misericórdia, Serpa, instalado sobre a margem esquerda do Guadiana (Soares, 1996) ou no Cerro da Mangancha, Aljustrel (Domergue / Andrade, 1971 e Domergue, 1983 e 1987a). Em todos estes casos, registar-se-ia um suposto hiato no período «Orientalizante», ou numa I Idade do Ferro (sem «Orientais»), bastante difícil de entender, uma vez que se trata justamente de um período de suposta intensificação económica, com particular valorização das riquezas mineiras —igualmente pouco compreensível seria a possibilidade de se verificar um qualquer fenómeno de convergência que determina a utilização de um dado espaço nestes dois períodos, intercalado por uma fase de abandono.

Mais provável me parece ser a explicação de que não existe um número significativo de importações «orientais», identificável nas prospecções de superfície, pelo que os investigadores são tentados a «arrumar» nestas duas fases, supostamente mais bem conhecidas, o conjunto de materiais recolhido, sugerindo deste modo uma descontinuidade que, de facto, não existe.

Assim sendo, será sobretudo o profundo desconhecimento que ainda temos sobre os artefactos característicos das mais antigas fases da Idade do Ferro, no Sudoeste interior (sobretudo quando não aparecem associados a um número significativo de importações mediterrâneas), que justifica esta peculiar observação de pretensas «descontinuidades» nas dinâmicas do povoamento. Por outro lado, o facto de tão facilmente se identificarem os conjuntos do Bronze Final e da II Idade do Ferro, nestes mesmos locais, poderá constituir um bom indício da marcada continuidade cultural dos mesmos.

Creio que não é este o único equívoco que se regista na correcta apreciação do faseamento da cultura material do Sudoeste: veja-se, por exemplo, o que se passa com a dificuldade em explicar a continuidade na arquitectura e organização das necrópoles do chamado Bronze do Sudoeste e as da I Idade do Ferro (normalmente associadas aos hábitos epigráficos, em escrita pré-latina), quando supostamente se não conhecem exemplos de estruturas funerárias atribuíveis a um inequívoco Bronze Final. Não será necessário frisar que esta última realidade constitui tanto um exemplo mais das continuidades culturais que se registam na região, como das dificuldades que com este registo de continuidade se têm debatido os investigadores.

Falar em continuidade não significa, porém, supor que teria existido uma mesma lógica de relacionamento entre as populações e o espaço onde se instalaram. De facto, creio que será pacífico reconhecer que somente em alguns casos existiu uma clara intenção de estabelecer um amplo domínio visual de extensas áreas envolventes, na instalação dos povoados. Nos casos em que a escolha recaiu sobre pontos dominantes, não parece fácil determinar qual terá sido o real critério: se a intenção de ver, se o desejo de ser visto; se o intuito

de dominar a paisagem, se o de se impor na mesma —se é que tais oposições fazem algum sentido, na época. Pertencerão a esta categoria povoados como o da Cabeça de Vaiamonte (Monforte) ou o de Serra de Segóvia (Elvas); mas, ainda na área de Santa Eulália, o povoado do Baldio (Arronches), embora não se encontre instalado em local análogo, regista a mesma sequência (aparentemente contínua) de ocupações daquelas. Pelo que não parece legítima a ideia de que se trataria de um mero aglomerado secundário.

Outros casos há que parecem evitar deliberadamente tais posições: creio que o caso mais notório será o do Castelo Velho de Santiago do Cacém que desprezou a destacada colina onde se instalou, mais tarde, a fortaleza medieval, preferindo uma implantação mais discreta, nas suas imediações, abdicando, por exemplo, do controle visual da orla costeira —a menos que sob o castelo medieval exista um ainda não identificado aglomerado antigo, que complexifique mais a trama do povoamento local. Pode citar-se também o caso do Cerro da Mangancha, Aljustrel, que, embora ocupe uma eminência relevante, evitou o cerro do castelo desta vila (dominante, relativamente ao primeiro e com um mais forte impacto na paisagem), onde se localiza o povoamento anterior (Calcolítico) e posterior (Medieval / Moderno e Contemporâneo) (Ramos *et alii*, 1993).

Mesas do Castelinho (Almodôvar) constitui aqui o que se poderá considerar uma realidade distinta, ainda que com vários outros casos semelhantes na área do Sudoeste. O povoado foi implantado em um relevo discreto, com horizontes relativamente fechados por linhas de cumeada de cota superior. De certo modo, quase se poderia dizer que se dissimula na paisagem, mantendo, porém, um assinalável controle da depressão drenada pela ribeira de Mora. A aproximação que presentemente se faz do local (por estrada recente), parte justamente de uma dessas eminências, de onde se desce para alcançar o antigo núcleo. Contudo, quem aceder ao local a partir da antiga estrada, junto da ribeira de Mora (herdeira de um dos caminhos tradicionais de travessia da Serra do Caldeirão, que estabelece a comunicação entre o Algarve e o Alentejo) é subitamente surpreendido pela imponência dos taludes que ocultam as antigas defesas do aglomerado. Esta diferença de perspectivas é extremamente curiosa, uma vez que fornece distintas noções do seu enquadramento: quando se desce da estrada, rasgada há poucos anos, há a sensação de aceder a um local baixo (e a topografia, tomada em termos absolutos, confirma esta percepção); no entanto, quem circula pela antiga via recebe o forte impacto da visão de uma imponente mole construída, ficando com a noção de ter deparado com um povoado de altura —e, note-se, seria esta a abordagem ao sítio até há épocas bem recentes, que justificará, por certo, que lhe tenham chamado um «belo exemplo de castro alentejano» (Viana / Ferreira / Serralheiro, 1956). Pergunta-se, pois, que perspectiva prevaleceria e que

intenção teria quem escolheu este local: dissimulá-lo, de facto, na paisagem, ou impor a sua presença somente na área que realmente interessava e determinou a sua instalação?...

Luis Berrocal Rangel, no excelente tratamento que propôs para os vários tipos de habitat da Idade do Ferro do Sudoeste, definiu e caracterizou vários modelos de instalação (1992: 205 e ss.). A sua proposta é abrangente e consistente, cobrindo bem o leque das realidades conhecidas e não deixando lugar a grandes dúvidas (independentemente de uma ou outra discordância pontual que possa existir); mas a sua tipologia configura um olhar moderno e uma catalogação cujos critérios repousam em outras percepções do espaço (basicamente topográficas e cartográficas), socorrendo-se de ferramentas analíticas bem diferentes das existentes na Antiguidade. Deste modo, chegou a uma tipologia de instalações que admite várias situações diferentes. No entanto, estas distintas formas de instalação e de domínio do espaço verificam-se em várias épocas e locais; e, o que me parece mais interessante, nada nas dimensões ou no registo da cultura material sugere uma menor relevância do núcleo de Mesas do Castelinho, relativamente à Cabeça de Vaiamonte, por exemplo; nem tão-pouco existe na área de Almodôvar um povoado de altura, com as características do núcleo de Monforte.

Afigura-se legítimo, pois, questionarmo-nos sobre eventuais critérios de possível hierarquização dos povoados, baseados somente em aspectos de dimensão / implantação; que não tenham em devida conta a análise da área em que se instalaram, bem como da informação concreta obtida no seu interior; ainda para mais, em uma região (o Sudoeste Peninsular) que não conheceu ainda extensos programas de prospecção sistemática, excluindo um ou outro caso pontual —pode, portanto, acrescentar-se esta forma de abordagem (a simples cartografia de sítios, com ou sem discriminação tipológica das características e dimensão das instalações) à lista das vias pouco consistentes para a reconstituição da antiga geografia política pré-romana.

Estas observações poder-se-iam estender a muitos outros casos, como por exemplo o do suposto povoado mineiro do Baldio (Arronches), com uma presumida especialização e subalternidade (Gamito, 1988a; 1988b; 1993a e 1993b), que parece desmentida pela longa diacronia da sua ocupação, em tudo idêntica ao de outros núcleos da área de Santa Eulália, supostamente mais importantes —infelizmente a ausência de publicação extensa dos resultados das escavações realizadas nos diferentes locais inibe uma avaliação mais correcta das propostas avançadas—; ou ainda ao povoado da Misericórdia (Serpa), onde a evidente vocação metalúrgica (arqueologicamente demonstrada) convive com um significativo registo de importações de ânforas de tipologia «ibero-púnica» (Soares, 1996), que lhe confere uma notável relevância, pouco consentânea com uma qualquer condição «subalterna» —para não

falar na sua localização sobre o Guadiana, um eixo fundamental da circulação norte-sul, apesar de se localizar já a montante do limite de navegação possível.

Na abordagem destes temas, bem se poderá dizer que somente uma análise micro-regional poderá dissipar as múltiplas dúvidas e interrogações que subsistem: que articulações se poderão estabelecer entre as implantações, observadas e aferidas por modernos critérios, e as formas de «marcação» e «leitura» das paisagens antigas, pelos seus «utilizadores»; que critérios se deverão usar para entender eventuais hierarquias de povoados; que modulação regional adoptar para entender os modos como os antigos espaços foram ocupados e geridos. Confrontando estas interrogações com a informação disponível facilmente nos apercebemos que estamos ainda na «infância da Arte», no que diz respeito a um real entendimento dos antigos modelos de povoamento. Por outro lado, como tive oportunidade de comentar em outro local (Fabião, 1998), não creio que a perspectiva de tentar reconstituir a economia dos antigos aglomerados, somente a partir da análise da (actual) paisagem envolvente, para daí procurar extrair conclusões, se possa considerar um método adequado, atendendo à extensa e agressiva antropização, que se fez sentir, sobretudo no último século. Uma vez mais, o que determinará uma maior vocação pecuária é o registo arqueológico do seu interior e não o actual potencial das terras envolventes.

Parece-me de salientar, portanto, que só uma investigação concreta (com recurso a escavações) de vários casos poderá fornecer algumas pistas consistentes para o estudo das sociedades pré-romanas do Sudoeste. Contudo, o estado actual dos conhecimentos é de tal modo escasso que se afigura arriscado pretender valorizar o pouco que se conhece. Fácil seria, com base nos dados já obtidos presumir para um sítio como Mesas do Castelinho, uma desmedida relevância que, por absoluta falta de paralelos, não poderemos aferir minimamente —creio que foi essa a «armadilha» em que tombaram Caetano Beirão e Virgílio Hipólito Correia na análise de Fernão Vaz, Ourique; ou Teresa Júdice Gamito, na valorização do povoado da Serra de Segóvia, Elvas, no âmbito da área de Santa Eulália, como em outro lugar comentei (Fabião, 1998).

Este padrão de continuidade não exclui, porém, a existência de algumas notórias discontinuidades. Apesar de não ser fácil, no estado actual dos conhecimentos, determinar com rigor a magnitude destes fenómenos, sobretudo pelas lacunas de prospecção e pelas escasas escavações realizadas, julgo que poderemos identificar ao longo do extenso período aqui tratado duas situações-tipo: aquilo a que poderemos chamar fenómenos de «esgotamento» de certos modelos de instalação, que sou tentado a definir como transformações estruturais, relacionadas com as próprias dinâmicas sociais (verdadeiros colapsos políticos?); e outros que se poderão considerar de índole conjuntural, embora

possam configurar extensas soluções de continuidade nos modelos do povoamento.

No primeiro caso, colocaria o desaparecimento das complexas estruturas «orientalizantes» e «tardo-orientalizantes» (ou «pós-orientalizantes»), do tipo Cancho Roano; Torrejón de Abajo; ou Campanario/Magacela, para citar os casos mais bem conhecidos, todos na Extremadura espanhola (Rodríguez Díaz, 1995a), que terão também os seus paralelos no espaço hoje português, designadamente nos sítios escavados na área mineira de Neves-Corvo (Maia / Correa, 1985; M.^a Maia, 1987 e 1988; Maia / Maia, 1986 e 1996b) e em outros apenas identificados, mas nunca sondados ou escavados —bem entendido, não se conhece nenhum local com a dimensão e complexidade do célebre Cancho Roano, o que não impede de supor que locais da área de Neves-Corvo, pelas peculiaridades dos materiais que entregaram (M.^a Maia, 1987 e 1988), poderiam ter correspondido a uma mesma lógica de implantação e, eventualmente, cumprido funções análogas (ainda que repartidas por diferentes espaços).

Não interessará discutir as várias propostas interpretativas que têm sido avançadas para este(s) local(ais), mas creio que será importante sublinhar como, em poucos anos, se passou de uma situação de absoluto desconhecimento de sítios desta natureza; para a identificação e estudo do singular Cancho Roano; e, finalmente, para a localização de vários outros lugares, que parecem responder a uma mesma lógica de implantação/organização e, eventualmente, a uma mesma função, nas redes do povoamento indígena do interior —ainda que os dados publicados dos sítios de Neves-Corvo sejam bastante escassos, não deixa de ser assinalável a semelhança entre as sequências cronológicas propostas e as que se observam no conhecido sítio de Zalamea de la Serena (Maia / Correa, 1985; M.^a Maia, 1987 e 1988; Maia / Maia, 1986 e 1996b e Celestino Pérez, 1995 e 1996; Celestino Pérez / Jiménez Ávila, 1993). Em outro registo, poderemos identificar aqui, repartido pelos diferentes locais, os vários elementos que M. Almagro Gorbea valoriza em Cancho Roano (1996): a tumulação sacralizada, marcando a apropriação do espaço, em Neves IV (ou Neves I?); a exibição da riqueza, expressa em objectos importados e no domínio da escrita, em Neves I e II (também, de certo modo, em Corvo I); a afirmação de um novo poder na referida (mas nunca publicada) tumulação central de Neves IV, núcleos menores de mais difícil descodificação em Neves III, Corvo I e Corvo II (Maia / Correa, 1985; M.^a Maia, 1987 e 1988; Maia / Maia, 1986 e 1996b) —pena é que nas sucintas notícias publicadas os Autores das escavações pareçam considerar já terem os sítios suficientemente tratados (Maia / Maia, 1996b). Esta articulação de distintos espaços em uma mesma organização não deixa de encontrar paralelos ideológicos e funcionais nas supostas regias, mais tardias, do «mundo ibérico» —refiro-me, naturalmente, uma vez mais às propostas de M. Alma-

gro Gorbea (1996)—, ainda que com implantação espacial diversa.

Infelizmente, os vários sítios descritos e identificados na área do Baixo Alentejo, por Caetano de Mello Beirão (1986), que correspondem a pequenos núcleos, normalmente instalados em locais de escassa defensabilidade, não permitem uma boa caracterização, por falta de escavação. Parece-me, por exemplo, que o aglomerado de Fernão Vaz, Ourique, onde se pretendeu ver um relevante exemplo de instalação «Orientalizante» (Beirão, 1986; Beirão / Correia, 1991 e 1993; Correia, 1995b e 1997), em muito pouco se assemelha aos mencionados núcleos extremeños ou de Castro Verde, quer por apresentar estruturas muito mais ligeiras, quer por não ter revelado a exuberância material que os caracteriza, por exemplo, não se conhece uma única ânfora de tipologia «ibero-púnica» (de produção local ou importada) no local —a menos que a deficitária publicação das investigações ali realizadas induza em erro, o que me parece muito pouco provável, até porque a menção de tais objectos constituiria um importante reforço das teses defendidas pelos Autores da sua escavação—; nem tão-pouco existem materiais relevantes, de forte carga simbólica ou vestígios de significativa armazenagem de bens alimentares.

O abandono destes pequenos centros poderia sugerir que teria existido, nos fins do século V a.C., um fenómeno de concentração de população, semelhante ao que parece ter ocorrido no Sudoeste em outras épocas, como haverá a oportunidade de comentar; ou, de facto, o esgotamento de um modelo político concreto. No entanto, esta hipótese interpretativa esbarra com algumas dificuldades. Poder-se-ia supor que uma parte dos pequenos núcleos das margens do Mira (Beirão, 1986 e Correia, 1988-1989) teriam gerado um aglomerado maior por processos de cinecismo. Neste caso concreto, o aglomerado da Senhora da Cola (Ourique) poderia ter sido o local eleito, ainda que a informação produzida pela sua escavação não se possa considerar particularmente expressiva, em boa parte porque os trabalhos decorreram já no final da vida de Abel Viana, o que terá impedido mais extensa publicação dos resultados (Viana, 1958; 1959; 1960). Há de qualquer modo alguns indícios de que o local poderá ter sido um povoado, ainda na Idade do Ferro, para além das (inegáveis) funções de sede do medieval concelho de Marachique —pelo menos, uma longuíssima tradição, desde André de Resende, passando por Frei Manoel do Cenáculo Villas-Boas, quase até aos nossos dias, assim tem defendido; o próprio Parque Arqueológico da Cola, de recente constituição, pressupõe uma polarização da área em torno a este sítio arqueológico.

No entanto, já os aglomerados da área de Neves-Corvo parecem ter-se extinguido sem continuidade notória na região. Neste particular, o cerro onde se encontra o marco geodésico da Graça dos Padrões, que

se prestaria admiravelmente a acolher um povoado fortificado da II Idade do Ferro, até com extenso domínio visual sobre a área envolvente, tem-se revelado omissa em informação sobre qualquer ocupação desta época —esta zona denota, porém, uma intensa re-ocupação em época romana, logo desde o déc. I a.C., relacionável, por certo, com as minas de Brancanes (Domergue, 1987 e 1990; Maia / Maia, 1996a e 1996b), o que não deixa de ser bastante sugestivo.

É certo que esta diferença no padrão do povoamento, entre o que se observa no Mira e o que se regista na área de Neves-Corvo, na ribeira de Oeiras, poderia ser tomada como um indicador relevante sobre as diferentes funções dos aglomerados —pequenos núcleos secundários, do tipo «casal agrícola», no primeiro, núcleos relevantes, ligadas às esferas de poder ou ao mundo mágico-religioso, no segundo— ainda que não pareça aceitável uma interpretação como simples núcleos rurais para Neves I e II (Maia / Maia, 1986 e 1996b), por falta de escavação, não sabemos se Neves III ou Corvo II não poderiam ser, de facto, modestos núcleos de vocação agro-pecuária. Mas, enveredar por propostas deste teor quando se desconhece se efectivamente a Senhora da Cola teve funções relevantes na Idade do Ferro, ou qual o destino e ligações dos habitantes/utilizadores dos núcleos de Neves-Corvo (Almodôvar/Castro Verde), seria trilhar caminhos que deliberadamente prefiro evitar.

Isto é, a instalação das «construções de prestígio», como recentemente foram chamadas (Rodríguez Díaz / Ortiz Romero, 1998), e suas similares emanou das sociedades locais (aquelas que antes, durante e depois) continuaram a ocupar os povoados de altura, como aliás sugere A. Rodríguez Díaz para os núcleos extremeños (1995a); e M. Almagro Gorbea consistentemente defende para o mundo «orientalizante» em geral (1996), contrariando as pouco aceitáveis teses de uma «colonização agrária fenícia». Pelo que julgo possível supor que esta transformação social, embora afectando uma forma específica e concreta de ocupação do espaço (ou, melhor dizendo, a sociedade que a produziu), não terá determinado um efectivo colapso e abandono das redes de povoamento, na sua generalidade. É esta a razão pela qual julgo ser compatível a ideia de uma transformação estrutural na sociedade, que não afectou necessariamente os grandes critérios da ocupação e controle dos territórios, que mergulham as suas raízes em épocas anteriores. Reconheço, contudo, que, no estado actual dos conhecimentos, também será lícito defender o contrário, justamente pela valorização do caso Neves-Corvo.

Na extremidade oposta do período considerado, verifica-se uma outra situação de esgotamento de um modelo de instalação que chegou a conhecer uma extensa difusão: o fenómeno da instalação dos «recintos ciclópicos» ou dos chamados castella, que provavelmente corresponderão a duas variantes de uma mesma concepção de povoamento, que se materializa de

diferentes modos, condicionada que estava pelas matérias-primas disponíveis. Como houve também ensejo de mais extensamente comentar em outro local (Fabião, 1998), de entre os casos sondados, creio que será de isolar o Castelo da Lousa (Mourão) e (talvez) o das Juntas (Castro Verde), no que diz respeito aos casos em território hoje portugueses, por se tratar de fundações mais antigas e por terem conhecido usos militares (seguramente o de Mourão, eventualmente, o outro), facto que se não pode considerar demonstrado para todos os outros casos, apesar de algumas opiniões em contrário —com as quais cheguei a concordar, em outros textos, mas hoje não perfilho, por razões extensamente expostas em outro local (Fabião, 1998). Creio que será importante sublinhar, também, que estas peculiares formas de instalação vêm sendo também crescentemente identificadas, em diferentes regiões, o que alterará, por certo, o tradicional panorama apresentado que regista as concentrações na Andaluzia, na zona de La Serena (Badajoz) e no Baixo Alentejo, com um único caso isolado, em Mourão (Rodríguez Díaz / Ortiz Romero, 1986; Ortiz Romero, 1995; Ortiz Romero / Rodríguez Díaz, 1998; Maia, 1986; 1988; Maia / Maia, 1996a; Moret, 1995); e que nem sequer serão tão parecidas entre si como se tem pretendido, como bem demonstrou o investigador francês (Moret, 1995).

O que há de verdadeiramente novo, ou diferente, nestas formas de instalação será o facto de constituírem modelos de habitat destinados a pequenos agregados —uma família, no sentido em que tal conceito tinha na sociedade romana, uma vez que nada indica que possam ser anteriores a este período—, registando-se, porém, um significativo investimento social na construção do espaço residencial (de forte pendor defensivo), sem paralelo em modelos anteriores (ou posteriores), designadamente nos (ainda tão desconhecidos e controversos) «casais agrícolas»; nem tão-pouco em outras edificações próprias dos espaços rurais que lhes são coevos, como as mais antigas uillae da área da Vidigueira (Mantas, 1986; Mantas / Sillières, 1990; Sillières, 1994) ou da zona de Castro Verde (Maia / Maia, 1996b), para citar somente os exemplos mais bem conhecidos. Infelizmente, por falta de publicação, ou simplesmente por falta de escavação, não é possível fazer uma ideia clara dos usos e funções de tais estruturas que, em boa verdade poderiam nem sequer destinar-se todas às mesmas formas de exploração de recursos.

De um ponto de vista arquitectónico, os casos conhecidos do Baixo Alentejo, construídos em xisto, obedecem a planos bastante padronizados, como bem observou Pedro Cid (1993) —ainda que tenha aceite a hipótese das uillae fortificadas avançada por J. Wahl para o Castelo da Lousa (1985), o que não subscrevo (Fabião, 1998). A comparação que o arquitecto português estabeleceu com a fortificação da margem esquerda do Guadiana, na esteira, aliás, das propostas

do investigador alemão C. Ewert (in: Wahl, 1985), ou de P. Moret (1995), parecem-me pouco sólidas, ainda que se possa falar de um certo «ar de família». Em ambos casos, pode dizer-se, será visível o risco de uma «arquitectura militar» —tal como acontece com as estruturas da Vidigueira, ainda que segundo diferentes modelos (Mantas, 1986)—, o que não implica necessariamente finalidades castrenses, uma vez que não fará sentido, nesta época e em território provincial, estabelecer uma oposição entre arquitecturas «civis» e «militares»; e, como P. Moret bem exemplificou este tipo de planos aparece no mundo clássico associado a uma grande diversidade de estruturas (Moret, 1995). A outra arquitectura, a «vitruviana», responde, aliás, a uma diferente forma de conceber e organizar os espaços que, no limite, concorrerá também para explicar o desaparecimento destas «fortificações» campestres —quando se «normalizou» o domínio do território e o espaço provincial passou a conceber-se como tal; quando a armadura deu lugar à toga, para usar a expressão ciceroniana, bem sublinhada por Patrick Le Roux (1995), deixa de ter sentido este modo de ocupar o espaço.

Quanto às outras estruturas análogas, conhecidas um pouco por todo o Alentejo e cujo número não cessa de crescer —Castelo das Guerras (Moura) (Caeiro, 1976-1977), recintos «ciclópicos» em granito na zona de Évora (Calado, 1994-1995), recinto da Casa Branca (Ferreira do Alentejo) (Fabião / Norton / Cardoso, 1997), etc.—, o desconhecimento é ainda grande. Não sabemos qual seria o seu desenho preciso, nem quais as funções (que, diga-se uma vez mais, não seriam forçosamente idênticas), e muito menos os âmbitos cronológicos dos respectivos ciclos da construção / ocupação / abandono. Quanto a este último (recinto da Casa Branca), dir-se-ia que, à semelhança do que parece ter sucedido com as estruturas de xisto do Baixo Alentejo, a sua utilização não terá ultrapassado a época Júlio-Claudiana; embora não seja necessário supor um abandono sistemático e mais ou menos coevo para todas elas —o que só faria sentido se admitirmos que obedeceram todas a um mesmo plano de instalação e a uma mesma estratégia de controle do território e/ou exploração de recursos, o que permanece indemonstrado.

Na generalidade, parece aceitável supor que a sua instalação se integrou num processo e decorreu numa época em que se começava a organizar-se o espaço provincial, após as guerras civis, quando o espectro da instabilidade pairava ainda sobre a área ocidental da Hispania, como evocava Varrão (R.R., I.16.2), um bom conhecedor da parte ocidental da Península Ibérica - convém não esquecer que no ocidente da Hispania havia ainda salteadores a monte e com a cabeça a prémio, na segunda metade do séc. I a.C. O seu abandono definitivo decorrerá, por certo, da estabilização do espaço provincial romano. A partir de então, não mais fará sentido conceber formas de instalação com

estas características. Todo o esforço social de construção foi reorientado para a faustosa imponência da residência doméstica ou para a sofisticação e eficácia dos equipamentos agro-pecuários. A seu lado, os antigos oppida indígenas que não foram requalificados e alçados à dignidade urbana pelo novo poder romano, despovavam-se progressivamente, com as suas populações atraídas para os novos espaços e seduzidas por novas oportunidades —quando não compulsivamente reinstaladas em novos cenários.

De um ponto de vista arqueológico, estas estruturas (*castella*, recintos «ciclópicos» e afins) constituem, pois, formas efémeras de ocupar/controlar territórios, que decorrem de um processo de conquista, que conduziu ao forjar de uma nova sociedade: a sociedade romana provincial. Como modelo de instalação o seu sentido esgota-se quando uma nova geografia urbana e rural, perfeitamente delimitada e demarcada por eixos viários, transformou radicalmente a paisagem hispânica. Naturalmente, estas considerações carecem ainda de uma mais extensa confirmação, pelo estudo aprofundado dos diferentes casos mencionados, sobretudo para uma melhor caracterização e datação de cada caso.

Foi já sugerido que a instalação dos *castella*, recintos «ciclópicos» e afins teria constituído uma ruptura nos modelos do povoamento pré-romano peninsular, até então exclusivamente dominados pelos grandes povoados fortificados (Moret, 1995). Não creio que esta afirmação se possa considerar exacta, ainda que pareça confirmada pela generalidade da informação disponível. De facto, desde há longa data, conhecemos em algumas áreas do ocidente peninsular pequenos pontos de povoamento, habitualmente designados como «povoados abertos» ou, mais modestamente, como «casais agrícolas», de fundação/ocupação e abandono inequivocamente pré-romanos. Há casos cartografados na Península de Lisboa —onde parecem documentar um modelo de instalação que mergulha as suas raízes na Idade do Bronze (Cardoso, 1987 e 1995)—; há casos conhecidos, também, no Baixo Alentejo (Beirão, 1986; Beirão / Correia, 1992; Alarcão, 1996). Infelizmente, por total ausência de investigação, mas também por falta de publicação dos locais já escavados, não se conhece, de todo, a sua organização. Curioso será notar que em um destes pequenos sítios, o núcleo de Neves II, se regista uma primeira ocupação da Idade do Bronze, a que se segue uma outra da Idade do Ferro, com um provável «edifício de prestígio», sucessivamente remodelado, abandonado pelo séc. V-IV a.C., e finalmente reutilizado no séc. I a.C. (M.^a Maia / Correa, 1985; M.^a Maia, 1988 e Maia / Maia, 1986 e 1996b) —pode admitir-se, contudo, que este núcleo não corresponde propriamente a um «típico» «casal agrícola», como houve ensejo de comentar. Haverá, contudo, outros, que não se poderão enquadrar neste tipologia de instalações, por apresentarem maiores dimensões, parecendo responder a objectivos eminentemente agro-pecuários.

Uma das realidades menos bem conhecidas da segunda metade do I Milénio a.C. é justamente a destes pequenos povoados, sem defesas construídas (ou com estruturas defensivas precárias), de que a Pedra da Atalaia (Santiago do Cacém) (Silva, 1978), a Herdade do Pomar (Aljustrel) (Parreira / Berrocal-Rangel, 1990) ou o Monte da Atafona (Almodôvar) (Beirão, 1986; Beirão / Correia, 1992 e Gomes, 1992), constituem bons exemplos —a estes poder-se-á juntar o (ainda) não identificado habitat correspondente à necrópole da Herdade da Chaminé (Elvas); provavelmente também os que teriam utilizado as necrópoles da Herdade das Casas (Redondo), Monte da Cardeira (Alandroal), e Belhoa (Reguengos de Monsaraz). Enquadram-se no Tipo I de instalações, na proposta de Luis Berrocal Rangel (1992). De todos eles, somente o primeiro parece ter sobrevivido até aos inícios da conquista romana (com Campaniense A), embora não pareça ter estado ocupado ao longo de todo este processo, os restantes foram abandonados, ao que tudo indica, ainda antes do séc. II a.C. (entenda-se, não se regista a presença de importações itálicas entre os espólios de superfície que entregaram).

Estes sítios, quer os verdadeiramente identificados, quer aqueles cuja existência se deduz da presença das necrópoles, têm em comum uma re-ocupação em época romana: pequeno núcleo identificado na base do relevo onde foi instalado o da Pedra da Atalaia (Silva, 1987); possível uilla nas proximidades, no Monte Novo do Castelhinho (Quintela / Cardoso / Mascarenhas, 1987), com sepultura romana sobre a própria necrópole da Idade do Ferro (Beirão, 1986), o do Monte da Atafona; uilla romana do Carrão e sepulturas romanas e medievais junto (e sobre) a necrópole da Idade do Ferro, na Herdade da Chaminé (Viana, 1950; Viana / Deus, 1950; 1951a; 1951b; 1958 e Heleno, 1951); sepulturas romanas sobre a antiga necrópole, na Herdade das Casas (comunicação pessoal de Rui Mataloto); necrópole romana no Monte da Cardeira, junto da mais antiga, da Idade do Ferro (Viana, 1960-1961 e Nolen, 1985). Para a Herdade do Pomar e Belhoa não dispomos de informações similares, o que não significa, porém, que não possam existir ocupações romanas nas suas imediações —eventualmente a estes exemplos se poderia juntar o já citado de Neves II. Já fora da área que aqui directamente me ocupa, pode dizer-se que também na uilla de Freiria, Cascais, se identificou uma ocupação da Idade do Ferro subjacente às estruturas romanas (Cardoso / Encarnação, 1996), que menciono somente por documentar uma mais extensa e frequente verificação destas re-ocupações e porque esta situação de sobreposição por estruturas mais complexas explicará eventualmente uma menor «visibilidade arqueológica» dos pequenos núcleos.

Independentemente da natureza das posteriores instalações romanas (se são, ou não, uillae) parece evidente que, em todos os casos, se verificou uma utilização agrária dos espaços anteriormente ocupados, após lapsos

de dimensão variável e nem sempre fáceis de determinar de abandono. Poderemos, pois, considerar que se verificou uma situação de retoma do aproveitamento agro-pastoril de espaços que, em distintos momentos da II Idade do Ferro (ou mesmo anteriores) foram ocupados e abandonados.

Esta subalternidade presumida não implica necessariamente uma depreciação social dos elementos que compunham este agregado, ainda que, para as áreas mais marcadamente «orientalizantes», a combinação do mito fundador de Habis e o célebre Decreto de Paulo Emílio de libertação dos habitantes da Turris Lascutana (CIL, II, n.º 5041), sugira a existência de situações de «servidão» dos habitantes de núcleos menores (Almagro-Gorbea, 1996). De facto, o espólio da única sepultura do Monte da Cardeira, Alandroal, as várias armas da necrópole da Herdade das Casas, Redondo, ou a jóia áurea de uma das sepulturas da necrópole do Monte da Atafona, Almodôvar, poderá sugerir a existência de elites instaladas nestes locais. Já o espólio da necrópole da Herdade da Chaminé apresenta uma pobreza generalizada que melhor quadra com a hipótese de um subalternidade social efectiva dos ocupantes deste pequeno núcleo —a espada de «tipo Arcóbriga» as duas pontas de lança, a espada de ferro e os arreios de cavalo podem bem ter pertencido a uma mesma sepultura e são, de qualquer modo, insuficientes para documentar uma «elite local», socialmente relevante, sobretudo atendendo à extensão da área escavada e à generalizada pobreza dos espólios exumados.

Um aspecto que me parece de assinalar é justamente o de se verificarem abandonos, em todos os casos citados, ainda no decurso da Idade do Ferro, com uma única excepção: a Pedra da Atalaia, Santiago do Cacém. Deve reconhecer-se, porém, que as informações disponíveis são bastante escassas. Deixando de parte o Monte da Cardeira, do qual se conhece uma única sepultura, ao que tudo indica mais antiga, parece verificar-se alguma convergência em torno do séc. III/II a.C. para a maioria dos abandonos, embora nunca seja de mais sublinhar a extrema precaridade em que assentam estas propostas. Este âmbito cronológico levou mesmo M. Varela Gomes a sugerir que o abandono do núcleo do Monte da Atafona, Almodôvar, poderia relacionar-se com as expedições bárcidas para o interior peninsular (Gomes, 1992); provavelmente, seguindo a mesma linha de raciocínio, poder-se-ia sugerir um abandono da Pedra da Atalaia, no decurso das primeiras movimentações militares romanas pelo Ocidente (e aí está a presença de escassos fragmentos de Campaniense A a supostamente comprová-lo).

Pessoalmente, tenho certa relutância em acomodar os dados do registo arqueológico à informação supostamente transmitida pelas fontes literárias; a admitirmos este(s) quadro(s) explicativo(s), haveria que considerar que a tónica dos processos da instabilidade que suscitam a concentração do povoamento (e consequente

abandono dos pequenos núcleos de vocação agrária, sem fortificações e, provavelmente, sem efectivos demográficos que garantissem a sua defesa), se deveria buscar nas ameaças exteriores às comunidades locais —devo dizer que, literatura por literatura, também se encontra em Estrabão, Apiano e outros, a suposta comprovação de que a instabilidade reinante decorria sobretudo das rivalidades entre comunidades indígenas, o que só demonstra que se pode usar a literatura greco-latina como argumento em apoio de qualquer tese que se deseje «comprovar»...

Embora seja bastante difícil fundamentar solidamente esta ideia, diria que, com alguma probabilidade, o fenómeno do abandono dos pequenos núcleos do tipo «casal agrícola», se poderá integrar em um ciclo longo, ritmado por fenómenos de crescimento demográfico, geradores de processos de colonização agrária; aos quais se seguem outros, de crescimento da instabilidade, com a consequente concentração de população e abandono dos pequenos núcleos; podendo mesmo admitir-se a existência de «crises demográficas» de distinta incidência local, à semelhança de tantos casos conhecidos nas sociedades pré-industriais mais recentes, mas que, infelizmente, me parecem impossíveis de caracterizar arqueologicamente. Assim, para não recuarmos mais (o que até se afigura possível), diria que um primeiro momento de concentração se poderia ter verificado no séc. V —na sequência da agora valorizada «crise de 400 a.C.» (Rodríguez Díaz, 1994)—, assinalado pelos abandonos e transformações já mencionados, aos quais se poderiam juntar os «casais» da região do Mira e alguns da Península de Lisboa, também despovoados por essa altura, ao que parece.

O contraponto desta situação seria, justamente, o surgimento de novos povoados fortificados de média/grande dimensão, os tais que assinalariam o advento de uma nova fase: a II Idade do Ferro —contudo há problemas de datação ainda difíceis de estabelecer e articular. A estabilização desta nova situação, nascida da «crise», suscitaria um novo ciclo de colonização agrária, que se poderá entrever nos exemplos citados. Um novo crescimento da instabilidade —a partir das dinâmicas locais, induzida do exterior ou a combinação de ambas— poderia ter determinado o novo ciclo de abandonos. As datas tardias de fundação de um grande povoado como o Castelo Velho de Veiros (Estremoz) (Arnaud, 1968 e 1970), poderiam sugerir que este seria um dos novos aglomerados surgidos deste ciclo de concentração —eventualmente a partir de contributos demográficos de outros núcleos locais, então abandonados, como chegou a ser sugerido (Gamito, 1988a). Já fora da área aqui tratada, embora com evidentes afinidades com as realidades de que me ocupo, pode citar-se o panorama do povoamento da Extremadura espanhola na II Idade do Ferro, ao que parece profundamente marcado por várias fundações de raiz (Rodríguez Díaz, 1998); ou ainda o Raso de Candeleda, Ávila, igualmente um grande povoado e também ele

construído e ocupado nesta fase mais tardia; não faltando mesmo a referência às ofensivas bárcidas (embora aqui com melhor suporte nas fontes clássicas) como justificação da sua instalação (Fernández Gómez, 1986 e 1993).

Note-se que não pretendo com isto dizer que este foi o fenómeno, propondo a substituição dos modelos interpretativos até à data vigentes, por este, novo. Contudo, o simples facto de poder ser formulado, sem encontrar na informação disponível elementos que frontalmente o contradigam, prova bem que a tradicional proposta de Caetano Beirão e colaboradores não é a única possível. Creio que não será necessário sublinhar o quanto será preciso fazer ainda para que ganhe alguma consistência esta (ou qualquer outra) hipótese de trabalho. De uma forma ou de outra (sob pressão externa, por instabilidade interna ou pela conjugação de ambas), creio que resulta evidente que se assistia no período que se estende desde os fins do séc. III ao II a.C. (as datas de abandono dos pequenos núcleos não fortificados) a um complexo fenómeno de desagregação das comunidades indígenas; ou, melhor dizendo, das suas solidariedades gentilícias, que gerava uma profunda instabilidade —neste particular, creio que a literatura greco-latina possui, apesar de tudo, um inegável interesse.

Interessará, pois, regressar ao tema da continuidade dos padrões de povoamento. Uma tal continuidade não implica, porém, ausência de transformações e mudanças nas sociedades locais, que, estou certo, serão perceptíveis no registo arqueológico (desde que este seja minimamente fidedigno, o que, infelizmente, nem sempre será o caso). No contexto das Idades do Ferro meridionais, do espaço hoje português, pode dizer-se, a leitura tem variado entre a procura da identificação de elementos de cariz mediterrâneo —indubitavelmente expressos nos contextos arqueológicos do litoral— e a caracterização das influências continentais, supostamente mais tipicamente «célticas». Sem excepções, todo o debate tem girado em torno do balanço entre estes dois feixes principais de difusão de elementos culturais (em alguns casos, com o reconhecimento de verdadeiras «sínteses», entre ambos, como será o caso do mundo «celtibero»), sem que se verifique uma paralela valorização daquilo a que se poderá chamar um «fundo indígena»; ou mesmo sem conceder particular importância à própria síntese ou re-elaboração local destas influências «estranhas» —objectivamente, há que reconhecer que o processo de apropriação e reinterpretação de elementos culturais forâneos, acaba por gerar singularidades que são, em si, relevantes, independentemente da remota origem dos conceitos e «protótipos» — neste particular, creio que M. Almagro Gorbea estabelece bem a relevância destas «sínteses locais» (1996). Penso que se não tem dado também o devido relevo á capacidade de irradiação de influências que se verifica no interior do próprio espaço peninsular.

Por outro lado, quando me refiro a uma continuidade dinâmica registada nas sociedades locais não pretendo, de modo algum, reduzi-las a um padrão comum. Não adianta insistir em uma mais extensa demonstração desta variabilidade já ensaiada em outros locais (Arruda / Guerra / Fabião, 1995 e Fabião, 1992 e 1998). De facto, tal como se verifica nas vizinhas regiões hoje espanholas (Rodríguez Díaz, 1994b, 1995a, 1995b, 1995c, 1995d, 1998), também no ocidente existem distintas «áreas culturais», com suficiente personalidade para sobreviverem ainda como entidades distintas sob o domínio romano —neste particular, o testemunho de Ptolemeu, embora pontualmente equívoco ou mesmo erróneo, tem, apesar de tudo, inegáveis virtualidades. Há, de facto, uma área mediterrânea, que se mantém, como tal, durante todo o primeiro Milénio a.C., que engloba as regiões litorais; e uma outra interior, onde as influências mediterrâneas penetram mais dificilmente. Esta é, a traço grosso, a distinção, que, por certo, envolverá vários outros matizes, cujos contornos só começamos a vislumbrar.

Na caracterização do mundo indígena do Sudoeste interior (isto é, daquele onde menos se fizeram sentir as influências mediterrâneas / «orientalizantes»), temos, em primeiro lugar, «fundos indígenas», marcados pelos actos de repetição e atavismos próprios das sociedades pré-industriais. É justamente este aspecto que explica a extraordinária perduração, por exemplo, das cerâmicas de fabrico manual que «sobrevivem» em uso efectivo até fases adiantadas do séc. I a.C. (Fabião / Guerra, 1994 e Fabião, 1998). Neste particular, revelou-se determinante a informação de Mesas do Castelinho (Almodôvar), onde tais cerâmicas se encontram em níveis arqueológicos que registam também abundantes importações itálicas (Campaniense e «paredes finas»). O facto de se terem identificado formas completas e não somente fragmentos, exclui qualquer possibilidades de se tratar de elementos residuais, de níveis anteriores. Extremamente interessante parece ser também o facto de, neste mesmo local, se documentarem cerâmicas montadas ao torno (ao que tudo indica, também de fabrico local), desde fases antigas da Idade do Ferro (séc. V-IV a.C.). O caso recentemente assinalado em Badajoz, de poder ter existido uma reintrodução do hábito/gosto pelas tradições de moldagem da cerâmica, em épocas mais tardias já da II Idade do Ferro (Berrocal-Rangel, 1994 e Enríquez Navascués *et alli*, 1998) merece consideração. No entanto, creio que sítios arqueológicos menos sujeitos às contingências típicas das intervenções em área urbana serão mais fiáveis para uma correcta aferição deste fenómeno.

É pois este complexo mundo de cruzadas influências de identidades regionais distintas que os romanos vieram encontrar no Sudoeste. Passando ao lado da controversa questão das influências púnicas que se teriam verificado sobre algumas destas regiões —tema constantemente glosado, sem que, todavia, se apresentem dados positivos para a sua discussão—, podemos

falar, com segurança, de duas realidades bem distintas: por um lado, o litoral, de forte cariz mediterrâneo (ou «turdetano», se se preferir a expressão), que parece confirmada por diferentes indicadores (cultura material, toponímia, onomástica pessoal), desde as costas algarvias, ao baixo Tejo, abarcando, tal vez, os principais núcleos ribeirinhos (desde Mértola a Santarém); e um interior, com diferentes características, onde se desenharão, por certo, distintas áreas regionais.

Uma destas «áreas regionais» poderá acompanhar o Guadiana, justificando registos arqueológicos tão marcadamente mediterrâneos, como o espólio da sepultura do Monte da Cardeira (Alandroal) —com a sua falcata de folha longa, de tipo «ibérico», com os exemplares do Olival do Senhor dos Mártires (Alcácer do Sal), um dos mais antigos indícios de difusão desta arma para lá da área nuclear «bastetana-contestana» (Fabião, 1998)—; ou os ainda mal conhecidos materiais da Azougada (Moura); ou ainda as já citadas abundantes ânforas de tipologia «ibero-púnica» de Serpa e do povoado da Misericórdia (Soares, 1996).

Outra, poderá desenhar-se nas regiões mais meridionais do interior, com elementos típicos de uma II Idade do Ferro, de feição análoga aos conhecidos em outras paragens, como as cerâmicas decoradas com grandes matrizes acompanhando os materiais que supostamente caracterizam os chamados horizontes «tardo-orientalizantes» ou «post-orientalizantes». Neste particular, parece notável a dificuldade em estabelecer distinções cronológicas nítidas entre o que poderão ser os momentos de abandono de Neves II (Castro Verde), ou Fernão Vaz (Ourique), e a fase mais antiga que até hoje se pôde documentar em Mesas do Castelinho: cerâmicas áticas do tipo «taça Cástulo» em qualquer deles, ânforas ibero-púnicas de diferentes tipos nos sítios de Castro Verde e Almodôvar —para uma mais detalhada discussão do tema v. Fabião, 1998. Note-se que creio não será de excluir a possibilidade de se poder vir a estabelecer uma cronologia mais fina, distinguindo estes momentos, quer pela continuação das investigações e publicação dos respectivos espólios, quer também por uma melhor afinação dos indicadores cronológicos da produção e difusão das ânforas de tipos «ibero-púnicos». No entanto estas semelhanças não deixam de ser notáveis.

Finalmente, uma nova área regional parece depreender-se do registo dos sítios do Alto Alentejo, designadamente pela expressiva presença de pequenos recipientes com decorações impressas a matriz («estampilhadas»), escassamente representados na área anteriormente referida, como os registos de Garvão (Ourique), ou Mesas do Castelinho, claramente demonstram. Não se ficam por aqui as diferenças detectáveis. De facto, na Cabeça de Vaiamonte (Monforte), foi possível documentar um conjunto de singularidades artefactuais, que carece de uma cuidada re-avaliação (Fabião, 1998). Sublinhando ainda mais estas relações setentrionais, poderá citar-se a cabeça de «berrão», de Marvão (Patrocínio, 1995)

—um tipo escultórico representado sobretudo no noroeste peninsular (Alvarez-Sanchis, 1993)—; ou a recente divulgação de uma estrutura, talhada na rocha, com poço e escadaria de acesso, na Rocha da Mina (Alandroal) (Calado, 1993b), com expressivos paralelos em Ulaca, Solosancho (Ávila). Infelizmente, todos estes elementos, por falta de contextos precisos ou de investigação específica, não passam, presentemente, de meros indícios. No entanto, não deixam de sublinhar estas particulares relações «meseternas» e «ocidentais», que tão fortemente parecem marcar esta área; e, sublinhe-se, a sua cartografia pode considerar-se em linear continuidade com as actualmente conhecidas, tanto na escultura (Alvarez-Sanchis, 1993), como nos indícios de «balneários» (Almagro-Gorbea, 1994b).

Há, no entanto, um quadro multifacetado de áreas regionais, no interior, com uma região mais marcadamente «galaico-lusitana» no nordeste alentejano e uma outra de diferente perfil cultural nas áreas mais meridionais, a «céltica»?... Isto, para lá da área envolvente do Guadiana e toda a orla litoral onde uma forte e perene relação mediterrânea parece desenhar uma outra área distinta. Trata-se, sem dúvida, de um tema que deverá ser aprofundado em futuras pesquisas, mas cujos contornos parecem começar a desenhar-se.

Com cartagineses, ou sem eles, condicionada (ou não) pelo expansionismo bárcida, parece registar-se uma assinalável perturbação no Sudoeste ao longo do séc. III a.C. Já me referi ao abandono dos pequenos povoados, mas a esta observação poderão juntar-se outras, como a assinalável solução de continuidade que se regista nas importações de cerâmicas finas de grande circulação de origem mediterrânea. De facto, e contrariamente ao que se verifica em outras áreas peninsulares, existe um aparente hiato entre a chegada a estas regiões da cerâmica ática e as mais antigas peças de Campaniense (que nem sequer são tão antigas assim, uma vez que não parecem recuar para lá dos meados do séc. II a.C.); que os poucos exemplares de vernizes vermelhos e de origem norte-africana, como os documentados em Castro Marim (Arruda, 1986; 1997a e 1997b) e Castelo Velho de Santiago do Cacém (Soares / Silva, 1979), parecem insuficientes para preencher. Não custa admitir que o problema poderá ter-se repercutido de norte para sul; isto é, desde a Beira Baixa / Alto Alentejo até às regiões mais meridionais, criando sucessivos fenómenos de isolamento, fechando progressivamente as comunicações entre áreas que mantinham, de há muito relações entre si. Sublinhe-se, porém, que esta impressão, colhida do exame dos materiais presentemente conhecidos, é um tanto difusa e poderá ser ilusória.

Parece, pois, que o Ocidente teria ficado marginal aos grandes confrontos que enquadraram os primeiros momentos da presença romana na Península Ibérica; tal como estava já fora dos circuitos percorridos pelas cerâmicas mediterrâneas de grande circulação. De facto, para lá de alguns apontamentos de controversa

interpretação, tudo parece indicar que as regiões do Sudoeste só foram, de facto, controladas pelo poder romano nos fins da segunda metade do séc. II a.C., após as chamadas guerras lusitanas —o que não impede um controle mais antigo das áreas «turdetanas» (sobretudo das costas algarvias, Baixo Guadiana e Baixo Sado). Infelizmente, não é fácil perceber de que modo os romanos lidaram com as distintas situações políticas que vieram encontrar.

Certa parece ser a existência de duas grandes vias de penetração dos exércitos, praticamente simultâneas: uma ao longo da plataforma litoral, com importantes bases no baixo Tejo, como Estrabão narrou (III.3.1.); outra interior, que conduziu ao estabelecimento de uma importante instalação militar de carácter permanente em Cáceres el Viejo (Ulbert, 1984) —sendo Chões de Alpompe (Santarém) a sua provável homóloga ocidental. Ainda antes dos castella, «recintos ciclópicos» e afins, estas terão sido as grandes inovações que os romanos introduziram nas malhas de povoamento do ocidente peninsular; restando saber se os Chões poderiam ter correspondido a um anterior aglomerado indígena sobre (ou junto a) o qual se ergueu o estabelecimento militar. Não conhecemos, sublinhe-se, nenhum caso seguro em que um acampamento da fase de conquista, instalado de raiz, tenha evoluído para uma condição urbana.

Verdadeiramente surpreendente me parece ser a reiterada tendência que os investigadores denotam para não valorizar devidamente o grande estabelecimento de Cáceres el Viejo, preferindo continuar a identificá-lo com a Castra Caecilia, pliniana (N.H. 4.117), apesar dos trabalhos de A. Schulten (1936-1940) e, sobretudo, de G. Ulbert e H. Hildebrandt (1984), terem demonstrado sem lugar para dúvidas, que o local foi construído em época republicana, com um carácter permanente (sublinhado, até, por remodelações das suas estruturas), teria sido ocupado por cerca de duas décadas e definitivamente abandonado na segunda década do séc. I a.C. (80 +/- 3 parece indicar o espólio numismático). Não haverá, pois, qualquer relação com o núcleo a que alude o naturalista; sendo, todavia, a sua presença particularmente importante para enquadrar as primeiras etapas da conquista e instalação dos romanos nestas paragens.

Estas instalações militares terão sido acompanhadas de medidas concretas de submissão das populações locais, como a chamada *deditio* de Alcántara expressivamente demonstra (López Melero / Sánchez Abal / García Jiménez, 1984), com a particularidade de expor condições não muito distintas das supostamente impostas aos habitantes de *Talabrija* por Júnio Bruto, conhecidas pela literatura (Ap. *Iber.* 73). Diria que a *deditio*, lavrada em bronze, só se poderá entender, no âmbito de uma efectiva ocupação e controle destes territórios, somente admissível se, na área se conservasse, em permanência um importante contingente militar —neste particular, a epígrafe enquadra

e explica Cáceres el Viejo, ainda que, paradoxalmente, se não costume relacioná-los. Reforçando estas medidas de submissão, podem registrar-se diferentes situações: ataque e destruição dos aglomerados indígenas (com raríssimos casos documentados no registo arqueológico); imposição da destruição das defesas dos povoados; instalação de guarnições militares no seu interior. Estas três atitudes possíveis, que conhecemos sobretudo das fontes literárias greco-latinas registam-se arqueologicamente no Sudoeste, ainda que quase nunca se possam considerar de fácil leitura, ou ausentes de controvérsias.

Finalmente, também, uma nova geografia religiosa, com os seus sincretismos, as suas permanências, expressas na manutenção do culto a Divindades indígenas; a religiosidade institucional urbana e as outras, dispersas pelos territórios. Desta realidade quase nada sabemos. A lista dos Deuses indígenas conhecida no Sudoeste é relativamente pobre, denunciando, talvez, a escassa relevância das persistências e, mesmo os casos conhecidos, apresentam panoramas algo bizarros. O templo de Santana do Campo, Arraiolos, presumivelmente consagrado a um *Carneo calanticensi*, apresenta indícios de se tratar de uma construção de modelo clássico (Alarcão, 1973); e o santuário de Endovélico, de S. Miguel da Mota, Alandroal, para além de não registar vestígios de ocupação pré-romana à superfície, documenta um culto perfeitamente romanizado, praticado por devotos de onomástica latina, sem vestígios de nomes indígenas (Encarnação, 1975 e 1984). Por outro lado, os locais de possíveis santuários romanos, como Peroguarda (Viana / Ribeiro, 1957) ou S. Bárbara de Padrões (Maia / Maia, 1997) não apresentam vestígios de quaisquer pré-existências. Procurar nas dedicatórias a Divindades do panteão clássico supostas reminiscências de Deuses ou cultos locais parece-me um caminho que ilude o essencial da questão. De facto, na sua religiosidade, as populações locais registam, inegavelmente, uma romanização precoce, nas suas manifestações e na organização dos cultos, ainda que se possam manter algumas Divindades pré-romanas.

Mas esta é já a outra Romanização, aquela que não cabia nos objectivos do presente trabalho. A «outra», a que aqui interessava, é a mais «subterrânea», a que insinua e instala novos hábitos, novos modos de vida, novos comportamentos. Dificilmente, a «romanização jurídica» se poderá entender (ou se poderia ter verificado) sem essa outra, que torna os «indígenas» em «romanos», pelo seu quotidiano e pelas formas como encaram o mundo e a comunidade. Esta outra «romanização» é rastreável nos dados da cultura material e o resultado das indagações é, de certo modo, surpreendente.

BIBLIOGRAFÍA

- ABASCAL PALAZÓN, J. M. e ESPINOSA, U., 1989 *La Ciudad Hispano-Romana: Privilegio y Poder*, Logroño, Colegio Oficial de Aparejadores y Arquitectos Tecnicos de La Rioja.
- ALARCÃO, J. (Dir.), s/d [1996] *De Ulisses a Viriato. O Primeiro Milénio a.C.* (Catálogo da Exposição), Lisboa, Ministério da Cultura / Instituto Português de Museus / Museu Nacional de Arqueologia.
- 1996: «Os Círculos Culturais da 1.^a Idade do Ferro no Sul de Portugal», in: VILLAR, F. e ENCARNAÇÃO, J. (Eds.), p. 19-36.
- s/d [1996] «O Primeiro Milénio a.C.», in: ALARCÃO, J. (Dir.), p. 15-30.
- ALARCÃO, J.; ÉTIENNE, R. e MAYET, F., 1990 *Les Villas Romaines de S. Cucufate (Portugal)*, Paris, Ed. Diffusion E. De Boccard.
- ALMAGRO-GORBEA, M., 1977 *El Bronce Final y el Periodo Orientalizante en Extremadura*, Madrid (Bibliotheca Praehistorica Hispana, 14).
- 1986-1987: «Los Campos de Urnas en la Meseta», in: *Actas del Coloquio Internacional sobre la Edad del Hierro en la Meseta Norte* (Salamanca, 1984), *Zephyrus*, 39-40, p. 31-47.
- 1990: *El Periodo Orientalizante en Extremadura, La Cultura Tartessica y Extremadura* (Cuadernos Emeritenses, 2), p. 85-125.
- 1991a «The Celts of the Iberian Peninsula», in: MOSCATI, S. (Ed.), p. 386-405.
- 1992: *El Origen de los Celtas en la Península Ibérica. Protoceltas y Celtas*, *Polis*, 4, p. 5-31.
- 1993a «Los Celtas en la Península Ibérica: Origen y Personalidad Cultural», in: ALMAGRO-GORBEA, M. e RUIZ ZAPATERO, G. (Eds.), p. 121-171.
- 1994a: «Urbanismo de la Hispania Celtica». *Castros y Oppida en Extremadura*, in: ALMAGRO-GORBEA, M. e MARTÍN, A.M. (Eds.), p. 13-75.
- 1994b: «Saunas Inicialicas, Termas Celtibericas y Culto Imperial», in: *Mélanges Raymond Chevallier (Histoire et Archéologie)*, vol. 2, Tome 1, «Caesardunum», 28, p. 139-153.
- 1995: «Secuencia Cultural y Etnogenesis del centro y Noroeste de la Península Ibérica.» in: *Actas del XXII Congreso Nacional de Arqueología* (Vigo, 1993), I, Vigo, p. 121-136.
- 1996: *Ideología y Poder en Tartessos y el Mundo Ibérico*, Madrid, Real Academia de la Historia.
- ALMAGRO-GORBEA, M. e LORRIO ALVARADO, A., 1987 «La Expansión Céltica en la Península Ibérica», in: *I Simposio sobre Celtíberos* (Zaragoza, 1985), Zaragoza, p. 105-122.
- 1991a «Les Celtes de la Péninsule Ibérique au III^e Siècle Av. J.-C.», in: *Les Celtes au III^e Siècle Avant J.-C.* Actes du IX^e Congrès Internationale d'Études Celtiques (Paris, Jul. 1991), «Études Celtiques», 28, p. 33-45.

- 1991b: «La Alimentación en el Palacio Orientalizante de Cancho Roano,» in: *Alimenta. Estudios Dedicados en Homenaje al Dr. M. Ponsich, «Gérion»,* 3, p. 95-113.
- ALMAGRO-GORBEA, M. e MARTÍN, A. M. (Eds.), 1994 *Castros y Oppida en Extremadura*, Madrid (Complutum Extra, 4).
- 1994a «Medellín 1991 La Ladera Norte del Cerro del Castillo» in: ALMAGRO-GORBEA, M. e MARTÍN, A. M. (Eds.), p. 77-127.
- ALMAGRO-GORBEA, M. e RUIZ ZAPATERO, G. (Eds.), 1992 *Paleoetnología de la Península Ibérica* (Actas de la reunión celebrada en la Facultad de Geografía y Historia de la Universidad Complutense. Madrid, 13-15 Diciembre de 1989), Madrid (Complutum 2-3)
- 1993: *Los Celtas: Hispania y Europa*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid (Cursos de Verano 1992), Actas de El Escorial.
- ALMAGRO-GORBEA, M. e RUIZ ZAPATERO, G., 1992a «Paleoetnología de la Península Ibérica. Reflexiones y Perspectivas de Futuro», in: ALMAGRO-GORBEA, M. e RUIZ ZAPATERO, G. (Eds.), p. 469-499.
- ALMEIDA, D. Fernando, 1964 *Ruínas da Miróbriga dos Célticos (Santiago do Cacém)*, Lisboa, Junta Distrital de Setúbal.
- ÁLVAREZ SANCHÍS, J. R., 1993 «En Busca del Verraco Perdido. Aportaciones a la Escultura Zoomórfica de la Edad del Hierro en la Meseta», *Complutum*, 4, p. 157-168.
- ÁLVAREZ ROJAS, A. e GIL MONTES, J., 1988 «Aproximación al Estudio de las Vías de Comunicación en el Primer Milenio Antes de Cristo en Extremadura», *Trabajos de Prehistoria*, 45, p. 305-316.
- ARNAUD, J. M., 1968 «Castelo Velho de Veiros (Estremoz). Notícia da sua Identificação», *Revista de Guimarães*, 78 (1-2), p. 61-76.
- 1970: «O Castelo Velho de Veiros (Estremoz) Campanha Preliminar de Escavações de 1969», *Actas das I Jornadas Arqueológicas da Associação dos arqueólogos Portugueses* (Lisboa, 1969), vol. II, Lisboa, p. 311-328.
- ARNAUD, T. e ARNAUD, J., 1984 «Elvas», *Informação Arqueológica*, 4 (1981), p. 69-71.
- ARRUDA, A. M., 1983-1984 «Escavações Arqueológicas no Castelo de Castro Marim. Relatórios dos Trabalhos de 1983 e 1984», *Idem*, p. 245-254.
- 1986: «Castro Marim na Idade do Ferro», 4.º *Congresso do Algarve* (Fev., 1986), Vol. 1, p. 33-38.
- 1988: Nota Acerca da Ocupação Romana-Republicana do Castelo de Castro Marim, 5.º Congresso do Algarve (Jan., 1988), Vol. 1, p. 13-17. 1993a *O Oriente no Ocidente*, in: MEDINA, J. e GONÇALVES, V. S. (Dir.), vol. II, p. 17-44.
- 1993: «A Idade do Ferro no Centro/Sul», *Idem*, p. 45-68.
- 1994: «A Península de Lisboa entre o Norte Atlântico e o Oriente Mediterrânico,» in: *Lisboa Subterrânea (Catálogo da Exposição)*, Lisboa, Electa / Museu Nacional de Arqueologia / Lisboa Capital europeia da Cultura '94, p. 52-57.
- 1996: «Particularidades, Especificidades e Regularidades na Idade do Ferro do Sul de Portugal: Aproximação a um Modelo Explicativo,» in: VILLAR, F. e ENCARNAÇÃO, J. (Eds.), p. 37-50.
- 1997a: *As Cerâmicas Áticas do Castelo de Castro Marim no quadro das exportações gregas para a Península Ibérica, seguido por O Corço, a Kilix e Dyonisos (uma breve nota sobre cerâmica e símbolos)*, Lisboa, Colibri (Arqueologia & História Antiga, 2) —versão revista de ARRUDA s/d [1992].
- 1997b: «Os Núcleos Urbanos Litorais da Idade do Ferro no Algarve», in: BARATA, M. F. (Ed.), p. 243-255.
- ARRUDA, A. M.; GUERRA, A. e FABIÃO, C., 1995: «O Que É a II.ª Idade do Ferro no Sul de Portugal,» *I.º Congresso de Arqueologia Peninsular (Porto, 1993)*. *Actas VI, «Trabalhos de Antropologia e Etnologia»,* 35 (2), p. 237-257.
- ARTHUR, M.ª L. C., 1952: «Necrópolis de Alcácer do Sal (Colección del Prof. Dr. Francisco Gentil)», *Crónica del II Congreso Nacional de Arqueología* (Madrid, 1951), Zaragoza, p. 369-380.
- AUDOUZE, F. e BÜCHSENSCHÜTZ, O., 1982: *Towns, Villages and Countryside of Celtic Europe, from the Beginning of the Second Millennium to the End of the First Century B.C.*, Londres, Batsford (trad. inglesa de Villes, Villages et Campagnes de l'Europe Celtique, Paris, Hachette, 1989).
- BARATA, M. F. (Ed.), 1997: *Noventa Séculos entre a Serra e o Mar*, Lisboa, MC / IPPAR.
- BARROS, L.; CARDOSO, J. L. e SABROSA, A., 1993: «Fenícios na Margem Sul do Tejo. Economia e Integração Cultural do Povoado do Almaraz —Almada,» *«Estudos Orientais»,* 4 (*Os Fenícios no Território Português*), p. 143-181.
- BEIRÃO, C. M., 1986: *Une Civilization Protohistorique du Sud du Portugal - Ier Âge du Fer*, Paris, Diffusion E. de Boccard.
- 1990: «Epigrafia da I.ª Idade do Ferro do Sudoeste da Península Ibérica,» *Estudos Orientais, 1 (Presenças Orientalizantes em Portugal da Pré-História ao Período Romano)*, p. 107-118.
- 1993: «Novos Dados Arqueológicos sobre a Epigrafia da I Idade do Ferro do Sudoeste da Península Ibérica», in: UNTERMANN, J. e VILLAR, F. (Eds.), p. 683-696.
- BEIRÃO, C. M. e CORREIA, V. H., 1991 «A Cronologia do Povoado de Fernão Vaz (Ourique, Beja),» *Conimbriga*, 30, p. 5-11.
- 1992: A II.ª Idade do Ferro no Sul de Portugal: O Estado Actual dos Nossos Conhecimentos, *Actas del XXI Congreso Nacional de Arqueologia* (Teruel, 1991) —este texto, ao que julgo saber ainda não publicado, foi-me gentilmente cedido por VHC.
- 1993: Novos Dados Arqueológicos sobre a Área de Fernão Vaz, in: MANGAS, J. e ALVAR, J. (Eds.),

- I, p. 285-302.
- BEIRÃO, C. M. e GOMES, M. V., 1980: *A I Idade do Ferro no Sul de Portugal Epigrafia e Cultura*, Lisboa, SEC/MNAE.
- 1985: Grafitos da Idade do Ferro do Centro e Sul de Portugal, *Actas del III Coloquio sobre Lenguas y Culturas Paleohispanicas* (Lisboa, 1980), Salamanca, Ed. Universidad de Salamanca, p. 465-502.
- BEIRÃO, C. M.; GOMES, M. V. e MONTEIRO, J. P., 1979: *As Estelas Epigrafadas da I.ª Idade do Ferro do Sul de Portugal*, Catálogo de Exposição, Setúbal, M.A.E.D.S..
- BEIRÃO, C. M.; SILVA, C. T.; SOARES, J.; GOMES, M. V. e GOMES, R. V., 1985: Depósito Votivo da II Idade do Ferro de Garvão. Notícia da Primeira Campanha de Escavações, *O Arqueólogo Português*, Série IV, 3, p. 45-136.
- 1987: Um Depósito Votivo da II Idade do Ferro, no Sul de Portugal, e as suas Relações com as Culturas da Meseta, *Studia Paleohispanica (Actas del IV Coloquio de Lenguas y Culturas Paleohispanicas)*, «Veleia», 2-3, p. 207-221.
- BELÉN, M. e ESCACENA, J. L., 1992: Las Comunidades Prerromanas de la Andalucía Occidental, in: ALMAGRO-GORBEA, M. e RUIZ ZAPATERO, G. (Eds.), p. 65-87.
- BERROCAL-RANGEL, L., 1988^a: *Excavaciones en Capote (Beturia Céltica)*, Ayuntamiento de Fregenal de la Sierra e Ayuntamiento de Higuera la Real (Série Nertobriguense, I).
- 1988b: Hacia la Definición Arqueológica de la <Beturia de los Célticos>: la Cuenca del Ardila, *Espacio, Tiempo y Forma*, Série II, Historia Antigua, 1, p. 57-68.
- 1989: El Assentamiento «Celtico» de Castrejón de Capote (Higuera la Real, Badajoz), *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 16, p. 245-295.
- 1989-1990: Cambio Cultural y Romanización en el Suroeste Peninsular, *Anas*, 2-3, p. 103-122.
- 1992: *Los Pueblos Celticos del Suroeste de la Península Iberica*, Madrid (Complutum-Extra, 2).
- 1994a: *El Altar Prerromano del Castrejón de Capote. Ensayo Etnoarqueológico de un Ritual Céltico en el Suroeste Peninsular.*, Universidad Autónoma de Madrid.
- 1994b: «El *Oppidum* de Badajoz. Ocupaciones Prehistoricas en la Alcazaba.», in: ALMAGRO-GORBEA, M. e MARTÍN, A. M. (eds.), p. 147-187.
- 1994c: «Oppida y Castros de la Beturia Céltica», *Ibid.*, p. 189-241.
- 1994d: «La Falcata de Capote y su Contexto. Aportaciones a la Fase Tardía de la Cultura Céltico-Lusitana.», *Madriditer Mitteilungen*, 35, p. 258-291.
- 1995a: «La Beturia: Definición y Caracterización de un Territorio Prerromano», in: *Celtas y Turdulos: La Beturia*, (Cuadernos Emeritenses, 9), p. 153-204.
- 1995b: «Etnogénesis y Territorio: Jefaturas, Estataización y Moneda entre los pueblos Betúricos», in: GARCÍA-BELLIDO, M.^a P. e CENTENO, R.M.S. (eds.), p. 117-128.
- 1995c: «Indoeuropeos, Célticos y Celtíberos en el Territorio Extremeño», *Extremadura Arqueológica*, 4, p. 123-149.
- 1996a: «Fortificación, Guerra y Poblamiento en la Beturia: Consideraciones sobre el Altar de Capote y la Conquista del Suroeste.», *Revista de Estudios Extremeños*, 52 (II), Mayo-Agosto, p. 411-440.
- 1996b: «La Formación de la Identidad Céltica en el Suroeste Peninsular», in: *Celtas y Celtíberos Realidad o Leyenda* (Actas de las Jornadas Celebradas en la Univ. Complutense de Madrid del 27 de Febrero al 8 de Marzo de 1996), Madrid, U.C.A., p. 64-85.
- BRAGA, J. M. R. e SOARES, A. M. M., 1981: «Indícios de uma Ocupação da segunda Idade do Ferro no Castelo de Serpa.», *Arqueologia*, 4, p. 116-123.
- CAEIRO, J. O. S., 1976-1977: «Marcas de Oleiro em «Terra Sigillata» Itálica do Castelo das Guerras (Moura).», *Setúbal Arqueológica*, 2-3, p. 419-422.
- CANTO, A., 1995: «Extremadura y la Romanización», *Extremadura Arqueológica*, 4, p. 151-178.
- 1996: «La Beturia Céltica: Introducción a su Epigrafía» in: *Celtas y Turdulos: La Beturia*, p. 293-329.
- CALADO, M., 1993: *Carta Arqueológica do Alandroal*, Alandroal, Câmara Municipal do Alandroal.
- 1994-1995: «Recintos Ciclópicos no Alentejo Central.», *A Cidade de Évora - Boletim Cultural da Câmara Municipal*, II.^a série, 1, p. 275-285.
- CALADO, M. e ROCHA, L., 1997: «Povoamento da Idade do Ferro no Alentejo Central.», *Cadernos de Cultura de Reguengos de Monsaraz*, 1, p. 99-130.
- CARDOSO, G. e ENCARNÇÃO, J., 1996: «12.^a Campanha na Villa Romana de Feiria (S. Domingos de Rana, Cascais)», *Al-Madan*, II.^a série, 5, p. 197.
- CARDOSO, J.L., 1987: «No Estuário do Tejo, do Paleolítico à Idade do Ferro.», in: SILVA, A. C. (Dir.), p. 69-81.
- 1995: «O Bronze Final e a Idade do Ferro na Região de Lisboa: um Ensaio.», *Conimbriga*, 34, p. 33-74.
- CELESTINO PÉREZ, S., 1995: «El Periodo Orientalizante en Extremadura.», *Extremadura Arqueológica*, IV, p. 67-89.
- CELESTINO PÉREZ, S.; ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, J. J. e RODRÍGUEZ DÍAZ, A., 1992 «Paleoetnología del Área Extremeña» in: ALMAGRO-GORBEA, M. e RUIZ ZAPATERO, G. (Eds.), p. 311-327.
- CELESTINO PÉREZ, S. (Ed.), 1996: *El Palacio Santuario de Cancho Roano V-VI-VII. Los Sectores Oeste, Sur y Este*, Madrid, Junta de Extremadura (Museo Arqueológico Provincial de Badajoz, Publicaciones, 3).
- CELESTINO PÉREZ, S. e JIMÉNEZ ÁVILA, F. J., 1993: *El Palacio-Santuario de Cancho Roano IV. El Sector Norte*, Badajoz, B. Gil Santacruz.

- CID, P.A.B., 1993: *A Arquitectura dos Castella do Baixo Alentejo e Serra Algarvia*, Trabalho elaborado no âmbito do Mestrado em História da Arte, na Univ. Nova de Lisboa (ano lectivo de 1992-1993), s/l, policopiado.
- CIPRÉS, P., 1993: «La Sociedad Lusitana y el proceso de Conquista por Roma», in: SANTOS, J. (Ed.) *Indígenas y Romanos en el Norte de la Península Ibérica*, San Sebastián, Universidad del País Vasco, p. 119-132.
- COLLIS, J., 1984 *The European Iron Age*, London, Batsford.
- CORREIA, V., [1925] 1972: «Uma Conferência sobre a Necrópole de Alcácer do Sal» [«Biblos», 1(7), p. 347-363], *Obras, Volume IV, Estudos Arqueológicos*, Coimbra, Acta Universitatis Conimbrigensis, p. 151-167.
- [1928] 1972: *Escavações Realizadas na Necrópole Pré-Romana de Alcácer do Sal em 1926 e 1927* [«O Instituto», 75, p. 190-201], Id., p. 169-179.
- CORREIA, V. H., 1988-1989: «A Estação da Idade do Ferro do Porto das Lages (Ourique, Beja)», *Portvgalia*, Nova Série, 9-10, p. 81-92.
- 1990: «A Expansão Orientalizante na Fachada Atlântica Peninsular. dados Conhecidos e Perspectivas», *Trabalhos de Antropologia e Etnologia*, 30 (1) (*Homenagem a Ernesto Veiga de Oliveira*), p. 177-193.
- 1993: «As Necrópoles da Idade do Ferro do Sul de Portugal: Arquitectura e Rituais.» *I.º Congresso de Arqueologia Peninsular (Porto, 1993)-Actas II, Trabalhos de Antropologia e Etnologia*, 33 (3-4), p. 351-375.
- 1995a: «A Transição entre o Período Orientalizante e a Idade do Ferro na Betúria Ocidental (Portugal),» *Celtas y Turdulos: La Beturia* (Cuadernos Emeritenses, 9), p. 127-149.
- 1995b: «The Iron Age in South and Central Portugal and the Emergence of Urban Centres», *Social Complexity and the Development of Towns in Iberia From the Copper Age to the Second Century AD, «Proceedings of the British Academy»*, 86, p. 237-262.
- 1996: *A Epigrafia da Idade do Ferro do Sudoeste da Península Ibérica*, Porto, Ed.
- ETNOS (PATRIMONIUM / Arqueologia, 1), 1997: «Um Modelo Historiográfico para a Idade do Ferro do Sul de Portugal e a sua Arqueologia», *Trabalhos de Antropologia e Etnologia*, 37 (3-4), p. 41-85.
- DELGADO, M., 1971: «Cerâmica Campaniense em Portugal», *Actas do II Congresso Nacional de Arqueologia (Coimbra, 1970)*, II, Coimbra, p. 403-420.
- DIAS, M. M. A. e COELHO, L., 1971: «Notável Lápide Proto-Histórica da Herdade da Abóboda —Almodôvar (Primeira Notícia)» *O Arqueólogo Português*, Série III, 5, p. 181-190.
- 1983: «Objectos Arqueológicos de um Túmulo de Incineração da Necrópole Proto-Histórica da Herdade da Favela Nova (Ourique),» *O Arqueólogo Português*, Série IV, 1, p. 197-206.
- DIAS, M. M. A.; BEIRÃO, C. M. e COELHO, L., 1970: «Duas Necrópoles da Idade do Ferro no Baixo-Alentejo: Ourique (Notícia Preliminar)», *O Arqueólogo Português*, série III, IV, p. 175-219.
- DOMERGUE, C., 1970: «Un Témoignage sur l'Industrie Minère et Métallurgique du Plomb dans la Région d'Azuaga (Badajoz) Pendant la Guerre de Sertorius,» *XI Congreso Nacional de Arqueologia* (Merida, 1968), Zaragoza, p. 608-626.
- 1987: *Catalogue des Mines et des Fonderies Antiques de la Péninsule Ibérique*, 3 vols., Madrid, Diffusion De Boccard (Publications de la Casa de Velázquez - Série Archéologie VIII).
- 1990: *Les Mines de la Péninsule Ibérique dans L'Antiquité Romaine*, Roma (Collection de L'École Française de Rome, 127).
- DOMERGUE, C. e ANDRADE, R. F., 1971: «Sondages 1967 et 1969 à Aljustrel (Portugal). Note Préliminaire,» *Conimbriga*, 10, p. 99-116.
- ENCARNAÇÃO, J. d', 1975: *Divindades Indígenas sob o Domínio Romano em Portugal*, Lisboa, INCM.
- 1984: *Inscrições Romanas do Conventus Pacensis (= IRCP)*, 2 vols., Coimbra, Faculdade de Letras da Universidade de Coimbra - Instituto de Arqueologia.
- ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, J. J.; VALDÉS, F.; PAVÓN, I.; RODRÍGUEZ, A. e LÓPEZ, P., 1998: «La Estratigrafía del Sector Puerta de Carros- 2 (SPC-2) de Badajoz y el Contexto Poblacional del Valle Medio del Guadiana», in: RODRÍGUEZ DÍAZ, A. (Coord.), p. 157-199.
- FABIÃO, C., 1996: «O Povoado Fortificado da Cabeça de Vaimonte (Monforte),» *A Cidade*, 11 (Nova Série), p. 31-80.
- 1998: *O Mundo Indígena e a sua Romanização na área céltica do território hoje português* (Tese de Doutoramento apresentada à Fac. de Letras da Universidade de Lisboa), Lisboa, policopiada.
- FABIÃO, C. e GUERRA, A., 1994: «As Ocupações Antigas de Mesas do Castelinho (Almodôvar). Resultados Preliminares das Campanhas de 1990-92,» *Actas das V Jornadas Arqueológicas da Associação dos Arqueólogos Portugueses* (Lisboa, 1993), vol. II, p. 275-289.
- 1995: *Sítio Arqueológico de Mesas do Castelinho, Santa Clara-a-Nova, Almodôvar*, Almodôvar, Câmara Municipal de Almodôvar (policopiado).
- FABIÃO, C.; NORTON, J. e CARDOSO, J. L., 1997: «O Recinto Fortificado de Casa Branca (Ferreira do Alentejo),» *Al-Madan*, II série, 6, p. 38-42.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F., 1986: *Excavaciones Arqueológicas en El Raso de Candeleda*, 2 vols., Ávila, Intitución «Gran Duque de Alba», Dipt. Provincial de Avila.
- 1993: «El Raso de Candeleda (Ávila). De la Prehistoria a la Romanización», in: *El Proceso Histórico de la Lusitania Oriental en Epoca Prerromana y Romana* (Cuadernos Emeritenses, 7), p. 145-188.

- GAMITO, T.J., 1981: «A Propósito do Castro de Segóvia (Elvas). Resistência a Roma no Sudoeste Peninsular,» *História*, 29, p. 32-43.
- 1982: «A Idade do Ferro no Sul de Portugal Problemas e Perspectivas», *Arqueologia*, 6, p. 65-78.
- 1985: Castro do Baldio – 1982: *Informação Arqueológica*, 5 (1982-3), p. 91-92.
- 1987: «Social and Economic Complexity in SW Iberia (800-500 B. C.)», in: *Actas del IV Coloquio sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas (Vitoria / Gasteiz, 1985)*, «Veleia», 2-3, p. 449-467.
- 1987b: «The *Oppidum* of Segóvia (Elvas, Portugal) and the Decisive Battle Between Metellus and Hirtuleius, Sertorius' Quaestor in Hispania Ulterior,» *University of London Institute of Archaeology Bulletin*, 23 (1986), p. 17-27.
- 1988a: *Social Complexity in South West Iberia, 800-300 BC. The Case of Tartessos*, Oxford (B.A.R.-I.S., 439).
- 1988b: «Arqueologia Espacial em Portugal. Alguns Exemplos,» *Seminário sobre Arqueologia Espacial* (Lisboa-Tomar, 1988), Teruel, p. 17-32 (Arqueologia Espacial, 12).
- 1996: «O Estanho de Aluvião e a Metalurgia do Bronze no Castro do Baldio (Arronches, Portugal)», *Vipasca - Arqueologia e História*, 5, p. 29-50.
- GOMES, M. V., 1983: «El Smiting God de Azougada (Moura)», *Trabajos de Prehistoria*, 40, p. 199-220.
- 1992: «Proto-História do Sul de Portugal,» in: SILVA, A. C. F. e GOMES, M. V., p. 101-185 e 240-275.
- 1997: «Anta da Belhoa (Reguengos de Monsaraz, Évora). Resultados da Campanha de Escavações de 1992,» *Cadernos de Cultura de Reguengos de Monsaraz*, 1, p. 39-69.
- GOMES, M. V. e BEIRÃO, C. M., 1988: «O Tesouro da Coleção Barros e Sá, Monsanto da Beira (Castelo Branco),» *Veleia*, 5, p. 125-136.
- HELENO, M., 1951: «Arqueologia de Elvas. Notícia Preliminar. Parecer Apresentado na Sessão da 2.^a Sub-Secção da 6.^a Secção da J. N. E. de 17 de Dezembro de 1949,» *O Arqueólogo Português*, Nova Série, 1, p. 83-94.
- HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, F. e GALÁN DOMINGO, E., 1996: *La Necrópolis de «El Mercadillo» (Botija, Cáceres)*, Extremadura Arqueológica, 6.
- HILDEBRANDT, H. J., 1984: «Die Münzen aus Cáceres el Viejo», in: ULBERT, G., p. 257-297.
- LÓPEZ MELERO, R.; SÁNCHEZ ABAL, J.L. e GARCÍA JIMÉNEZ, S., 1984: «El Bronce de Alcántara. Una Deditio de 104 a.C.,» *Géron*, 2, p. 264-323.
- MACARTNEY, F. / MACARTNEY, R. e ARNAUD, J. M., 1971: «Os Povoamentos Pré e Proto-Históricos de Baldio (Arronches) e Serra de Segóvia (Campo Maior) - Notícia Preliminar,» in: *Actas do II Congresso Nacional de Arqueologia* (Coimbra, 1970), vol. II, Coimbra, Ministério da Educação Nacional, p. 627.
- MAIA, M., 1986: «Os Castella do Sul de Portugal,» *Madrider Mitteilungen*, 27, p. 195-223.
- MAIA, M.^a, 1987: «Dois Larnakes da Idade do Ferro do Sul de Portugal,» in: *Actas del IV Coloquio sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas* (Vitoria / Gasteiz), «Veleia», 2-3, p. 223-242.
- 1988: «Neves II e a «Facies» Cultural de Neves-Corvo, 1.^o Encontro de Arqueologia da Região de Beja,» *Arquivo de Beja*, 2.^a Série, 3, p. 23-42.
- MAIA, M.^a e CORREA, J. A., 1985: «Inscripcion en Escritura Tartesia (o del SO.) Hallada en Neves (Castro Verde, Baixo Alentejo) y Su Contexto Arqueológico,» *Habis*, 16, p. 243-274.
- MAIA, M.^a e MAIA, M., 1986: *Arqueologia da Área Mineira de Neves-Corvo. Trabalhos Realizados no Triénio 1982-84*, SOMINCOR, s/l.
- 1996: «Os Castella do Sul de Portugal e a Mineração da Prata nos Primórdios do Império,» in: REGO, M. (Dir.), p. 60-81.
- 1996b: «Arqueologia do Couto Mineiro de Neves-Corvo,» *Idem*, p. 82-93.
- MANTAS, V. G., 1986: «Implantação Rural Romana em torno da Villa de S. Cucufate (Vidigueira),» *1.^o Encontro de Arqueologia da Região de Beja (Beja, 1986)*, «Arquivo de Beja», 2.^a série, 3, p. 199-214.
- MANTAS, V. G. e SILLIÉRES, P., 1990: «La Vie Économique du Domaine,» in: ALARCÃO, J.; ÉTIENNE, R. e MAYET, F., p. 149-183.
- MATTOSO, J. (Dir.), 1992: *História de Portugal. Primeiro Volume: Antes de Portugal*, Lisboa, Círculo de Leitores.
- MEDINA, J. e GONÇALVES, V. S. (Dir.), 1993: *História de Portugal dos Tempos Pré-Históricos aos Nossos Dias, Vol. I, Portugal na Pré-História e Vol. II, O Mundo Luso-Romano. A Idade do Ferro e a Ocupação Romana*, Amadora, Ediclube.
- MORET, P., 1996: *Les Fortifications Ibériques de la Fin de l'Âge du Bronze à la Conquête Romaine*, Madrid, Casa de Velázquez (Collection de la Casa de Velázquez, 56).
- MOSCATI, S. (Ed.), 1991: *The Celts*, Milano, Bompiani (Catálogo da Exposição do Palazzo Grassi, 1991).
- NOLEN, J.U.S., 1985: *Cerâmica Comum de Necrópoles do Alto Alentejo*, Lisboa, Fundação da Casa de Bragança.
- ORTIZ ROMERO, P., 1995: «De recintos, Torres y Fortines: Usos (y Abusos),» *Extremadura Arqueologica*, 5, p. 177-193.
- ORTIZ ROMERO, P. e RODRÍGUEZ DÍAZ, A., 1998: «Culturas Indígenas y Romanización en Extremadura: Castros, Oppida y Recintos Ciclópeos,» in: RODRÍGUEZ DÍAZ, A. (Coord.), p. 247-278.
- PAÇO, A.; LEAL, J. B.; ALARCÃO, A. e ALARCÃO, J., 1967: «Castelo da Lousa (Mourão),» *Separata do Boletim da Junta Distrital de Évora*, 6. (Dir.), p. 55-80.
- PARREIRA, R. e BERROCAL-RANGEL, L. 1990: «O Povoamento da II Idade do Ferro da Herdade do Pomar

- (Ervidel, Aljustrel),» *Conimbriga*, 29, p. 39-57.
- PATROCÍNIO, M. F. S., 1995: «A Cabeça Zoomórfica do Museu Municipal de Marvão e o Estudo da Cultura dos Berrões», *Ibn Marván*, 5, p. 25-40.
- QUINTELA, A. C.; CARDOSO, J. L. e MASCARENHAS, J. M., 1987: *Aproveitamentos Hidráulicos Romanos a Sul do Tejo, s/l [Lisboa ?]*, Ministério do Plano e da administração do Território.
- RAMOS, C.; MARTINS, A.; MURALHA, J. e ESTORNINHO, A., 1993: «O Castelo de Aljustrel. Campanhas de 1989 e 1992,» *Vipasca - Arqueologia e História*, 2, p. 11-40.
- REGO, M. L. V., 1994: «Investigações Arqueológicas no Castelo de Noudar,» *Arqueologia en el Entorno del Bajo Guadiana (Huelva, 1990)*, Huelva, 1994, p. 37-53.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A., 1989: «La Segunda Edad del Hierro en la Baja Extremadura: Problemática y Perspectivas en torno al Poblamiento,» *Sagvntvm*, 22, p. 165-224.
- 1990: «Continuidad y Rutura Cultural Durante la Segunda Edad del Hierro en Extremadura,» in: *La Cultura Tartésica y Extremadura* (Cuadernos Emeritenses, 2), p. 127-162.
- 1993: «Sobre la Periferia Turdetana y la Configuración Diversa de la Beturia Prerromana. Célticos y Túrdulos en el Guadiana Medio,» *SPAL*, 2, p. 243-267.
- 1994: «Algunas Reflexiones sobre el Fin de Tartessos en la Cuenca Media del Guadiana: La Crisis del Cuatrocientos y el Desarrollo de la Beturia,» *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 21, 1994, p. 9-34.
- 1994b: «El Valle Medio del Guadiana, Espacio de Frontera en la Protohistoria del Suroeste (I),» *Sagvntvm*, 27, p. 107-124.
- 1995a: «El Valle Medio del Guadiana, Espacio de Frontera» en la Protohistoria del Suroeste (II),» *Sagvntvm*, 28, p. 111-130.
- 1995b: «Territorios y Etnias Prerromanas en el Guadiana Medio: Aproximación Arqueológica a la Beturia Turdula», in: *Celtas y Túrdulos: La Beturia* (Cuadernos Emeritenses, 9), p. 205-254.
- 1995c: «Extremadura Prerromana,» *Extremadura Arqueológica*, 4, p. 91-121.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A. (Coord.), 1998: *Extremadura Protohistórica: Paleoambiente, Economía y Poblamiento*, Cáceres, Univ. Extremadura.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A. e JIMÉNEZ ÁVILA, F.J., 1987-8: «Informe sobre las Excavaciones Realizadas en el Yacimiento de Hornachuelos, Ribera del Fresno (Badajoz). 1986-1988,» *Norba*, 8-9, p. 13-31.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A. e ORTIZ ROMERO, P.: 1986 «Avance a la primera Campaña de Excavación en el Recinto-Torre de Hijovejo (Quintana de la Serena, Badajoz). El Sondeo núm. 2», *Norba*, 7, p. 25-41.
- 1998: «La Mata de Campanario (Badajoz): un Nuevo Ejemplo de Arquitectura de Prestigio en la Cuenca Media del Guadiana», in: RODRÍGUEZ DÍAZ, A. (Coord.), p. 201-246.
- ROWLEY-CONWY, P., 1988: «Animal Bones from Segóvia Oppidum (Eastern Portugal - preliminary report)», Appendix 4 de GAMITO, T.J., 1988a, p. 265-275.
- RUIZ ZAPATERO, G., 1993: «El Concepto de Celtas en la Prehistoria Europea y Española», in: ALMAGRO-GORBEA, M. e RUIZ ZAPATERO, G. (Eds.), p. 23-62.
- SAYAS ABENGOCHEA, J. J., 1993: «Algunas Consideraciones sobre Cuestiones Relacionadas con la Conquista y Romanización de las Tierras Extremeñas», in: *El Proceso Histórico de la Lusitania Oriental en Epoca Prerromana y Romana* (Cuadernos Emeritenses, 7), p. 191-233.
- SCHUBART, H., 1975: *Die Kultur der Bronzezeit im Südwesten der Iberischen Halbinsel*, Berlin (Madrider Forschungen, 11).
- SCHÜLE, W., 1969: *Die Meseta-Kulturen der Iberischen Halbinsel*, Berlin (Madrider Forschungen, 3).
- SCHULTEN, A., 1936-1940: «Castrá Caecilia», *Atlantis*, 15, p. 181-191.
- SILLIÈRES, P., 1994: «Les Premiers Établissements Romains de la Région de Vila de Frades (Vidigueira, Portugal)», in: GORGES, J.-G. e SALINAS DE FRÍAS, M. (Eds.), p. 89-98.
- SILVA, A. C. F. da e GOMES, M. V. 1992: *Proto-História de Portugal*, Lisboa, Universidade Aberta.
- SILVA, C. T. da, 1978: «Ocupação da II Idade do Ferro da Pedra da Atalaia (Santiago do Cacém),» *Setúbal Arqueológica*, 4, p. 117-132.
- SILVA, C. T. da e SOARES, J., 1997: «Chibanes Revisitado. Primeiros Resultados da Campanha de Escavações de 1996,» in: *Homenagem ao Professor António Augusto Tavares, «Estudos Orientais»*, 6, p. 33-66.
- SILVA, C. T.; SOARES, J.; BEIRÃO, C. M.; DIAS, L. F. e COELHO-SOARES, A., 1980-1981: «Escavações Arqueológicas no Castelo de Alcácer do Sal (Campanha de 1979),» *Setúbal Arqueológica*, 6-7, p. 149-218.
- SOARES, A. M. Monge, 1996: «Povoado da Misericórdia (Margem Esquerda do Guadiana, Serpa). Ocupações Humanas e Vestígios Metalúrgicos,» *Vipasca - Arqueologia e História*, 5, p. 103-116.
- SOARES, A. Monge; ARAÚJO, M. F. e CABRAL, J. M. P., 1985: «O Castelo Velho da Safara: Vestígios da Prática da Metalurgia,» *Arqueologia*, 11, p. 87-94.
- SOARES, A. M. Monge e BRAGA, J. R., 1986: «Balanço Provisório da Intervenção Arqueológica já Realizada no Castelo de Serpa,» *1.º Encontro de Arqueologia da Região de Beja, «Arquivo de Beja»*, II.^a série, III, p. 167-198.
- SOARES, J. e SILVA, C.T., 1979: «Cerâmica Pré-Romana de Miróbriga (Santiago do Cacém),» *Setúbal Arqueológica*, 5, p. 159-184.
- SOREN, D., 1982: «The Forum Area», in: BIERS, W. R. / BIERS, J. C. / SOREN, D., p. 36-43.

- 1983: «The Castelo Velho», in: BIERS, W. R. / BIERS, J. C. / SOREN, D., p. 54-63.
- TOVAR, A., 1976: *Iberische Landeskunde. Zweiter Teil Die Völker und die Städte der Antiken Hispanien. Band 2 Lusitanien*, Baden-Baden, Verlag Valentin Koerner.
- ULBERT, G., 1984: *Cáceres el Viejo. Ein Spätrepublikanisches Legionslager in Spanisch-Extremadura*, Berlín (Madriдер Beiträge, 11).
- UNTERMANN, J. e VILLAR, F. (Eds.), 1993: *Actas del V Coloquio sobre Lenguas y Culturas Prerromanas de la Península Ibérica* (Colónia, 1989), Salamanca, Ed. Universidad de Salamanca
- VIANA, A., 1950: «Contribuição para a Arqueologia dos Arredores de Elvas», *Trabalhos de Antropologia e Etnologia*, 12(3-4), p. 289-322.
- 1951: «Notas para el Estudio de la Edad del Hierro en el Consejo de Elvas (Portugal)», *6.º Congreso Arqueológico del Sudeste (Alcoy, 1950)*, Cartagena, 89-105.
- 1958: «Notas Históricas, Arqueológicas e Etnográficas do Baixo Alentejo», *Arquivo de Beja*, 15, separata com numeração própria.
- 1959: «Notas Históricas, Arqueológicas e Etnográficas do Baixo Alentejo», *Arquivo de Beja*, 16, separata com numeração própria.
- 1960: «Notas Históricas, Arqueológicas e Etnográficas do Baixo Alentejo: Senhora da Cola», *Arquivo de Beja*, 17, p. 138-231.
- 1960-1961: «Vidros Romanos em Portugal», *Trabalhos de Antropologia e Etnologia*, XVIII (1-2), p. 5-42.
- 1962: «Mamoá do Marchicão - Aldeia de Palheiros (Ourique)», in: *Actas do XXVI Congresso Luso-Espanhol da Associação Portuguesa para o Progresso das Ciências; Secção VII História e Arqueologia* (Porto, 1962), p. 279-287.
- VIANA, A. e DEUS, A.D., 1950: «Necrópolis Celtico-Romanas del Consejo de Elvas (Portugal)», *Archivo Español de Arqueología*, 23, p. 229-254.
- 1951^a: «Exploração de Algumas Necrópoles Céltico-Romanas do Concelho de Elvas», *XIII Congresso da Associação Portuguesa para o Progresso das Ciências, 7.ª Secção, Ciências Históricas e Filológicas* (Lisboa, 1950), Tomo VIII, p. 67-74
- 1951b: «Notas para el Estudio de la Edad del Hierro en el Consejo de Elvas (Portugal)», *6.º Congreso Arqueológico del Sudeste (Alcoy, 1950)*, Cartagena, p. 89-105.
- 1958: «Campos de Urnas da Região de Elvas», separata de *O Instituto*, 118, p. 133-193, com numeração própria.
- VIANA, A.; FERREIRA, O. V. e ANDRADE, R. F., 1957: «Monumentos Megalíticos dos Arredores de Ourique», *Comunicações dos Serviços Geológicos de Portugal*, XXXVIII, p. 409-422.
- 1961: «Descoberta de Dois Monumentos de Falsa Cúpula na Região de Ourique», *Revista de Guimarães*, LXXI (1-2), p. 3-13.
- VIANA, A.; FERREIRA, O. V. e SERRALHEIRO, P. A., 1956: «Apontamentos Arqueológicos dos Concelhos de Aljustrel e Almodôvar», *Actas do XXIII Congresso Luso-Espanhol da Associação Portuguesa para o Progresso das Ciências* (Coimbra, 1956), 7.ª Secção - Ciências Históricas e Filológicas, Tomo VIII, Coimbra, p. 461-470.
- VILLAR, F. e ENCARNAÇÃO, J. d' (Eds.), 1996: *La Hispania Prerromana*. Actas del VI Coloquio sobre Lenguas y Culturas Prerromanas de la Península Ibérica (Coimbra, 1994), Salamanca, Ed. Universidad de Salamanca (Acta Salmanticensia, Estudios Filológicos, 262).
- WAHL, J., 1985: «Castelo da Lousa. Ein Wehrgeöft Caesarisch-Augusteischer Zeit», *Madriдер Mitteilungen*, 26, p. 150-176.
- WELLS, P. S., 1988: *Granjas, Aldeas y Ciudades. Comercio y Orígenes del Urbanismo en la Protohistoria Europea*, Barcelona, Labor (Ed. Original, Cornell University Press, 1984).



ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL DÍA 6 DE ENERO
DE 2001, FESTIVIDAD DE LA EPIFANÍA DEL SEÑOR,
EN LOS TALLERES DE IMPRENTA TARAVILLA,
MESÓN DE PAÑOS, 6,
28013 MADRID

